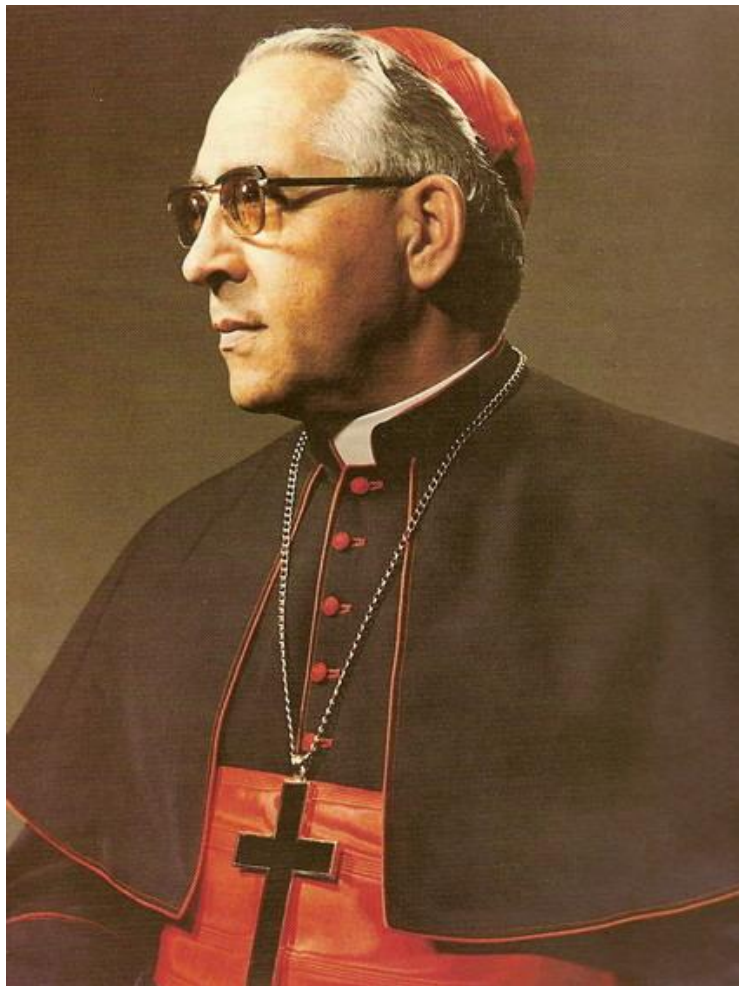


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



II

Santa Madre Iglesia

II

PRÓLOGO

del cardenal Jèrôme Hamer, O.P.
Prefecto de la S. Congregación para los
Religiosos y los Institutos Seculares.

La invitación que se me ha hecho, por parte de los preparadores, para prologar este segundo volumen de las Obras del señor Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España, don Marcelo González Martín, me ha permitido retornar con gozo y cierta añoranza, por unos momentos, a la época de mi vida en la que la docencia teológica constituyó el cauce absorbente de mi servicio eclesial. Al estudio de la santa Iglesia he dedicado no pocas horas de mi vida. Y me consuela ver la coincidencia de orientación, de puntos de vista y de conclusiones que los escritos contenidos en este volumen presentan con algunos de los estudios y de las publicaciones que hice en la referida época.

La simple lectura de los títulos de los documentos aquí reproducidos y, sobre todo, su contenido de conjunto, suscitan de inmediato en el lector la impresión fundada de hallarse ante una obra eclesiológica arquitectónicamente bien definida, firme en sus cimientos, penetrada de sentido pastoral, unción teológica y síntoma perfecta con el magisterio pontificio y conciliar. La forzosa dispersión que los documentos de un obispo tienen en el tiempo, queda compensada por la permanente unidad de fondo y de magisterio que tales documentos presentan.

Tras el Concilio Vaticano II, e incluso antes, de ello es buena prueba la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII, la eclesiología, esto es, la atención reflexiva del magisterio y de la teología sobre el misterio de la Iglesia, se ha mantenido como uno de los capítulos de mayor actualidad en el entero campo de la ciencia de la fe. La documentación albergada en este volumen demuestra que su autor ha sabido responder con oportunidad y plenitud a esta urgencia contemporánea, sin cesiones a modas transeúntes y con acendrada fidelidad al *depositum fidei*. El solo título que ostenta la primera sección del libro hace ver desde el primer momento cómo la perspectiva de la Iglesia queda situada sobre ese trasfondo que lleva a la cristología y da en su origen y destino trinitario a la eclesiología su más firme fundamento. Las últimas y radicales conexiones de la Santa Iglesia se hallan en el seno de la Trinidad Santísima.

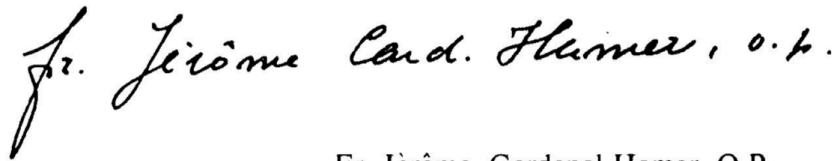
Como Cuerpo místico de Cristo, como Pueblo de Dios y, sobre todo, como Comunión, la Iglesia procede de la Trinidad y tiende a ella con un dinamismo fontal y teleológico incoercible. Es en esa visión, realista y misteriosa a la vez, donde quedan situados con acierto y equilibrio los aspectos institucionales de la Iglesia, como sacramento de salvación en el tiempo a lo largo de la historia.

Deseo subrayar también, un aspecto de la vida de la Iglesia, aspecto esencial, que ha encontrado en el magisterio del señor Cardenal de Toledo, amplio espacio y desarrollos ejemplares. Me refiero a la vida contemplativa como pieza esencial, o mejor dicho, como alma de la vida de la Iglesia, e incluso, como elemento capital del sano desarrollo completo que la humanidad necesita en nuestra época. Hoy como ayer, y me permito reproducir un célebre pasaje de Santo Tomás de Aquino en su comentario a Pedro Lombardo, “la belleza de la

Iglesia consiste, principalmente, en las realidades interiores; de la misma manera las obras externas pertenecen a esa misma belleza, en cuanto brotan del interior y en cuanto conservan la belleza interior” (*In IV Sentent.*, dist. XV, q.3, a.1, ad 4). Llamo vivamente la atención del lector sobre los documentos que se dedican a la contemplación, y muy particularmente, sobre el titulado *La vida contemplativa en la Iglesia de hoy*. Para el apostolado en todas sus formas y niveles, para el necesario diálogo de la Iglesia con el mundo, y para la lucha que inevitablemente la vida cristiana supone, el arraigo en la vida interior profunda es requisito y paso obligado del que depende en última instancia, bajo el amparo de la gracia sobrenatural, la granazón de la cosecha.

Me unen con el señor Cardenal Arzobispo de Toledo, lazos de antigua y honda amistad. Me he beneficiado de su cristiana y caballerosa hospitalidad. He podido disfrutar de las maravillas de la imperial ciudad de Toledo con motivo de uno de los Congresos celebrados por el Centro de Estudios de Teología Espiritual. He querido, por ello, sumarme con agrado al justo homenaje que la edición de esta obra supone. Y deseo muy de veras que el magisterio de don Marcelo contribuya eficazmente a que la Santa Iglesia que peregrina en España, heredera de una consolidada tradición eclesial y de un extraordinario impulso misionero, contribuya también hoy a la nueva evangelización que el mundo necesita en esta encrucijada abierta ya al final del segundo milenio.

Roma, 30 de diciembre de 1986

A handwritten signature in black ink, reading "Fr. Jérôme Card. Hamer, O.P." in a cursive script.

Fr. Jérôme. Cardenal Hamer, O.P.

DOS PALABRAS DE EXPLICACIÓN

Las normas que los preparadores de este volumen han seguido en la recopilación y ordenación de documentos, son las mismas que presidieron dicha tarea en el anterior volumen: *EL VALOR DE LO SAGRADO*. A ellas, pues, nos remitimos.

Parece conveniente, sin embargo, para orientar al lector, añadir dos palabras de explicación. En un primer momento se quiso reunir en un solo volumen los documentos que sobre el tema de la Iglesia ha publicado el señor Cardenal Arzobispo de Toledo. Ahora bien, seleccionar significa eliminar. Aun con una drástica eliminación, el conjunto de documentos que importa reproducir aconsejó, en un segundo momento, desdoblarse el contenido en sendos volúmenes: el que el lector tiene ya en sus manos, con el título de *SANTA MADRE IGLESIA*; y el que en fecha próxima aparecerá con el rótulo de *EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA*.

Como advierte en el Prólogo con que ha querido honrar este nuevo volumen, el Cardenal Jérôme Hamer, Prefecto de la S. Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, la eclesiología ocupa un puesto de preferencia en la consideración teológica actual. El Concilio Vaticano II hizo de la Iglesia el eje ordenador de su magisterio. Y por ello, cuidó de situarla en su perspectiva sobrenatural como sacramento de salvación, y de subrayar su esencial conexión de dependencia con Cristo, Verbo encarnado, Luz de los pueblos y Redentor único del hombre. Dentro de esta perspectiva cristológica y trinitaria se sitúa el magisterio del señor Arzobispo de Toledo y Primado de España, don Marcelo González Martín.

Segunda acotación orientadora: los documentos que en este volumen se recogen, ofrecen por su contenido substancial y unido materia amplia, no sólo para el estudio teológico, sino también, y muy especialmente, para la predicación y la catequesis. Y debemos añadir que también abren perspectivas luminosas para el sosiego de la oración y para la contemplación profunda de los misterios inagotables de la fe que los católicos recibimos de la Iglesia y en la Iglesia.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, agradece de nuevo a cuantos están colaborando a que el empeño se haga realidad, el aliento y el apoyo económico prestados para editar el primer volumen de Escritos pastorales del Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Se alegra de ofrecerles este segundo volumen y espera poder coronar en fecha próxima la amplia selección iniciada.

Parte Primera

La Iglesia de la Trinidad

SECCIÓN PRIMERA

JESÚS, REDENTOR DEL HOMBRE Y LUZ DE LAS NACIONES

LA FE EN JESUCRISTO Y EN LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Instrucción doctrinal, publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, abril de 1972. La Declaración a que esta instrucción se refiere fue publicada el 21 de febrero de 1972, por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

Recientemente, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe ha hecho una declaración sobre los misterios del Hijo de Dios hecho hombre y el de la Santísima Trinidad, con el propósito de salvaguardar la fe tradicional de la Iglesia en los mismos y rechazar los errores que de nuevo están extendiéndose hoy sobre estos dogmas, pertenecientes a la esencia de la revelación. El citado documento lleva la aprobación expresa del Romano Pontífice.

GRAVEDAD DEL PROBLEMA

Tiene este hecho una importancia extraordinaria, y reconocerlo así no es ceder a la tentación de una alarma injustificada, sino, por el contrario, ser conscientes de que, si se ponen en peligro estas verdades centrales del credo católico, las demás también quedarían destruidas. Ya hace dos años, en la Revista *La Civiltà Cattolica*, número 121, apareció un artículo del P. Galot, titulado «Tentativi da una nuova Cristologia», en que exponía las nuevas teorías. No sólo no se han corregido tales desviaciones, sino que se propagan cada vez más en traducciones y resúmenes que llegan a todas partes, originando la más lamentable confusión, también en España. En algunas revistas, no religiosas, destinadas al gran público, han aparecido artículos sobre temas morales y dogmáticos, en que se vierten sin escrúpulo estas «liberadoras» enseñanzas.

ADHESIÓN AL SANTO PADRE Y A LA CONGREGACIÓN DE LA FE

Por lo cual, estimo que es un deber de mi misión episcopal manifestar públicamente mi adhesión firme y cordial, más aún, mi gratitud al Santo Padre por sus esfuerzos en defender el depósito de la fe y en confirmar a sus hermanos (Lc 22, 32), tal como lo viene haciendo incesantemente, y ahora con su expresa y personal aprobación del documento promulgado por la Congregación para la Doctrina de la Fe. Es absolutamente necesario aceptar y seguir las enseñanzas del Sucesor de Pedro. Las palabras del documento a que vengo refiriéndome son muy serias, cuando nos dicen textualmente: «La actitud de los Pastores de la Iglesia con respecto a las verdades que salvaguarda la presente Declaración, debe ser *exigir* al pueblo la unidad de la confesión de la fe, especialmente a aquellos que, por mandato recibido del Magisterio, enseñan las ciencias sagradas o predicán la palabra de Dios» (n. 7).

LA FE, INTANGIBLE

Ciertamente existe hoy, acrecentado después del Concilio Vaticano II, un fervoroso intento, por parte de muchos, de abrir nuevos caminos de evangelización para nuestro mundo. Pero no basta la intención que nos guía; es también indispensable la fidelidad a la doctrina revelada. Si ésta se deteriora o se oscurece, la evangelización es irrealizable, porque ya no seríamos portadores de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios, sino meros propagandistas, y no por mucho tiempo, de nuestras opiniones subjetivas. Nuestra fe debe mantenerse incontaminada y pura, sin añadir ni quitar nada a lo que la revelación nos ha transmitido, bajo la dirección del Magisterio de la Iglesia.

Da vergüenza comprobar la extrema debilidad intelectual y religiosa de quienes para renovar, lo único que hacen es destruir. ¿Dónde está la radical novedad del Evangelio sino en su propia identidad? Cambiar el contenido sustancial de la Revelación para hacerla más inteligible al mundo, manifiesta un complejo de petulancia o de cobardía que se vuelve contra los mismos que lo fomentan. Ni nuestros hermanos separados, ni el mundo alejado de Dios agradecen las claudicaciones en materia de fe.

LENGUAJE E INTERPRETACIÓN

Se dice insistentemente que una cosa es el contenido de la fe y otra el lenguaje con que se expresa. Así es. Pero el lenguaje es el medio con que nos entendemos los hombres. Si es tan nuevo que obliga a entender lo que decimos de manera esencialmente distinta a como siempre lo ha presentado la Iglesia, ya no será nuevo sólo el lenguaje, sino también el contenido. Es necesario, sí, no escatimar esfuerzos para profundizar cada vez más los misterios revelados y explicarlos de forma adecuada, teniendo en cuenta la nueva forma de pensar de los hombres. «Pero al dedicarse –los teólogos– a la necesaria tarea de la investigación, hay que tener cuidado de no entender nunca esos arcanos misterios de forma distinta a como los "ha entendido y los entiende la Iglesia"» (n. 6).

Se dice también que las fórmulas tradicionales de expresión de la fe deben someterse a criterios hermenéuticos que los interpretan y que están condicionados por el modo de pensar de la época en que se pronunciaron, por lo cual no corresponden a la mentalidad del hombre de hoy. Seguramente se añadirá que la Declaración que comentamos ha omitido el trabajo de adecuarlas a tal mentalidad, al limitarse a repetir las tal y como fueron pronunciadas en tiempos tan distantes de los nuestros.

A esto contestamos que es el Magisterio el único poseedor del oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita y tradicional (Const. *Dei Verbum*, 10). Precisamente lo que hace la reciente Declaración es determinar cómo ha de entender el hombre de hoy y el teólogo de hoy las fórmulas tradicionales con que se expresan las verdades a que se refieren. El mismo Santo Padre Pablo VI, en la introducción a su Profesión de Fe del año 1968, puso límites precisos a los intentos de la nueva hermenéutica. No se puede, en efecto, bajo el pretexto del contexto mental en que se dijo, llegar a la conclusión de que no sabemos nunca qué es lo que se dijo ayer o lo que se dice hoy. Si así fuera, la Revelación, en lugar de ser luz, nos introduciría en las tinieblas.

DOS MISTERIOS FUNDAMENTALES

La Declaración que estoy comentando versa sobre dos verdades dogmáticas tan fundamentales en nuestra fe católica y de tal modo «pertenecientes a su núcleo central que, si se abandonan, se adultera también el restante tesoro de la revelación» (n. 6). Una es el misterio del **Hijo de Dios hecho hombre**. Otra, el de la **Santísima Trinidad**.

- A) Consta por los datos de la Revelación que el Hijo de Dios se hizo hombre sin dejar de ser Dios. Jesús nos manifestó el misterio adorable de su Persona con palabras y con obras. Adoramos a Jesucristo precisamente porque es el Hijo de Dios. De Él, Dios y hombre, hemos recibido el don de la redención y de la gracia. Murió por nosotros y fue exaltado por Dios con una resurrección gloriosa.

La Iglesia nos ha ofrecido siempre este misterio, afirmándolo con lenguaje cada vez más explícito, y de él hemos aprendido que en Cristo hay dos naturalezas, divina una y humana otra, y una sola persona.

Se apartan de la fe católica los que no admiten como perteneciente a la Revelación este dato del Hijo de Dios hecho hombre, o los que niegan su subsistencia eterna, así como los que opinan que habría que abandonar la noción de la única persona de Jesucristo. Igualmente, se oponen a esta fe los que, por muchas alabanzas que tributen a Jesucristo, no le confiesan como Hijo de Dios y se limitan a afirmar que en Él se da la cita de la divinidad con el hombre en cuanto que Dios está presente de modo eminente en la persona humana de Jesús. Le exaltan como a un héroe humano que ha llegado a la cumbre de la unión religiosa con Dios, pero nada más.

- B) La fe en el misterio de la Santísima Trinidad no se apoya en una caprichosa elaboración teológica, sino en los datos que la Sagrada Escritura nos ofrece al hablamos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en cuyo nombre deben ser regenerados los nuevos fieles para poder entrar en el Reino que Jesucristo

estableció. El Magisterio de la Iglesia ha precisado que son tres las personas, pero una sola esencia; que el Padre no procede de ninguno, el Hijo del Padre solamente y el Espíritu Santo de ambos por igual, sin principio y sin fin (Conc. Lateranense IV). Así ha sido mantenida, predicada y cuidada la fe del pueblo católico en este misterio.

Se apartan de ella los que opinan que la Revelación nos deja «inciertos sobre la eternidad de la Trinidad, y especialmente sobre la existencia eterna del Espíritu Santo como persona, en Dios, distinta del Padre y del Hijo» (Declaración, n. 5). Y no tienen razón para calificar de abusivo este lenguaje como si la Revelación no nos hubiera dado a los creyentes cierto conocimiento de la vida íntima de Dios. La Trinidad se nos ha revelado, sí, en la economía de la salvación, especialmente en Cristo, pero no como un simple dato yuxtapuesto, sino como una vibración vital que permite entrever algo de la riqueza divina que nutre el misterio.

LA FE DE NUESTROS PADRES

No se trata, pues, de mantenemos cerrados al mundo, como si desconociéramos las exigencias del pensamiento moderno, sino únicamente de ser fieles a Dios en su revelación. La fe de la Iglesia no se improvisa ni cambia con el paso del tiempo. Los misterios del Hijo de Dios encarnado y de la Santísima Trinidad constituyen la cumbre de la revelación cristiana y a la vez la dominan. Esta fe que hoy predica el Sucesor de Pedro es la misma que predicaron los Apóstoles. Nuestros padres –no los de la sangre, sino los de nuestro espíritu cristiano y católico– han sabido transmitírnosla íntegra. Hablaron en los Concilios, en sus Símbolos de fe, en sus predicaciones y catequesis. Para quien esto escribe no deja de ser grato poder referirse a los Concilios de Toledo. Precisamente en los Símbolos Toledanos IV, VI y XI, por no citar los más antiguos, aparecen afirmaciones claras que pueden contraponerse a los errores de la nueva Cristología que ahora se difunde. Incluso en el VI aparece una fórmula sumamente bella, según la cual Dios, por ser Uno y Trino, es un *solo* Dios, pero no un *solitario*, cuya infinita riqueza quede recluida en una soledad estéril, es decir, que algún conocimiento de la vida íntima de Dios se nos da en la Revelación.

Pido a todos los sacerdotes de la diócesis, ministros de la palabra de Dios, a los que enseñan en el seminario y demás centros docentes, a los que cuidan de la catequesis en sus diversos niveles, que ofrezcan a los fieles la sana doctrina con sumo cuidado, para no transmitirla errónea o incompleta.

El Papa no sólo ha aprobado esta Declaración. La ha comentado. Ha pedido a los fieles que se alegren de que estos dogmas se proclamen en su integridad, ha ponderado las consecuencias resolutorias y operantes que tienen para todo el conjunto de nuestra vida cristiana. Si los dogmas quedan vacíos de contenido, la religión se desvanece.

Pascua de Resurrección de 1972.

EL MENSAJE DE CRISTO

Conferencia pronunciada el 8 de abril de 1976 en el salón del Instituto Nacional de Previsión de Madrid, dentro del ciclo organizado por la Asociación de Universitarias Españolas.

Me han pedido que hable hoy sobre este tema: *Jesucristo y su mensaje*. Es muy grato hablar de ello y es lo que estoy haciendo constantemente. Precisamente estos días, y aun podría decir estos meses, casi sin interrupción estoy haciéndolo por esos pueblos de la provincia de Toledo en visita pastoral, para llevar el sacramento de la confirmación a centenares y miles de muchachos y muchachas y mayorcitos, casi jóvenes, los cuales escuchan la palabra de Dios y se preparan durante meses para recibirlo con fruto. Todavía se encuentra uno con casos como éste y no en un solo pueblo, de muchachos que trabajan aquí en Madrid. Chicos de dieciocho y veinte años que han estado durante tres meses yendo los sábados a su pueblo para recibir la catequesis que los prepara para el sacramento de la confirmación.

Es un detalle asombroso en medio de este mundo semipagano en que vivimos, que no tiene explicación, por eso que llaman las presiones sociológicas. Sus padres, que viven en el pueblo, les han hecho saber que iba a ir el obispo a ofrecer el sacramento y tienen interés en no perderlo. Y responden a las preguntas que se les hacen con convicción, con fe y con sencillez de alma, como me ocurrió hace una semana en un pueblo.

Cuando una muchacha de diecisiete años fue invitada a que saliera al presbiterio para contestar a unas preguntas juntamente con otras, y con una espontaneidad preciosa, sintomática de lo que es su alma –no venía directamente a tono, pero se enlazaba su reflexión sobre la pregunta que yo le hacía con lo que ella estaba pensando–, me contestó cuando se me ocurrió preguntarle: Y tú ¿amas mucho a la Santísima Virgen? , y con una afirmación ardorosa en medio de aquella iglesia, casi catedralicia, llena de gente dijo: «¡Sí!». No vacilando; la expresión era muy firme y el tono de la respuesta, aunque las palabras se le trababan, «porque respeto y amo mucho la pureza de la Santísima Virgen». Esto contestó aquella muchacha preciosa de unos diecisiete años, normalísima en su conducta.

Gentes que están acostumbradas a escuchar y a meditar a su modo el mensaje de Cristo. Gentes cristianas, familias católicas y buenas de nuestra España. A las que tantas veces olvidamos, encerrándonos en nuestros problematismos, frecuentemente provocados. Por eso os digo que lo estoy haciendo normalmente, y esto es la vida de un obispo, estar hablando *del Mensaje de Cristo* constantemente.

Este mensaje es tan amplio que es inabarcable, porque Jesucristo nos ofrece una predicación en que toca todo. Jesucristo, con su mensaje, llega al corazón del hombre, al sentimiento, a su cerebro, a su cuerpo, a su alma, a la familia, a la sociedad.

Su mensaje es presente y escatológico, es universal, es temporal, es espiritual, lo es todo. Por eso sería absurdo pretender en una conferencia hablar del contenido entero del mensaje de Jesús. Por ello voy a limitarme a tres puntos:

Punto primero: Lo que podríamos llamar núcleo sustancial. Punto segundo: Su continuidad a través del tiempo en la Iglesia. Punto tercero: Algunas de las manipulaciones que este mensaje está sufriendo hoy.

Este va a ser el esquema de la conferencia que hoy quiero desarrollar ante vosotros. Con el gozo y la satisfacción de poder corresponder a la invitación de este año, como lo he hecho en años anteriores.

No sé si conocéis un libro que ha sido editado recientemente por la BAC: *Cristo, el misterio de Dios*, del jesuita Manuel González Gil¹, que ha sido profesor durante muchos años en una Universidad de Japón. Este libro me ha producido casi emoción al leerlo. Es un tratado de Cristología, pero que no tiene la frialdad del tecnicismo de escuela y, sin embargo, no le falta nada del rigor científico que se puede exigir a un libro de esta naturaleza, y juntamente con el rigor científico tiene una vibración espiritual; tiene una densidad en la elevación hacia el misterio de Dios, que probablemente es fruto de la acomodación de su mente al mundo oriental. Quizá él habrá comprendido esto así, después de tantos años en Japón estudiando estos temas en la Universidad y que a estos orientales el mejor modo de hablarles de Cristo era el que ha utilizado. En este libro me he fijado para resumirlos brevísimamente el primer punto que os he anunciado.

I. EL NÚCLEO SUSTANCIAL DEL MENSAJE DE CRISTO, ¿CUÁL ES?

Cristo viene a predicar el Reino de Dios. El Reino de Dios que empieza en la tierra y se completará en el cielo. Este Reino de Dios no tiene una localización geográfica, ni obedece a ninguna estructura política, es más bien una situación que con ese Reino se va a crear en el corazón del hombre y en la humanidad. Es una situación en virtud de la cual el hombre se sentirá sujeto a Dios nuestro Señor, nuestro Padre, con amor, con verdad, con confianza.

Este Reino de Dios que Cristo predicó, ha sido anunciado a través de todos los siglos por los profetas y llega un momento en que ese anuncio se cumple; y el Padre a través de Cristo, su Hijo divino, revela al hombre el contenido de la revelación que Él quiere hacer. Entonces los hombres, a través de y en virtud de ese mensaje de Cristo, de este Reino de Dios que Él predica, van entrando voluntariamente en esa pequeña grey, que está llamada a ser grande, quedan incorporados a Él. Escuchan desde el principio palabras de vida eterna, hasta el punto que el evangelista San Juan no emplea nunca la frase «Reino de Dios», sino la palabra «vida» o «vida eterna», como demostración de que se identifica «Reino de Dios» con *la vida divina* que Cristo viene a traer a los hombres. En consecuencia, el que se incorpora al «reino» participa de la «vida divina», y es ése el *mensaje* que nos trae Jesús.

Pero acaso lo más original sea que el mensaje no consiste en una afirmación o en una negación concreta, sino en todo el conjunto global de sus enseñanzas;

¹ M. González Gil, *Cristo, el misterio de Dios*, 2 vols. BAC 380 y 381, Madrid 1976.

ni siquiera sólo en esto, sino el que, juntamente con las enseñanzas, el objeto de las mismas es Él, que es también el sujeto que las da, Cristo. De manera que el que evangeliza, el que proclama este Reino de Dios, y el que lo presenta como una novedad ofrecida por Dios a la humanidad, es Cristo; pero lo que se presenta es también Cristo, porque Él, su persona y su vida, son el objeto hacia el cual tiende la palabra que Cristo predica. Como decían los Santos Padres: *Ipse est regnum*; Él y el Reino se identifican.

Y ahí tenemos la gran originalidad que no se ha dado nunca jamás. Porque si buscamos en cualquiera de los hombres grandes de la humanidad o movimientos culturales o filosóficos, si buscamos a alguien que se haya presentado a sí mismo como el objeto de la propia predicación, consideraríamos que el que así obrara ya se calificaba a sí mismo y no merecería más que el desprecio por parte de los hombres. En cambio, con Cristo no ocurre esto. Se oyen sus afirmaciones: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, y nadie advierte ahí ninguna clase de arrogancia, de jactancia; no hay más que la seguridad de una profundidad divina que toca el fondo, el misterio. No hay arrogancia, no hay temeridad alguna. Es todo tersura y limpieza, y al contemplarle a Él con su vida, con su muerte, con su resurrección, empieza uno a comprender que tenía derecho a decir: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 6).

La frase «Reino de Dios», fuera de San Juan, aparece muy frecuentemente en los Evangelios utilizada por los evangelistas y puesta en boca de Jesús. Empieza a ver uno las características de ese «reino» tal como las describe Jesucristo; se comprueba cómo la condición fundamental para entrar en ese «reino» y participar de él es la conversión del corazón. Es una conversión que exige cambio, arrepentimiento, novedad interior. San Marcos pondrá en boca de Cristo estas palabras: *Arrepentíos y creed el Evangelio, porque está cerca el Reino de Dios* (Mc 1, 15). De manera que este arrepentimiento, este cambio del corazón, esta adhesión, esta entrega a la buena nueva, a la buena noticia, son las condiciones fundamentales para entrar en ese Reino de Dios.

Establecida así la condición primera, enseguida aparece otra característica, y es que el que entra en el «reino» cuenta con algo que el corazón humano está apeteciendo siempre: *perdón*. Porque hay un enemigo de ese «reino» que no son los poderes políticos o económicos de este mundo; los enemigos de ese reino son algo más serio, que puede aparecer ahí o en otra parte, es Satanás, es el pecado. Y como esto es lo que mancha el corazón y lo que aparta de Dios, el hombre necesita encontrar el perdón, y en este reino se lo ofrecen. Las parábolas de la misericordia del Cristo perdonador, las palabras constantemente repetidas de amor, de búsqueda de la oveja perdida, de atención a todo el que sufre, de propósito delicadísimo de no agravar en nada las situaciones en que el hombre puede encontrarse oprimido, sufriendo; sino, por el contrario, de liberarle de tantas y tantas ataduras como puede tener para que se eleve, contando siempre con el auxilio divino, que es el perdón de Dios.

¿Recordáis algunos pasajes del Evangelio en los que Cristo aparece perdonando los pecados? Decían, ¿quién es éste que perdona los pecados? ¿Cómo se atreve a hacer esto? O cuando ante una mujer pecadora, Él la perdona diciendo: *Nadie te ha condenado, Yo tampoco te condeno, en adelante no peques más* (Jn 8, 10). Él no la condena, la advierte sobre la necesidad de un corazón limpio, pero nada más. Cristo nos trae el perdón del Padre.

De manera que el reino crea una situación: sujeción amorosa a Dios. Empieza por exigir una conversión del corazón y entrega al hombre desde el primer momento lo que más le apetece: el perdón, del cual brota la paz, la dicha interior. Pero hay más en este reino, Jesucristo subraya algo de una manera muy característica y muy viva, y es la presencia de Dios Padre. Él también es el Hijo y se proclama a Sí mismo el Hijo que ha venido al mundo. Pero no solamente nos señala a Dios Padre como el Padre suyo, sino también nos invita a que le consideremos como el Padre nuestro.

Esa filiación divina que nos ofrece, en todo el rigor de la palabra, ese señalamiento de Dios como nuestro Padre y el suyo es la cumbre a que se puede llegar en la nueva situación de ese reino. Entramos en una familia nueva y ya los hombres podemos establecer con Dios relaciones que no habían existido nunca. La humanidad había sido incapaz de concebir siquiera la posibilidad de tratar a Dios como un padre, pero en el *Mensaje de Cristo* esto es nuclear, fundamental.

Cristo tiene mucho empeño en hacer ver que todo ha de redundar en gloria del Padre: *Yo no busco mi glorificación, busco la gloria del Padre*. Y nos dice que oremos a Dios nuestro Padre que está en los cielos, y añade que Él, lo que nos predica, lo ha recibido del Padre. Y cuando va a salir de este mundo se dirige a Él de la manera más solemne, y entonces es cuando le pide que le glorifique con una gloria que es como una reverberación de la gloria misma del Padre, que Él ha procurado con su vida y va a procurar con su muerte y su resurrección. Y está señalada la cumbre, Dios Padre nuestro y los hombres hijos de Dios. ¿Para qué? Para conseguir la vida eterna. *En esto consiste la vida eterna. En que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste* (Jn 17, 3). *Yo he venido para que tengan vida y la tengan cada vez más abundante* (Jn 10, 10).

Señoras y señores, hijos de la Iglesia, los que vivís percibiendo desde el comienzo de vuestra existencia la fragancia de este sentido del mensaje de Cristo, que ha llegado hasta vosotros a través de la Iglesia por tantos caminos, lo mismo que esos muchachos y muchachas a quien yo he visto estos días y seguiré viendo en las parroquias que visito, hombres y mujeres humildes, rústicos muchos de ellos, enfermos otros, como también llenos de salud y de vigor. Cuando se dice ¿qué es el *Mensaje de Cristo* para ti? ¿Qué es lo que vives? Tendríais que decir, como tendrían que decir ellos: es una situación nueva, que yo me siento dichoso de estar sujeto a Dios como Padre, en que he recibido de Cristo una palabra de vida eterna, en que trato que mi corazón se convierta constantemente a Dios, en que cuento con el perdón divino, en que se me asegura una vida eterna que me ha ofrecido el Hijo que ha venido a este mundo. Así podría resumirse lo más sustancial del mensaje de Cristo.

Ahora comprenderéis el por qué este libro, que os he citado del Padre González Gil, al tratar este tema escribe las siguientes palabras: «Ya desde las tentaciones del desierto, Jesús quiso desligarse de toda idea de mesianismo nacionalista, por más que ésta estuviese arraigada en el pueblo judío. De hecho, siempre se desentiende de toda cuestión política. No se deja enredar en el problema sobre el pago del censo a las autoridades romanas, porque a Él sólo le interesa *dar a Dios lo que es de Dios* (Mt 22, 15). Cuando le anuncian la represión sangrienta llevada a cabo por Pilatos en la Ciudad Santa, transporta inmediatamente el tema al campo religioso y aprovecha para exhortar a la penitencia y se

desentendiendo de aquel suceso, apto de suyo para excitar los sentimientos nacionalistas, e incluso para desviar la atención de la cuestión política, equipara aquel caso al accidente ocurrido en Jerusalén, en el que no puede mezclarse ningún pensamiento de patriotismo. Toda su actitud en este respecto se resume en la respuesta dada a Pilatos: *Mi Reino no es de este mundo*»².

No hace muchas noches leía yo un libro de Madariaga, que ahora precisamente acaba de llegar a España, *Dios y los españoles*, y leía cómo en unas páginas se refería a esto. Yo no apoyaría o aprobaría íntegramente todo lo que en ellas se dice, desde mi punto de vista de obispo que vela por la fe. Hay en ellas observaciones valiosísimas, y me acuerdo cómo comenta esta frase y cómo se refiere a lo que él llama ciertas desviaciones que hoy padece la Iglesia católica.

Mi reino no es de este mundo (Jn 18, 36). Pero cuidado que al decir esto no podemos olvidarnos de que precisamente por incorporarnos a una vida divina, con las exigencias que ésta tiene, Cristo va al fondo de los problemas humanos y transformando el corazón del hombre, puede también cambiar la situación de esos problemas. Porque de este *mensaje* en que se nos habla del Padre no solamente brotan lo que podíamos llamar líneas esquemáticas de unas creencias en que se configuran nuestros dogmas, sino que brota también una nueva moral, la moral cristiana.

En efecto, Cristo no viene a señalar aspectos externos en el cumplimiento de la ley, no la desprecia, se eleva por encima, y hace que el cumplidor de la ley antigua o de la ley nueva empiece a vivir con una nueva dimensión en su alma, la del amor a Dios, dentro del cual tiene que ver el cumplimiento de los preceptos. No los elimina, quitará los que podían ser localistas, propios exclusivamente para un rito o teocracia, de un pueblo elegido para un momento determinado de la historia

Los preceptos que va a marcar para el nuevo Evangelio, para la Iglesia, para el futuro de esa humanidad que Él busca, también tendrán dimensiones externas. También exigirán concreciones en el orden familiar, político, social, económico, etc. No se limitan a sus proclamaciones exteriores. Todas tienen que nacer de eso que es el hombre nuevo, de aquello que Él mismo dijo a Nicodemo: *Hay que nacer otra vez* (cf. Jn 3, 3). Y cuando se nace con esa vida nueva que Él ha traído al mundo, hay un precepto fundamental: *Amarás a Dios con toda tu mente, con todo tu corazón, con toda tu fuerza, con toda tu alma, y el segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo* (Mc 12, 29-31). Con este amor aparece la nueva moral, la cual nos pide pensamientos y deseos limpios, no sólo acción. Manos limpias, mente pura, corazón iluminado, cuerpo transfigurado en el uso del mismo y en la intención con que se ha de usar, mientras nos sirva como criatura de la tierra, alma pendiente de Dios y de los hombres.

El mensaje de Cristo, tocando el corazón llega a tocar todas las realidades de la tierra. No entra en estas políticas de los hombres, no lo necesita. Busca el alma y el corazón, para que desde allí, el hombre que posee esas facultades se gobierne y gobierne la vida humana, en consecuencia con lo que Cristo le está predicando.

² O.c., BAC 380, 354.

II. CONTINUIDAD DEL MENSAJE A TRAVÉS DE LA IGLESIA

Un pensamiento muy sencillo que deseo ofreceros, porque ilumina mucho nuestra condición, es el siguiente: el mensaje de Cristo, por ser mensaje del Hijo de Dios, había de tener universalidad y fijeza, no podía estar sujeto a las arbitrariedades interpretativas de los hombres, para eso sería mejor que no se hubiera predicado. Imaginemos lo que sería que Jesucristo viene a ofrecer su mensaje de salvación eterna y no pudiera garantizar la transmisión del mismo. Esto sería absurdo. Pero que quedase a la vez como una reliquia que se va traspasando de generación en generación expuesta a los caprichos interpretativos de los hombres, la reliquia existiría, pero ya no conocería nadie a quién pertenecía.

He ahí el porqué del mismo hecho de que exista un mensaje del Hijo de Dios que es situación nueva, que es adhesión al Padre, conversión del corazón, perdón, filiación divina, seguridad de salvación, también moral nueva predicada por Cristo; del hecho de que exista esto se sigue, como consecuencia inevitable, la necesidad de que haya alguien que garantice la fidelidad en la transmisión, de lo contrario mejor es que no hubiera venido Cristo al mundo a predicar, si es que tenía destino universal. Por eso nos encontramos con la necesidad de la Iglesia. Es otra particularidad del mensaje de Cristo que nos permite ver los tres elementos unidos: **la palabra** que Él predica, **la persona** que la predica, y que es objeto de la palabra, y **la Iglesia** en que se transmite. Todo esto es un misterio. Tiene visibilidad porque Cristo tuvo existencia visible, histórica, y la Iglesia también la tiene hoy, lo necesario para que haya podido ser aprendida por el hombre. Pero lo más rico del misterio está dentro, es *el Espíritu Santo*, que es el mismo Espíritu de Jesús, el que anima a la Iglesia, el que la alienta, el que la fortalece, el que hace que conserve con fidelidad el mensaje que Cristo transmitió.

Este es el pensamiento que quería ofreceros, tan sencillo, pero que nos permite vislumbrar de un golpe total la hermosura del panorama: cómo Cristo necesariamente tiene que estar transmitido de una manera viva y fiel por la Iglesia para que su mensaje pueda tener garantías de fidelidad y de aceptación, de lo contrario no lo habría predicado. Repito el pensamiento: la Iglesia es la transmisora fiel del mensaje de Jesús.

Aquí tengo un documento que es conocido por vosotros, pero sobre el cual hay que insistir mucho, porque se ha hecho enseguida demasiado silencio sobre él. Es la exhortación apostólica de su Santidad Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, sobre la evangelización en el mundo contemporáneo. ¿Valor de este documento singularísimo? Yo le pondría entre los tres o cuatro mejores que han salido de Pablo VI en su pontificado. El valor es que responde a las deliberaciones del Sínodo de 1974.

Cuando el episcopado del mundo entero, a través de sus representantes, deliberan, llevan sus propias aportaciones y las aportaciones de los diversos grupos de obispos a los que pertenecen, y de los que son hermanos, comisiones episcopales, provincias eclesíásticas, etcétera. Deliberan y llevan esas reflexiones y durante un mes trabajan sobre el tema «Evangelización en el mundo actual», y después de aquella reflexión de todo un mes de obispos del

mundo entero, el Papa asume la responsabilidad de ser él el que promulgue en su día un documento sobre la cuestión.

Cuando se habló de que el Sínodo había sido un fracaso porque no había salido ningún documento, era precisamente todo lo contrario: había sido un éxito rotundo; en primer lugar, porque los sínodos no tienen como misión dar un documento, sino ayudar en el gobierno de la Iglesia. Pero, además, es porque el conjunto de reflexiones era tan enorme y tan valioso que era imposible resumir y ordenar suficientemente lo que se había dicho. Y entonces el Papa, con su autoridad, asume el propósito de promulgar un año después un documento sobre el tema.

Este documento tiene la autoridad magisterial propia del Papa, la autoridad, digamos, intelectual de la reflexión nacida de personas que han venido de todo el mundo, la autoridad que nace de un conocimiento de los problemas.

Al final del Sínodo, el Papa pronunció un discurso muy firme y muy solemne, en que corrigió en ese mes de octubre de 1974 algunas expresiones y tendencias que se habían manifestado en el Sínodo, las corrigió y llegó a decir «No cumpliríamos con nuestro deber de velar por la fe y confirmar a nuestros hermanos en el episcopado y a toda la Iglesia si no advirtiéramos tal... y tal... Somos como el vigilante puesto al comienzo del camino para evitar que los que han de discurrir por él se desvíen. Es necesario reafirmar la doctrina correcta sobre la teología de la liberación, sobre comunidades de base, sobre liturgia autóctona, etcétera». De manera que es un documento que va acompañado del propósito del Papa de dar una palabra definitivamente orientadora en el momento actual sobre las cuestiones debatidas. Precedidas de las advertencias del discurso, precedidas de una reflexión a escala universal. Y, por consiguiente, cuando el día de la Inmaculada del año 1975 se lanzó este documento, el mundo católico: obispos, sacerdotes, religiosos, creyentes, todos deberían haberlo recibido con inmenso respeto.

Este documento tendría que ser hoy libro de estudio y meditación en todos los Institutos de Pastoral y en las clases de los seminarios, una especie de *vademécum* de los principios fundamentales de la evangelización. Llama la atención poderosamente cómo muchas revistas de la Iglesia española apenas le han prestado atención.

¿Qué nos dice sobre el segundo punto de mi reflexión?: *Continuidad del mensaje a través de la Iglesia*. Brevemente os leeré algunas de las palabras del mensaje: «Como núcleo y centro de su buena nueva, Jesús anuncia la salvación. Ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, sobre todo, liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él y de verle y de entregarse a Él» (*Evangelii nuntiandi*, 9). Me llama la atención este lenguaje del Papa, porque cuando se habla que este mensaje de Cristo es esto, liberación del pecado, liberación del maligno, parece que es reducirlo simplemente a romper las cadenas de una sombría esclavitud, que parece poco digna de una misión tan colosal y grandiosa como la que viene a traer Cristo al mundo.

El Papa no se limita a esta afirmación y dice: «Todo esto tiene su arranque durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y

resurrección. Pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la venida final, cosa que nadie sabe cuándo tendrá lugar, a excepción del Padre» (ibídem). «La Iglesia tiene viva conciencia de las palabras del Salvador. *Es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades* (Lc 4, 43). Se aplican con toda verdad a ella misma, y por su parte ella añade de buen grado siguiendo a San Pablo: *Si evangelizo no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizara!* (1Cor 9, 16). Con gran gozo y consuelo hemos escuchado estas palabras al final del Sínodo. Nos queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. Una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes...» Y luego dice: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia en su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, para ser canal del don de la gracia, para reconciliar a los hombres con Dios, para perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa» (*Evangelii nuntiandi*, 14). Es un puñado de pensamientos apretados, breves, en que se resume la misión de la Iglesia, idéntica a la de Cristo. Y a esto es a lo que llama el Papa tarea suprema de la Iglesia, idéntica a la de Cristo: evangelización.

Va desarrollando el mismo pensamiento anterior en otros puntos, en que con una exactitud precisa, matemática, señala todos los problemas que se debaten hoy, actualmente, en escuelas de teología, en círculos de pastoral, que tantas veces alteran el corazón de los sacerdotes y de los cristianos, llevándolos por caminos de desorientación y confusión. El Papa lo precisa en este documento con una exactitud sorprendente, y pienso que, si fuéramos hoy más humildes, más fieles al magisterio del Papa, se podrían eliminar en un noventa por ciento las tensiones existentes con sólo prestar atención seria y profunda al conjunto de reflexiones que nos hace el Papa sobre la acción de la Iglesia, tal como él la define en este documento.

III. LAS MANIPULACIONES QUE HOY SUFRE EL MENSAJE

Pasamos al tercer punto. Por causa del tiempo no puedo hacer más que unas breves indicaciones, tomando también como punto de apoyo pensamientos del Papa, pues estimo que deben ser ofrecidos a vuestra consideración.

Dice el Santo Padre: «Manipulaciones frecuentes está sufriendo hoy este mensaje de Cristo, al que la Iglesia debe ser absolutamente fiel» (*Evangelii nuntiandi*, 32). Y yo señalo las siguientes: **primera**, el oscurecimiento casi deliberado de todo cuanto se refiere a la vida eterna; **segunda**, la metodología en lugar del espíritu, es decir, más técnica en el trabajo apostólico que espíritu de fe; **tercera**, la mutilación de la verdad; **cuarta**, el respeto indebido a una libertad que es libertinaje; **quinta**, la reducción, en gran parte, del mensaje que predicamos a un mero humanismo social; **sexta**, el relativismo en el concepto del hombre; **séptima**, el recurso indiscriminado a los signos de los tiempos, sin darnos cuenta de su ambivalencia y de la obligación moral que tenemos de distinguir cuáles son los positivos y cuáles los rechazables.

Y mientras en estos puntos no coincidamos en virtud de una fidelidad a las precisiones que el magisterio eclesiástico nos traza, no saldremos de la confusión. Mientras sigamos empeñándonos en considerar a Cristo como un amigo, como un hermano, peor aún, como un camarada, no haremos nada. Y el cristianismo se nos hundirá entre las manos, en lo que afecta a lo que nosotros podamos vivir o invitar a vivir de ese cristianismo, al que servimos con la visión diversa con que cada uno le sirve.

Sobre los problemas de la teología de la liberación. A pesar de lo que ha dicho el Papa en este documento, de lo que dijo al comenzar el Sínodo, otro día en el Ángelus y en otro discurso que pronunció en otra ocasión, a pesar de eso siguen los terrenismos políticos sociales considerándose como la suprema ambición de muchos que se mueven en lo que se llama el apostolado cristiano. Yo no digo que a eso no haya que llegar como consecuencia de la transformación del corazón. Lo que digo es que si se establece una tal desproporción entre lo poquísimo que concedemos al núcleo del mensaje y lo muchísimo en que nos entregamos a lo que deben ser consecuencias, forzosamente, por una ley casi física, se produce un desequilibrio interno entre las actitudes apostólicas de la Iglesia, que hace que el rostro de ésta quede desfigurado. Como luego, además, en la medida que el hombre pierde la contemplación de Dios pierde también la serenidad y la paz, cuanto más se mete en la agitación de los problemas que son consecuencia del pecado real o supuesto, cuanto más entra ahí, más víctima es de la agitación que eso produce, más pierde el horizonte que tiene que contemplar, y entonces ese núcleo cristiano de la predicación de Jesús va como reduciéndose cada vez más y sólo queda la periferia, la ambición hacia el mundo. Ya no hay paz en el corazón, ni capacidad limpia de perdón.

Hay una pasión tan despótica como puede ser la pasión sexual, llevada al ansia de poder y de dominio, de este grupo o del otro, que se traduce muchas veces en odio a una clase social determinada, en la eliminación del adversario, en desprecio sistemático de todo lo que pida paciencia, ponderación, serenidad y fe, valores evangélicos supremos. Se oscurece el sentido de la vida eterna y no se predica para nada, cuando es precisamente lo fundamental, a qué viene el Señor, cómo es una acción salvífica, pero no para este mundo. En este mundo se incoa ese reino de justicia, pero no es más que una preparación de lo que ha de venir después, y sobre eso hay un silencio pavoroso. Hoy se parcializan las verdades, hoy se hace hermenéutica de los dogmas. Se toma la definición de tal o cual Concilio simplemente para presentarla bajo el prisma de nuestros pensamientos de hoy, como algo que, si valió entonces, ya no vale en nuestros días. Con lo cual se introduce un relativismo en todas las enseñanzas de la Iglesia que forzosamente ha de tener consecuencias funestas.

Se nos habla del **cambio**, casi del cambio por el cambio; la idolatría del cambio. Se nos habla del hombre moderno como si fuera esencialmente distinto del hombre antiguo.

Von Hildebrand, este autor alemán que escribió hace unos años *El caballo de Troya en la Ciudad de Dios*, ha vuelto a escribir no hace mucho sobre estos puntos de vista interesantes. Dice: «Pero ¿qué es esto del cambio que se nos presenta casi como un mito del que ya no podemos apartarnos? La sociedad está en cambio..., el hombre de hoy cambia...; tenemos que acomodamos a los

cambios que el hombre experimenta...», y dice Von Hildebrand muy acertadamente: «Lo que ocurre es que, hoy como ayer, entre los hombres que ahora viven los hay diversos. Unos son de una manera y otros de otra. Existe el cambio dentro de cada generación, pero no porque dentro de esta generación el hombre sea distinto de la generación anterior. En la anterior había también hombres de una manera y hombres de otra, pero estamos hablando tanto del cambio que nos parece que el hombre de estos años del siglo XX, casi en su final, es esencial y radicalmente distinto del anterior. No; el hombre de hoy necesita de los mismos valores: de la paz, del sentido y gozo de la familia, de la amistad, de un trabajo que asegure su subsistencia y le permita comprobar el progreso y desarrollo de su vida. Y siente las mismas tentaciones de lujuria, de egoísmo, de apetencia de poder que ha sentido el hombre de ayer».

La rebeldía de la juventud de hoy podrá manifestarse más, pero siempre ha sido un instinto que ha brotado de toda persona joven. Y, sin embargo, por ceder en estos «slogans», vamos cayendo en algo que tiene consecuencias fatales. Como el hombre cambia, tiene que cambiar también la presentación de los dogmas de fe, y al cambiar tanto la presentación, se hace cambiar a los propios dogmas y llega un momento en el que se dice: «Esto ya no vale para el hombre de hoy». Y ni se sabe qué se tiene que creer, ni qué se tiene que obrar. Y la oración del hombre de hoy tiene que ser distinta. ¿En virtud de qué principios se pueden hacer estas afirmaciones que destrozan por completo la consistencia de las verdades de la fe y la operatividad apostólica normal, dentro de un mensaje de Cristo, cuya identidad, al menos por hipótesis, hemos de suponer que se conserva fielmente en la Iglesia, no ya por fe, porque si discurrimos en nombre de la fe ya no caben hipótesis? La identidad del mensaje de Cristo ¡claro que se conserva! Y ese mensaje que es universal, pleno y eterno, vale para el hombre de hoy igual que para el hombre de ayer.

Signos de los tiempos: la libertad, el progreso, el consumo, los derechos humanos, la persona. El Cardenal Bengsch, de Berlín, que tuvo una intervención preciosa en el Sínodo, dice que un hombre de Iglesia, un cristiano frente a esas frases no puede colocarse en una actitud neutralista; necesariamente tiene que pensar y analizar. ¿En qué sentido se acomoda o se aparta del Evangelio este concepto que hoy predicán y que manejan continuamente en periódicos y revistas? Porque, claro, son realidades positivas: el cuerpo, la sexualidad, el amor, la libertad, la afirmación de la personalidad propia, el afán de una sociedad mejor. Todo este conjunto de afirmaciones, evidentemente, encierra valores positivos, pero hay quien los emplea deliberadamente en otro sentido, y el predicador del Evangelio, el catequista, el seglar, la familia que quiere conservar la fe, tiene la obligación de preguntarse: ¿en qué sentido están empleando esto? Porque si no es así, yo no puedo aceptarlo, aunque me digan que es un signo de los tiempos, y si lo es, será un signo de los tiempos tristes y de decadencia que siempre existen en la sociedad. Todo este conjunto de reflexiones sobre las que, gracias a Dios, va apareciendo luz cada vez con más precisión, merecería ser mucho más desarrollado, pero ya no puedo hacerlo, ha pasado el tiempo de que disponía y hemos de dejarlo para otra ocasión.

Son manipulaciones, repito, que sufre el *Mensaje de Cristo*, y que, por otra parte, no son nuevas. Ahora bien, tenemos la obligación de prepararnos, de pensar y de orar y de vivir de acuerdo con lo que ese mensaje en que creemos nos pide

para poder ser luz y para no sucumbir ante esta presión de los confusionismos existentes. Gracias a Dios tenemos posibilidad para ello, porque el que quiere ilustrarse puede hacerlo siguiendo el magisterio del Papa, cuando éste se pronuncia en la forma y autoridad con que lo hace en algunas ocasiones.

Quiero terminar leyéndoos precisamente este documento del Papa sobre un punto en el que las confusiones han aparecido en este tiempo y que podrían ser casi como un espejo de otras muchas, en las cuales tantos y tantos han caído en estos tiempos. El Papa habla en el final de este documento de cómo hay que tener celo por la predicación de la verdad, y se refiere, fijaros con qué precisión, a estas corrientes que han surgido en nuestros años y que han tenido una trascendencia sobre todo en el campo de las misiones, corrientes devastadoras podríamos decir.

Pertenezco actualmente a la Congregación de las Misiones y tengo que asistir en Roma a las reuniones de la Congregación plenaria con obispos de todo el mundo, misioneros, etc., y he oído exponer allí varias veces cómo muchas misiones se han destrozado como consecuencia de este relativismo dogmático y de esta confusión que les hace a muchos pensar que no hay que predicar porque es una imposición de la verdad, es una coacción del hombre moderno. Un signo de los tiempos: la independencia, la autonomía, no dejarse coaccionar, hay que evitar todo lo que sea falta de respeto a la personalidad humana.

El Papa se refiere a este problema porque, repito, no es de pura especulación, está teniendo consecuencias prácticas tremendas, y dice: «Sería ciertamente un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida en Jesucristo con plena caridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda haber –sin actos que puedan tener sabor a coacción o a persuasión inhonesta o menos recta–, lejos de ser un atentado contra la libertad religiosa, es un homenaje a esta libertad, a la que se ofrece la elección de un camino que incluso los no creyentes juzgan noble y exaltador. O ¿es que es un crimen contra la libertad ajena proclamar con alegría la buena nueva conocida gracias a la misericordia de Dios? O ¿por qué únicamente la mentira y el error, la degradación y la pornografía han de tener derecho a ser propuestas, y por desgracia incluso impuestas, por una propaganda destructiva difundida mediante los medios de comunicación social, por la tolerancia legal, por el miedo de los buenos y la audacia de los malos? Este modo respetuoso de proponer la verdad de Cristo y de su Reino, más que un derecho es un deber del evangelizador, y es a la vez un derecho de los hombres, sus hermanos, a recibir a través de él el anuncio de la buena nueva de la salvación. Esta salvación la puede realizar Dios en quien Él quiere y por caminos extraordinarios que sólo Él conoce. En realidad, si su Hijo ha venido al mundo ha sido precisamente para revelarnos, mediante su palabra y su vida, los caminos ordinarios de la salvación, y es Él quien nos ha ordenado transmitir a los demás, con su misma autoridad, esta revelación. No será inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento –y ahora os ruego que le prestéis atención–: «Gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio, los hombres podrán salvarse por otros caminos, pero ¿podremos salvamos nosotros si por negligencia, por miedo, por vergüenza –lo que San Pablo llama avergonzarse del Evangelio–, o como consecuencia de

ideas falsas omitimos el anunciarlo? Porque esto significaría ser infieles a la llamada de Dios, que, a través de los ministros del Evangelio, quiere hacer germinar la semilla; de nosotros dependerá el que esa semilla se convierta en árbol y produzca frutos» (*Evangelii nuntiandi*, 80).

Este es el lenguaje que quisiera ver continuamente empleado por nosotros, sin miedo ninguno, con ese celo apostólico que ha movido siempre a los santos y a los servidores del Evangelio. En las comunidades religiosas, en los grupos apostólicos y en las familias católicas volver a hablar así, con estas condiciones, con esta profundidad en la fe, sin diluirnos en simples esquemas sociológicos, como si fuera faltar al respeto al hombre el decir abierta y claramente que es un hijo de Dios, que tiene que apartarse del pecado, que tiene que buscar esa trascendencia divina uniéndose a Dios como a un Padre, que tiene que vivir este santo Evangelio y la Iglesia y los Sacramentos en toda su pureza. Este es el lenguaje en que, a pesar de todos los defectos, vivieron muchos de nuestros antepasados y gracias a él constituyeron familias ejemplares en todos los órdenes. ¿Por qué no puede ser compatible ese lenguaje de la fe con la atención necesaria a los problemas que el mundo moderno nos presenta? Para contribuir a resolverlos en la proporción en que a cada uno nos corresponda, sin querer convertirnos cada uno en un Mesías con su propio mesianismo, con sus propios programas liberadores, cuando lo único que tenemos que mirar es a esto: *a la liberación que nos ofrece Jesucristo como enviado del Padre.*

JESUCRISTO, VIDA DEL MUNDO

Homilía pronunciada en la Catedral Primada de Toledo, el 2 de julio de 1979, con motivo de la apertura de la V Semana de Teología Espiritual. Texto publicado en el volumen *Una nueva vida en Cristo*, CETE. Madrid 1980. 15-25.

Nuestra V Semana de Teología Espiritual va a tener como tema central de reflexión y diálogo el que se enuncia con estas palabras: «Una nueva vida en Cristo».

Y yo me he atrevido a señalar como título de mi conferencia introductoria éste de tanta resonancia en la tradición de la Iglesia: *Cristo, vida del mundo*. Miro a lo lejos, pienso en la existencia tan complicada de los hombres a través de la historia, y me digo a mí mismo: ¿Quién soy yo para hablar de la vida del mundo? ¿En nombre de qué? ¿Quién me autoriza a ello?

Y, además, hay otro atrevimiento: el de señalar a Cristo como vida del mundo (Jn 6, 52). Le conocen tan pocos..., y los que le conocemos, le servimos tan precariamente. Somos tan pobres y tan miserables para poder presentarle ante el mundo con dignidad.

Y, sin embargo, no siento la menor dificultad en hacerlo y en proclamarlo así. No sé qué ocurre. ¡Cristo, Cristo! ¿De quién y de qué no va a ser Él la vida, y el amor, y la luz? Tengo un cierto conocimiento de Cristo, el que corresponde a mi condición de cristiano y de sacerdote, y lo amo. Amo al Señor. Y me basta un poco de ese conocimiento y ese amor para comprender que puedo hacer esa afirmación, y que de nadie, de nadie más, puede decirse, sino de Él, que es la vida del mundo.

1. JESÚS ES CONOCIDO

Los que estamos aquí, o al menos la mayor parte, tenemos nuestras vidas consagradas a Dios desde hace más o menos tiempo. Muchos, desde hace muchos años. Todos juntos conocemos a muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Nos ha sido permitido abarcar dos horizontes amplísimos: el de la Iglesia y el del mundo contemporáneo.

A la Iglesia la hemos conocido mejor que nuestros antepasados. Por tres razones. Porque la hemos visto más universalmente extendida que como la vieron en cualquier época de la historia. Porque hemos asistido a un acontecimiento fundamental de análisis de su propia conciencia en el Concilio Vaticano II, como no lo había hecho jamás. Porque después, en los años posconciliares, la hemos visto fuertemente agitada, combatida desde dentro y desde fuera, sometida a infinitas presiones que, si por un lado la perturban, por otro permiten descubrir su fortaleza interior.

Hemos entrevisto algo de lo que es el misterio de la Iglesia mejor que en otras épocas. Y a través de ella, en su extensión por toda la tierra, en el examen

profundísimo de sí misma, en sus decadencias y en sus resurgimientos, hemos visto a Cristo, sin el cual la Iglesia no tiene explicación cabal. La hermosura interior de la Iglesia es tanta que nunca hemos sufrido tanto al comprobar los intentos de afearla, y de todas partes se ha visto con claridad que lo que de la Iglesia nos interesaba, al querer mantener su integridad y su belleza, era, más que la Iglesia en sí, el rostro de Cristo que en ella se refleja. El drama de la Iglesia nos ha conmovido y sigue conmoviéndonos: pero es porque, al fondo del mismo, está Cristo, el Salvador, y no queremos perderle. Como de los labios de Pedro, así ha brotado de nuestro corazón, en estos años, un grito que nos ha hecho decir: *Señor, ¿a quién iremos? ¡Tú solo tienes palabras de vida eterna!* (Jn 6, 67-68). Si nos quitáis a Cristo, la Iglesia no nos interesa.

El otro horizonte es el del mundo contemporáneo. Con sus diversas razas, culturas, ambiciones, esperanzas; con sus luchas y sus temores; con sus atroces egoísmos, sus amenazas de nuevas guerras, sus conquistas científicas y técnicas, sus ilusiones y sus orgullos, sus fracasos humillantes. Pero ¿no os dais cuenta? Todo el mundo de hoy, con su ser tan amplio, resulta cada vez más pequeño. Sabemos unos de otros mucho más que antes. Y entre las cosas que sabemos es que en ese mundo, tan fuera de las áreas del cristianismo, se habla de Cristo mucho más que en cualquier otra época de la historia. Infinitamente más. Generalmente, con respeto. Y muchas, muchísimas veces, con amor y con esperanza de que de Él pueda venir algo bueno para la humanidad, que anhela al Dios desconocido. Los políticos visitan al Papa, las muchedumbres se sienten conmovidas al saber que ha muerto o que ha sido elegido otro para suceder al que murió. La cruz y el Evangelio reciben el homenaje silencioso de millones de adoradores desconocidos. En los periódicos y diversos medios de masas, en medio de tantas informaciones capaces de hacer enloquecer, más aún, en medio de tanta degradación y amoralismo, se habla también de Cristo más que nunca. Es decir, el Señor es cada vez más conocido. Atención a este hecho importantísimo y no lo perdamos de vista. Del conocimiento al amor no hay más que un paso. Por algo se empieza.

2. «NO TEMAS, SOY YO, EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO. EL QUE VIVE» (AP 1,17-18)

Todo lo que sucede, sucede en la presencia de Jesucristo. EL QUE VIVE. Es el Señor de la historia. Los Hechos de los Apóstoles narran cómo Cristo fue introducido en los corazones por el Espíritu Santo. No fue acogido durante su vida terrena. Pero en Pentecostés nace la fe y con ella la existencia cristiana. La conciencia de vivir en Cristo, por Cristo y con Cristo, de tenerlo por origen y término ilumina las miradas de los creyentes. No piensan ya a Cristo en función del mundo, sino que piensan el mundo y las cosas en función de Cristo. Y los Apóstoles sienten la urgente necesidad de infundir esta convicción a todo el destino humano.

«Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación del reino y de la paciencia en el sufrimiento en Jesús, me encontraba en la isla de Patmos, a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Caí en éxtasis un día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: “Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete Iglesias...”. Me volví a ver qué voz

era la que me hablaba y al volverme vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros como a un Hijo de Hombre, vestido de una túnica talar, ceñido el pecho con un ceñidor de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus ojos, como llama de fuego; sus pies parecían de metal precioso acrisolado en el horno; su voz, como ruido de grandes aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos; su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Cuando le vi, caí a sus pies como muerto. Él, poniendo su mano derecha sobre mí, dijo: “No temas, soy Yo, el Primero y el Último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos”» (Ap 1, 9-18).

El que se revela es Cristo, el mismo que vivió en la tierra, murió y resucitó. Ahora vive simplemente en la eternidad. Pero todo cuanto ha sucedido y sucede está en Él, que permanece «en medio de los siete candelabros», su Iglesia, por encima del caos, del vaivén de la vida y de la historia. Las imágenes se entrecruzan; los candelabros, siete, de oro; una gran voz como de trompeta y ruido de grandes aguas; como un Hijo de Hombre, blanco, como lana blanca; ojos como llamas de fuego; pies de metal acrisolado en el horno; espada de dos filos en la boca; rostro como el sol cuando brilla. Símbolos vigorosos y fuertes para hacemos presentir a Cristo, el que vive y reina, el Señor de la historia. Él contiene, en simplicísima posesión, los fundamentos y modelos de todos los seres y valores creados, como la luz blanca contiene todos los colores. Todo está en Él. No sólo anuncia o enseña la verdad: Él es la Verdad. No conduce por el camino, ni se limita a decir cómo son las cosas, sino que atrae a los hombres hacia Sí y los cobija: Él mismo es el Camino. Su figura rebasa todos los límites y se constituye en medida. Es la Vida. Señor y Juez. La creación y la historia serán acogidas por la eternidad y Él será la vida eterna de los elegidos, la luz de la creación transformada. Sí, la luz a cuya claridad se verá toda la creación.

Y este «como Hijo de Hombre» se vuelve y pone su diestra potente y salvadora sobre el hombre abatido: No temas, soy Yo. Parece que no hay Dios, que los hombres pueden blasfemar contra Él, pecar contra la Vida y la Verdad, contra lo sagrado y valioso; hacer sus dioses: dinero, sexo, poder, encauzar la historia a su capricho. Cristo dice: la realidad es otra. Todo esto pasa, y queda la fidelidad de los que creen. Dios no promete intervenciones milagrosas. Dios no anula los poderes del hombre, aunque sean dirigidos contra Él. Pero por encima de estas realidades apremiantes está Cristo, esperando como Pastor bueno la vuelta de cada una de sus ovejas. Todas las cosas tienen su tiempo, pasan. Cristo sigue viviendo. Todo comparece ante Él y Él pronuncia la palabra que pone en claro las obras humanas, en su verdadero valor, que es el que durará para siempre.

Jesús de Nazaret es el Señor que vive para siempre. Su VIVIR es el acontecimiento central de nuestra fe. *Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana* (1Cor 15, 17). Dios se revela a Sí mismo en la resurrección de Cristo, en la Ascensión, en su eterna presencia por los siglos de los siglos. Quien rechaza este resucitar de Cristo para seguir viviendo, rechaza todo cuanto está en relación con su Persona, con el Verbo, en Él que está la vida. Todo es creado por Él y colocado delante de Él, sostenido y conservado en el ser por Él, visto y juzgado por Él. *Lo que queda sin el «vivir» de Cristo, manifestado en su Resurrección, no vale la pena que constituya materia de fe.* Cristo no es como lo presentan las experiencias y conocimientos humanos, si éstos son incompatibles

con Jesucristo ayer, hoy y siempre. Lo que en nuestro pensamiento y sentimiento no se acomode con esta revelación ha de desecharse como falso y erróneo. No se trata de creer en un Cristo que se ajuste a las medidas de nuestro pensamiento y esté forjado a nuestra época y conceptos. Creo en Cristo, aunque desborde mi capacidad intelectual.

San Juan y San Pablo nos presentan a Cristo como el Verbo, por el que todo es creado. El que existe antes de todo tiempo y en el que todo se fundamenta, el Primogénito, Alfa y Omega, El que reina. EL VIDENTE. Hay conceptos sublimes en la filosofía acerca de Dios, pero que no tocan lo esencial de lo que Dios nos revela: la vida del mundo. Cristo que acude, que se inclina, que pide con nosotros al Padre, que permanece en Él y entre nosotros puso su tienda. Cristo vivo: viene, habla, obra, actúa, es comida y bebida. Se nos habla del Padre al que hay que amar con respeto, con confianza de hijos. De ternura y amor transparente, relaciones fraternas, amor de desposados, amigos. Cristo vivo, el que está entre nosotros, viene a lo largo del camino. Cristo vivo, con quien al encontramos se inicia nuestro destino eterno. Él es la vida, la Vida que necesita el mundo, los hombres. La Vida para vivirla. Él nos revela un Dios que se inclina, que acoge, cobija, escucha, acude, que atrae hacia Sí a todos los cansados y cargados para aliviarlos, que deja se le acerque todo el dolor de la humanidad. Un Dios al que se le pide, se le nombra, se le invoca, se le encuentra. ¿Se puede amar, rezar, pedir, acercarse al Dios absoluto? Sólo Cristo vivo, el Viviente, es el que hace todo esto posible. El Cristo que acudía a todas partes, que no tenía dónde reclinar su cabeza, que imponía las manos. El que se acerca a Mateo y Zaqueo, ricos que oprimían a los pobres, y que al verle descubrieron su pobreza y la pobre vida que había en su corazón. El que enseña a la Magdalena, a la adúltera, a la samaritana, la vida del verdadero Amor. El Cristo de todos los siglos, de todas las épocas, el que en nuestro momento vela y vela por la vida. Parece juguete del azar, pero el Señor la protege. Lo realmente importante es la fidelidad o infidelidad de los hombres. Cristo vivo nos revela que Dios no es el Dios olímpico y absoluto, cuya trascendencia está por encima de las cosas, indiferente a la humanidad. Es el Dios de los corazones, que manifiesta su bondad y amor viniendo Él mismo a llamar a los hombres, a señalarles su extravío y darles su perdón. No lo podemos imaginar por nuestras propias mentes y por nuestras propias fuerzas, pero cuando Él lo revela sentimos que es la verdad de la que vivimos. Cuando nuestro corazón se abre, esa verdad habla en sus honduras y toma sobre Sí nuestra existencia.

3. SU VIDA ES LA VIDA DEL MUNDO

Dios ha puesto en las manos del hombre el mundo, le ha constituido señor, le ha hecho a su imagen y semejanza, y le ha dado el señorío sobre la creación. El hombre tiene que completar en el mundo la obra de Dios; ésta es su gran tarea, y su gran responsabilidad. De ella se le tomará cuenta. *Conozco tu conducta; tus fatigas y. paciencia en el sufrimiento... Conozco tu tribulación y tu pobreza... Conozco tu conducta; tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela* (Ap 2, 1-9; 3, 1). Estas palabras se refieren al Dios vivo que lo ve todo; penetra las cualidades y los defectos, los actos públicos y secretos, la experiencia y la realidad. El cristiano se inclina ante el mensaje del Juicio que será el último de los actos de Dios y completará la Redención. Su sentencia

cumplirá la verdad y ésta, según la palabra del Apóstol# será Amor. Por eso se sabe que su dominio se convierte en rebelión y robo si se aparta de Dios. Cada palabra de Cristo habla de la dignidad y responsabilidad del hombre. Por eso tenemos que tener despierto el corazón para estar con Cristo y que nuestra actuación no se convierta en opresión, egoísmo, drama, mentira. Los hombres hemos de tener la constante inquietud de buscar a Cristo en todas nuestras obras. Nos perdemos cuando nos olvidamos de Él. Es la luz que da garantía, y hace inviolable lo bueno, lo noble, lo verdadero. En el respeto con que Dios respeta a la persona está fundada su dignidad. Si ignoran a Dios ignoran los hombres su propia vida.

La gran verdad de la existencia humana es que Jesucristo es la vida del mundo. «La verdad constituye el fundamento de la existencia y el pan del espíritu, pero en el espacio de la historia humana está separada del poder. La verdad vale, el poder coacciona. La verdad carece de potencia inmediata y tiene menos poder cuanto más noble es. Las verdades inferiores tienen todavía cierta potencia porque confirman de alguna manera las tendencias y necesidades; recordemos, por ejemplo, las que atañen a nuestras necesidades vitales inmediatas. Cuanto más elevada es una verdad, menor es su fuerza dominadora y el espíritu ha de abrirse con más libertad para captarla. Cuanto más noble es una verdad más relegada es y aun ridiculizada por las realidades más groseras; y ha de contar más con la caballerosidad del espíritu».

«Todo esto vale para la verdad en general, pero más particularmente para la verdad santa. Esta corre siempre el riesgo del escándalo. Al entrar en el mundo deja su omnipotencia en el umbral para presentarse con la debilidad de la “forma de esclavo”. Y eso no ocurre solamente porque, siendo de la más elevada jerarquía, ha de ser, según la ley de la que acabamos de hablar, la menos potente, sino porque viene de la gracia y el amor de Dios para invitar al hombre pecador a la conversión, con lo cual le permite también revolversse contra ella. Así pudo ocurrir lo que San Juan afirma en su Evangelio: *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron... Estaba en el mundo y por Él fue hecho el mundo, pero el mundo no lo conoció* (Jn 1, 4-5. 10). Pero un día la verdad y el poder formarán una unidad. La verdad tendrá tanto poder cuanto vale y se merece»¹. Un día la Vida de Jesucristo será la potencia estremecedora que se extenderá por doquier y lo dominará todo.

Ahora existe la libertad del engaño y la mentira, ahora caminamos entre sombras, ahora es el tiempo de la prueba. Y no es que Cristo no sea YA la vida del mundo; *lo es*; lo es en la vida de cada ser humano que le acoge y va pronunciando: mi vivir es Cristo. Cristo es vida del mundo en las familias cristianas que muestran a todos el ejemplo de su amor incansable y generoso, que sirven de sólido fundamento a la sociedad por su trabajo, costumbres y estilo de vida. Familias que se convierten en testigos y cooperadores de la fecundidad de la Iglesia. Cristo es la vida del mundo en las comunidades religiosas que empeñan su vida terrena para dar testimonio de la realidad del amor del Señor, que se ofrece a todos los hombres. Cristo es la vida del mundo en los hombres y mujeres, ancianos y niños, jóvenes y adultos que viven en todas y cada una de

¹ R. GUARDINI, *El Señor*, II, Madrid⁶ 1965, 934-935.

las actividades y profesiones del mundo en actitud de servicio a Dios y a los hermanos. En los que con su actuación producen la paz y el bienestar a su alrededor sin coacciones, leyes ni decretos. «Cada laico ha de ser ante el mundo testigo de la resurrección y vida del Señor Jesús y señal del Dios vivo. Todos en conjunto, y cada uno en particular, deben alimentar al mundo con frutos espirituales e infundirle aquel espíritu con que están vivificados los pobres, mansos y pacíficos, a quienes el Señor en el Evangelio proclamó dichosos. En una palabra, “lo que es el alma al cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo”» (LG, 38).

La razón de ser de Jesucristo es ser vida del mundo. Por amor asumió nuestro destino. Él es el comienzo de la nueva creación. Y cada hombre tiene que cooperar a ese comienzo con la seriedad propia de quien sabe se trata del destino eterno. Cada hombre tiene que saber en qué consiste su renacer y cumplirlo en la realidad de su vida diaria; tener la fidelidad que se obstina y la confianza que siempre vuelve a empezar, por mucho que todo parezca fallar. La fe es la respuesta a su amor. La vida de Cristo fluye en el mundo por nuestras propias vidas. Las leyes físicas, químicas, biológicas, la «naturaleza» siempre ha estado ahí. Los logros de la ciencia corresponden a los distintos momentos en que el hombre se ha «encontrado» con la naturaleza y ha sabido «leerla». Cristo es la vida del mundo, está en el mundo, es el hombre el que tiene que vivir de esa vida. Los alimentos nutren cuando se transforman en nosotros mismos. Cristo es la vida del mundo a través de nuestras vidas concretas, acciones, actitudes, pensamientos, cultura, sociedad, instituciones. Esa es la obra de su Redención: hacer surgir la nueva creación en el mundo envejecido. Sólo la gracia da esa fuerza y nueva vida; a través de ella fluyen ambas para el mundo.

Cristo vivo es quien induce a creer. Es un contacto de vida que parte de Él, de su YO divino. Los teólogos lo llaman *gratia Christi*. Es como un manar íntimo de su ser y voluntad divino-humanos en nosotros. Podemos buscar muchas palabras para expresarlo, pero nunca expresaremos lo esencial y supremo, ya que esto sólo puede ser vivido y experimentado. No es algo muerto, abstracto, absoluto y lejano lo que nos induce a creer: es el llenarnos del YO VIVO, divino, del Señor. *Tú en mí y yo en Ti. Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado* (Jn 17, 21). Las imágenes, los símbolos que el arte de los tiempos ha intentado plasmar en torno a Cristo, camino, verdad y vida, son el esfuerzo por representar «una realidad histórica y humana, que reconoce en Cristo la fuente de la humanidad redimida, de su Iglesia, y en la Iglesia como su efluvio y continuación terrena, y al mismo tiempo misteriosa. De tal manera que parece representarse a nuestro espíritu la visión apocalíptica del Apóstol: *Y me mostró el río de agua viva, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero*. Es conveniente, a nuestro juicio, que este Concilio arranque de esta visión, más aún, de esta mística celebración, que confiesa que Él, nuestro Señor Jesucristo, es el Verbo encarnado, el Hijo de Dios e Hijo del Hombre, el Mesías del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único supremo Maestro. Él es Pastor; Él, el Pan de la vida; Él, nuestro Pontífice y nuestra Víctima; Él, el único Mediador

entre Dios y los hombres; Él, el Salvador de la tierra, el que ha de venir Rey del siglo eterno»².

4. NECESIDAD DE UN SÍ VALIENTE Y CONFIADO A LA PRESENCIA DEL AMOR DE CRISTO Y DE SU VIDA EN ESTE MUNDO DE IMPUGNACIÓN

No podemos crear en nosotros la fe. Sobrepasa nuestras fuerzas y las de todos los hombres. Los gestos están desprovistos de sentido sin la fuerza vivificante que viene a sostenerlos y darles realidad. Pero las aguas de vida y del amor fluyen continuamente en el mundo, y los hombres de «buena voluntad» son inundados por ellas. Todos los que tienen hambre y sed, que acudan al Señor y saciarán su sed. Cristo pide un SÍ a su gracia, a su salvación. Es preciso saber que todas las verdades del hombre, libertades, amores, son reflejo de la Verdad, Libertad y Amor. La fe en Cristo es esperanza, alegría del corazón, verdad en las relaciones, servicio a los demás, amor y fidelidad en la familia, en el trato con los demás hombres, en el trabajo. *Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad*, dice el Evangelio, y es la actitud constante del cristiano. No podemos salvar nuestra fe fiándonos de sólo nuestras fuerzas. La fe es respuesta de amor y hace de nosotros «nuevos hombres».

Nuestra vida cristiana, si es tal vida cristiana, necesariamente se expandirá a nuestro alrededor. Cristo ha venido no a abolir, sino a cumplir con un imperativo: *Llenarlo todo* (Ef 4, 10), *reconciliar todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra* (Col 1, 20). «Hay en el mundo una negación más agresiva, más penetrante, que nos alcanza en la exégesis de la palabra de Dios, o que niega la utilidad y la actualidad del cristianismo. Y si nosotros no vamos con las armas del pensamiento, de la plegaria, de la virtud y de la gracia para enfrentarnos con esa negación que busca vencer a la Iglesia y llega, lo repito, hasta nosotros que somos los ministros de la palabra y de la gracia del Señor, no podrá prosperar ciertamente el reino de Dios. Debemos ser más cristianos, estar más llenos de la ciencia del Señor para ser capaces, después, de transmitirla a los otros, a fin de que la luz atravesase las cosas y no sólo las tinieblas... En su propia exaltación, el hombre expresa como una gran necesidad, un gran deseo de Cristo; y si sabemos descifrar esto, encontraremos las palabras para predicar, para hacer que nuestra época viva a Cristo en nuestra sociedad, que más bien parece refractaria; a la que, diría yo, casi repugna recibir el nuevo mensaje del Señor; que lo rechaza como si fuera un mensaje para un tiempo ya caducado, cuando, en realidad, adquiere toda su actualidad cuando conocemos verdaderamente nuestra humanidad»³.

Estas palabras de Pablo VI encuentran continuidad en el lenguaje de Juan Pablo II, con la diferencia de que ya no son meramente descriptivas de un fenómeno existente en nuestra sociedad de hoy. El Papa actual no ama menos el Concilio y la renovación de la Iglesia que sus predecesores. Lo que hace es proclamar

² PABLO VI, Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, n. 14, 29 de septiembre de 1963.

³ PABLO VI, Discurso al concluir el Retiro cuaresmal en el Vaticano, 1970, en JACQUES LOEW, *Ese Jesús al que se llama Cristo*, Madrid 1971, 252-253.

con vigor la fe de los Apóstoles, los primeros discípulos del que vino a traernos la vida.

Conocemos más a Cristo, y el mundo, como he dicho al principio, habla de Él más que antes. Pero hace falta una cosa: que no se nos impida amarle con humildad y con fe.

Y éste es el gran servicio que la Iglesia tiene que prestar hoy, ahora mismo ya, a sus hijos en primer lugar, y al mundo de los que le esperan, quizá sin saberlo.

Durante estos años tristes que hemos vivido, todo han sido ensayos, experiencias, interrogantes, dudas, intromisiones indebidas de unos en el campo de los otros, relajaciones de la disciplina que había nacido del amor, acercamiento al mundo sin discreción ni coherencia con lo que podíamos llevar a sus manos, llenándonos las nuestras con los falaces regalos que ese mundo nos hacía. Los cuatro documentos más afirmativos de Pablo VI –*Mysterium Fidei, Humanae Vitae, Credo del Pueblo de Dios, Evangelii Nuntiandi*– han sido los más olvidados y aun rechazados.

La Iglesia necesita llenarse otra vez del amor, la reverencia y el pasmo de la fe que sintieron ante Cristo los Apóstoles –el mismo que sentía Santo Tomás de Aquino ante la Eucaristía– y presentarse ante el mundo temblando con los dones de que es portadora y proclamándolos briosamente porque ellos son el pan y el vino y el agua viva de los que el mundo tiene hambre y sed.

La nueva vida en Cristo no se logra con liturgias disparatadas y canciones rebeldes, con comunidades populares autogestionarias de su fe y sus sacramentos, con libros de religión indigeribles por su exceso de antropologismo y su loco empeño de acomodación a las tendencias racionalistas de los hombres. Tiene que brillar más lo sagrado, lo misterioso, lo sobrenatural, lo divino. Esta Iglesia, más extendida que nunca, entregada al examen de sí misma y de su conciencia propia, deberá seguir analizándose para progresar siempre en una mayor santidad de sus miembros, pero siendo capaz de decir, como el Papa a los obreros de Polonia, que no permitan que nadie les arrebaté jamás su vida interior y de oración.

La nueva vida en Cristo está descubierta desde el día mismo de Pentecostés. La han asimilado millones de seguidores de Jesús, la han proclamado con su palabra y con su ejemplo, la han dado a conocer con su trabajo apostólico. Y ese esfuerzo de fidelidad ha permitido crear una civilización y una cultura en que los grandes valores del Evangelio han aparecido siempre como un logro alcanzado en medio de los egoísmos o, al menos, como un punto de referencia para desear poseerlos o para arrepentirse de haberlos perdido.

La Iglesia tiene que volver a predicar y vivir así esa nueva vida con todo el entusiasmo que nace de quien se sabe asistida del Espíritu Santo.

«Cristo nos pide, sobre todo –acaba de decir el Papa en su discurso a los nuevos Cardenales–, la fortaleza de confesar ante los hombres su verdad, su causa, sin mirar si ellos son benévolos o no ante esta causa, si abren a esa verdad los oídos y los corazones o si los cierran para no escuchar. No podemos desanimarnos,

aunque los otros cierren los oídos y la inteligencia. Debemos dar testimonio y anunciar el Evangelio en la más profunda obediencia al espíritu de verdad»⁴.

Este es el nuevo estilo de la Iglesia con que debemos caminar los evangelizadores de hoy: obispos, sacerdotes, religiosos, seculares, en la medida que nos corresponda a cada uno. Y viviendo así, prestaremos el mejor servicio al mundo de esta época de final de siglo en que nos encontramos.

No tengamos miedo a ser tachados de triunfalistas ni de dogmáticos. Las expresiones más triunfales se encuentran en las actas de los mártires. Cuando los cristianos iban a morir en los primeros siglos o en el nuestro, proclaman antes sus perseguidores que ellos, los perseguidos, eran los que tenían la victoria, porque el vencedor era Cristo. Y de dogmáticos hay que decir sin miedo que sí, que lo somos en tanto en cuanto tenemos que ser fieles a la verdad. Cristo es la Verdad

⁴ JUAN PABLO II, Discurso del 30 de junio de 1979, en *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 3, Madrid 1980, 585.

LA REDENCIÓN DEL HOMBRE, MISTERIO TREMENDO DE AMOR

Conferencia en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, Madrid, dada el 20 de marzo de 1980, en el acto de clausura del ciclo organizado por la Asociación de Universitarias Españolas sobre la Encíclica *Redemptor Hominis*. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, noviembre 1980.

I. EL DIOS QUE REVELA A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO ES EL DIOS DE «MI» REDENCIÓN

El hombre se sabe ya inseparable de la comunidad de los hombres y de la historia, se siente consciente de la crisis y situaciones, tanto nacionales como mundiales, por las que ha pasado y pasa la humanidad. Está de vuelta de falsas y vanas promesas de muchos de los «humanismos» que tan prolíferamente han surgido en el siglo XX. El campo de la propia realización, libertad y felicidad, no ya a nivel de comunidad cívica, sino a nivel personal, es difícil. Para muchos este camino no tiene término de llegada, queda vacío, y viene el enojo y la inquietud. Siempre el hombre es mucho más de lo que él mismo piensa y de lo que las ciencias tratan de definir.

Decía reciente mente Rof Carballo en un artículo titulado *El hombre a examen*: «El hombre de hoy tiene debilitado, fragmentado, ese sentido de su continuidad en el tiempo, esa tensión que le lleva, o debería llevarle, desde la tradición al futuro». Para explicarlo se sirve del arquero lanzando la flecha hacia el futuro que ponía Ortega y Gasset en las portadas de sus primeros libros. «Nuestro mundo –dice Rof Carballo– se ha ido llenando de arqueros cansados, con músculos flojos e incapaces de tender el arco hacia la altura. ¿De qué va a servir que corriamos una y otra vez la dirección de su tiro, que le revelemos los defectos de su técnica, la mala condición del arco, si, apático, no tiene ya ganas de lanzar flecha alguna? Vivimos dentro de una cultura desvertebrada, perpetuamente aburrida de sí misma, mendaz, ya que ha sustituido el culto de la verdad por el culto de la “credibilidad”, de la propaganda. Angustiada ante su vacío interior, y que busca, para llenarlo, el cosquilleo emocional. Unas veces con la promiscuidad erótica, otras con fantasías de autenticidad. Es el arquero que se cae y ha de apoyarse en bastones, mirarse en mil espejos que todavía le digan que es hermoso y fuerte»¹.

Esta es una imagen. Del pensamiento contemporáneo, del mundo científico, de las noticias de los periódicos, de la situación mundial podríamos proyectar muchas más. ¿Cuál es nuestra situación como arqueros? ¿A dónde apuntamos? ¿Tenemos fuerza para apuntar a algo o nos inclinamos con nuestro arco hacia el suelo? ¿Tenemos sentido del horizonte o razonamos que todo lo que no sea apuntar al suelo es tontería? ¿Qué figura de arquero, lanzando sus flechas, nos sugiere el Papa en su Encíclica *Redemptor hominis*? ¿Verdad que se tensan los

¹ ABC, 6 octubre 1980.

músculos y se levanta con vigor el arco para lanzar la flecha hacia el infinito? ¿Verdad que se siente la vocación de ser hombre con alegría y esperanza firme de llegar a la meta? ¡Presenta una antropología cristiana tan vigorosa, tan clara, tan plena de sentido!

«El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes–, debe, con su inquietud e incertidumbre, incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo. ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha “merecido tener tan grande Redentor”, si “Dios ha dado a su Hijo” a fin de que él, el hombre, “no muera, sino que tenga la vida eterna”»².

Los que no ponen su confianza más que en sí mismos, los que sólo buscan el sentido de la vida humana en el vivir de la realidad inmediata, en el ejercicio del libre albedrío, los que quieren sus propios caminos de libertad rechazando todo sentido de salvación divina, llegan a la desesperación. Todo esfuerzo del hombre sin Dios conduce a un callejón sin salida. Se origina una sociedad y una cultura llena de engaños y ficciones que necesita «apoyarse en bastones y mirarse en mil espejos que les digan que son hermosos y fuertes». Se pierde la claridad interior y cada vez se le hace más difícil al hombre ver la jerarquía de los valores, distinguir lo principal y lo accidental y lograr un auténtico juicio. Sabemos que en los hombres abandonados a sus solas fuerzas hay más vileza que heroicidad. El universo es una máquina de fabricar dioses, ha dicho Bergson. Pero los dioses no se «fabrican».

La realidad es otra: la sima infranqueable entre Dios y la criatura ha sido franqueada por Dios. Como hombre vino a nosotros. Dios amó tanto al mundo que entregó a su Unigénito para salvarle. Él, Cristo, el Redentor del hombre, «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado»³. La aceptación de esta realidad haría cambiar el panorama de hombres y culturas, angustiados y vacíos.

Cristo es el Redentor del hombre en todas las épocas y en todas las circunstancias. No hay situación humana que no pueda iluminarse a la luz de la Redención de Cristo. *Venid a mí todos los que estáis agobiados con trabajos y cargas y Yo os aliviaré* (Mt 11, 28). Nos hacía falta la experiencia del existencialismo ateo para comprender esa impresión de infinita desesperanza e indefinible angustia. Nos hacían falta todos esos humanismos materialistas que mutilan al hombre, privándole del eje fundamental de su persona, para comprender, por contraste, la importancia de las virtudes teologales de la fe, esperanza y amor en la concepción cristiana del destino humano. No hay auténtico humanismo al margen de Dios. En esto consiste la gran seguridad del

² *Redemptor Hominis*, 10.

³ LG 22. Cf. *Redemptor Hominis*, 8.

cristianismo: no en que él se ha forjado un Dios al que ama, sino en que Dios le ama y le ha enviado a su Hijo como Redentor. El Dios que revela Nuestro Señor Jesucristo es el Dios de la Redención del hombre, de nuestra redención, de *mi redención*. ¿Qué otra cosa es el Nuevo Testamento que la Buena Nueva del amor redentor de Dios hacia los hombres? Todas las parábolas –Buen Pastor, dracma perdida, hijo pródigo, semilla arrojada en el campo–, todas las curaciones, todos los encuentros de Jesús –Nicodemo, Zaqueo, Magdalena, Mateo, samaritana, buen ladrón–, son la revelación del Dios de Nuestro Señor Jesucristo como nuestro Redentor.

Nuestra propia condición *personal* necesita la realidad de sentir y saber a Cristo como *mi Redentor*. Una idea sencilla, y como todo lo sencillo, transparente: saberme redimido por Cristo en cada situación de mi vida. Tenemos que pasar de ver a Cristo como Redentor del hombre teóricamente, a sentirlo y vivirlo como *mi Redentor*: en el trabajo, en la situación familiar, en el ambiente que nos rodea. Siempre Cristo es el Redentor de mi vida, y ésta tiene sentido a su luz. La fe de *cada hombre* en Cristo actúa como fermento, es como la levadura que toma en sus manos una mujer y la mezcla con un saco de harina, como la sal que sirve para dar sabor. Viviendo de Cristo, el creyente sigue el camino, el único camino que subsiste por sí a lo largo de la vida personal de cada hombre. Le conduce fuera del mundo encerrado en sus límites, hacia la libertad y la plenitud de sí mismo en Dios.

Esta fe vivida y esta firme esperanza nos hace esperar con los otros y para los otros. El cristiano no está hecho para esperar a solas en un rincón. Es, por la gracia, hijo de Dios; está ligado a Dios y a todos sus hermanos. No espera sólo su propia dicha y su inclusión en el Reino; la quiere, la busca, le urge *la de todos*. Esta es la riquísima experiencia de los que realmente han sentido a Cristo como su Redentor:

«¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar lo que posee; el de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh Bien mío, que esto hace que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos y de los que para siempre los han de perder, y ansí el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar!... ¡Oh, qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad. Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores. Estos, Señor, son los verdaderos pecadores. No miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros!»⁴.

Le va la vida a Teresa de Jesús en que todos pronuncien desde lo más profundo de su ser: ¡Bien mío, Dios mío, Redentor mío!

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Exclamaciones del alma a Dios*, 2 y 8: BAC 212⁷, Madrid 1972, 491 y 494.

II. CON LA REDENCIÓN DEL HOMBRE POR DIOS APARECE EL SENTIDO DE LA EXISTENCIA HUMANA

Quién soy yo, sólo lo puedo comprender a la luz de Aquél que se me ha dado a mí mismo. Conocemos a Dios por medio de Jesucristo y también por su medio nos conocemos a nosotros mismos. Sólo Él nos introduce en el misterio que somos. Sabemos por experiencia que, sean cuales sean nuestras introspecciones y nuestros análisis, nuestra psicología y nuestro psicoanálisis, hay un último secreto con respecto a lo que somos, que escapa a nuestro alcance. En Jesucristo se nos revela nuestra propia condición. El plan redentor de Dios constituye la respuesta última de todos los interrogantes, a todas las preguntas relativas al sentido último de nuestro destino.

«La única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él queremos mirar nosotros, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: *Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna*»⁵.

¿Quién es el hombre? Aquel ser al que Dios ama, y lo ama hasta tal punto, ¡misterio tremendo de amor!, que asume su destino y por él toma ese destino sobre Sí. Aquel ser en el que Dios ha penetrado de modo único e irrepetible. «Tal es –si se puede expresar así– la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad»⁶.

El ser humano es el ser al que Dios ha llamado a la vida y lo ha puesto entre Él y las cosas. Lo ha hecho a su imagen y semejanza. Ha puesto en sus manos el mundo para que complete su obra. En el respeto con que Dios le respeta está fundada su dignidad. Si se aleja de Dios escapa de sí mismo, y las fuerzas del mundo que le tienen que servir se hacen dueñas de él; hecho que todos comprobamos y del que como nunca sufrimos las consecuencias. «El hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce, es decir, por el resultado del trabajo de sus manos y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad. Los frutos de esta múltiple actividad del hombre se traducen muy pronto y de manera a veces imprevisible en objeto de *alienación*, es decir, son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido; pero, al menos parcialmente, en la línea indirecta de sus efectos, esos frutos se vuelven contra el mismo hombre»⁷.

No hay nada terrenal que pueda llegar a ser su último hallazgo saciador, por eso el hombre siempre está en camino, buscando. Pero lo que busca de veras no lo conquista por su propia fuerza. Sólo la gracia de Dios se lo da, y sólo por ella recibimos nuestra mismidad más propia, la que nos concedió al redimimos. En la obra de la Redención, Dios comienza una obra nueva: El mismo vino a llamar al hombre. Todo es regalo suyo y, sin embargo, respuesta a nuestra exigencia más íntima. No podemos imaginarlo por nuestras propias fuerzas, pero cuando

⁵ RH 7.

⁶ *Ibid.*, 10.

⁷ RH 15.

Cristo nos lo ha revelado, sentimos que es la verdad de que vivimos. Hemos de mantenerla contra toda oposición del mundo y contra las desviaciones de nuestra propia debilidad.

Cuando el corazón del hombre se abre, esa verdad le habla y orienta toda su existencia. Su historia no es algo enigmático, oscuro, sin meta, sin salida alguna. Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, descubre el horizonte que da sentido a la historia humana. Habló a las gentes llamándose *luz del mundo* y proclamando que *el que le sigue no camina a oscuras* (Jn 8, 12). El que guarda su palabra no verá jamás la muerte. La conciencia de esta plenitud de Cristo proviene de que Jesús se siente enteramente en el amor de Dios: su disposición interior es la voluntad de Dios, salvar el mundo. *Yo he vencido al mundo* (Jn 16,13). Habla una conciencia que está por encima del mundo. El *saber* del cristiano es, ante todo, la intuición clara de que las cosas empiezan con Jesús y que Él establece la medida de todo. *Oísteis que se dijo..., pero Yo os digo...* ¡Qué fuerza la de Cristo en estos fragmentos de San Mateo que presentan todos la misma estructura! Las relaciones con el prójimo, con uno mismo, con Dios, aparecen claras para el que quiere oírlas. Leamos muy a menudo el Sermón de la Montaña. No es una moral, ni una ética sólo lo que allí nos manifiesta Cristo; es toda una manera de ser, en la que, naturalmente, hay también aspectos morales. *Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). «Esto ya no es *moral* –una moral que lo exigiera sería temeraria–, *sino fe*, abandono a una exigencia, que, al exigir, da la gracia a manos llenas, puesto que las fuerzas humanas no bastan para darle cumplimiento»⁸.

Agradecemos al Papa que en su primera encíclica haya presentado al mundo, a la familia, al trabajo, a los hombres, a las mujeres, a los jóvenes, a los científicos, a los trabajadores, a los enfermos, a la sociedad entera lo que más necesita: *a Cristo, Redentor del hombre, Redentor del mundo*. Él viene para salvamos; no escuchemos las voces inquietas y trágicas, ni las halagadoras y llenas de promesas. Él es el único que realmente hace la vida *más humana*. «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente... El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús. Al mismo tiempo, se toca también la más profunda obra del hombre, la esfera –queremos decir– de los corazones humanos, de las conciencias humanas y de las vicisitudes humanas»⁹.

La doctrina cristiana de la dignidad dada por Dios a cada hombre, de su valor a lo largo de la historia, se convierte en un bien común. Pero al desprenderse de su fundamento, Cristo, se va debilitando y corrompiendo. Los sarmientos arrancados de la vid se secan. Todos los esfuerzos de elaborar culturas sin Cristo cooperan al hundimiento de la dignidad del hombre, de su grandeza. Cuando el hombre olvida a Cristo Redentor pierde de vista el camino, el ser humano se deforma, se minimizan sus exigencias y posibilidades. Si Cristo viene

⁸ R. GUARDINI, *El Señor*, I, Madrid⁶ 1965, 149.

⁹ RH 10.

para salvarnos, tiene que decirnos quién es Dios y quién es el hombre ante Él, de tal manera que este conocimiento nos abra la puerta de la conversión y nos dé fuerzas para transformarnos. La tarea que le ha sido confiada al hombre no es meramente mundana, sino *religiosa*. La fe en Cristo nos da capacidad para vivir entregados a un mundo que *gime y sufre*, esperando la manifestación de los hijos de Dios.

Cristo, Redentor del hombre, es la única relación que da consistencia a nuestra vida y le da valor. Significa que Dios es el Único que nos da nuestra verdadera importancia. Por solitaria que sea la existencia de un ser humano, por dolorosa que sea, por despistado que esté, por negligente que viva, hay Alguien para Quien existe. Alguien para Quien lo que hace no es indiferente: el menor acto de fidelidad hace que Dios le mire con amor, y el menor acto de infidelidad que cometa hiere a Dios en el amor que le tiene. La realidad es que nuestra vida es profundamente intensa, aunque la vivamos de manera inconsciente, puesto que en cada momento Dios nos ama con amor redentor, y nuestra vida, querámoslo o no, es una respuesta constante a ese amor.

Con la Redención del hombre aparece plenamente el sentido de la existencia, porque el valor de toda vida es importante para Dios. Reconocer y vivir del amor redentor de Dios es estar dentro de lo real, y no reconocerlo es situarse en la apariencia y en el error. «El hombre es en la tierra –nos recuerda el Papa citando la *Gaudium et spes*– la única criatura que Dios ha querido por sí misma»¹⁰. El pecado fundamental es desconocer el tremendo misterio del amor de Dios; no ponerle en su puesto, sustituirlo por ídolos: ambiciones, dinero, poder, placeres, ideologías. Vivir del amor redentor de Cristo es la opción fundamental de la vida humana; no algo que le viene sobreañadido desde fuera.

III. LA REDENCIÓN, MISTERIO TREMENDO DE AMOR

Porque estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos el amor de Dios en Cristo Jesús, Nuestro Señor (Rm 8, 38-39). El tremendo misterio del amor de Dios que Él nos ha manifestado en la Redención de Cristo, hace exclamar así a San Pablo al acabar el capítulo 8 de su Carta a los Romanos. Manteniéndonos inmovibles en ese *su amor*, nuestra existencia quedará vencedora de todas las dificultades y podremos superar todos los obstáculos. El amor de Dios se nos muestra de un modo decisivo en la entrega que Jesús hace de su vida por nosotros. Vivimos gracias a esa entrega.

«Si alguien nos preguntara: ¿qué es seguro? ¿Tan seguro que podamos entregarnos a ello a ciegas? ¿Tan seguro que podamos enraizar en ello todas las cosas? Nuestra respuesta será: el amor de Jesucristo... La vida nos enseña que esta realidad suprema no son los hombres, ni aun los mejores, ni los más amados, ni la ciencia, ni la filosofía, el arte o las manifestaciones del genio humano; ni la naturaleza, tan profundamente falaz, ni el tiempo, ni el destino... No es siquiera Dios sencillamente, puesto que nuestro pecado ha provocado su

¹⁰ RH 13. Cf. GS 24.

ira. ¿Cómo sabríamos además sin Jesucristo lo que hemos de esperar de Él? Sólo el amor de Jesucristo es seguro. No podemos decir siquiera: el amor de Dios, porque, a fin de cuentas, sólo por medio de Jesucristo sabemos que Dios nos ama. Y aunque lo supiéramos sin Cristo, de poco nos serviría, porque el amor puede ser también inexorable y más duro cuanto más noble. Sólo por Cristo sabemos a ciencia cierta que Dios nos ama y nos perdona. En verdad, sólo es seguro lo que se manifiesta en la cruz, la actitud que en ella alienta, la fuerza que palpita en aquel corazón. Es muy cierto lo que tantas veces se predica de manera inadecuada: el Corazón de Jesús es el principio y el fin de todas las cosas. Todo lo restante que está firmemente asentado —cuando se trata de vida o muerte eterna— sólo lo está en función del Señor y gracias a Él»¹¹.

La Redención es misterio tremendo de amor. ¿Y con qué actitud está el hombre de hoy ante esta tremenda realidad? ¿Consiste el *saber* humano en un reduccionismo? ¿Es que hay que aplicar las categorías, los criterios de verificabilidad y comprobación, los métodos y medidas, las investigaciones de laboratorio de las ciencias físico-naturales a toda realidad? ¿El modelo y pauta del pensamiento humano es: Cristo no es más que...; el hombre no es más que la unión del espermatozoide y el óvulo; la vida no es más que una combinación complicada de elementos químicos; pensar no es más que un determinado tipo de comportamiento biológico; el amor no es más que una atracción biológica; la moral no es más que un determinado tipo de comportamiento biológico; el matrimonio no es más que una unión más o menos duradera; el Papa no es más que un determinado jefe; la Iglesia no es más que una estructura sociológica que sólo puede salir de sus atascos aplicando los métodos sociológicos?

¿Este es el pensamiento humano, el sentir humano? ¡Qué raquílica y miserable realidad! ¡Qué espíritu tan vano y vacío que no descansa hasta rebajar y reducir todo lo que toca! Necesitamos del tremendo misterio del amor redentor de Cristo, que sale al encuentro del hombre de nuestra época con las mismas palabras que hace dos mil años. *Conoceréis la verdad y la verdad os librará* (Jn 8, 32). «Estas palabras encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una realidad honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundice en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy. Cristo se nos presenta como Aquel que trae al hombre la libertad basada en la verdad, como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia. ¡Qué confirmación tan estupenda de lo que han dado y no cesan de dar aquellos que gracias a Cristo y en Cristo han alcanzado la verdadera libertad y la han manifestado hasta en condiciones de constricción exterior!»¹².

La ciencia hincha, pero el amor edifica, dice San Pablo en la Carta a los Corintios (1Cor 8, 1). No se puede penetrar a *punta de ciencia* en el amor de Dios, que emprendió lo inconcebible *hasta hacerse obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (Fil 2, 8). No se puede entrar a *punta de ciencia* en el misterio de la *humanidad divina*. Dios es el Dios de los corazones: *se manifestó la bondad y el*

¹¹ R. GUARDINI, *El Señor*, II, Madrid⁶ 1965, 715.

¹² RH 12.

amor hacia los hombres de Dios (Tit 3, 4). Poco dice el dios de los filósofos cuando es llamado el SER, el Absoluto, el Infinito. Dios es el Dios que ama, vivo, próximo, que obra por amor. Dios es amor. Cristo nos descorrió el velo para que podamos ver la verdadera actitud de Dios hacia nosotros, el insondable misterio de su amor. En esa criba del saber «no es más que...», no entra ni el amor redentor de Cristo, ni la realidad humana, ni siquiera las coordenadas con las que el científico acota su fragmento de naturaleza para, a partir de ellas, verificar y comprobar su ciencia. ¿Qué es el espacio y el tiempo, qué es la sucesión, qué es lo relativo y con relación a qué es relativo? «¿Es el hombre lo que los astrónomos definen, una partecita de carbono impuro y de agua, reptando sin fuerza sobre un planeta pequeño, sin importancia...? ¿Debe el bien ser eterno, con el fin de que sea amado, o vale la pena buscarlo, incluso si el universo marcha inexorablemente hacia la muerte? Ninguna de estas dos preguntas encuentra solución en los laboratorios...»¹³.

Hay como dos orientaciones dentro de nosotros: una que reclama *pruebas*, comprobaciones, experimentaciones; y otra que siente la necesidad de elevarse por encima de esas pruebas y pequeñas seguridades, porque se presiente algo en lo que todo eso no hace falta: «¿Qué sabes tú del hombre? Créeme: el conocimiento destierra para siempre todo aquello que cree abrazar. Quizá es el misterio lo único que reúne. Sin el misterio, la vida sería irrespirable»¹⁴.

Me gusta la reflexión de Marcel sobre *misterio* y *problema*. Quizá sea conocida de algunos de vosotros. **Problema** es algo que encuentro íntegramente ante mí, con lo cual me enfrento: es un obstáculo que he de vencer, mediante unos datos concretos que me llevan a una solución. Hay técnicas adecuadas en función de las cuales se define. **Misterio** es algo en lo que estoy comprometido, es interior a nuestro ser, lo llevamos dentro, y él nos lleva a nosotros, no podemos distanciamos de él. Vivimos a su lado, dentro de él, pero jamás lo dominamos, ni podemos situarlo dentro de unos límites. Cada hombre ha de encontrarse y abismarse en el misterio por sí mismo; los datos y las informaciones apenas llegan a abordarlo. El misterio no es lo nebuloso, lo difuminado o incognoscible. El reconocimiento del misterio es un acto esencialmente positivo del espíritu. En el problema somos nosotros los que formulamos preguntas, pero en el misterio somos interpelados, somos llamados insistentemente para esclarecer algo que nos es vital. Lo maravilloso es que toda luz que se arroja sobre él hace más clara su interpretación, y esa claridad es una nueva llamada a una mayor profundidad. Cuando me abro a él, veo que todo está iluminado por él. Para el problema hay técnicas adecuadas, en función de las cuales se define; pero el misterio trasciende toda técnica.

La Redención es misterio tremendo de amor. Y no es nebuloso, ni difuminado, ni incognoscible. La bondad y el amor de Dios fluyen al encuentro del hombre y éste puede recibirlos y hacerse partícipe de ellos. La experiencia humana va arrojando luz sobre la zona de lo problemático, las adquisiciones logradas se acumulan y quedan al alcance de quien las estudia; y aunque aparezcan líneas desconocidas y márgenes de error, lo desconocido puede ser cubierto y el margen de error corregido. El misterio del amor de Dios jamás lo dominamos, ni podemos situarlo dentro de unos límites. No podemos ponernos *fuera* del

¹³ B. RUSSELL, *Historia de la filosofía occidental*, Buenos Aires 1972.

¹⁴ G. MARCEL, *L'iconoclaste*, París 1923, 147.

misterio del amor de Dios sin que se nos escape el mismo sentido de nuestra vida. El que se siente así inmerso en el misterio del amor de Dios, se siente verdaderamente llamado por su nombre, reconocido por Alguien que le guarda y le salvará de una vez para siempre. Sólo por el amor de Cristo, y a través de su amor, poseeremos la realidad de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser.

En el misterio del amor redentor de Dios revelado por Jesucristo somos insistentemente llamados a la realización nunca soñada, ni imaginada de nuestro ser. *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por pensamiento humano qué cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman; mas a nosotros nos lo ha revelado Dios por medio de su espíritu, pues el espíritu todas las cosas penetra, aun las más íntimas de Dios* (1Cor 2, 9-10). Cuando nos abrimos al amor redentor vemos que todo está iluminado por él, y el ser amado ya es respuesta a toda pregunta. Un redentor sometido a las normas humanas de lo posible, de lo probable, de lo conveniente, no es tal Redentor. No hay ninguna norma aplicable al amor de Dios revelado en Jesucristo. Él mismo es el amor que se revela y no se puede ir hacia Él con medidas, criterios y pensamiento humanos.

Dios ha traducido sus pensamientos a nuestro lenguaje, ha vivido un destino humano por el que nos abre la puerta de la eternidad. Pero su revelación no la podemos abordar con datos e informaciones. La situación de la adhesión por la fe es siempre la misma en lo esencial. Lo que se impone a la conciencia del cristiano no es «una verdad», ni un valor, sino la realidad del Dios santo, vivo y revelado en Jesucristo. Tener fe significa captar esta realidad, unirse a ella y fundamentarse sobre ella. Los hombres y mujeres que vivieron en tiempos de Cristo no nos aventajaron en nada. Siempre hay algo que manifiesta y algo que vela. Lo que importa es que el hombre esté dispuesto a acoger la Revelación. Cuando se acerca un hombre de lejos en medio de la niebla no le reconocen todos, sólo hay dos tipos de personas que lo hacen: el que le ama y el que le odia. La mirada del amor es la que reconoce. Hay situaciones difíciles, dolores profundos, situaciones oscuras y casi humanamente absurdas que renacen constantemente; su finalidad es purificar más y más la fe. En todo, el amor de Jesucristo fue por delante: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 26, 42 y 27, 46).

IV. LA ACCIÓN DEL AMOR REDENTOR DE CRISTO SE COMUNICA POR MEDIO DE LOS SACRAMENTOS

La prolongación sensible de este misterio de amor de Cristo se realiza a través de los sacramentos. «La vida de Cristo se comunica en este cuerpo a los creyentes, que se unen misteriosa y realmente a Cristo paciente y glorificado por medio de los sacramentos»¹⁵. Estos continúan en el tiempo la obra de la salvación, son acciones reveladoras del amor divino. No son ni pura espera, ni completa posesión: *Ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que hemos de ser algún día* (1Jn 3, 2). *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, también nosotros nos*

¹⁵ LG 7.

manifestaremos en Él (Col 3, 4). El sacramento corresponde al tiempo de nuestra vida cotidiana, en el que vivimos la historia de nuestra propia salvación, tiempo en el que las grandes obras de Dios se realizan a través de los humildes símbolos del agua, aceite, vino, pan. El que se atiene a las apariencias no ve el misterio que alienta en ellos. Pero en el sencillo derramamiento del agua del bautismo nos configuramos con Cristo. «Con este rito sagrado se representa y efectúa la unión con la muerte y resurrección de Cristo: con Él hemos sido sepultados por el bautismo, para participar en su muerte; mas si hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección»¹⁶.

El objeto de nuestra fe es el plan de Dios hacia nosotros. Aparece claro a través del sentido y significación de la gracia, la vida de Dios, que se nos da en los sacramentos: *regeneración por el agua* para sensibilizar nuestra incorporación a Cristo; *acrecentamiento de la vida de Dios en nosotros por la acción del Espíritu Santo a través del sacramento de la confirmación*; gracias al *sacramento del orden* un hombre, con toda su limitación y debilidad, es sacerdote de Cristo, le representa y participa de su poder redentor. A través de él, los hombres reciben la obra de Dios realizada en Cristo: el sacerdote ofrece el sacrificio eucarístico, administra los sacramentos, es predicador del Evangelio y ejerce los ministerios que requiere esta misión específica suya de ser colaborador directo de Cristo. Bautismo, confirmación y orden conceden al hombre de una vez para siempre una semejanza a Cristo totalmente determinada e imborrable, una unión con Cristo en cuanto Primogénito y Cabeza de ese Cuerpo Místico que es la Iglesia; por eso se reciben una sola vez y no pueden ser repetidos.

El Papa, en su Encíclica *Redemptor Hominis*, al exponer la misión de la Iglesia, que es su solicitud por la vocación del hombre en Cristo, dedica especial atención a la *Eucaristía* y a la *Penitencia*. «Todos en la Iglesia, pero sobre todo los obispos y los sacerdotes, deben vigilar para que este sacramento de amor sea el centro de la vida del Pueblo de Dios, para que, a través de todas las manifestaciones del culto debido, se procure devolver a Cristo *amor por amor*, para que Él llegue a ser verdaderamente *vida de nuestras almas*. Ni, por otra parte, podremos olvidar jamás las siguientes palabras de San Pablo: *Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz*. Esta invitación del Apóstol indica, al menos indirectamente, la estrecha unión entre la Eucaristía y la Penitencia. En efecto, si la primera palabra de la enseñanza de Cristo, la primera frase del Evangelio-Buena Nueva, era *arrepentíos y creed en el Evangelio*, el Sacramento de la Pasión, de la Cruz y Resurrección parece reforzar y consolidar de manera especial esta invitación en nuestras almas. La Eucaristía y la Penitencia toman así, en cierto modo, una dimensión doble, y al mismo tiempo íntimamente relacionada, de la auténtica vida según el espíritu del Evangelio, la vida verdaderamente cristiana. Cristo, que invita al banquete eucarístico, es siempre el mismo Cristo que exhorta a la penitencia, que repite el *arrepentíos...* En Cristo, el sacerdote está unido con el sacrificio propio, con su entrega al Padre; y tal entrega, precisamente porque es ilimitada, hace nacer en nosotros –hombres sujetos a múltiples limitaciones– la necesidad de dirigirnos hacia Dios

¹⁶ *Ibid.*

de forma siempre más madura y con una constante conversión, siempre más profunda»¹⁷.

La Eucaristía y la Penitencia nos dicen la actitud que debemos adoptar ante Jesucristo: no tenemos que situarnos delante de Él, sino *en Él*. *Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo cortará... Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado, permaneced en mí, y yo en vosotros... Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor* (Jn 15, 1-10).

El sacramento del matrimonio insta una nueva etapa de vida que se consagra a Dios. Cristo aporta a la unión del hombre y la mujer la gracia, algo que pasa de Cristo a los esposos y les dilata el corazón, moviéndoles a abrirse y a darse. Dios ha penetrado de modo único en la vida del género humano: hasta en las raíces de su ser y de su vitalidad. Al establecer el sacramento del matrimonio ha santificado a la humanidad en sus fuentes. Todo ser humano tiene que realizarse en el amor, y debería ser hijo del amor. Cristo no está sólo junto a los esposos, sino *en ellos*, y desde ese interior quiere purificar y ennoblecer cada instante de su vida matrimonial. Al mundo que grita porque necesita paz, amor, justicia, libertad para la realización personal, la Iglesia de Cristo ofrece el mejor remedio: hogares cristianos en los que se viva la paz, el amor, la justicia, un ambiente que permita y posibilite la realización personal. El matrimonio cristiano es la lenta transformación de un hombre y de una mujer, operada al contacto de la experiencia cristiana vivida en común. Requiere energía, corazón animoso, generosidad para vencer el egoísmo y el espíritu de dominación. Es el género humano en el que *la forma natural de amor* se transforma en una *forma superior de amor*, fruto de esfuerzos en común, de sacrificios y de renunciaciones.

El matrimonio cristiano resurge vigoroso siempre de la superación de las dificultades. Ciertamente, el matrimonio otorga fecundidad y perfección, algo que rebasa las posibilidades individuales de cada uno. Pero esto no se consigue con el mero goce y la actividad febril, sino por el sacrificio que impone la superación del instinto, de la inconstancia del corazón, las decepciones mutuas y los cambios producidos por los acontecimientos. Ante la realidad que Cristo ofrece en el matrimonio se toman miserables y pretenciosas las objeciones presentadas por muchos hoy. El matrimonio cristiano sólo puede ser vivido si Jesús está entre esos dos seres, si ellos responden a la gracia que les confiere para amar y sufrir.

La importancia y la dignidad del amor humano, del respeto al hombre y de la trascendencia que tiene, aparece claramente en la Iglesia de Cristo: sólo el matrimonio cristiano confiere al hombre y a la mujer su verdadera dignidad, y presenta la verdadera capacidad y posibilidad de realización del hombre. Cuando la Iglesia dice que el matrimonio es un sacramento, esta afirmación contiene más riqueza que todos los nombres con los que la imaginación del hombre ha adornado el amor. Es un acto de Cristo que bendice, santifica, consagra y quiere ese amor. Serán *una sola carne* por el amor, y engendrarán hijos *para Dios*. La gracia del matrimonio les da *corazón de Dios* para amar y transformar ese hijo en *un hijo de Dios*. La fe que el matrimonio exige del hombre y de la mujer les llama a actuar. Porque toda gracia es estéril sin nuestra cooperación: El que nos redimió sin nosotros no nos salvará sin nosotros. La

¹⁷ RH 20.

vida de un hogar cristiano es una vida que viene de Dios, vive de Dios y vuelve a Él, como un chorro de agradecimiento, de alabanza, de petición de fuerza o de arrepentimiento. El matrimonio cristiano evoca la unión de Cristo y de la Iglesia como un misterio de fecundidad. El amor no conoce límites, es creador e intuitivo, irradia su fuerza. El amor conyugal irradia sobre los hijos; desde la familia, anima a todos los que tienen relación con ella; llega al mundo del trabajo. Es la célula viva de la sociedad. Como sean las familias será la sociedad. Ahí está la importancia del gran servicio que presta la familia cristiana.

Donde hay amor allí está Dios. Y en el dolor que se ofrece con amor allí está Dios. *¿Está enfermo alguno entre vosotros?, llame a los presbíteros de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor: y la oración nacida de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará: y si se halla con pecado, se le perdonarán* (San 5, 14-15). El amor redentor de Cristo nos llega con toda seguridad desde la Cruz; a través de los siglos, se nos aplica en la medida en que participamos de Él. Si hemos muerto con Cristo, también resucitaremos con Él. Podemos sanar o no físicamente de la enfermedad que nos aqueja, pero nuestra salud es segura.

El tremendo misterio del amor de Dios abarca nuestra vida: nacimiento y muerte, vida de familia, hambre y sed, cansancio y debilidad. Su amor nos fortalece siempre. Los sacramentos, la gracia que nos confieren, son la salvación de Dios en el tiempo presente. La certeza de la fe y de la esperanza del amor de Cristo hacen exclamar a San Pablo jubilosamente: *Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que ni siquiera escatimó darnos a su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó, ¿cómo no nos lo dará también todo con Él?* (Rm 2, 31-32).

A este amor de Cristo sólo cabe una respuesta: la de **la vida cristiana como servicio**. La dignidad de nuestra vocación se expresa en la disponibilidad para servir, según el ejemplo de Cristo, que *no ha venido para ser servido, sino para servir* (Mt 20, 28). Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo sólo *sirviendo* se puede verdaderamente *reinar*; a la vez, el *servir* exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el *reinar*¹⁸. Es la sabiduría de Dios que ningún príncipe de este mundo ha entendido; y nuestra sabiduría se apoya en el saber de Dios y es iluminada por su amor.

La Redención de Cristo, entendida como lo que es, *misterio tremendo de amor*, nos permite ver las dimensiones reales de la relación del hombre con Dios. Es un amor eficaz que lo restaura todo, que devuelve a la creación el orden perturbado, que sitúa al hombre en su puesto de imagen de Dios y cantor de su gloria. La historia humana tiene entonces un sentido y cuanto hay de dolor y de lucha sirve también para un progreso constante de la humanidad que pasa por la cruz del Calvario, pero en camino hacia la resurrección, es decir, hacia una mayor plenitud que empieza por ser solidaridad y hermandad en este mundo y glorificación total en el otro. No se trata de un amor complaciente, fácil refugio para nuestros egoísmos, sino lleno de luz y de nobles exigencias. La luz permite ver en ese misterio que Dios mismo ha sufrido y muerto por nosotros. La exigencia, mil veces proclamada por el mismo Cristo, contiene una llamada apremiante a todos y cada uno de nosotros mismos a insertarnos como

¹⁸ Cf. RH 21.

miembros del Cuerpo Místico de Cristo, haciendo nuestros sus propios sentimientos, como decía San Pablo. El hombre no puede aspirar a una mayor dignidad que ésta en su condición humana.

Por eso hacen tanto daño a la humanidad, de un lado, los humanismos ateos, y, de otro, los cristianismos reducidos o mutilados, es decir, falseados. Los primeros no creen en una redención hecha por Dios, y fomentan, quiéranlo o no, una lucha implacable que lleva al odio y a la destrucción de unos contra otros, y al imperialismo de unas ideologías o de unos sistemas políticos, de grupos y naciones sobre otros grupos y naciones, como lo estamos viendo en nuestros días. Los segundos, creyendo facilitar una mejor intelección y un más rápido acercamiento al mensaje de Cristo, reducen el sentido de la Redención a una liberación meramente terrestre, contra lo cual han tenido que levantar su voz repetidamente los Sumos Pontífices Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, este último en sus intervenciones en Méjico y en tantas otras ocasiones.

La liberación realizada por Cristo es, sobre todo, de orden religioso. Jesús no quiso nunca comprometerse en una tarea política y rechazó los intentos de sus discípulos o del pueblo para arrastrarle hacia un mesianismo terreno o nacional. Cuando habló de la liberación, se refirió a la verdadera esclavitud de que hay que liberarse, la esclavitud espiritual de los que cometen el pecado, el cual no puede identificarse simplemente con la injusticia social.

CONCLUSIÓN

Al llegar al término de estas reflexiones sobre el misterio tremendo de amor que supone la Encarnación del Verbo de Dios y la Redención operada por Jesucristo en favor de todos y cada uno de nosotros, podemos hacernos la misma pregunta que se hace el Papa en su Encíclica programática, objeto de este ciclo de conferencias que hoy clausuramos. Supuestas las orientaciones por las que el Concilio de nuestro siglo ha encaminado a la Iglesia ¿cómo seguir esas orientaciones? ¿Qué hay que hacer a fin de que este nuevo advenimiento de la Iglesia, próximo ya al final del segundo milenio, nos acerque a Aquel que la Sagrada Escritura llama *Padre Sempiterno*: PATER FUTURI SAECULI?

Y el mismo Sumo Pontífice nos da la respuesta fundamental y esencial, que recogemos y aceptamos con viva fe e inmenso agradecimiento: «Mirar hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo: a Él queremos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6, 68). Debemos tender constantemente a Aquél *que es la cabeza* (cf. Ef 1, 10, 22; Col 1, 18); a Aquél *de quien todo procede y para quien somos nosotros* (1Cor 8, 6); a Aquél que es al mismo tiempo *el camino y la verdad, la resurrección y la vida* (Jn 14, 6; 11, 25); a Aquél que viéndolo nos muestra al Padre (cf. Jn 14, 9); a Aquél que debe irse de nosotros, para que el Abogado venga a nosotros y siga viniendo constantemente como Espíritu de verdad (Jn 16, 7, 13). En Él están escondidos *todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col 2, 3), y la Iglesia es su Cuerpo (Rm 12, 5; 1Cor 6, 15). La Iglesia es en Cristo como un «sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de

todo el género humano» (LG, 1), y de esto es Él la fuente. ¡Él mismo! ¡Él, el Redentor!»¹⁹.

¹⁹ RH 7.

SECCIÓN SEGUNDA

EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DE LA IGLESIA

LA ESPIRITUALIDAD EN LOS MOMENTOS DE LAS GRANDES CRISIS DE LA IGLESIA

Lección inaugural de la III Semana de Teología Espiritual, pronunciada en la Catedral de Toledo, el 4 de julio de 1977. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre-octubre 1977, y en el volumen *Espiritualidad para un tiempo de renovación*, Centro de Estudios de Teología Espiritual. Madrid 1978, 15-40.

Nos reunimos nuevamente. para reflexionar sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, fuente y origen de la espiritualidad de cada uno de sus miembros y de ella misma en su conjunto, considerada como Esposa de Cristo. De esto trata la Teología Espiritual, a cuyos contenidos y proclamaciones venimos dedicando nuestras Semanas año tras año.

¿Qué valor tiene la espiritualidad en los momentos de las grandes crisis de la Iglesia? He aquí la pregunta, a la que trato de contestar con esta lección.

Propiamente hablando, tanto el hombre individuo como la sociedad se encuentran siempre en crisis, porque siempre están cambiando de alguna manera. Pero aquí empleamos el vocablo para significar una fase de especial importancia y, por consiguiente, de especial peligro, por el que puede pasar un ser vivo. Significa un momento de aceleración en los cambios, con posibilidades de renovación, pero cargado de riesgos, porque se multiplican las desorientaciones y los problematismos como consecuencia de la necesidad sentida de las mutaciones y de la variedad de soluciones propiciadas por diversos grupos.

Aplicando el concepto a la Iglesia, **crisis** significa intensificación, en un momento dado, de la conciencia de que es necesario hacer cambios para realizar la obra de la salvación del hombre. Ello incluye diferencias de puntos de vista acerca de la esencia misma de la salvación, acerca del hombre mismo, de los criterios y formas de realizar el quehacer salvífico. Todo lo cual llega a producir insatisfacción y desconfianza respecto a la Iglesia tal como vive en un momento determinado, porque cuestiona casi todo, incluso la idea que se posee de Dios, de Cristo, de la Iglesia misma. Suele entonces insistirse en una palabra: **reforma**. ¡Hay que reformar la Iglesia! Idea que, bien entendida, es válida por aquello de *Ecclesia semper reformanda*; pero que, mal expuesta, da origen a verdaderos dramas.

Y es que las crisis de la Iglesia requieren tratamientos mucho más hondos. Por una razón muy sencilla: porque la Iglesia es una realidad divino-humana, y en

sus realidades comprobables no se puede prescindir del punto de vista divino. De lo contrario, no estamos hablando ya de la Iglesia, sino de ciertos aspectos naturales de la misma, carentes de sentido. Hablando, consiguientemente, de problemas insolubles.

Mi lección consta de tres partes. *En la primera* indicaré brevemente el sentido de las crisis en la Iglesia. *En la segunda* presentaré algunos ejemplos históricos que pueden ayudarnos a entender las dimensiones de la crisis actual y las direcciones de solución. Finalmente, *en la tercera* examinaré esta crisis en el momento presente y los principios que pueden orientarnos para salir de ella.

I. SENTIDO DE LAS CRISIS EN LA IGLESIA

Partimos de una frase del Vaticano II que estimamos extraordinariamente esclarecedora. Dice así el Concilio en la *Lumen Gentium*, número 7 (y doy una traducción personal, ajustándome todo lo posible al original latino): «Mas para que incesantemente nos renovemos en Él –en Cristo– (cf. Ef 4, 23), nos concedió participar de su Espíritu, que, siendo uno mismo en la Cabeza y en los miembros, de tal forma vivifica, unifica y mueve todo el cuerpo, que su operación pudo ser comparada por los Santos Padres al oficio que cumple el principio de vida, es decir, el alma en el cuerpo humano».

Actuando, pues, como alma de la Iglesia, el Espíritu Santo procura de continuo informar tanto a cada uno de los miembros como al conjunto de la congregación de los fieles. Él es el único principio de vida y de acción en todos los niveles.

Puede ser que el Espíritu haga ver y sentir la urgencia de un cambio o progreso más rápido en determinados aspectos de la vida de la Iglesia y que el hombre vea a ésta como inadaptada para la tarea intuida.

En tales casos, si el hombre se deja mover por el Espíritu, se realizan los grandes avances de la Iglesia.

Pero ¿qué ocurre? Que el hombre recibe imperfectamente las inspiraciones del Espíritu; las interpreta mal, las realiza muy deficientemente. Toma como impulsos del Espíritu los anhelos de su propia naturaleza y aun de su propio egoísmo. Incluso, exige de la Iglesia la superación de dificultades naturales que no corresponde a ella resolver.

No pretendemos corregir el lenguaje. Pero acaso la palabra misma «reforma», que en tales ocasiones se pone de moda, no sea la más propia. Tal vez contribuye a robustecer la actitud radicalmente errónea de muchos, posiblemente de la mayoría.

El vocablo «forma» tiene dos sentidos muy dispares. En el lenguaje más corriente, «forma» alude a la figura externa. Un objeto puede tener forma rectangular, redonda... Pero en el lenguaje más filosófico, «forma» indica un principio que presta a la materia la posibilidad de constituir con ella el ser concreto. En este sentido decimos que el alma es la forma del cuerpo, que constituye con él al hombre mismo.

Y a eso alude la expresión citada del Concilio. El Espíritu Santo es, hablando análogamente, el alma de la Iglesia, según el lenguaje de los Santos Padres. El Espíritu viene a ser como la forma misma de la Iglesia. Según el modo de expresarse de ciertos teólogos modernos, sería como la causa cuasi-formal; principio de vida en todo caso, que constituye en la Iglesia esa muchedumbre de hombres que Él mismo congrega, convierte en organismo vivo, al inspirarlos. Efectivamente, como el Padre y el Hijo son una sola cosa «en la unidad del Espíritu Santo que espiran», muchos hombres son una sola cosa con Cristo, en la unidad del Espíritu Santo que inspiran. Y no pueden serlo de otra manera.

La palabra «reforma», en boca de muchos, alude a cambios de figura realizados por el hombre en la Iglesia. Ello incluye errores: respecto del principio, que pasa a ser prácticamente el hombre; respecto de las mutaciones, que se reducen a lo exterior constatable.

Apoyado en sí mismo, el hombre proyecta los cambios que estima oportunos; pero necesariamente tropieza con la ineludible realidad de las diferencias radicales de juicio. Y no menos inevitablemente se encuentra incapacitado para llevarlas a término, puesto que carece del principio de su actividad propia, que no es otro sino el Espíritu. Por lo demás, en la medida en que cuenta consigo mismo como fundamento, necesariamente yerra, se queda fijo en mutaciones y progresos superficiales, engañosos, realizados por caminos falsos, sin salida.

Así, tenemos una multiplicidad de propuestas de soluciones referentes a configuraciones someras, pretendidamente profundas porque aluden a las «estructuras» más íntimas de la Iglesia, pero siempre quedándose en la realidad natural de la misma. Sin negar, generalmente, la realidad sobrenatural, se parte de las realidades visibles, de los principios naturales entendidos según la medida del entendimiento humano. La teología y la exégesis se convierten en interpretaciones dirigidas por opiniones filosóficas, históricas, críticas, propias del tiempo; el apostolado, en proselitismo para las propias ideas que asegurarían, según la mente del llamado apóstol, la solución de los problemas intramundanos. El cristiano no contempla el misterio, de donde recibiría la luz y el impulso para ejecutar los planes misteriosos del Padre; sino que se enfrenta inmediatamente con las situaciones que han de ser resueltas según su propio juicio.

En lugar de vivir en el misterio, se desvive en la multiplicidad de los problemas. Y se *problematiza*, se angustia, se desanima, desconfía de la Iglesia, o de lo que él piensa que es la Iglesia y que en realidad no lo es. Pues a sus ojos no aparece más que una especie de cadáver, ya que se le ha sustraído el principio de vida. Literalmente, como una muchedumbre *informe*, ya que no se percibe su forma, su alma, su principio vital operando continuamente. Como una sociedad humana, susceptible de cualquier cambio –o de ninguno–, según las corrientes dominantes en la época o en la mentalidad singular del hombre.

Infidel a su propio principio de vida, el hombre no puede pensar rectamente ni actuar adecuadamente. Carente del único principio de unidad, los hombres no pueden vivir unánimes, inexcusablemente se disgregan en grupos incompatibles. Se habla acaso más que nunca de la caridad, puesto que se siente más que nunca la separación; pero ya no se trata de la caridad, sino del amor natural muy diversamente concebido.

En realidad, el hombre no puede reformar la Iglesia, sino que *ha de ser transformado* en la Iglesia. Y la Iglesia misma, en cuanto Cuerpo de Cristo, ha de ser continuamente transformada.

Transformación significa: cambio de forma interior, entendiendo la palabra «forma» en el sentido profundo: principio del ser mismo. Es decir, sustitución progresiva del principio de vida natural –el propio espíritu, la propia alma– por el principio de vida sobrenatural divino: el Espíritu Santo. El hombre reconoce que en último término no puede ser su espíritu quien le anime, sino que ha de dejarse animar, vivificar, por el mismo Espíritu Santo, que, siendo una Persona Divina, infinitamente distinta de él, quiere, sin embargo, vivificarle desde dentro. Desde el interior del individuo y de la comunidad.

Entonces el hombre ya no parte de sí mismo, sino que está atento a la inspiración del Espíritu. Ya no hay problemas angustiosos, sino tareas siempre realizables gozosamente –con la participación de la cruz de Cristo ciertamente–, porque contamos con el vigor omnipotente y con la sabiduría divina. No hay aferramiento a las propias opiniones, pues estamos dispuestos a escuchar al Espíritu Santo; no hay errores que estorben el progreso, pues estamos guiados por el Espíritu de Verdad; no hay disgregación ni grupos de oposición, ya que tenemos todos el mismo Espíritu, o mejor aún, somos tenidos por Él. En suma: las crisis consisten en la inadecuación entre el cuerpo y el alma; la humanidad múltiple, débil, sujeta a error y a pecado, y el Espíritu Santo. Y no hay otra solución sino la humilde disponibilidad del hombre para dejarse informar, inspirar, por el Espíritu Santo. Eso significa que toda crisis se resuelve por una **intensificación de la espiritualidad**. Puesto que espiritualidad no es sino la calidad de espiritual; y espiritual es el hombre –o la sociedad– que se deja mover por el Espíritu.

Es capital notar que el Espíritu Santo, que jamás se contradice a Sí mismo, actúa en la Iglesia. Actúa en la Jerarquía y en los Santos. Asistiendo siempre a la Jerarquía –los obispos *con* el Papa–; inspirando a los hombres, a todos ciertamente, pero decimos que actúa en los Santos, pues sólo ellos disponen dignamente su alma para que las inspiraciones recibidas sean fecundas y provechosas. De modo que la actitud del cristiano que quiera dejarse transformar en la Iglesia y cooperar a la transformación de la Iglesia misma ha de estar atento a las directrices de la Jerarquía y al testimonio de los Santos. Y atento a las inspiraciones interiores, usando las normas de discernimiento, suficientemente elaboradas a estas alturas, para no confundir los impulsos del Espíritu con los movimientos de su propia singularidad natural.

Pero no menos importa observar que el Espíritu actúa en el mundo, en cuanto creación suya. En la medida en que los hombres son infieles al Espíritu, la creación se convierte en un caos, aun en los niveles naturales. El Espíritu es el alma de la Iglesia y los cristianos son el alma del mundo. Por tanto, es el Espíritu mismo –y como tal Persona divina distinta, personalmente acogida como aliento propio siquiera por quienes han recibido la revelación exterior– quien crea y ordena el mundo terreno. Y es Él quien inspira cualquier mejoramiento natural, aun a quienes lo desconocen. Por ello, sólo en la fidelidad al Espíritu puede mejorarse el mundo. Y por eso cualquier cambio natural que sea realmente progreso humano debe ser espiritualizado por el hombre espiritual, influyendo incluso en los hombres carnales. De lo contrario, se produce una situación de crisis más o menos grave. En todo cambio terreno hay un impulso del Espíritu

que hay que redimir. Y por ello no es falso que puedan contribuir ciertas situaciones de plano natural al desarrollo de la vida de la Iglesia. Pero contribuyen precisamente en cuanto entrañan fidelidad o infidelidad al Espíritu. Eso, en suma, sólo puede discernirlo el hombre espiritual, que recibe el Espíritu en la Iglesia jerárquica.

II. ALGUNOS EJEMPLOS HISTÓRICOS

1. Apenas nacida la Iglesia, tropieza con una fuerte crisis. **Las corrientes gnósticas**, el marcionismo y el montanismo perturban intensamente las comunidades cristianas. Brotando del propio cristianismo o adviniendo de fuera, el hecho es que el pensamiento gnóstico infesta el ambiente. Con matices muy diversos, el gnosticismo toma como punto de partida al hombre. Es ante todo una antropología. Y el hombre se constituye en centro referencial de los problemas cosmogónicos, cristológicos y soteriológicos. Dios aparece como el separado, el incognoscible.

El hombre encuentra en sí mismo, en su propio conocimiento, el camino de salvación. Por supuesto, no todos los hombres, sino sólo los selectos. Ambas notas señalan claramente el fundamento de la autosuficiencia de los seguidores de tales doctrinas. Para muchos, las cosas son buenas o malas según las opiniones de los hombres. Predomina, pues, el relativismo moral. El perfecto puede acceder a cualquier acto objetivamente malo –en la concepción cristiana– sin quedar pervertido, como el oro continuará siendo oro aunque se envuelva en fango.

Los gnósticos se separan de la Iglesia. Perturban no sólo la doctrina, sino las normas morales y disciplinares. Más aún, se dividen entre sí. San Epifanio llega a contar sesenta grupos distintos.

Tenemos ahí los signos de toda falsa reforma: autosuficiencia, negación de la autoridad de la Iglesia, trastornos de orden moral, libertad de pensamiento, dispersión.

Nuestras noticias no son demasiado exactas. Hasta hace poco no se han descubierto textos gnósticos bastantes. Sabemos la actitud y los trabajos de un San Ireneo, que escribe contra el gnosticismo su obra principal. Y poseemos información segura acerca de la actividad de la Iglesia: se intensifica la unión de los fieles en torno a cada obispo; la unión de los obispos entre sí y en torno al Obispo de Roma; se establece la línea histórica de la sucesión apostólica de los obispos; se organiza el catecumenado; se fijan muchas fórmulas litúrgicas; se enuncia el Canon de las Escrituras.

Contemplamos cómo, entre persecuciones y crisis internas, la Iglesia no sólo no sucumbe o se desagarra, sino que crece y se unifica. Pero el pensamiento radical, el principio unificante y vivificante, lo expresa el mismo San Ireneo: «Del mismo modo que no se puede sin agua hacer de los granos de trigo una masa única, un solo pan, así nosotros no hubiéramos podido convertirnos en un solo cuerpo en Cristo Jesús sin esta agua celestial (del Espíritu Santo). Y al igual que

la tierra seca no da fruto si no se riega, así nosotros, que éramos madera seca, jamás habríamos podido dar frutos de vida sin esa lluvia de lo alto»¹.

Tal reacción se produce también en relación con el **montanismo**. Por supuesto, los montanistas no olvidan aparentemente al Espíritu. Todo lo contrario. Pero lo interpretan a su manera, independientemente del pensamiento de la Iglesia. Los obispos de Asia se reúnen en los primeros sínodos conocidos y condenan la herejía. El Papa Ceferino la condena en Roma hacia el año 200. El movimiento queda detenido, y si poco después hay un brote de intensidad en Cartago, con Tertuliano, se trata de una división dentro del montanismo, del tertulianismo, sin importancia mayor fuera de la persona y los escritos del propio hereje.

2. Brincando sobre cientos de años, recordemos ahora algunos aspectos del largo período que abarca los siglos XII y XIII.

Con precedentes en la época inmediatamente anterior, aparecen casi por todas partes predicadores populares que atraen masas de cristianos. Pedro de Bruis, Tanquermo, Enrique de Lausana, Arnaldo de Brescia... Todos ellos, y otros semejantes, denuncian las perversiones morales del clero, exigen la reforma, rechazan la disciplina de la Jerarquía e incluso a la Jerarquía misma.

El movimiento de mayor momento y más sintomático es el valdense. Pedro de Valdés funda en 1175 una asociación laical de penitencia y pobreza. Lector asiduo de la Biblia, abandona familia y hacienda. Y con el fin de promover una reforma que devuelva a la Iglesia la pureza original de la edad apostólica, comienza a predicar. El obispo le prohíbe hacerlo, y él apela al Papa. Mas como el Papa confirma la sentencia episcopal, Pedro va elaborando ciertas doctrinas justificativas de su actitud bajo el influjo ya de los cátaros. Todo cristiano –dice– posee el Espíritu; consiguientemente, es capaz de entender las Escrituras y comentarlas. El Evangelio no habla de sacerdotes, por tanto, los tales no tienen derecho a detentar la predicación. Acaba negando la presencia de Cristo en la Eucaristía, el sentido de la Misa. Por otra parte, condena universalmente la guerra, así como la pena de muerte.

El movimiento se organiza en secta, con sus propios jefes. Se extiende por Francia, Lombardía, Apulia, Calabria, España, Alemania, Polonia, Bohemia, Hungría. Pero con el tiempo va dividiéndose en grupos más o menos independientes. Algunos se reincorporan a la Iglesia, otros son absorbidos por los husitas, otros caen en las sectas protestantes.

Con carácter mucho más radical y pervivencia muy prolongada habían aparecido ya antes –hacia el 1140– **los cátaros**. No nos importa ahora detenemos en sus doctrinas y en su organización. Incorporan ingredientes gnósticos, maniqueos, docetistas. Niegan la Trinidad y la Encarnación. Los encontramos en Colonia, en el Norte de Italia, en el mediodía francés. Perduran vigorosos mucho tiempo. La Inquisición, establecida contra ellos en 1229, celebra aún procesos hacia el 1300.

Hay por estos tiempos otra serie de herejías, de mucho menor influjo en la cristiandad. Pero son aquéllas las que principalmente se acusan.

¹ *Adversus haereses*, III, 17, 2.

Es evidente que todos estos movimientos nacen y crecen basados en un anhelo de reforma. El paso cercano de una sociedad feudal a una sociedad burguesa ha despertado ansias de cultura, de igualdad, de independencia. Impulsos naturales procedentes en último término del Espíritu Santo, pero recibidos imperfectamente y mezclados con no pocas tendencias egoístas. Hay en el plano explícitamente sobrenatural un ansia de mejora, que probablemente proviene también del Espíritu. Pero también imperfectamente recibido y pervertido.

Advertimos los mismos caracteres ya señalados: limitación a lo externo: lectura de la Biblia, pobreza, castidad. Autosuficiencia: la Escritura es interpretada por cada uno, pues todos poseemos igualmente el Espíritu. Es el individuo singular quien juzga a la Iglesia, y no viceversa. Todo esto se dice entonces, se predica, se extiende en el pueblo.

¿Cómo se salva la Iglesia? La Iglesia salva estas crisis ahondando en sí misma, recurriendo a su propia alma. Dejando aparte que, durante todos estos años, frente a las lucubraciones heréticas, abunda ya la literatura espiritual, se fundan Órdenes, se multiplican los Santos. Ciñéndonos a la postura frente a los movimientos reformistas aludidos, contemplamos el nacimiento de las Órdenes Mendicantes. Dominicos y Franciscanos siguen fielmente la inspiración del Espíritu, posiblemente activa en los personajes antes citados, pero malograda por su infidelidad. Estos no sólo realizan una vida de castidad y pobreza, sino que se apoyan en la Iglesia misma donde actúa el Espíritu; son fieles a Roma. En muy poco tiempo se constituyen en maestros eximios de la Escritura. Son los principales artífices del esfuerzo teológico de que todavía vivimos. Santo Tomás y San Buenaventura, por limitarnos a dos ejemplos, siguen siendo hoy mismo maestros de dogma, de moral, de espiritualidad.

Al mismo tiempo, la Jerarquía reafirma su autoridad. Las intervenciones episcopales, y aun pontificias, son múltiples. Se celebran Sínodos repetidamente. Y la herejía de los cátaros es tratada en el Concilio III de Letrán.

No se trata de dos corrientes aparte: por un lado, la Jerarquía, por otro lado, los Santos enfrentados con ella. Por el contrario, lo que patentiza la actuación de estos «Santos transformadores» en relación con los turbulentos reformistas y con los herejes sin más es su conexión con la Jerarquía por la obediencia. Y muy especialmente por su obediencia al Papa.

Hay un hecho al cual no queremos dejar de aludir, siquiera sea brevemente. De 1378 a 1449 se produce el llamado **Gran Cisma de Occidente**. Dos y hasta tres hombres se arrojan el título de Papa, y la cristiandad se divide en cuanto al reconocimiento de uno y otro. Y realmente a estas fechas seguimos sin certeza respecto de la legitimidad de cualquiera de ellos. Sin embargo, la Iglesia no se derrumbó. No es que atravesara sin daño tal período. El arraigo de las tendencias conciliaristas es una muestra de lo contrario. Pero de hecho superó la crisis, en cierto sentido la más grave acaso de la historia.

Es la época en que la literatura mística alcanza muy altas cimas significativas de una vida espiritual auténtica y elevada. La época de Santa Catalina de Siena; de la «devotio moderna» en Alemania; de los grandes místicos ingleses; de Gersón,

de Nicolás de Cusa –ambos con amplia dedicación a la espiritualidad y con muchísimo influjo–, de San Vicente Ferrer...

Y es que no falla la substancia de la fe. Todos creen en el Espíritu que actúa en la Iglesia y, salvo algunos extremistas propugnadores del conciliarismo, todos creen en la autoridad del papado. Ciertamente, en muchos la fe parece quedar como una raíz, sin vigor para desarrollarse y fructificar en caridad, limitada a los niveles intelectuales. Pero en tales niveles la fe perdura. Y es una lección de inmensa importancia que no deberíamos jamás olvidar.

3. Tomemos nuestro último ejemplo del *luteranismo*. Innegablemente, una de las crisis capitales de toda la vida de la Iglesia.

Por aquellos tiempos, la autoridad de la Iglesia es muy débil. La Jerarquía se encuentra muy desacreditada ante el pueblo. La teología está en franca decadencia. No podemos atribuir –como se hace con frecuencia– la rebelión de Lutero, ni siquiera su éxito, a la corrupción de las costumbres del clero. Desde luego que contribuye a abonar el terreno, lo mismo que la codicia de muchos, que salen mundanamente favorecidos con la reforma luterana. Pero no es esa la causa real. Desventuradamente la corrupción venía de lejos, y en cambio no faltaban, ni mucho menos, tampoco en esa edad, pastores y cristianos ejemplares que laboraban por la superación de las deficiencias en todos los niveles. Abundan los intentos de corrección, de elevación, en todos los terrenos, como lo muestra claramente el ejemplo de España.

Por otra parte, el mismo Lutero declara reiteradamente que no ataca simplemente las malas costumbres o las imposiciones económicas excesivas de Roma. Valgan por otras muchas estas declaraciones suyas: «Entre nosotros la vida es mala, como entre los papistas; mas no les acusamos de inmoralidad...» «Yo no impugno las malas costumbres, sino las doctrinas impías.» «Supongamos que floreciera la religión y la disciplina del antiguo papado..., no obstante, tendríamos que decir: si no tenéis otra cosa que la santidad o la castidad de vuestra vida... merecéis ciertamente ser arrojados del reino de los cielos y condenados».

Lutero es mucho más religioso y, por tanto, mucho más profundo que los heresiarcas anteriores. Aventurando una interpretación, que no hace más que aplicar al caso los fundamentos ya expuestos, la inspiración genuina del Espíritu Santo, que Lutero entorpece y extravía, su interpretación personal es mucho más radical. Ciertamente atiende la Biblia, como habían hecho otros antes que él, los valdenses, verbigracia. Pero no se fija en aspectos parciales, en la pobreza, o en la castidad, o en la justicia; sino que se centra en la raíz misma, en la relación personal con el Espíritu Santo, con el Espíritu de Cristo. Comienza por una experiencia peculiar, que rectamente recibida debiera haber constituido fecundísimo testimonio en la Iglesia. La malentiende y construye su teoría, que influye en todos los criterios y consecuencias prácticas. Lo que él siente es que la Iglesia es innecesaria; que el Espíritu Santo no es el alma de la Iglesia, sino solamente del alma del individuo Lutero y, consiguientemente, de cada hombre en cuanto individuo. Su actitud tiene vigencia, porque se dirige inmediatamente al sentido religioso, a la fe misma, que es la raíz de la vida en el cristiano, y a la soberbia humana, que es la raíz última de toda postura falseada. Pese a sus declaraciones sobre la vileza y la impotencia del hombre y a sus encarnizados

ataques contra la razón, la soberbia queda indemne, puesto que en suma el fundamento de todo es el juicio individual.

Así, el éxito de Lutero se debe básicamente a que opera en los fundamentos mismos de la vida cristiana: la acción de Dios sobre el hombre, la respuesta interior, última, del hombre a Dios.

Lo que niega Lutero es el amor del Padre a cada hombre tal como es y tal como vive en la comunidad de la Iglesia. El hombre no puede hacer nada; pero es precisamente el hombre quien discierne su destino. Es, en el fondo, un intelectualismo antirracionalístico, que destruye consiguientemente la raíz misma de la Iglesia: la fe en el amor de Dios manifestado en Cristo por el Espíritu Santo que obra en la Iglesia, según su beneplácito en cuanto a los modos externos y caminos, fuera de mi discernimiento individual.

Frente a Lutero, la Iglesia salva, no sin enormes pérdidas, el peligro. La Jerarquía se afirma más que nunca; se reúne un Concilio; se contemplan las bases reales de la vida cristiana misma; se aplican en normas concretas, dogmáticas, morales, disciplinares. Y, al mismo tiempo, una verdadera muchedumbre de Santos, muchos ya canonizados, actúan en unión más consciente que nunca con la Jerarquía. Pensemos en el cuarto voto de obediencia al Papa que propone San Ignacio.

No podemos detenernos a analizar los movimientos católicos de la época. Exigiría un tiempo mucho más largo del que podemos disponer. Por otra parte, es innecesario, pues se trata de una época suficientemente conocida por todos. No obstante, vamos a citar, un tanto a capricho, algunos de los Santos que viven por aquellos tiempos. Creemos que la simple enumeración, aun muy parcial, tiene valor demostrativo.

Lutero lanzó sus tesis sobre las indulgencias en 1517. Murió en 1546. Dejando a un lado una serie de figuras y movimientos casi inmediatamente precedentes, y limitándonos a Santos contemporáneos de la actividad de Lutero, encontramos, entre los dominicos, a S. Pío V y a San Luis Beltrán; entre los agustinos, a Santo Tomás de Villanueva; entre los trinitarios, el Bto. Juan Bautista de la Concepción; entre los carmelitas, a San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Encontramos fundadores de Órdenes nuevas, como San Cayetano, que funda los teatinos, una de cuyas mayores figuras es S. Andrés Avelino; S. Antonio María Zacarías funda los barnabitas; S. Juan Leonardi, los clérigos regulares de la Madre de Dios; S. Francisco Caracciolo, los clérigos regulares menores; entre los capuchinos tenemos a San José de Conesa y a San Lorenzo de Brindisi. San Jerónimo Emiliano, San Camilo y San Juan de Dios fundan Ordenes dedicadas a la atención de los enfermos; San José de Calasanz funda los Escolapios; y no es necesario siquiera mencionar a San Ignacio de Loyola, con el grupo de las primeras generaciones de Jesuitas, de enorme influjo en la Iglesia a partir de su fundación. San Felipe de Neri funda el Oratorio del divino amor... Todos los citados son religiosos. Pero igualmente podríamos escribir una larguísima serie de Obispos santos, como San Carlos Borromeo, Santo Toribio de Mogrovejo o San Juan de Ribera; de sacerdotes, como San Juan de Ávila; e incluso de seglares, como Santo Tomás Moro.

No hace falta notar que muchísimos de ellos, con sus predicaciones y escritos, impulsaron corrientes muy vigorosas de espiritualidad, de teología dogmática y mística, a consecuencia de lo cual el siglo XVI entero y en parte el XVII viven un ambiente de plenitud en sectores muy amplios de católicos.

Parece que lo recordado basta para demostrar la ininteligencia que supone hablar de reforma y contrarreforma. No se trata de configuraciones secundarias, por muy importantes que en sí sean. Se trata de transformaciones, del contacto con la forma misma, con el alma que vivifica y unifica, con el Espíritu Santo. Estamos, de un lado y otro, y refiriéndonos a las cabezas de ambos movimientos, en plena espiritualidad.

III. LA CRISIS ACTUAL

Es innegable que hoy nos encontramos ante una profundísima crisis, quizá la más grave que ha sufrido la Iglesia en su historia. Con la particularidad de que también aparecen actitudes eclesiales potencialmente válidas para producir una renovación fructuosa. Actitudes, impulsos, ideas, orientaciones del Papa y de los Obispos extraordinariamente aptas para el diálogo de la Iglesia con el mundo, es decir, para ese coloquio que pueda conducir a la salvación, tal como lo expresaba Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam suam*.

Pero algo está fallando en los cimientos. Quizá el mismo contenido del diálogo, en nada parecido al del Señor con Nicodemo cuando le decía a éste que era preciso «nacer de nuevo». La referencia a esa vida nueva, vida divina en el hombre, apenas existe. Entonces, el diálogo no sirve para sembrar semillas de revelación, sino para multiplicar la maleza en que la semilla queda ahogada.

A mí no me consuela nada decir que se está preparando una época nueva para el futuro de la Iglesia, en que la luz va a brillar más potente que hasta aquí. No me consuela, *primero*, porque yo solamente tengo una vida, la que me toca vivir estos años; y como yo, mi diócesis, y los padres de familia, y los jóvenes, y los niños, y los sacerdotes y las comunidades religiosas de mi diócesis. *Segundo*, porque eso es jugar a la futurología, y no sabemos si se producirá o no esa nueva época. *Tercero*, porque los que se pierdan ahora, no me los van a salvar después. Y *cuarto*, porque dudo mucho que se produzca esa renovación, mientras sigamos por el camino que ahora vamos.

Como tampoco me afecta el que a algunos, a los que hablamos así, nos llamen profetas de calamidades. No somos profetas, sino notarios que damos fe de lo que vemos y palpamos. Ya en 1967, en la alocución inaugural, que dirigió Pablo VI al primer Sínodo de los Obispos, decía así:

«La solicitud por la fidelidad doctrinal, que en el comienzo del reciente Concilio fue tan solemnemente enunciada, debe guiar, por tanto, este nuestro período posconciliar, y con tanta mayor vigilancia por parte de quien en la Iglesia de Dios tiene, recibido de Cristo, el mandato de enseñar, de difundir su mensaje y de guardar el depósito de la fe. Y esto tanto más cuanto más numerosos y más graves son los peligros que hoy nos amenazan».

«Enormes peligros a causa de la irreligiosa orientación de la moderna mentalidad, y peligros insidiosos que, desde el interior mismo de la Iglesia, se pronuncian por obra de maestros y de escritores deseosos, sí, de dar a la doctrina católica una expresión nueva, pero a menudo más deseosos de adaptar el dogma de la fe al pensamiento y al lenguaje profano, que de atenerse a la norma del Magisterio Eclesiástico, dejando así libre curso a la opinión de que, olvidadas las exigencias de la ortodoxia, entre las verdades de la fe pueden escogerse las que, conforme al juicio de una instintiva preferencia personal, parecen admisibles, rechazando las demás, como si pudieran reivindicarse los derechos de la conciencia moral –libre y responsable de sus actos– frente a los derechos de la verdad, donde los primeros entre todos son los de la divina Revelación (cf. Gal 1, 6-9), y como si pudiera someterse a revisión el patrimonio doctrinal de la Iglesia para dar al cristianismo nuevas dimensiones ideológicas muy diferentes de las teológicas que la genuina tradición, con inmensa reverencia al pensamiento de Dios, delineó.»

«Como sabemos, la fe no es fruto de una interpretación arbitraria o puramente naturalista de la Palabra de Dios, como tampoco es la expresión religiosa nacida de la opinión colectiva, falta de una guía autorizada, de quien se dice creyente; y menos aún, de la aquiescencia a las corrientes filosóficas o sociológicas del transeúnte momento histórico.»

«La fe es la adhesión de todo nuestro ser espiritual al maravilloso y misericordioso mensaje de la salvación que se nos ha comunicado por las vías luminosas y secretas de la Revelación; ella no es sólo búsqueda, sino, ante todo, certeza; y más que fruto de nuestra investigación, es cierto don misterioso, que exige el que nos mostremos dóciles y preparados para aquel excelso diálogo que Dios instituye con nuestras almas atentas y llenas de confianza»².

Añadid a estas palabras las que, con el mismo tono y mucho más grave acentuación en su lamento, ha seguido pronunciando todos estos años; las últimas bien recientes, al condenar la actitud de Monseñor Lefebvre y sus seguidores; y la de quienes, en el campo contrario, atropellan la fe, la moral y la liturgia de la Iglesia con sus locuras de diverso signo.

Se intentan por todas partes «reformas» superficiales. Cambios de estilo, adaptaciones externas al pueblo cristiano y a los hombres que viven de una u otra manera fuera de la Iglesia, en la liturgia, en los métodos pastorales, en las estructuras eclesiológicas incluso. No pocos se quedan en ese terreno, dando lugar a discusiones legítimas o rencillas domésticas, entre conservadores y progresistas; lenguaje que apenas tiene sentido entre nosotros. Tal superficialidad, que se ha producido siempre, es ya grave. Pero mucho más grave aún es que, sin plantearlo expresamente, se atenta a los mismos fundamentos. Que, inconscientemente por lo común, se busca una «transformación» real. No un dejarse transformar por el Espíritu en todo lo no transformado, lo no vivificado por Él, que es el quehacer continuo de los hombres en la tierra; sino un cambio de forma, una animación de la Iglesia por el espíritu humano.

² PABLO VI, *Gratia vobis*, alocución pronunciada en la Basílica de San Pedro, el 29 de septiembre de 1967: *Insegnamenti di Paolo VI*, V, Città del Vaticano 1968, 456-457.

La vida se ejerce en la tierra por las virtudes morales. Ahora bien, la inmoralidad de las costumbres es tanto más grave, cuanto que no solamente crece incesantemente la oleada de perversidad moral, sino que las perversiones se justifican intelectualmente. En este aspecto podríamos decir que en casi todas las líneas el llamado progreso consiste en una regresión acelerada de veinte siglos. Rápidamente los cristianos practican, y no pocos moralistas canonizan doctrinalmente, los mismos horrores que los cristianos de los primeros siglos lograron «casi» eliminar con su doctrina, con su vida y con su muerte martirial.

El divorcio, la homosexualidad, la repugnancia a comunicar la vida, los anticonceptivos, el aborto, la fornicación, el culto del placer por el placer en el aspecto sexual... La «exclusión» de los mundanamente inútiles: el aborto, la eutanasia...

Y no entramos en un análisis de la crisis de la prudencia, de la justicia y de la fortaleza, porque exigiría demasiado tiempo. Pero habría que ser ciego para no ver que apenas encontramos quien tenga fortaleza para presentar el Evangelio íntegro; y que, si hay capacidad para enfrentarse con los poderes constituidos, no la hay para enfrentarse con el poder y con la fuerza del ambiente; y que realmente nadie es capaz de medirse con los poderes naturalmente superiores del círculo en que se mueven. Y que, si se habla de justicia social, se olvida en cambio completamente el respeto al prójimo, y se le juzga de continuo en contradicción formal con los preceptos evangélicos.

Asistimos a una canonización de los pecados capitales. Y a una perversión absoluta de las virtudes teologales.

La caridad se toma teóricamente en filantropía y prácticamente en la satisfacción egoísta de tendencias inferiores. Apenas se condena el egoísmo manifestado en la posesión de bienes económicos.

La esperanza se ha convertido en el deseo ilusionado de mejoras ultramundanas, apoyadas en el desarrollo de las potencias naturales del hombre.

La fe se vacía en su realidad de adhesión total, con ingrediente básico intelectual, al Padre, al Hijo encamado, al Espíritu Santo que actúa en la Iglesia jerárquicamente estructurada.

No puede negarse –pues ellos mismos lo afirman– que muchos católicos se sienten más cercanos a un ateo, con tal de que colabore en ciertas mejoras naturales.

Apenas queda algún dogma indiscutido: Trinidad, Encarnación, Iglesia, Gracia, Sacramentos..., en su misma esencia, o en sus consecuencias más inmediatas. La repulsa del Magisterio, repetida, expresa, pública, por parte de los mismos mandatarios para la enseñanza, es un hecho nuevo y gravísimo. No hace mucho –aunque en esta época los sucesos quedan muy pronto lejanos– un grupo de teólogos exigía de Pablo VI la retractación de su «Credo del Pueblo de Dios».

Nota específica de nuestros tiempos: la confusión. Dada la presencia inmediata del Magisterio es muy improbable que en la Iglesia se presente una herejía clara. Las verdades están definidas con suficiente claridad, y la autoridad lo bastante cercana para denunciar cualquier posible herejía imaginable. Pero

existen multitud de actitudes mentales heréticas, que se expresan en «criptoherejías», en formas oscuras que minan la fe, que engendran nuevas actitudes incompatibles con ella. Y que son de muy difícil discernimiento, o de discernimiento imposible, para la inmensa mayoría de los católicos, incluidos los mismos pastores que no hayan alcanzado un grado muy alto de formación teológica o una vida espiritual muy elevada.

Nadie puede negar que aumenta, desde hace años, el número de católicos que pierden la fe; que niegan la existencia de Dios, el dogma de la Trinidad, la divinidad de Cristo, la existencia de la Iglesia como institución, divina, la infalibilidad de la Iglesia misma y ante todo del Papa; las normas morales más elementales. Que admiten su integración en grupos declaradamente heréticos, o simplemente ateos.

Todo ello constituye una crisis absolutamente nueva, y de una peligrosidad mayor que cualquiera de las precedentes.

A) Raíces positivas

Las raíces inmediatas de la crisis son múltiples. Podríamos señalar entre ellas algunas positivas, pero mal asimiladas. Impulsos del Espíritu en el mundo, que han producido genuinos progresos parciales, no integrados por la humanidad a causa de la infidelidad al mismo Espíritu.

Así, los adelantos científicos, sea en biología, ciencias físicas, naturales, que dan lugar a descubrimientos de aplicación inmediata en medicina, etc. Cuando un avance parcial no es integrado por la fe que opera por la caridad, inmediatamente plantea una regresión dolorosa de la humanidad.

Igualmente, progresos parciales del pensamiento –muchas veces en conexión con los anteriores– ocasionan nuevas formas de pensar en filosofía, que no integradas en una visión universal cristiana vienen a constituirse en principios de un estilo mental anticristiano, y se descarrían muy pronto en la duda y llegan al error.

Los mismos progresos en las ciencias más inmediatamente humanas: psicología, sociología, economía, política.

Los hombres de la Iglesia no han tenido suficiente capacidad para asimilarlos. Se han producido una serie de yuxtaposiciones. El católico ha vivido, por una parte, su fe, en ciertas actuaciones privadas, religiosas, y, por otra, la actividad pública de su oficio, de trabajador, de ciudadano. A lo más ha tratado de saber cuál era la valla que no podía traspasar sin dejar de llamarse cristiano. Y ha llegado un momento en que ya muchos no admiten la legitimidad de valla alguna.

Lo mismo una muchedumbre de probables inspiraciones sobrenaturales, relacionadas con los grupos indicados, o independientes de ellos, que deberían conducir a la inteligencia más honda y extensa y a la práctica más perfecta de no pocas virtudes: la fe, la caridad, la obediencia, la justicia social, los Sacramentos, especialmente acaso los del matrimonio y el orden. No hacemos sino ejemplificar.

Ante tales movimientos, cuya procedencia última atribuimos de buen grado al Espíritu Santo como principio vivificador de la humanidad, creemos comprobables tres actitudes deficientes, cuya raíz última es evidentemente la soberbia humana, la postura radical del hombre de constituirse en principio frente a Dios; y que son la causa de la crisis que padecemos.

1ª La actitud ortodoxa inconsecuente. Se admite sin discusión todo el aspecto intelectual de la fe; se recibe de buena gana el Magisterio de la Iglesia; se intenta incluso practicarlo, pero hasta cierto punto. Y así, se prepara el ambiente para la negación de los primeros principios. Se permite al Espíritu que «informe» nuestro entendimiento en cuanto a las verdades de la fe; no se le permite que informe nuestros criterios prácticos y menos nuestras actuaciones. Y se canoniza la postura, con el pretexto de que «somos hombres» y no hay que caer en exageraciones. Quedamos efectivamente hombres, es decir, «humanos», camales, infantiles, pueriles. ¿Y cómo no va a entrar en crisis gravísimas una Iglesia cuyos miembros son en su inmensa mayoría, deliberadamente, niños? ¿Cómo lucharía las batallas de Dios una masa de niños? Podemos tomar cualquier recomendación del Evangelio, cualquier recomendación papal... ¿Cuántos cristianos han deseado sinceramente progresar más y más en la pobreza, en la carencia, acercándose al Señor que no tema dónde reposar la cabeza? ¿Cuántos cristianos trabajaron por ahondar intelectualmente y por llevar a la práctica las doctrinas de León XIII sobre las cuestiones sociales, o las del mismo Papa acerca de los estudios eclesiásticos? La mediocridad se erigió en norma para la masa cristiana –incluidos muchísimos pastores– que aceptaba la palabra del Pontífice.

2ª La actitud semiortodoxa de quienes discuten las decisiones del Magisterio, las directrices prácticas de los Papas mismos, pero, queriendo mantenerse en la Iglesia, originando el confucionismo más nocivo. Reclamando por sí mismos la autoridad de decisión en múltiples cuestiones. Es la actitud más ostensible hoy día, aunque no sea probablemente la más común.

3ª La actitud claramente heterodoxa. Hay quienes señalan la existencia de dos Iglesias, lo cual, aunque en la confusión actual pueda engañar a muchos, es claramente herético. No faltan quienes se inspiran en principios claramente ateos para muchas de sus decisiones públicas o privadas. Lo extraño es que muchos de ellos sigan afirmándose católicos.

B) Raíces históricas inmediatas

Si queremos entrar en las raíces inmediatas históricas, tendríamos que señalar:

1º La problemática que la crisis modernista dejó sin resolver. Es cierto que se resolvió doctrinalmente en su aspecto negativo. Se sabía de sobra lo que no podía aceptarse; pero, por las causas arriba señaladas, no se dio solución positiva a las ansias legítimas que produjeron aquella crisis. Ello no quiere decir que no hubiera positivo progreso; pero no el suficiente, ni con mucho, para que cualquier persona de buena voluntad, pero débil, quedara satisfecha. Las actitudes que Pío X notaba en el movimiento modernista continuaron vigentes en muchos católicos y, al crecer, han desembocado en la actual situación.

2º El desarrollo de las teorías y prácticas marxistas. Radicalmente ateo, con aciertos parciales en buena parte de sus actuaciones y en algunas de sus aportaciones positivas, el marxismo ha invadido la sociedad. Muchedumbres de católicos se han encontrado –por la puerilidad a que aludíamos– incapaces de discernir, de rechazar lo inadmisible, de asimilar lo asimilable. Muchos se han rendido desde el principio; otros se han ido dejando mentalizar inconscientemente; otros han intentado yuxtaponer elementos marxistas en la concepción y en la vida total cristiana. Pero una yuxtaposición es algo opuesto a una asimilación, y necesariamente enferma al sujeto, le desorganiza, le despersonaliza, le incapacita –salvo milagro– para recibir la gracia.

3º La llamada cultura moderna. No cultura real, pues la cultura es el cultivo de una personalidad humana y, en suma, de la sociedad humana. Pero una acumulación de ingredientes derivados de diversos y aun opuestos principios, no produce cultura alguna, sino, por el contrario, una desorganización de saberes, con frecuencia contradictorios, y siempre dispares, que destruyen la única personalidad posible. La llamada cultura llega a la masa –y en este sentido, casi todos somos masa– en una serie de eslóganes halagadores a las pasiones, a la autosuficiencia en primer término. La adultez del hombre; la afirmación continua de sus derechos; la promoción natural; la nocividad de la represión; la legitimidad del goce incontrolado por la fe y aun por la razón; el derecho de todos a opinar en todo; el olvido de la malicia humana original, pero con la reclamación de la irresponsabilidad del hombre siempre que le resulte útil. La importancia del hombre, su dignidad de tal, pero legitimando la eliminación de los hombres inútiles para los fines mundanos de la sociedad... Tales actitudes han entrado en la Iglesia. Ha entrado, según la célebre frase de Pablo VI, «el humo de Satanás».

Podríamos resumir diciendo que la causa de la crisis actual es, sencillamente, la autosuficiencia humana, no ya sólo como soberbia del individuo concreto, sino como soberbia del hombre como tal. El hombre se conoce como autosuficiente y como autofinalizado. Y, a lo más, Dios aparece como alguien a quien acudimos porque queremos, a quien buscamos nosotros, si nos place. Y eso es la esencia misma del pecado.

C) La superación de la crisis actual

No puedo detenerme a señalar los principios de solución de esta crisis, porque va a ser precisamente el objeto de las lecciones de toda la Semana. Pero sí, fiel a lo que me he propuesto en esta introducción, quiero afirmar una vez más que la crisis que ahora contemplamos solamente puede ser superada por una efusión de espiritualidad bien entendida.

Los documentos conciliares nos ofrecen riquísima doctrina acerca de la espiritualidad cristiana y, cuidadosamente acomodada, en su expresión y en sus consecuencias variables, a nuestra época. De manera que no podemos atribuir, ni al Concilio, ni al esfuerzo conciliar, la crisis en que nos debatimos. Desgraciadamente, esos tesoros de espiritualidad que el Concilio nos ofrece, apenas han sido aprovechados ni en el campo de la espiritualidad especulativa, ni en el de las realizaciones prácticas. Desgraciadamente, apenas ha sido aprovechada: poco en el campo de la espiritualidad especulativa; menos, probablemente, en las realizaciones. El Concilio se ha presentado generalmente

como pastoral, como un acervo de sugerencias o mandatos acerca de las prácticas pastorales, pero entendiendo la pastoral de un modo un tanto extraño. Pues es bien sabido que la pastoral no tiene más fin que colaborar con Cristo Pastor a que los hombres vivan la vida del Espíritu; ni tiene más origen que la vida espiritual, de los colaboradores, que permite actuar al mismo Espíritu sin prodigar milagros. Y todo esto ha quedado bien patente en los comentarios que ha hecho Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*.

Pienso que la **espiritualidad del Vaticano II** podría sintetizarse en dos palabras: *radicalidad* y *totalidad*.

Radicalidad en cuanto que recurre de continuo a las raíces de la vida cristiana: el misterio de la Trinidad. La acción de las Personas divinas. Toda actividad que pretenda seguir la línea del Concilio ha de ser actividad consciente de la presencia operante del Espíritu Santo. De la presencia de Cristo, como Hijo del Padre y Donador del Espíritu. Y, por lo mismo, la espiritualidad conciliar es ostensiblemente cristológica y eclesial. Y, consecuentemente, sacramental, litúrgica. Radical, precisamente porque incita al hombre a vivir partiendo de su núcleo personal, a vivir consciente y voluntariamente esa vida divina. A acoger con plena conciencia la acción del Espíritu en él.

Jamás ningún Concilio ha insistido tanto como el Vaticano II en todos estos puntos. Jamás ninguno se ha detenido a estudiar, a contemplar, el misterio de la Iglesia como el lugar donde actúa el Espíritu de Cristo y del Padre; ni ha pormenorizado tan expresamente en la función de cada miembro de la Iglesia como colaborador consciente del Espíritu para constituirse –de formas diversas– en fuente de santificación.

Totalidad: sólo este Concilio nos ha presentado la enseñanza de la Iglesia acerca de la llamada a la santidad de cada uno. Llamada a la vida espiritual perfecta, total. Llamada a la cumbre de la caridad que informe todos los actos humanos. Solamente él nos ha enseñado que *todos* los miembros de la Iglesia están llamados a esta santidad. Nos ha recalcado que éste es el fin de la Iglesia misma: ser fuente de santidad para todos sus miembros.

Y nos ha reiterado de mil maneras que *toda* actividad del hombre en el mundo debe realizarse en este impulso de tendencia a la santidad plena. Se ha detenido a examinar las diversas funciones posibles, las diversas situaciones humanas, las diferentes clases de actividades, las distintas y aun opuestas actitudes del hombre actual frente a Dios.

Precisamente porque la crisis actual, como fruto de sus raíces buenas y malas, es universal y se siente como tal, el Concilio ha ido a las raíces mismas de lo universal: la Trinidad Santa, la Encarnación, la Iglesia.

Una vez más, frente a la crisis, pero con más hondura y extensión que nunca, como la categoría de la situación lo reclamaba, la Iglesia se ha concentrado en sí misma, ha tratado de contemplar el misterio que es ella misma, y ha llegado a múltiples pormenores que deberían asegurar la santificación de sus miembros y, en consecuencia, su capacidad apostólica en su contacto continuo con el mundo no católico.

Una vez más –y esto ya no puede decirse en pasado, puesto que se trata de los hombres que todavía vivimos en la tierra– son los Santos quienes han de salvar la crisis.

Puesto que las desviaciones son más en número que nunca; puesto que los elementos por integrar son igualmente muchos más que en cualquier otra ocasión, la crisis sólo puede salvarse por una incorporación más consciente, más voluntaria, más gustosa, a Cristo, en su Espíritu. Y eso sólo puede realizarse en una integración más total dentro de la Iglesia jerárquica: en una actitud personal para recibir la comunicación del Espíritu, siempre en conexión con la Jerarquía que Él mismo ha establecido para que rija, enseñe y santifique a todos los miembros.

Totalidad de actividades significa, además, totalidad de virtudes. No basta para ser cristiano llevar hasta el extremo una virtud que el Evangelio recomienda: la religiosidad, la castidad, la justicia. Es necesario plantearlas todas, con la viva esperanza de alcanzarlas. Una castidad que no está inspirada por el Espíritu acogido expresamente en todas sus inspiraciones, no es una castidad cristiana. Y lo mismo digamos de la religiosidad, o de una justicia social, aunque revistan formas externas cristianas o se justifiquen con frases evangélicas. Las virtudes crecen todas juntas, como operación de la caridad, de la raíz de la fe, alentadas por la esperanza. Y las virtudes teologales nos unen inmediatamente con las Personas divinas, y cuando han llegado a estar perfeccionadas en su ejercicio por los dones del Espíritu, constituyen al cristiano espiritual, al cristiano adulto, único capaz de producir fruto considerable en la Iglesia; de ejercer actividad cristiana en el mundo. Es el hombre que, con toda su personalidad, desde el entendimiento hasta las zonas instintivas, se adhiere a Cristo; es el que proclama, en madurez fecunda, su creencia en el Padre, en Jesucristo y en el Espíritu Santo que actúa en la Iglesia.

REFLEXIÓN FINAL

Me queda algo que decir, y en cierto modo es lo más doloroso. Estoy hablando, en toda mi ponencia, de que la espiritualidad es la que puede salvarnos de los desvaríos de la crisis actual. Y me doy cuenta de que mi lenguaje para muchos es ininteligible. Porque ya no sabemos lo que es espiritualidad. Se ha despojado a esta palabra de su rico y exacto contenido, y piensan que lo que defendemos es el pietismo, la religiosidad del rezo incontrolado, la evasión egoísta de los problemas de este mundo para refugiarnos en un islote adonde solamente llega la brisa suave de las mañanas tranquilas y los atardeceres serenos. ¡Qué trágico error!

Espiritualidad es la cualidad del hombre espiritual, que llega a ser espiritual porque es dócil a la acción del Espíritu Santo, tal como se manifiesta en su Iglesia, a través del *triple munus* de la Jerarquía, y en el ejemplo vivo que nos dan los Santos. ¿Qué otra fuerza puede haber mayor que ésta, más exigente, más capaz de transformarlo todo? **Ven, Espíritu Santo, y renovarás la faz de la tierra**, decimos en la liturgia.

Se trata de que el Espíritu Santo, con sus dones y sus luces, esté presente en todos los esfuerzos que se hagan para la renovación. Todos nos santificamos

identificados con la Iglesia en los trabajos por el ecumenismo, la promoción de la justicia social, la defensa de la dignidad humana, el diálogo con la cultura y el mundo moderno.

Pero no podemos identificarnos con un ecumenismo que sacrifica la verdad; con una justicia social que se proclama con odio o con talante materialista; con una catequesis de la dignidad humana que no se atreve a hablar de la dignidad de los hijos de Dios y templos del Espíritu Santo; con una educación de la fe que deja en penumbra las realidades sobrenaturales; con un diálogo con el mundo moderno nutrido de condescendencias perniciosas y destructoras; con un concepto de la virtud y del pecado opuesto al Evangelio, a la doctrina de los Apóstoles y a la tradición constante en la Iglesia. Cuando se da esto, es cuando decimos que falta la espiritualidad, porque no hay docilidad a la acción del Espíritu Santo. Y así, a la larga, todos los esfuerzos apostólicos fracasan y nos dejan llenos de amargura. La evangelización no puede tener éxito cuando se evangeliza así.

Es curioso, a este respecto, lo que dejó escrito en sus memorias don Manuel Azaña. Narra él, con su magnífico estilo literario, la visita que le hace en Valencia, durante la guerra, buscando protección y auxilio, el P. Isidoro, un agustino de El Escorial que había sido profesor suyo y a quien él estimaba. Reproduce el diálogo que sostuvieron, hace comentarios y, al final, añade: «La religión no se defiende tomando las armas ni excitando a los demás a que las empuñen. La religión la han propagado los mártires, los confesores, los misioneros, pero no los guerrilleros, muy poco los teólogos y nada los sociólogos, por cristianos que sean»³.

Cuando el autor escribía estas palabras hubo en España muchos mártires y confesores de su fe. También combatientes en los campos de batalla, a los que fueron arrastrados por una acumulación de circunstancias muy complejas y durante mucho tiempo incubadas. Nadie desea que vuelvan a producirse esos martirios ni esos combates.

Pero ¿cómo lograr que no aumente ahora el número de los indiferentes, de los fabricantes de una moral según la marca de cada casa, de los manipuladores de la vida y de la figura de Jesús, el Salvador? ¿Cómo asegurar la transmisión del Evangelio con fidelidad al mandato del Señor?

Yo no veo otro camino que éste: el de que aparezca de nuevo una espiritualidad profunda, reclamada por el Concilio Vaticano II y señalada esplendorosamente como motor de toda evangelización por el Papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*.

Esto es lo que pedimos, nada más que esto. Para que la familia cristiana no se nos caiga, hecha pedazos, zarandeada por el sexualismo y la falta de amor; para que los jóvenes sean capaces de vivir el Sacramento de la Confirmación, como testigos amados del Cristo que tanto les ama; para que los sacerdotes, en nuestra predicación, despertemos en los hombres la conciencia de su condición de hijos de Dios; para que en nuestra vida entera cantemos sin palabras los himnos de la alegría por ser sacerdotes, del celo por la gloria de Dios, del amor humilde a nuestra Esposa la Iglesia, a la que hemos sacrificado todo; para que

³ *Cuadernos de la Pobleña*, en *Obras completas*, tomo IV, Méjico 1956, 767.

las comunidades religiosas no se conviertan en agregaciones de miembros yuxtapuestos, que confunden los signos de los tiempos con sus egoísmos y frivolidades; para que el amor al mundo no equivalga a mundanización; en una palabra, para que no haya tantos cansancios amargos y tantas frustraciones a pesar de tantas generosidades iniciales.

Nuestra época está profundamente necesitada de Seminarios, Noviciados, Grupos y Parroquias que se lancen de una vez con toda confianza y alegría a este género de vida espiritual a que me he referido, de la que brotarán después, o a la vez, las acciones evangelizadoras oportunas que nuestro tiempo reclama.

Y así sucederá, no lo dudéis. No pueden caer en el vacío tantos sufrimientos soportados con la más evangélica paciencia; tantos esfuerzos de innumerables sacerdotes y religiosos que siguen en la brecha en medio de tantas angustias; tantas religiosas consagradas al amor más puro y al sacrificio más generoso, aunque hagan lo contrario otras hermanas suyas; tantas familias cristianas que desean por encima de todo que no se pierda la fe de sus hijos.

Pertenece a una generación, o a varias, en que hemos podido ver maravillosos aspectos de la vida de la Iglesia, que en su inicio y en gran parte de su desarrollo, no obstante las desviaciones que a veces se han dado, son testimonio elocuente de cómo la fidelidad al Espíritu puede romper muros y abrir caminos antes inaccesibles. *Yo no reniego de la Iglesia de mi tiempo*, la que he conocido desde mis años de Seminario y de mi juventud sacerdotal; la de las Encíclicas misionales y sobre la A. C., del gran Pío XI; la de los Congresos Eucarísticos, y los brazos extendidos al mundo, y los discursos de Pío XII; la de los mártires de la guerra de España, que cantó Paul Claudel; la de los sacerdotes obreros de Francia, y las Cartas Pastorales del Cardenal Suhard; la de los Seminarios y Noviciados llenos, hirviendo de entusiasmo; la de las Ordenes y Congregaciones Religiosas españolas que aún hoy tienen más de 15.000 miembros en América Hispana; la de la A. C. que tantos millares de hombres y mujeres supo formar en la escuela del Evangelio; la de las Misiones Populares y concentraciones piadosas, que movían la voluntad para el bien y ayudaban a luchar contra el pecado y a encontrar el consuelo que Dios brinda a los que le aman; la de la devoción extendidísima al Corazón de Jesús, tan ardientemente promovida por los jesuitas y por tantos celosos sacerdotes en sus parroquias; la de las Casas de Ejercicios Espirituales en casi todas las Diócesis, y los Cursillos de Cristiandad; la de los Patronatos benéficos y de obras de caridad social que tantos dramas aliviaron; la de los movimientos de espiritualidad bíblica, litúrgica, seglar, pastoral, eclesial, en que innumerables escritores y apóstoles descubrieron a las almas, ávidas de la belleza de Cristo y de la Iglesia, nuevos caminos para acercarse a Dios y recibir el influjo del Espíritu; la de la piedad mañana, de tantas madres de familia, y de tantos Congregantes e Hijas de María, capaz de sostener sus virtudes, para ofrecer así sus obsequios silenciosos a la Madre de Dios...

Al evocar a esa Iglesia no lo hago por añoranza nostálgica, sino por convicción profundísima de que nada de eso, absolutamente nada, tenía que haber desaparecido, porque ni el Concilio, ni los Sínodos posteriores, ni el Papa, que tiene el deber de interpretar el Concilio y lo hace, querían que desapareciera.

Por el contrario, lo que han hecho es dar nuevos argumentos más profundos y coherentes con un concepto de la Iglesia y de la fe, para que todo eso siguiera existiendo, perfeccionado y enriquecido con las nuevas aportaciones del Concilio. Si todo eso existió, es porque hubo espiritualidad, que dio origen a tan hermoso y fecundo despliegue de vida religiosa, la cual, a su vez, servía para alimentar la misma espiritualidad que la creaba.

Como no reniego tampoco de la Iglesia posconciliar, de los Consejos Presbiterales y Pastorales, de las pequeñas comunidades bien entendidas, del cristianismo de encarnación y compromiso, de la simplificación de estructuras para hacerlas más operantes y evangélicas, de la preocupación social en favor del tercer mundo y de todos los terceros mundos que existen dentro de cada país y de cada pueblo; la Iglesia de Pablo VI, en fin, la de la *Populorum progressio*, y la del Año de la Fe; la de los contactos con todos los países de la tierra y todos los sistemas políticos para salvar lo salvable; la de la movilidad para reunirse y comunicarse las ricas experiencias apostólicas que nos ilustran sobre cómo trabajar para una mayor fecundidad en la transmisión de la fe.

Lo que me aflige y me produce enorme desazón es ver cómo todo esto se hace a veces con criterios y estilos puramente humanos, sociológicos, descriptivos, relativistas, críticos; sin un adarme de humildad, de amor, de entrega a la oración; sin un examen de conciencia serio o, lo que es peor, convertida la conciencia subjetiva y deformada en norma única de nuestras acciones; manipulada la liturgia para que sirva de solaz y de recreo en lugar de la misión que tiene de adoración, culto, expresión y pedagogía de la fe; menospreciados los sacramentos y el sentido del Sacrificio de la Misa, cuando nunca mejor que ahora podíamos apreciar toda su riqueza; relegada al olvido y casi injuriada toda la ascética de la cruz, de la mortificación y del dominio de las pasiones desordenadas.

Todo esto y mucho más es lo que tenemos que restaurar para que la renovación conciliar dé los frutos que anhelamos.

«Quien con atención y paciencia –escribe Daniel Rops⁴– examina la admirable historia de la Iglesia, se ve deslumbrado por una evidencia, poseído por una idea sólida, alrededor de la cual se ordena todo. Y si fuera preciso resumir en una frase la gran lección que se desprende de tantos acontecimientos, tantas vidas y tantos mensajes, la fórmula sería precisamente ésta: **La historia de la Iglesia es la historia de los Santos...** En efecto, todo se reduce a esto, en definitiva. La historia de la Iglesia no es más que la historia de la santidad, y los personajes que verdaderamente la determinan no son los que, por más que ocupen lugares de honor, se presentan en la primera fila del escenario, sino quienes con toda humildad, a veces secretamente, intentan con sus recursos humanos conseguir un inefable parecido. Estos son los auténticos héroes de que hablaba Carlyle...»

«Presencia de los Santos: he aquí un hecho de tal importancia, que no comprende nada de la historia del cristianismo quien los ignora o menosprecia. Cuando están ausentes –y en verdad nunca lo están del todo– o por lo menos cuando su número se reduce, se diría que en la Iglesia se produce una suerte de debilitamiento: así ocurre entre los años 1350 y 1450, en los que la

⁴ *A orillas de la plegaria*, Barcelona 1956, 65-69.

Cristiandad se desarticula y el antiguo ideal se ve amenazado por todas partes. Pero en cuanto nuevas cohortes de Santos aparecen en escena, la tensión se recupera, se reconquista la vitalidad. Con San Felipe Neri, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola nace el impulso que moverá a toda la Iglesia hacia la pequeña villa de Trento, donde volverá a ser fiel a sí misma. Y cuando el Concilio haya terminado su tarea, serán los Santos los que infundan su espíritu a la sangre y a la médula del catolicismo. San Carlos Borromeo o San Francisco de Sales, o aquel gran Papa San Pío V, cuya importancia tan acertadamente ha señalado el Cardenal Grente».

«¿Siguen los Santos desempeñando el mismo papel entre nosotros? En este mundo moderno, que desde el siglo XVI se ha ido desenraizando poco a poco de las fértiles tierras de la fe, ¿siguen los heraldos de la Palabra investidos de su misteriosa función? Sí. Pero ¿los comprende la humanidad? Aquí reside la entraña del problema. Siempre hay Santos entre nosotros, pero ¿asumen todavía su misión de guías, la que les caracterizaba en los días en que la humanidad de Occidente vivía realmente en Cristo...?»

«Hacer de los Santos nuestros guías, o abandonarlos como precio de rescate a los monstruos: he aquí el dilema, he aquí nuestra verdadera elección.»

«VEN, ESPÍRITU SANTO»

Lección inaugural de la VI Semana de Teología Espiritual, pronunciada en la Catedral de Toledo, el 30 de junio de 1980. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, julio-agosto 1980, y en el volumen *Vivir en el Espíritu*, Centro de Estudios de Teología Espiritual, Madrid 1981, 15-25.

Vivir en el Espíritu es el tema general de la Semana que hoy comenzamos. Dios se ha hecho hombre; ha muerto en cruz, ha resucitado, ha ascendido al cielo y desde allí ha vuelto de una manera diferente, bajo forma de Espíritu y Vida. Cristo, glorificado ya, viene a habitar en los hombres por su Espíritu Santo: el Cristo en nosotros. Ha penetrado de nuevo en el mundo, está de nuevo en los hombres, en la raíz de todo acontecer, en el corazón de cada creyente y de la comunidad de los creyentes, la Iglesia, a la que confiere forma, vida, orientación y unidad.

En el momento en que Cristo abandona su forma histórica, se manifiesta en el Espíritu Santo. Los hombres pasan a ser su Cuerpo, El es espíritu, su principio de vida sobrenatural. Dios se ha hecho hombre para que el hombre viviera de su vida. El primer domingo de Adviento, la Iglesia pide al Señor que le muestre el camino. Se deja llevar de la mano amorosa de Dios Padre y va recorriendo los misterios de su revelación, tal como se presentan a través de las solemnidades del año litúrgico. Pentecostés es el punto final: la comunicación de la vida divina de Cristo a sus redimidos, el hombre nuevo.

I. «ENVÍA, SEÑOR, TU ESPÍRITU»

Pensar en Dios como algo irreal y lejano es dañoso. Afirmar de Dios simplemente que es infinito y todopoderoso, produce frialdad. Creer en El y dejarle reducido a un puro dogma es concepto rígido que no penetra en la vida. Dios es para el hombre el que Él mismo revela: *el Viviente*, el que entra en la existencia humana, lo invade todo, desata esclavitudes, apoya, ensancha. Dios ha venido a nosotros como *el Consolador* que nos acoge, enseña, penetra y transforma. ¿Hemos pensado seriamente sobre lo que significa que Cristo nos revele al Espíritu Santo como el Consolador? En la Sagrada Escritura se nos dicen expresiones maravillosas de amor y consuelo: os quiero consolar como una madre consuela a su hijo único. No se turbe vuestro corazón.

El Consolador vendrá a vosotros; vuestro corazón se bañará en gozo y nadie os quitará vuestro gozo. El que experimenta consuelo siente dentro de sí lo vivo y lo palpitante; recobra las fuerzas y siente nuevas energías. El consuelo no puede consistir en exhortaciones, ni en razonamientos que dejan el alma fría. El consuelo trae una intimidad que tonifica y promueve nuevas realidades. Sentirse consolado es en el fondo sentirse amado y sentirse mirado atenta y respetuosamente, con amor. Quien ama sabe aclarar, estimular, reforzar. El amor que consuela, ablanda lo que está endurecido, ilumina lo que está confuso, calma lo que está inquieto, da calor donde hay frío. La mirada que consuela,

protege, anima, muestra las posibilidades y el camino para convertirlas en realidad. Cristo nos ha enviado no el consuelo, sino *el Consolador*, su santa intimidad, para que nos hagamos hombres nuevos.

La liturgia de la Iglesia nos ofrece en la Secuencia del día de Pentecostés una oración que no contiene ninguna idea extraordinaria, pero sí es la expresión profunda de las necesidades del hombre, y del Consolador que Dios ha enviado al hombre para confortarle. Es una oración íntima y serena en la que el corazón humano, cargado con las limitaciones diarias, acude al que es Amor, Vigor y Luz:

*Ven, Espíritu Santo.
Ven, Padre de los pobres.
Sana lo enfermo,
riega lo árido,
lava lo manchado,
conduce al que se extravía,
doblega lo que está rígido,
funde lo que está helado.*

Abarca la vida cotidiana con todo su peso, estrépito y angustia. Es una oración que se pronuncia con todo el ser, y en la que uno siente que Dios es el amor comprensivo y compasivo, que al darse a sí mismo sacia la insatisfacción del hombre. Es

*alivio en medio de los trabajos,
luz en la oscuridad,
consuelo en el dolor,
plenitud que no puede ser ahogada por ningún hastío inacabable.*

Esta súplica al Espíritu, dirigida precisamente a obtener el Espíritu, es la respuesta a todos los materialismos de nuestra época. Son ellos los que hacen nacer tantas formas de «insaciabilidad del corazón humano»¹. El Espíritu es el único que puede hacer desaparecer la rigidez, el odio, la crueldad, la frialdad, la apatía; es trasponer a Cristo en la propia vida, insertarlo en las acciones cotidianas, en las relaciones con el prójimo. Tiene que venir a cada ser humano el Espíritu liberador para hacer saltar las cadenas que le esclavizan. De Dios viene la libertad, podemos ser libres sólo porque Él es libre y nos ha hecho a imagen y semejanza suya para la libertad.

Por la fuerza del Espíritu, Cristo *estará siempre con nosotros hasta la consumación del mundo* (Mt 28, 20). Es la proximidad sagrada que viene para vivir en nosotros, para enseñarnos a orar, a pronunciar el nombre de Jesús, confesarle como Camino, Verdad y Vida, y vivir de Él.

El Espíritu Santo produce la fe. Y esta palabra «fe» se aplica a una realidad única y singular: la actitud con respecto a Jesucristo, al Dios hecho hombre. *El Espíritu Santo os lo enseñará todo. El Espíritu de verdad dará testimonio de mí y vosotros daréis testimonio también* (Jn 14, 26; 15, 26-27). Él introduce en toda la verdad de Cristo. Nos asombramos al leer en el Evangelio, una y otra vez, que los discípulos no comprenden a Jesús. Están con Él durante su vida pública, escuchan sus enseñanzas, le hacen preguntas. Ven su actitud con los hombres:

¹ *Redemptor Hominis*, 18.

sanos, enfermos, ricos, pobres, pecadores, judíos, romanos, niños, mujeres. Están inmersos en el ambiente que rodea a Jesús. Parece que tendrían que saber quién es y lo que quiere. Pero no es así. Tiene que venir el Espíritu Santo, luz de los corazones, huésped del alma, para producir la fe.

Pensemos en la actitud de Pedro antes y después de Pentecostés. Su actitud con respecto a Jesús ha quedado radicalmente transformada. Ya no pregunta, ni niega, ni abandona, ni busca. Es creyente y predicador: es cristiano. Cree en Cristo, y ha orientado su vida en tomo a sus enseñanzas, se ha situado en una nueva existencia: *ha renacido*, el Espíritu ha venido sobre él (cf. Jn 3, 3-8). *Este Jesús es a quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos. Elevado, pues, al cielo, a la diestra de Dios, y habiendo recibido de su Padre la promesa de enviar al Espíritu Santo, le ha derramado del modo que estáis viendo y oyendo* (Act 2, 32-33), proclama valientemente Pedro ante toda una turba excitada. Abrazar la fe no consiste en contemplar a Jesús, reflexionar sobre Él, comprender que en Él está la Verdad. Es el alborear de una nueva vida: *mi vivir es Cristo* (Fil 1, 21). El acto de esta vida es la fe. Y ésta es la gran súplica de la Iglesia: *Ven, Espíritu Santo*, para que podamos ir a Cristo, encontramos con Él y vivir de Él. «La Iglesia de nuestro tiempo –dice el Papa en su citada Encíclica– parece repetir con fervor cada vez mayor y santa insistencia: *Ven, Espíritu Santo. Riega la tierra en sequía Sana el corazón enfermo. Lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo. Doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero*»².

II. «Y RENOVARÁS LA FAZ DE LA TIERRA»

Pentecostés es la fiesta genuina de la vida y del amor. *Porque yo vivo, vosotros viviréis. Entonces conoceréis que Yo estoy en mi Padre, que vosotros estáis en Mí, y Yo en vosotros... Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Jn 14, 19-20 y 23). Los ritos del Bautismo y Confirmación simbolizan hermosamente esta comunicación de vida y de amor. Espíritu es fuerza vital, agua que limpia y fecundiza, amor. Ha venido para que los hombres tengan vida y la tengan abundantemente. Dios habita en nosotros por Él, y su amor es consumado en nosotros.

El acto sincero de petición del Espíritu es consecuencia ya de este amor en nosotros; es un acto bienhechor que renueva el corazón, aclara la mirada y vigoriza el carácter. Quien conoce y sabe es porque su espíritu se pone a la Luz, y en torno a él se hace la claridad. Su corazón recibe la irradiación divina, capta la verdad y ve a la luz del amor. Lo noble y lo bueno que hay en la vida sólo lo ve quien tiene luz en el corazón. Para ver las cosas bellas y captar su poder de revelación no basta la mirada aguda y la observación crítica, tiene que existir la luz del amor. Por eso el Espíritu Santo es invocado como la **luz de los corazones**, que llena lo más íntimo del ser humano.

El Señor ha otorgado su Espíritu a la Iglesia, y ésta, por sus santos misterios, lo transmite a sus hijos y a través de ellos se difunde por todo el mundo. No se

² *Redemptor Hominis*, 18.

renovará el mundo por grandes y brillantes acciones. Lo que tiene que ocurrir no es nada ruidoso, nada que produzca sensación. Son acciones sencillas, como las que se realizan a cada momento, pero que lo transforman todo y son el fermento de la renovación que constantemente tiene que oxigenar el mundo. El verdadero bien no se consigue con revoluciones espectaculares, no se organiza con estadísticas y cálculos, ni se echa como una carga que tienen que soportar los demás. El bien tiene que tener su origen en el corazón y el espíritu de aquél que se pone a la disposición de Dios. La injusticia, el orgullo, la codicia, la pereza, la envidia, son los impedimentos. El bien es sencillo, respetuoso, comprensivo; Permanece firme en la responsabilidad, a pesar de dificultades y daños. Cuanto más profundo es, más sencillo se vuelve. Es como el pan cotidiano del que se nutre la vida. El verdadero sentido del bien es que el Dios vivo se haga evidente en la realidad de una vida humana. Y esto no lo tenemos que esperar de «los santos» como algo extraordinario, es nuestra propia tarea. Nuestras acciones se realizan en el mundo, pero nos tenemos que saber obligados por el querer de Aquél que ha creado este mundo, estando Él mismo por encima de todo el mundo. En medio de nuestra vida enredada en tantos intereses, egoísmos y mentiras, tenemos que obtener distancia respecto a él. No en el sentido de que cerremos los ojos a su realidad y llevemos una vida artificial. Las posibilidades realmente salvadoras, como está repitiendo constantemente el Papa, residen en la conciencia del hombre que está ligado con Dios de modo vivo. Primacía de lo espiritual sobre lo material, de la persona sobre las cosas, de la ética sobre la técnica, de la conciencia sobre la ciencia. Este es el resumen del reciente discurso del Papa en la UNESCO³.

Renovarás la faz de la tierra. ¿Pero qué tipo de renovación esperamos? Es la misma siempre en toda la historia: la del corazón y el espíritu humano. No hay renovación de otra manera. Nosotros mismos somos la tierra de esa renovación. En el mundo no hay justicia si el hombre no hace obras justas; no hay comprensión si el hombre no la da; no hay respeto si el hombre no respeta; no hay alegría si el hombre no la infunde. Se renueva la faz de la tierra con la mística de lo diario. No busquemos otro precio. Sólo a partir de esto se hace posible lo grandioso humano: la entrega al servicio de los demás, la ciencia al servicio de la libertad, las familias como células vivas de la sociedad, los profesionales honrados, las grandes obras de la cultura. Todo espera como con dolores de parto la gloria de su redención. Gloria que se va haciendo en cada ser humano y a través de cada ser humano. Es seguro, que cada uno de nosotros tenemos nuestra tarea; lo importante es el modo de realizarla. A través de ella seremos la luz y la sal del mundo.

El mal está en que las cosas no cumplan su doble misión de glorificar al Señor y servir al hombre. Vaciadas de su referencia al Creador se convierte todo en ídolo y en tiranía que esclaviza. Someter la tierra es conocerla y servirse de ella, pero más hondamente es cumplir la voluntad del Señor de todo cuanto existe. Ha puesto Dios el mundo en nuestras manos para que nos sirva y completemos su obra. *Y vio Dios que todo era bueno* (Gn 1, 10). Creado el hombre a imagen y semejanza de Dios, tiene que asumir la responsabilidad que le ha confiado. El cristiano tiene que vivir persuadido de que la historia es el tiempo de Cristo, el

³ *Discurso sobre el hombre, la cultura y la ciencia a la luz del mensaje de Cristo*, 2 de junio de 1980. Véase JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a Francia*, BAC popular 28, Madrid 1980, 139-160.

tiempo en el que realiza su salvación. La Iglesia tiene como misión la tarea de consumir la obra del Hijo del hombre. *Así como Tú me has enviado al mundo, así Yo los he enviado a ellos también al mundo* (Jn 17, 18). Hay, en realidad, un único problema. Todas las cosas están hechas para conducirnos a Dios. Y *vio Dios que era bueno*, nos dice el Génesis después de cada fragmento, en el que nos narra la creación. De hecho, la mayor parte de las cosas nos apartan de Él. Toda la cuestión está ahí, en que las cosas que nos apartan de Dios se conviertan en medios para conducirnos a Él. La vida espiritual consiste en eso. Nuestro itinerario va del momento en que las cosas son obstáculo hasta que se convierten en medios. Las actividades temporales son la materia misma de la vida espiritual que nos tienen que llevar a Dios. El deber de trabajar por mantener la presencia del Espíritu Santo en medio del mundo que se construye, es la tarea esencial de los cristianos. Creo que hoy podemos incluso decir, con conocimiento de causa, que la ciencia separada de la conciencia cristiana es un don mortal. La amenaza que oprime al mundo de hoy es el tener instrumentos que, en lugar de emplearse para la verdadera liberación del hombre, se emplean para su destrucción.

La victoria de Cristo sobre la muerte no es sólo una realidad futura. *He aquí que yo hago nuevas todas las cosas* (Ap 21, 5). Y esto es así porque el hombre se torna otro gracias al Espíritu de Cristo, que en él actúa. Tiene que hacer las mismas cosas de antes: sigue siendo el mismo obrero, el mismo empleado, el mismo padre de familia numerosa, la misma mujer agobiada por las cargas diarias... El quehacer y la dificultad cotidiana no han cambiado. La enfermedad es tan dolorosa, el trabajo tan duro, la muerte del ser querido tan desgarradora. Pero por el mismo Espíritu se opera una transformación imposible de expresar con palabras, aunque sí que lo manifiesta, y de manera admirable, la enfermedad soportada pacientemente, la enemistad vencida, la ofensa perdonada, la renuncia generosa, la fidelidad que resiste y lucha, el corazón animoso a pesar de todas las dificultades, la valentía en la defensa de la verdad.

Y de todo esto, de todas estas acciones que van brotando del corazón de la humanidad cristiana, como el agua de la fuente, hay pruebas abundantísimas en el mundo. La historia, la que no se escribe, está llena de estas páginas. Es la acción del Espíritu Santo que se ha realizado y se sigue realizando en tantas almas. Es triste que cuando se hace la historia de la Iglesia, lo único que suele recogerse son ciertos acontecimientos de relieve, referencias a personajes célebres, fechas y datos que conviene conservar. Sin embargo, lo principal de la Iglesia está ahí, en esos círculos concéntricos del trabajo seguido con amor, la enemistad vencida, la ofensa perdonada, el sacrificio dulcemente soportado... ¡Este es el Cristo de la Cruz que está triunfando sobre la muerte! ¡Es su Espíritu que se hace sentir sobre su Iglesia! ¡Ven, Espíritu Santo!

Nadie toma tan en serio la vida real como un santo. Ellos muestran claramente *cómo se hacen nuevas todas las cosas*. El hombre que todo lo sacrifica por el amor de Dios, que a todos ama, que a todo se atreve impulsado por su fe en Cristo, que es capaz de dominar por la sola fuerza de la verdad de su vida, es el mejor correctivo para la sociedad y el promotor del mejor progreso. Estos hombres tienen un poder, no el de la violencia que obliga, sino el del testimonio que llama y que sirve de juicio a la propia conducta. Es un poder que ilumina y que crea en el hombre esa firmeza que se llama **fidelidad**. Y estos hombres

realmente *fieles* renuevan la tierra que habitan, porque aquí ya empiezan a experimentar el reino de Dios; poseen la tierra, son consolados, saben de la plenitud, alcanzan la misericordia, gozan a Dios y se sienten hijos y herederos de una herencia que los ladrones no roban, ni devora el tiempo con su paso.

III. «CONFIAD, YO HE VENCIDO AL MUNDO»

Espíritu de verdad, de luz, de amor, ¿dónde está en nuestro mundo? El poder del Espíritu Santo no es como lo terreno. Es el gran invisible y el gran silencioso en la historia de la humanidad. Entre las violencias y astucias de la tierra, parece débil e irreal; pueden hacer de Él lo que quieran, hasta expulsarle de la vida. Basta una pequeñez, una ambición codiciosa para tapar la verdad. ¡Y hoy existen tantas técnicas para este ocultamiento de la verdad! El hombre más necio puede atacarla. El error, la astucia, la reticencia, se muestran más fuertes que la conducta clara. La frialdad, el odio, la enemistad, la infidelidad parecen los lazos que vinculan a los hombres.

San Pablo es el gran profeta de la acción del Espíritu en el hombre. Sus palabras surgen de su profunda experiencia: el hombre nuevo en su lucha con el viejo; el misterioso crecer y devenir, *libertado de la esclavitud de la corrupción, hacia la libertad de los hijos de Dios* (Rm 8, 21). A lo largo de la historia, de la historia posterior a la venida de Cristo por medio de su Espíritu, ¡cuánto desperdicio de fuerzas humanas, cuánta arbitrariedad en cualquier tipo de poder, cuánta destrucción y crueldad, cuántas locuras de grandeza! Todo esto forma parte del hombre viejo. Este sombrío conjunto de mentiras, opresión y confusión es el mundo del que habla San Juan en el capítulo segundo de su primera epístola: *Las tinieblas del mundo*, fruto de la concupiscencia y de la soberbia. No es este el mundo que fue creado con tanta sabiduría y amor, y que por eso espera con gemidos la plenitud de la redención (Rm 8, 23).

Los reproches de que el cristiano desprecia la tierra son tan falsos como antiguos. Nadie toma las tareas del mundo tan en serio como el cristiano auténtico. Porque las tareas del mundo, en tanto son nobles y merecedoras de atención, en cuanto hay hombres en el mundo. Y el que toma en serio al hombre es el cristiano auténtico, al contribuir a formar en sus semejantes ese espíritu nuevo, con su empleo y su testimonio, con su sacrificio y su amor. Dios ha establecido un nuevo comienzo; ha enviado a su Mijo al mundo, tal como es ahora, confuso, ciego, loco de ambición y egoísmo. Se ha hecho hombre, ha caminado, ha tenido hambre y sed, ha sufrido las consecuencias de la calumnia y de la envidia, ha sido traicionado y abandonado, ha muerto como nos ocurre a todos los hombres. Ha cargado con todo el pecado del mundo, ha experimentado su dolor. Así expió el mal y estableció un nuevo comienzo, obra de su Espíritu. Y ese nuevo comienzo surge *en todo hombre que renace del agua y del Espíritu* (Jn 3, 5). También este hombre renacido se encuentra con todo lo que existe, y de este encuentro suyo con las cosas, personas, sociedad, surge un mundo nuevo: familia, trabajo, posición, relaciones, todo vivido en Cristo. Sus obras son las del Espíritu: gozo, caridad, paciencia, bondad, fidelidad, rectitud (Gal 5, 22). Y esto se da en una comunidad cristiana, y en un presbiterio diocesano, y en una parroquia, y en una familia, y en una ciudad o en un pueblo con fuego cristiano. Todo esto vibra. Y en la misma medida en que se vive con sinceridad. Dios está

ahí, y se está produciendo civilización cristiana, y cultura cristiana, y humanismo cristiano. ¡La verdadera renovación que el Espíritu nos promete!

No está separado del hombre viejo, pero está ahí, y el hombre viejo lo nota y lo combate. No es perfecto, tiene todas las insuficiencias de nuestra vida. Constantemente ese mundo nuevo, fruto del Espíritu, es puesto en cuestión, debilitado, deformado, pero tiene la fuerza de Dios. A menudo queda tan invisible que se puede dudar si existe en absoluto, pero la palabra de Dios lo garantiza y hemos de mantenerlo en la fe. *Los sufrimientos de este mundo de ahora no se pueden comparar con la gloria que vendrá a manifestarse en nosotros* (Rm 8, 18). San Pablo tiene una profunda conciencia de la grandeza y también de los problemas de la vida cristiana. Al lado de expresiones tan vigorosas como *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20), siente el aguijón de la carne y sabe que lleva un tesoro en vaso de barro (2Cor 4, 7). *Bien conozco que nada de bueno hay en mí, quiero decir, en mi carne. Pues, aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla. Por cuanto no hago el bien que quiero; antes bien, hago el mal que no quiero* (Rm 7, 18-19).

San Pablo no desconoce la vileza, la maldad, la miseria. Ni tampoco la realidad de la vida: *Yo mismo que con la mente sirvo a la ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado* (Rm 7, 25). La redención y el renacimiento no significan que el hombre se transforme por arte de magia, sino que se le injerta un nuevo punto de partida. El hombre nuevo es *carta de Cristo escrita con el Espíritu de Dios vivo en su corazón* (2Cor 3, 3). El cristiano es claramente, para San Pablo, un campo de batalla que se disputan dos enemigos, el hombre viejo enraizado en su esclavitud de pecado, y el hombre nuevo injertado en Cristo. *Desnudaos del hombre viejo, según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada, el cual se vicia siguiendo la ilusión de las pasiones... y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en justicia y santidad verdadera* (Ef 4, 22-23).

Un novelista contemporáneo, Bernanos, nos presenta también la existencia humana como un campo de batalla entre Satán y Dios. Sus textos, como los de San Pablo, están anclados en los dos polos de la existencia humana: la luz y las tinieblas, la alegría pascual y el poder del pecado, la vida y la muerte. Bernanos ha sido llamado por Charles Moeller el profeta de la alegría, porque en su mensaje, aunque es de los más trágicos que pueden presentarse, estalla siempre una tremenda alegría. Es que la existencia cristiana, comparada con la puramente humana, es mucho más profunda por estar arraigada en el misterio de la Redención, que incluye los dos polos situados en lo infinito: la caída a consecuencia del pecado y el amor divino que engendra una nueva vida. ¡Qué lucidez la de Bernanos cuando, en los movimientos sociales contemporáneos atacaba, no sus esfuerzos necesarios hacia una sociedad más justa, sino su ideología secreta de negación del pecado y de la gracia! El mundo que desprecia la conciencia de pecado es el engendrador de las más grandes injusticias y aberraciones. Los movimientos sociales ateos luchan contra un aspecto de la injusticia, pero ni luchan contra todas las injusticias, ni contra la raíz de la injusticia. «Creéis –dice Bernanos a los cristianos– compartir con el marxista su rebelión contra la injusticia, y no la compartís en absoluto... El marxista pretende organizar al mundo como si el pecado original no existiera, o como si no fuera más que una invención de la clase explotadora; y ciertamente es mucho más

grave, o al menos más peligroso para el hombre, negar el pecado original que negar a Dios»⁴.

El egoísmo, la envidia, la lujuria, la soberbia, es decir, **el pecado**, desgaja la existencia, la deforma. Su sabiduría es muerte. Mientras que **la sabiduría del Espíritu** del hombre nuevo es vida y paz. *Nos vemos acosados por toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperados; somos perseguidos, mas no abandonados; abatidos, mas no enteramente perdidos* (2Cor 4, 8). Sólo Dios puede dar a los hombres la fuerza para luchar y para esperar. *El Dios de nuestra esperanza os colme de toda suerte de gozo, y de paz en vuestra creencia: para que crezca vuestra esperanza siempre más y más, por la virtud del Espíritu Santo* (Rm 15, 13).

He aquí por qué, en la crisis actual de la Iglesia, la voz más saludable ha sido la de aquellos que han recordado siempre la necesidad de prestar atención a **la interioridad**. De no ser así, todas las reformas conciliares, aunque se hubieran producido dentro del necesario orden, habrían terminado por disiparse en la esterilidad. Hay que insistir cada vez más en el misterio interior de la Iglesia. Ahí tenéis el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta. Llega a Madrid, y le preguntan qué diría a los jóvenes; y lo primero que contesta es: *¡Que recen, que recen antes de actuar! Y ¿cómo ve usted a Cristo en los pobres? Ante todo, tengo que verle en la Eucaristía...* Y esto es lo que hacen muchas Madres Teresas que existen en el mundo, y tantas y tantas personas santas y sacrificadas y que aman de verdad: *interioridad*. Entonces las reformas conciliares queridas por el Espíritu encuentran un campo abonado y son fecundísimas.

Creemos en el Espíritu Santo y por eso confiamos. La pregunta que Bernanos hace a todos los cristianos es ésta: «¿Sois capaces de rejuvenecer al mundo, sí o no? El Evangelio es siempre joven, sois vosotros los viejos»⁵. La fe nos asegura que el Espíritu habita en nosotros, por eso no podemos desmayar, y que todo coopera al bien de los que sirven a Dios. *Aunque en nosotros el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se va renovando de día en día. Porque las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria* (2Cor 4, 16). La fe vence al mundo. Hay que empezar con un «sí» confiado a la gracia. Es cierto que hay muchas dificultades y dolores; todo ello pertenece a la miseria del hombre. *En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza: Yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33).

Hay una fuerza capaz de llevarnos a término, tenemos que situarnos, en medio de la actividad viva de Dios. «Ven, Espíritu Santo, da su mérito al esfuerzo, danos la salvación y la inacabable alegría. Por Ti, oh Santo Espíritu, ha vivido nuestro Señor, y con tu fuerza ha vencido al mundo. Pero el mundo lo somos nosotros mismos: es nuestro corazón egoísta, ciego y tonto. Tómallo en tu poder, hazlo dócil y ancho, para que Él pueda vivir en nosotros y nosotros en Él»⁶.

⁴ Cf. CHARLES MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, I, Madrid⁶ 1966, 479.

⁵ Cf. *ibíd.*, 466.

⁶ Romano Guardini, *El Espíritu de Dios viviente*, Madrid 1962, 79.

Yo espero que todas las reflexiones de esta Semana de Teología Espiritual que hoy comenzamos servirán para introducidos más eficazmente en las riquezas de este misterio santo, consolador, del Espíritu de Cristo, que habita en nosotros, porque formamos parte de su Iglesia Santa.

SECCIÓN TERCERA

LA VIDA CONTEMPLATIVA

LA CONTEMPLACIÓN, ALMA DE LA CIVILIZACIÓN DEL MAÑANA

Conferencia de clausura del V Congreso de la Asociación de San Benito, Patrón de Europa, pronunciada en Madrid, el 7 de octubre de 1973. Texto tomado de la edición publicada, con el mismo título, por Ediciones Studium en Madrid 1974.

Agradezco profundamente a los directivos de la Asociación el poder hallarme entre ustedes, compartiendo sus preocupaciones, anhelos y esperanzas. Es motivo de gozo y gratitud para mí, como Arzobispo de la Sede Primada de España, el que hayan querido celebrar este V Congreso, sobre el tema de la contemplación, en esta tierra de grandes místicos, y que aún hoy cuenta con el mayor número de monasterios contemplativos de la Iglesia Universal.

Disertar sobre la contemplación, después de cuanto han dicho aquí personas tan competentes, no es fácil. Hablar de su valor como alma de la civilización venidera sólo puede hacerse apoyándonos en las lecciones de la teología de la historia y en las promesas de la asistencia de Jesucristo y de la presencia vivificante del Espíritu Santo.

Primera Parte

LA IMAGEN DEL HOMBRE ACTUAL EN LA CIVILIZACIÓN ACTUAL

1. Situación presente

A ningún hombre reflexivo pueden pasar inadvertidas las ambivalencias y antinomias del momento presente que nos toca vivir. La creciente conciencia de la humanidad percibe asimismo la trascendencia para el futuro del quehacer de los hombres de hoy. Estamos en una época de evolución, en la que, como en tantas otras del pasado, se dan el bien y el mal. No podemos ceder a la tentación del pesimismo y del lamento, que es cerrazón de orgullo impotente, ni a las sibilinas ilusiones de un optimismo antropocéntrico. Nuestra actitud debe ser la de hombres de esperanza dinámica que, confiando en la providencia divina, se saben forjadores libres de la historia.

El progreso científico y el técnico poseen en sí mismos una bondad natural. En sí mismos son fruto de la investigación y de la labor reflexiva del hombre, que, cumpliendo el mandato del Génesis; señorea el mundo. En sí mismos muestran la superioridad de la inteligencia humana sobre la fuerza y la del espíritu sobre la materia.

La ambivalencia valorativa y práctica del progreso de la ciencia y de la técnica radican en la libertad humana, que puede encaminarlas al bien o abusar de ellas para el mal. La ambivalencia del progreso depende de la actitud filosófica del hombre. Si lo considera como un logro hegeliano, como despliegue histórico del espíritu panteísta absoluto del hombre, tenderá hacia una voluntad de poder omnímoda, que se fija en sí misma la norma de moralidad absolutamente autónoma desde la subjetividad. Si lo contempla desde una actitud modesta, el progreso alcanzado será un peldaño en el acceso a la verdad y se transformará en instrumento de fraternidad humana, por la supremacía de los valores espirituales.

Acerca de los medios de comunicación social ha dicho poco ha Pablo VI: «Una de las más grandes bendiciones de nuestro tiempo es el progreso tecnológico y el gran avance conseguido en las comunicaciones sociales. Ahora, como nunca había ocurrido, los valores espirituales pueden ser afirmados y difundidos entre los confines de la tierra. La maravillosa providencia de Dios ha reservado este prodigio para nuestro tiempo. Pero los hombres de buena voluntad sienten inquietud al ver cómo estos medios de comunicación social son usados, demasiado a menudo, para contradecir o corromper los valores fundamentales de la vida humana y producir la discordia y la maldad. Los abusos y consiguientes perjuicios que causan son bien conocidos. La difusión de ideologías falsas y la excesiva preocupación por el simple progreso material frecuentemente trastocan lo que concierne a la verdadera sabiduría o los valores permanentes»¹.

Por desgracia, la filosofía teórica o práctica del endiosamiento del hombre, con menosprecio de Dios, corroe nuestra sociedad. Ha dicho el Papa: «Sentimos que silban en nuestros oídos las ráfagas de invasores y violentos vientos contrarios, de los que no hacemos ahora la descripción porque es ya como la experiencia de la irreligiosidad, que se ha enseñoreado de no pocas naciones, de no pocas escuelas del pensamiento, de no pocos fenómenos sociales del hombre moderno. Dios no está de moda»². Y sin Dios el hombre que piensa, pensando ha perdido la certeza de la verdad; el hombre que trabaja, trabajando se ha dado cuenta de no tener ya espacio para el coloquio personal; el hombre que goza y se divierte y tanto disfruta de los medios que rodean su gozosa experiencia, se siente pronto anonadado y desilusionado de su felicidad³. Por ello es preciso rehacer el hombre desde dentro, ya que en definitiva un humanismo sin Dios se convierte en antihumano. Conseguir un humanismo abierto a la Divinidad, un humanismo integral, es misión de la Iglesia y de todos cuantos compartimos con ella y en ella su misión salvadora. «Iluminada por la guía de Dios, y singularmente rica en experiencia de los hombres, la Iglesia sabe y proclama que la verdadera promoción del hombre, el verdadero progreso de los pueblos sólo puede ser realizado cuando tienen su debida afirmación los valores espirituales que responden a sus más altas aspiraciones»⁴.

¹ PABLO VI, Mensaje sobre la comunicación social, 1 de mayo de 1973.

² Audiencia general de 23 de mayo de 1973.

³ Cf., audiencia general de 9 de mayo de 1973.

⁴ Mensaje sobre la comunicación social, 1 de mayo de 1973.

Los grandes interrogantes de la vida del hombre, «el deseo del más allá, que surge ineluctablemente del corazón humano»⁵, necesitan, además de la luz de la razón, «demasiado débil y vulnerable para resolver todos los problemas de la asistencia humana», de otra fuente, que, fortaleciendo el pensamiento racional, «extrínseca por su actuación, ilumine y conforte la vida del hombre»⁶. De ahí que la primacía de la contemplación como vivencia profunda de la dimensión sobrenatural sea condición de la eficacia de la misión de la Iglesia en su contacto con el mundo de los hombres.

La antinomia de nuestra sociedad moderna es manifiesta. El confort, la sensualidad reinante, la despersonalización de grandes masas ante una moda comercial o de pensamiento, la concentración de multitudes en grandes ciudades, no ofrecen un ambiente propicio para la reflexión contemplativa y personalizadora. Sin embargo, es un hecho comprobado –principalmente entre la juventud universitaria– el desplazamiento del interés religioso de ciertos grupos hacia el budismo y el hinduismo. No sé hasta qué punto es una actitud de auténtica profundidad interior. Pero no podemos preterir el hecho. En nuestra época se niega a Dios. A pesar de ello es una época teológica, porque se habla como nunca de Dios. Grandes masas viven despreocupadas de su interioridad personal; sin embargo, hay muchas personas que se retiran a monasterios y casas de oración para reflexionar sobre su vida cristiana. Creo que el desaparecido Thomas Merton tiene razón al escribir: «El súbito interés de los estadounidenses por la vida contemplativa parece probar claramente una cosa: que la contemplación, el ascetismo, la oración mental y lo espiritual son elementos que vienen a ser redescubiertos por los cristianos de nuestra era como una necesidad»⁷.

Vivimos en la era atómica y espacial, con sus contrastes de progreso y barbarie. En ella nos toca vivir y actuar, recordando la frase de Pío XII: «No lamentos, sino acción es el precepto de la hora presente». Y nuestra acción debe ser primordialmente contemplativa, para poder ofrecer a los hombres de hoy y del mañana el mensaje humilde de una vida coherente con la fe, que tenga la fuerza pujante de la verdad vital. Escribe Merton: «Ahora que hemos adquirido conciencia de nuestro fundamental barbarismo paréceme que se renueva la esperanza de una verdadera civilización, pues los hombres de buena voluntad anhelan ahora más que nunca ser civilizados. Y ahora que tenemos tan tremendos medios de realizar el mal, hay tantos mayores estímulos para que los hombres se conviertan en santos, pues el hombre se inclina al bien y no al mal»⁸. La contemplación fue y es el alma de la civilización cristiana de Occidente. De nosotros depende que lo continúe siendo en el futuro. Miembros de la Iglesia, nos corresponde la obligación de ofrecer al mundo presente y futuro la autenticidad del mensaje y la vida interior. Los cambios en la historia son necesarios, pero la acción de los hombres en estos cambios es libre y la fuerza de nuestra libertad en orden al bien radica en la oración contemplativa. En la Encíclica *Ecclesiam Suam* escribía Pablo VI: «La oración contemplativa, la vida interior sigue siendo como el gran manantial de espiritualidad de la Iglesia, su propio modo de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical

⁵ *Gaudium et Spes*, 18.

⁶ PABLO VI, audiencia general de 23 de mayo de 1973.

⁷ THOMAS MERTON, *Ascenso a la verdad*, Buenos Aires 1954, 15.

⁸ *Ibid.*, 17.

insustituible de su actividad religiosa y social, e inviolable defensa y renaciente energía de su difícil contacto con el mundo profano»⁹.

La incidencia benéfica de la Iglesia en el mundo es ciertamente difícil, pero necesaria, y hoy urgente.

2. La obra del hombre: La civilización

A lo largo de la historia, los pueblos van erigiendo sus diferentes civilizaciones: la obra propia de cada uno de ellos, una totalidad que se pierde de vista: realizaciones artísticas, sociales, religiosas, éticas, culturales, todo ello al servicio de las exigencias del hombre y que se convierte en expresión de su vida interior.

El concepto de civilización, según Fernand Braudel, es doble y se refiere tanto a los valores morales como a los materiales. Marcel Mauss definió la civilización como todo lo adquirido por el hombre, y el historiador Eugene Cabañac dice que es un mínimo de ciencia, de arte y de virtudes. Adquiere así un significado que no permite distinguir entre cultura y civilización, cargando al primer término con la dignidad de lo espiritual y al segundo con la trivialidad de lo material.

Las civilizaciones se definen en relación con las diferentes ciencias del hombre; al hablar de civilización hay que hablar de espacio, climas, derechos adquiridos, sociedades, éticas, etc. Son mentalidades colectivas en las que lo más comunicable y lo que más las aísla y distingue es el concepto de sus valores fundamentales. Estas obras están hechas por el individuo, pero cada hombre entra en la situación de trabajo que le han dejado los que han vivido antes de él. Asimila sus realizaciones con las motivaciones que los animaron y los problemas por los que se afanaron. También él entrega a las generaciones siguientes lo logrado y pretendido por él. Y así todo hombre se coloca en el contexto de una creación universal, y hablamos de la obra de los diferentes grupos sociales que forman los diversos pueblos.

«Ninguna civilización actual es verdaderamente comprensible sin un conocimiento de los itinerarios ya recorridos, de los valores antiguos, de las experiencias vividas. Una civilización es siempre un pasado, un cierto pasado vivo. Por consiguiente, la historia de una civilización no es sino el intento de entresacar de sus coordenadas antiguas las que siguen siendo válidas para la actualidad. No se trata de exponer todo lo que se sabe de la civilización griega o de la Edad Media china, sino todo lo que, de esta vida de antaño, continúa siendo eficaz y activo, hoy día, en la Europa occidental o en la China de Mao Tse Tung, respectivamente. Todo lo que relaciona el pasado con el presente, con frecuencia a siglos y siglos de distancia... Las civilizaciones están incorporando continuamente bienes culturales de las civilizaciones vecinas, aunque luego los sometan a un "reajuste" a fin de asimilarlos... Sin embargo, puede darse el caso de que una civilización rechace obstinadamente una determinada aportación exterior. Marcel Mauss ha insistido en que no existe civilización digna de este nombre que no tenga repugnancia y repulsas que le sean propias –por esto decía antes que son mentalidades colectivas en las que lo más comunicable y lo que

⁹ *Ecclesiam Suam*, 33.

más las aísla y distingue es el concepto de sus valores fundamentales—, pero en cada caso la repulsa aparece como la decisión con la que termina una larga serie de vacilaciones y de experiencias. Por tanto, tiene una importancia tanto mayor cuanto que ha sido meditada y decidida muy lentamente... Esta labor de aceptación o de rechazo practicada por una civilización frente a otras exteriores, se realiza también lentamente en su interior. Casi siempre la selección es poco consciente o prácticamente inconsciente. Pero poco a poco, y gracias a la selección, una civilización va transformándose, “separándose” de una parte de su propio pasado»¹⁰.

Las civilizaciones son interminables continuidades históricas con su pasado, presente y responsabilidad en el presente y en el futuro. Su historia tiene unidades de medida y escalas muy diferentes: días, años, decenas de años, de siglos. A. Toynbee dice que para las civilizaciones, un siglo es un abrir y cerrar de ojos. Jean Fourastié, en 1961 afirmaba que «hoy en día es posible creer que el *homo sapiens* existe sobre la tierra desde hace sesenta a cien mil años (hoy los científicos colocan la existencia del *homo sapiens* aún más hacia atrás); que el estado actual del cosmos permite al hombre todavía una existencia de varios millones de años. Si se limita a un millón de años la amplitud del fenómeno humano, se aprecia que hemos vivido la décima parte y que todavía nos quedan por vivir las nueve décimas partes. De esta manera la relación de la duración de la humanidad con la del individuo sería de 10.000 a 1. La humanidad actual es a la humanidad consumada lo que el niño de diez años es al viejo. Mil años de humanidad corresponderían a un mes de vida individual».

«Nosotros, la humanidad, tenemos diez años. En el curso de nuestros cinco o seis primeros años, por carecer de maestros o de parientes cercanos, apenas supimos distinguimos de los otros mamíferos; pero más tarde hemos creado el arte, la moral, el derecho y la religión. Sabemos leer y escribir desde hace menos de un año. Hemos construido el Partenón hace apenas tres meses; hace dos que ha nacido Cristo. Hace menos de quince días que hemos empezado a identificar claramente el método científico experimental que nos permite conocer algunas realidades del universo; hace dos días que sabemos utilizar la electricidad y construir aviones. Nuestras mejores experiencias políticas, económicas y sociales tienen menos de una semana; las ciencias humanas dieron sus primeros vagidos sólo hace unas semanas»¹¹.

Al lado de las ideas anteriores consideramos la afirmación universalmente reconocida de que en los últimos cincuenta o sesenta años se han realizado progresos más considerables que durante el resto de la historia humana. Quiero centrarme en nuestra época actual y analizarla. ¿Es seguro que el sentido de nuestra civilización favorece a la persona humana? ¿En nuestra civilización hay una verdadera jerarquía de valores? ¿Está nutrida de dignidad espiritual? Decimos orgullosos, muchas veces, que el cambio es el signo de nuestro tiempo. ¿Todo cambio contribuye a solucionar los problemas de la persona? ¿Bajo qué normas son aceptados los cambios?

¹⁰ FERNAND BRAUDEL, *Las civilizaciones actuales*, Madrid 1970, 34, 38-39.

¹¹ J. FOURASTIÉ, *La grande métamorphose du XX'eme siècle*, París 1961, 210-211.

3. Al hombre de nuestra civilización le pesa el misterio de Dios y de Dios-Hombre

Creo que, ciertamente, pocas veces ha sido ni más intenso ni más legítimo el sentimiento de estar viviendo una época crucial. No hay un solo aspecto de la realidad al que la sacudida y la mutación no hayan alcanzado, y cada vez somos más sensibles a la transformación de la realidad histórica de nuestro mundo. El pensamiento contemporáneo es el reflejo de un mundo en crisis y todo concurre a hacer del hombre del siglo XX un ser inquieto por su futuro y preocupado, no ya por el mundo en que habita, sino por el reflejo de su propia imagen. Cuando el hombre se aparta de Dios, le preocupa su propia sombra, sólo Dios es providente y padre, sólo Dios es amor y sabe lo que nos conviene, sólo Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida.

Al hombre, hijo de esta época, le pesa, parece que más que nunca, el misterio de Dios-Hombre con todas sus consecuencias en el orden práctico de la existencia. Como dice Odo Casel, en el primer capítulo de su libro *el Misterio del culto cristiano*, le pesa un Dios dueño y señor de los destinos humanos, le pesa su salvación, su infinita misericordia, su inmenso amor, su inabarcable sabiduría, su soberana omnipotencia. No quiere reconocer sobre él leyes que no pueda dominar y dirigir a su antojo, ni admite otra voluntad ni providencia que la suya. Quiere ser fin último de sí mismo. Da gloria a la obra de sus manos y no a Dios. Quiere establecer su reino en la tierra y sólo existe para él aquello con lo que puede manipular. Quiere rasgar el velo del misterio de Dios y asirlo, si pudiera, en sus manos, para una vez «visto y tocado» aceptarlo. A propósito de la impotencia humana para medir al mismo tiempo el inmenso misterio y la unicidad de lo sobrenatural, un filósofo hindú contemporáneo, Siniti Chatteiji, formula la siguiente metáfora: «Nos parecemos a hombres ciegos que al palpar una u otra parte de un elefante, están convencidos, el uno de que toca una columna; el otro, una serpiente; un tercero una sustancia dura; un cuarto una pared o también un cepillo con mango flexible, según que lo que estén tocando sea, respectivamente, la pata, la trompa, las defensas, el cuerpo o la cola del animal»¹².

Sé que estoy próximo al argumento ontológico de San Anselmo cuando afirmo que un Dios que puede negarse, un Dios que puede falsearse no puede ser Dios. El hombre así está borrando el camino auténtico para su libertad: el camino de la libertad de Dios, y se ata y encadena a la materia. La máquina sin vida y el oro inerte son los dioses que se sientan sobre él. El misterio de Dios no es un ataque a la libertad humana, sino la única forma de su realización. La simple capacidad de elegir entre el bien y el mal es el límite más bajo de la libertad. La auténtica libertad es una incapacidad total de hacer una mala acción. Dios es libre, es la Libertad, porque no hay en Él absolutamente ninguna posibilidad de mal y de imperfección. La Iglesia de Cristo tiene por ello como una de sus principales funciones la preservación de la libertad espiritual de los hijos de Dios.

¿Cuáles van a ser las consecuencias de este relativismo tan poco serio, tan poco profundo y científico? ¿Es que lo que es ciencia realmente cambia, o es que se van abriendo como en círculos concéntricos nuevos horizontes y vamos leyendo

¹² Citado por BRAUDEL en la p. 34 del libro señalado en la nota 10.

y aplicando nuevas leyes? A muchos este hundimiento de valores les causa, momentáneamente, un sentimiento de liberación, aceptan con ligereza y avidez todas las nuevas perspectivas, pero se les desvanece la veneración y el respeto por la vida y la interioridad ajenas. ¿Cómo van a exigir los hombres, situados en ese relativismo a ultranza, honradez, lealtad, amor, sinceridad, amistad, sacrificio, fidelidad? ¿En nombre de qué y por qué? Si el hombre está en todo sometido a un continuo cambio y sólo importa lo presente, ¿cómo van a ser posibles actos de servicio que suponen entrega y dolor? Sólo existe el amor verdadero que se fundamenta en Dios y en el que tiene sentido el pasado, el presente y el futuro, la vida y la muerte. Mientras la civilización se ha apoyado en Dios, ha salvado la noción de sacrificio *que fundaba a Dios en el corazón* del hombre, he dicho ya en otra ocasión hablando de la Virgen y el humanismo contemporáneo. Pero nuestra civilización está descuidando el papel del sacrificio, y presenta al hombre la técnica y la ciencia como la gran solución.

4. Nuestra civilización es una «civilización técnica»

Nuestra época se presenta como la era de las ciencias y las técnicas por excelencia. Los hombres del siglo XX han hecho de ellas el símbolo de su civilización. Poco a poco se generaliza la idea de un progreso indefinido de la ciencia y de la técnica. Realmente, el hecho más manifiesto de nuestro siglo es la aparición de una técnica aplastante y embriagadora, porque el hombre siente multiplicar su poder sobre todo lo dado, incluso sobre el psiquismo de la persona. ¿Cómo no va a sentir orgullo e inquietud? Nuestra época no ha realizado la paz esperada y, desde luego, no es cierto que la evolución social ha asegurado al hombre una libertad creciente.

«Actualmente, la atención se fija cada vez más en el progreso técnico, hasta el punto de concebir la civilización contemporánea como la “civilización técnica”. Esto despierta en el mundo entero el mismo entusiasmo. Sobre este plano se consume la unidad del género humano... Esta civilización es esencialmente material e incluso materialista; es decir, que se basa en la idea de que los valores materiales son los únicos que importan. Se la califica de civilización técnica, entendiendo con esa expresión que esa civilización está centrada en el conocimiento de los medios materiales de acción de que dispone el hombre, con la vista puesta en mejorar las condiciones de su vida, en su sentido también material.»

«Si bien la ciencia y la instrucción forman parte de ese desarrollo, pero éstas apuntan nuevamente y de una manera directa al conocimiento del mundo material, y a la utilización de esos conocimientos para el bienestar, también, material del hombre. El desarrollo de la instrucción se orienta hacia la formación de técnicos; es decir, de gente preparada para aplicar los descubrimientos de la ciencia al mejoramiento de la vida material. En eso es en lo que se piensa siempre que se habla de las exigencias científicas o cuando se profieren lamentaciones sobre la falta de desarrollo intelectual en ciertos países.»

«Nadie caracteriza la civilización actual sólo por el desarrollo del espíritu. No se menciona como características de esta civilización el desarrollo del pensamiento o de las Bellas Artes y menos todavía el de los valores morales, aunque de rechazo se hayan desarrollado ciertos valores intelectuales o morales. En todo

caso, el desarrollo de los valores mentales o morales no podrían ser más que un subproducto marginal, nunca el objetivo de la civilización».

«Este concepto de civilización ha recibido su refrendo oficial, a escala mundial, en las reglas establecidas por la ONU para definir los pueblos que aún se encuentran en vías de desarrollo, lo que corresponde en nuestro lenguaje actual a pueblos “menos civilizados”».

«Puede reconocerse a estos pueblos por las tres características siguientes: por su alto nivel de mortalidad, por su bajo nivel de renta media por cabeza y por su deficiente índice alimenticio... El cuarto carácter que distingue a los pueblos subdesarrollados es su falta general de instrucción, manifestada en su alto porcentaje de analfabetos. A primera vista este elemento parece menos material, pero está en función de los tres primeros, ya que la instrucción exige cierto bienestar, aparte de que esa instrucción se orienta hacia la formación de técnicos, lo cual es revelador del espíritu general en que se concibe la instrucción»¹³.

Pero ¿es que no hay otros elementos de juicio como exponentes del desarrollo? ¿Familia, valores humanos, religiosos, dignidad personal, seguridad y defensa de la propia vida, etc.? No se puede partir del apriorismo de que los valores espirituales y religiosos no tienen nada que ver con la civilización. Tanto Toynbee como Dawson, los mejores especialistas en el tema de la civilización, juzgan que la religión juega un papel definitivo en el desarrollo de la civilización. «Es evidente que una civilización no merece ese nombre más que cuando subordina y jerarquiza los valores; es decir, cuando somete y subordina al valor supremo los valores altos y bajos. La maquinaria, ese cuerpo tan desarrollado, debe someterse a la inteligencia, la inteligencia debe rendirse al alma y el alma debe volar a Dios»¹⁴.

5. Consecuencias de la civilización técnica

Ciertamente, el progreso científico y técnico ha transformado las condiciones de vida, pero ¿somos conscientes de hasta dónde llega esta transformación y de sus consecuencias? El ritmo de las invenciones y de los adelantos se precipita como una bola de nieve que va multiplicando sus efectos. Este ritmo acelerado ha coincidido y coincide con las grandes conmociones mundiales de ofensiva, guerra y crisis económicas de los últimos decenios. Las ciencias y la técnica han intervenido profundamente en estos cataclismos por las técnicas de destrucción y por la nueva visión del mundo teórica y práctica que imponen.

La visión pesimista reniega de su época y condena a la ciencia y a la técnica como causa de los daños. La visión optimista espera de ambas el triunfo sobre los males que aquejan a la humanidad, como un mañana deslumbrante en que desaparecerá toda angustia. La generalidad de los hombres tiene un sentimiento de inquietud y de inseguridad. En el mundo obrero se advierte una reacción cada vez más precisa frente a los últimos avances y la nueva amenaza de paro que la automatización hace pesar sobre las masas. Secuestros, tensiones

¹³ JACQUES LECLERCQ, *Filosofía e historia de la civilización*, Madrid 1965, 39-40.

¹⁴ JEAN GUITTON, *Crise et valeurs permanents de la civilisation*, en *Peuples, d'outremer et civilisation occidentale*, 58.

internacionales, juegos políticos nada limpios, devaluaciones, subidas de precios, accidentes, asaltos a la vida privada. En otro aspecto grandes adelantos de los que se van beneficiando todos los hombres, elevación del nivel de vida, más armas de defensa contra las enfermedades, mejores condiciones materiales de vida. Los aspectos optimista y pesimista están entremezclados, pero realmente el valor de la técnica y de la ciencia es inseparable del destino del hombre y su significación.

«La revolución industrial que aparece en la primera mitad del siglo XX es la consecuencia directa del desarrollo de las ciencias y la técnica, principalmente en el campo físico-químico. Todas las fábricas necesitan ya un equipo de laboratorio y un personal científico consagrado a la pura investigación. Tanto en los países socialistas, donde la explotación de los descubrimientos científicos tiende a conseguir la máxima eficacia inmediata, como en los países capitalistas, donde la competencia nacional, y sobre todo internacional, impulsa en general hacia un constante mejoramiento de los productos y los sistemas de fabricación, el nuevo mundo industrial es esencialmente un mundo en movimiento, en el cual el éxito depende de un progreso constante, a su vez estrechamente regido por el progreso propiamente científico... La creciente tensión internacional se halla también en directa y recíproca relación con el desarrollo científico a causa de la búsqueda de un progreso constante de las técnicas de destrucción. Bajo la influencia de esta búsqueda, los gobiernos intervienen cada vez más, sobre todo a partir de 1940, en la organización y control del trabajo científico y, correlativamente, una parte importante de los capitales dedicados a la investigación se reservan para las necesidades militares... Pero de modo inmediato y evidente la ciencia y las técnicas, *cuyo desarrollo aquel sector permite*, se imponen a la atención de todos. Por su carácter de producción en masa, no interesan ya únicamente a una clase privilegiada y limitada de la sociedad, sino al conjunto de las sociedades industrializadas. Los inventos técnicos invaden cada vez más la vida cotidiana –electricidad, radio, cine y la instalación hogareña en general–, y sus rápidas transformaciones modifican a cada momento el escenario material de la vida; las últimas innovaciones técnicas y científicas interesan, pues, a todo el mundo por las repercusiones que insinúan para un plazo más o menos corto. De ahí el inmenso éxito de la prensa y la literatura de vulgarización científica y el desarrollo de un género literario poco cultivado hasta entonces: la *science-fiction*, que subraya alternativamente el aspecto terrorífico y el aspecto idílico del futuro de la civilización científica»¹⁵.

La civilización técnica ha sometido a su engranaje incluso a la figura del sabio. Ha desaparecido la figura del sabio solitario que disfrutaba de una libertad absoluta. El sabio depende de quien pone a su disposición los fondos necesarios para sus trabajos, está sometido cada vez más a servidumbres que le imponen un determinado marco de trabajo y una investigación que interesa a quien concede los créditos y en la medida que le conviene. Todo viene determinado por una especial orientación en la investigación y que es perjudicial para la misma ciencia, sobre todo en el terreno de las ciencias humanas.

La máquina se ha introducido en todas las ramas de la actividad y esto ha originado una transformación en las condiciones de trabajo y de vida. Se trabaja

¹⁵ MAURICE CROUZET, *Historia general de las civilizaciones*, en *La época contemporánea*, Destino, Barcelona 1971, 777.

en condiciones nuevas al estar sometidos a la rigurosa disciplina de la máquina. Esta rápida automatización está empezando a producir efectos sociales. El elevado costo de la máquina exige su utilización intensiva y, por tanto, requiere relevos de equipos y un *planning* de trabajo muy exacto. Se ha atenuado la esclavitud física del trabajo, pero aparece una esclavitud mental. Los partes médicos diagnostican con frecuencia psicastenia, depresión nerviosa, hipertensión, etc. Además, este trabajo resulta monótono y aburrido, no sólo entre los obreros, sino entre los mismos técnicos, que únicamente manejan datos en la maravillosa calculadora.

Toda civilización consiste en el mejoramiento de las condiciones sociales de la vida humana. La civilización técnica, ciertamente, ha mejorado las condiciones de vida. Tiene objetivos y posibilidades que no consigue realizar, porque los hombres no llegan a entenderse y los obstáculos que se oponen al bien humano son de origen moral. Y así se da el caso de naciones subdesarrolladas que gastan sus bienes y la ayuda que reciben en sostener guerras, o pueblos que gastan enormes sumas de dinero en armamentos. Entre los objetivos que pretende lograr esta civilización están: alimentación sana para todos los hombres, higiene y salud pública, instrucción, seguridad de que todos los hombres posean un bienestar material que permita desarrollar las riquezas del espíritu.

El problema está, como acabo de decir, en que los hombres no llegan a entenderse, y esta falta de entendimiento obedece a causas de orden moral y religioso. «Recuerdo una afirmación, que hallé con susto, leyendo las opiniones, cautamente expresadas, de uno de nuestros principales físicos, de que no era seguro que la línea de sentido de la ciencia corriera de acuerdo con la del bienestar humano. Pues realmente: ¿qué podría garantizar semejante acuerdo? ¿Dónde habría de residir el centro que armonizara recíprocamente esos dos caminos de la existencia?»

«En medio del optimismo por las últimas realizaciones inauditas de la ciencia y la técnica conquistadas por la energía atómica, surge la pregunta de si esa energía –así como en general todas las energías naturales conquistadas– puede ordenarse, es decir, insertarse en la vida del hombre, haciéndose fecunda para su crecimiento y despliegue. Si eso debiera ser posible, ¿cómo ha de serlo? La respuesta afirmativa sólo podría decir por el mismo hombre que la ha puesto en libertad, en cuanto él sitúe su actuación bajo el sentido de su existencia, bajo la medida de lo razonable, lo justo y lo conveniente.»

«Esto, a primera vista, sonaría de modo convincente, pero en seguida volvería a surgir la pregunta de nuevo, en forma apremiante: entonces ¿el hombre mismo está ordenado?, ¿posee esa “justicia” existencial –tomando la palabra en grandioso sentido platónico– que la haga capaz de ponerse ante cada ente tal como lo requiere su ser, dominando desde ese punto de vista los impulsos de la tendencia al dominio cultural y la realización? ¿Es capaz, cuanto mayores energías se tienen a disposición, de hacerse más soberano en la comprensión, más seguro en el juicio, más cuerdo en la ponderación y ordenación?»

«El optimista dice que sí, porque el hombre es racional y bueno. Pero ¿lo es de modo real y sin más? ¿Es tan racional y tan bueno que siga siendo señor de las energías que crecen constantemente, de los impulsos que cada vez abarcan

más? ¿Y qué hay de aquello que en él, pese a todo, evidentemente no es razonable, no es bueno, y sobre cuyo poder destructivo han dado las más serias lecciones los últimos cincuenta años a todo aquel que se quiera dejar aleccionar?»¹⁶

Daniélou, en su libro *Escándalo de la verdad* (Cristianismo y hombre actual), y en el capítulo titulado: «Cristianismo y civilización técnica», se pregunta cuáles son los obstáculos que la civilización técnica crea a la actividad religiosa, a la adoración y por qué este mundo de la civilización técnica puede estar en conflicto con la actitud religiosa. Señala los siguientes aspectos:

- 1º. «Un hecho por el que la civilización técnica amenaza apartar al hombre de la adoración, es que aquélla hace vivir al hombre en un universo que es el de sus propias obras. El hombre de la civilización técnica vive rodeado de máquinas, de herramientas, de instrumentos mediante los cuales transforma su vida, los paisajes incluso, esos paisajes de las grandes ciudades modernas, con sus inmensas fábricas. Se encuentra así rodeado de realidades que reflejan por doquier su propia imagen... De ahí resulta que el mundo de la técnica devuelve al hombre su propia imagen y que, en ese espejo, es a sí mismo a quien contempla y a sí mismo a quien admira» (p. 169).
- 2º. El mundo de la técnica suscita en el hombre sentimientos de su poder, y esto le lleva a pensar que no es preciso recurrir a nada ajeno a sí mismo, que tiene que liberarse a sí mismo, que tiene que liberarse a sí mismo de toda fuerza extraña, que es él quien creará una humanidad feliz y libre el día de mañana (pp. 170-172).
- 3º. A la civilización técnica le importa la eficacia, no los valores de la verdad; es decir, acostumbra al espíritu a modos de actuar muy diferentes de los que permiten abordar el mundo religioso. «Las realidades espirituales son denunciadas como carentes de eficacia, por lo que se refiere a la transformación concreta de la existencia humana. Esta es una de las objeciones que con mayor frecuencia encontramos: el cristianismo no nos sirve para nada en lo que hemos de hacer, que es transformar la condición material del hombre» (p. 172) ... «Pero lo curioso es que este encontrarse a sí mismo en el mundo de la técnica acaba por causarle un sentimiento de cautividad. El mundo de la técnica encierra al hombre en el hombre y el poder del hombre» (p. 174). Esto le origina angustia ante su propio poder.
- 4º. «Una manera exclusivamente técnica de considerar el mundo material lo priva de su dimensión moral. Porque el cosmos no es solamente un conjunto de fuerzas que podemos intentar poner a nuestro servicio. Es también un mundo que nos revela algo que está por encima de él. Un universo de pura técnica sería como un templo destinado a usos profanos, vaciado de una cierta presencia. Lo sagrado, la dimensión religiosa del mundo es una cosa de que el hombre moderno comienza de nuevo a sentir una especie de sed vital. Y, en efecto, la adoración es una necesidad tan inconteniblemente humana como la técnica. Un hombre que no adora no es un hombre» (pp. 176-177).

¹⁶ ROMANO GUARDINI, *Preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 18-19.

6. Responsabilidad del hombre ante su propia obra, la civilización

El hombre, criatura de Dios, es el centro y el sentido del universo; no puede poner en duda el valor de su propia vida humana, de su libertad, la fuerza de su inteligencia y la responsabilidad de su actuación. Por ser libre es responsable de su propia obra, no puede decir que se le ha escapado de las manos, y será juzgado según sus actos, pero, en primer lugar, según sus intenciones, porque su libertad sólo se ejerce plenamente en el interior de su conciencia. ¡Cuánta luz de Dios, cuánta adoración, cuánta oración y reflexión, cuánto dominio de su orgullo y egoísmo necesita el hombre! Lo necesita para obrar, como dice Guardini, con esa «justicia existencial» que le «haga capaz de hacerse más soberano en la comprensión, más seguro en el juicio, más cuerdo en la ponderación y ordenación a medida que tiene mayores energías a su disposición».

El hombre experimenta siempre una intranquilidad ante su propia obra, que se le viene encima, si no tiene, en su pensamiento y en su vida la suprema razón del porqué de su existencia. Porque no es lo mismo que el hombre cree continuamente su propia imagen o que él sea imagen de Dios. «Es ciencia –dice Gregorio Marañón– encontrar el sentido de nuestra vida, resolviéndola con un criterio, con una filosofía, limitarla con severidad y a la vez dilatarla por las vías del pensamiento hasta el más allá, darle su razón y explicar sus sinrazones, sensibilizarla para el goce de las hermosuras terrenales y enriquecerla con las nuevas hermosuras que el genio humano es capaz de crear, y aproximarse, en fin, a esa suprema razón de nuestro vivir, que es el misterio de por qué somos y adonde vamos... La ciencia práctica actual, maravillosa, pero que es sólo una cara de la ciencia especulativa de las tres grandes características del alma civilizada; a saber: la conciencia del propio vivir y la libertad inalienable del propio pensar, el sentido de la responsabilidad y el planteamiento de la otra vida. Sólo así, cuando estas realidades dejaron de ser presentimientos para convertirse en sentimientos básicos, sólo cuando dejaron de ser balbuceos de un resplandor para convertirse en permanente claridad, sólo entonces el hombre empezó a sentir la voluntaria sumisión de los instintos a los deberes, en lo cual reside el secreto de la civilización. Y este inmenso vuelo del alma humana, aún inacabado, aún sujeto a tristes caídas, el progreso científico, en el sentido limitado materialista con que hoy lo concebimos, con ser prodigioso, es sólo un episodio y un episodio no fundamental»¹⁷.

El animal se orienta, siente lo que le es beneficioso o perjudicial, no entiende, no valora, no juzga. Sus acciones tienen sentido dentro de ese instinto ciego que le impulsa siempre con exactitud. En el hombre, porque tiene espíritu, todo procede de su iniciativa personal, de su conocimiento, de su decisión. Sólo el hombre puede equivocarse y de manera decisiva. Esta es su gran responsabilidad, aquí está la tremenda importancia del desarrollo de su propia capacidad libre, de la claridad de su espíritu. Situado en una red de exigencias, gracias a las cuales progresa, el hombre es el nudo que ata todas las cosas, que descubre la naturaleza y que domina la energía. Según piense, sienta y actúe el hombre, será la civilización creada por él.

¹⁷ GREGORIO MARAÑÓN, *Obras completas*, vol. II, 485.

Nuestra civilización técnica tiene el peligro de dejar al margen la relación del hombre con Dios, clave y fundamento de todo lo demás. Parece relegar la experiencia religiosa al puro dominio de la interioridad. Pero el cristiano sabe que es todo el universo el que gime esperando la manifestación de los hijos de Dios, como nos recuerda San Pablo. ¿Olvidamos que la historia de la salvación acontece en la historia del mundo? «Pues bien, éste es hoy uno de los puntos más importantes desde el punto de vista de la actual visión del mundo. Una de las grandes tentaciones del hombre moderno es la desacralización del cosmos. Se tiende a concebir el mundo de la naturaleza, que es en el que se desenvuelve la ciencia, como extraño a una finalidad religiosa. Se disocia, de algún modo, una finalidad religiosa, que sería puramente personal, de una finalidad cósmica, que sería profana y material, como si la religión fuera un problema individual y no el problema de la significación misma de la totalidad del universo, y por ello también el de su misma realidad material... Este enraizamiento originario de la creación en la Trinidad es un punto de partida inicial que no hay que olvidar jamás; un punto al que siempre es preciso volver primaria y originalmente. El hecho de que se adviertan distinciones evidentes, esferas de acción diferentes; que el hecho de abordar el universo desde un punto de vista científico o desde un punto de vista contemplativo emane de dos encuadres diferentes, no dice sino que se trata de dos puntos de vista proyectados sobre un único universo. Sobre el mismo universo en que se desenvuelve la ciencia y que constituye el espejo a través del cual se nos manifiesta la Trinidad»¹⁸.

Los hombres conscientes y responsables que quieren una civilización «cristiana» en la medida de nuestras posibilidades humanas, pero que la quieren verdadera y existencialmente, lo lograrán en la medida en que el cristianismo impregne sus vidas, en la medida en que en su alma viva y actúe Cristo, en la medida en que sean mensajeros y portadores del mensaje de Cristo, en la medida en que las instituciones sociales que ellos alimentan, las empresas, los trabajos por ellos planeados ayuden a los hombres a realizarlos y desarrollarse íntegramente, es decir, con la dignidad de hijos de Dios.

«La actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo».

«Esta enseñanza vale igualmente para los quehaceres más ordinarios. Porque los hombres y mujeres que, mientras procuran el sustento para sí y su familia, realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia».

«Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el

¹⁸ JEAN DANIÉLOU, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Madrid 1969, 16-17.

Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva. De donde se sigue que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo»¹⁹.

El Dios de la salvación, que se encarna y da ejemplo de vida, llama al hombre para que en su historia personal en el mundo haga fecunda en él esa salvación y contribuya al bien de todos los demás que están en tomo suyo. No tiene dos historias el hombre: la historia natural y la sobrenatural; su historia de salvación acontece en su historia mundana. El cristiano no puede permanecer indiferente frente a la civilización que después determina y condiciona la actitud del hombre a su respecto. El hombre de la civilización técnica, de la automatización y de la cibernética está aplicando sobre sí mismo el poderío técnico planificador y se está haciendo a sí mismo objeto de esta manipulación. No tiene sólo de sí un conocimiento mayor o menor, sino que se modifica y se está convirtiendo en objeto de sí mismo. Y repito lo que decía hace un momento: no es lo mismo que el hombre se realice según la imagen por él configurada –¿cuál puede ser?–, o a imagen de Cristo, manifestación de Dios y verdad del hombre.

Las posibilidades realmente salvadoras de la civilización están en la conciencia del hombre ligado a Dios de modo vivo. La fe es factor decisivo en la historia. Sólo por la fe en Cristo impedirá el hombre que la obra de su» manos caiga en el odio, en la soberbia, en el afán de dominio, en el poder del más fuerte y se deshaga en su propio materialismo. El cristiano tiene que cuidarse de que el mundo marche bien, y por lo mismo es necesario prestar atención a valores y deberes que sólo pueden comprenderse si se supera ese dualismo y se ve con claridad que Dios ha confiado el mundo al hombre como tarea.

«Si ese mundo e historia del futuro es un mundo del planteamiento racional, mundo desmitologizado, profanidad creada del mismo como material del obrar del hombre, entonces toda esta actitud moderna es, con todo lo que pueda y deba decirse cristianamente sobre cada uno de sus aspectos, en el fondo cristiana».

«Puesto que en el cristianismo, y sólo en él, ha llegado a ser el hombre ese sujeto, en el que se ha encontrado el hombre occidental; sólo en el cristianismo es cada uno también el más pobre e insignificante, un sujeto absoluto de valor infinito y vigencia permanente. Y sólo en el cristianismo, por medio de la doctrina de la radical creatureidad del mundo, que le está confiado al hombre como el material de “su” obrar, que no es lo más importante y poderoso, sino lo que sirve y lo que está creado “para” el hombre, pudo surgir esa actitud frente al cosmos, que lo desmitologiza y que legitima la voluntad de enseñorearse de él. Y en ese sentido metafísico y teológico, el hombre ha sido siempre, visto cristianamente, el que se tiene a sí mismo en la mano, el que determina su propio destino último»²⁰.

¹⁹ *Gaudium et Spes*, 34.

²⁰ KARL RAHNER, *Escritos de teología*, vol. V, Madrid 1964, 176.

Segunda Parte

TEOLOGÍA Y VALORES DE LA CONTEMPLACIÓN

Se habla hoy sin cesar en muchos ambientes eclesiales de la necesidad de ser testigos de Cristo, y la expresión se utiliza, con mucha más arrogancia que humildad, para referirse a una acción comprometida y valiente. Es verdad que debemos ser testigos de Cristo. Pero este testimonio tiene primordialmente un sentido receptivo, y sólo, como consecuencia exigitiva de éste, un sentido activo. Cuando Jesús escogió a los Doce para el apostolado, los llamó para que estuvieran con Él y para luego enviarles a predicar²¹. San Pablo escribe: *Me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándolo a las gentes*²². Nosotros –decía San Pedro– *no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído*²³. Santo Tomás enseña que lo propio del apóstol es contemplar los misterios divinos y transmitir luego el objeto de la contemplación²⁴. Y es que para ser testigos es necesario *haber visto*, es indispensable la contemplación. Permítanme justificar mi afirmación.

1. Teología de la contemplación

Jesucristo nos ha revelado el misterio del Dios invisible, nos ha testificado al Padre: *A Dios nadie le ha visto jamás; el Unigénito que está en el seno del Padre nos lo ha dado a conocer*²⁵. Porque *nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar*²⁶. Y Jesús lo revela y testifica no sólo en su condición divina, sino también en su condición humana, porque no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre contempla intuitivamente al Padre.

El Verbo de Dios encarnado es el revelador del Padre, porque siendo el resplandor de su sustancia es la autocomunicación sustancial y autorrevelación exhaustiva en la conciencia humana de Cristo, como expresión supraconceptual de su filiación divina, de su «yo» divino. Jesús hombre, para anunciar el mensaje salvífico de la caridad del Padre, contaba con la experiencia consciente de su personalidad divina asumente, y con la inserción en el mundo sensible, imaginativo y conceptual de los hombres. Traduciendo esta experiencia al lenguaje de los hechos y en expresiones conceptuales, Jesús ejercía su profetismo supremo, como revelador del Padre a la humanidad²⁷. Los apóstoles testifican lo que han visto, contemplado y palpado del Verbo de la vida²⁸.

La fe, como virtud infusa y sobrenatural, es un don de Dios; pero la fe no es para el cristiano peregrino una vida permanente ni perfecta. La fe, oscura por definición, es la aceptación de una realidad de la que no se tiene evidencia

²¹ Mc 3, 3.

²² Gal 1, 15-16.

²³ Act 4, 20.

²⁴ *Suma Teológica* II-II q.188 a.6.

²⁵ Jn 1, 18.

²⁶ Mt 11, 27.

²⁷ J. ALFARO, *Las funciones salvíficas de Cristo, como Revelador, Señor y Sacerdote*, en *Mysterium Salutis*, III, 2º vol., Madrid 1969, 734-735.

²⁸ Cf. 1Jn 1-2.

intrínseca, sino que se apoya únicamente en la autoridad de Dios²⁹. Inicia, con todo, un contacto vital con Dios. Vigorizar la fe y perfeccionarla intrínsecamente es acción que el Espíritu Santo realiza a través de sus dones contemplativos, principalmente el de entendimiento y sabiduría. He ahí el cometido de la contemplación. Y me refiero a la contemplación no sólo como oración mental, sino en el orden auténticamente místico.

Testigo es aquél que conoce los hechos, que ha presenciado. La fe es de lo invidente, la contemplación, en cambio, es una cierta visión. «No podemos eximirnos de la práctica de una intensa vida interior. No podemos anunciar la palabra de Dios sin haberla meditado en el silencio del alma»³⁰.

¿Qué es, pues, contemplación?

Contemplar es mirar admirativamente, con amor y gozo. Imposibilitados de concebir y nombrar las realidades espirituales en sí mismas, las indicamos analógicamente a través de aquellas realidades sensibles que guardan con ellas con cierta relación. Contemplar es detenerse a mirar una persona, un panorama, una obra de arte, envuelta el alma en un gozo que le proporciona la sublimidad del objeto. Es acto de conocimiento que implica satisfacción y deleite.

El rostro de Cristo en el Expolio, del Greco, es objeto de la contemplación estética de los visitantes de Toledo. Esta misma obra fue objeto de la contemplación imaginativa y creadora del artista. La verdad que se presenta con el fulgor de la evidencia, cautiva al filósofo, al científico. El misterio de Dios es objeto de la contemplación sobrenatural.

La contemplación sobrenatural o mística debe entenderse en su marco adecuado del organismo sobrenatural de la gracia y bajo el impulso normativo del Espíritu Santo. En efecto, la gracia santificante confiere al hombre una verdadera participación análoga de la vida divina y de su inmanente actividad cognoscitiva y amorosa. Con la gracia recibe el hombre una transformación elevadora de su actividad por las virtudes infusas. Mientras es el propio creyente iluminado por la fe y movido por la caridad, quien dirige el esfuerzo de unión con Dios, el alma vive la gracia divina de *una manera humana*. Este momento de ascetismo purificador es preparación indispensable para la contemplación sobrenatural³¹. Mas la gracia divina está orientada por su misma condición a ser vivida de *una manera divina*. Esta maravilla interior la realiza el Espíritu Santo por mediación de los dones. En un principio, esporádicamente; luego, de forma más continuada.

Así entendido el proceso interior, la contemplación se caracteriza como un acto cognoscitivo sobrenatural, penetrante, intuitivo y sapiencial del misterio de Dios. Acto relacionado directa e intrínsecamente con la fe, aunque por su penetración la supera y perfecciona intrínsecamente, aun teniendo por objeto el mismo de la fe. Menéndez-Reigada escribe: «El acto de contemplación supone siempre el acto de fe, porque no es posible contemplar un objeto, al cual el entendimiento no está de alguna manera unido, y esa unión intelectual con el objeto sobrenatural sólo de la fe nos puede venir... Una vez así unido el entendimiento

²⁹ Cf. DENZ., n. 1532, 3008, 3010.

³⁰ PABLO VI, Discurso a la II Asamblea General del CELAM, Bogotá, 24 de agosto de 1968.

³¹ *Suma Teológica* II-II q-180 a.2 y ad. 3.

con la verdad sobrenatural, ya tendrá una capacidad radical para contemplar; mas eso ya no pertenece el hábito de la fe, que se limita a prestar su asentimiento a la verdad, movido por la voluntad y no por la verdad misma, en cuanto sólo presta dicho asentimiento por una autoridad extrínseca»³². «La fe en esta vida –afirma Juan de Santo Tomás– no puede esclarecerse y perder su oscuridad por parte del objeto, ya que se apoya siempre en el testimonio extrínseco y no puede pasar de él a la visión de la cosa, que cae fuera de su objeto específico.»

«El alma, cautiva por los lazos de la fe, sólo puede ser iluminada por la llama del amor, que instruye en grado sumo. Es, pues, preciso que los dones de inteligencia, sabiduría y ciencia procedan del amor y se apoyen en él para que puedan rasgar las tinieblas de la fe y nos abran los cielos»³³. En otras palabras: la oscuridad de la fe no puede remontarse por sí misma hasta la contemplación. Asiente a la verdad inevidente. El paso de la fe a la contemplación, como transparencia del misterio divino, es obra de los dones intelectivos mencionados, por ellos su objeto es *visto* de alguna manera³⁴.

Y no por ello desaparece la fe, pues no se trata de una visión intuitiva de la esencia divina, ya que el objeto formal de estos dones es la connaturalidad con la Verdad y Bondad divinas, en cuanto experimentadas y saboreadas en sus efectos de gracia³⁵. Es, en decir de los místicos, la pureza de la fe.

La caridad impulsa a la contemplación porque es vínculo unitivo con Dios, objeto de la misma. Mas, como hábito infuso de condición afectiva, no puede intervenir formalmente en ella, que es acto cognoscitivo. Sin embargo, al aproximarse a Dios facilita la mirada admirativa. Impulsa a la contemplación, porque ella misma sólo puede perfeccionarse en el conocimiento inherente al acto contemplativo³⁶. Es, pues, causa y efecto de la contemplación, puesto que «el término de la vida contemplativa es el gozo que radica en la voluntad y que, a su vez, aumenta el amor»³⁷. *El que me ama a Mí será amado de mi Padre y Yo le amaré y me manifestaré a él*³⁸. Entre conocer y amar existe una circularidad vital; el bien sólo puede quererse en cuanto conocido³⁹.

Con ello la actividad donal realiza el modo divino de la gracia, perfeccionando las virtudes infusas en aquello que son imperfectas⁴⁰, pues las mociones del

³² IGNACIO G. MENÉNDEZ-REIGADA, en las notas doctrinales de *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana*, por el V. P. M. FR JUAN DE SANTO TOMÁS, Madrid, C.S.I.C., 1948, 146.

³³ *Ibid.*

³⁴ ³⁴ «El alma deseosa de perfección ha de intentar y procurar tener a Dios presente, es decir, no sólo poseído por la oscuridad de la fe, sino conocido de manera transparente y presentado con frecuencia a los ojos del alma, por la iluminación de los dones del Espíritu Santo, que se perfeccionan mediante el amor» (JUAN DE SANTO TOMÁS, o. c., 34); cf. A. ROYO MARÍN: *Introducciones del Tratado de los distintos géneros y estados de perfección*, en *Suma Teológica* (bilingüe), t X, Madrid, BAC 134, 606).

³⁵ Cf. I-II q.69 a.2 ad.3 y *De virtutibus in communi*, a.12 ad.1.

³⁶ Cf. II-II q.180 a.1 y I-II q.28 a.2.

³⁷ II-II q.180 a.1.

³⁸ Jn 14, 21.

³⁹ Cf. I-II q.27 a.2.

⁴⁰ Cf. I-II q.68. aa.1-8.

Espíritu Santo producen connaturalidad y experiencia sobrenaturales, por cuanto el mismo Espíritu es norma y regla de la vida interior.

2. Valor y función de los dones

Don de entendimiento

¿Qué papel desempeñan en la contemplación los dones intelectivos? Realizan una función propia y formal.

«El don de entendimiento es uno de los principios formales de la contemplación cristiana y sus actos son principalmente contemplativos»⁴¹. Es el don que posibilita la perfección de la fe, por cuanto la innata imperfección y oscuridad de la misma queda subsanada, aun sin conferirle la evidencia intrínseca e intuitiva de su objeto. El Espíritu Santo obrando en el interior del creyente *lo escudriña todo, hasta las profundidades de Dios*⁴². El nos ayuda a superar las deficiencias de la fe, inherentes a nuestro modo humano o antropocéntrico de vivirla.

a) Nuestro acto de fe queda afectado por el modo racional discursivo, y no intuitivo, de conocer la verdad. Con ello se da una desproporción entre el objeto de la fe simplicísimo, Dios, y nuestro modo complejo de conocerle teologalmente⁴³.

El don de entendimiento tiende a simplificar nuestro modo complejo y discursivo en una mirada sencilla e intuitiva de la verdad sobrenatural, en una adecuación creciente al propio modo de conocer de Dios⁴⁴. De esta simplificación del discurso brota pujante la seguridad de la fe⁴⁵, no por la supresión de la conexión de los términos de las proposiciones de fe, sino porque en su mayor penetración experimental conserva lo formal de tales juicios, de manera análoga a como en la simplicísima ciencia divina se da un juicio virtual eminente de la verdad⁴⁶. «Si la verdad es una adecuación entre el conocimiento y la cosa conocida, no puede existir esta adecuación mientras perdure esa complejidad de nuestros modos de conocimiento de las cosas simplicísimas, cuales son las de la fe»⁴⁷.

b) No sólo es discursivo nuestro modo de conocer, sino que además está vinculado a la sensibilidad. Únicamente podemos conocer lo espiritual por abstracción y reflexión. Dios es sumamente espiritual y nuestra conceptualización de su realidad es deficiente e inadecuada.

⁴¹ TEÓFILO URDANOZ, *Los dones del Espíritu Santo correspondientes a la fe*, en *Teología Espiritual*, 2 (1958), 395-417, 410.

⁴² 1Cor 2, 10.

⁴³ Cf. I-II q.9 a.1 ad.1; y MENÉNDEZ REIGADA, o.c., p.430 y ss., cuyo esquema y citas utilizo.

⁴⁴ Cf. I-II q.9 a.1 ad.1.

⁴⁵ «Secundo autem oportet quod removeatur secunda deformitas, quae est per discursum rationis. Et hoc idem contingit secundum quod omnes operationes animae reducuntur ad simplicem contemplationem intelligibilis veritatis. Et hoc est quod secundo dicit, quod necessaria est "uniformis convolutio intellectualium virtutum ipsius": ut scilicet cessante discursu, figatur eius intuitus in contemplatione unius simplicis veritatis. Et in hac operatione animae non est error, sicut patet quod circa intellectum primorum principiorum nom erratur, quae simplici intuitu cognoscimüs» (II-II q. 180 a.6 ad.2).

⁴⁶ Cf. II-II q.9 a.1 ad.1.

⁴⁷ MENÉNDEZ REIGADA, o.c., 432.

El don de entendimiento realiza la purificación liberadora de estas limitaciones humanas de la fe, procedentes de las imágenes y especies de origen sensible, porque nos conduce a un conocimiento apofático de Dios, que es muy positivo por su misma elevación. Es como el conocimiento de los colores simplificados en la luz.

Sabemos por teología que la propia esencia divina se une al entendimiento de los bienaventurados de una manera operativa, siendo ella misma la especie expresa de la visión intuitiva. Si se excluye este camino en la contemplación actual y las formas procedentes de la abstracción, ¿qué camino nos queda en orden al conocimiento de Dios? Recordemos que la contemplación cristiana no intuye al mismo Dios, sino que termina en la verdad y bondad divinas en cuanto experimentadas por los efectos de la gracia, principalmente en el misterio de la inhabitación de la Trinidad. «Lo que la misma esencia divina hará en el cielo, eso puede hacerlo la gracia en esta vida en orden al conocimiento de Dios. Y siendo la gracia una participación formal de la misma esencia de Dios, bien se comprende que en ella se puede ver a Dios de la manera más perfecta posible fuera de la visión de su misma esencia»⁴⁸. Es la doctrina enseñada por San Alberto⁴⁹ y Santo Tomás⁵⁰. Estos doctores atribuyen a la inhabitación un conocimiento experimental o quasi-experimental de Dios⁵¹. Este conocimiento de Dios por la gracia, bajo la actuación del Espíritu de Verdad, es cualitativamente superior al de la fe, anclada en conceptos abstractivos.

El concepto de experiencia se aplica directamente al orden sensible. Se puede transferir al orden espiritual siempre que se trate, según Santo Tomás, de un conocimiento sobre un objeto presente en la mente por connaturalidad⁵², sin discurso⁵³ y connotando la afectividad⁵⁴. Como confirmación de esta purificación de imágenes y especies, ¡cuántas dificultades no hallaba Santa Teresa de Jesús en transcribir sus experiencias místicas!

c) En tercer lugar, la fe por la autoridad infalible de Dios se adhiere a las verdades de la fe, acepta las formulaciones dogmáticas, pero carece de luz para penetrarlas más ampliamente. La luz de la fe, vivida en enigma, se queda en la corteza de la verdad revelada.

El don de entendimiento aporta una nueva luz, consecuencia de la simplificación del modo discursivo y de la dependencia de la sensibilidad. Y cuanto más intensa es la luz, más intensa y profunda es la penetración de la verdad⁵⁵ «ya que *entendimiento* denota cierta excelencia de conocimiento para penetrar hasta lo

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ («Deus videtur hie a nobis in specie suae similitudinis quae est effectus gratiae eius in nobis, et ille effectus gratiae non est effectus communis» (1 Sent d. 17 a.6 ad.2; ed. Bornet, t 5, 475); cf. PEDRO RIBES: *La inhabitación de la Santísima Trinidad, según San Alberto Magno*, Barcelona 1967, 124-126 y 163-166.

⁵⁰ («Sapientia, qua nunc contemplamur Deum, non inmediate respicit ipsum Deum, sed effectus ex quibus ipsum in praesenti contemplamur» (*De virtutibus in communi*, a. 12 ad.7).

⁵¹ Cf. S. ALBERTO: *Summa Theol.*, I q.32 m.2 a.2; B t.21, 346; SANTO TOMÁS, I q.43 a.5 ad.2; I Sent d. 14 q.2 a.2 ad.3.

⁵² Cf. I q.58 a.3 ad.3.

⁵³ Cf. I q.43 a.5 ad.2; II-II q.45 a.2 y 5.

⁵⁴ Cf. I q.43 a.5 ad.2.

⁵⁵ Cf. I-II q.8 a.5 ad.1.

más íntimo»⁵⁶. Por esta mayor penetración se da en cierta manera la *visión* desde dentro, se ve a Dios en cierta manera connatural en los efectos de la gracia⁵⁷. Aquí radica el perfeccionamiento intrínseco de la fe por la acción donal del entendimiento; mientras la fe asiente a la verdad, el don la penetra íntimamente⁵⁸. Esta es la misión que Jesucristo anuncia del Espíritu Santo: *os he dicho estas cosas mientras permanezco con vosotros; pero el Abogado, el Espíritu Santo que el Padre enviará en Mi nombre, Ése os lo enseñará todo y os sugerirá todo lo que Yo os he dicho*⁵⁹. A los discípulos de Emaús y a Pedro en Pentecostés *se les abrió la inteligencia para que entendieran las Escrituras*⁶⁰.

d) Por último, la fe, puesto que es oscura, por inevidente, tiene una certeza objetiva plena y firmísima, la veracidad de Dios. Mas, precisamente por ser su objeto inevidente, la certeza subjetiva es sumamente tenue⁶¹.

El don de entendimiento que ha purificado la fe en los aspectos antes descritos, al llevar al creyente a la penetración de la verdad revelada aumenta la certeza subjetiva, al tomar más transparente el motivo formal de la fe. Esta mayor certeza engendra el gozo de la verdad poseída⁶², y es la convicción que alienta a los mártires a dar su vida en defensa de la fe.

La *Subida al Monte Carmelo* de San Juan de la Cruz, describe las arduas purificaciones de la fe hasta llegar al gozo de la contemplación. Se trata de perder nuestra seguridad para adquirir la seguridad que proviene de la acción del Espíritu Santo. Para realizar este beneficioso trueque, necesitamos una valoración connatural y llena de afecto de Dios.

Don de sabiduría

Esta valoración corresponde al don de sabiduría.

Entre Dios y la criatura existe un desnivel ontológico. Para salvarlo, Dios nos ha elevado a la condición de hijos y nos ha introducido con su presencia inabitante en la intimidad de la Trinidad. No somos siervos, sino amigos⁶³, somos morada del Dios vivo⁶⁴ y formamos una misma realidad, sin confusión, con Dios: *que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos*⁶⁵. Y así *la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado*⁶⁶.

⁵⁶ *Ibíd.*, ad.3.

⁵⁷ Cf. I-II q.69 a.2 ad.3.

⁵⁸ Cf. II-II q.8 a.6 ad.2.

⁵⁹ Jn 14, 25-26.

⁶⁰ Lc 24, 25; cf. Act 2, 18ss.

⁶¹ Cf. II-II q.4 a.8.

⁶² Cf. Gal 5, 2; *Suma Teológica* II-II q.8 a.8.

⁶³ Cf. Jn 15, 14-17; 17, 8.

⁶⁴ Jn 14, 24.

⁶⁵ Jn 17, 21.26.

⁶⁶ Rm 5, 5; cf. *Suma Teológica* II-II q.23 a.1.

La distancia entre Dios y el cristiano queda aminorada, en cuanto al conocimiento, por las mociones del don de entendimiento. La adecuación perfecta en el amor la cumple el don de sabiduría.

Don esencialmente intelectual, contemplativo, cuyo acto es el juicio valorativo de la bondad divina, realizado por connaturalidad con el objeto bajo el impulso normativo del Espíritu de Verdad. Es una mirada valorativa de Dios desde la misma intimidad divina. Como juicio es intelectual, en cuanto valorativo surge de la caridad y su efecto es el aumento de amor. Dice de él el Angélico: «Esa rectitud puede ser de dos maneras: conforme al uso perfecto de razón o por cierta connaturalidad con aquello que ya se ha de juzgar; como respecto de la castidad, rectamente juzga con inquisición de la razón quien ha aprendido la ciencia moral, y por cierta connaturalidad con ella quien posee su hábito. Así pues, tener juicio recto sobre las cosas divinas por inquisición de la razón, pertenece a la sabiduría, virtud intelectual; mas poseerlo por connaturalidad con ellas, a la sabiduría, don del Espíritu Santo... Por tanto, el don de sabiduría tiene en la voluntad su causa, la caridad; su esencia en el entendimiento, cuyo acto es juzgar rectamente»⁶⁷.

Por lo mismo, este juicio recto valorativo no depende del raciocinio teológico, sino de la connaturalidad que brota de la experiencia interior: «saber las cosas creídas cuáles son en sí mismas por cierta unión con ellas pertenece al don de sabiduría. Por lo cual, el don de sabiduría más corresponde a la caridad que una con Dios la mente del hombre»⁶⁸.

La caridad, como raíz y efecto del don de sabiduría, deja intacto lo formal de su objeto intelectual. Sin embargo, por la intimidad, introduce modificaciones sustanciales en el condicionamiento de la contemplación⁶⁹. Aproximarse al objeto no es esencialmente mirarlo, pero facilita el verlo mejor. Así obra la caridad en el don. Don que permite saborear la verdad que Dios es Amor, y con la claridad de esa verdad sabida se ilumina la realidad creada; los planes de la providencia son más nítidos, pues se valora todo desde el gusto de la bondad de Dios⁷⁰. *Gustad y ved cuán suave es el Señor*⁷¹.

Desde este conocimiento sapiencial, en la intimidad connatural con Dios, el hombre «se hace un solo espíritu con Él»⁷²; aumenta el deseo delicado de «inquirir intrínsecamente todos los detalles que pertenecen al amado»⁷³, y se considera el bien y la gloria de Dios como algo propio⁷⁴. Por ello los contemplativos se enardecen en la gloria de Dios –*ut in omnibus honorificetur Deus*, de San Benito–; en el deseo de identificarse con Cristo –*mihi vivere Christus est*, de San Pablo–; y en el deseo de sufrir por el Señor –o padecer o morir– de San Juan de la Cruz.

⁶⁷ II-II q.45 a.2.

⁶⁸ II-II q.9 a.2 ad.1.

⁶⁹ Cf. M. M. PHILIPPON, *Los dones del Espíritu Santo*, Barcelona 1966, 232ss.

⁷⁰ Cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, Buenos Aires 1944, 797.

⁷¹ Sal 33, 9.

⁷² 1Cor 6, 17.

⁷³ I-II q.28 a.2.

⁷⁴ Cf. *Ibidem*.

Quien así alcanza ver a Dios puede ser testigo fehaciente de la fe y alma de una visión teológica del mundo presente que camina hacia el reino consumado de Cristo. El contemplativo, con la ayuda de los dones de ciencia, consejo y fortaleza podrá impregnar toda su vida, su palabra y su acción del sentido convincente de Dios. Los contemplativos siempre han sido los mejores consejeros. San Bernardo, dedicado a la contemplación, ¿no fue el gran consejero de su siglo?

El interés de nuestra juventud por las religiones orientales y su misticismo, ¿no se debe —al menos en parte— a que no se les muestra la riqueza de esta vivencia interior de la contemplación cristiana?

Sacramento de la Confirmación

Desearía dejar constancia de una sugerencia teológica, rica en perspectiva, de un profesor de teología que ha meditado asiduamente estos temas⁷⁵.

Defiende la vocación universal a la contemplación sobrenatural, como desarrollo normal de la gracia, supuesta siempre la docilidad ascética y purificadora que ella comporta. Pero une esta vocación universal, que sólo es posible bajo la acción del Espíritu Santo, a la gracia sacramental de la Confirmación: siendo la actuación de los dones del Espíritu Santo la gracia propiamente sacramental de la Confirmación.

Esta última afirmación la apoya en la doctrina de Santo Tomás sobre la Confirmación, como sacramento «de la plenitud del Espíritu Santo, que opera de manera multiforme»⁷⁶, por el cual se alcanza «en algún modo la edad perfecta de la vida espiritual»⁷⁷. Y presenta como texto fundamental el siguiente: «Los que reciben este sacramento de plenitud de gracia son hechos conformes a Cristo en su soberana perfección de Verbo Encamado, tal como San Juan lo describe, *lleno de gracia y de verdad*»⁷⁸.

Si la Confirmación confiere una configuración con Cristo en la soberana condición de Verbo Encamado, le convierte al que la recibe en testigo de la Verdad y en vencedor del mal por la eficacia de la caridad, y esto cuasi *ex officio*, en la expresión del Angélico⁷⁹.

Esta configuración tiene dos principios convergentes: el carácter y la gracia. Por el primero se da una participación en el sacerdocio de Cristo en su triple aspecto cultural, profético y de régimen. La profesión pública de la fe reviste carácter de verdadero culto a Dios y de influencia cristiana en los hombres y en la sociedad. La configuración por el carácter sacramental es exigitiva de la profesión de fe, como auténtico testigo. «La plenitud de verdad y de gracia, que la misión de

⁷⁵ PEDRO RIBES, *La contemplación, perfección intrínseca de la fe*, en *Estudios Trinitarios*, 5 (1971) 319-347, p. 341ss. En mi anterior sede de Barcelona he seguido toda su producción teológica y de divulgación.

⁷⁶ III q.72 a.2 ad.2.

⁷⁷ *Ibid.*, ad1.

⁷⁸ *Ibid.*, ad4.

⁷⁹ III q.75 a.5 ad.1.

testigo requiere, sólo se puede obtener en una contemplación transparente de la bondad divina, experimentada sapiencialmente»⁸⁰.

Si el carácter asimila exigítivamente a Cristo, la gracia lo realiza efectivamente. Y esta gracia sacramental es la moción del Espíritu Santo recibida a través de los dones, como hábitos receptivo-operativos. La actuación del Espíritu Santo es gratuita respecto del cristiano, pero no respecto de los méritos de Cristo, que se nos aplican en el sacramento. «Esta actuación fue merecida por Cristo y es exigida por la Confirmación, por la huella del Redentor marcada en nuestro interior por el carácter y por la gracia; en modo alguno por nuestra condición de creaturas. Por lo cual continúa siendo gratuita para nosotros, como es gratuita la misma redención. Merecida, sin embargo, por Jesucristo condignamente con plena justicia»⁸¹.

Esta sugerencia teológica puede sernos muy útil al pensar en el futuro de la Iglesia y de la contemplación⁸².

3. De la contemplación a la acción fecunda y creadora

Las reflexiones teológicas anteriores nos sitúan en el corazón del misterio, y permiten descubrir cuán esencialmente interesan al hombre los valores de la contemplación, precisamente para una acción fecunda en su vida. En efecto, el hombre necesita: saber profundo que viene del fondo del alma, energías de paz, de quietud y de concentración, visión que procede de zonas que están más allá de la mera razón y de la utilidad. Necesita hondura y «calado» en todo, para que la vida no se le haga cada vez más superficial, o más disparatada, y se pierda en esa red de instalaciones que llena el mundo. El hombre se hace débil y deja de ser señor de sí mismo cuando rompe la conexión con los valores absolutos, que son los que dan firmeza y solidez.

No es sólo descanso y posibilidad de recuperación lo que hay que ofrecer al hombre, sino tiempo en el que se eleve a Dios y una situación de vida que le permita hacerse eco de su interioridad. No pueden desaparecer los valores contemplativos, porque representaría un paso, el mayor y más decisivo, a la exteriorización y trivialización de la vida, la pérdida de la verdadera cualidad humana y la debilitación de su fuente de energía y, por tanto, de la fuente de energía de la historia, y esto no lo compensan ni técnicas, ni economías.

Las acciones del hombre sólo pueden explicarse por el móvil que las impulsó, no tienen sentido y valor en ellas mismas. Hay una relación profunda entre acción y contemplación. Filósofos y místicos convienen en reconocer una relación estrechísima, inevitable, entre contemplación y acción. Parece paradójica, pero se entiende cuando se piensa que para el místico la contemplación no es inactividad, sino la forma más alta de vida activa y el grado supremo de la actividad espiritual. Suelen hacerse apreciaciones falsas acerca de la filosofía

⁸⁰ RIBES, art cit., p.345.

⁸¹ *Ibid.*, p. 346.

⁸² En las reflexiones precedentes sobre la actividad y función de los dones del Espíritu Santo me inspiró en el libro *Los dones del Espíritu Santo*, de GARCÍA VIEIRA, Ediciones Desclee, Buenos Aires, 1954. Véase también *Convivencia, alegría y paz*, de PEDRO RIBES, Editorial Balmes, Barcelona 1970.

de la acción al considerarla como un puro irracionalismo. La acción es intrínseca a la actividad misma de la razón, la fase práctica de la voluntad. Así es considerada, por ejemplo, por el Cardenal Newman, que juzga ficticia, inoperante, abstracta una razón puramente contemplativa que no implique adhesión práctica y activa hacia los objetos a los que se dirige.

Los dos escritos del Cardenal Newman, de contenido apologético, *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana* y el *Ensayo de una gramática del asentimiento*, parten del mismo supuesto: una doctrina, cuando es verdaderamente viva y vital, no es una simple posición intelectual, sino que arrastra consigo a la voluntad y, en general, la actividad práctica del hombre. «Cuando una idea –dice– sea real o no, tiene tal naturaleza que fija y posee al espíritu, se puede llamar viva, esto es, se puede decir que está viva en el espíritu, que es su receptáculo. Así, las ideas matemáticas, aunque reales, no pueden propiamente ser llamadas vivientes, al menos de ordinario. Pero cuando un enunciado general, tanto si es verdadero como si es falso, sobre la naturaleza humana, el bien, el gobierno, el deber o la religión, se difunde en una pluralidad de hombres y reclama su atención, no sólo es recibido pasivamente en esta o en aquella forma en muchos espíritus, sino que se convierte en ellos en principio activo, que les lleva a una contemplación siempre renovada del mismo, a aplicarlo en varias direcciones y a difundirlo por todas partes»⁸³.

La acción ha de ser pensada y la contemplación ha de ser acción. El jefe de un aeropuerto no realiza menos la acción que el piloto que la ejecuta; él lleva en sí la responsabilidad que la acción misma le impone porque la piensa. Acción y contemplación se complementan; la elección de esta última no supone de ninguna manera la renuncia de la acción. Toda creación es fruto de una intuición que se torna acción. La evidencia espiritual es el beneficio de la contemplación, en la cual el pensamiento y la acción encuentran su cumplimiento y realización. Cualquiera que acceda a la contemplación se transforma en simiente, en rica semilla que germinará en copioso fruto. El que descubre una evidencia tira del otro para mostrársela. Por eso se ha llamado a la plegaria trabajo y al trabajo plegaria.

Sólo por los valores contemplativos puede el hombre descubrir el sentido de los seres y su calidad. La creación sólo es llevada a cabo por la contemplación y la reflexión; toda realización brota de ellas. Hay que redescubrir la fuerza de los valores contemplativos más allá de la técnica, de lo efectivista y pragmático. Sólo con esa actitud ante la vida hay densidad humana. La contemplación desborda el problema de la vida religiosa y se derrama por todas las formas de vida. Las actuaciones del hombre sólo tienen sentido y densidad cuando son «causadas» por su espíritu, como fruto de sus reflexiones hondas. La inteligencia y el razonamiento tienen que ahondar sus raíces en la fuente y manantial de la contemplación; sólo así es posible la manifestación de la belleza, la solución de los problemas sociales y políticos, y la superación de las crisis morales y económicas. Por la contemplación, el hombre busca las líneas de fuerza fundamentales para la vida y su despliegue. El paso del plano de la práctica, del plano intelectual al plano moral se da mediante la profundización en una verdad entrevista por el espíritu.

⁸³ J. H. NEWMAN, *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, París 1909, 36.

4. La contemplación, la más alta expresión de la vida intelectual y espiritual del hombre

«La contemplación es la más alta expresión de la vida intelectual y espiritual del hombre. Es esa vida misma, plenamente despierta, plenamente activa, plenamente consciente de que está viva. Es portento espiritual. El espontáneo temor ante lo sagrado de la vida, del ser. La gratitud por la vida, por la conciencia y por el ser. La vívida comprensión de que nuestra vida y nuestro ser proceden de una Fuente invisible, trascendente e infinitamente abundante. La contemplación es, por encima de todo, la conciencia de la realidad de esa Fuente»⁸⁴.

La contemplación es la que da fuerza y potencia a la vida humana y asegura su raíz y fundamento. Es necesario el desarrollo de la contemplación para que se logre una civilización digna de hombres íntegros. Ella hace avanzar más y más en todos los órdenes, porque todo lo que es progreso tiene que estar cimentado en la verdad, máxima aspiración del ser humano y objeto central de todos sus esfuerzos. De la contemplación se salta al conocimiento de Dios, del mundo y de los hombres. Cada realidad tiene en sí una ley, una estructura que viene de mucho más lejos que la palabra que la designa, y va también más allá que ella. La contemplación es la puerta de entrada desde donde cada cosa recobra su densidad original, y se descubre la red de todas las relaciones. ¿Qué puede dar sentido al hombre si no es la contemplación?

Para todo pensador profundo hay algo muy esencial que permanece a través de este constante devenir hacia objetivos y continuas transformaciones. En una perspectiva moral, la ontología, diría Blondel, es una «ontogenia»: «*Pero a partir de estas indicaciones preparatorias, solo nos queda una impresión del carácter dinámico de una verdadera ontología, que podría llamarse más adecuadamente ontogenia. Lo que ahora tenemos que aclarar punto por punto y paso a paso es, ante todo, la presencia efectiva de la norma que es, en nosotros, el llamado de Vetre, quién debe ser, quién será y quién ya está esbozando*»⁸⁵. Sólo la contemplación es capaz de captar ese algo que permanece a través de todas las transformaciones y oír la llamada al ser que debemos ser y que está ya en nuestro interior. «La contemplación es también la respuesta a una llamada: una llamada del que no tiene voz y, sin embargo, habla de todo cuanto es y, especialmente, en la profundidad de nuestro propio ser»⁸⁶.

Los hombres, al asumir la dirección de nuestra vida abrazamos con mirada inquieta nuestras posibilidades, cuya realización y logro constituye el drama de nuestra libertad. Sólo la contemplación nos impedirá abdicar de nuestra misma cualidad humana y de nuestra vocación a la grandeza. Toda acción es una interrogación sobre la condición humana. Los hombres luchan, se afanan, mueren, ¿por qué? ¿En nombre de qué el esfuerzo, el maquinismo, la técnica, el progreso, el trabajo, la política, el vértigo en la diversión y en el placer? ¿No es la primera ley la de defender la dignidad humana, la integridad del hombre, su felicidad eterna? ¿Por qué sus actos? ¿Le fundamentan, le destrozan, le

⁸⁴ THOMAS MERTON, *Nuevas semillas de contemplación*, Buenos Aires³ 1958, 15.

⁸⁵ MAURICE BLONDEL, *L'être et les êtres*, París 1935, 218.

⁸⁶ THOMAS MERTON, *Nuevas semillas de contemplación*, 16.

realizan? La respuesta a la acción última sólo puede venir de la dimensión fundamental del hombre, de su estructura esencial, de su carácter de ser religado a Dios, que viene de Él y va a Él.

La sociedad, para que merezca ese nombre, tiene que estar integrada por personas, no por cerebros electrónicos, ni por números, ni por unidades mecánicas. Y ser persona implica, como ya he dicho anteriormente, una interioridad en la que el hombre descubre su realidad, la del otro, y la del mundo en que habita. Cuando los hombres están meramente sumergidos en una masa de seres impersonales, impulsados o movidos por fuerzas automáticas o ajenas a su ser, pierden su capacidad, viven ajenos a su espíritu y no pueden mantenerse unidos por el amor. Y al perder su excelsa y exclusiva capacidad de contemplación se llenan de servilismo, de resentimiento, de odio, y la sociedad se corrompe. El hombre no puede recibir un mensaje espiritual mientras su mente y su corazón no estén libres. Si está esclavizado, no puede remontarse a la verdad. El progreso técnico, crezca en la medida que crezca, no curará nunca el egoísmo y el odio que como un cáncer corroe las entrañas de una sociedad materialista. La única cura es espiritual.

«La naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien. Imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible. Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría. Debe advertirse a este respecto que muchas naciones económicamente pobres, pero ricas en esta sabiduría, pueden ofrecer a las demás una extraordinaria aportación. Con el don del Espíritu Santo, el hombre llega por la fe a contemplar y saborear el plan divino. En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente»⁸⁷.

La concepción bíblica del hombre señala en él tres aspectos fundamentales:

1º Está hecho a imagen y semejanza de Dios. Tiene un ser que rebasa lo material, y su plenitud y felicidad están en Dios. *Dijo Dios: Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza..., y creó Dios el hombre a imagen suya*⁸⁸. El hombre necesita por su mismo ser de la contemplación, adoración y glorificación de Dios. *Amarás a Dios tu Señor con todo tu corazón y con toda tu alma y toda tu inteligencia*⁸⁹.

2º Dominio sobre el mundo. Cuando Dios crea a Adán le asigna su tarea terrestre, dominar el mundo y ponerlo a su servicio. *Domine en los peces del*

⁸⁷ *Gaudium et Spes*, 15-16.

⁸⁸ Gn 1, 26-27.

⁸⁹ Dt 6, 5.

*mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra... Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra... Mirad que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra y todo árbol que lleva fruto de semilla: Eso os servirá de alimento*⁹⁰.

3º Estar en comunión con los demás hombres. A la esencia de la naturaleza humana pertenece «la relación». *No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada*⁹¹. *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*⁹².

El hombre no puede abandonar ninguno de estos tres aspectos porque los tres se entrelazan, son consecuencias unos de otros, y resumen toda su vida. No está dividido el hombre, ni disociado, es una maravillosa unidad; su lucha está entre la gloria de Dios o la idolatría de sí mismo. La disociación aparece cuando nosotros introducimos esta deformación, pues es evidente que no pueden existir dos absolutos.

Romano Guardini, en un magnífico escrito *–El domingo, ayer, hoy y siempre–* incluido dentro del libro ya citado *La preocupación por el hombre*, señala cómo la Biblia ritmaba la existencia del hombre entre el trabajo y la adoración. Este ritmo venía dado por los días de la semana que oscilaban entre la soberanía del hombre sobre el mundo, seis días de trabajo, y la adoración; la confirmación creativa del mundo, y su ofrecimiento a Dios. El séptimo día se renovaba su fuerza, su visión; la contemplación de Dios elevaba su espíritu y le enderezaba por caminos seguros y verdaderos.

Cristo ha fundado una nueva existencia, con Él empieza el existir cristiano. Surge el día del Señor, el día de la Resurrección. Este día queda el cristiano libre de su trabajo y tiene que volver siempre a darse cuenta de que está «redimido», de que está llamado a ser hijo de Dios y participar en su vida. Por eso es tan importante el domingo y esos tiempos de contemplación que el alma necesita para poder ser. En esos tiempos se replantean todo lo que es su vida y su hacer, su amor y su relación, el camino que está recorriendo y lo que está dando a los de su alrededor. Sin la contemplación y la adoración, el hombre se vuelve inhumano por muy progresivo y técnico que sea.

Todos necesitamos horas de reflexión para comprender nuestra dignidad, la de nuestra condición de criaturas e hijos de Dios, a pesar de todo. Enajenados por la vida cotidiana, perdemos el sentido de la realidad y nos hacemos confusos con nuestros enredos, juicios y tensiones. Se nos quebranta el valor por la pequeñez, la maldad y la miseria. ¡Cómo nos dejamos llevar por la vorágine de nuestra civilización! ¿En qué quedan nuestros ratos de reflexión, de encuentro con nosotros mismos, de adoración, de contemplación, a la luz clara del Evangelio, de nuestra tarea, en ese mundo que nos ha sido confiado a los hombres? ¿En qué queda la vital y necesaria participación, serena, tranquila, sin prisa, en el sacrificio redentor de Cristo? ¿Es realmente fuente de energía? Si se lograra desarraigar en el hombre la contemplación, perdería su consistencia

⁹⁰ Gn 1, 26.28-29.

⁹¹ Gn 2, 18.

⁹² Lv 19, 18.

religiosa y quedaría a merced de todos los intereses, poderes y afanes egoístas de sí mismo y de los demás.

Tercera Parte

LA CONTEMPLACIÓN DE CARA A LA CIVILIZACIÓN DEL FUTURO

1. Lección del pasado

La lección del pasado puede servirnos para ahuyentar de nuestros espíritus, tanto el orgullo pesimista como la altanería del optimismo, centrados en el solo esfuerzo humano, y para afianzarnos en la esperanza teologal del Dios providente, rector de la historia de los hombres y de las colectividades.

El Dios eterno y trascendente al tiempo ha querido asumir, por medio de su Hijo encarnado, la temporalidad y la historicidad del hombre. Con su palabra de verdad, con su santidad, su muerte y resurrección, ha esclarecido el sentido definitivo de la existencia del hombre en su destino eterno y sobrenatural, y ha vencido el mal del error, del pecado y de la muerte. Escatológicamente, el triunfo del bien sobre el mal es una realidad.

Pero mientras no llegue la hora del triunfo definitivo, coexisten en el mundo el bien y el mal. La parábola del trigo y la cizaña es una indicación de la contrastante realidad de la historia. En ella ve expresada Jacques Maritain, maestro ejemplar de contemplativos, la ley que él denomina «del doble progreso contrario». El bien y el mal avanzan juntos. El mal, parasitario del bien y porque no tiene un término positivo, nunca puede aniquilar el bien. Suprimir el bien sería la desaparición del mal, ya que siendo negatividad no podría «subsistir». Por ello puede decir Santo Tomás de Aquino, que el bien en la bondad es más fuerte que el mal en la malicia. Ni siquiera el crecimiento del mal está en proporción directa con el del bien. «En ciertos períodos de la historia lo que prevalece y predomina es el momento de degradación, y, en otros períodos, es el movimiento de progreso del bien»⁹³.

Por la acción providente y rectora de Dios sobre la historia, el bien prevalece sobre el mal. Mas esta acción divina no excusa, antes requiere la libre cooperación humana. ¡Cuántas veces el heroísmo de los santos y de los mártires ha influido en la implantación de los valores espirituales!⁹⁴ Y es que los medios humildes menos gravados de materia y más unidos a la Cruz, son más eficaces. «La esencia pura de lo espiritual –escribe Maritain– deberá ser buscada en la actividad inmanente, en la contemplación cuya peculiar eficacia para tocar el corazón de Dios no perturba un solo átomo de la tierra... Y ésta es la condición de su eficacia. Demasiado ágiles para ser detenidos por cualquier obstáculo, se abren camino donde el más poderoso equipo resulta impotente para hacerlo. Debido a su pureza atraviesan el mundo de cabo a cabo. No siendo ordenados al éxito tangible, participan de la eficacia del espíritu»⁹⁵.

⁹³ JACQUES MARITAIN, *Filosofía de la historia*, Buenos Aires 1967, 54.

⁹⁴ PABLO VI, *Mensaje sobre la comunicación social*, de 1 de mayo de 1973.

⁹⁵ JACQUES MARITAIN, o. c., 72.

Cristo vencía en la paciencia de los mártires la endeble fuerza de la violencia. La paz de la Iglesia no se hizo esperar. Los mártires sembraron la paz con su generosidad heroica, del mismo modo que Cristo había reconciliado al hombre con el Padre con la eficacia generosa de su sangre.

Cuando la invasión de los pueblos bárbaros parecía sumir en el vandalismo la naciente cultura cristiana, los hijos de San Benito, contemplativos y misioneros, engendraban para la Iglesia comunidades fervientes. Y en los monasterios benedictinos, siempre hospitalarios, encontraban asilo los restos de la cultura pagana.

En la Edad Media, cuando las corrientes del pensamiento griego y árabe entraban en la Universidad y hubieran podido inducir a la separación definitiva de la razón y la fe, las figuras geniales de San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, junto con la escuela franciscana, en un esfuerzo gigantesco del pensamiento transformaron en instrumento de teología cristiana el *corpus* aristotélico. Y en la misma Edad Media, con sus luces y oscuridades, la cristiandad marcaba un hito en la historia, como inspiración cristiana de la vida ciudadana. Los hombres de vida contemplativa y reflexiva habían logrado una civilización que, hasta donde cabe en lo humano, estaba impregnada de espíritu cristiano.

Las conquistas del espíritu del bien no quedaron ancladas en aquellos siglos. La Iglesia, ligada a la temporalidad e historicidad de los hombres, ha seguido avanzando. Cuando se produjo la separación del protestantismo, nuevos pueblos veían en América la luz de la fe y una floración de santos era la contrapartida de tantas defecciones.

En el siglo pasado, la privación del poder temporal del Romano Pontífice, augurada por algunos como la definitiva ruina del Papado, sirvió para que la misión espiritual de la Iglesia pareciera más nítida y culminó con la definición de la infalibilidad pontificia. Desde entonces, la autoridad moral de los Pontífices ha crecido admirablemente.

Y en nuestro siglo, cuando parecía que el modernismo amenazaba definitivamente la sobrenaturalidad del misterio cristiano, la figura vigorosa por humilde de San Pío X, con su piedad eucarística y su clarividencia, salvó de nuevo el curso de la Iglesia. ¿Y no les parece oportuna la definición dogmática de la Asunción de María por Pío XII, como un clamor de esperanza frente a la angustia de un existencialismo, que ve en el hombre un ser destinado a la muerte?

¿De dónde ha recibido la Iglesia la fuerza para superar los avatares de la historia? De la vida interior, cuya plenitud se encuentra en la contemplación y cuyo impulso es el Espíritu Santo. De Él ha hablado con insistencia el verdadero espíritu del Vaticano II, reflejado en la letra de sus documentos⁹⁶.

Dios, en la Iglesia, y a pesar de las limitaciones y pecados de los hombres de la Iglesia, siempre ha vencido el mal con la abundancia del bien. Pero me parece que Dios nos llama a un esfuerzo supremo en esta hora difícil y crucial. El

⁹⁶ Alguien ha contado 258 veces en los textos del Concilio Vaticano II; cf. PABLO VI, *Mensaje sobre la comunicación social*, 1 de mayo de 1973.

remedio debe ser profundo por sencillo, y por lo mismo eficaz; de los que no hacen ruido, pero que lo vivifican todo. Es el esfuerzo de una docilidad total al Espíritu Santo. Es el esfuerzo de una dedicación perseverante y esforzada a la oración contemplativa, porque el mundo actual necesita ideas claras y vivificantes que sólo pueden dimanar de la intimidad con la luz y la vida de Dios.

2. Retorno a los valores eternos

Si nuestra civilización está haciendo grandes esfuerzos, ya muy logrados, por conseguir un dominio cada vez mayor del mundo, tiene que estar profundamente convencida de que tan esencial como la ciencia y la técnica le es la contemplación que tiene que ser su alma, su móvil y su fuente de energía.

«A medida que el compromiso temporal adquiere más cabida en la vida de los cristianos, es preciso que el testimonio de la contemplación le presente su contrapeso. A través de los cambios de la civilización de hoy se expresa una búsqueda oscura de un perfeccionamiento total del hombre. Pero este perfeccionamiento no puede verificarse al nivel, de una civilización puramente material, ni siquiera de una simple fraternidad humana. En última instancia se trata de una búsqueda de Dios, cual se da en el corazón de la crisis actual del mundo. Se trata, pues, de hacer presente en medio de la civilización técnica la dimensión de la trascendencia, fuera de la cual no hay humanismo posible. Este fenómeno es cierto incluso a nivel de la construcción de la ciudad. Puesto que si la adoración no se halla representada en el seno de ésta, si se construye fuera de Dios, no será solamente una ciudad arreligiosa, sino también una ciudad inhumana. Y precisamente porque el hombre de hoy tiende a bastarse a sí mismo, por ello la adoración se convierte en el más urgente de los combates. Una ciudad donde los hombres mueren de hambre o se hallan sin abrigo es una ciudad inhumana; una ciudad donde no está presente la plegaria como una lumbre escondida es asimismo una ciudad inhumana»⁹⁷.

Trabajando por los solos bienes materiales construimos nuestra prisión. La civilización, como ha dicho Littré, es el conjunto de opiniones y costumbres que resultan de la acción recíproca de las artes industriales, de la religión, de las bellas artes y de las ciencias. Toda civilización comporta, pues, una serie de lazos, de responsabilidades, de normas y de leyes que impone, todo lo cual se dirige hacia la protección de la libertad y realización del hombre.

Sin la contemplación, la sociedad humana se convierte en un mundo asfixiante, en el que acabarían por ahogarse el hombre, la creación científica, artística, las ciencias sociales y humanas. No tendría sentido, ni existiría la ética ni la moral. Sería un verdadero caos en el que ya lo de menos sería la confusión reinante. Se concibe mal la civilización sin un criterio de eficacia y progreso, pero esta eficacia no puede ser sólo material. La civilización tiene que favorecer toda la riqueza del espíritu humano, y de ninguna manera impedir su más alta capacidad: la contemplación. Ella es la que ilumina toda la acción y en su luz el hombre va moldeándose y señoreando la tierra entera. En realidad, la transformación y el enriquecimiento material son accesorios, porque no es la eficacia material el último objetivo de la acción. El uso de instrumentos científicos

⁹⁷ JEAN DANIELÉLOU, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Madrid 1969, 7-8.

no puede hacer de los hombres fríos y deshumanizados técnicos, o materialistas inquietos únicamente por la practicidad y eficacia. Esto es confundir los medios con el fin.

«Cuando se habla de que la ciencia ha fracasado como ideal humano y que este fracaso es una de las causas de la confusión que preside la encrucijada de la historia que nos ha tocado en suerte vivir (y escribo lo de “suerte” sin asomo de ironía), se comete un error de bulto; no es la ciencia como ideal, sino el ideal de la técnica lo que ha fracasado. Cuando el hombre ha tenido a su disposición en el breve espacio de muy pocos años, técnicas prodigiosas para todo, con las que no pudo nunca ni siquiera soñar, se ha enterado, y sólo entonces, de que esas técnicas no sirven para resolver nada fundamental; ni aun para darle una sensación de superioridad sobre el hombre de las edades anteriores, el que soñaba con esas técnicas como en algo casi irrealizable y suponía que en ellas estaba la clave de su liberación de las miserias humanas. Pero esto no es decepción de la ciencia o no debe serlo; sino motivo para dar, casi siempre, a Dios lo que es de Dios, es decir, para renovar la categoría del pensamiento eterno e inacabable, y para dejar en su lugar al César, a la técnica, a lo que se toca y nos fascina con su poder material, pero que está vacío de sentido trascendente. Ciego será quien no vea que el ideal de la etapa futura de nuestra civilización será un simple retomo de los valores eternos y por ser eternos, antiguos y modernos: a la supremacía del deber sobre el derecho; a la revalorización del dolor como energía creadora; al desdén por la excesiva fruición de los sentidos; al culto del alma sobre el cuerpo; en suma, por una u otra vía, a la vuelta hacia Dios». Esto lo dice un hombre que fue un gran médico, científico, naturalista, biólogo, historiador de la condición humana, Gregorio Marañón, al que siempre admiré y que ahora, estando en Toledo, me parece más próximo y cercano⁹⁸.

No podemos hacer una civilización que rompa la unidad de la persona humana, en la que el hombre se alimente de una cultura de confección y estandarizada. La máquina, la técnica y el progreso, insisto, son medios para un fin. En realidad, nada malea al hombre si sabe utilizarlo. Nos falta distancia para juzgar los efectos de transformaciones tan rápidas como las sufridas. ¿Qué son los años de historia de la máquina en relación con los miles de años de historia del hombre? Estamos empezando a construir una nueva casa. Todo ha cambiado muy rápidamente: relaciones humanas, condiciones de trabajo, diversiones, costumbres, las mismas ciencias del hombre han sido removidas en sus bases más profundas. Las nociones de ausencia, separación, distancia, posibilidad, utopía, aunque lo expresemos con las mismas palabras no contienen las mismas realidades. Estamos utilizando un lenguaje nuevo establecido para el mundo de nuestra civilización.

¡Cuidado que la vida no nos parezca responder a nuestra naturaleza por la sola razón de que no se acomoda a nuestro lenguaje, al que hemos encuadrado nosotros mismos y del que excluimos contenidos esenciales! En la civilización hay que evaluar la significación integral, no sólo la utilidad material, la rapidez y la urgencia. No tenemos que olvidarlos, desde luego, pero que no prevalezcan contra la significación del hombre y su destino.

⁹⁸ GREGORIO MARAÑÓN, *El patólogo moderno*, en *Obras completas*, vol. I, 128-129.

Y ahora oigamos de nuevo al Cardenal Daniélou, muy próximo a lo que acabamos de leer del doctor Marañón: «Como ha ocurrido a menudo en otras etapas de la historia, hay fuerzas que, al principio, en el momento en que son suscitadas, se presentan como obstáculos, porque son fuerzas nuevas, porque tienen esa especie de vigor y dureza de una cosa que brota. En un tiempo, la ciudad apareció de momento como maldita, y los israelitas nómadas pensaban que sólo había posibilidad de salvación en la vida libre del desierto. Sin embargo, vemos llegar un momento en que la historia cambia, en que David construye la Ciudad Santa, Jerusalén, donde introduce a Dios antes de introducir al hombre. También ahora nos hallamos en uno de esos virajes históricos, en uno de esos momentos en que hay fuerzas nuevas que hasta el presente se habían constituido en gran parte fuera de la órbita del Evangelio, pero de las que nada dice que no puedan ser marcadas con el signo de la Cruz. Debemos buscar los caminos por los que este mundo de la técnica deje de constituir un obstáculo para la adoración y se convierta por el contrario en un mundo que, a su vez, lleva a la adoración»⁹⁹.

La contemplación enseña a utilizar en favor de un continuo progreso «integral» todos los medios al alcance de la mano. Abre nuevos caminos, da serenidad en medio de las dificultades y crisis. Ilumina y obliga en el servicio al prójimo. Enseña a ver en el sufrimiento, consustancial en la vida humana, la expresión de la verdad última de la existencia que penetra hasta la redención, hasta la hondura de lo divino. Nuestra vocación, que no es sencillamente la de «hacer», sino por encima de todo la de «ser», para lograr nuestra verdadera identidad y nuestro destino, sólo puede ser intuida y vivida desde la contemplación.

3. Alma de la civilización

La Iglesia ha recibido de su divino Fundador la misión de salvar a los hombres en el orden sobrenatural, pero no puede cumplirla en estructuras de pecado. No es de su incumbencia inmiscuirse en el orden temporal. Pero sí forma parte de su misión iluminar toda la realidad desde la luz revelada para que el mundo espiritual y temporal se ordene a la gloria de Dios. Y cumple su misión a través de sus hijos, desde esferas distintas. Unos iluminando, otros, principalmente los seculares, incorporándose como hijos de la Iglesia a los quehaceres de la ciudad terrestre, para imbuir de espíritu cristiano las propias estructuras temporales. Dice la *Lumen Gentium*: «Procuren, pues, seriamente, que por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad elevada desde dentro por la gracia de Cristo, los bienes creados se desarrollen en servicio de todos y cada uno de los hombres y se distribuyan mejor entre ellos según el Plan creador y la iluminación de su Verbo, mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil; y que, a su manera, estos seculares conduzcan a los hombres al progreso universal en la libertad cristiana y humana. Así, Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz a toda la sociedad humana»¹⁰⁰.

Frente a las corrientes secularizadoras, el cristiano que busca conocer «la naturaleza íntima de las cosas, su valor y ordenación a la gloria de Dios»¹⁰¹, para

⁹⁹ JEAN DANIÉLOU, *Escándalo de la verdad*, Madrid 1962, 179.

¹⁰⁰ *Lumen Gentium*, 36, 2.

¹⁰¹ *Ibíd.*, 35, 2.

ejercer con competencia una profesión secular, está haciendo práctica la oración contemplativa y realiza la consagración del mundo a Dios. Porque tal ejercicio testimonia y evidencia que no hay oposición entre la naturaleza y la gracia; que ser cristiano no es vivir alienado de las preocupaciones de este mundo, sino un asumirlas plenamente desde una perspectiva trascendente, para infundirles el verdadero sentido.

Y esto es renovar y vivificar el concepto y la realidad de cristiandad: «En tal perspectiva –dice Maritain–, la noción de cristiandad alcanza su completo significado y sus enteras dimensiones. La noción de cristiandad es claramente distinta de la noción del cristianismo y de la Iglesia. Cristiandad significa una civilización inspirada cristianamente, no un mundo cristiano simplemente decorativo, sino una civilización real y vitalmente cristiana. La cristiandad pertenece al reino temporal, pertenece al mundo, al mundo como sobre-elevado en su propio orden natural por el fermento cristiano... En cada nueva era de la historia es normal que los cristianos esperen una nueva cristiandad y se forjen para guiar su esfuerzo, un ideal histórico concreto apropiado al clima particular de la era en cuestión»¹⁰².

Para buscar el clima de esta cristiandad renovada estamos aquí.

La contemplación cristiana debe ser su alma inspiradora, porque conserva siempre lozana la luz que proviene de la bondad providente de Dios.

Hoy el progreso ha abierto a amplios sectores el horizonte de la cultura. Si bien puede ser fuente de errores, es asimismo una palestra abierta a todos los cristianos, sacerdotes, religiosos y seculares, para dar razón de nuestra esperanza y manifestar en diálogo continuo y en forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso¹⁰³ el mensaje de Cristo con la vida y la palabra¹⁰⁴ y el proselitismo serenamente apostólico¹⁰⁵.

No es hora de dormirmos en los laureles pretéritos, sino de humilde y constante esfuerzo de difusión de la verdad cristiana, de implantar la sabiduría de la fe.

Muchos seculares, competentes en diversos campos, del saber, filosofía, ciencia y técnica, se adentran con fruto personal y eclesial en el campo de la teología. Maritain fue un noble ejemplo. Se sienten llamados a poseer una visión teológica del mundo. Auguramos que su número crezca. Es la llamada a la contemplación, que ya no es monopolio de unos pocos, sino patrimonio de todos.

Escuelas filosóficas esparcidas en diversos lugares, se esfuerzan por salvaguardar los valores sapienciales de la metafísica y la capacidad radical del hombre para alcanzar la verdad. Merecen nuestro aliento. Pues son adalides del obsequio racional de la fe, que no aniquila el esfuerzo de la razón, sino que lo perfecciona por elevación a un plano sobrenatural. En sus manos tienen el arma secular de la elevación del mundo a los valores espirituales. La filosofía «perennemente válida» es el primer peldaño serio y eficaz para que la contemplación cristiana sea el alma de la civilización del mañana.

¹⁰² JACQUES MARITAIN, *o. c.*, 1136-137.

¹⁰³ *Lumen Gentium*, 35, 1.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 35, 2.

¹⁰⁵ Cf. J. M. PERRIN, *Consagración a Dios y presencia en el mundo*, Bilbao 1966, 107-108.

Mas he ahí la fuerza de la sugerencia teológica antes apuntada. La Confirmación es el sacramento de la perfección cristiana en los diversos estados de la vida personal. En estos momentos de vacilación de la fe en tantos cristianos, y hoy que tanto se habla del Espíritu Santo, ¿no es la ocasión de revalorizar este sacramento que da firmeza en la fe, por cuanto entraña la gracia de la oración contemplativa? ¿No sería útil que en los monasterios se hablara, a cuantos llaman a sus puertas, del Espíritu Santo y de su actuación en las almas? Si deseamos una Iglesia pujante, dejemos que Él nos guíe hasta la verdad completa a través de la contemplación.

Tengo para mí que la teología que tiene las puertas abiertas a la fecundidad del pensamiento y de la vida eclesial es la teología del Espíritu Santo.

Si la profundidad contemplativa de la fe y su fortaleza hasta el testimonio arduo del martirio están ligadas a la Confirmación, seamos difusores de una digna recepción de este sacramento y de su fuerza vital en la vida cristiana.

¿Cómo va a juzgar la historia nuestra civilización si no damos urgentemente cauce a estos valores de los que vengo hablando? ¿De qué es capaz la civilización técnica? No puede pensarse en que los constructores de la civilización ofrezcan un panorama en el que sólo se planteen los problemas técnicos, los niveles de los precios, los índices de producción, las concesiones recíprocas de unas naciones a otras hechas con espíritu de cálculo y de propio interés, las especulaciones económicas. Esto es tener un conocimiento muy pobre de los hombres y darles como alimento unas cuantas cifras y datos, o sumas muy respetables, pero que representan muy poco al lado de las exigencias individuales y colectivas de la humanidad. En Europa, América, Asia y el mundo entero, ¿qué lugar ocupan en las listas de los programas a poner en práctica valores humanos que no estén puramente vinculados a la civilización que vivimos?

El problema fuerte que acucia a nuestra civilización, ya lo sabemos, es el del materialismo y naturalismo, el de la exteriorización del hombre y la trivialización de su espíritu. Ya queda muy lejos la cuestión tan debatida sobre el conflicto entre ciencia y religión. «A medida que ha ido transcurriendo el siglo veinte, el problema religioso fundamental ha dejado de ser la oposición entre la ciencia y la teología. El conflicto se plantea más bien entre el ateísmo y el supernaturalismo. El problema consiste en dilucidar si, a la larga, una fe exclusivamente “terrenal”, a semejanza del comunismo marxista, va a poder proporcionar a las masas humanas un sucedáneo satisfactorio de la fe “ultraterrena” que ha acariciado la humanidad desde los tiempos más antiguos... Las dos guerras mundiales, con sus cambios políticos, económicos y sociales, han hecho surgir graves dudas sobre algunas de las enseñanzas optimistas de los anteriores científicos sociales. Muchas personas, que se habían desinteresado de la religión al contemplar la depravación humana evidenciada por los campos de concentración hitlerianos, por los problemas morales suscitados por los bombardeos, o los engaños y la crueldad de los comunistas, han empezado a pensar en los últimos valores humanos y las bases espirituales tradicionales de la civilización, y algunas han llegado a la convicción de que sólo

los principios y la moral del cristianismo pueden solucionar el espíritu de destrucción y el caos del siglo XX»¹⁰⁶.

El hombre ha de dominar la tierra, pero ha de hacerlo a semejanza de Dios. *En el principio la Palabra existía y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron*¹⁰⁷. El señorío del hombre no es por derecho propio, sino en acto de servicio, de amor y de gloria respecto al único Señor. *Pues de su plenitud hemos recibido todos, gracia por gracia*¹⁰⁸. No es un esclavo, sino que es hijo de Dios. *Les dio poder de hacerse hijos de Dios a los que creen en su nombre*¹⁰⁹. A semejanza del Padre viven y actúan los hijos en libertad y están llamados a una libertad en la que sólo pueden ya estar en el Bien, en la Verdad y en el Amor. *Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que Tú me has enviado y que Yo les he amado a ellos como Tú me has amado a Mí. Padre, quiero que donde Yo esté estén también conmigo los que Tú me has dado, para que contemplen mi gloria, la que me has dado porque me has amado antes de la creación del mundo*¹¹⁰.

En la medida en que en nuestro momento actual haya personas que, con ideas claras acerca del valor de la contemplación, las vivan en su vida, en esa medida la civilización tendrá alma y espíritu, poseerá auténticos valores generadores constantes de obras grandes y será más íntegramente humana porque estará más cerca de la «imagen y semejanza de Dios». Cada uno de nosotros debemos desarrollar la contemplación y los valores contemplativos en todas las esferas a nuestro alcance: relación con Dios, con los demás, vida personal, familiar, trabajo, empresa, arte, ciencia, saber, política, sociedad. La existencia en su totalidad, dice el Génesis, es buena, y lo repite como una exaltación gozosa constante: *Y vio Dios que estaba bien... Y vio Dios que estaba bien*¹¹¹. Y al final asume toda la creación en su exclamación: *Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien*¹¹².

Dice Hayes Baldwin Cole en el libro *Historia de la civilización occidental* (ya citado), que así como la característica del comunismo es el materialismo ateo dialéctico, así el cristianismo es una de las esencias del mundo libre. Seamos fieles los cristianos a esta libertad. «La buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo. Así, la Iglesia, cumpliendo su misión propia, contribuye, por lo mismo, a la cultura

¹⁰⁶ HAYES BALDWIN COLE, *Historia de la civilización occidental*, vol. II, Madrid 1969, 773-768.

¹⁰⁷ Jn 1, 1-5.

¹⁰⁸ Jn 1, 16.

¹⁰⁹ *Ibid.*

¹¹⁰ Jn 17, 22-24.

¹¹¹ Gn 1, 9.12.18.21.25.

¹¹² Gn 1, 31.

humana, y la impulsa, y con su actividad, incluida la litúrgica, educa al hombre en la libertad interior... La Iglesia recuerda a todos que la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social. Porque la cultura, por dimanar inmediatamente de la naturaleza racional y social del hombre, tiene siempre necesidad de una justa libertad para desarrollarse y de una legítima autonomía en el obrar según sus propios principios. Tiene, por tanto, derecho al respecto y goza de una cierta inviolabilidad, quedando evidentemente a salvo los derechos de la persona y de la sociedad particular o mundial, dentro de los límites del bien común»¹¹³.

4. El realismo de la humildad

La Iglesia ha dado un gran paso en el Concilio Vaticano II al presentarse a la humanidad contemporánea con los brazos abiertos para la comprensión y el amor, y con el ofrecimiento de la esperanza. Lo necesitaba nuestro mundo moderno, tan cansado y tan entristecido en su incesante caminar hacia adelante. En muchos espíritus, no de los que se contentan con leer revistas y periódicos, sino de los que han hecho de la reflexión un hábito personal y continuo, los documentos conciliares –no el Concilio mientras se celebraba, ni mucho menos el posconcilio– han sido como una lluvia benéfica que abría la tierra de su corazón para la gran cosecha que se esperaba: la de los frutos que ellos mismos iban a recoger y la de los que podrían brindar a los demás hombres en el abrazo fraterno de la Revelación cristiana con los valores positivos de la creación, reconocidos y exaltados más que nunca; en el reconocimiento amoroso y ecuménico de los valores de las demás religiones y en la gran caridad pastoral que habría de animar en el futuro la acción apostólica de los hijos de la Iglesia.

Al decir *muchos*, en realidad estoy refiriéndome a muy pocos, y con ellos no intento disminuir el gozo que legítimamente sentimos ante la extensión del hecho. Eran muchos dentro de la Iglesia y aun de otras confesiones cristianas; pero en realidad muy pocos, si pensamos en las muchedumbres innumerables que influyen hoy en el curso de la historia, para las cuales, así como el Concilio no fue más que una noticia que despertaba algo de su curiosidad, así también los documentos promulgados siguen siendo completamente desconocidos.

Pienso en estas masas inmensas, pertenecientes a muy diversas culturas y religiones, y dentro de ellas, en los grupos influyentes de científicos, economistas, políticos, sociólogos, poetas, periodistas, etc., los cuales están construyendo el mundo del futuro. Para éstos, hablar del Concilio Vaticano II, del *aggiornamento* de la Iglesia, etc., significa muy poco. Y desde luego significa aún menos, porque terminan por despreciarlo como síntoma de enfermedad o relativización expresiva de una gran desconfianza en nosotros mismos, cuando comprueban el fenómeno de la contestación alocada, de la desintegración de los dogmas, del ataque a los fundamentos objetivos de la moral, de la falta de oración, del activismo socializante que se empeña en llamar religioso y cristiano todo lo que el hombre realiza, en una palabra, de la libertad desmedida para el

¹¹³ *Gaudium et Spes*, 58-59.

entendimiento y para la voluntad, tal como se ha puesto de moda en muchos ambientes de la Iglesia, incluidos ciertos grupos de teólogos. Por ejemplo, la reacción violenta que se está produciendo en el mundo islámico, el cual sin duda ha de contar en el futuro mucho más que lo que cuenta hoy, es, a la vez que de exaltación de sus propios valores religiosos, de desprecio a la corrupción materialista y las degradaciones de la civilización occidental cristiana. ¿Cómo va a ejercer sobre ellos ningún atractivo una religiosidad carente de trascendencia y favorecedora de todos los confusionismos?

Por todo ello, considero indispensable, y aun urgente, de cara a la presencia del cristianismo en la civilización del mañana, insistir en la importancia de los valores contemplativos dentro de la vida moderna. Porque no podemos renunciar a la esperanza. Ha pasado poco tiempo desde que terminó el Concilio y la Iglesia tiene por delante una época que se confunde con los siglos. Creo que podremos asistir a una nueva primavera de nuestra fe y de su proyección sobre el mundo, si nos decidimos a proclamar y a vivir la necesidad de la contemplación de Dios y de los misterios de su vida divina mucho más que hasta aquí, precisamente para poder ser fieles al Concilio Vaticano II y para que la acción pastoral de la Iglesia en el mundo de hoy sea fecunda.

Ha sido una característica del Vaticano II haber abierto los brazos al mundo actual, mostrando que la Iglesia tiene una misión que cumplir respecto de él. La mirada de la Iglesia hacia el mundo ha sido una mirada de simpatía, con el deseo de establecer con él un verdadero diálogo, en el cual la Iglesia no sólo acoge lo bueno que hay en el mundo, sino también lo que hay de menos aceptable o equivocado. Proclama los valores positivos del mundo de hoy, como continuación de la obra de la creación, y al mismo tiempo trata de corregir lo que puede haber en él de desorientación y deficiencia.

El mundo actual necesita de una ayuda para su propia elevación, precisamente porque la era tecnológica es ambigua, dado que no basta el mero progreso material para que se pueda decir que ese progreso es positivo en el orden humano. Los documentos *Gaudium et spes*, *Pacem in terris*, *Populorum progressio*, señalan con admiración los extraordinarios logros de las ciencias positivas, debidos al avance gigantesco del método matemático y a las aplicaciones técnicas de ritmo acelerado que crean condiciones más humanas y dan mayor unidad al mundo, a la vez que provocan en la sociedad industrial inmensos problemas, tales como, la creciente urbanización, nuevas condiciones de existencia, crecimiento demográfico, transformación de estructuras políticas para hacer frente a las modernas condiciones de la vida social, y la internacionalización de la sociedad que tiende hacia una planificación mundial orgánica. La elevación del nivel cultural de las masas, la toma de conciencia progresiva de los derechos fundamentales del hombre, la promoción obrera, la de la mujer en el nivel familiar, social y económico, y la de la juventud, son valores positivos de nuestra época.

Con todo, este progreso, por sí mismo, no produce un orden humano, solamente da el material para construirlo; queda a los hombres la responsabilidad entera de llevar a cabo esa tarea. Y podemos ya predecir que el futuro será espantoso, si se inspira en las fuerzas oscuras del dinero, del placer, del poder material, y será positivo si se pone al servicio de los fines supremos de la humanidad.

El peligro es real, porque, como ha afirmado recientemente von Braun, el hombre de hoy no está preparado para emplear de una manera humana los inmensos medios técnicos que ya tiene en su poder, y esto puede hacer temer la catástrofe más grande. Diríamos de otra manera también que el peligro que acecha al mundo de hoy es el que describe la Sagrada Escritura en el pasaje de la torre de Babel. En efecto, escribe Pablo VI en la *Populorum progressio*, «un humanismo cerrado, insensible a los valores del espíritu y de Dios que es su fuente, podría, abiertamente, tener mayores posibilidades de triunfar; sin duda el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero sin Dios, al fin, no puede más que organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano»¹¹⁴.

El predominio exclusivo de las ciencias positivas crea un desequilibrio en las inteligencias y produce una crisis del pensamiento filosófico y de la cultura moral. Construir una ciudad humana de espaldas a Dios es construirla en lucha del hombre contra el hombre. Ahora bien, el ateísmo no es un producto necesario de la tecnología, como tampoco la fe en Dios lo es de la civilización pre-científica. Teilhard de Chardin tenía razón cuando decía que cuanto más progresa el hombre más siente la necesidad de adorar. El ateísmo es una enfermedad del hombre moderno. A nivel de masas, como fruto de una civilización secularizada de la que Dios ha sido expulsado. En el nivel de los más elegidos y preparados, porque estiman equivocados que la emancipación de la persona comporta el rechazo de un principio trascendente.

Frente a esta confusión no podemos permanecer con los brazos cruzados. El Concilio exhorta a los cristianos a tomar parte en la realización y la orientación de este mundo al que pertenecemos. Ahora bien, ¿qué es lo que podemos aportar?

La presencia de la Iglesia en el mundo debe tener como objeto ayudar a la civilización actual a orientarse hacia los verdaderos fines del hombre. No a una *mundanización* que invita a arrodillarse ante el mundo, como decía Maritain tachando y criticando ciertas posturas del momento actual, sino a una lucha para dar al mundo de hoy el alma de que siente necesidad, para servirse de sus riquezas según los verdaderos fines de la persona, y para hacer presente en su seno el culto de Dios. Aquí está la gran misión de la Iglesia. ¿Cómo puede realizarse?

Lo primero que hay que procurar es que haya cristianos presentes en los sectores vitales de nuestra sociedad, que llenos de fe y de amor auténtico transmitan un sentido religioso de adoración y hagan ver el lugar que corresponde a Dios en la sociedad actual. Como el Concilio recordaba, citando la carta a Diogneto¹¹⁵, esos cristianos han de ser el alma del mundo, para lo cual se necesita vivir de la fe, no solamente conocerla. No bastarán nunca los cambios políticos si el hombre mismo no es transformado. Tampoco basta creer en Jesucristo, hay que vivir en Jesucristo. Hay que ser cristianos vivos, con la vida interior espiritual que el Espíritu Santo suscita en nosotros y que se resume en fe, esperanza y amor. Estos cristianos son los que el mundo moderno espera,

¹¹⁴ *Populorum progressio*, 42.

¹¹⁵ *Ad gentes*, 15.

firmes en su fe y al mismo tiempo abiertos a la era presente. Hombres de fe inflamados interiormente, capaces de comunicarla a los demás.

Mas nada de esto es posible sin *momentos fuertes de contemplación*, en el silencio, en la pausa, en la reflexión, en el amor sereno a Jesucristo y sus misterios para dejarse poco a poco invadir por los sentimientos mismos de Cristo, ya que ser sal del mundo significa llevar en nosotros al que es la verdadera sal y, como dice San Marcos al final del capítulo noveno del Evangelio, tener esa sal en nosotros es tener paz unos con otros. Es necesario reconocer el valor de la contemplación que Pablo VI proclama en el discurso de clausura del Concilio Vaticano II. El mundo de hoy necesita no simplemente de la contemplación científica a la que se dedica en sus investigaciones, sino de la contemplación amorosa de Dios.

No sólo momentos de contemplación. Es necesario que haya *hombres que vivan vida de contemplación*, porque la presencia continua de seres que tienen la mente abierta a la contemplación del misterio de Dios es siempre una llamada a lo más alto, es como un toque en la conciencia para que la vida del hombre no se sumerja en el materialismo, sino que se eleve, y quede también abierta en la medida que a cada uno corresponde. De hecho, así como el Concilio habla de que la vida de virginidad consagrada es un aliento para la vida y la fidelidad matrimonial, de una manera parecida, esas vidas contemplativas son un aliento y un estímulo para elevar la realidad del mundo y para mover a los cristianos que en él se encuentran, a procurar también ellos una actitud semejante.

Más aún, es necesario que haya *centros de contemplación* en la Iglesia como la Trapa, la Cartuja, el Carmelo..., esos lugares que en medio de la sociedad deberían tener siempre preferencia por su capacidad para despertar en nosotros la atracción hacia unas realidades que frecuentemente el mundo olvida. La misión de los conventos contemplativos es insustituible. No sólo para albergar a los que en ellos habitan. A su sombra deben prosperar movimientos que vayan introduciendo en el mundo actual la contemplación que necesita. No porque esos conventos contemplativos hayan de transformarse en apostólicos activos, sino porque faciliten a los hombres de hoy con instituciones intermedias la posibilidad de elevarse hacia la contemplación necesaria.

5. Vosotros, los contemplativos

Este Congreso, esta Asociación de San Benito Padre de Europa, estas vidas vuestras, con todo lo que en ellas hay de realidad y de significación, esta valoración que hacéis de la vida contemplativa, tienen por sí mismos una función insustituible en la Iglesia de hoy como la tuvieron ayer y la tendrán mañana, la de hacer visible el misterio de Cristo en sus más hondas riquezas.

Pero *hoy*, en esta etapa que vive la Iglesia, tenéis además una misión, coyuntural y transitoria en cuanto al objetivo inmediato, de una importancia trascendental: la de ayudar a esta Iglesia a encontrar su camino en medio de las turbulentas agitaciones a que está sometida. Esta es mi última reflexión que os ofrezco con gratitud por lo que habéis hecho hasta aquí, y con esperanza para el futuro inmediato.

Veo aquí hermanados obispos, monjes, sacerdotes, religiosos y seculares de distintas procedencias, unidos en el noble afán de buscar en los valores espirituales la unidad europea –y mundial– que los logros materiales y económicos no pueden conseguir. La auténtica renovación católica, augurada por el Concilio Vaticano II y por el Papa Pablo VI se alcanzará cuando la vida contemplativa de glorificación de Dios¹¹⁶, de verdaderos adoradores del Padre en espíritu y en verdad, sea una realidad vivida, en el grado en que el realismo de la fe permite aspirar a ello, en parroquias, seminarios, comunidades religiosas, asociaciones de apostolado secolar, familias cristianas, grupos de juventud, sacerdotes, etcétera.

Esto es lo que califico de objetivo coyuntural vuestro en esta hora: tenéis que llamarnos desde vuestro silencio, con acciones eficaces, a una mayor contemplación de Dios. Tenéis que llamar a toda la Iglesia y lograr una respuesta por parte de miles y miles, que después serán millones, de cristianos.

No debemos intentar, como opinan algunos, una nueva civilización cristiana, sino continuar la que la Iglesia fraguó con la creciente maduración de los nuevos elementos que surgen en el caminar de la historia, procurando que el contacto con Dios, vitalizado en la oración contemplativa, presida e impregne toda la realidad. Si el lema de San Benito –*ut in omnibus honorificetur Deus*– está presente en nuestro espíritu y en nuestro trabajo –*ora et labora*–, ciertamente la contemplación será el alma de la civilización futura, continuadora en madurez de la que nos legaron nuestros predecesores en la fe.

El Concilio Vaticano II no ha fracasado. Pero, a mi juicio, se da hoy en la Iglesia una terrible y funestísima desproporción entre el activismo que intenta impregnar de sentido cristiano las realidades del mundo y el contacto con Dios a través de la oración y la contemplación de su vida divina. Este es muy escaso, aquél muy intenso y desordenado. Ahora bien, y repitiendo una frase de Urs von Balthasar, «el que no escucha a Dios no tiene nada que decir al mundo»¹¹⁷.

Su Santidad el Papa en la carta autógrafa que dirigió el pasado año al obispo de Lisieux con motivo del primer centenario del nacimiento de Santa Teresa del Niño Jesús, escribió: «En nuestra época, la intimidad con Dios permanece como el objetivo capital más difícil. En efecto, se ha arrojado la sospecha sobre Dios; se ha calificado de alienación toda búsqueda de Dios por Él mismo; un mundo ampliamente secularizado tiende a cortar desde su origen y su finalidad divinos la existencia y la acción de los hombres. Y, sin embargo, la necesidad de la oración contemplativa, desinteresada, gratuita, se hace sentir más y más cada día. El mismo apostolado, a todos los niveles, debe arraigarse en la oración e incorporarse al corazón de Cristo so pena de disolverse en una actividad que no conservaría de evangélica más que el nombre»¹¹⁸.

Repito, el Concilio no ha fracasado. Pero existe el peligro de desnaturalizar su contenido. Se han apoderado de muchos espíritus ideas como las que se expresan en esas frases lamentables por su simplismo: «ya el trabajo es oración», «lo que importa es la lucha contra la injusticia», «el amor a Dios

¹¹⁶ PABLO VI, audiencia general, 23 de mayo de 1973.

¹¹⁷ *Vida religiosa*, núm. 256, 9.

¹¹⁸ Carta fechada el 2 de enero de 1973.

consiste en el amor al hombre», «lo evangélico no admite estructuras», «el progreso temporal es ya la salvación del hombre», «la bondad de la creación se refleja siempre en las realidades seculares», «el cristianismo implícito y latente que hay en todo nos impide excluir y condenar», etcétera.

Muchos teólogos, de tercera o cuarta categoría, por supuesto, pero que influyen poderosamente en los medios de comunicación social y llegan a grandes sectores del pueblo, carecen de la serenidad que da la contemplación de Dios y se han hecho partidistas, es decir, han tomado partido, dando la impresión de que tienen que defender a todo trance una ideología. Entre los seculares, lo que llaman apostolado está a veces tan recargado de incitaciones políticas que casi se reduce a esto la preocupación apostólica. En muchos sacerdotes es tan fuerte la tentación de predicar un cristianismo meramente horizontal, porque sus exigencias son las que se ven y se palpan, que queda oscurecido, frecuentemente, el horizonte del misterio de Dios y de su Hijo divino, Jesucristo.

Mientras tanto, la civilización en que vivimos sigue adelante, sin moral y sin ética. Los derechos humanos, tan proclamados, carecen de una metafísica que pueda sustentarlos y se convierten en postulados pragmáticos sujetos a cambios sustantivos, según lo exijan las conveniencias políticas o las ciencias sociales. Se señala como aspiración única el bienestar, sea como sea, y ya se presume que al menos en Europa, al final de nuestro siglo, es decir, antes de treinta años si una catástrofe no lo impide, se habrá alcanzado un nivel de producción, de consumo y de ocio, capaz de satisfacer las actuales aspiraciones. También se logrará cada vez más la participación política y, como no hay filosofía en que pueda inspirarse, lo mismo da que se logre por el sistema de las democracias populares del bloque comunista que por el de los liberalismos de Occidente.

Nosotros, como cristianos, ¿qué tenemos que hacer y decir frente a ese mundo que se está construyendo? ¿Acompañarle en su proceso de liberación? Pero, liberación ¿de qué? La degradación sexual alcanza ya proporciones tan devastadoras que las libertades hoy existentes entre la juventud y los hombres y mujeres adultos se darán también pronto entre los adolescentes, apenas su fisiología se lo permita.

En los dominios del practicismo y las aplicaciones inmediatas, la civilización actual y el progreso tecnológico facilitarán las «cosas» del diario vivir cada vez más, y más gratas, y más tentadoras, y las pondrán al alcance de todas las clases sociales. ¿Les liberaremos también de esta asfixia a los hombres?

Si nuestra voz se levanta, única o principalmente, para clamar por la satisfacción de los derechos del hombre en la tierra, pronto estaremos al servicio, más que de los derechos, de los anhelos y los deseos, lo cual es muy distinto.

Una evangelización y un profetismo que prácticamente reduzcan su mensaje a esta aspiración se quedan pronto sin contenido, porque los que de verdad habrán contribuido al mejoramiento económico de la sociedad, y a su progreso cultural y político, serán los legisladores, los parlamentos, los partidos políticos, los tratados comerciales, las planificaciones agrícolas, las empresas industriales. Estos grandes recursos que el mundo de hoy tiene en sus manos se bastan por sí solos para cubrir sus objetivos y no necesitan de nosotros para seguir ofreciendo el bienestar y la participación.

Cuando lo hayan alcanzado, más aún, en la medida en que lo van alcanzando ya, los hombres experimentan cada vez con más angustia otra necesidad: la de liberarse de sí mismos. He ahí nuestra tarea. Esta sí que es la misión, la gran misión de la Iglesia en la época contemporánea y la que se ve venir. Pero yo me pregunto: ¿en nombre de qué y de quién les ofrecemos esa liberación de sí mismos? ¿Cómo tendremos fuerza y convicción para predicarlo y vivirlo nosotros? No será en nombre de la ciencia, de la filosofía, del humanismo, de la técnica, de la política, porque todo esto lo tendrán sin nosotros y, sin embargo, seguirán siendo esclavos.

Habrà de ser en nombre de Dios, en nombre de la gracia que rompe las ataduras del corazón, en nombre de Cristo y su vida divina ofrecida a los hombres. Ahora bien, para ofrecer esto, es necesario contemplarlo y amarlo; de lo contrario, no seremos capaces de transmitirlo al mundo.

Por más que me esfuerzo, yo solamente veo la solución por aquí. No se trata de abandonar ninguno de nuestros afanes apostólicos, ninguna de las renovaciones de la Iglesia que el Concilio ha proclamado como necesarias, ninguno de los diálogos emprendidos en el campo de la justicia social, del ecumenismo, de la comunión eclesial, de la valoración de la cultura y las demás realidades humanas. Se trata de que, junto a esto, y precisamente por esto, debe aumentar y extenderse más en la Iglesia de hoy la contemplación de Dios estrictamente dicha; de lo contrario, se producirá en la Iglesia gran vacío. No se trata de que no haya compromiso por parte de los cristianos para mejorar las condiciones de este mundo. Debe haberlo. Pero que no se reduzca a esto la dimensión religioso-cristiana de la existencia, ni se pretenda engañar a los hombres induciéndoles a pensar que sólo así es como se da a Dios la gloria que espera de sus hijos.

Muy pronto, sin duda antes de lo que pensamos, la intercomunicación entre los países de Oriente (Japón, China, India...) y Occidente va a ser mucho más intensa que hasta aquí, o por la paz o por la guerra. Esos países no están desprovistos del poderío militar, ni de técnica y cultura, ni de fuerza económica, ni siquiera de sentido religioso orientado hacia la trascendencia. ¿Qué les vamos a ofrecer nosotros, los cristianos? He aquí una pregunta de la máxima importancia. Creo que, sin vosotros, los contemplativos, y sin lo que vosotros representáis, no puede haber respuesta adecuada. Pero la habrá. El Papa Pablo VI en su discurso de finales del año 1972 habló de que frente al «proceso contagioso de insatisfacción general y patológica que ha invadido a la generación actual» se percibía «el renacimiento de la vida contemplativa en la Iglesia», y declaró que ese «renacimiento será la señal del reino de la paz»¹¹⁹.

A estas palabras me acojo con reverencia y con humilde esperanza.

¹¹⁹ PABLO VI, Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio, 22 diciembre 1972.

LA VIDA CONTEMPLATIVA EN LA IGLESIA DE HOY

Conferencia pronunciada en Ávila el 4 de noviembre de 1974, en las Jornadas para Religiosas de vida contemplativa. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, noviembre-diciembre 1974.

LA VIDA CONTEMPLATIVA EN LA IGLESIA DE CRISTO

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida –pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos manifestó–, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1-3).

Así empieza la primera carta del Apóstol San Juan y así he querido comenzar al dirigirme a vosotras, religiosas contemplativas, porque vuestra misión y servicio en la Iglesia es la contemplación del misterio divino, y de vuestra contemplación necesitamos todos como del aire para respirar. En medio del progresivo desarrollo de las culturas nos ayudáis a no perder de vista la auténtica Redención, y en medio de las situaciones terrenas, gozosas o dolorosas, nos ponéis de manifiesto la vida eterna y la Resurrección del Señor. En un mundo en el que imperan ideologías que no esperan nada de Dios, que afirman no tener necesidad de Él para hacer el bien, que muestran al hombre como capaz de conseguir por sus fuerzas su verdadera grandeza, vivís haciendo de la contemplación del misterio de Cristo el alimento y fuerza de cada momento de la existencia, y del «vivir plenamente en Dios» la meta de vuestras vidas. El trabajo cotidiano y cada una de las acciones que realizáis son hijos de esa contemplación y como sus frutos naturales.

«Vuestro testimonio de fidelidad al ideal contemplativo, hoy más que nunca, significa para los fieles el primado de Dios y de la vida interior en el complejo dinamismo de las actividades apostólicas. Significa la afirmación de los valores espirituales, de la oración, de la pobreza, del amor fraterno, del espíritu de sacrificio, de la cruz; de suerte que, como muy bien afirma el Concilio Ecuménico, constituís “una gloria para la Iglesia y una fuente de gracias celestiales”», ha dicho el Papa Pablo VI, este mismo año, el 21 de febrero, a las religiosas clarisas¹.

La peculiar vocación de la vida contemplativa recuerda constantemente a la Iglesia y al mundo entero que es Dios quien salva. Sus comunidades son luces que indican la dirección, señales que marcan el peligro del activismo y ponen de relieve la tentación de la eficacia más allá de la acción de Dios. Su silencio habla de la Encarnación de la Palabra del Padre, de la esperanza y de la alegría de la Resurrección, de la plenitud del Espíritu, de la gracia, de la relación llena de amor

¹ Homilía en la audiencia general del 20 de febrero de 1974. Cfr. el decreto *Perfectae caritatis*, 1.

y confianza que los hombres podemos vivir con Dios, de la bienaventuranza que supone «la elección de la mejor parte».

La vida contemplativa está de lleno integrada en la pastoral de la Iglesia al anunciar el misterio de Cristo a través de la oración constante, al anunciar valores que están más ocultos en otros estados de vida: recogimiento, contemplación, soledad, vida desinteresada, concentración en lo esencial. Sus armas, instrumentos y medios son espirituales. Es un testimonio claro del amor a Dios sobre todas las cosas, de la absoluta dependencia de Él y de la libertad del ser humano frente a todo lo que puede enajenarle en la búsqueda de su destino. Dice de la forma más vivencial y existencial posible que Jesucristo es la Verdad y la Vida, que nadie puede servir a dos señores, que quien pierde su vida la encuentra, y que las posibilidades realmente salvadoras están en el interior del hombre ligado a Dios por la fe.

La actividad de la religiosa contemplativa es ser oración en la Iglesia, canto de alabanza, plegaria, acción de gracias, continuo reconocimiento del misterio de Redención y Salvación. De esta forma realiza un ministerio vital y fundamental en la Iglesia de Cristo. El Evangelio nos dice que Jesús siempre estaba unido al Padre; vosotras sois testimonio de esa unión de Cristo con el Padre y de todos los cristianos con Cristo. Ponéis de relieve que Dios no es sólo el Ser absoluto de la filosofía, o el Dios estudiado por el teólogo, sino el Dios viviente que se ha comprometido por amor con la vida humana y que nos transforma por la gracia de la oración, haciéndonos cada vez más capaces de Él, al tomar más conciencia del misterio divino y de nosotros mismos.

Pienso al hablaros aquí, en Ávila, en Teresa de Jesús, cuando gracias a la oración escribe en las primeras Moradas: «No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad, y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos –por agudos que fuesen– a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos creó a su imagen y semejanza»². O en las séptimas al tratar de las mercedes grandes que hace Dios: «Se le comunican –al alma– todas las tres Personas y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría Él y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos»³.

TENÉIS UNA TAREA:

DESPERTAR EN LOS HOMBRES LA NECESIDAD DE ORAR

Cristo oró, porque como Verbo de Dios contemplaba siempre al Padre, porque como hombre necesitaba de la oración, porque como Redentor y Primogénito de la humanidad tenía que orar en nombre de todos nosotros. Vuestra oración imita la de Cristo, tiene que ser como la de Cristo: contemplación, ayuda, confortación, intercesión. Y tiene la tarea de despertar en nosotros la necesidad de orar. Ella nos abrirá a todo lo demás. «Estamos convencidos –decía Pablo VI en una de sus catequesis– que el mundo moderno tiene necesidad de aprender de nuevo

² *Moradas primeras*, I, 1.

³ *Moradas séptimas*, I, 7.

a orar. Es decir, a manifestarse a sí mismo delante de Dios: dos misterios que se encuentran: la conciencia del hombre y el Ser infinito e inefable»⁴.

Sólo la oración nos sitúa en la actitud de Jesús ante el Padre: amor, aceptación y entrega. Nos muestra la verdad cada vez más plena; nos abre a una disposición pura, leal y libre; nos impulsa a una acción más resuelta. El testimonio de la vida contemplativa permite descubrir que no se trata tanto de hacemos escuchar por Dios cuanto de oírle y hacemos capaces de oírle; el que ora de verdad, escucha. Dios otorga en la oración lo que San Pablo pide a los suyos: *que Cristo viva por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios* (Ef 3, 17-19). La vida de oración incesante nos dice que sólo una confianza existe siempre, la confianza en Cristo. Él permanece, va con nosotros, ha muerto la muerte de cada hombre que cree en Él, y le resucitará en el último día.

La gracia de vuestra oración une a los hombres a Dios, y al situaros en estado de aceptación del mensaje divino, viene a vosotras el reino de Dios y sois entonces luz que ilumina y sal que da sabor. Tiene siempre fuerza intercesora. No podéis ir al encuentro de Dios sin ir al mismo tiempo al encuentro de los hombres, sin sentirlos solidarias de su destino y sin querer hacer algo por ellos. La fuerza espiritual que hay en vidas así ayuda a abrirse a todos, al amor y a la providencia divina. En cada paso de nuestra existencia se tiene que ir dando una conversión fundamental, que es apertura al misterio de salvación, al misterio de Dios. La puerta de entrada es la oración. Contemplad, orad y que ello sea lo que nos hable de la alegría del don de Dios, del intercambio de amor. Dice San Agustín que no se vence al placer sino por el placer, porque el placer siempre es más poderoso que el deber. La humanidad está necesitada de ese gozo de Dios y sólo la relación y unión con Él puede descubrirse hasta llegar a percibir la riqueza del amor trinitario mismo. Es vital el comprenderlo.

Toda la existencia del hombre se realiza en la relación Yo-Tú entre Dios y él; su vida es en el fondo «buscar el rostro de Dios»; para Él nos creó y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Él. Por eso nuestra vida tiene que ser, y así se realiza, un diálogo constante. La oración es la que nos enseña a mantener este diálogo. Las palabras del Padre Foucauld nos son próximas y asequibles: «Orar, ya lo veis, es, sobre todo, pensar en Mí, amándome...; cuanto más se ama, mejor se ora. La oración es la atención del alma fija amorosamente en Mí: cuanto más amorosa es la atención, mejor es la oración»⁵. También las de Teresa de Jesús: «No es otra cosa oración... sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»⁶.

En frase de San Agustín, la oración es la respiración del alma. En definitiva, vivir a nivel personal la vida teologal, la vida de fe, de esperanza y de caridad. Haciendo de ella vuestra forma de vida sois testigos de Dios, y este testimonio tiene un aspecto eclesial importantísimo que nos es absolutamente necesario.

⁴ Homilía, en la audiencia general del 10 de mayo de 1973.

⁵ CH. DE FOUCAULD, *Écrits spirituels*, 162. Edición española en Salamanca 1981.

⁶ *Libro de la vida*, 8, 5.

La Iglesia peregrina no puede entenderse sin mirar a esa Jerusalén celeste y consumada que es la *esposa inmaculada del Cordero, a la que Cristo amó y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla* (Ef 5, 26)⁷; la unió consigo con alianza indisoluble, y sin cesar la alimenta y abriga (Ef 5, 29). Tenéis los contemplativos la mirada puesta en esa Jerusalén celestial y en el destino final que explica y condiciona de raíz toda la existencia humana. Buscáis las cosas de arriba, como dice el Apóstol, vuestro gozo es el gozo del amor de Dios. Vivís escondidos con Cristo en Dios y ese vivir nos ofrece hecho realidad el sentir del Concilio: «Pero mientras la Iglesia peregrina en este mundo lejos del Señor (2Cor 5, 6), se considera como desterrada, de modo que busca y saborea las cosas de arriba donde está Cristo sentado a la diestra del Dios, donde la vida de la Iglesia está escondida con Cristo en Dios, hasta que se manifieste con su Esposo en la gloria (Col 3, 1-4)»⁸.

«Ninguna razón justifica la vida consagrada a mirar y contemplar con amor a Cristo, nuestro Dios y Salvador, sino el hecho de ser una anticipación de la visión beatífica. A pesar de nuestras debilidades e imperfecciones en la realización de nuestra vocación, nuestro estado de vida es y será la afirmación de la vocación sobrenatural de la humanidad. El mundo necesita ver estas realidades, no sólo afirmadas en una predicación, sino realmente anticipadas, ante su vista, en unas vidas humanas», afirma Voillaume⁹. El peligro de hoy es el olvido de nuestra común vocación: la contemplación eterna, pero la vida contemplativa nos es testigo constante de ella. Esta peculiar forma de vida hace que vosotras, «asidas fuertemente por Dios, os abandonéis a su acción soberana que os levanta hacia Él y os transforma en Él, mientras os prepara para la contemplación eterna que constituye nuestra común vocación»¹⁰.

La contemplación es el reclamo de la naturaleza escatológica de la Iglesia en medio de su peregrinante situación actual. Los contemplativos vivís esa escatología por adelantado, aunque de manera imperfecta, ahora en el tiempo. Nos recordáis a todos hacia dónde caminamos y cómo debemos prepararnos a ese quehacer que nos espera y que constituye «nuestra común vocación». El Papa Pablo VI os ha llamado «vigías del crepúsculo de la vida actual y profetas de la aurora que aguarda a los fieles». Vuestra vida es un bien para toda la Iglesia, que necesita de esa vitalidad espiritual para realizar su misión de reconciliación y renovación. La plegaria que hacéis se inserta en la que Jesucristo dirige sin cesar al Padre en el Espíritu Santo.

TODA VIDA DE FE ENCIERRA UNA DIMENSIÓN CONTEMPLATIVA

La vida eterna consiste en conocerte a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste (Jn 17, 3). Jesucristo se presenta como testigo de una autenticidad divina y humana tal que pide de los hombres fundamenten en Él su vida y su pensamiento. Es la luz que ilumina; quien le mira no anda en tinieblas. Sólo Él nos puede mostrar el plan de Dios, este es el sentido de la palabra Revelación. San Juan nos lo describe en un maravilloso texto del Apocalipsis: *Vi*

⁷ LG 6.

⁸ LG 8.

⁹ R. VOILLAUME, *Orar para vivir*, Madrid 1971, 149.

¹⁰ PABLO VI, *Evangélica testificatio*, 8.

también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos. Y vi un Ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: «¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?» Pero nadie era capaz, ni en el cielo ni en la tierra ni bajo la tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Y yo lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los Ángeles me dice: «No llores; ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos». Entonces vi... un Cordero como degollado... El Cordero se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono (Ap 5, 1-7). El contenido oculto del libro sólo Cristo nos lo revela. En la medida en que contemplemos a Cristo conoceremos a Dios, y conoceremos su plan de salvación. Ya dijo Pascal que no solamente sabíamos de Dios por medio de Jesucristo, sino que no sabremos de nosotros mismos sino mediante Jesucristo.

En la comunión de vida que unía a los Apóstoles con Jesús se encuentra en germen la dimensión contemplativa de la Iglesia. La contemplación del Dios único y verdadero revelado en Cristo es esencial al desarrollo de la vida cristiana. No hablo, por tanto, aquí de la contemplación en general como la más alta expresión de la vida intelectual y espiritual del hombre, de esa capacidad real que le afecta en lo más íntimo de su ser. En esta perspectiva hablé el año pasado al tratar el tema de la contemplación como alma de la civilización del mañana. Pienso en el destino de toda persona humana como eterna comunión con la vida de Cristo, comunión de visión y de amor. Y no podemos estar destinados para algo para lo cual o por gracia o por naturaleza no tengamos capacidad.

La gracia, que es decir la vida de Dios en nosotros, desarrolla esta capacidad, que es la que nos da consistencia y valor. Nuestra vida de fe está fundamentada en este convencimiento, y mientras no le demos esta dimensión contemplativa, unitiva, todo quedará en un plano de ciertos hábitos, de ciertas tendencias, pero superficial. La dimensión contemplativa es aquello que decía San Agustín era en él más que él mismo, y cuando entraba en él era la base firme en la que apoyaba su existencia con todas sus opciones fundamentales. Aceptar a Cristo es empezar a vivir esta comunión que nos llevará a exclamar algún día plenamente: mi vivir es Cristo.

Toda vida de fe encierra una dimensión contemplativa, y esto pone de relieve algo clave en el cristianismo: la esencia de la revelación radica en que Dios ha venido al hombre, no en que el hombre va hacia Él. *En verdad te digo: el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: tenéis que nacer de lo alto* (Jn 3, 5-7). Daniélou nos dice con su claridad acostumbrada: «Yo resumiría la diferencia fundamental entre las religiones y la Revelación en una frase: las religiones son esencialmente la expresión de un movimiento que va del hombre hacia Dios; las religiones son la expresión de esa búsqueda de Dios, que está inscrita en el corazón del hombre; a través de la religión, el hombre intenta a oscuras, tanteando, captar, más allá de las cosas visibles, las realidades invisibles y misteriosas cuya existencia presiente. La Revelación, por su parte, es un movimiento inverso; no va del hombre a Dios; va de Dios al hombre. La esencia de la Revelación radica en que

Dios ha venido hacia el hombre: es un gesto de Dios»¹¹. Nuestra existencia personal tiene su raíz en Dios, nuestra interioridad brota perennemente de Él. Cristo nos reveló a Dios y encarnó su Espíritu en nosotros, nos tomó como posesión: *Si alguno me ama, vendremos a él y haremos en él nuestra morada* (Jn 14, 23). Por eso la oración es contemplación, sumergimos en esa unión que nos descubre nuestra auténtica y fuerte verdad.

La fe exige del cristiano creer que Dios ha venido a la tierra, que ha asumido nuestra humanidad salvando el abismo que la separaba de la vida de Dios. Le ha hecho renacer a esta vida divina de manera que somos unos con El. Por eso toda vida de fe encierra una dimensión contemplativa. Al hablar de Revelación cristiana se está hablando ya de contemplación cristiana. Y en la medida en que ésta se va desplegando se desarrolla la vida eterna en el alma. Durante nuestra vida terrena vamos formando en nosotros ese hombre o mujer que un día seremos. *Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que aparezca que la extraordinaria grandeza del poder es de Dios y que no viene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo... Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas... Y así gemimos en este estado, anhelando ser revestidos de nuestra habitación celeste* (2Cor 4, 7-10. 16-18; 5, 2).

La existencia del cristiano está en el tiempo, pero lleva ya en sí la eternidad. La contemplación abre su mirada hacia ese horizonte eterno que es siempre el misterio de Dios, en el que se ve que *Él es todo en todo* (1Cor 15, 28). La imagen de la vida contemplativa tendrá siempre vigencia, y ella velará para que siempre esté en vigor esta dimensión esencial. Dirá a todos los cristianos cómo su vida en medio de la mayor actividad tiene que estar cimentada en la contemplación del misterio de salvación. «La Iglesia es la sociedad de hombres que oran. Su fin primordial es enseñar a orar. Si queremos saber lo que hace la Iglesia, debemos advertir que es una escuela de oración. Recuerda a los fieles la obligación de la oración; despierta en ellos la actitud y la necesidad de la oración; enseña cómo y por qué se debe orar, hace de la oración el “gran medio” para la salvación, y al mismo tiempo la proclama fin sumo y próximo de la verdadera religión. La Iglesia hace de la religión la expresión elemental y sublime de la fe: creer y orar se funden en un mismo acto, y al mismo tiempo hace de expresión de la esperanza»¹². La Iglesia es la familia de los adoradores del Padre *en espíritu y en verdad* (Jn 4, 23).

¹¹ J. DANIELOU, *La fe de siempre y el hombre de hoy*, Madrid 1969, 89-90.

¹² PABLO VI, Homilía en la audiencia general, 20 de agosto de 1966.

EL MUNDO ACTUAL NECESITA OASIS DE CONTEMPLACIÓN QUE ESCLAREZCAN EL MISTERIO DEL HOMBRE DENTRO DEL MISTERIO DEL VERBO ENCARNADO

Ciertamente, la vida misma diaria del cristiano os necesita por la constante invitación que le hacéis a contemplar su vida a la luz del misterio de Cristo, a apartarse de lo que enajena, a buscar lo que en realidad libera, a independizarse de las necesidades que crea la sociedad de consumo y el mundo que vivimos. El mundo de hoy y el de siempre requiere la fuerza de la vida contemplativa y la requerirá más en proporción del desgaste que experimenta. Hay una relación profunda entre acción y contemplación. Filósofos y místicos convienen en reconocer una relación estrecha e inevitable entre ambas. La contemplación no es inactividad, sino la forma más alta de vida activa y el grado supremo de la actividad espiritual. La acción ha de ser pensada y la contemplación ha de ser acción. El jefe de un aeropuerto no realiza menos la acción que el piloto que la ejecuta: él lleva en sí la responsabilidad que la acción misma le impone porque la piensa. Acción y contemplación se complementan; la elección de esta última no supone de ninguna manera renuncia de la acción. Toda creación es fruto de una intuición que se torna acción. La evidencia espiritual es el beneficio de la contemplación, en la cual el pensamiento y la acción encuentran su cumplimiento y realización. Cualquiera que acceda a la contemplación se transforma en simiente, en rica semilla que germinará en copioso fruto. El que descubre una evidencia tira del otro para mostrársela, por eso todo cristiano tiene que ser un apóstol. No es posible tener vida de unión con Dios y no darlo a los demás. La contemplación es la expresión de la nueva vida que hay en el cristiano y ésta tiende a comunicarse. Todos somos redimidos por Cristo y somos redentores con Él. Un mismo Espíritu nos vivifica y una misma vida corre por todos nosotros. *Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que hemos sido llamados* (Ef 4, 4).

Pero en nuestro mundo no parecemos vivir, ni los que decimos ser Iglesia de Cristo, en la fecunda dialéctica de contemplación-acción. No parecemos conscientes de que «a medida que el compromiso temporal adquiere más cabida en la vida de los cristianos, es preciso que el testimonio de la contemplación le presente su contrapeso»¹³. El relieve y la trascendencia de una época histórica no están en que en ella se logren una técnica y un bienestar cada vez mejores, ni en un dominio de la naturaleza cada vez más potente, sino en lograr unas formas de vida en las que el hombre viva su verdadera condición y realice su vocación, de tal forma que se logren unas dignas y verdaderas actitudes éticas. Las verdaderas conquistas son las del espíritu y las que éste consigue para que el progreso sea en beneficio de todos, para que aumente el respeto hacia el hombre, de tal manera que todos, sin excepción, consideren a su prójimo como a un «otro yo», para lograr instituciones que sirvan a la dignidad y al fin del hombre¹⁴.

No voy a examinar el panorama actual, lo conocéis porque sois hijas de esta época. Seguramente habéis analizado con detención en vuestros ratos de

¹³ J. DANÉLOU, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Madrid 1969, 7.

¹⁴ Cf. GS 27.29.

lectura y de oración la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, ella nos da una visión clara y comprometida. ¿No es cierto que el hombre hoy está en peligro? *La preocupación por el hombre* se llama un libro muy leído, sobre todo en Europa, de Romano Guardini; en la introducción nos dice: «Contienen –las charlas, conferencias y artículos del libro– no poca crítica hacia la cultura actual, pero esta crítica no está orientada por puntos de vista puramente filosófico-culturales, sino por una preocupación por el hombre percibida cada vez con mayor fuerza; por el hombre, que nunca ha estado tan inmediatamente en peligro como hoy. Es decir, está orientada por la cuestión de si el hombre, dentro del proceso, cada vez más veloz, del progreso científico, técnico y sociológico, puede seguir siendo hombre en el sentido en que determinan ese concepto la palabra divina y el honor humano»¹⁵. Estamos en peligro de enajenarnos en la propia obra de nuestras manos, de perder la libertad cuando buscamos con ansia la liberación, de no creer en el amor cuando tanto se habla de él, de romper toda relación de fidelidad y de pisotear los deberes que nos incumben y, por tanto, ¿qué derechos podremos exigir? Seamos sinceros, lealmente sinceros para reconocer si para nosotros el misterio del hombre queda esclarecido de verdad dentro del misterio del Verbo encarnado con todas las consecuencias concretas que en nuestra vida cotidiana implica. Un pensador francés, Marrou, afirma en su libro *Teología de la historia*, que la vocación de los contemplativos nos es necesaria porque ella pone rumbo directamente a lo eterno. La inteligencia humana, si no quiere equivocarse, no puede separarse de la suprema razón de nuestro vivir, que es el misterio de por qué somos y a dónde vamos. Las consecuencias de esta separación son las injusticias, los odios, la falta de respeto a la persona, la embriaguez del poder, etcétera.

Se debilita la profundidad que brota de la penetración del misterio de Cristo, que da la comprensión de lo esencial, la experiencia de lo que realmente tiene sentido, y esto sólo puede obtenerse en el enfrentamiento interior de la contemplación que requiere calma y reposo, sencillez y humildad, concentración y reflexión. Pedid insistentemente al Señor hombres y mujeres con este «calado» en la vida.

«Hemos conocido hombres libres, que se llamaban Bernanos, Maritain, La Pira. Ellos han demostrado que la adhesión celosa a la fe, el espíritu de contemplación, la obediencia a la Iglesia, podrían ir acompañados de posiciones políticas y sociales arriscadas. Son nuestros maestros. En ellos vemos cómo se realiza el ideal que no cesa de proponernos Pablo VI; unir el servicio a la fe y el servicio a la paz. La sociedad que nos propone construir es, según la frase de La Pira, una sociedad en la que los hombres tengan su casa y Dios tenga su casa. Ellos han demostrado que se puede ser moderno sin ser modernista y que amar a la humanidad no es hacer de ella un ídolo. Dios no es ni de derechas ni de izquierdas. La peor confusión radica actualmente en la absurda idea de algunos semiteólogos, según los cuales la trascendencia de Dios es una idea conservadora, siendo así que el cristiano de izquierdas debe ser horizontalista. Todo cuanto contribuye a fomentar semejante equívoco sería peligroso. “El cristiano –decía acertadamente Merlau-Ponty– es un mal revolucionario y un conservador poco seguro”. Esa es su gloria. Porque eso quiere decir que ni la tradición ni el progreso constituyen para él unos ídolos, puesto que solamente el

¹⁵ R. GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965. 13.

Evangelio y solamente la Iglesia constituyen el último punto de referencia. Por eso el cristiano escapa a las prisiones de derechas o de izquierdas en las que algunos pretenden encerrarlo»¹⁶.

EL MUNDO ENTREGADO A VUESTRA RESPONSABILIDAD Y COMPROMISO CRISTIANO

A vosotras, religiosas de vida contemplativa, como a todo el que cree en Cristo, el mundo está entregado como tarea de la responsabilidad y compromiso cristiano. No podemos pensar en reino de Dios, en historia de salvación abandonando todo y dejándolo al dominio de los que no tienen fe. La marcha de nuestra historia está informada por el influjo del mensaje de Jesucristo. *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40). Estas palabras son vitales. El juicio se decidirá según hayamos cumplido el mandato de la nueva hermandad que nos da la nueva filiación de hijos de Dios. La luz de esta relación penetra en la confusión que reina en las relaciones humanas. *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como Yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros* (Jn 13, 34-35). Amar como Cristo significa liberar como Él y salvar como Él. Esta es la obra de la Iglesia.

La historia humana es una sucesión de renovaciones y nuevos logros. Nadie puede tener la ilusión de construir algo completamente acabado y definitivo. Los sistemas políticos, sociales o filosóficos son siempre perfectibles, provisionales y relativos a las circunstancias históricas y culturales. En todas las épocas hay voluntad positiva de organizar la sociedad y liberar a los hombres de las servidumbres sociológicas, aunque puede ser que esta voluntad auténtica y verdadera sólo esté en una minoría. Cada situación concreta se inserta dentro de una amplia serie de otras y será superada como las precedentes. La historia tiene su propio dinamismo: tradición y pasado, presente hijo de esa tradición, futuro como progreso que avanza siempre hacia lo mejor, aunque en momentos de crisis no lo parezca. Tradición, presente y progreso no son enemigos entre sí, a pesar de estar separados a veces por cauces que parecen abismos. Todo está transido de la misma alma. Lo que llamamos «nuevo» ya es, desde que existe, germen de otras cosas nuevas.

En toda época de renovación hay muchos problemas, unos reales, planteados por la vida misma, y exigen una solución; otros, más o menos artificiales, palabreros o superficiales, propios de nuestra limitación y extroversión, que son, por tanto, periféricos y nos llevan a pequeñeces en que perdemos mucha fuerza y energía. Es fundamental no perder la vitalidad que lleva en sí toda renovación. Lo que interesa siempre es redescubrir por encima de todos los problemas el misterio irreductible de la vocación y del destino humano. Dios nos ha dado una etapa concreta de la historia de salvación que hacer, y, por tanto, nuestra iniciativa y responsabilidad son inmensas. Somos responsables de las respuestas que damos al momento presente, de lo que tomamos o dejamos de tomar del pasado y del porvenir que trazamos. Somos libres y no podemos existir

¹⁶ J. DANIELOU, *El dedo en la llaga*, Bilbao 1970, 123-124.

de forma pasiva, sino participar en forma activa en su libertad creadora y redentora. El hombre de hoy necesita de hombres y mujeres que respondan y den solución a los problemas fundamentales de la existencia desde una perspectiva, desde la cual jamás responderá ninguna organización social. Los cristianos tenemos que estar convencidos, y actuar en consecuencia, de que el mundo nos está dado como tarea y deber, entregado a una responsabilidad cristiana. Sería muy triste, desesperadamente triste, una situación en la que los hombres pidieran a la Iglesia que les diera el Evangelio de Jesucristo, que les anunciara su reino, y que ésta no pudiera dárselo.

Ayudad a los hombres a su descubrimiento. Demostrad con vuestra vida que lo que fundamenta la libertad es el reconocimiento de la trascendencia de Dios y la Revelación en que ese Dios se comunica; sólo su verdad nos hará libres. Desde el momento en que los hombres descartan esa realidad, su última apelación queda en los poderes humanos. ¿Y no es ésta la peor amenaza para la libertad? ¿Habría un mundo más angustioso que aquel en que los poderes humanos tuvieran la última palabra sobre el destino del hombre? Lo que hace del cristiano un hombre libre es saber que él solo es el responsable último de su salvación y que sólo por Dios será juzgado, quien también juzgará el uso que los hombres han hecho de los poderes humanos. Nuestro mundo empieza ya a estar un poco cansado de ideologías y teorías. Vuelve a ser como en otros momentos no muy lejanos en la historia, me refiero a los comienzos de nuestro siglo, momentos en los que por todas partes surgen «técnicas de liberación» y cada uno parece inventar el mundo a su manera, e incluso habla un lenguaje particular.

Precisamente en circunstancias así necesitamos personas que, en todos los ámbitos y sectores, manifiesten en su vida el Espíritu de Jesucristo que les hace hijos de Dios y en virtud del cual claman *Abba, Padre*. Necesitamos que la confianza en el amor de Dios sea una realidad que oriente y conforte de una manera manifiesta. Con vuestra vida, religiosas contemplativas, acentuáis intensamente algo que pertenece al orden de la vida cristiana: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16, 24). *Quien hace la voluntad de Dios, permanece en la eternidad* (1Jn 2, 17). Sacrificáis todo por el amor de Dios en bien del Cuerpo Místico de Cristo. Renunciáis en obsequio a la plena libertad para Dios. Y precisamente por el hecho de vuestra renuncia y vuestra forma de vida mostráis a vuestros hermanos la adecuada relación con los valores que ellos deben vivir. La vida del hombre conforme al Evangelio sólo puede alcanzarse por la misma intención y por las mismas fuerzas por las que viven los que se consagran con exclusividad a los consejos evangélicos. Vuestra vida acentúa lo que pertenece al orden de la vida cristiana.

Vivid vuestra vida contemplativa de la única forma que tiene sentido vivirla, a la luz de la historia de la salvación. «Hijas predilectas de la Santa Iglesia, permitid que el espíritu de comunión del que ella vive, entre en vuestras casas más allá de las rejas de vuestras clausuras, entre en vuestras almas e infunda el aliento de renovación querido por el Concilio Ecuménico, y os dé también a vosotras, más aún, a vosotras especialmente, la visión de los grandes designios divinos que se proyectan sobre la humanidad, y marcan su destino en orden a su salvación sobrenatural y escatológica, de la misma manera que nos presentan nuestros deberes y nuestros recuerdos en orden a la ayuda necesaria para la

elevación, la concordia y paz del mundo»¹⁷. Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de la época actual, como nos dice la *Gaudium et spes*, son también los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay auténticamente humano que no halle eco en vuestro corazón. Sabéis que marchamos como peregrinos al Reino del Padre y hemos recibido el mensaje de salvación para darlo a todos. Por eso vuestra vida, necesariamente, tiene que sentirse en verdad íntimamente unida con la humanidad y su historia. A los grandes interrogantes, formulados hoy con verdadera agudeza: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál el sentido del dolor, del mal, de la muerte? ¿Cuál el sentido último de la acción humana en el universo? ¿Qué habrá después de esta vida temporal?, a estos grandes interrogantes, digo, vuestra vida ha de ser una respuesta y una luz esclarecedora. Tenéis que vivir sintiéndooos solidarias de todo lo que está ocurriendo, sabiendo que es la persona del hombre la que hay que salvar.

Por encima de todo, una vocación clarísima: vuestra vocación eclesial: «continuar, bajo la guía del Espíritu Santo, la obra del mismo Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para condenar, para servir y no para ser servido»¹⁸. Vuestra vocación contemplativa no será tal si no vivís cada día más a Cristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia. «Los institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación de modo que sus miembros se dediquen a Dios solo en la soledad y el silencio, en asidua y áspera penitencia, por mucho que urja la necesidad de un apostolado activo, mantienen un lugar preclaro en el Cuerpo Místico de Cristo en el que *no todos los miembros tienen la misma función* (Rm 12, 4), pues ofrecen a Dios el eximio sacrificio de la alabanza, ilustran al pueblo de Dios con abundantísimos frutos de santidad, le conmueven con el ejemplo y lo dilatan con una misteriosa fecundidad apostólica. Son honra de la Iglesia y manantial de gracias celestiales. Sin embargo, examínese su modo de vida a la luz de los principios y criterios indicados para una adecuada renovación, conservando, no obstante, su santísimo alejamiento del mundo y los ejercicios peculiares de la vida contemplativa»¹⁹.

La Iglesia es sacramento de salvación y por ello «exhorta sin descanso a sus hijos a la purificación y renovación para que el signo de Cristo brille más claramente sobre la faz de la Iglesia»²⁰. Vosotras habéis de lograr en vuestra vida esa purificación y renovación por la que seréis signo y testimonio de Cristo. Ayudaréis así al mundo, porque estáis trabajando en la instauración y venida del Reino de Dios, que es reino de justicia, de verdad y de paz. Sólo habrá justicia, verdad y paz cuando ésta anide en los corazones de los hombres, y así sus obras, sus realizaciones, las estructuras que se creen serán buenas y contribuirán al verdadero desarrollo. Dadnos a los hombres de hoy la contemplación del misterio divino y recordadnos siempre que es Dios quien salva. La pastoral de la Iglesia hoy os necesita para el testimonio y anuncio de esos valores tan interiores, y por eso tan ricos y fecundos de vuestra vida contemplativa.

¹⁷ PABLO VI, Homilía en la ceremonia de ofrecimiento de los cirios, 2 de febrero de 1973.

¹⁸ GS, 3.

¹⁹ PC, 7.

²⁰ LG 15.

LA EVANGELIZACIÓN DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Me privaría a mí mismo, y también a vosotras, de una satisfacción muy sincera, y sin duda legítima, si, para terminar, no hiciera una referencia al Sínodo de Obispos recientemente celebrado. El tema, como sabéis, era la evangelización del mundo contemporáneo.

Diversas las situaciones, diversos a veces los planteamientos, y diversas también, según las circunstancias, las soluciones complementarias unas de otras que se brindaban, ha habido una afirmación en que la coincidencia fue unánime y rotunda: la necesidad de la vida interior, de la oración y de la contemplación para una evangelización que quiera responder a su originalidad auténtica.

Aquí no hubo discrepancias. Ante los ojos de los Padres sinodales se abrían horizontes muy distintos: los que cada uno, a la mañana o a la noche, puede examinar según el mundo en que vive. Pero las miradas se fundían en una sola, aunque fuera diverso el color de los ojos, cuando se quiso apuntar a lo que es fundamento vivo de nuestros trabajos apostólicos. Es la primera vez en estos años del posconcilio en que una representación tan cualificada y numerosa de la Jerarquía de la Iglesia, siguiendo al Santo Padre, que nunca cesó de iluminarnos a todos durante este período, ha vuelto a recordar con serena alegría y convicción profunda lo que a veces quedaba en excesiva penumbra: el valor primordial de la contemplación para la acción evangelizadora en cualquier situación y en cualquier parte del mundo.

Durante estos años se han oído voces demasiado desafinadas dentro de la hermosa sinfonía de la vida de la Iglesia. Se ha desestimado y aun despreciado, por parte de algunos, la vida de oración y sacrificio de las comunidades religiosas de clausura. Se ha dicho que pertenecían a una época acabada, y que, en el giro actual de la historia del mundo, al que la Iglesia debe acompañar con su encarnación constante, ya no había lugar para esa clase de soledades infecundas y egoístas.

Se decía que era una evasión alienante querer contemplar exclusivamente el cielo mientras se vive todavía en la tierra, una tierra tan cargada de dolor y tan anhelosa de redención fraterna, precisamente aquí, ahora, mientras es eso, tierra pobre y potencialmente rica, morada inhóspita de los hombres, pero susceptible de transformarse en hogar más acogedor si los cristianos cumplimos con nuestro deber de hacer fermentar todo con presencias más comprometidas. Bastarían momentos de contemplación, se decía, que pueden y deben darse en cualquier vida cristiana empeñada en el combate activo; pero ¿para qué toda una existencia, suspendida entre la tierra y el cielo, como una forzada anticipación de la eternidad o como un fraude al común compromiso terrestre?

Los que así discurren conciben la Iglesia como una empresa humana o como un plan de desarrollo historicista y cambiante, en lugar de ver en ella un misterio, el del *Christus totus*. Cristo y los cristianos, que bajo la acción del Espíritu Santo se cambian entre sí y se comunican sin cesar impulsos, latidos, ejemplos, auxilios, requerimientos, interrogantes, respuestas, luchas, esperanzas, anhelos, virtudes, cruces, alegrías, es decir, todo lo que es vida y que produce vida.

Si la Iglesia es un Cuerpo Místico, es todo un organismo el que debe ser contemplado, no las vidas individuales yuxtapuestas; y al contemplar ese organismo completo, veremos que las vidas que oran y las vidas que trabajan en otros menesteres y exigencias constituyen una convergencia única de esfuerzos que cooperan al mismo fin. Querer reducir la extensión o la intensidad del holocausto de una vida dedicada a la oración y el sacrificio es suplantar al Espíritu Santo, es someter las vocaciones al arbitrio de una dictadura exterior, es entregar a la discusión humana la conveniencia o inconveniencia de treinta años de silencio en la vida del Salvador, es negar actualidad en el Evangelio de hoy a lo que en el Evangelio de ayer fue la presencia silenciosa y adorante de la Virgen Santísima y, sin embargo, activa y cooperadora en la redención obrada por su Hijo.

Digámoslo de una vez y para siempre, con toda la firmeza que nace de los grandes amores y de las grandes convicciones:

1º La vida de oración y contemplación constituye una dimensión inalienable en el misterio de la Iglesia y brotará siempre del fondo de su corazón como un despliegue normal de sus íntimas exigencias.

2º Este impulso, por coherencia con las raíces de donde brota, moverá a unirse por amor a los que lo sienten, y surgirán, aprobadas y queridas por la Iglesia, órdenes, congregaciones, comunidades de personas entregadas a orar y a contemplar el misterio de Dios.

3º Desde el silencio de su entrega, estas comunidades serán focos de caridad y de esperanza, testimonios visibles de la trascendencia, anticipación esforzada de la plenitud del reino, servicio heroico al mundo en lo que éste más necesita, porque por su sola presencia recuerdan, llaman, invitan, ofrecen y exigen con la más eficaz de las exigencias: la de los que lo dan todo sin pedir nada a cambio.

4º Tales comunidades harán bien en examinarse a sí mismas para lograr en todo momento, también hoy, la renovación que pide la Iglesia, de manera que no se confunda la fidelidad con el inmovilismo, la sencillez con la ignorancia, o el desprendimiento con el anacronismo; pero tampoco la adaptación con la aventura, la generosidad con la anarquía, o el testimonio con las condescendencias disolventes.

5º Conducida la renovación por la mano maestra de la Iglesia, y alejados de tan delicada tarea los falsos profetas que a veces se han introducido causando daños gravísimos, no hay nada que temer.

Estos días vais a hablar precisamente de esa renovación y os va a guiar ese Magisterio, que personas competentes os irán presentando. Hacedlo sin temor, religiosas. Os necesitamos. Os necesita la Iglesia de España y la Iglesia universal. Lejos de que pueda sufrir quebranto vuestra interioridad, ésta debe reforzarse, y debe salir de aquí fortalecido vuestro amor serio y profundo al despojo, a la cruz y a la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Renovaos en la profundidad de vuestro amor a Dios para que eso, el amor, y no otra cosa, sea lo que brille en el silencio de vuestras vidas contemplativas.

Y no os alteréis por el hecho de que el mundo no lo comprenda nunca del todo. Es natural que al mundo le falten capacidades de comprensión para el misterio.

Tenemos que aceptarlo con tranquilidad, no con orgullo. Sería triste y lamentable equivocación que, por buscar una mayor credibilidad al «don de Dios», lo desnaturalizáramos hasta el punto de convertirlo en un mero obsequio humano. Hay que aceptarlo y vivirlo tal como es. Hacerlo inteligible para los que buscan a Dios con sincero corazón, y por eso con profunda atención a nuestro tiempo, pero a la vez mantenerlo íntegro y puro en toda su radical seriedad, aunque parezca una locura, que será en todo caso la locura de la cruz.

EXIGENCIAS DE LA VIDA MONÁSTICA EN NUESTROS DÍAS

Homilía recogida en cinta magnetofónica en la concelebración litúrgica del 28 de mayo de 1977, con motivo del VIII Centenario del Monasterio Cisterciense de San Clemente, en Toledo. Texto publicado en la revista *Cistercium*, 30, 1978, 231-241.

Comunidad de religiosas cistercienses del monasterio de San Clemente y hermanos todos muy amados en nuestro Señor Jesucristo.

Para todos mi saludo y bendición. Con todos comparto la satisfacción espiritual tan noble, tan justificada, tan digna de encontrarse aquí celebrando, ¿qué es lo que celebramos?, *el VIII Centenario de la fundación de este monasterio de San Clemente*.

Aquí sí que podíamos decir que hablan las piedras, los sepulcros, las restauraciones, las ruinas. Habla todo, y habla, no sólo con esa voz venerable del tiempo que ha transcurrido a lo largo de tantos siglos, sino con la voz del espíritu de la religión que es más llena, más evocadora, más sugerente. Simplemente, por ser voz de la historia, ya sería respetable.

¡Desgraciados los que no saben valorar el paso de la historia en un pueblo, en una ciudad, en una patria o en sus propias vidas!

Pero cuando esa historia es la vida de una orden religiosa fundada –poco tiempo después de la reconquista de la ciudad– y que a lo largo de tanto tiempo ha ido presentando esa espléndida manifestación de cultura, de civilización religiosa, de fuerza espiritual, educadora de la sociedad, reformadora de las costumbres, tributadora de alabanza a Dios; cuando esa historia es la que ha transcurrido: entonces, el no estimarla como se merece, el hacer caso omiso de ella, es casi –me atreveré a decirlo– una blasfemia.

He ahí por qué Toledo tiene esa fuerza impresionante. Yo quisiera que los habitantes de Toledo supieran estimarlo mejor, por eso mismo de que «hablan las piedras, las calles, los sepulcros, las torres afiladas, los cuadros, las bibliotecas, todo». Y hablan de Dios, hablan del servicio a Dios, hablan de las relaciones de los hombres con Dios; hablan de lo mejor que se puede hablar en este mundo; y para el que sabe pensar y discurrir es una lección permanente, frente a la frivolidad de los tiempos que nos toca vivir.

OCHOCIENTOS AÑOS DE CORRESPONDENCIA FIEL A CRISTO

Vosotras, religiosas cistercienses, que estáis desde hace tiempo preparando con esmero y delicadeza la celebración del VIII centenario, ¿os dais cuenta bien de lo que significa ser herederas y conservadoras de una tradición multiseccular, con tanta y tan preciosa vida cargada de realidades?

Ahora estamos viviendo una época en que todo se problematiza. Aun los que no quisiéramos examinar cuestiones que tienen sustantividad propia por encima de

todo problema, aun a los que no quisiéramos examinarlo así, todo parece que concurre para inducirnos a participar en conversaciones, en asambleas, en coloquios, en escritos sobre reformas, sobre adaptaciones, sobre cómo arreglar esto, cómo lograr lo otro; por qué hay vocaciones aquí, por qué no las hay allá, etc. Todo es interrogante: nuevas preguntas, nuevas respuestas hoy, para nuevas preguntas mañana. Y no sabemos salir de estos círculos que nos encadenan con sus reflexiones, con sus inquietudes, con sus dudas.

¡Cuándo llegará el día para la Iglesia de Cristo de las afirmaciones serenas, tranquilas, firmes, intocables! Porque vosotras, religiosas cistercienses, sabéis muy bien una cosa: que este monasterio no hubiese llegado hasta hoy, si a lo largo de estos ocho siglos os hubierais pasado gran parte de ese tiempo en encuestas, en reflexiones, en interrogantes, en dudas. Ha habido afirmaciones, las ha habido desde el principio: eran las afirmaciones de la fe, de una fe vivida y aceptada por un pueblo creyente, del que surgieron vocaciones y al que las vocaciones surgidas de él aumentaban con sus frutos de vida.

Y porque ese pueblo creía, y aquella Iglesia, con sus obispos, abades, órdenes religiosas y sacerdotes –aun con todos sus fallos de otra índole que existen y han existido siempre–, porque creían, hicieron todas esas cosas maravillosas.

Esto es lo que yo encuentro cuando llegan acontecimientos tan aleccionadores como las conmemoraciones que estamos celebrando. Demos gracias a Dios y gracias también a los hombres que han luchado tan dignamente para que, unos desde un campo, otros desde otro, pudiéramos en esta tarde de mayo estar aquí, en esta joya, dentro de esta joya, de este templo, que, si fuera posible, merecería ser recogido en unas andas y pasearlo por toda la cristiandad. Así, con toda su unción religiosa, con este decoro interior que tiene, y esos claustros, para poder decir al mundo: aquí hay ochocientos años de historia, de devoción, de amor, de alabanza a Dios, de correspondencia fiel a Cristo y de servicio a la humanidad.

Porque, en definitiva, esto es lo que se encuentra en la vida de un monasterio como éste.

VIDA DEL MONJE, CANTO DE ALABANZA A SU CREADOR

En primer lugar, vuestra vida es eso, alabanza a Dios, rendir gloria a Dios. Yo me detendría aquí, si fuera oportuno hoy, precisamente para llamar la atención sobre algo que se está olvidando. El pragmatismo de nuestros tiempos y el modo de entender la eficacia como único criterio válido para el desarrollo de las relaciones humanas, está privando a la religión de Cristo y, en general, al hombre religioso, de algo que es fundamental para el creyente, que es el concepto de la alabanza a Dios, la glorificación de Dios.

Aquí, repito, podríamos detenernos y hablar sin límites, pero no es posible. Solamente llamo la atención sobre esto: monjas de los monasterios, religiosos de vida contemplativa, esto es lo primero que hacéis, lo más grande que podéis practicar: glorificar a Dios. Porque el hombre ha nacido para eso –como se nos decía en los Ejercicios de San Ignacio de Loyola–, para alabar y dar gloria a Dios nuestro Señor, nuestro Creador, nuestro Padre providente y amoroso, nuestro Juez. Aquel de quien depende todo; y es la naturaleza entera la que estará

siempre dando gloria a Dios, simplemente con el desarrollo de sus ciclos naturales. Y es únicamente el hombre el que se olvida de esto.

¡Oh, qué progreso! ¡Qué progreso para él! Haberse olvidado de este deber primordial y complacerse neciamente en la adoración de sí mismo. ¡Así nos va! Únicamente el hombre es el que se olvida de esto, y todavía se atreve a decir ¿qué daño me va en eso? Sí, mucho daño se le sigue al hombre que se olvida de su fin trascendente, que va en contra de su naturaleza, de su destino, de su origen.

Venimos de Dios y a Dios nos dirigimos. Nuestra vida tiene que ser un tributo constante de culto, de alabanza, de gloria suprema al Creador. Esto lo debiéramos hacer aun prescindiendo de nuestro ser de cristianos. Nos bastaría fijarnos en los paganos, en textos de Sócrates, de Cicerón, de Platón –por citar unos pocos ejemplos–, para convencemos de lo que significa un auténtico concepto del hombre en su dimensión religiosa. Y en las religiones orientales de China, de la India, entre los animistas de África, dondequiera que existan hombres no depravados, aparece como algo exigido por la condición humana el concepto de oración, de glorificación, de alabanza a un Ser supremo.

De manera que está justificado el que, aun siendo obligación de todos, haya en el mundo algunos que, además de la obligación propia, asuman la de los demás y dediquen su vida para que ésta sea un canto perenne, lo más perfecto posible, de alabanza a su Creador, a su Señor, a su Dios.

EN EL SILENCIO DEL CLAUSTRO DEBE LATIR UN CORAZÓN ENAMORADO DE DIOS

Benditas seáis, religiosas, y ojalá sepáis cumplir bien con esta misión que un día habéis abrazado, que en el silencio incomprendido de vuestros claustros mantengáis siempre latiendo un corazón enamorado de Dios, que va cantando, sin que nadie lo perciba, endechas de amor entrañable a vuestro Padre del Cielo.

Y demos un paso más. Porque no somos únicamente adoradores de Dios con una motivación religiosa genérica y fundamental, propia de los hombres de cualquier tiempo. Vivimos ya dentro de la fe cristiana, y vosotras sois fieles, porque correspondéis a un amor revelado en Jesucristo. Y cuando se conoce a Jesucristo y se le ama, la carrera ya no tiene límites: surgen las consagraciones, las entregas totales de una vida.

Porque ya no es sólo dar gloria a Dios, pensar en Él, sino que es consagrarse totalmente a Él, es ofrecerle generosamente todo el amor del corazón, todas las determinaciones de la voluntad, sacrificarlo –en una palabra– todo de la misma manera que un jardín sacrificaría sus flores, si pudiera, una mañana en que bajara un ángel del cielo a decirle: presenta y ofrece la hermosura de tus flores, que va a pasar por aquí el Señor.

¿Es que partiendo de una fe en Jesucristo se puede poner en duda el que haya almas en el mundo, en que para amarle de todo corazón se entreguen a Él sin reserva y para siempre? Todos los demás criterios que con frecuencia se suelen utilizar, de que se puede ser cristiano en el mundo, de que no hay que dejar la

familia, de que...; pues claro que los admitimos, pero vuelvo a preguntar: conociendo y teniendo una fe profunda en Jesucristo, ¿se podrá poner en duda la justificación de que haya personas que digan: un paso más y te lo entrego todo para siempre? Porque, ¿quién hay y qué hay en la vida del hombre que pueda merecer una donación total como Jesucristo? El seguimiento del Cordero inmaculado, los votos religiosos, el ofrecimiento completo a este Señor de los señores, en una vida de amor, de sacrificio, de esperanza y de gozo a imitación suya, es una constante llamada del Evangelio a todos.

Pero las metas a que nos invita ese Evangelio son tan altas, tan altas que terminan en el cielo. Por tanto, dejemos que en esta carrera de imitaciones cada cual siga su camino, tratando de unirse a su Señor hasta el grado máximo que pueda ser posible en este mundo.

Esto es lo que a lo largo de ochocientos años de historia se ha hecho aquí en San Clemente. Vuestros Padres me han ilustrado a mí para escribiros la carta pastoral sobre *La actualidad de la vida contemplativa*. Allí hablo de algunas religiosas ilustres de este monasterio. Sin embargo, ¡cuántas habrá habido que se pierden en el anonimato de los siglos, sin que sepamos nada de ellas, de las cuales podemos estar seguros que han dado al mundo espléndidos ejemplos de santidad!

SERVICIO TRASCENDENTE A LA HUMANIDAD

El otro aspecto, el servicio a la humanidad: *Alabanza y glorificación de Dios, seguimiento de Cristo en una donación total y servicio a la humanidad*. Así. Aquí otra vez tendríamos que entrar casi en consideraciones de tipo polémico, pero las circunstancias de esta conmemoración gozosa no me invitan a mí hoy a utilizar este género de oratoria. Simplemente hago afirmaciones para aquellos que ya están convencidos, por supuesto que los que estáis aquí vivís la misma fe en nombre de la cual estoy hablando. Así pues, no discuto, ni polemizo con los que lo niegan. Afirmando con los que lo admiten: he aquí el servicio más trascendente y profundo a la humanidad, la vida de consagración total a Dios. Y esto, a pesar de que el mundo no lo perciba, ni se dé cuenta.

En la carta que el Papa os dirigió a los trapenses en el año 1968 –admirable documento–, os hablaba de que si vuestro género de vida de contemplativos se resquebrajase, todo el Cuerpo Místico de Cristo sufriría las consecuencias.

Y es que puede haber muy bien gentes que se benefician de algo sin saberlo, y el criterio para saber si hay beneficio no está en que ellos lo sepan, sino está en considerar cuál es la necesidad del hombre.

Estos monasterios y conventos, que recuerdan la trascendencia de Dios y el destino del hombre, que son una llamada perenne a los hombres y mujeres de todos los tiempos, que les hacen pensar en que su destino no está acá abajo, sino que hay algo infinitamente superior a los vaivenes de la vida moderna: estos monasterios están prestando un servicio fabuloso a toda la humanidad, mediante la entrega de amor, la oración ardiente, el sacrificio incesante de tantos religiosos y religiosas como cada día se inmolan por sus hermanos los hombres; suplen

con generosidad lo que muchas veces nosotros teníamos que hacer: dar testimonio vivo de lo que significa Cristo, su doctrina de abnegación y renuncia.

Reinas que renunciaron sus coronas por amor a Cristo, esclavos con pies descalzos que también le siguieron en todo momento: están predicando al mundo –ora de los sabios, ora de los ignorantes– esa fuerza divina que comunica la gracia y que es, en definitiva, el primero de todos los valores de la tierra. Sacrificarlo todo por el Todo, es un servicio a la humanidad exquisito, delicadísimo, profundo, que hace poner en juego todos los resortes de la divina Providencia que hacen girar los acontecimientos de la historia en torno a los planes divinos en beneficio de los mismos hombres.

CARÁCTER DE LAS «ADAPTACIONES»

Así pues, hijas mías, adelante a empezar otro siglo que se abre camino ahora con cara a otros tiempos, manteniendo fielmente vuestras constituciones, observando de manera exquisita todo cuanto os pidan vuestras reglas y vuestra Orden.

Es éste otro de los fenómenos de nuestro tiempo al que aludía yo al principio: tanto hablar de reformaciones, acomodaciones, cambios... Sin querer penetrar en el fondo del problema, yo distinguiría dos modos de hablar sobre tales cuestiones: uno perfectamente lícito y justificado, que, además, es permanente, concorde con aquella expresión clásica de nuestra teología de *Ecclesia semper reformanda*, la Iglesia necesita de una constante renovación. En este sentido, las órdenes religiosas, por exigencias naturales en el desenvolvimiento de su vida, siempre se han reformado, se han adaptado a los tiempos, se han atenido a exigencias de este o aquel tipo, han introducido –como fruto de una seria reflexión, de una oración asidua, de una sabiduría impulsada de la gracia– modificaciones que, sin alterar en nada lo sustancial de las mismas, consiguieron, sin embargo, aquello que exigen la condición humana, la evolución del tiempo, los imperativos de las culturas.

Este sentido de reforma, de imitar a la Iglesia *semper reformanda* en todos los niveles, es absolutamente necesario y lícito, está en línea directa con las normas trazadas por el Vaticano II sobre la renovación.

Pero hay un segundo modo «de reforma» que circula en los ambientes de la mayoría de las comunidades, totalmente al margen del Concilio, y al que se debe combatir. Es ese espíritu de adaptación falsa, ese sistemático afán de cambio – un cambiar por cambiar–, esa adaptación al espíritu del mundo, esa acomodación al modo de obrar de los mundanos, so pretexto de no aparecer anacrónicos, de hacernos entender mejor. No es ése el espíritu de renovación, la insistente llamada del Concilio a que los religiosos reencuentren y encarnen en sí el espíritu de sus fundadores.

Una sinfonía de Beethoven o una catedral de Toledo no se adaptan. Y si hoy se pretende hacer una catedral o una pieza de música, el maestro puede decir: voy a hacer una catedral, voy a componer una pieza de música, pero esa catedral de Toledo, esa sinfonía de Beethoven existente, se las respeta, se las respeta y admira. Y cuando una obra arquitectónica necesita una restauración, los que la

llevan a cabo se cuidan muy bien de hacerla con la máxima fidelidad hasta en el tamaño y color de las piedras, se guardan muy mucho de introducir novedades que desentonen de la obra, porque si no lo hacen así serían justamente reprochados por los hombres cultos y admiradores del arte.

Lo mismo pudiéramos decir de las grandes órdenes y congregaciones religiosas. ¿Que hay que fundar otras nuevas adaptadas a nuestros tiempos? Muy bien, que se funden. Seguramente hay motivos para ello. Pero las ya existentes, con una tradición gloriosa de siglos, éstas deben permanecer sustancialmente idénticas en su espiritualidad primitiva. La renovación pedida por el Concilio no es dismantelar, sino ahondar más y más en el espíritu de los fundadores.

EL CANTO GREGORIANO, SERENO, PROFUNDO, INTEMPORAL

¡Ay de la Iglesia si piensa que el criterio que debe guiarla es la facilidad, el ir dejando carga! ¡Esa ansia de hacer todo más leve, más ligero, más adaptado al mundo para que los hombres nos entiendan!

Un ejemplo patente tenemos en el canto gregoriano. Sí, no dudo en afirmarlo. El Papa, en la carta anteriormente citada, os exhortaba a conservarlo en toda su pureza impresionante. Con todo, se ha ido liquidando poco a poco en todas partes, salvo raras excepciones. ¡Un horror! ¡Una pena lamentable! Es que el pueblo no lo entiende –se aduce como pretexto–. Sí que lo entiende, y es compatible poder alternar el canto gregoriano con la lengua vernácula. Y todavía lo entendería mejor si se facilitasen instrumentos pastorales, hojas múltiples donde pudiera seguir lo que se está cantando.

Se podrían hacer brevísimos ensayos al principio de la celebración litúrgica, y entonces se produciría el mismo fenómeno de concurrencia como el que presencié yo el pasado verano en Santo Domingo de Silos –donde conservan las melodías gregorianas–, adonde cada vez acude más gente seglar en busca de ese canto gregoriano, sereno, profundo, intemporal, lleno de unción religiosa, acomodado a las exigencias de todos los hombres de todas las épocas. Pues se ha perdido en casi todas partes, hasta en los monasterios de monjes que debieran ser archivos, impenetrables a la acción demoledora de la época, de estas riquezas transmitidas por la Iglesia con una vigencia de muchos siglos.

¡Ay de la Iglesia –permitidme lo repita una vez más– que únicamente cuente para desarrollarse en el tiempo con ese criterio de decir: vamos a renovarlo todo, a hacerlo todo más fácil! Porque de ahí se va pasando, ¿a qué?, a esas liturgias irrisorias que tanto se prodigan hoy en muchos lugares. Rompen el alma de dolor al ver cómo puede haber sacerdotes que traten de esa manera ignominiosa algo que no es suyo, algo que es de la Iglesia, depositaria fidelísima de los tesoros de Cristo. Me refiero a la ordenación del culto, del sacrificio de la Misa, al tratamiento de la palabra de Dios, la oración pública de la misma Iglesia, haciéndolo todo a su talante, convirtiendo los actos litúrgicos en comparsas de camaradas, tirados por los templos, con sus guitarras y cantinelas, gesticulando de manera irreverente, como si no se tratara de la casa de Dios. Todas estas cosas las veríamos bien en un teatro o en una reunión de diversión, nunca en el lugar santo, que exige máxima reverencia, actitudes nobles, armonías propias y cuanto viene requerido y avalorado por el peso de los siglos.

SAN BERNARDO LEVANTA UNA BANDERA DE AMOR Y DE EXIGENCIA

En el verano de 1975 visitaba yo el monasterio de dominicas de Olmedo, una comunidad floreciente de vida muy austera, con seis horas de oración, trabajando con un reglamento y unas normas de vida llenas de exigencias, al parecer poco acordes con el ambiente hedonista de nuestra época. Se diría que una comunidad así se dirigía vertiginosamente hacia su aniquilamiento, a desaparecer las llamadas de nuevas vocaciones; todo lo contrario. De allí han salido ya religiosas para reforzar o fundar nuevas casas en América, África y Asia; quedan todavía más de sesenta religiosas, y las llamadas a sus puertas siguen ininterrumpidas, porque allí se vive una observancia estrecha, rigurosa, firme en sus convicciones y en su entrega.

Padres trapenses que asistís a esta ceremonia: ¡cuánto gozo sentiría yo en que se lograra este ideal de que venimos hablando!, es decir, que se fundara esa abadía de Montesión, que está ahí, a las puertas de Toledo, que se llenara otra vez con monjes blancos, discípulos de San Bernardo. Que vengan, que vengan pronto de otras abadías de España y se forme ahí una comunidad numerosa, de tal manera que se convierta en casa de oración, de canto litúrgico en gregoriano, de exquisitez en el culto, de facilitación para ejercicios espirituales, de retiros en silencio para la gente del mundo, tan atosigada por el ruido excesivo.

Una casa que sea un centro de irradiación espiritual potente a las puertas de Toledo, muy cerca de Madrid, en el corazón de España; pero no para que sea una casa más, sino para que se presente desde el primer momento como un baluarte de la más pura exuberancia religiosa que invite desde el momento que se entre allí a caminar en silencio, a orar, a buscar el trato con Dios.

Me daría en mi pontificado en Toledo la mayor de las satisfacciones si esa abadía lograra ponerse en marcha y encontrar la vitalidad que tuvo en otros tiempos.

Lo que sí os pediría, desde el primer momento, es que sea de la máxima exigencia, y si no, no vengáis, mantenedla así, simplemente, sosteniendo el recuerdo de su historia y su vida actual con la presencia sacrificada del puñado de monjes a quienes respeto y admiro. Pero si venís –que lo deseo ardientemente–, venid a plantar ahí una bandera desde el primer día, que ponga de relieve ante los ojos de todos los que os contemplen, que creéis de verdad en la oración, en el sacrificio, en la austeridad, en el silencio, en el culto a Dios, de la forma más perfecta. Que sea una llamada apremiante a los hombres de este mundo –porque es este mundo en el que vivís–, a participar de esos anhelos y de esas vivencias espirituales, sin ningún género de claudicaciones, sin ninguna acomodación ficticia, sin ninguna falsa interpretación de vuestras reglas.

Lo que ha dado gloria a la Iglesia, a través de San Bernardo, fue el hecho de haber levantado él una bandera de amor y de exigencia en aquella época en que todo se iba también debilitando. Él fue el caballero de Cristo, como le ha apellidado la historia. Pero por donde pasaba fue encendiendo el corazón de sus monjes y el de los pueblos a los que llegó, y el de los papas a quienes escribió, en la fidelidad al Evangelio, proclamándola en toda su integridad y pureza.

Que este centenario nos traiga ese regalo y que para unos y para otros pueda servir la conmemoración que hacemos de lección para el futuro y de aliento de fidelidad inquebrantable en los compromisos contraídos con Cristo.

ACTUALIDAD DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

Carta pastoral, de mayo de 1977, con motivo del VIII Centenario del Monasterio Cisterciense de San Clemente, de Toledo. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo 1977.

No hace mucho tiempo, con motivo de la canonización de Santa Beatriz de Silva y de la beatificación de Sor María de Jesús, pude referirme, aunque muy brevemente, a algunos valores perennes de la vida contemplativa, siempre nuevos y fecundos en la acción evangelizadora de la Iglesia. Quiero hoy insistir con más detenimiento en el mismo tema, tomando pie de un sencillo acontecimiento que vamos a celebrar en este mismo mes de mayo.

El Monasterio de San Clemente, situado en el corazón mismo de la ciudad de Toledo, cumple ochocientos años de existencia, durante los cuales las religiosas del Císter han dado gloria a Dios y un maravilloso testimonio de perseverancia en el servicio al ideal monástico. Es justo que sus actuales moradoras quieran aprovechar esta circunstancia para agradecer al Señor este beneficio insigne, y que nosotros la aprovechemos también para ofrecer a nuestros diocesanos la lección que de este hecho se desprende.

ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS

El Monasterio de San Clemente fue fundado a finales del siglo XI o en los comienzos del XII para religiosas benedictinas. Se unió al Císter en 1175. Desde esta fecha han permanecido allí las religiosas ininterrumpidamente, entregadas a la oración y al sacrificio por las necesidades del mundo. Ochocientos años de contemplación y holocausto significan mucho en el seguimiento amoroso de la voluntad de Dios y en el enriquecimiento de la Santa Iglesia.

No es éste el lugar de detenernos a reseñar el riquísimo tesoro documental que guarda su archivo –uno de los más ricos de Toledo–, donde constan las donaciones que los reyes, magnates y gentes sencillas hacían a las religiosas, ofreciendo lo mejor de sus bienes para el culto divino y para sustento de las mismas. Tampoco queremos entrar a describir la grandeza antigua del edificio, que según Salazar de Mendoza se componía de siete claustros, y que todavía a finales del siglo XVIII fue considerado por el Cardenal Lorenzana como el más apto de Toledo para residencia y educación de las hijas del Infante Luis de Borbón.

Nos contentamos con referimos a algunas figuras insignes representativas de la espiritualidad que se vivió en San Clemente. Las crónicas del Monasterio nos hablan de un espléndido plantel de almas selectas que vivieron santamente su entrega a Dios y ejercieron beneficiosa influencia sobre la Iglesia de Toledo y aun sobre la Iglesia universal.

La primera alma grande de que hay noticia, forjada en San Clemente, es Doña Mater, la misma abadesa que ahora hace ocho siglos indujo a sus religiosas a

abrazarse con una observancia más estrecha, la del Císter, tal como quiso vivirla San Bernardo: «Mujer santa, de singular virtud y ejemplo, y hay fama de que en vida obró el Señor por ella muchos milagros».

Doña Inés García de Cervatos, nacida en la primera mitad del siglo XV de una ilustre familia toledana, la cual no solamente renunció al mundo y a un brillante porvenir, sino que también ofreció para el servicio de Dios todos sus bienes, y, lo que más la ennoblece, dejó a la posteridad fama de verdadera santa, según atestiguan unánimes los biógrafos.

Casi de la misma época es Doña Constanza Carrillo, persona «tan regalada de Cristo, que, siempre que comulgaba, quedaba arrobada y transformada en Él». Cuando era abadesa, muchas veces la sorprendieron sus religiosas levantada de la tierra mientras oraba silenciosa ante el Sagrario.

Doña Constanza Barroso, natural de Valladolid, «fue una de las mujeres más excelentes que ha tenido San Clemente, y por ventura aquella edad». Fue contemporánea de Santa Beatriz de Silva y no es improbable que proporcionó algunas religiosas para que la Santa enseñara las observancias del Císter a las primeras aspirantes a la Orden Concepcionista. Su familiaridad con Cristo era tanta, que, según el P. Francisco Vivar, «como otro Job le hablaba cara a cara».

Dona Catalina Manrique, de familia distinguida, que vivió y murió como verdadera santa. Falleció en olor de santidad en 1575 y, abierto su sepulcro cuarenta años más tarde, se encontró su cuerpo incorrupto exhalando una fragancia deliciosa.

Doña Beatriz de Guzmán, priora del Monasterio, amantísima de la regla y de la penitencia. De ella dice con gracia un cronista que «ni el rigor de la penitencia le quitó la vida, antes se la aumentó, porque vivió cerca de cien años, creciendo siempre en virtud y perfección».

Doña María Campillo, simple religiosa, que pasaba noches enteras a los pies del Sagrario y, en el heroísmo de su caridad, ofreció su vida por las almas necesitadas.

Si quisiéramos seguir, tendríamos que hacer la biografía de cada una de las religiosas que han vivido en San Clemente, pues la mayor parte de ellas se han esmerado por vivir en plenitud su consagración a Dios. Pero no es mi fin hacer historia, sino reflexionar sobre esa vida contemplativa, yunque adecuado para la forja de tales almas.

NATURALEZA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

Santo Tomás distingue dos aspectos importantes o clases de vida, activa y contemplativa, según el género de actividades a que cada cual se dedique. Para él, la vida activa se encamina principalmente a las obras exteriores, procura ordenar los movimientos y potencias a hacer el bien, y se entrega a las obras de misericordia con el prójimo, fin nobilísimo, pero de suyo inferior si se compara con el de la vida contemplativa, que tiene por objeto la contemplación de la

Verdad, del Ser Supremo, de la que nace esa fruición, que constituye la felicidad de los santos¹.

San Gregorio Magno define las dos vidas casi con idénticas ideas, pero empleando distintos términos. Según él, el vivir y el obrar se diferencian entre sí. La vida activa ejercita la contemplación de la verdad *per modum actus*, es decir, como algo secundario, mientras las obras exteriores son el blanco principal de sus actividades. La vida contemplativa, en cambio, tiene las obras exteriores como algo accidental, no se detiene en ellas, porque pone su afán en la contemplación y fruición de la verdad que la absorbe. O sea, si por un imperativo del deber o la necesidad se viera el alma contemplativa obligada a ocuparse en obras de apostolado externo, con todo, su deseo interno es dejar cuanto antes todo lo que distrae para vacar sin estorbos al objeto que llena su vida, la contemplación del Sumo Bien².

San Bernardo, el gran contemplativo y maestro de contemplativos, define la contemplación como «una intuición verdadera y cierta que tiene el alma de cualquier objeto, y como el acto por el cual el espíritu se adhiere a una verdad de un modo indubitable»³.

El santo fija la contemplación no sólo en la intuición de la verdad, antes va más lejos, señalando el objeto de la misma: *disfrutar el objeto que se intuye*, aprehender, adherirse a la verdad que contempla el entendimiento para adquirir más conocimiento del objeto amado, a fin de que cuanto más se le conozca más se le ame.

«Este trabajo –añade el santo– nunca puede ser fruto de la voluntad humana, sino que proviene del beneplácito divino»; es una gracia especial de Dios.

Para el **Cardenal Bona**, «contemplación es una función propia de los místicos y la parte más destacada de la vida humana, la cual tiene por fin y objeto al mismo Dios, y que, al decir de Santo Tomás, consiste en cierta visión suave, reposada y amable de la verdad eterna, la cual mira sinceramente sin variedad de relaciones, y penetra con gran amor y admiración, con tanta certeza y claridad, que se considera visión de Dios cara a cara, según expresión de la Sagrada Escritura. Mas no como los bienaventurados en la gloria, sino con menor luz. entre celajes y apoyados en la fe, que es perfeccionada y esclarecida por Él. De este conocimiento se inflama el amor y, al mismo tiempo, crece el conocimiento a impulsos del mismo amor. Pues el amor es fuego ardiente y luciente: ardiente en la voluntad, iluminante del entendimiento que nos impulsa a fijar los ojos allí donde está nuestro tesoro, el que ama nuestro corazón, cuya bondad y hermosura, inmensa e infinita, excita más y más las ansias de nuestro corazón en el amor y deseo de contemplarle con mayor perfección»⁴.

Un autor de nuestros días sintetiza en breves frases la dimensión contemplativa cuando la describe como «una búsqueda sincera de Dios por medio del conocimiento y el amor».

¹ Cfr. *Summa Theologiae*, 2-2 q. 181 a. 1.

² Cfr. SAN GREGORIO MAGNO, *Exposición de 1Reg. 1-5*, IV, 68.

³ *De consideratione*, II, 2.

⁴ J. CARD. BONA, *Via compendii ad Deum*, en *Opera Omnia*, Venetti 1764, c.9. n.4.

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

Podemos distinguir seis: tres que pudiéramos llamar negativos, porque si no se observan no puede darse la verdadera contemplación, y otros tres positivos, que llevan de la mano al alma a sumergirse en la contemplación del Sumo Bien.

A) Elementos negativos

1. En primer lugar, la **soledad**, a la que hace referencia incluso la etimología de la palabra monje, «monachós», solitario, hombre segregado de la sociedad, separado del mundo. La soledad es condición indispensable para llegar a la contemplación, por cuanto non in conmotione Dominus, el Señor no se halla en medio del bullicio y de la agitación. Cuando Dios quiere atraer a Sí un alma, la lleva a la soledad y allí le habla al corazón. «No puede ser monje –escribía un solitario– el que gusta de frecuentar los lugares concurridos por la multitud. Quien se complace en visitar las ciudades, no gustará las delicias de la vida monástica»⁵.

Las excelencias de la soledad fueron cantadas en todos los tonos por poetas y santos. Fr. Luis de León se inundaba de gozo cuando ponderaba las bellezas del monte solitario, del río que discurre en calma interrumpida únicamente por el alegre trinar de los pajarillos. Lope de Vega no encontraba mejor compañía, al ir y venir de sus soledades, que sus propios pensamientos.

San Juan de la Cruz, cuyo corazón se inflamaba en amor divino cuando recordaba con nostalgia la soledad tranquila y apacible, prorrumpió en aquél su canto espiritual:

«En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.»

2. El segundo elemento favorable a la vida contemplativa es la **clausura**.

El contemplativo ha de ser, sí, el hombre del desierto, de la montaña solitaria. Debe tener suspendida su morada en un picacho rocoso, entre el cielo y la tierra, como un puente que une a la humanidad con Dios, y anuncia la ruta que a Dios conduce. Para ello debe vivir alejado del mundo con el cuerpo y con el espíritu. Porque de nada serviría haber huido del mundo, si éste se introdujera fácilmente en el retiro del claustro; de nada serviría vivir en soledad si ésta fuera profanada por el ruido mundano.

La clausura debe ser para el alma contemplativa lo que es el agua para el pez, su propio ambiente: si sale del agua, perece sin remedio. La clausura es como el seto protector de los jardines: si se quita esa defensa, al punto las flores son aplastadas.

⁵ Cfr. ABAD TRITEMIO, *Homilía XII*.

San Juan Crisóstomo tiene una página maravillosa acerca del espíritu reinante en los primeros monjes del yermo, alejados del mundo para vivir mejor la intimidad de Dios. «Han huido de las plazas públicas –escribe el santo–, de las ciudades y tumulto del siglo, han establecido su morada en las concavidades de las montañas para llevar una vida que nada tiene que ver con el mundo... Allí en los bosques, junto a las deliciosas corrientes, sobre las alturas que les proporcionan una calma completa, se ocupan en meditar acerca de las cosas divinas, y, sobre todo, en comunicarse con Dios por la oración. Su celda desconoce el ruido, su alma está libre de toda pasión, es más pura que el aire transparente»⁶.

Los Santos han visto un doble peligro de muerte para la clausura: la irrupción del mundo en los claustros, con sus pensamientos y su modo de obrar en pugna con el Evangelio, y la excesiva frecuentación del mundo por parte de los religiosos. Por eso recomendaron con toda el alma huir de tales escollos, para mantener el espíritu y el corazón alejado de todo trato mundano.

Hoy habría que insistir, tal vez, dando la voz de alerta sobre este punto, cuando vemos que el mundo ataca con mayor violencia a los monasterios de clausura, tratando de derribar el muro de separación para así penetrar mejor en ellos con sus máximas enteramente opuestas a las de Cristo. Es un error pensar que mitigando la santa clausura van a afluir mayor número de vocaciones. Todo lo contrario. Estas son fruto espléndido de la gracia, hechura de Dios, el cual las enviará a las comunidades en la medida en que se mantengan fieles a las observaciones establecidas por los fundadores.

3. También el ***silencio*** contribuye de manera positiva a fomentar una vida de auténtica contemplación. De nada serviría, en efecto, haber abandonado el mundo y haberse encerrado dentro de los muros de un claustro, si en él reina un ambiente de disipación. Sin la virtud del silencio peligra el auténtico espíritu religioso. En la Sagrada Escritura hallamos infinidad de testimonios que vienen a confirmarlo: *Si alguno cree que es religioso y no refrena su lengua, se engaña, su religión es vana* (St 1, 26). *El que abusa de las palabras, dañará su alma* (Eclo 20, 8). *El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta, sin defensa y sin muros* (Prv 25, 8).

Mas no basta la observancia de un silencio exterior si no va unido al interior, es decir, al recogimiento, a la guarda de los sentidos, a refrenar la imaginación. Solamente cuando reine el silencio en el interior, cuando las pasiones estén sometidas al espíritu, será cuando se pueda oír la suavidad de la voz divina que habla con su lenguaje innegable.

B) Elementos positivos

Para llegar a ser almas contemplativas auténticas no sólo es preciso remover obstáculos, sino también hacer actos positivos encaminados a la consecución de tan noble ideal. Apuntaremos solamente tres que ayudan eficazmente a lograr un conocimiento profundo y sabroso de Dios, y a vivir unidos a Él y sumergidos en su voluntad santísima.

⁶ Homilía 69 sobre San Mateo.

1. Uno es la **lectura espiritual** seria, reposada, constante. Es alimento del alma, antorcha que ilumina el sendero de la vida para llevarnos al conocimiento y amor de Dios. El testimonio de los Santos es unánime en esta materia: «Medita día y noche en las Sagradas Escrituras, de suerte que te sorprenda el sueño con el libro en la mano, y si os cayereis dormido, sea sobre la página que estabais leyendo»⁷. «Mis delicias más castas y puras están, Señor, en la lectura de las Sagradas Escrituras»⁸. «Ignorar las Escrituras es desconocer a Cristo»⁹. «La fuente de la contemplación más pura y fecunda es la Sagrada Escritura, porque la contemplación es el movimiento del alma, que tocada e iluminada de los rayos divinos, penetra los divinos misterios»¹⁰.

Toda alma dedicada a la vida espiritual que no sienta gran atractivo por la lectura espiritual y no se entregue a ella con gran asiduidad está en peligro, si no de caer en la tibieza, sí de llevar en el Monasterio una vida frívola y sin sentido.

Además de la Sagrada Escritura, las obras de los Santos Padres, las de los autores ascéticos y místicos recomendados por la Iglesia, las vidas de los Santos, los documentos principales del Magisterio eclesiástico deben encontrar asiduos y fervorosos lectores en las comunidades monásticas.

2. En segundo lugar, está la **oración litúrgica**, o el Oficio Divino. Alabar a Dios, bendecirle en su infinita grandeza, y esto en nombre de la humanidad entera, es la ocupación favorita de las almas contemplativas. El Oficio Divino da una gloria inmensa a Dios, es un lenguaje que pone en contacto con el cielo, con Dios en su inefable misterio trinitario, con la Santísima Virgen, con los Santos.

Es en la oración litúrgica donde el alma contemplativa robustece su piedad, se comunica con el Padre y ejerce una irradiación benéfica sobre toda la Iglesia. Para las almas contemplativas, conscientes del valor inmenso de la vida litúrgica, del fruto misterioso encerrado en ella, nada hay más querido como este entonar día y noche las divinas alabanzas. En ellas encuentran a diario alimento copioso y un raudal abundante de aguas saludables donde apagar su sed ardiente y mitigar la de sus hermanos los hombres. Por eso el alma contemplativa acude ansiosa al rezo del Oficio, como el ciervo sediento a las fuentes de las aguas.

3. Dejamos para el final el tercer medio positivo encaminado a fomentar la contemplación, no por ser inferior, sino porque es como el compendio, el lazo de unión, la síntesis de todo lo demás que pudiéramos ofrecer. Nos referimos a la **oración mental**, en la que se desenvuelve el alma como los seres vivos en la atmósfera oxigenada y pura. Del mismo modo que cuando ésta falta se hacen imposibles la respiración y la vida, así también, sin oración, no puede haber vida sobrenatural ni verdadera contemplación.

Oración es una conversación íntima, suave, placentera con Dios, una elevación del alma sobre todo lo terreno a la contemplación del Ser Supremo, es pedirle gracias para sí, para sus hermanos, para todo el mundo. Es recrearse en las perfecciones divinas y vivir sumergidos en Dios. Es elegir «la mejor parte», que nunca será arrebatada; es una pregustación de la felicidad eterna. «La oración

⁷ SAN JERÓNIMO, *Carta a Eustoquia*, 4.

⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 1,2.

⁹ SAN JERÓNIMO, *Comentario a Isaías*; PL 25, 18.

¹⁰ C. MARMION, *Jesucristo, ideal del monje*, Barcelona 1949, 447.

es una conversación de corazón a corazón, un comercio de amistad en el que el alma se une amorosamente a Dios». Nada purifica tanto como el duro crisol de la noche oscura, nada impulsa tanto a las cumbres de la perfección como los ardores de una sabrosa contemplación.

A medida que el alma se vacía de sí misma. Dios la encuentra más dispuesta para obrar en ella los grandes misterios que ha tenido con sus íntimos amadores y la une a Sí con fuerte abrazo. El metal sumergido en el fuego bien pronto adquiere las propiedades de éste; de la misma manera, el alma que a través de la oración se sumerge en Dios, horno ardentísimo de caridad, se inunda de luz y de calor, se inflama en vivos ardores que luego cristalizan en ansias de entrega a Él, a su voluntad santísima, a desear que sea amado de todos los hombres.

Se explica que el inmortal Pío XII, en el ocaso de su vida –agosto de 1958–, al dirigirse a las religiosas contemplativas, colocara la oración como fundamento básico de la contemplación: «Os exhortamos –les decía– a consagraros de todo corazón a la oración contemplativa, que es vuestra tarea *esencial*». O sea, nunca podréis llegar a ser almas contemplativas como quiere y espera la Iglesia si no sois almas de oración ardiente.

FECUNDIDAD DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

En el último sermón a sus discípulos, Jesucristo trazó en breves rasgos las leyes de un apostolado fecundo: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él dará mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer... Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis y se os otorgará... Perseverad en mi amor* (Jn 15, 5-10). En estas breves palabras está sintetizada la raíz del verdadero apostolado cristiano, que no consiste sino en comunicar Dios al mundo, lo cual solamente se podrá hacer en la medida en que el sarmiento permanezca más o menos unido a la vid. Cuanto más unidos, más eficacia en el apostolado, y cuanto menos unión, menos influencia en las almas, y hasta se puede dar el caso de un apostolado nulo si no existe la unión necesaria con la vid.

«Es propio de la verdadera y pura contemplación – escribe San Bernardo– que el alma, abrasada en el fuego divino, se inflame en celo ardiente y en deseos vehementes de dar a Dios corazones que le amen»¹¹. Efectivamente, no hay posibilidad de contemplación sin sentir arder el alma en un amor entrañable a Cristo y a cuanto Él ama, ni se puede dar el amor de Cristo si no se tiene sed ardentísima de la salvación de las almas, por las cuales derramó su sangre preciosa.

El apostolado viene a ser como un fruto que brota de la flor de la contemplación, y cuanto más contemplativa sea el alma, más fuerza de irradiación ejercerá en derredor suyo. Pues aun cuando la misión del alma contemplativa no tiene por fin el apostolado externo, sin embargo, la fidelidad a Dios, la entrega absoluta a su voluntad, la constancia en el cumplimiento del deber son como el venero

¹¹ *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Sermón 57, 9: *Obras completas de San Bernardo*, II, Madrid 1955, BAC 130, 379.

fecundo de donde brotan las fuerzas más eficaces para el apostolado que realiza la Iglesia, aunque de una manera oculta y sólo perceptible a los ojos divinos.

La vida contemplativa es como el depósito escondido en el corazón de la montaña que alimenta sin cesar el surtidor de agua cristalina que fertiliza la tierra: nadie ve aquel manantial oculto, mas su influencia es decisiva para la productividad de la tierra y para satisfacer las necesidades del hombre.

El mundo de hoy acostumbra a medir el valor de las personas con el rasero de los frutos visibles que aportan a la sociedad. En este sentido habría que pensar que los treinta primeros años de la vida del Señor no sirvieron para nada. Error funesto. Estos años de Jesús ejercieron en las almas la misma influencia santificadora que los dedicados a la vida activa. Su intensa y continua oración, unida al sacrificio de cada día, fueron raudales de gracia que inundaron el mundo y le prepararon a la siembra de la semilla evangélica.

También la Santísima Virgen fue la gran contemplativa que pasó su vida oculta, sin aparecer en público, dedicada a guardar en su corazón purísimo las palabras brotadas de labios de su divino Hijo. La oración y el sacrificio de su existencia no pudieron menos de atraer torrentes de gracias sobre las almas. Nadie habrá que se atreva a negar el fecundo apostolado de una vida toda de Dios, consumida en el silencio y en la oración.

San José siguió igualmente las huellas de la Santísima Virgen, llevando intensa vida de contemplativo. Jamás apareció en público para ejercer ministerio alguno, cuando tanta necesidad había de predicación, antes vivió oculto en el anonimato, trabajando intensamente en la obra que le confiara el Padre, sin escatimar sacrificio alguno, ofreciendo todo con corazón generoso y enamorado de Dios en beneficio de las almas.

Estos modelos son suficientes para explicar la fecundidad de la vida contemplativa, también en apariencia inútil, pero a los ojos de Dios de una transcendencia incomparable.

Dios comunica al alma interior una fecundidad misteriosa. Rica en Dios por las gracias superabundantes que la inundan, procura difundir el bien atesorado entre los más necesitados. De aquí nace aquella maternidad espiritual de la que habla San Bernardo cuando distinguía dos clases de alumbramiento, o sea, dos clases de hijos, y una doble maternidad espiritual –no contrarias entre sí–: la que los engendra para Dios y los da a luz con la actividad de la predicación, y la que los engendra y da a luz a través de la contemplación.

Este segundo alumbramiento, propio de las almas contemplativas, es para el santo, el más atractivo y fecundo, pues es como llegar a olvidarse de sí para darse a las almas, para que, mediante su amor a Dios y unión con Él, aumente prodigiosamente el número de los hijos de la Iglesia¹².

Esta maternidad espiritual, esta fecundidad ardiente en la comunicación de la vida divina a las almas, la sintieron muy hondo los santos y todos aquellos que de algún modo se distinguieron por sus virtudes extraordinarias. De ahí la inmolación silenciosa de multitud de vidas ejemplares en el seno de los claustros.

¹² *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Sermón 10 y Sermón 46; o. c., 53-56 310-315.

Sirva de ejemplo **Sor Isabel de la Santísima Trinidad**, la carmelita que escaló las cumbres de la santidad viviendo el dogma consolador de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma del justo, cuya doctrina está ejerciendo un benéfico influjo en la Santa Iglesia. También ella sentía, como esposa enamorada de Cristo, ansias de llevarle almas, de alimentar a tantos hijos hambrientos como discurren por el mundo sin conocer ni amar a Dios. Fue una antorcha que no solamente alumbraba, sino también calentaba los corazones con el fuego de su oración abrasada en amores divinos.

Por su doctrina y por su riquísima vida interior es presentada como asociada al sacerdote en su apostolado. Por eso, «mientras el sacerdote lleva a Cristo a las almas por la palabra, los sacramentos y las otras formas variadas de su ministerio, la Carmelita, silenciosamente, se queda como Magdalena a los pies de Cristo, o mejor, como la Virgen Corredentora junto a la Cruz, identificada interiormente con todos los movimientos del alma del crucificado, y muriendo con Él por los mismos fines redentores»¹³.

Otro ejemplo más reciente. En 1935, poco antes de reingresar en la Trapa, **Fray M^a Rafael** oyó un sermón que le desconcertó en sumo grado: «Ayer, al llegar a la iglesia –escribe este joven– aún no se había acabado el sermón; era un Padre que yo conozco mucho, y dijo unas cosas que me dejaron un poco..., no sé cómo...; estaba hablando de la vida activa y del consuelo de ser apóstol y presentarse un día delante de Dios con todas las almas que había ayudado; dijo no sé qué de esos espíritus egoístas que no quieren más que su santificación y que se ocultan a las miradas de los hombres para no ser molestados...; dijo cosas, y a mí me hizo pensar...; no me gustó lo que dijo..., sin saber por qué me inquietó un poco».

Explica a continuación el motivo de su inquietud, o mejor, su desconformidad con aquella doctrina: «Pero, Señor, si es que no puedo...; si es que si me distraigo con los hombres, pierdo de estar con Dios...; si yo no quiero más que amar...; ¿por qué no me dejan?, ¿hago acaso mal?...; según este Padre, sí; según él, no dan gloria a Dios más que los que se ocupan, como Marta...; ¿estaré yo equivocado?, ¿seré egoísta?... Señor, Señor..., ilumina mi razón...; la contradicción me aprieta por todos lados...; el que es del mundo me llama loco, y el que es de Dios, también, aunque de otra manera...».

¿Qué hubiera sucedido si este joven, con excelentes cualidades de apóstol, en vez de seguir su vocación a la Trapa, hubiera hecho caso del predicador y se hubiera lanzado a la vida activa? Sin duda no habría perdido el tiempo; pero quizá consiguió mucho más con su vida de oración y entrega total a Dios, exigencia de su corazón movido por la gracia, según se deduce de estos pensamientos: «Quisiera volar por el mundo gritando a sus moradores: ¡Dios, Dios y sólo Él!... ¿Qué buscáis? ¿Qué miráis? ¡Pobre mundo dormido que no conoce las maravillas de Dios! Mi vocación es sufrir, sufrir en silencio por el mundo entero, inmolarme junto a Jesús por los pecados de mis hermanos, los sacerdotes, los misioneros, por las necesidades de la Iglesia, por los pecados del mundo...»¹⁴.

¹³ Cf. M. PHILIPPON. *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, Buenos Aires 1942, 190.

¹⁴ *Saber esperar*, Venta de Baños (Palencia) 1962, 149-150.

Indudablemente hacen falta misioneros, predicadores de la palabra de Dios, directores de almas, pues *la mies es mucha y los operarios pocos*, pero hoy día quizá lo que más se necesite en el mundo sean imitadores de la vida oculta del Señor, hombres y mujeres de verdadera entrega a la oración y al sacrificio, almas viviendo en el claustro una espiritualidad total.

Maravilloso es el apostolado que desde esos centros de irradiación espiritual se puede desarrollar mediante la oración y una vida de sacrificio. «Si no se rogara, dice el venerable P. Eymard, si no hubiera almas que se inmolaran en unión con nuestro Señor a favor de los pecadores, la voz de los misioneros no sería otra cosa que metal que suena o campana que retiñe». «Las Ordenes monásticas consagradas a la contemplación, a la alabanza, a la penitencia son la parte más preciosa y también más oculta de la Iglesia. Son en medio del mundo, el anticipo, la incoación de la Jerusalén celeste. El papel del monje es tener abierta la puerta del cielo por donde la Iglesia participa en la liturgia celeste, que es su razón última. El monje se coloca, por lo mismo, en la vanguardia del gran retomo de la humanidad redimida»¹⁵.

LA VIDA CONTEMPLATIVA EN LA HORA ACTUAL

No es ningún secreto afirmar que estamos atravesando una de las más hondas crisis que ha conocido la historia. Yo diría que nos hallamos en el punto medio entre dos eras, una que se despide pugnando por mantener firmes sus normas, sus tradiciones seculares, y otra que quiere abrirse paso a toda costa, renovando estructuras, cambiando costumbres y hasta, en algunos sectores, intentando poner en duda los dogmas más fundamentales.

El choque entre ambas es brusco, desconcertante y está llevando la inquietud y la desorientación a multitud de almas. Puede llegar hasta vosotras, y de hecho ha llegado. Algunas religiosas, menos ciertamente que en otras instituciones, después de años de consagración a Dios, se han dejado llevar de las nuevas orientaciones, rompiendo los más solemnes compromisos, no con mal fin, sino engañadas por falsas doctrinas.

Para renovar vuestro entusiasmo por el género de vida a que estáis consagradas quiero ofreceros un poco de luz sobre lo que ha pensado la Iglesia de la vida contemplativa antes del Concilio, lo que piensa en el momento actual, y cuál debe ser vuestra respuesta a las esperanzas de esa misma Iglesia que tanto os ama.

A) Antes del Concilio

Sería necesario examinar toda la literatura patristica, los escritores ascéticos y el magisterio ordinario de los Sumos Pontífices. Forma todo ello un canto sublime a la vida de consagración total a Dios, lejos del mundo. Pero no es posible hacerlo. Sólo aduciremos algunos textos de los últimos Papas.

¹⁵ ABADÍA DE LA PIERRE QUI-VIRE, *Monjes*, Madrid 1955, 123.

San Pío X, en su carta a una Superiora de la Visitación, le decía en 1909: «Vosotras habéis escogido la mejor parte, no la abandonéis, y no os dejéis apartar por nada del mundo de vuestra santa resolución, bajo pretexto de querer ir a trabajar por la salvación del prójimo, siguiendo la falsa idea de que estos tiempos revueltos exigen vidas dedicadas a la acción, no a la contemplación».

«Los contemplativos –escribía **Pío XI** a los PP. Cartujos– se entregan a una especie de apostolado oculto y silencioso... Deseamos que tan valiosa institución se extienda y aumente. Pero si alguna vez fue necesario que hubiese anacoretas de esta clase en la Iglesia de Dios, es especialmente oportuno hoy en día, cuando vemos a tantos cristianos... dando rienda a su afán por las riquezas terrenas y los placeres de la carne... Pero es fácil de comprender cómo aquellos que asiduamente cumplen con el deber de la oración y la penitencia contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y al bienestar de la humanidad, que aquellos que trabajan cultivando el campo del Maestro»¹⁶.

El mismo inmortal Pontífice, en la encíclica *Divini Redemptoris*, dirigida al mundo para dar la voz de alerta contra el comunismo ateo que ya entonces pretendía apoderarse de Europa, previendo los males que de ese hecho podrían derivarse a la Iglesia, decía: «Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad, sino con una santa y universal cruzada de oración y penitencia; y recomendamos singularmente a las Órdenes contemplativas, masculinas y femeninas, que redoblen sus súplicas y sacrificios para impetrar del cielo una poderosa ayuda a la Iglesia en las luchas presentes, con la poderosa intercesión de la Virgen Inmaculada, la cual así como un día aplastó la cabeza de la serpiente antigua, así también es hoy segura defensa e invencible Auxilio de los cristianos»¹⁷.

Pío XII demostró siempre una gran predilección por las almas consagradas a Dios en el retiro del claustro, alejadas del mundo. Bien lo manifestó en aquel tríptico de Radiomensajes dirigidos a las Religiosas de clausura, en el verano de 1958. Era la primera vez que un Papa se dirigía directamente a las almas contemplativas, dejándoles como testamento espiritual las mejores alabanzas tributadas a la vida de consagración a Dios. «Los que llevan vida contemplativa, decía el Papa, concurren con suma eficacia al bien de la Iglesia, precisamente porque ofrecen a Dios, por la salvación de los demás, no sólo sus preces y súplicas, sino aun su propia inmolación personal».

Luego, saliendo al paso de algunas corrientes imperantes, ya en aquella época, de desestima de la vida contemplativa, aun en sacerdotes y algún prelado, escribía: «Están fuera de la verdad quienes piensan que los Institutos religiosos antiguos carecen de utilidad en los tiempos presentes... Sois vosotras, en la Iglesia, esas escuelas de santidad oficialmente reconocidas. Donde ellas faltan, la vida cristiana no tiene ni puede tener aquella pujanza que es característica del Cuerpo Místico en su estado actual de desenvolvimiento. Es hacia los estados de perfección hacia donde ella, sobre todo, se orienta, expande y manifiesta»¹⁸.

¹⁶ Constitución *Umbratilem*, 8 de agosto de 1924.

¹⁷ *Divini Redemptoris*, 62.

¹⁸ Mensaje de Pío XII, transmitido por radio a las monjas de clausura los días 19 y 26 de julio y 2 de agosto de 1958. Texto completo en su original francés en: Pío XII, *Discorsi e radiomessaggi*, XX, 245-270.

Juan XXIII declaró a la faz del mundo la importancia de la vida de consagración total a Dios. Eran tiempos de intensa preparación del Vaticano II, y muchos creían que había llegado el momento, dando de lado a la contemplación, de que religiosos y religiosas salieran al mundo para lanzarse al apostolado y dar testimonio de Cristo. El pontífice se encargó de desvanecer tales ideas con aquella memorable alocución precisamente a los Abades del Císter de la Estrecha Observancia: «Aunque la Iglesia urja tan fuertemente el apostolado externo, tan necesario en nuestros días, sin embargo, atribuye la mayor importancia a la contemplación, y esto muy especialmente en nuestra época en que se insiste demasiado en la acción exterior. Efectivamente, el auténtico apostolado consiste precisamente en participar en la obra de salvación de Cristo. Ahora bien, esta participación es imposible sin un intenso espíritu de oración y sacrificio. Cristo rescató al mundo esclavo del pecado, principalmente por su oración y sacrificándose a sí mismo. Por eso, las almas que se esfuerzan por revivir este aspecto íntimo de la misión de Cristo, aunque no se consagren a ninguna actividad exterior, practican el apostolado de una manera eminente»¹⁹.

Poco antes, con motivo de enviar los Cirios bendecidos en la fiesta de la Purificación, insistía en el valor de la vida contemplativa: «El primer destino de los Cirios a las casas religiosas de las más estrictas mortificaciones y penitencias, quiere afirmar una vez más la preeminencia de los deberes del culto y de la consagración total a la vida de oración, sobre cualquier otra forma de apostolado, y, al mismo tiempo, subrayar la grandeza y la necesidad de las vocaciones para este género de vida. Los Cirios encendidos en el austero silencio de tantas casas religiosas, esparcidas por el mundo, serán como la proclamación de esta necesidad de apóstoles santos, y recordarán también a los apóstoles de la vida activa el valor insustituible de la oración y del renunciamiento para lograr conquistas no efímeras, que perduran más allá del curso del tiempo»²⁰.

B) En el momento actual

¿Qué piensa hoy la Iglesia de la vida contemplativa? Basta acudir a los documentos conciliares y a la doctrina del Pontífice reinante para encontrar la mejor respuesta.

El **Vaticano II** recogió las enseñanzas de Juan XXIII, de todos los demás Pontífices y de la tradición entera de la Iglesia, y colocó la vida contemplativa en el puesto que merece, saliendo en su defensa y trazando unas directrices nuevas encaminadas a mantener firme el estado monástico, si bien adaptado y renovado según las necesidades de los tiempos, pero partiendo siempre de una vuelta a las fuentes. En el decreto *Perfectae caritatis* hallamos el mejor panegírico sobre este género de vida. «Los institutos puramente contemplativos, de tal modo que sus miembros se dediquen totalmente y solamente a Dios en la soledad y el silencio, con asidua oración y áspera penitencia, conservan siempre su importancia, por grande que sea la urgencia del apostolado activo, y ocupan

¹⁹ Alocución a los Abades del Císter, 1 de noviembre de 1961.

²⁰ Homilía del 2 de febrero de 1961, en la festividad litúrgica de la Purificación de la Virgen.

siempre un puesto preeminente en el Cuerpo Místico de Cristo, en el que todos los miembros no tienen la misma función. Ya que ellos:

- Ofrecen a Dios el excelso sacrificio de alabanza.
- Enriquecen al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad.
- Arrastran con su ejemplo.
- Dilatan las obras apostólicas con su fecundidad misteriosa.

De esta forma son la honra de la Iglesia y manantial de gracias celestiales».

«Consérvese fielmente –insiste el Concilio– y cada día resplandezca más en su genuino espíritu, tanto en oriente como en occidente, la venerable institución de la vida monástica, que en el transcurso de los siglos ha obtenido excelentes méritos dentro de la Iglesia y en la sociedad humana»²¹.

Pablo VI, de innegable mentalidad abierta y renovadora, ha seguido la trayectoria de sus antecesores, y siempre que ha tenido ocasión, ha cantado las excelencias de la vida contemplativa, señalando los valores inalienables que encierra.

En 1964, al recibir a un numeroso concurso de Abades, les dirigió breves palabras, repitiendo una vez más el papel fundamental que la vida contemplativa desempeña en el Cuerpo Místico de Cristo. Para desvanecer los equívocos que circulaban, de que la vida de consagración a Dios lejos del mundo era egoísta y se desentendía de los problemas de la Iglesia..., insistió el Papa: «Quizá alguno piense que, por estar encerrados en su clausura, separados del mundo, estos monjes están al margen de la Iglesia. Nada de eso. En realidad, ellos son el corazón de la Iglesia, de los cuales tiene necesidad, y con cuya ayuda cuenta siempre. Los monjes representan los valores, de los cuales hoy más que nunca tiene necesidad la Iglesia». Luego sintetizó los medios por los que los contemplativos ejercen su misión en el mundo: «El recogimiento, la oración y el amor a la tradición». «Los monjes son, además, los especialistas de la oración litúrgica»²².

En septiembre de 1968 recibió Pablo VI una misión especial, pocas veces vista en los palacios vaticanos: una comunidad italiana de vida contemplativa, la del Monasterio de Fratoquio, próximo a la residencia veraniega de Castelgandolfo. En la alocución que les dirigió encontramos la mejor defensa de la vida contemplativa que se ha podido dar en la situación actual: «Vuestra vocación – les decía el Papa– ha venido a ser un tanto rara, singular, casi excepcional, puede decirse anacrónica; pero la Iglesia, debéis saberlo, os expresa toda su estima, os defiende y hace vuestra apología...».

«Vuestra vocación no es anacrónica: vosotros no ocupáis en la Iglesia un puesto inútil. ¡Más bien se os es debido! Somos Nos los que tomamos vuestra defensa, los que os hacemos la apología; es la misma Iglesia la que se pone de vuestra parte. Os lo repetimos con todo el corazón: la Iglesia os estima, la Iglesia os ama, la Iglesia os mira a vosotros»²³.

²¹ PC 9.

²² Discurso con motivo de la reconstrucción de la abadía de Montecasino, 24 de octubre de 1964.

²³ Discurso de 14 de septiembre de 1968, a los Capitulares de varias órdenes religiosas contemplativas.

Llegó a decir que si la vida contemplativa no estuviera en auge en la hora actual, la Iglesia se vería obligada a crearla: «Vuestra vocación es por lo mismo tan hermosa en el concierto de alabanzas que la Iglesia eleva a Dios y a Jesucristo, su Señor y Salvador, que, si antes de ahora no existiera, ella debería crearla, debería inventarla».

Recalca sin cesar: «Vuestra misión es la plegaria, es la comunión con Dios, es la alabanza a Dios: vosotros sois los profesionales, los especialistas de la oración. En estos momentos la Iglesia, por Nuestra voz, os habla: y conoce el importantísimo deber que en ella desempeñáis. La Iglesia y Nos mismo os lo agradecemos».

La misión contemplativa redundante, además, en provecho de toda la Iglesia. De ella necesita la Iglesia para custodiar su vida, aumentarla más y más. La Iglesia necesita en absoluto almas con la fuerza de la vida interior, solícitas sólo de unirse a Dios y de ser inflamadas del todo por el amor de las cosas celestiales. Si llegaran a faltar esas almas, si su vida languideciera y se debilitase, se seguiría necesariamente una pérdida de fuerzas en todo el Cuerpo Místico de Cristo.

C) ¿Cuál debe ser vuestra postura, vuestra respuesta, en la hora actual, a las esperanzas de la Iglesia?

La misión de los contemplativos en estos momentos de incertidumbre es mantenerse en una fidelidad plena y absoluta a las exigencias de su vocación específica. La Iglesia quiere que sigáis, con generosidad cada día renovada, el camino emprendido del servicio de Dios. Pensad que vuestra vida –quizá un tanto monótona y sin horizonte a primera vista– es de una trascendencia inmensa en la hora actual de la Iglesia. El deber de cada día exactamente cumplido, el vivir sometidas a la obediencia un año y otro, sin desfallecer lo más mínimo, el abrazarse con entrañable amor a todos los sacrificios impuestos por las reglas, la oración asidua y ferviente en el coro y en las demás tareas..., he aquí otros tantos medios excelentes de perfeccionamiento e irradiación espiritual.

Vosotras no necesitáis salir al mundo para ser testigos del Señor, hoy que tanto se habla de dar testimonio: perderíais lastimosamente el tiempo. Lo decía Pablo VI no hace mucho: «Vuestro testimonio, es cierto, no todos lo perciben, porque la vida contemplativa se acerca tanto al misterio de Dios, que el mundo no la entiende. No hagáis, por tanto, esfuerzos para ser de alguna manera comprendidas por los hombres, porque esto tal vez os conduciría a pérdidas deplorables. Sed lo que sois, y Dios cuidará de que vuestra luz brille ante los hombres».

Las almas contemplativas estáis obligadas a una santidad de vida superior a la del común de los fieles; de lo contrario cometeríais un fraude a las esperanzas de la Iglesia. De nada sirve vivir encerradas en una clausura, alejadas por completo del mundo, si sois contemplativas sólo de nombre. Sed conscientes de la responsabilidad que pesa sobre vosotras, si no llenáis los altos fines de vuestra vocación. Si San Alfonso María de Liguori culpaba a los sacerdotes no fieles de ser, al menos en parte, la causa de que el mundo no fuera mejor;

podemos añadir, por nuestra parte, que, si la vida monástica es desestimada y no irradia con fuerza la luz del Evangelio, tal vez se deba a que las almas contemplativas –verdadera «sal de la tierra»– no viven en plenitud su consagración con todas las exigencias que impone.

No olvidéis lo que decía aquel joven citado más arriba, gran contemplativo y lleno de experiencia de Dios: «Jesús necesita corazones que, olvidados de sí mismos y lejos del mundo, adoren y amen con frenesí y con locura su Corazón dolorido y desgarrado por tanto olvido»²⁴.

REFLEXIÓN FINAL

No quisiera terminar esta carta pastoral, queridas religiosas de San Clemente, sin referirme, con suma brevedad, a aquel de quien sois hijas: el gran San Bernardo. La reforma que él emprendió en el siglo XII dio en seguida frutos copiosos. Al final de ese siglo, quinientas treinta Casas de Cistercienses, pobres y austeras, habían surgido en Europa. Lo mismo las comunidades de varones que las de mujeres se dejaron poseer por aquella mística del «divino amor», de la que Bernardo tuvo el secreto. Vuestro Monasterio fue una de esas Casas donde habitó la luz. Perteneciente en sus orígenes a la gran familia benedictina, vuestro Monasterio quiso también retomar a la observancia fiel de la regla de San Benito, que no otro fue el empeño de Bernardo de Claraval, Caballero de Cristo. Vuestras antepasadas, las monjas cuyos restos conserváis bajo el polvo de los sepulcros, supieron dar magníficos ejemplos de santidad que vinieron a confluir en el gran torrente, la espiritualidad de la Edad Media cristiana.

Haced cuanto podáis para fortalecer vuestras comunidades, para conservar vuestros Monasterios dignamente, para tener a mano los medios indispensables que exige la adecuada formación de vuestras novicias y profesas. Ello debe ser objeto de continua reflexión y oportunas decisiones en vuestra Orden.

De lo que sí podéis estar seguras es de que hoy sois tan actuales como ayer. La Iglesia y el mundo necesitan de vuestra presencia silenciosa y oculta, de vuestra oración y sacrificio, de vuestra delicadeza y vuestro temple ardoroso para vivir en la fe y en el amor.

Que este Octavo Centenario renueve en vuestro Monasterio los días de gloria a Dios y de servicio a la Iglesia como en otros tiempos, y os ayude a mantener la fidelidad de vuestro espíritu a los compromisos de la vida religiosa que habéis aceptado con amor.

²⁴ FR. M^a RAFAEL, *Saber esperar*, n. 330.

EN EL V CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE SANTA ISABEL DE LOS REYES

Carta dirigida a las Monjas Clarisas del Monasterio de Santa Isabel, Toledo, julio de 1977. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre-octubre 1977.

Una nueva celebración jubilar, la del V Centenario de la fundación del Monasterio de MM. Clarisas de Santa Isabel de los Reyes de nuestra ciudad de Toledo, es para estas queridas religiosas motivo suficiente que les mueve a solicitar de su Prelado una breve exhortación y bendición especial.

El exhumar glorias pasadas no sólo es enaltecer la institución que las protagonizó; es, a la vez, enseñanza para los presentes y lección provechosa para los venideros. Es conjugar las genuinas fuentes, raíz y entronque de una vida secular, con la vivencia actual. Es unir solera y nueva cosecha; tradición y legítima renovación. «El Espíritu Santo, con la fuerza del Evangelio, rejuvenece a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo»¹.

El origen de este Monasterio hay que buscarlo en 1477, cuando los Reyes Católicos cedieron un suntuoso palacio, que había sido de Doña Inés de Ayala, a Doña María Suárez de Toledo, conocida por el sobrenombre de «Sor María la Pobre». Murió ésta en olor de santidad en 1507 y sus restos mortales se encuentran en el coro bajo del Monasterio. Contaba setenta años y se cumplían treinta de su profesión religiosa y treinta de la fundación del Monasterio. Fue coetánea de Santa Beatriz de Silva, fundadora de las Concepcionistas Franciscanas, quien también recibió de la Reina Isabel la Católica, los Palacios de Galiana, junto con la Capilla de Santa Fe, para primer convento de esta Orden Concepcionista.

EXIGENCIAS DE LA SANTIDAD

Cinco centurias han transcurrido desde la fundación de vuestro Monasterio y por él han pasado, tratando de seguir muy de cerca las pisadas de Cristo, muchísimos más centenares de almas anhelantes de santidad.

La santidad a que aspiráis no se consigue en un día. Ni antes ni después del Vaticano II. Exige un esfuerzo constante, que se realiza a diario en una lucha incesante con nosotros mismos bajo el impulso del amor de Dios, sostenido por su gracia. Una religiosa, hoy como ayer, necesita su tiempo de oración personal, sus horas de recogimiento observado con fidelidad, mortificación de sentidos, paz en la conciencia, recepción del sacramento de la penitencia con la frecuencia que la Iglesia lo prescribe y aconseja, vida eucarística centrada en la Santa Misa

¹ LG 4.

y en la prolongación de ésta por la presencia del Señor Expuesto, como lo tenéis en vuestra iglesia, recientemente restaurada.

La santidad, queridas religiosas, es un proceso lento y callado, en que no se puede, además, prescindir ni un solo día de la Cruz de Jesucristo, llevada con amor y con fe. Exige mucha abnegación personal, mucho sacrificio, mucha caridad para con Dios y para con los hombres.

Esposas de Cristo, como sois, habéis de tener los mismos intereses que Él tuvo. Y éstos no son otros que la salvación eterna de los hombres. No reduzcamos nunca el alcance y el contenido de esta salvación por debajo de los horizontes que Cristo señaló. Se trata de la salvación del hombre en una eternidad de vida gloriosa junto a Dios nuestro Padre, que está en los cielos; es decir, del destino inmortal de toda criatura humana hecha a semejanza de Dios y liberada de la muerte merced a los méritos infinitos de Cristo, su Hijo Divino.

VOSOTRAS, TESTIGOS DE CRISTO

No deben faltar en vuestro Monasterio las religiosas santas que pongan nuevamente los eternos cimientos del edificio del espíritu: humildad y mortificación, evangélico desprecio del mundo, amor al hombre tal como Dios le amó. ¿Dificultades? Se superarán con la vida interior, cuya plenitud se encuentra en la contemplación, y cuyo impulso es el Espíritu Santo.

Pablo VI, en la Exhortación Apostólica *Evangelica testificatio* destaca la actualidad de la vida consagrada a Dios, y a la vez se propone «dar una respuesta a la inquietud, a la incertidumbre y a la inestabilidad que se manifiesta en algunos y alentar igualmente a aquellos que buscan la verdadera renovación de la vida religiosa»².

La vida tiene que ser vivida por el cristiano con alegría, con fe, con esperanza absoluta en Jesucristo por encima del miedo a todos los peligros y dificultades. Y esta vida, nuevo don de Dios, puede ser consagrada a Dios, porque Jesucristo lo ha hecho realmente posible. En la concepción cristiana del mundo es sustancial la vida religiosa, porque si el primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas, este mandamiento puede tener unas exigencias no basadas en mandatos, sino en el mismo amor de Dios, que no se vean limitadas por las exigencias y anhelos de la propia condición humana. Es preciso que haya testigos, sí, sencillos, limitados como los demás hombres, pero testigos del amor a Dios sobre todas las cosas y sobre sus propios afanes, deseos y amores. El mundo de hoy necesita de estos testigos que, teniendo la misma condición humana, viviendo en el mismo mundo y siendo hijos de la misma época de progreso material, quieran seguir a Cristo «en el mismo género de vida virginal y pobre que Él escogió para Sí y que la Virgen, su Madre, abrazó»³.

² *Evangelica testificatio*, 7, 2.

³ *Ibíd.* 2.

LA VIDA CONSAGRADA, HOY

Jamás el género humano disfrutó de tantas riquezas, posibilidades y poder económico. Se busca con ahínco un orden temporal más perfecto, pero el progreso espiritual no avanza a la par. El mundo necesita de testigos de amor verdadero a Dios y a los hombres. Necesita hombres y mujeres libres de todo impedimento temporal, que no se enajenen por el progreso, por el desarrollo material, por el uso de los bienes, sino que, por el contrario, vivan libres de condicionamientos materiales y anhelosos de la auténtica justicia. El mundo necesita el testimonio del trabajo en la vida religiosa, porque el trabajo es condición esencial de la vida humana. Un aspecto esencial de vuestra pobreza será atestiguar el sentido humano del trabajo, realizado en libertad de espíritu y restituido a su naturaleza de medio de sustentación y servicio.

De este mismo esfuerzo, realizado un día y otro con perseverancia y con el desprendimiento que nace de la consagración, va brotando en el alma de la religiosa un gozo intenso cada vez más puro. Es la alegría de los que viven consagrados a Dios. La alegría, que no es un sentimiento fácil, ni algo que se compra con medios materiales. No es lo mismo un corazón alegre que un corazón divertido. La alegría se conquista, y hay que morir por ella, como Cristo (Jn 16, 20-22).

Y nada más, queridas hijas, Clarisas del Monasterio de Santa Isabel de los Reyes de nuestra ciudad. Esta es la tercera carta pastoral que, en menos de un año, dirijo a las religiosas de nuestra diócesis. La primera, con ocasión de ser elevada a los altares Santa Beatriz de Silva y beatificada Sor María de Jesús (3 de octubre y 14 de noviembre de 1976); la segunda, motivada por el VIII Centenario del Monasterio Cisterciense de San Clemente, de Toledo; y esta tercera, en el V Centenario del vuestro, de Santa Isabel de los Reyes.

Pido al Señor que esta celebración renueve en todas vosotras la fidelidad a vuestros santos fundadores San Francisco y Santa Clara, para gloria de Dios y servicio de la Iglesia y nuestra amada diócesis.

Os bendice muy sinceramente,

† **Marcelo, Cardenal Arzobispo de Toledo.**

LA VIDA CONTEMPLATIVA, FERMENTO DE RENOVACIÓN Y DE PRESENCIA

Estudio publicado en el volumen redactado por varios autores: *El Papa con las contemplativas en Ávila*, Madrid 1983, Editorial Clauene.

Es notorio que la vida religiosa contemplativa es objeto de desdén en muchos sectores de la sociedad actual. No pocos juzgan a la religiosa o al monje como miembros perjudiciales para el desarrollo de la humanidad. Algunos estiman su opción respetable, pero errónea, por inútil. No faltan quienes pretenden discernir en tal decisión el síntoma cierto de una personalidad débil, enfermiza, fracasada en las empresas humanas normales, impotentes para afrontar la realidad... Nada de esto puede sorprendernos, a poco que hayamos explorado nuestros ambientes. Son los malos pensamientos mostrencos, que casi todos usan, más o menos, y cuya propiedad nadie reclama. Nacen de la desafortunada estimación y la hiperestesia respecto de ciertos valores parciales.

El mundo manipula un surtido de juicios, imprecisos, varios, pero convergentes en el aprecio de las utilidades palpables, que se realizan con operaciones constatables, mediante instrumentos tangibles. Y nada puede entender de la realidad vivida, en sus principios, en sus modos y en sus objetivos, por una comunidad de contemplativos enclaustrados.

Juan Pablo II es perfectamente consciente de tal situación. En su visita al Carmelo de Lisieux, el 2 de junio de 1980, decía a las religiosas: «Aun amando profundamente nuestra época, hay que reconocer que el pensamiento moderno fácilmente encierra en el subjetivismo todo lo que se refiere a las religiones, a la fe de los creyentes, a los sentimientos religiosos. Y esta visión no hace excepción con la vida monástica. Hasta el punto que la opinión pública, e incluso a veces desgraciadamente algunos cristianos, más sensibles al compromiso concreto, se ven tentados a considerar vuestra vida contemplativa como una evasión de lo real, una actividad anacrónica e incluso inútil»¹.

Más sorprendente podría ser que tal desdén y tal condenación sean compartidos multitudinariamente por cristianos entusiastas de ejercicios exóticos de oración, como el yoga, el zen, etc. Y aun por quienes deseando sinceramente la contemplación y buscando nuevas formas legítimamente, consideran anacrónicas y desfasadas las formas tradicionales, cuya bondad admiten para tiempos pretéritos.

De todo ello ha hablado más de una vez el Papa. Limitándonos al último aspecto, recordamos sus recomendaciones a la Sagrada Congregación para religiosos: «Quisiera añadir todavía una alusión a las nuevas formas de vida contemplativa que van surgiendo acá o allá... Todas son experiencias interesantes y la Iglesia las sigue con mirada benévola y atenta. Pero me apremia recordar que estas experiencias no deben disminuir en modo alguno la adhesión y la fidelidad a las formas de la vida contemplativa reconocidas por siglos de historia: éstas

¹ JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a Francia*, BAC popular 28, Madrid 1980, 172-173.

permanecen siendo fuentes auténticas de oración y escuelas seguras de santidad, cuya fecundidad no ha sido jamás desmentida»².

No vamos a tratar de justificar frente a sus impugnadores los diversos aspectos de la vida contemplativa, ni siquiera la vida contemplativa en sí misma. En el citado discurso de Lisieux, continuaba Juan Pablo II: «Pero añadido también: aceptad el desafío del mundo contemporáneo y del mundo de siempre, viviendo más radicalmente que nunca el misterio mismo de vuestra condición absolutamente original, que es locura a los ojos del mundo y sabiduría en el Espíritu Santo: el amor exclusivo al Señor y en Él a todos vuestros hermanos los hombres. ¡Ni siquiera intentéis justificaros! Todo amor, desde el momento que es auténtico, puro y desinteresado, lleva en sí mismo su justificación»³.

Vamos a exponer, muy sumariamente, siguiendo con fidelidad el pensamiento del Papa, el aspecto de **fecundidad**, de influjo bienhechor sobre la humanidad, que contiene, sin aparentarlo o aparentándolo apenas, la vida religiosa contemplativa. Queremos comentar muy concisamente sus palabras a las religiosas de clausura, reunidas en el Monasterio de la Encarnación de Ávila:

«La Iglesia sabe bien que vuestra vida silenciosa y apartada en la soledad exterior del claustro es fermento de renovación y de presencia del Espíritu de Cristo en el mundo»⁴.

NECESIDAD DE LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

Ante todo, es preciso tener presente que la doctrina de la Iglesia, ciertamente secular, pero mantenida para nuestros tiempos expresamente por el Concilio Vaticano II y afirmada reiterada y vigorosamente por el actual Pontífice, enseña la **necesidad imprescindible y el valor fundamental** de los institutos religiosos contemplativos para la realización plena de la misión de la Iglesia en el mundo.

Recordemos a modo de ejemplo algunos textos conciliares:

«Los institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación, de suerte que sus miembros vacan sólo a Dios en soledad y silencio, en asidua oración y generosa penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo Místico de Cristo, en el que no todos los miembros desempeñan la misma función (Rm 12, 4), por mucho que urja la necesidad del apostolado activo. Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanzas, ilustran al Pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostólica. Así son honor de la Iglesia y hontanar de gracias celestes» (*Perfectae caritatis*, 7).

«La vida contemplativa pertenece a la plenitud de la Iglesia. Por ello es necesario establecerla en todas las Iglesias nuevas» (*Ad gentes*, 18). «Los institutos de

² JUAN PABLO II, discurso a la asamblea plenaria de la Congregación para los Religiosos e Institutos seculares. 7 marzo 1980, n. 4.

³ JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a Francia*, BAC popular 28, Madrid 1980, 173.

⁴ *Mensaje de Juan Pablo II a España*, BAC popular 53. Madrid 1982. 29.

vida contemplativa tienen importancia máxima en la conversión de las almas con sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones» (ibíd., 40 b).

Juan Pablo II ha recordado repetidamente estos textos y otros semejantes, confirmándolos desde los diversos puntos de vista posibles. Anotemos, como ejemplo, unas palabras del mencionado discurso a la Sagrada Congregación de religiosos:

«En el decreto *Perfectae charitatis*, el Concilio Vaticano II no se ha limitado a afirmar que los institutos contemplativos conservan también hoy un significado y una función plenamente válidos; ha dicho que el puesto que ocupan en el Cuerpo Místico es eminente (*praeclara pars*)».

«Ciertamente, las exigencias que plantea hoy a la Iglesia la evangelización son múltiples y urgentes. Pero se equivocaría quien, partiendo de la comprobación de las necesidades incluso urgentes del apostolado de hoy, juzgase superada una forma de vida, dedicada exclusivamente a la contemplación. Los Padres conciliares, al afrontar en el decreto *Ad gentes* el problema del anuncio de la Buena Nueva a todos los hombres, han querido subrayar, en cambio, la contribución eficaz de los contemplativos a la actividad apostólica (cfr. n. 40) y han expresado el deseo de que en las jóvenes Iglesias, entre las diversas formas de vida religiosa, se establezcan también comunidades de vida contemplativa, para garantizar “una presencia de la Iglesia en su forma más plena” (cfr. n. 18)»⁵.

Y después de aludir a la experiencia histórica, que muestra el florecimiento de la vida contemplativa en las épocas de máximos apremios pastorales, concluye: «¿No se debe ver en esto una indicación del Espíritu Santo, que nos recuerda a todos, tentados frecuentemente por las sugerencias de la eficiencia, la supremacía de los medios sobrenaturales sobre los puramente humanos?»⁶.

Creo que podemos enunciar la doctrina expuesta en las siguientes escuetas proposiciones: Frente a la mentalidad actual, frecuentemente hostil, y en medio de las urgencias reales de la actividad apostólica, el Magisterio de la Iglesia de hoy nos enseña: la **necesidad imprescindible** de los institutos religiosos de vida contemplativa para la realización plena de la misión de la Iglesia, y ello **porque realizan una función fundamental** dentro de esta misión.

RAZÓN DE ESTAS AFIRMACIONES

El hombre, distante de Dios por su ser de creatura, y alejado de Él por su condición de pecador, sólo puede ser salvo, unido con Dios como hijo, según los designios eternos del Padre (cf. Ef 1, 3ss), por Jesucristo sumo y eterno sacerdote, único Mediador entre Dios y los hombres. El cual nos une consigo, comunicándonos su mismo Espíritu.

Cristo realizó su obra salvífica en la tierra, durante los días de su condición mortal, desde la concepción hasta la resurrección. Pero ahora continúa su obra

⁵ Véase el discurso citado en la nota 2, n. 3.

⁶ Ibíd.

sobre cada uno de nosotros, haciéndonos partícipes de sus frutos, incorporándonos a Sí.

Mas Cristo sólo se hace presente en la tierra actuando en la Iglesia. Digamos que de modo análogo con su operación primera. Jesús no obraba sin la intervención de su cuerpo: bendiciendo, hablando, mirando. Así ahora actúa con los miembros de su Cuerpo Místico y no actúa sin ellos.

Hay una presencia principal del Señor entre nosotros, estrictamente sacramental, y que se realiza casi totalmente por el ministerio de los «sacerdotes», obispos y presbíteros: sólo ellos pueden celebrar el sacrificio sacramental de la Misa y administrar los demás sacramentos. Decimos casi totalmente, puesto que en el sacramento del matrimonio no son ministros ni el obispo ni el presbítero, y el bautismo lo puede administrar válidamente incluso un no cristiano.

Pero partiendo de esta presencia fundamental. Cristo se hace presente en los miembros de su Cuerpo Místico ya «sacramentalizados», y obra en ellos y con ellos. Pues cualquier cristiano debe poder decir *vive Cristo en mí* (Gal 2, 20); de modo que sus actividades, teniendo por principio vital el Espíritu de Cristo, tengan consiguientemente fecundidad espiritual.

Y como el religioso ha sido asumido por la Iglesia de un modo particular, sus operaciones tienen –si él no pone obstáculos– particular eficacia. Pues cuando la Iglesia *consagra* a una persona por la «aceptación» de los votos, lo que sucede en realidad es que Dios, que tiene siempre la iniciativa en las múltiples realizaciones del único pacto de amor con la humanidad en Cristo Jesús, lo eleva en el nivel de lo sagrado, de lo santo, de lo divino. Queda, hablando de una manera más personal y, por consiguiente, más exacta, más unida a Cristo, y por ello más impregnada de la Unción de Cristo: del Espíritu Santo. De manera que es capaz de realizar obras más eficaces espiritualmente. La unión con Cristo, por la acogida de su Espíritu como principio vital propio, se hace más inmediata, más total, más explícita, exclusiva. Y como Cristo es el enviado a los hombres, quien ha sido levantado a tal unidad con Él, quien ha recibido más perfectamente su Espíritu como principio de vida, queda capacitado, por un dinamismo irrevocable, para una actividad de *enviado* hacia los hombres más *cristiana*, más espiritual, más divina. Más inmediata, total, explícita y exclusiva.

Cierto que mientras dura la condición terrena el hombre puede detener tal dinamismo. Pero la condición de suyo es así.

Juan Pablo II explica a este respecto: «Dejadme aún que os asegure –en nombre de la Tradición constante de la Iglesia– que vuestra vida no sólo puede anunciar el Absoluto de Dios, sino que posee, además, un maravilloso y misterioso poder de fecundidad espiritual (cfr. *Perfectae caritatis*, 7). ¿Por qué? Porque el mismo Cristo integra vuestra oblación de amor en su obra de redención universal, un poco como las olas que se funden en las profundidades del océano... Habéis elegido vivir, o más bien, Cristo os ha elegido para que viváis con Él su misterio pascual a través del tiempo y del espacio. Todo lo que sois, todo lo que hacéis cada día, sea el Oficio salmodiado o cantado, la celebración de la Eucaristía, los trabajos en la celda o en equipos fraternales, el respeto a la clausura y el silencio, las mortificaciones voluntarias o impuestas por la Regla, todo es asumido,

santificado, utilizado por Cristo para la redención del mundo. Para que no tengáis ninguna duda a este respecto, la Iglesia –en el nombre mismo de Cristo– tomó posesión un día de toda vuestra capacidad de vivir y de amar. Era vuestra profesión monástica. ¡Renovadla a menudo! Y, a ejemplo de los santos, consagraos, inmolao cada vez más, sin pretender siquiera saber cómo utiliza Dios vuestra colaboración. Mientras que en la base de toda acción hay siempre un objetivo y, por tanto, una limitación, una finitud, la gratuidad de vuestro amor está en el origen de la fecundidad contemplativa»⁷.

Tal como nos hemos expresado, nuestras afirmaciones pueden aplicarse a la vida religiosa en general. Y evidentemente *también* a la vida religiosa contemplativa. Lo cual, al menos, la libra de cualquier actitud de desdén o condenación por ineficacia o egoísmo.

Mas si tenemos en cuenta que tal consagración, tal asunción peculiar por parte de Cristo se realiza en personas humanas, limitadas, progresivas, falibles, habremos de concluir que cada persona recibe esta elevación consecrativa, de una manera limitada, progresiva, falible. Cada una irá progresando –¡y con desfallecimientos! – en esta faena unitiva; pero, además, si ella está totalmente influida por Cristo, por el Espíritu, de manera que al alcanzar su última perfección no existan en ella movimientos que no procedan inmediatamente del Espíritu Santo, como verdadero principio vital, inmediato, como *alma* de su personalidad entera; aun así, el Espíritu Santo, y Cristo, no pueden expresarse totalmente en ella.

La persona consagrada, viviendo en un nivel espiritual altísimo, también en cuanto a las realizaciones objetivas, no *hace nada* que no sea de Cristo; pero Cristo no puede realizar en ella toda su operación, ni siquiera cuando la haya levantado a la cima de las posibilidades personales del consagrado.

De ahí que en la Iglesia exista multiplicidad de vocaciones, de modos de realizar la vida de Cristo. Y así en las mismas cumbres de la elevación, en las llamadas vidas consagradas, hay diversidad de modos de actuación.

Para lo que nos importa considerar, solamente hemos de distinguir, dentro de la vida religiosa misma, la modalidad contemplativa.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

Hemos de tener en cuenta, ante todo, la necesidad absoluta de la gracia interior para la conversión continua del hombre hacia Dios. La misma presencia visible de Cristo sería –y fue de hecho– inútil, si no obra interiormente la gracia divina.

La acción pastoral, apostólica, no tiene como primer fundamento la interrogación acerca de los medios que debemos emplear para acercarnos a los hombres, para hacerles accesible nuestro testimonio, sino la pregunta respecto de los modos que Dios quiere usar para comunicarse interiormente al hombre.

En su obra salvífica. Dios, con la colaboración infalible y soberanamente eficaz de la humanidad del Señor, requiere siempre la colaboración de los hombres,

⁷ JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a Francia*, BAC popular 28, Madrid 1980, 174.

aun en la tierra. Pero no siempre, ni siquiera principalmente, requiere una actividad con visibilidad inmediata. La misma acción *principal* de Jesús en el mundo, no fue de eficacia constatable: la crucifixión y la resurrección no produjeron nada inmediatamente sujeto al control humano.

Cristo sigue salvándonos a todos. Obra con la colaboración humana; emplea, pudiéramos decir, todos los medios connaturales al hombre. Mas los *principales*, los más importantes y los que por ello son principio de los demás, casi siempre en su propia existencia, siempre en su eficacia, no son los más naturalmente controlables, los que podría usar igualmente un hombre –incluso un hombre recto– para sus fines humanos. Los principales, como más connaturales a lo divino, misterioso, son también misteriosos, aparentemente inútiles a los ojos de la carne.

Y tal es la función específica del contemplativo, como contra-distinta de buena parte de las actividades de quienes han sido llamados a la vida activa, o mejor mixta. Sus actos, la textura de su vida, carecen de sentido a los ojos humanos. Su menester peculiar consiste en dejar que Jesucristo haga presente en la tierra el escándalo de la Cruz, el misterio de la Resurrección. Y ello totalmente.

Una tarea educativa, asistencial, tal como la realizan, ciertamente por vocación divina, muchos religiosos de vida mixta, puede merecer la aprobación espontánea de cualquier persona humana no movida por la malicia. Una vida contemplativa es absolutamente ininteligible.

No pretendemos ahora estudiar exhaustivamente, ni siquiera satisfactoriamente, la actividad contemplativa. Requeriría mucho más tiempo del que disponemos y mucho más espacio del que se nos concede. Pretendemos no más ejemplificar, presentar alguna de las modalidades de la vida cristiana, que constituyen la tarea total del contemplativo.

Cristo sacerdote nos ha redimido con su *intercesión*. No solamente porque ha rogado muchas veces en la tierra por nosotros, sino porque prosigue intercediendo en el cielo (cfr. v. gr. Rm 8, 34); porque glorifica, alaba, agradece al Padre, en nombre de la humanidad entera.

Todo cristiano, si vive como tal, intercede, alaba, da gracias. Pero el contemplativo dedica su vida entera a esta faena de intercesión. Un instituto contemplativo tiene todo su día, su horario, sus restantes tareas, organizadas en vista de que cada miembro de la comunidad pueda mantenerse lo más posible en oración explícita y actual. Y si recordamos los muchos textos del Nuevo Testamento que nos hablan de la eficacia capital de tal ejercicio, entendemos sin más la capitalidad de la función contemplativa.

Citemos no más, siempre como ejemplo, dos frases sagradas: *cualquier cosa que pidáis en mi nombre la haré* (Jn 14, 14). *Si uno se da cuenta de que su hermano peca en algo..., pida a Dios por él, y Dios le dará la vida* (1 Jn 5, 16).

Si tuviéramos conciencia viva de la eficacia de la petición, tan reiteradamente inculcada por Jesucristo, no dudaríamos jamás en nuestras preferencias respecto de los valores objetivos de los diversos modos de existencia humana.

Juan Pablo II, en su homilía en Fonte Avellana, el 5 de septiembre de 1982: «En esto consiste la esencia de la vida contemplativa, puesto que *gracias a la ferviente oración* de alabanza a Dios serán fecundos los esfuerzos de la Iglesia para comunicar al mundo la salvación realizada por el divino Redentor en la cruz». Anteriormente había afirmado: «El compromiso principal de los monjes consiste en la alabanza de Dios»⁸.

Cristo nos ha redimido, inmolándose por nosotros, ofreciéndose al Padre, muriendo por nosotros, expiando nuestros pecados.

También es menester constituyente de toda personalidad cristiana participar de la cruz del Señor, no solamente recibiendo su fruto en los sacramentos o la contemplación, sino ofreciéndose, sufriendo con Él mientras perdura la condición terrena. Mas también aquí los contemplativos explicitan al máximo esta dimensión, apartándose de todos los goces legítimos —en cuanto es posible— y ordenando la vida para un ejercicio continuo de inmolación, consciente y explícito, lo más manifiesto posible, que expíe los pecados del mundo. La continuidad de la contemplación constituye la continuidad del ejercicio *actual* de la fe y de la caridad. Y de ahí mana, necesariamente, este deseo de inmolación, con su valor expiatorio, que por vocación peculiar están llamadas a tener la gracia de poder satisfacer.

Dice Juan Pablo II, en su discurso a la Sagrada Congregación de religiosos: «Dirijo mis ojos con confianza hacia estas almas dedicadas con una entrega total a la contemplación, y confío al ardor de su caridad los afanes apremiantes del ministerio universal que me ha sido confiado. Sé lo entusiasmadas que están con su vocación privilegiada, cómo aceptan gozosamente sus exigencias de inmolación cotidiana, cómo saben acoger en su oración el trabajo, las penas y las esperanzas de sus contemporáneos...»⁹.

Y a los monjes camaldulenses de Fonte Avellana: «La vida ascética, austera de los monjes, con penitencias y flagelaciones, ayunos y oración prolongada, da a entender el aspecto propiciatorio y satisfactorio de su opción»¹⁰.

En la vida contemplativa se realiza como función primaria, con la conciencia de ser *una de las funciones*, no la única, pero sí una de las funciones *capitales*, del Cuerpo Místico de Cristo, aquella frase tremenda del Papa Pío XII, en su maravillosa encíclica *Mystici Corporis*:

«Nos proponemos, en efecto, hablar de las riquezas encerradas en el seno de la Iglesia, que Cristo ganó con su propia sangre y cuyos miembros se glorían de tener una Cabeza ceñida de corona de espinas. Lo cual es ciertamente claro testimonio de que todo lo más glorioso y eximio no nace sino de los dolores, y que, por tanto, hemos de gozarnos cuando participamos de la pasión de Cristo... Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante, el que la salvación de muchos dependa de la oración y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto»¹¹.

⁸ Véase el texto en la edición española de *L'Osservatore Romano*, 12 de septiembre de 1982, 9-10.

⁹ Véase el discurso citado en la nota 2, n. 3.

¹⁰ Véase la nota 8.

¹¹ Pío XII, Encíclica *Mystici Corporis*, 29 de junio de 1943, a 1 y 19.

Pío XII se dirige a todos los cristianos –cita expresamente a los Pastores y a los padres y madres de familia–; pero son los contemplativos, los que, unidos inmediatamente, total, exclusiva y explícitamente a Cristo, por la elección realizada y correspondida de Cristo mismo, dedican toda su vida a este menester de la oración y el sufrimiento, como tarea constitutiva en la tierra de su crecimiento en la caridad hacia Dios que salva y hacia los hombres que han de ser salvados por Cristo doloroso.

Finalmente, y con penosa concisión, dada la belleza e importancia del asunto, recordemos que los religiosos contemplativos cumplen la misión de «ser testigos» del Señor de la manera más perfecta. No, desde luego, la única, ni desde luego total. Hay algo objetivamente superior: la función ministerial. Mas esta misma tiene que estar interiormente vivificada por el mismo Espíritu Santo, que mueve al contemplativo. Mas en este mundo *siempre* propenso a la soberbia y a la materia, es absolutamente preciso, según el designio del Padre de salvamos de modo conforme a nuestro estilo actual, para ir paulatinamente levantándonos a ser capaces de recibir su «estilo divino», un testimonio que ponga de manera superlativamente incisiva, radicalmente ininterpretable a modo humano, la presencia de Jesucristo. La vida contemplativa se realiza, según el proyecto constitutivo peculiar, sean cuales sean los matices variables indefinidamente múltiples, proponiendo unas realizaciones sorprendentes para el hombre como tal. El espectador *no puede menos* de experimentar la sacudida frente a tal forma de vivir. Y entonces el hombre de buena voluntad percibe la verdad de una presencia personal misteriosa: la de Cristo. Y el hombre de mala voluntad no puede menos de condenar el absurdo de tal comportamiento radical y totalmente necio si no se percibe la presencia amorosa del Señor.

Juan Pablo II, después de afirmar esto en diversas ocasiones, desciende a aplicaciones particulares, que hacen más visible, más incisivo este testimonio, y lo aplican a estimaciones cristianas del silencio, la oración, la soledad.

Para terminar, queremos aludir explícitamente a un aspecto de la caridad: el amor es unitivo, nos induce necesariamente a unirnos con los amados. Y parece que el contemplativo, en lugar de unirse, se aparta. Amar al prójimo significa, en suma, y según la enseñanza de la parábola, aproximarse a quienquiera. Y el contemplativo parece alejarse.

Sólo la fe nos hace capaces de entender que la unión real es la unidad en el Espíritu Santo, que siendo un solo principio de vida, *numéricamente* uno, *el mismo* para todos –no meramente un principio vital de la misma especie, como es el alma humana–, nos establece en una vida única, nos aproxima de modo inconcebible, indisoluble, eterno. Pero nos aproxima a la personalidad misma, y no necesariamente a los elementos secundarios de la persona, que aquí en la tierra muchas veces encubren o destruyen con su actuación la personalidad real. Con Cristo, dejándole actuar en nosotros, *comunicamos el Espíritu Santo*, quedando así *unificados*, hechos una sola cosa, con aquel a quien comunicamos el Espíritu, y sobre todo con Cristo, con quien le comunicamos. Y esto por la fe, por la caridad, pero mediante estas actividades cristianas, que dejando aparte las ministeriales, son precisamente los ejercicios del contemplativo: la oración en toda su amplitud, la penitencia, la mortificación, el sufrimiento en todos sus aspectos. Situándose en el corazón del Señor, formado en el seno del Padre, vivificado por el Espíritu Santo, y fuente de este mismo Espíritu, participa el

contemplativo en creciente plenitud de la actividad de amor de Jesús. Y así alcanza a la humanidad en su última intimidad personal y con la eficacia más intensa imaginable.

Terminamos citando de nuevo unas palabras de Juan Pablo II, que aluden a nuestro tema:

«Vivís en el mismo corazón de la Iglesia, y cuando seguís vuestra vocación, fieles a Cristo que os llamó, continuáis estando muy cerca espiritualmente de vuestras familias y de vuestras comunidades de origen. Al vivir vuestra vida, totalmente entregada a Jesucristo, vuestro Esposo, y en favor de todos los que han sido llamados a vivir en Él –la familia cristiana entera–, con razón os podéis sentir cerca de todos los hermanos y hermanas que luchan por la salvación y plenitud de la dignidad humana... Por vuestra vida encerrada, los niños son llevados a Cristo, los enfermos confortados, los indigentes atendidos, los corazones humanos reconciliados, y a los pobres se les predica el Evangelio»¹².

¹² JUAN PABLO II, *Viaje pastoral a África*, BAC popular 27, Madrid 1980, 159.

Parte segunda

La Iglesia, misterio y misión

SECCIÓN PRIMERA SACRAMENTO DE SALVACIÓN

LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

Artículo publicado en la revista *Nuestro Tiempo*, núm. 133-134, julio-agosto 1965.

El Concilio ha puesto su mirada sobre la Iglesia, sobre su interioridad sagrada, y ha tratado de descubrir las riquezas internas de su ser. No quiere esto decir que no haya prestado atención a los aspectos visibles y externos de la Iglesia. En realidad, no se puede prescindir de estos aspectos exteriores cuando ellos son también parte de la esencia misma de la Iglesia. Lo que ha sucedido es que estos aspectos externos eran más conocidos, y ahora el Espíritu Santo ha hecho que nos fijemos más en el secreto de la simplicidad espléndida que en la Iglesia se encierra, por ser más necesario para la Iglesia hoy.

Ha precedido una labor –de muchos años– de teólogos y escrituristas, que han iluminado los caminos, y ahora la doctrina sana que ha podido recogerse de todos esos trabajos del pensamiento de la teología queda definitivamente sancionada por la Iglesia con la autoridad suprema con que ésta puede hacerlo en un Concilio universal.

El Concilio ha tratado de descubrir el aspecto entrañable, interno, vivo de este misterio de la Iglesia de Dios en su marcha por el mundo. Cuando un estudioso quiere hacer un examen de un hecho histórico, de una persona o de un hecho de la naturaleza, puede seguir dos caminos: describirlo en sus aspectos externos o buscar la línea interior que da unidad orgánica a todo aquello. El historiador de la Edad Media, por ejemplo, puede limitarse a describir los siglos en que esa Edad Media se ha realizado, las formas políticas predominantes, el pensamiento social de sus hombres, los frutos externos que produjeron. Pero alguien puede hacer este estudio buscando otra razón más profunda que descubra cuál fue la animación interna de este período histórico.

Puede venir un tercero que haga las dos cosas, y entonces el estudio es completo. Esto es lo que ha sucedido ahora con respecto a la labor del Concilio Vaticano I en relación con la Iglesia. Ya que había sido fijado de manera

esplendorosa y suficientemente clara lo que es la Iglesia en su aspecto jerárquico, visible, externo, en el Vaticano I, ahora, sin dejar de prestar atención a esto –el capítulo tercero de la Constitución sobre la Iglesia, dedicado a la Jerarquía, lo demuestra–, el Concilio profundiza más y, trata de penetrar en esa unidad orgánica, en esa vida interna que da animación y unidad a todo este hecho grandioso que es la Iglesia de Cristo.

Los fieles católicos que tienen ese sentido de la fe de que habla también el Concilio, no hacen separaciones entre lo externo y lo interno. Me refiero a aquello externo que pertenece a la esencia de la Iglesia, como, por ejemplo, su organización jerárquica visible. Cuando tienen ese sentido de fe bien orientado y desarrollado saben –con más o menos cultura religiosa– unir los dos aspectos. Y de esta manera cumplen ellos también a su modo lo que el propio Concilio nos dice cuando afirma que en realidad no se pueden separar.

Hace unos días, me encontré con una viejecita de un humilde pueblo de mi diócesis de Astorga. Era una mujer enferma que se encontraba precisamente en una clínica. No hacen al caso las circunstancias que me llevaron allí. Esta mujer, ya vencida por la vida, no representa ninguna categoría humana interesante, según el modo humano de clasificar de interesante o no las cosas que nos encontramos. Esta mujer, cuando vio al Obispo allí, junto a ella, a pesar de que las circunstancias eran dolorosas, manifestó un gozo irreprimible y conmovedor. Con evidente exageración, que solamente puede ser perdonada en gracia a la delicia de esa ingenuidad de fe que estas mujeres tienen, llegaba a decir esta frase: «Ahora ya, pase lo que pase, yo estoy contenta, porque veo al Obispo y el Obispo es Dios». Aquí está la exageración por la que muestra su contento. No paró en esto, sino que siguió hablando, un poco más nerviosa quizá: pero yo atribuyo sus palabras, más que al nerviosismo, a la confianza que tienen estas gentes humildes de la Iglesia cuando han sido bien educadas desde la infancia y no les estorba ningún respeto humano. Esta mujer hablaba con el Obispo como con el Padre. Siguió manifestándose con toda confianza ante mí, y me vino a decir que lo que más le importaba era que ella y sus nietos –hablaba ya de ellos más que de sus hijos– vivieran en gracia de Dios. Y como quien no quiere la cosa, mezclando al mismo tiempo preguntas que hasta podrían parecer irrespetuosas –no lo eran, pero llegó incluso a preguntarme cuántos años tenía– siguió en su línea de pensamientos: me recitó en versos del Romancero las «Siete Palabras de Jesús en la Cruz» que había aprendido de niña. Hay que tener en cuenta que la Semana Santa acababa de pasar.

Aquí tenemos un ejemplo admirable. Esta mujer, cristiana, buena, bien educada, ve dos cosas: el Obispo –aspecto visible, jerárquico, externo de la Iglesia–, y la gracia de Dios –que es lo que le interesa para ella y para sus nietos–, el aspecto interno. Es decir, esa mujer había acertado. No pueden separarse estos dos elementos.

El Concilio, sin embargo, ha insistido, de una manera particular, en el que hace referencia a la vida interior de la Iglesia. ¿Y qué es lo que nos dice el Concilio al hacer este examen? Nos invita a reflexionar sobre el hecho de que lo que se encuentra en la Iglesia, en el fondo de ella, es al mismo Cristo.

Cristo está en el fondo de la comunidad de los fieles, de los cuales Él mismo es alimento y vida en los Sacramentos de que se nutren, en la abnegación con que

marchan adelante en su camino, en la expansión del Reino de Dios a la que contribuyen con su esfuerzo. Aquí está Cristo.

El Concilio nos hace ver cómo esta muchedumbre de creyentes viene avanzando desde hace mucho tiempo y continúa entre las pesadumbres del mundo y los consuelos de Dios, según frase de San Agustín. Esta es la Iglesia: ahí, en todo ese conjunto de fieles que creen, que obedecen, que aman, que sienten, que viven, que se fortalecen, que tienen luz, que avanzan, que esperan, que gozan, está Cristo. Cristo está en ellos, y, al estar en ellos, se ve a Cristo en la Iglesia. Van incorporándose a la Iglesia unos y otros, de diversas razas, de diversas épocas, y de este modo se va haciendo el Cristo total. Así, el Padre va salvando a la humanidad, por medio de esta Iglesia, dándonos a su Hijo Unigénito, en ella también, para que ella continúe ofreciéndonos ayuda con el Espíritu Santo, que nos conforta, que nos llena de luz, que nos da energía espiritual, imposible de calificar con palabras humanas, para vencer todas las pesadumbres de la vida.

Y de este modo, dice el Concilio en el capítulo primero de la Constitución dogmática, entre penumbras, la Iglesia avanza, como peregrino en el desierto hasta el día en que ya, desaparecidas las sombras, todo se vea con el máximo esplendor.

Pues bien, esa Iglesia en cuya entraña el Concilio ve el misterio de Cristo y de su vida divina, es llamada Pueblo de Dios. El Concilio llama Pueblo de Dios a la Iglesia, y en verdad que lo es. También emplea otras metáforas y más conocidas: Cuerpo Místico de Cristo, Viña del Señor, Arada de Dios, Agricultura de Dios. Pero insiste particularmente en esto: la Iglesia es Pueblo de Dios. No es una metáfora solamente, porque expresa una realidad vivísima. Los teólogos y escrituristas se han dedicado ya a hacer precisiones para ponderar cuál es la expresión que puede resultar más exacta. No nos pertenece a nosotros ahora entrar en esas discusiones que servirán –por supuesto– para lograr una luz más completa sobre la Iglesia, pero que son materia más bien apta para las clases de teología. Nosotros nos quedamos con esta expresión –Pueblo de Dios– que es la que pone de relieve de una manera más viva el Concilio y la que para nosotros encierra en este momento una cantidad mayor de enseñanzas.

Pueblo de Dios: supone, en primer lugar, por lo menos **una elección** por parte de Dios; en segundo lugar, **una estructuración** de los llamados y elegidos por Él con arreglo a unas líneas orgánicas especiales, marcadas por Él mismo; en tercer lugar, **una misión** de servicio que ese Pueblo tiene que desarrollar.

Supone, en primer lugar, una elección. En efecto, el Pueblo de Dios que forma hoy la Iglesia, está elegido por el Señor, como fue elegido el antiguo Pueblo de Dios, Israel. Fue un pueblo buscado, mirado con predilección, elegido por Dios mismo, que le llamó así: Pueblo suyo. Incluso le llamó ya entonces Iglesia. Israel es llamado Iglesia en el Antiguo Testamento, porque Iglesia quiere decir Asamblea de los llamados por convocación, por convocatoria especial de alguien que la hace, en este caso, el Señor.

Aquí rozamos ya con el misterio. ¿Por qué ha elegido Dios a un pueblo? Respetemos estos misterios de amor nuestra conciencia puede estar tranquila desde el momento en que se nos dice que son afectos a Dios en todo tiempo y lugar –así empieza el capítulo segundo sobre el Pueblo de Dios de la

Constitución conciliar—, los que temen a Dios y practican la justicia. Dios conoce los caminos por los cuales los hombres, sean de la religión que sea, pueden cumplir la voluntad del Señor mediante la luz natural, y de esta manera obtener la gracia suficiente para salvarse. Esto establecido, no hay ninguna injusticia en el hecho de que Dios, que quiere la salvación de todos, elija de una manera especial a un Pueblo. Y así fue elegido Israel.

Pero Israel no cumplió las obligaciones derivadas de aquel pacto de amor que Dios había hecho con él. Y llegó un momento —así lo anunciaron los profetas— en que Dios decía, con voz que había de resonar hasta nosotros y que seguirá resonando: «Buscaré otro pueblo, me haré un nuevo pueblo, un nuevo pueblo de todas las gentes». Este nuevo Pueblo es el que más tarde describiría San Pedro en una de sus cartas para decir que se había cumplido aquella antigua promesa y aquella profecía del Señor, y que este Pueblo estaba formado en Cristo Jesús: es el Pueblo de los bautizados del Nuevo Testamento. Así como antiguamente Israel fue elegido por Dios como Pueblo, después, en una nueva y definitiva etapa de salvación, el elegido ha sido este nuevo Pueblo, ya sin fronteras de raza ni de lengua, el Pueblo de Dios que es la Iglesia que avanza por todos los caminos de la tierra. Nosotros somos también elegidos.

Pero supone más la frase «Pueblo de Dios». Supone también una estructuración de ese grupo de los convocados, conforme a unas líneas especiales marcadas por Dios. La palabra «pueblo» quiere decir multitud organizada, colectividad social. Adjudicada al tema que ahora estamos tratando, significa que Dios, al planear su historia de la salvación, se ha fijado en nosotros. No para salvarnos individualmente y en solitario a cada uno. Podía haberlo hecho así. No había ningún inconveniente para el Dios de poder infinito establecerlo así en cada momento de la vida y de la historia. Para Él la historia de los siglos es menos que para nosotros la historia de los segundos de nuestra vida. Podía haberse comunicado con cada hombre. Y recursos le hubieran sobrado al Señor para hacer que sobre cada alma humana hubieran aparecido en el momento oportuno las luces necesarias para que cada hombre hubiera comprendido lo que significaba de amor la llamada y lo que pedía también de obligación para su conciencia. Pero no lo ha hecho así. Nos ha convocado en muchedumbre. Nos ha pedido que nos unamos. Nos ha llamado a formar un pueblo.

Nos ha llamado a formar un pueblo, una unidad, en la obediencia a Cristo, con la fe en Él; en el amor a Cristo, por la entrega a Él; en la esperanza en las promesas de Cristo, por nuestra disponibilidad para la lucha apostólica en torno a Él. Nos ha pedido con este amor, esperanza y obediencia que vayamos todos confluyendo hacia Él. Lo de cada uno no cuenta más que para que cada uno sea objeto de salvación y para cooperar después con generosidad en nuestra respuesta. Pero todo lo tenemos recibido de Jesús. Y por eso nos encontramos en Cristo.

No cabe pensar en un hombre que busque su salvación trazándose él su propio camino. Todos los caminos llevan a Cristo, y allí nos encontramos todos los cristianos. Como cristianos, somos una sola cosa, porque todo cuanto tenemos lo recibimos de Jesús, en el cual estamos íntimamente unidos y convocados. La Iglesia asegura nuestra unión, asegura nuestra obediencia, marca los caminos exactos del amor, señala perfectamente las bases necesarias para sostener nuestra esperanza. La Iglesia continúa a Cristo. Y entonces se explica la

profunda frase de San Agustín: «Cristo engendra a Cristo», es decir. Cristo, por medio de la Iglesia, hace que los cristianos vayamos siendo Cristo. Es imposible mayor unidad y mayor sentido social de colectividad y unión.

Y aquí creo que la reflexión es oportuna para una consideración un poco al margen de las precisiones dogmáticas que estoy haciendo. Es oportuna, porque enseguida nos permite ver algo que, cuando sucede, forzosamente tiene que llenarnos el alma de dolor. Dolor del espíritu, que es más cruel que los dolores del cuerpo. Me refiero a que, siendo esto así, no se explica lo absurdo de la división entre los hijos de la Iglesia. Ahora no me refiero a los cristianos separados. Me refiero exclusivamente a nosotros, los que estamos dentro de la Iglesia católica con todo el conjunto de verdades que creemos y de fuerzas que recibimos para colaborar en la edificación del Cristo total. Se comprende lo absurdo de estas divisiones y la crueldad inaudita que representan si podemos pensar un poco serenamente lo que significa el hecho de estar todos unidos en el mismo Jesús, en Cristo. Causa verdadera pena y dolor. ¿Por qué estas divisiones? Como decía el Papa hace unos días, en un discurso que manifiesta la agonía del espíritu por la que está pasando, ¿por qué entre los católicos nos hacemos la guerra, tantas veces, y despreciamos o minusvaloramos nuestros trabajos en servicio del Señor y no buscamos lo que nos une y no ponderamos nuestras excelencias y, solamente tenemos palabras de alabanza para los que están fuera? Es algo incomprensible, que no puede justificarse desde ningún punto de vista.

La Constitución dogmática sobre la Iglesia, cuando habla del Pueblo de Dios, al señalar las líneas que constituyen su grandeza, se expresa de esta manera: «Este pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo, *que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación* (Rm 4, 25), y al conseguir un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos. Tiene por suerte la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene como ley el mandato del amor, como el mismo Cristo nos amó (Cf. Jn 13, 24). Tiene, por último, como fin, el crecimiento del Reino de Dios, comenzado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por Él mismo al final de los tiempos, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (Cfr. Col 3, 4), y *la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios* (Rm 8, 21)»¹.

Se comprende que tras esta afirmación en la que se describe el conjunto de atributos o condiciones bajo las que aparece el Pueblo de Dios avanzando en la historia, se inserte, a renglón seguido, la gran afirmación conciliar. No es nueva. Estaba ya dicha, y durante estos últimos años la hemos estado viviendo con más intensidad que antes. Aun así, si queremos ser leales con la verdad, hemos de reconocer que quedaba no poco silenciosamente refugiada en los libros de teología. La gran afirmación conciliar se refiere al sacerdocio de los fieles. Cuando se dice que este Pueblo de Dios tiene por Cabeza a Cristo, y como suerte la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, y como ley suprema el amor con que Cristo nos amó, y como fin y propósito la dilatación del Reino de Dios, lo que se señala de este Pueblo es tan excelso y tan grande que para poder

¹ LG 9.

resumir todo el contenido vital del espíritu de ese Pueblo tenemos que desembocar en el reconocimiento del hecho más grandioso de nuestro espíritu cristiano, tal como la Revelación nos lo ha ofrecido y ahora la Constitución conciliar nos lo pone de relieve: este Pueblo es «consagrado como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo para que a través de todas las obras del hombre los cristianos ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien nos llamó de las tinieblas a la luz admirable»².

De esta manera, perseverando en la oración y alabanza a Dios, los cristianos se convierten en hostias vivas y gratas a Dios; dan testimonio de Cristo; dan razón a cuantos la necesitan de la esperanza que en ellos alienta para la vida eterna. De este modo, en cuatro rasgos vigorosos y profundos, el Concilio describe la esencia del ser sacerdotal del Pueblo de Dios compuesto por todos los bautizados y que tienen esas leyes que presiden la finalidad antes marcada, esa fundamentación que es la misma vida de la Iglesia.

Aquí tenemos que detenernos un poco. Yo encuentro en esta afirmación tan solemne del sacerdocio de los fieles, las fuentes abiertas de un torrente vivificador. La Constitución conciliar sobre la Iglesia, al hablar del sacerdocio de los fieles en el capítulo del Pueblo de Dios como participación del mismo sacerdocio de Cristo, afirma que los discípulos de Cristo se ofrecen como hostias vivas y gratas a Dios a través de las obras propias del hombre. Lo que quiere decir que es toda la vida la que tiene que estar como traspasada de ese sentido de ofrecimiento y de oblación. ¿Cómo es posible que el bautizado cumpla y realice esta misión sacerdotal? Ante todo, es preciso la clarificación y la precisión doctrinal.

No es lo mismo el sacerdocio de los fieles que el sacerdocio ministerial y jerárquico. Entre uno y otro no hay simplemente una diferencia gradual. Hay una diferencia esencial, aunque estén ordenados el uno para el otro. El sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad, modera y rige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciendo a Dios en nombre de todo el pueblo. Y los fieles no pueden hacer esto. Los fieles son dirigidos y moderados, y en virtud de su sacerdocio real asisten a esa oblación del sacrificio eucarístico y se ofrecen ellos con el mismo sacrificio; perseveran en la oración y en la alabanza; dan testimonio de Dios con su abnegación y con su caridad; practican las virtudes, y, sobre todo, ejercitan el sacerdocio al recibir los sacramentos.

¿Qué quiere decir esto? Las ideas que se contienen en estos simples pensamientos conciliares habrán de dar lugar a una literatura abundantísima que hemos de desear ardientemente. Será el mejor alimento espiritual con que se eduquen los hombres de las generaciones futuras dentro de la vida cristiana. Quiere decir que es por el Bautismo por el cual somos capaces de tener un destino en el orden sobrenatural aquí abajo, en la tierra. Sin el Bautismo nos faltaría esta marca, esta capacitación, esta puerta abierta para realizar tal destino. El Bautismo es como la llave que nos permite manejar cosas sagradas: manejarlas y asimilarlas, vivirlas nosotros y propagarlas después. Sin el Bautismo no podríamos, en rigor, movernos en ese campo de las realidades de la gracia; nos moveríamos en el orden de las virtudes morales, puramente éticas,

² LG 10.

como se han movido los hombres de todos los tiempos que han tenido un corazón recto. Pero el cristiano está llamado a otras cosas más altas. Estos dones de Dios, que son sus sacramentos y los ejemplos de su vida y de su Palabra santa, pertenecen todos ellos a un mundo que podríamos decir cerrado, aunque esté abierto por la continuidad del esfuerzo apostólico de la Iglesia y para todos los tiempos. Pero es cerrado en cuanto que pertenece a una categoría única que quiso Dios establecer al llamar a los hombres a la filiación divina, al adoptarlos Él como hijos suyos por medio de la gracia. Es el plano de lo sobrenatural que se eleva por encima totalmente del hombre natural. Y esas realidades son tan de Dios que no puede tocarlas nadie que no tenga las manos santas y unguidas.

El cristiano, por medio del Bautismo, unguido por el Espíritu Santo, se capacita para tocar él esas realidades. Por eso, en primer lugar, el mismo cristiano se ofrece como hostia viva y grata a Dios. Ya no se trata únicamente del obsequio que puede hacer una criatura al Creador, lo cual es también grato a los ojos de Dios. Ahora es más. Es hostia, es sacrificio acepto al Señor dentro de este orden sobrenatural. Sus obras todas, empapadas de este afán y como transfiguradas por la gracia de que el cristiano es portador, pueden ser un poco como el ara de un altar en el que el cristiano va ofreciendo continuamente un sacrificio al Señor. Son obras de hombre, no obras clericales. Son obras suyas, las del hombre del tiempo que sea, de manera que su familia, su trabajo, su enfermedad, pueden tener un sentido de ofrecimiento que está como impregnado de fuerza sobrenatural, si él lo hace en ofrecimiento consciente, como en acto de oblación purificadora, realizado con su ser en el estado de gracia propio de los bautizados.

Si no fuera por el Bautismo tampoco podría el cristiano presentarse un día a que se le unguiera la frente para darle la señal de estar todavía más obligado a la defensa de la fe. Cuando nos referimos a estas obligaciones que nos va marcando la vida sobrenatural, en realidad más bien tendríamos que decir que son privilegios y atributos que Dios concede al hijo de su Reino, al cristiano que ha recibido el don maravilloso de la unción: predica la fe, la defiende, la propaga más; sigue adelante y llega a la cumbre de la vida espiritual sobrenatural en este mundo. Este cristiano, por el Bautismo, está capacitado también para recibir la Eucaristía, y ahí es donde consume su unidad en Cristo, y con Él la unidad de él mismo y de todos los que con él se unen al Señor.

El cristiano penitente, dolido de sus pecados, no solamente ha pecado en sí mismo y ha cometido una falta que significa el desorden en su relación personal con Dios, sino que todo pecado es también como una sustracción de un bien de la Iglesia. Todo pecado es una disminución de las fuerzas de la comunidad eclesial. Cuando un cristiano peca, la Iglesia se siente más débil. Y también por estar bautizado, al cristiano que se acerca al tribunal de la Penitencia, la Iglesia le perdona. El cristiano repara la ofensa que a la Iglesia había hecho. La Iglesia sigue acordándose del cristiano cuando le unge en su enfermedad. La Iglesia le confiere dones especiales cuando le llama con un sacramento social –el del Orden– para que rija la comunidad cristiana. La Iglesia bendice y unge la vida de los cristianos cuando se unen en santo matrimonio para continuar en la tierra la propagación del Reino de Dios. Es una razón profundísima la que alega el Concilio de Trento cuando explica por qué el matrimonio ha sido elevado a la condición de sacramento. Cristo, al unirse con su Iglesia, ha venido a restaurar

el género humano en la unidad con Él. Y la manera más normal de lograr la propagación de su Reino, una vez que se ha introducido el Bautismo y la Redención, es la propagación de la vida cristiana. Los esposos cristianos, unidos en matrimonio-sacramento, son como una fuente ardiente que va propagando ese Reino de Dios, para el cual están destinados.

Todo el conjunto de operaciones y de acciones humanas en la vida personal de cada uno, en la vida social, en la vida familiar, puede quedar empapado con estas auras hermosas de oblación y ofrecimiento a Dios y de purificación de las cosas en relación con el uso de las mismas y con las personas con las que se convive. Todo ello es consecuencia de la afirmación del sacerdocio de los fieles.

El hombre de hoy, tantas veces víctima de las dictaduras de la política, de la economía o de la frivolidad –esta última la peor de todas– podría preguntarse para qué va a servir toda esta doctrina. Este hombre que se pregunta, con su espíritu alejado de las reflexiones que hacemos aquí, podrá encontrar una respuesta francamente esperanzadora. La doctrina del sacerdocio de los fieles puede servir para crear una mística nueva, de la que tan necesitados estamos todos. Pero no una mística desencarnada, porque se nos habla de ofrecer sacrificios a Dios a través de las obras del hombre; una mística movida por el amor y con un ideal misionero, porque el Pueblo de Dios, al que pertenece el cristiano, tiene como fin dilatar el Reino de Dios en el mundo.

Estamos todos muy necesitados de esta mística. No sólo ese hombre cansado y sin fe que anda por las calles de nuestras ciudades y aparece también por esos campos solitarios. Todos estamos necesitados de una mística: los cristianos, y no sólo el hombre alejado de Dios. También nosotros necesitamos de esa mística profunda y fuerte. Porque venimos padeciendo hace tiempo una crisis, en virtud de la cual nos hemos quedado con un moralismo sin unción casi, con una fe sin riesgos, cómoda, con un apostolado muy para andar por casa y para satisfacer nada más que alguna inquietud que con especial urgencia se levanta en determinadas ocasiones en nuestro espíritu. Pienso que cuando las generaciones de cristianos se eduquen en estos pensamientos desde niños, los mediten seriamente y vayan avanzando por la vida, y se den cuenta de que no se les pide que se separen de sus obras propias –porque ese sacerdocio de los fieles es a través de las obras del hombre como ha de realizarse–, cuando se den cuenta de esto, va a poder surgir, claramente calificada y desaparecidas las sombras que impiden muchas veces una piedad profunda, un sentido de la vida que consiste en el ofrecimiento y la oblación auténtica de todo a Dios nuestro Señor. El día en que logremos esto –y en la medida en que se logre en situaciones personales y sociales por capacidad que siempre existe de influir sobre la vida humana– tendremos asegurado un ideal espléndido del sentido de la vida, frente a la dispersión y a la angustia de nuestro tiempo.

Es cierto que tendremos que recordar muchas veces lo que meditamos en el libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: cuál es nuestro origen y cuál es nuestro destino. Pero al meditar en nuestro destino no pensaremos ya únicamente en las postrimerías y en el sentido final de nuestra vida que va hacia Dios para encontrarse con Él. Tendremos, por el contrario, que pensar también en el sentido ascendente y progresivo de nuestra vida, que va realizando continuamente una oblación y un sacrificio, que va convirtiéndose en una hostia santa en virtud de la fuerza sacerdotal que anida dentro del espíritu. Por eso,

esta doctrina servirá para dar luz y orientación a los que preguntan con aire escéptico: ¿Qué hace el Concilio en medio de los problemas de nuestro tiempo?

Esta doctrina sobre el Pueblo de Dios va a servir todavía para más. Cuando los cristianos –esa muchedumbre de hijos de la Iglesia– sintamos con fuerza que lo primero en que estamos unidos es en ser miembros del Pueblo de Dios, viviremos un especial sentido de servicio, ya que es secundaria en este sentido la otra consideración: la de que dentro del Pueblo de Dios hay unos que cumplen una función jerárquica y otros que no la tienen. Es muy importante y tiene una significación especial el que el Concilio haya puesto este capítulo segundo del Pueblo de Dios antes que los otros que hablan de la Jerarquía y del laicado. Con ello ha querido significar que en lo que estamos íntimamente unidos todos es en ese ideal de servicio.

Cuando sintamos todos la fuerza de este ideal se nos va a presentar una ocasión magnífica para que todos nosotros, los cristianos, seamos liberadores de los hombres no cristianos, de los no creyentes. Porque está comprobado que lo humano solo, los «humanismos» solos, dividen, por mucho que sean defendidos como ideales por los filósofos. Hay un germen dentro de todo humanismo que causa división cuando queda reducido a eso. Se deriva de la propia condición humana limitada. Al querer realizar todas las aspiraciones que brotan del campo del humanismo, el hombre se encuentra con otros hombres, y ese encuentro se convierte en choque. La historia lo demuestra sin cesar. La superación de los humanismos, sin abolirlos, sin negarlos, sólo puede lograrse cuando el humanismo está empapado de un sentido trascendente que le da la fe. Esta unidad del cristiano es la que puede recubrir y amparar la otra unidad, la de los planos humanos en el orden que sea, sin peligro de profundas alteraciones. Y si preguntamos por qué, a pesar de todo, entre tantos países cristianos como ha habido, entre tantos cristianos que han dirigido la marcha de la civilización en estos siglos, sin embargo, aun siendo así, han sido precisamente estos países cristianos los que han dado más triste ejemplo de división y de guerra, la respuesta es fácil: es porque al obrar así han dejado de ser cristianos precisamente. Por eso, este sentido y este ideal que brota de las afirmaciones conciliares pueden tener unas consecuencias incalculables para el propio hombre como tal. Aquí se abre campo para apreciaciones hermosas sobre cómo incluso la materia puede ser dignificada y liberada tal como la Revelación nos lo dice, con palabras no fácilmente inteligibles: el continuo anhelar de la materia ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues la materia está sujeta a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien la sujeta, con la esperanza de que también será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

Dejándose guiar por la fe y el amor de Dios en sus ocupaciones temporales, esa materia humana, sobre la que el hombre cristiano trabaja, adquiere otro significado y presta otros servicios. Una piedra puede ser consagrada y se convierte en el ara de un altar. Y no es necesario que la unción crismal caiga sobre todas las piedras de las fábricas o los libros de las bibliotecas o los laboratorios o el campo que trabaja el obrero, según su misión; no es necesario que esa unción crismal venga a caer allí para que todo tenga ya otro sentido. Basta con una unción crismal que brote del espíritu del que trabaja esa materia.

Además, esta doctrina conciliar podrá servir para trabajar en la unidad de todos los que profesan la fe en Jesucristo. Porque este Pueblo de Dios de que nos habla la Constitución conciliar, está compuesto principalmente por aquellos que hacen todo lo que Cristo ha señalado. Pero hay por ahí restos del Pueblo de Dios dispersos: algunas almas que en cierta manera pertenecen a él, y éstos están también llamados a la unidad. Son los cristianos no católicos. Y aun los no cristianos también están llamados a formar parte del Pueblo de Dios: los no cristianos que adoran, sin embargo, al único Dios creador, los que en el fondo de su corazón admiten y veneran y se complacen en reconocer el santo dominio de un Dios en el que creen y a quien buscan a tientas. El ideal de unidad y de servicio practicado ahora por nosotros de tal manera que vengamos a vivir plenamente esta categoría del Pueblo de Dios, será un ejemplo luminoso para ofrecer a los demás este sentido visible de la unidad a la cual Dios nos llama. Se comprende mejor, a la luz de la Constitución conciliar, el Decreto sobre el Ecumenismo y sobre los judíos. No se puede prescindir de hablar del pueblo precristiano, del pueblo que primeramente fue elegido por Dios, cuando se habla ahora del nuevo Pueblo de Dios. Porque allí, en el pueblo precristiano estaba el germen, allí estaban las promesas, que si no fueron cumplidas fue porque ellos las rechazaron. Era necesario clarificar todo esto y precisar lo que hubiera de censura y lo que hubiera de conducta laudable en toda la masa del pueblo de Israel que aparece siendo protagonista de la historia del Evangelio. El Concilio ha hablado de ello, y forzosamente tenía que hacerlo, cuando se considera lo que sobre la Iglesia nos dice: este pueblo empezó a existir hace tiempo, y todavía tiene por ahí grupos numerosos que, sin saber cómo, están llamando a la puerta. Hay que facilitarles los caminos de la unidad. A esto obedecen los Secretariados que está formando la Santa Sede para el diálogo, el diálogo auténtico y exacto, con objeto de buscar los puntos de contacto en la verdad en que podamos encontrarlos.

Y podrá servir esta doctrina del Pueblo de Dios para otra cosa: para dar un ideal a estas juventudes nuestras de ahora, que se preguntan o dicen amargamente que no creen en los ideales de sus padres. Los padres se encuentran a veces con este problema en sus hijos. Los jóvenes dicen, un poco movidos por el ardor de su entusiasmo juvenil y otro poco por su ignorancia, que no quieren ideales pasados. No les han servido de nada. Pero hay que preguntarles en qué ideales van a creer o si es que no van a tener ninguno. Y si los ideales que van a tener se reducen a aspectos puramente humanos de la vida, están expuestos a que otra generación que les suceda les reproche a ellos lo mismo que ellos recriminan a sus padres. Son cristianos los jóvenes nuestros que hablan así, son hijos de la Iglesia, viven en nuestros hogares, se mueven en nuestros círculos, les hablamos en nuestros templos. Pero acaso les hemos presentado un cristianismo demasiado conformista, sin esa aspiración nobilísima que aparece en la idea del Pueblo de Dios al tener como fin la dilatación del Reino de Jesús en el mundo. No es que queramos convertirlos a todos en misioneros, sino que hace falta entender que el ideal misionero se puede realizar así: obrando cada uno en el campo en que tiene que obrar.

Es necesario que mediten mucho nuestras generaciones sobre todo esto. Y va a pesar sobre nosotros la responsabilidad de una catequesis abrumadora. Seremos nosotros los que tendremos que facilitar a la juventud este ideal. El capítulo del Pueblo de Dios nos habla de la fuerza misionera de la Iglesia. Es un

pequeño germen que tiene que extenderse. No podemos contentarnos con esos pensamientos que brotan a veces como pequeños rayos de luz frustrados en medio del torrente luminoso de las enseñanzas teológicas: pensamientos de algunos escritores que han hablado estos años de una Iglesia reducida a las catacumbas. La Iglesia es *lumen gentium*, como dice la Constitución conciliar. Y para ser luz de las gentes, de los pueblos y de los hombres, no se puede encerrar a la Iglesia a las catacumbas. La Iglesia tiene que expandirse. No con ansia triunfalista, sino con ansia de servicio. Y también para servir se necesita entusiasmo, mucho más cuando el servicio se hace en nombre del Amor. A estos jóvenes que han podido decir que la Iglesia parecía demasiado triunfalista y que tiene que buscar la autenticidad, habrá que contestarles: es cierto, pero la autenticidad no nos libra a ninguno de cumplir con esa misión que Cristo nos ha señalado, la de colocarnos al servicio de los demás.

Esta doctrina ha de servir para el acercamiento incluso de los no creyentes. Las ideologías marxistas están enamoradas de lo social. La sociedad es para ellos su ídolo. El mundo es ante todo eso: la sociedad; adoran lo social, pero hay un hecho social que se puede admitir sin peligro ninguno y que no mata la personalidad, sino que la libera: la colectividad del Pueblo de Dios. Se ha iniciado el diálogo también con los ateos. No hay por qué creer que estas ideas tendrán que aparecer muchas veces en la superficie de las conversaciones de la Iglesia y los que dicen no creer. Muchos de los que dicen no creer, sin embargo, en el fondo están ansiosos de tener una fe y una luz que les oriente. Y buscarán a tientas también ellos las manos que se les ofrezcan. Hemos de confiar en lo que pueda derivarse de estos diálogos.

Veo como en perspectiva de toda esta doctrina sobre el Pueblo de Dios la fuente de una espiritualidad en el orden ascético y práctico verdaderamente redentora. Nos va a traer ideas claras para nuestro pensamiento. Va a mover el afecto que necesita el espíritu humano en la marcha por la vida. No va a quedar reducido este espíritu a la contemplación de unos motivos sentimentales que pueden hacer gozar u olvidar los sufrimientos que se padezcan por una u otra razón. Esta espiritualidad admitirá ese sufrimiento también cuando se presente como parte del sacrificio, pues verá que la vida es eso: oblación, ofrecimiento al Señor.

Y aparecerá una generación cristiana libre de tanto confusionismo y de tanta desorientación, que sentirá el gozo y la alegría de ser cristiana, hijos de la Iglesia, miembros del Pueblo de Dios. Con sus manos sabrán defender a esa Iglesia y sabrán también construir el mundo de tal manera que con sus pasos vayan poco a poco ofreciendo lo que de ellos dependa de ese mundo a Dios nuestro Señor.

LA IGLESIA, COMUNIDAD DE LOS QUE ORAN

Discurso pronunciado el 29 de junio de 1976 en presencia de S. M. la Reina doña Sofía, en la Catedral Primada de Toledo, con motivo de la inauguración de la II Semana de Teología Espiritual. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre de 1976. Reproducido en el volumen *Oración y vida cristiana*, publicado por el Centro de Estudios de Teología Espiritual, Madrid 1977, 13-32.

LA ORACIÓN DEL HOMBRE Y LA ORACIÓN DE LA IGLESIA

También podríamos decir comunidad de los que creen o de los que aman y esperan... Pero ¿qué fe y qué amor y esperanza pueden darse en la Iglesia sino los que nacen de la contemplación y el coloquio con Dios?

Porque hablamos de la Iglesia, tal como ha sido instituida por Cristo, no de la humanidad, no del hombre considerado desde un punto de vista meramente filosófico. La humanidad y el hombre pueden orar, y de hecho oran, con esa oración natural de que hablaba el Papa precisamente hace unos días. Pero no podrán ser nunca Comunidad de los que oran. Esto sólo puede serlo la Iglesia Y es lo que voy a exponer en esta primera ponencia de nuestra II Semana de Teología Espiritual. Para congregar a sus hijos, que estaban dispersos –nos dice la Constitución LG n. 13– «envió Dios a su Hijo, a quien constituyó en heredero de todo (cf. Hb 1, 2), para que sea Maestro, Rey y Sacerdote de todos. Cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios. Para esto, finalmente, envió Dios al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, quien es para toda la Iglesia y para todos y cada uno de los creyentes el principio de asociación y unidad en la doctrina de los Apóstoles, en la mutua unión, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. Act 2, 42)».

No podemos prescindir de esta clave, la presencia de Cristo y de su Espíritu en la Iglesia como vida interior de la misma y como fuerza que aglutina a sus miembros y les hace participar y nutrirse de esa vida. A partir de aquí es como podemos comprender que la Iglesia sea comunidad de los que oran.

Por eso son necesarias las reflexiones que voy a hacer, antes de llegar al punto central de mi exposición.

¿CÓMO ES LA «ACTUALIDAD» DE LA IGLESIA?

Para un filósofo de hoy, Xavier Zubiri, la acción histórica primaria consiste en «hacer un poder», en crear un modo de poder vivir que antes no existía. Este modo de vivir llega a ser formalmente histórico cuando se convierte en hábito de existencia para un grupo humano. «Actualidad» en esta misma línea es nuestra existencia cotidiana, nuestros hábitos, costumbres, valores, ciencias, descubrimientos, «los nuestros», los que hemos hecho posibles nosotros. Esta

es la forma de entender la actualidad según la visión personalista del hombre y de la historia. Actualidad como conjunto de hábitos sociales de todo orden, políticos, científicos, técnicos, estimativos, etc. Pensadores del campo histórico analizan cuándo la vida y la cultura empiezan a ser «actuales», «nuestros», cuándo comienza lo que llamamos «nuestro tiempo», y buscan la respuesta en los campos concretos del hacer del hombre: filosofía, física, matemática, arquitectura, pintura, economía, literatura, técnica, medicina...

¿Cómo es la actualidad de la Iglesia de Cristo? Su actualidad está, por una parte, «fuera» de la historia, en el Espíritu de Dios que señorea la historia en un hoy eterno. «Resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y allí está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso» rezamos en el Credo. La diestra de Dios, el Trono de Dios es el símbolo de la Majestad de Dios; allí recibido, en la soberanía de «Aquel que es», vive por siempre Jesucristo, Primogénito de toda criatura y Cabeza de la Iglesia. Por otra parte, está dentro de la historia, en la vida de cada hombre que hace «suya», «actual» en su sentido temporal, la vida nueva que la Iglesia ofrece siempre.

Todo nos ha sido revelado en Cristo, Señor de la historia. Cristo ayer, hoy y siempre. Nuestra actualidad cristiana está en hacer poder vivir en nosotros a Cristo. *Vivid, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como le habéis recibido, enraizados y edificados en Él; apoyados en la fe, tal como se os enseñó, rebosando en acción de gracias* (Col 2,6). San Pablo, el predicador de la existencia cristiana, nos expone clarísimamente que al hacernos cristianos recibimos en nosotros una nueva manera de ser y, por tanto, de vivir. Esta tiene que adueñarse, aquí y ahora, en nuestra circunstancia concreta, en nuestra situación histórica, de cuanto somos: cuerpo, espíritu, profesión, actividades, cualidades diversas. Se tiene que adueñar para imprimir su sello propio y definitivo. Como el espíritu, la psique, informa la condición orgánica, así he de irme modelando por Cristo según su propia imagen. *Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8, 28-29). Todos nosotros, que con el rostro descubierta reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, *nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu* (2Cor 3, 18).

La actualidad de la Iglesia se expresa en la transformación concreta de la vida del hombre que se convierte a Cristo. «Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena, que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor. Unida ciertamente por razón de los bienes eternos y enriquecida con ellos, esta familia ha sido constituida y organizada por Cristo como sociedad en este mundo y está dotada de los medios adecuados propios de una unión visible y social. De esta forma, la Iglesia, entidad social visible y comunidad espiritual, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar

como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios»¹.

Dios dispone de su Iglesia para hacerse presente: *estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28, 20); la ha tomado a su servicio en orden a actualizar su palabra salvífica en el mundo.

«Dios ha pronunciado esta Palabra de una vez para siempre, y ya nunca volverá a pronunciar una nueva palabra reveladora superior a ella; propiamente hablando, tampoco la repite, sino que la actualiza constantemente en la historia; pero sólo consigue su objeto cuando es aceptada en fe por la Iglesia – representada, en primer lugar, por los testigos del Resucitado–. Y sólo alcanza su presencia constante en la historia cuando la Iglesia reconoce, testimonia, anuncia y vive esta fe. Es Dios mismo el que crea esta presencia audible y visible de su palabra reveladora en el mundo al hacer que llegue a la fe de la Iglesia y que esta fe aparezca de una manera perceptible en la historia. Es Dios mismo quien crea la Iglesia como presencia permanente de la revelación acontecida en Cristo. Esto equivale a decir que la Iglesia no es tan sólo el sujeto receptor de la revelación, sino que ella misma toma parte en la actualización de esa revelación. En efecto, la fe, la confesión, el testimonio, la predicación, la doctrina, los sacramentos, la vida cristiana, aunque causados y sostenidos por la gracia de Dios, son también siempre la actividad humana de la Iglesia. Así pues, Dios actualiza su palabra revelada, pronunciada de una vez para siempre en Cristo, haciendo suya, suscitando y dirigiendo la actividad de la Iglesia; no la actualiza al margen de la Iglesia, sino en la Iglesia y por la Iglesia»². Evidentemente, la Iglesia no actualiza la revelación por su poder personal, su actividad no es un sustitutivo de la actividad de Dios, está puesta a su servicio. La revelación no es algo que sucede continuamente, sino algo que se hace presente continuamente. La Iglesia no espera ya ninguna revelación nueva superior a la revelación que tuvo lugar en Cristo.

LA REVELACIÓN HECHA POR JESUCRISTO PONE DE RELIEVE LO QUE ES LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Cristo está en el centro; todo cuanto le precede conduce a Él, lo que le sigue será su expansión. Cada hombre tiene que hacer suya, en su momento, en su historia personal, la redención; así será sal de la tierra y luz del mundo. Esta es la renovación que tenemos que realizar los cristianos. Esto es lo que realmente hará cambiar al mundo. Sólo por ella los hombres dejarán de verse como enemigos, actuarán todavía más que con justicia, con amor y misericordia, tendrán hambre y sed de justicia y de verdad, padecerán persecución por la justicia y darán los bienes de los que son administradores. A medida que el hombre realiza la exigencia del Sermón de la montaña surge un nuevo orden que excede a toda ética. Leamos el Sermón de la montaña... ¿Podemos pensar y obrar de esa manera que nos dice Cristo? ¿Dominar la violencia mediante la bondad? ¿Corresponder a la hostilidad con amor? ¿Hacer «nuestra justicia» a la luz de la caridad? ¿Ser renovados hasta tal punto por las exigencias de la

¹ GS 20.

² *Mysterium salutis*, vol. I/2.º, Madrid 1969, 585-586.

buena nueva que no pongamos condiciones? Sólo la fe nos puede lanzar a vivirlo.

El día de Pentecostés despierta la conciencia cristiana de la historia. Cristo es introducido *en* los corazones, *en* la vida, por el Espíritu Santo; la fe es la única puerta que conduce a Dios. Las mismas personas que antes de Pentecostés se han escondido temerosamente, se presentan con una fuerza vigorosa y nueva: es el Espíritu del Señor que les hace proclamar con seguridad y valentía la resurrección de Cristo a riesgo de todo. *Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado* (Act 2, 36). Es la existencia nueva, el hombre nuevo en el que brota por el Espíritu el amor, la comunidad de vida, la comunidad de todo lo bueno. *Vivo, pero no, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí* (Gal 2, 20).

El cristiano tiene que insertar a Cristo en su vida diaria, en la acción cotidiana, en los encuentros con el prójimo, en la actitud ante la Providencia y el destino. Tiene que aplicar la visión divina del hombre y de su destino a las situaciones concretas particulares. En el Evangelio está la exposición del pensamiento de Dios sobre el hombre. No podemos hacer del hombre lo que queramos. Su dignidad, su valor, su destino, escapan a esa actualidad que nosotros construimos. No es creación del hombre, como piensan Marx y Sartre.

«Y ser cristiano es creer no sólo que esos acontecimientos divinos se han realizado ya, sino que vivimos en plena historia santa, que vivimos en un mundo donde Dios sigue actuando y que, según la hermosa fórmula del exégeta protestante Cullmann, los sacramentos son la continuación, en el tiempo de la Iglesia, de las grandes obras de Dios en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Esta es la magnífica realidad que proclamamos. Lo único que decimos a marxistas y humanistas ateos es que dejan de percibir la dimensión más profunda de la existencia humana: lo que Dios realiza en el hombre; y lo que, finalmente, les reprochamos es que son superficiales, es decir, que en el hombre rozan sólo la superficie y no descienden a los abismos de la existencia. A medida que estudio más el marxismo, más me impresiona su carácter espantosamente superficial. Pueden encontrarse en él cosas de valor en el plano del mundo de las apariencias, en el plano de la dialéctica de la vida económica, por ejemplo; pero prescinde de lo que constituye el aspecto más esencial del hombre. Y por este motivo, cuando rechazamos el marxismo, tenemos clara conciencia de que lo que defendemos no es solamente a Dios, sino al hombre. El hombre en la plenitud de su dimensión, es decir, en su triple relación con el mundo, con los demás y con Dios. Por eso nunca traicionaremos la tarea de afirmar la dimensión divina de la existencia humana, porque esa dimensión nos parece constitutiva del único humanismo integral, el único que hace plena justicia a la dignidad de la naturaleza humana»³.

En Cristo se nos revela el fondo último de nuestro destino. El Hijo de Dios mismo vino a tomar nuestra humanidad para levantarla hasta el Padre y sumergirla en los abismos de su vida. De esto habla la fiesta del Corpus Christi que acabamos de celebrar: la alegría del hombre salvado y redimido que presiente la plenitud

³ JEAN DANIELOU, *El escándalo de la verdad*, Madrid 1962, 118-119.

de la vida que participará en Cristo. ¡Qué amor debe haber en Dios hacia el hombre que así lo asume en el misterio que indicamos al decir en el Credo que Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre! Realmente, sólo en Cristo se nos revela plenamente el misterio mismo de lo que somos.

«Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el Creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva. De donde se sigue que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo, ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo»⁴.

Cristo es el mismo en todos, pero en cada persona se expresa diversamente, de tal forma, que desarrolla la naturaleza propia de cada uno. La presencia de Cristo en el hombre constituye la interioridad cristiana, su presencia está en todos los que creen en Él y de ello resulta una comunidad de vida. Por esta vida surgida de Dios estamos emparentados, formamos la familia de los hijos de Dios entre los que Cristo está como el Primogénito entre muchos hermanos. Unión que es el fundamento moral del Sermón de la montaña y es oración en el Padre nuestro, expresión clara de la familia cristiana, el «nosotros» cristiano.

LA IGLESIA, PLENITUD DE CRISTO QUE POR EL ESPÍRITU ACTÚA EN LA HISTORIA

El Espíritu hace que el hombre se penetre de una verdad que por sí no sería capaz de comprender, que se despierte en él un modo de ver del que no sería capaz de otro modo, que sienta una proximidad a Dios a la que nunca podría llegar. ¿Qué eran los Once apóstoles antes del gran acontecimiento de Pentecostés? ¡Qué distinta es después su actuación! Hablan y se adelantan a todo precisamente en los días en que en Jerusalén pululan hombres de todas partes. El contenido de su mensaje es Cristo, y las gentes van sintiendo que hay algo nuevo y distinto en ellos. Antes estaban con Cristo, en torno a Él, iba delante de ellos; pero ahora está en ellos, viven de un «Aliento de vida» común. Son Iglesia.

Cristo eligió a los Doce, les confió su Reino, llama a Pedro fundamento de piedra en el que Él iba a edificar su Iglesia, dispone la Eucaristía como centro y misterio de vida y unión. Todo esto es la preparación, la base. En Pentecostés nace la Iglesia. «Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu»⁵.

«Esta no es una institución inventada y construida, sino un ser vivo; nacido de un acontecimiento que es a la vez divino y humano, el de Pentecostés. Vive a través del tiempo; llegando a ser, como llega a ser todo lo humano;

⁴ GS 34.

⁵ LG 4.

transformándose, como se transforma todo lo histórico, en tiempo y destino; y, sin embargo, sigue siendo siempre la misma en esencia, y su contenido es Cristo. A partir de aquí se decide el modo como hemos de entenderla. Mientras veamos a la Iglesia sólo como una organización que sirve a fines determinados; como una autoridad que se opone a la libertad individual; como un acuerdo entre aquellos que tienen el mismo modo de ver y sentir en las cosas religiosas, no tenemos todavía la relación justa de ella. Sino que ella vive, y nuestra relación con ella debe ser también vida»⁶.

El Cristo místico del que está lleno el mensaje de San Pablo no se dirige sólo al interior del creyente aislado, se cierne sobre toda la humanidad. En esa interioridad participan y se comunican todos los que viven de la misma vida y el mismo Espíritu. «Todos los hombres son llamados a formar parte del Pueblo de Dios. Por lo cual este Pueblo, siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos, para cumplir los designios de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana, y determinó congregarse en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos. Para ello envió Dios a su Hijo, a quien constituyó heredero universal, para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios. Para ello, por fin, envió al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, que es para toda la Iglesia y para todos y cada uno de los creyentes principio de asociación y de unidad en la doctrina de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración»⁷.

La Iglesia que surge el día de Pentecostés es una solidaridad viviente. Por este acontecimiento la raíz de la existencia humana ha sido captada por Cristo y los individuos son miembros de este todo que es independiente de ellos. Conocemos las dos metáforas de que se sirve San Pablo, la que habla del cuerpo y de los miembros y la que habla del templo. La potencia que conforma en ambos casos es el Espíritu Santo «Él es el Espíritu de la vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4, 14; 7, 38-39), por quien vivifica el Padre a todos los muertos por el pecado hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rm 8, 10-11). Hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! Y así se manifiesta toda la Iglesia como *una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*»⁸.

La Iglesia es la plenitud de Cristo, plenitud de gracia que obra en la historia, misterio de la unidad de Dios con su creación realizada por Jesucristo, en la que vive como el Camino, la Verdad y la Vida. Misterio de creación siempre nuevo y actual en cada hombre. Madre que engendra continuamente vida de Dios. Realidad histórica que se pone ante el hombre porque no está en un apartamiento místico, sino en el tiempo. Dichoso quien no se escandaliza de ella; quien la encuentra puede ver en ella lo eterno. Puede percibir en ella la irradiación del Cristo interior. La Iglesia es misterio de la fe, que sólo puede vivirse y captarse con amor.

⁶ ROMANO GUARDINI, *Verdad y orden*, Madrid 1960, 122-123.

⁷ LG 13.

⁸ LG 4.

Esta Iglesia es Iglesia en el mundo. Por eso su situación puede describirse con una fórmula muy expresiva, diciendo que está en el mundo, pero que no es del mundo. «La Iglesia –como dice Heinrich Schlier– está en medio del mundo – ¿dónde habría de estar si no?–, es decir, en medio de la humanidad, que se desmorona hacia el pecado, el engaño y la muerte. Ha sido enviada al mundo en favor del mundo. Pero en su ser íntimo no comparte su mentalidad ni sus tendencias. Respecto a ellas es “extranjera”, por ello se ve atacada de manera creciente. En el Apocalipsis se nos presenta al mundo que se constituye en la anti-iglesia. Según San Pablo, el Hijo de la perdicción se sienta en el templo de Dios, presentándose como si fuera Dios (2Tes 2, 4). También en la herejía que surge en el seno de la Iglesia, actúa de manera corruptora el espíritu del mundo. La Iglesia que está en el mundo, pero que no es del mundo, es esencialmente la Iglesia agobiada, perseguida y doliente. En este punto coinciden todos los escritores del Nuevo Testamento. La Iglesia, esbozada en el grupo de discípulos del Jesús terreno, participa de este destino. La Iglesia de Lucas y de Juan, de Pablo (Hb), de Pedro (1ª carta) y del Apocalipsis es en gran medida una Iglesia de mártires. En efecto, su Señor, cuyas huellas, sigue, es el Crucificado, y ella comparte su pasión, en la cual todavía falta algo. Por eso no debe “extrañarse” ante el dolor. Cuando éste sobreviene, no ocurre “nada extraño”. Pero en medio del dolor y las persecuciones es también una Iglesia “que tiene paz”. Nunca será liquidada por el mundo, sino que permanece hasta el fin»⁹.

FINALIDAD Y ACTIVIDAD DE LA IGLESIA

La actividad de la Iglesia desemboca en el amor de Dios, que constituye, a su vez, el punto de partida y su plano de sustentación. La paz escatológica se hace ya realidad por medio de la Iglesia. Es despreciada, perseguida, pobre y humillada, pero la realización de su misión no depende de nada de lo que el mundo llama valores, riquezas y logros sociales. Sólo de la voluntad de Dios que ha de ser hecha por los que formamos la Iglesia. Dios no hace directamente su querer en el mundo, no da directamente su amor. Lo hizo y lo dio plenamente Cristo; y ahora somos cada uno de nosotros, miembros de su Iglesia, hijos suyos por Cristo, los que hemos de realizar su voluntad y comunicar su amor.

«La finalidad de la Iglesia no puede deducirse de sus apariencias exteriores. Es innegable que también desde esta perspectiva se pueden afirmar cosas muy positivas, y hasta habrá que hacerlo por amor a la veracidad histórica. En el decurso de los siglos, la Iglesia ha contribuido grandemente y de manera muy valiosa a la educación de la humanidad, a su cultura, a su formación moral y a la mitigación de sus necesidades corporales y espirituales. Pero todo esto es secundario y carece de sentido si no va vinculado a su finalidad histórico-salvífica. El sentido de la Iglesia no es constatable en una mera dimensión intramundana, no es un factor más en la evolución del mundo a partir de su propia realidad, sino que encuentra su fundamento en la presencia inmerecida e imprevisible –en este eón– de la gracia de Dios, cuya bondad y benignidad para los hombres ha aparecido corporalmente en Cristo como sabiduría divina y que, por medio de la Iglesia, desenmascara y revela como una insensatez a las potencias y a los poderes del mundo. La Iglesia, en efecto, vive del amor de Dios

⁹ HEINRICH SCHLIER, en *Mysterium salutis*, IV/1º., Madrid 1973, 222.

y para el amor de Dios; pero el amor no tiene otro sentido que la existencia en el altruismo de la entrega. De este modo, la Iglesia es insertada en el *mysterium salutis*, que es para el creyente una realidad insondable y motivo de contradicción. El sentido y la finalidad de la Iglesia resultan de su propia existencia, que es uno de los artículos de la confesión de fe y que, en virtud de su estructura confesional, es alabanza del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo en la Iglesia»¹⁰.

Esta es la Iglesia de Cristo. Daño le hacen los que quieren reducir su eficacia a meras realizaciones sociales, los que le exigen ser juez en sus enfrentamientos, los que prescinden de su finalidad específica. Las soluciones a estos problemas corresponden a los técnicos del orden temporal. Si con hondura se busca el bien y la verdad de los hombres, sí que es la Iglesia la que ofrece una «vida nueva», en la que tangiblemente «por sus frutos se conocerán». Y daño le hacen los que la consideran como una realidad alejada, abstracta, etérea, cuyo mensaje y riqueza no «sirven» para la vida. La Iglesia es viva en sus miembros, y cada uno de ellos tiene que revelar a Cristo, tiene que crecer continuamente en ellos la libertad, la verdad, la apertura del corazón, la comprensión de la fraternidad de todos los hombres bajo el mismo Padre. No puede el cristiano exiliar del dominio de lo visible su vida de fe; necesariamente ha de dar frutos de buenas obras. Esa es la victoria que realmente puede vencer al mundo (cf. 1Jn 5, 4).

Ser miembro de la Iglesia, miembro vivo, significa no realizar ese repliegue, sino levantar, con el esfuerzo cotidiano, la realidad de Cristo, su obra, su fundación, frente a la realidad violenta del mundo. Hay un falso laicismo, una ruptura entre las actividades humanas de un lado y Dios de otro, que son destructores de la religión y del hombre. El que no vivamos lo que nos exige el Evangelio es otra cosa, pero la solución no está en evasiones, sino en el examen y conversión sincera de cada uno. Todo cristiano que vive realmente la vida de la Iglesia se transforma él, y como hemos visto, sus actuaciones contribuirán a la verdad, justicia y paz.

La Iglesia es la apertura del ser de Dios para el mundo; trae al mundo la salvación a través de su ministerio. El que llega a ella encuentra su misterioso mundo interior, que se manifiesta en la Eucaristía, en los Sacramentos, en los santos, en la verdad supra-histórica de sus dogmas. Si su corazón es «limpio» puede verla, oírla, palparla; si su corazón está dispuesto al auténtico amor, la descubrirá.

Se requiere disposición interior, claridad de mirada, corazón que ama justamente y no quiere sino la verdad. Ciertamente, ve sus luces y sombras, sus defectos e inconvenientes, la falta de espíritu, el afán de dominio, la superficialización, pero sabe que el ser así forma parte de su misterio. Cristo se expresa a Sí mismo en ella, entrando en el tiempo, en lo humano. El Cuerpo Místico de Cristo tiene esa mezcla de grandeza y miseria, de fuerza y debilidad, llevamos ese tesoro en vasos de barro, al incorporarnos a nosotros, cada uno con nuestra carga personal, a la extensión de su reino. Hay que percibir su palabra por encima de todo y surge la fe en ella, la esperanza en ella y el amor en ella.

¹⁰ WOLFGANG BEINERT, en *Mysterium salutis*, IV/1º., Madrid 1973, 319.

«La Iglesia es cada uno de nosotros. Cada cual de nosotros revela a Cristo y cada cual le vela. Nunca debemos hablar de ella como si estuviera ahí fuera, y aquí nosotros. Como si nosotros –es decir, yo– pudiéramos considerarla y analizarla, enjuiciarla, establecer responsabilidades y defectos. Siempre debo incluirme a mí mismo en la imagen que me hago de ella; debo aplicarme a mí mismo el juicio que emita sobre ella. Entonces se harán diversos la imagen y el juicio, igual que cuando hablo de los defectos de alguien con quien estoy unido vitalmente. Diré lo que es verdad, y rechazaré lo que es incorrecto; pero todo ello permanecerá en la inclusión, en el amor. Sólo entonces penetraremos más hondamente en la esencia de esa misteriosa realidad que marcha por la historia desde hace ya dos mil años: amada como nunca ha sido amado nada en la tierra, pero también odiada y perseguida como nunca ha sufrido nadie el odio y la persecución»¹¹.

EL ESPÍRITU HABITA EN LA IGLESIA Y EN ELLA ORA

Llego al punto central hacia el que confluye toda mi exposición anterior: «El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo, y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos»¹². La vida de la Iglesia es la vida de Dios, ésta es la que ella comunica por Cristo en el Espíritu Santo. Y la vida de Dios es esencialmente oración, amor, gozo, gratitud, deseo que se colma. Es comunicación porque Dios se expresa por el Verbo, que es su misma esencia y es así Padre e Hijo. Su Verbo se nutre del Amor, que también es su esencia, el Espíritu Santo. Y a su vez el Hijo le «contesta». Su respuesta es entrega total en el mismo Amor, en el mismo Espíritu.

Esta es la forma pura, absoluta, perfecta de contemplar y entregarse: comunión del Ser como comunión de Vida. Sí, Dios es comunicación, esencialmente oración, en su más profundo, radical y genuino sentido. Es la más sublime y profunda concepción y comprensión de la oración: «Como un fluir y refluir de vida, como silencio abismal y suprema acción. Como última realización y realidad del ser divino. Como la bienaventurada y amorosa armonía, en la que los tres son “Un” Dios, siendo cada uno de, por y para los otros dos»¹³.

Por eso la oración es la misma vida del cristiano, la raíz de su ser, el más profundo y constitutivo núcleo de su personalidad cristiana.

Tiene que ser consciente y abrirse a esa realidad, la única y gran realidad. Si la raíz que nutre la planta está sana y vigorosa, su savia vivificará toda la planta, pero si la raíz no tiene vida se secará. *El Padre busca adoradores en espíritu y en verdad* (Jn 4, 23). Somos los miembros de Jesucristo en el Espíritu y en Verdad; la propia Verdad y el Espíritu están en nosotros, son nuestra naturaleza divino-humana. Mientras vivimos en Cristo, como decíamos anteriormente, no ante Cristo, en torno a Cristo, tras Cristo, vivimos de un Aliento de Vida común, se verifica en nosotros la vida trinitaria; la divina oración es nuestra propia oración.

¹¹ ROMANO GUARDINI, *Verdad y orden*, II, Madrid 1960, 135.

¹² LG 4.

¹³ FRANZ M. MOSCHNER, *La oración cristiana*, Madrid 1955, 21.

Pero todo ello no es algo que nos cae del cielo. Para conseguirlo tenemos que injertarnos –*Yo soy la vid; vosotros los sarmientos* (Jn 15, 5)–, tenemos que contemplar, conversar, comunicar, responder. *Este pueblo se me ha allegado con su boca, y me ha honrado con sus labios, mientras que su corazón está lejos de Mí* (Is 29, 13). La oración en el cristiano es el diálogo con Dios, comunión en el amor y en la palabra, expresión de su unión con Cristo y señal de que Dios le acepta como hijo. La hace en nombre de Cristo, en el amor del Espíritu Santo. Es glorificación del nombre del Padre y del nombre del Hijo, nuestro Redentor, y es entrega total por parte del hombre a Aquel de quien recibe todo.

La oración del cristiano, hijo de Dios, como la de Cristo, el Hijo de Dios, se funda en la certeza del amor del Padre y se expresa en alabanza, acción de gracias y petición. *La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama ¡Abba, Padre!* (Gal 4, 6).

La esencia de la oración, dice Daniélou, es descubrir el esplendor de la Trinidad, que es el arquetipo de toda belleza y amor, ser conscientes de que la Trinidad habita en nosotros y nos reclama para el mismo intercambio de amor que Ella vive. «En la Trinidad se nos revelan las últimas profundidades de lo real, el misterio de la existencia. Ella constituye el principio y origen de la creación y de la redención; por otra parte, todas las cosas le son finalmente referidas en el misterio de la alabanza y de la adoración. Más aún, en definitiva. Ella es la que proporciona a todo su consistencia. Todo lo demás procede de Ella y a Ella tiende. En consecuencia, la conversión esencial es la conversión que nos hace pasar del mundo visible, que nos solicita desde el exterior, a ese mundo invisible, interior, que es a la vez soberanamente real, pues constituye el fondo último de toda realidad, y soberanamente santo y admirable, por ser fuente de toda beatitud y de toda alegría»¹⁴.

La expresión de esa comunidad íntima y personal con Dios y en Dios es la oración. Ciertamente, sólo el Espíritu ora como se debe, y Él viene en ayuda de nuestra debilidad; *nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones, conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios* (Rm 8, 26-27). Vivir en Cristo y no orar es un contrasentido. Orar y amar es una correlación exacta. No podemos vivir ignorando quiénes somos. «No es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no nos entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia que preguntasen a uno quién es y no conociese, ni supiere quién fue su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotros cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas; mas, qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro o su gran valor, pocas veces lo consideramos»¹⁵.

Es necesario entrar dentro de nosotros mismos, hacer callar nuestras ideas, egoísmos, exigencias, reivindicaciones, para que la Palabra de Dios, la Vida misma de Dios no quede sofocada como la semilla caída entre espinas y triturada

¹⁴ JEAN DANIÉLOU, *La Trinidad y el misterio de la existencia*, Madrid 1969, 11.

¹⁵ SANTA TERESA DE JESÚS. *Moradas primeras*, I, 2.

por las preocupaciones del mundo y la seducción del poder y de las riquezas. Si los hombres oraran surgiría en su vida una fuerza transformadora, «no se extrañarían de tener que beber el cáliz de la amargura, del que todos tienen que beber la salvación de su existencia. Y entonces empezarían a hacer por sí mismos lo suyo, por Dios, y por su reino; en el testimonio, en la ayuda al prójimo (hay que buscar primero con el corazón, rezando, para que los ojos lo encuentren), en la ayuda a los lejanos (en las misiones), etcétera. Poco a poco barruntarían algo de la bienaventurada necesidad del amor, que tiene que gastarse en servicio y obediencia a los demás, hasta que se haya devorado y agotado a sí mismo; y entonces empezarían tal vez a entender poco a poco el Corazón del Señor, el misterio de su amor que brota del incomprensible centro, llamado corazón, de quien es el Verbo de Dios en la carne insondable, juez y salvador, existencia inútilmente transcurrida y, sin embargo, maravilloso centro de atracción de todas las cosas. Entonces se atreverían (todavía más despacio, casi con vergüenza y humildemente) a esperar que los sentimientos y aspiraciones del propio corazón, inclinado de suyo al mal, fueran un poco poseídos y configurados por el amor de ese Corazón que mueve el sol y las demás estrellas del mundo-tiempo. Tal vez se consagrarían a este amor con recogido corazón al principio de cada jornada, le consagrarían su vida y el don del nuevo día»¹⁶.

LA IGLESIA, COMUNIDAD EN ORACIÓN

La Iglesia vive del amor, hijo de la unidad de la vida que anima a todos los miembros de la propia Iglesia. De él habla San Pablo en la primera carta a los Corintios a raíz de diferencias allí surgidas por causa de celos de carácter espiritual. Todo es obra de un único y mismo Espíritu. Hay diversos carismas, ministerios, operaciones, pero es el mismo amor de Dios que obra en todos (1Cor 12). Una sola fuerza que todo lo produce, el Espíritu Santo, y una sola figura que se manifiesta. Cristo. De ello surge la unidad de la Iglesia. En ella un don tiene la primacía: el Amor, que no tiene ninguna función especial, porque está en el centro y en la raíz del organismo creado por Dios, a disposición de todos para ser todo en todos. Por eso en la misma carta, San Pablo, y a continuación, en el capítulo 13, escribe el célebre elogio del amor. No se trata del amor de una persona a otra, sino de una fuerza unificadora que fluye de todos los miembros. Amar significa aquí ser Iglesia, formar parte de ella, dejarse penetrar de la corriente de vida que por ella fluye y transmitirla a otros. *Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo* (Col 3, 12-15).

Pero este amor, como vínculo de la comunidad Iglesia, no puede darse si la Iglesia no es comunidad de los que oran. Ella, peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, necesita vigorizarse con la fuerza del Señor,

¹⁶ K. RAHNER, *Escritos de teología*, III, Madrid³ 1968, 243-244.

descubrir y contemplar el misterio de Cristo, dar testimonio de Él, pregonar la gloria de Dios, el poder y la sabiduría de sus manos. Sólo ella sabe que el verdadero rostro de Dios se descubre en Cristo. Por el Espíritu que le anima, consigue elevarse y reconocer a Dios como Padre y Salvador. Por ese mismo Espíritu es capaz de dirigir expresa, voluntaria y libremente su oración de adoración y alabanza, de gratitud, de petición y de expiación. Manifiesta por el Espíritu que la mueve, las actitudes propias de la oración verdadera: veneración, devoción, confianza, perseverancia, abandono a la voluntad de Dios y plena conformidad con Él, para conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Sólo contemplando y orando se persuade la comunidad cristiana de que hay *un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos* (Ef 4, 4-6).

Este es el sentido de la Liturgia tal como nos la expresa el Concilio en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo lo que está sujeto a cambio, promover todo lo que puede contribuir a la unión de los que creen en Cristo y fortalecer lo que invita a los hombres e incorporarse a la Iglesia. La Liturgia «contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina, y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos»¹⁷.

La comunidad de la Iglesia eleva su espíritu para contestar con la adoración a la obra de Dios: y todo su ser tiende a la eterna y sublime contemplación de la vida de Dios. En realidad, siempre la Iglesia adora, tanto cuando alaba como cuando expresa su gratitud, cuando expone sus necesidades y peticiones y cuando expía suplicante.

Guardini, en su libro *La preocupación por el hombre*, en el tomo I de *Verdad y orden*, dedicado a «El principio de las cosas y el Espíritu de los salmos», nos muestra de una manera honda y bellísima cómo la Biblia ritmaba la existencia del hombre entre el trabajo y la adoración, con los seis días que le son dados para ejercer su señorío sobre el mundo, y el séptimo día, que es dado para reconocer la soberanía de Dios. En la paz del día del Señor la humanidad tiene que deponer su corona de rey de la creación y elevarse a la adoración y alabanza del Señor. En el misterio de su calma y silencio ha de hacerse visible Dios. De ahí la importancia del «Día del Señor», que celebra la Iglesia enseñando a los hombres cómo han de volver una y otra vez a poner en claro la ordenación básica de las cosas.

La Iglesia lucha contra el riesgo que corre la sociedad de faltarle mañana la *adoración*. «Eso no forma parte sólo de la existencia individual, sino de la civilización colectiva. Una ciudad en que solamente hubiera chimeneas de fábricas y en que hubieran desaparecido los campanarios de las iglesias sería

¹⁷ SC 2.

un infierno. Podemos preguntarnos si hoy servir a la civilización no es tanto para un joven o una joven entrar en un convento o en un seminario como entrar en un laboratorio. Lo digo desde el simple punto de vista de la civilización de mañana y del servicio social. Porque, repetimos, sin la adoración, la sociedad humana se convierte en un mundo asfixiante. Y ésta es, sin duda alguna, la amenaza que pesa sobre el mundo de hoy»¹⁸.

El misterio de la Iglesia es una copia del misterio de Cristo, que vive siempre en ella. Su vida es la vida del Verbo de Dios, tiene que responder al Padre con la misma Palabra del Hijo: *¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad* (Hb 10, 6). Si la esencia de Cristo es eterna oración: recibir y entregarse al Padre, ésta ha de ser la suya por Cristo en el Espíritu Santo.

Oigamos las palabras del Papa Pablo VI: «¿Qué hace la Iglesia?, ¿para qué sirve la Iglesia?, ¿cuál es su momento esencial?, ¿cuál es su manifestación característica?, ¿su actividad plena, que justifica y distingue su existencia? La respuesta brota de los mismos muros de la Basílica de San Pedro: oración. La Iglesia es una sociedad de oración. La Iglesia es una **societas spiritus**. La Iglesia es la humanidad, que ha encontrado por medio de Cristo único y sumo Sacerdote, el modo auténtico de orar, es decir, de hablar a Dios, de hablar con Dios, de hablar de Dios. La Iglesia es la familia de los adoradores del Padre *en espíritu y en verdad*»¹⁹.

LA ORACIÓN EN LA IGLESIA, SIEMPRE EFICAZ

Pienso que esta actitud orante de la Iglesia, con todo lo que la oración encierra –alabanza, glorificación, adoración, súplica, arrepentimiento, expiación– y en todas sus formas –litúrgica, comunitaria, privada– es lo único que sostiene el coloquio de la gratitud con Dios, indispensable para que no quede relegado al olvido por parte del hombre el don de la creación y el de la redención. Mientras se mantiene este puente de la gratitud, aunque sea imperfectamente, el plan divino sobre el hombre no se ve turbado nunca del todo y siguen fluyendo, de la bondad de Dios (que es su gloria) y de su misericordia amorosa, las gracias del amor y la esperanza. En realidad, es una hipótesis absurda la de imaginarnos que pudiera romperse y desaparecer del todo ese coloquio. Porque en el centro del mismo está ya para siempre Cristo glorioso en su condición de Verbo Encarnado, siempre vivo «para interceder por nosotros».

En Él está ya la humanidad que ora, la humanidad que Él asumió. Y su redención de los hombres, a los que quiso hacer hermanos, ha sido eficaz. Siempre habrá hermanos suyos, y ésta es la Comunidad-Iglesia, grande o pequeña, que oran con Él.

En virtud de esta oración –que alcanza su expresión plena en el sacrificio de la Misa– están salvados los canales por donde llegan el amor y la esperanza teologales, como frutos del Espíritu Santo, y la caridad evangélica, como exigencia insoslayable en la vida social de los cristianos. No se produce, pues, el espantoso abismo de la soledad, en el que quedaría hundido el hombre, como

¹⁸ JEAN DANIELOU, *El escándalo de la verdad*, Madrid 1962. 209.

¹⁹ PABLO VI, homilía en la audiencia general, 22 de abril de 1970.

un auténtico monstruo, si al ofrecimiento de Dios, manifestado en la Encarnación redentora de su Hijo Divino, no hubiera respuesta.

Esta es la grandeza única de la oración de la Iglesia, grandeza de tal majestad y trascendencia que gracias a ella se está continuamente actualizando todo lo que constituye la específica condición que el pueblo cristiano tiene de familia de Dios.

En algunos casos, el coloquio llega a tal grado de intensidad en la respuesta de las almas, impelidas por la acción del Espíritu Santo, que se producen esas elevaciones místicas de las que Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz nos ofrecen ejemplos insuperables.

Pero no despreciemos el vuelo de las avecillas humildes. En la Iglesia, y movidos por el mismo Espíritu, gracias al cual todos pueden llamar a Dios ¡Abba, Padre!, millones de almas adoradoras y suplicantes están siempre manteniendo el mismo coloquio, iniciado, interrumpido mil veces, continuado con amor, recommenzado de nuevo. Brota del corazón de un joven, de un niño inocente, de una familia atribulada, de un enfermo próximo a la agonía, de un sacerdote que recita su oficio divino, de una comunidad de religiosas consagradas a Dios, de un monje que une su voz con la de sus hermanos en un coro inefable.

Ese coloquio se establece sin cesar en el interior del templo, en los caminos perdidos del campo y del mar, entre las estrellas del firmamento, que con el parpadeo de su luz iluminan la noche. En esta Iglesia Santa de Cristo no faltan nunca, nunca jamás, las voces de la alabanza y la glorificación, y basta un solo sacrificio de la Misa, celebrado en cualquier lugar de la tierra, a cualquier hora, por cualquier sacerdote, aun el más indigno, para que en un inmenso altar todos los suspiros de amor, y las lágrimas del arrepentimiento y la expiación, y las miradas de la gratitud, y los gestos profundos y conmovidos de la adoración, y los gritos acongojados que piden remedio para el dolor y la necesidad, sean incorporados a la gran comunidad de los que oran en unión con el divino orante, Jesús, nuestro Mediador ante el Padre.

No nos damos cuenta suficientemente de esa operación silenciosa que sin cesar se realiza en la Iglesia que, por Cristo, con Cristo y en Cristo, en la unidad del Espíritu Santo, tributa honor y gloria a Dios Omnipotente.

Con la Misa, la liturgia de las Horas, «la voz de la Esposa que habla al Esposo; más aún, la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre»²⁰.

«El Sumo Sacerdote de la Nueva y Eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. Él mismo une a Sí a la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza. Y esta función sacerdotal se prolonga a través de la Iglesia, que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación del mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio Divino»²¹.

²⁰ SC 84.

²¹ SC 83.

Una última reflexión. Sin la oración así entendida, como coloquio del hombre con Dios en la unidad de la Iglesia, las riquezas de la Redención, los sacramentos, los dones del Espíritu Santo, al comunicarse a los hombres caerían sobre ellos como un peso dignificante y glorificador de la humanidad, pero exterior a la misma. Serían como fuerzas desencadenadas por una máquina poderosa, pero extraña al hombre. No entrarían en juego las respuestas de la libertad y la dignidad humana, que comienzan siempre con el conocimiento, aunque sea parcial, y conducen a asumir una conciencia clara de lo que se nos ofrece, de quien lo ofrece (Dios), y de lo que somos nosotros, los que lo recibimos, pecadores, pero hijos de Dios, redimidos por Cristo.

Esta oración o coloquio con nuestro Padre, en todas sus formas, en cambio, nos hace movernos, presintiendo, conociendo o gozando con lo que ya somos o podemos ser. A los que somos viadores nos hace hablar el lenguaje de la esperanza, y a los que ya consiguieron la gloria les sumerge en la contemplación gozosa y exultante de la infinita belleza de Dios, fin último del hombre.

En virtud de esta comunicación activa de las potencias y actitudes de nuestra alma con Dios, en medio y en comunión con la Iglesia, y siempre por medio de Cristo en su Espíritu, nos hacemos beneficiarios de todo el rico caudal que fluye sin cesar por los cauces de la gran comunión. Lo diré –y termino– con las palabras sublimes de Paul Claudel:

«No disponemos ya solamente de nuestras propias fuerzas para amar, comprender y servir a Dios, sino de las de todos sus miembros a un tiempo, desde la Virgen bendita en lo más alto de los cielos hasta el pobre leproso africano que lleva una campanilla en la mano y se sirve de una boca medio podrida para balbucear las respuestas de la misa. Toda la creación visible e invisible, toda la historia, todo el pasado, todo el presente y todo el porvenir, toda la naturaleza, todo el tesoro de los santos multiplicado por la Gracia, todo esto está a nuestra disposición, todo esto es nuestra prolongación y nuestro magnífico instrumental. Todos los santos, todos los ángeles nos pertenecen. Podemos servirnos de la inteligencia de Santo Tomás, del brazo de San Miguel y del corazón de Juana de Arco y de Catalina de Sena y de todos esos recursos latentes que basta que los toquemos para que entren en ebullición. Cuanto se hace de bueno, de grande y de hermoso de un extremo al otro de la tierra, cuanta santidad hay en los hombres, es como si fuera obra nuestra. El heroísmo de los misioneros, la inspiración de los doctores, la generosidad de los mártires, el genio de los artistas, la oración inflamada de las clarisas y de las carmelitas, es como si fuésemos nosotros; ¡es nosotros! Del Norte al Sur, del Alfa a Omega, del Levante al Occidente, todo eso forma uno con nosotros; nosotros nos revestimos de todo esto y lo ponemos en marcha y todo ello en la operación orquestal que a un tiempo se no revela y nos anonada. Alimento, respiración, circulación, eliminación, apetencia, balance exquisito del debe y del haber, todo esto que en el cuerpo indiviso está confiado al pueblo cantor de las células, todo esto encuentra su equivalente en el seno de esta inmensa circunscripción de la Cristiandad. Todo cuanto hay en nosotros, sin que apenas nos demos cuenta, la Iglesia lo traduce en vastos rasgos y lo pinta fuera de nosotros en, una escala de magnificencia. Nuestras pequeñas impulsiones ciegas son concordadas, repetidas, interpretadas y desarrolladas por inmensos movimientos estelares.

Fuera de nosotros, a distancia astronómica, desciframos el texto escrito con caracteres microscópicos en lo más profundo de nuestro corazón»²².

²² *Paul Claudel interroga le Cantique des cantiques*, citado por H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1958, 231-232.

IGLESIA DE AMOR Y DE OBEDIENCIA

Artículo publicado en el diario *Ya*, de Madrid, el 14 de septiembre de 1978. Texto reproducido en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre-octubre 1978.

¿En qué época de la historia no ha tenido problemas la Iglesia? Los tendrá y los padecerá siempre. Y ello se debe a que está formada por hombres y ejerce su misión no en el paraíso, sino en esta tierra grande y miserable.

Necesitamos un poco de perspectiva para poder comprender lo que pasa hoy en la Iglesia. Pío XII ha sido quizá el último Papa que acarició el ideal de la «cristiandad», no al estilo antiguo, sino bajo la forma renovada que correspondía, en su intención, al momento histórico que le tocó vivir. Era «todo un mundo el que había que reconstruir desde sus cimientos para transformarlo de selvático en humano, de humano en divino». En medio de la devastación de la guerra mundial y al contemplar después las ruinas acumuladas, él difundió sus mensajes doctrinales y abrió sus brazos –¡tantas veces lo hizo!– para favorecer el retorno de la humanidad a la Casa de Dios.

Consiguió poco, porque la misma comunidad cristiana, tan dividida en distintas confesiones, venía siendo y resultaba ahora más empobrecida, ella también, ante tantas filosofías materialistas, tantas ambiciones desatadas, tanta desintegración moral.

A Pío XII, que también pensó en celebrar un Concilio, como a Juan XXIII después, que se decidió a convocarlo, no se les ocultaba que los supuestos reales en que descansaba nuestra «civilización cristiana» habían sufrido tan hondas mutaciones que «lo cristiano» influía cada vez menos en la vida.

¿Y cómo podría un Vicario de Cristo en la tierra, lejos, por supuesto, de toda ansia de poder y de dominio temporal, dejar de querer que la luz del Evangelio «ilumine a todo hombre que viene a este mundo?»

He ahí la gran tensión, fuerte, ardiente, torturadora casi. Bajo esa tensión se celebró el Concilio y así ha vivido durante quince años el Papa Montini.

Una Europa cristiana cada vez menos cristiana; una conciencia progresivamente más viva de la necesidad de justicia social y anchas zonas del mundo, también del bautizado (caso de América Latina), con desigualdades capaces de hacer fermentar todas las revoluciones; el marxismo imperialista y despótico, pero con la eficacia de la acción inmediata y radical; los nacionalismos de los pueblos de Asia y de África, que, librados de su situación colonial de antes, aparecían ahora con el ímpetu de su independencia y con una fe casi agresiva en sus propios valores culturales, religiosos, etc.; el ateísmo militante, tan organizado y tan fuerte; el hundimiento de la conciencia moral en la vida individual y familiar; el permisivismo atroz que va borrando el sentido del deber; la desacralización indiscriminada que elimina del orden de nuestra convivencia humana todo lo que tenga signo religioso y elevador.

No es superfluo recordar todo esto para poder comprender el drama de la Iglesia, que sólo quiere servir y amar. Porque esos fenómenos y otros semejantes nos afectan de manera ineludible, dado que vivimos en una época en que lo de todos repercute en todos, y nunca los hombres hemos estado exteriormente tan cerca unos de otros. Con esos problemas tiene que contar la Iglesia de hoy inevitablemente.

El Papa actual, Juan Pablo I, sabe que existen y que él no los va a resolver todos. Ni Jesús resolvió los de su tiempo. La misión de la Iglesia es encender una llama en el corazón de los hombres, y más viva en los que tienen fe, para que el calor y la luz ayuden e iluminen.

Para lograrlo, la Iglesia ha de recobrar la fuerza de su interioridad. Porque el principal problema está dentro de ella misma. El Concilio Vaticano II ha sido en estos años menospreciado por unos y sobrepasado audazmente por otros. Y ahí están, sin ser asimiladas, ni siquiera entendidas, sus extraordinarias riquezas, capaces de generar un dinamismo espiritual y social espléndido.

Es necesario que la fe no sea manipulada y destrozada por el ensayismo falsamente teológico; que la predicación de la palabra de Dios y la liturgia se traten con el respeto, veneración y profundidad con que deben ser tratadas; que obispos, sacerdotes y comunidades religiosas trabajemos seriamente por la santificación nuestra y de los demás; que las normas morales de la ley natural y de la Revelación positiva no se degraden hasta el punto de que no se sabe ya lo que es pecado y lo que es virtud.

De enorme trascendencia es el problema de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Tantos seminarios y noviciados vacíos... En un momento en que, por ejemplo, los obispos de África nos piden más misioneros que nunca, es cuando en menos número pueden ser enviados por las viejas naciones cristianas como Francia, Bélgica y España.

No nos engañemos. No florecerán las vocaciones sacerdotales y religiosas ni habrá auténtico apostolado seglar si la identidad cristiana, la genérica y la específica, se desvanece asfixiada en la confusión doctrinal y moral, o queda reducida a una praxis de convivencia, o aproximación, o incluso fraternidad puramente humana.

El camino tan decididamente abierto por el Concilio y por el Papa Pablo VI, de diálogo con el mundo, aprecio a las culturas, lucha por la paz, presencia deseada del Evangelio en la sociedad, compromiso serio en favor de los que más sufren, es irreversible y hay que seguirlo con esperanza cristiana. Pero habrá que hacerlo como lo hizo el Papa, sin abdicar ni un momento de la plena y luminosa identidad cristiana. ¡Con qué difícil y hermosa caridad se ha acercado a todos ese testigo del amor universal, que a la vez ha sabido confirmar en la fe a sus hermanos y a sus hijos!

¡Pero cuántas veces se ha lamentado también de las desobediencias de unos y de otros! Y qué caso se ha hecho, en muchos sectores del interior de la Iglesia, de su Magisterio y de su catequesis continua. El último discurso importante de su vida ha sido el del 29 de junio de este año. Como quien se siente próximo al Tribunal de Dios, hizo balance de su actuación magisterial, citó los principales

documentos de su Pontificado y nos dijo que por ahí había que seguir caminando.

Nunca una gran parte del mundo se ha sentido tan conmovida al morir un Papa como ahora en la muerte de Pablo VI. Nunca tampoco se ha recibido con tan extendida esperanza al nuevo Papa, sonriente y humilde. Son sentimientos admirativos y emocionales propios del momento, pero indican que el corazón humano de los hombres de nuestro siglo necesita del amor puro y limpio, de lo que la Iglesia lleva dentro de sí misma como un tesoro que es para todos.

Todo seguirá adelante. La sana pluralidad, el ecumenismo, la atención a las exigencias sociales, la plena aplicación de las reformas conciliares, pero todo con más obediencia, hecha de amor y de fe, a Juan Pablo I que la que hemos prestado a su predecesor, de santa memoria.

HERMOSA IGLESIA DE CRISTO

Exhortación pastoral, publicada en noviembre de 1978, con motivo de la elección de Juan Pablo II como Vicario de Cristo en la tierra. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado en Toledo*, 1978, 583-586.

Quiere la Iglesia acompañar a los hombres en sus alegrías y tristezas, en sus esperanzas y sus angustias. Y ¿quién la acompaña a ella en sus propios sentimientos de pena o de gozo, cuando los experimenta?

En poco más de dos meses su corazón se ha sentido oprimido por el dolor de la orfandad y por la alegría de la plenitud recobrada. Muerte de Pablo VI en agosto. Elección de Juan Pablo I como Sumo Pontífice. Su fallecimiento en septiembre, que nos deja desconcertados. Nuevo Cónclave, nueva elección, nuevo Papa; Juan Pablo II. Durante este breve lapso de tiempo, la Iglesia ha sufrido en el silencio y la oración, y ha saltado de gozo cantando los himnos de la gratitud y la glorificación. ¿Quién la ha acompañado?

Muchos, muchísimos hombres conocidos y desconocidos, de todas las partes del mundo, de todas las religiones, de todas las ideologías. Unos con respeto y admiración, otros compartiendo sus propios sentimientos, algunos con interés expectante por lo menos. Y sus propios hijos, esparcidos por tantos lugares de la tierra, que han vibrado más que nunca en ocasiones semejantes. Y los ángeles y santos del cielo que contemplan a la Iglesia como la Jerusalén anticipada, la antesala de la patria celeste.

La ha acompañado Cristo que la instituyó como Sacramento de salvación y su Espíritu que no la abandona nunca, nunca jamás. La Iglesia, cuanto más da, más recibe de los hombres de la tierra y de la Trinidad beatísima del cielo.

EL NUEVO PAPA JUAN PABLO II

Todo ello aparecía bien visible en la tarde –más bien noche cerrada ya– del 16 de octubre, cuando salió al balcón central de la fachada de la Basílica Vaticana, el nuevo Papa, hasta entonces Cardenal Wojtyła. El clamor de la muchedumbre congregada en la Plaza de San Pedro atravesaba las nubes como la oración de los justos. ¿Cómo no había de percibirse en el cielo aquella alegría de la tierra? Era un hijo de Polonia, la nación tan querida y admirada. Pero el sentimiento que prevalecía sobre todos los demás era que allí estaba el Papa. ¡Cuánta y qué visible fraternidad en sus ojos, en su rostro, en los gestos de sus manos, en su voz y sus palabras!

Su elección ha sido un motivo de gozo para cuantos hemos participado en el Cónclave y una sorpresa que ha inundado de alegría a toda la Iglesia. Pensábamos la inmensa mayoría de los Cardenales en un nuevo Papa italiano y el Cónclave nos ha permitido ver que Dios nos invita a seguir un camino nuevo. Sin conflictos, sin tensiones de ningún género, sin luchas de nacionalidades ni de tendencias. Únicamente, la laboriosidad de la reflexión detenida, contrastada

en conversaciones de unos con otros, y unificada en la oración sostenida sin cesar. ¿Cómo se puede calificar de conflictivo un cónclave que dura solamente dos días y en el que intervienen ciento once Cardenales procedentes de los más diversos lugares del mundo? El Cardenal Wojtyla era suficientemente conocido. Y se produjo con naturalidad la convergencia de criterios y de votos que le ha llevado al Pontificado. Un hombre de fe robusta, de oración intensa, de pastoralidad dinámica y premurosa, como le ha calificado su gran hermano el Cardenal Wyszinsky, Primado de Polonia, con el que ha venido colaborando durante veinte años en las batallas de la fe.

Su cultura, su conocimiento de la realidad del mundo de hoy y de sus problemas sociales y políticos, su fidelidad a la Cátedra de Pedro y su contacto frecuentísimo con la Santa Sede durante toda su vida de obispo, su piedad contagiosa, en una palabra, el conjunto extraordinario de cualidades humanas y de virtudes religiosas que nutren su rica vida interior, hacen que podamos saludarle y acoger su Pontificado con una inmensa esperanza.

Hermosa Iglesia de Cristo, que sabe dar tales ejemplos de serenidad profunda, de juventud perenne, de valiente decisión a la hora de proponer las soluciones adecuadas a sus problemas.

NO HAGAMOS MITOS

Cuanto digo en alabanza de la Iglesia o del nuevo Papa es un reconocimiento objetivo de los valores de la Institución fundada por Cristo o de la persona del Pontífice, tal como nos lo sugieren los datos que conocemos.

Pero no hagamos mitos. Juan Pablo II, en su primer discurso, ha llamado a todos a la fidelidad. Fidelidad al Concilio Vaticano II bien entendido y practicado; al depósito de la fe y la íntegra doctrina católica, a la liturgia tal como la Iglesia la señala, al Magisterio Pontificio, a la disciplina, a la vocación sacerdotal, religiosa, seglar. No renuncia, no podría hacerlo, a nada de lo que pertenece al patrimonio de las aspiraciones y logros de la Iglesia, particularmente de nuestro tiempo: colegialidad, ecumenismo, servicio al hombre, iluminación de los problemas sociales y políticos sin interferencia en lo que a otros compete.

Pero la verdadera clave para el éxito apostólico de su Pontificado, en la medida en que Dios quiera concedérselo, está en que él nos confirma en la fe a todos, y en que todos seamos fieles a las exigencias que ha señalado. Todas ellas están dentro de la realidad del misterio de la Iglesia, entendido y amado tal como el Concilio Vaticano II la diseñó en la gran carta que es la *Lumen Gentium*. Este es el secreto del éxito y del gozo en el trabajo pastoral, y sólo por aquí avanzaremos seguros, llevando de la mano a la Iglesia y siendo a la vez llevados por ella de cara a la humanidad del año 2000. Lo demás es anécdota para un instante o mito que no resiste el análisis crítico, al que no puede renunciar el hombre de fe.

Juan Pablo II es sucesor, en el tiempo, de Juan Pablo I, de Pablo VI y de los anteriores Papas. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que sea el Vicario de Cristo en la tierra que cumple con la misión confiada a Pedro para siempre.

UN HIJO DE POLONIA

Nos resulta grato también saludar en el nuevo Papa a un hijo de la sufrida y católica Polonia que tan heroicas pruebas viene dando de la misma fidelidad que él ha proclamado como actitud fundamental de todo el que ama a la Iglesia y cree en ella.

Ser Papa no significa ningún premio al modo como solemos entender, esto es, lenguaje humano; es una elección para el servicio abnegado y constante. En esto reside el honor. Así entendido, ciertamente es una gloria para la Iglesia y para la nación polaca el que uno de sus hijos haya sido *elegido* para la misión del servicio supremo en nombre del Evangelio. A los católicos de España y del mundo tienen mucho que enseñarnos los que con tantos y tan heroicos esfuerzos han sabido resistir y luchar hasta el punto de que, no sólo mantienen su fe, sino que son capaces de propagarla por todo el mundo con sus misioneros enviados a todas partes.

Una inmensa fuente de energías espirituales se ha abierto para la Iglesia con el Papa Juan Pablo II. La humanidad de hoy, con sus grandezas y sus miserias, no va a ser ajena a los sentimientos de comprensión y amor que laten en el corazón del Papa Wojtyla. Pero tampoco permitirá que haya confusión de la Iglesia con el mundo. Si la hubiera, la Iglesia traicionaría a su misión. No esperemos cruzadas contra esto o contra aquello: lo que hace falta es únicamente identidad cristiana y católica, obediencia y fidelidad por parte de todos. Sólo así seremos responsablemente creadores en el servicio común a que, como obispos, sacerdotes, religiosos, seglares, estamos llamados.

SANTA MADRE IGLESIA

Lección inaugural de la VIII Semana de Teología Espiritual, pronunciada en la Catedral de Toledo, 5 de julio de 1982. Publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, agosto-septiembre de 1982, y en el volumen *Sentir con la Iglesia*, Centro de Estudios de Teología Espiritual, Madrid 1983, 13-21.

Nuestra VIII Semana de Teología tiene como tema general: **«Sentir con la Iglesia»**, y en esta mi introducción lo único que deseo hacer es recordar juntos los motivos por los que merece ser amada, lo que de propio y exclusivo hay en ella, su riqueza y su bondad.

LA IGLESIA SE HA DESPERTADO EN NUESTRAS ALMAS

La Iglesia, que cuenta con la presencia del Espíritu en su interior, tiene una conciencia extraordinariamente profunda de lo que es su ser, tanto en sus exposiciones de fe, como en las precisas reflexiones que sobre sí misma ha realizado ya desde los primeros Padres, y de manera muy peculiar para nosotros en el Vaticano II. La voluntad de la Iglesia de llegar a sí misma, a su auténtica realidad, es un signo de la Iglesia en el momento actual. Una teología de la Iglesia ha irrumpido de manera viva en nuestro tiempo.

También el pueblo cristiano ha empezado a sentir con fuerza la aspiración a realizar en una vida de Iglesia la plenitud de su vida cristiana, única forma de realizarla realmente. Aquel hecho, que ya hace años Romano Guardini celebraba, continúa produciéndose con caracteres más vastos: la Iglesia se ha despertado en nuestras almas. Su realidad se va haciendo más íntima e intensa a la conciencia cristiana.

Nunca tendremos una teología acabada de la Iglesia, un cuerpo de doctrina integral que suprima todo anhelo de nuevas reflexiones. La Iglesia, por ser Iglesia de Dios, sacramento de Jesucristo, es inteligible, pero no comprensible en el sentido de totalmente abarcable. A la Iglesia se le asignan, a veces, objetivos demasiado humanos, o bien se quiere explicar su naturaleza por analogías poco serias, en vez de contemplarla tal como Dios la ha hecho en el misterio de su ser sobrenatural para el servicio de los hombres.

LA IGLESIA: PRESENCIA REAL Y ACTUAL DEL MISTERIO DE CRISTO

La Iglesia se concibe a sí misma como presencia real y actual del misterio de Cristo, como el Cristo que sigue viviendo en la historia y en el mundo; como Cristo Místico, cuya Cabeza es Él. La palabra *místico* no significa nada esfumado o irreal, sino la forma especial de ser de la Iglesia. Ha sido formada por el Espíritu Santo como el instrumento, por medio del cual nos santifica. Ella es donde, por la fe que nos comunica, tenemos parte en la comunión de los santos, el perdón de los pecados, y se nos asegura la resurrección para gozar de la vida. «¿Qué

deseas de la Iglesia de Dios?»), se nos pregunta en el bautismo. «La fe», responde el que se bautiza, o en su nombre el padrino. «¿Y qué produce la fe?», continúa el diálogo de la ceremonia bautismal. «La vida eterna». Creer significa ser admitido a la fe de la Iglesia, creer lo que la Iglesia enseña.

Es nutrida por Dios, por sus sacramentos. Cree y confiesa a Cristo, enviado por Dios para nuestra salvación. Da testimonio de Él, combate y triunfa porque Cristo está con ella hasta la consumación de los siglos. Es santa y católica porque su doctrina es recta y fructifica en el mundo entero, haciendo nacer continuamente nuevos hijos a la fe cristiana. Es por esencia misionera y suscita nuevos cristianos en medios no cristianos. Esta es la gran esperanza de la Iglesia, la prueba vital y convincente de que el cristianismo tiene hoy posibilidades reales de futuro.

EL MISTERIO DE LA IGLESIA ES NUESTRO PROPIO MISTERIO

El misterio de la Iglesia es nuestro propio misterio. Su vida es nuestra propia vida. Dios nos ve y nos ama en su Iglesia; en ella nos ama y en ella le encontramos. Lo humano y lo divino se entrecruzan en la Iglesia de Dios. Es dirigida por hombres que actúan con misión y autorización divinas. La palabra de Dios se proclama en lenguaje humano (Tes 2, 13), pero no se predica con la persuasión de la sabiduría humana. El Espíritu de Dios la hace poderosa. El encuentro con el Señor, y la más estrecha comunidad con Él, se realizan en el pan y vino, convertidos por las palabras del sacerdote en Su Cuerpo y su Sangre. La pobre palabra del hombre se hace portadora del poder divino de perdón. *Pero llevamos ese tesoro en vasos de barro, para que aparezca que la extraordinaria grandeza del poder es de Dios y no viene de nosotros* (2Cor 4, 7).

Lo divino-humano de la Iglesia se encuentra en el misterio de la Cruz que Cristo llevó y ha de llevar su Iglesia en sus miembros. El Apocalipsis es una llamada a contemplar la fuerza de Dios en la flaqueza humana. La Iglesia es perseguida y oprimida en la tierra. Una Iglesia de mártires que sólo es fuerte y victoriosa en la sangre del Cordero y en su testimonio. «La Iglesia va avanzando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que Él venga. Se fortalece con la fuerza del Señor resucitado, de modo que pueda superar con paciencia y caridad sus propios sufrimientos y dificultades, tanto internas como externas, y descubrir con toda fidelidad en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre sombras, hasta que al fin se manifieste a plena luz»¹.

LA IGLESIA, «FAMILIA DE DIOS»

Ni la amistad, ni el amor, ni ninguna de las agrupaciones sociales que ayudan a la realización de nuestra vida pueden saciar nuestra sed de comunión. Nada de lo que los hombres construyamos, o de lo que se desenvuelve en un plano puramente humano, puede arrancarnos de nuestra soledad y llenar siempre nuestra vida. La soledad se irá ahondando en la misma medida en que nos

¹ LG 8.

vayamos descubriendo interiormente. Dios no nos ha creado para que vivamos sólo de lo humano y de lo natural, ni para que cumplamos una misión solitaria. Nos ha creado para introducirnos en comunión en el seno de su Vida Trinitaria, una comunión que nada pueda romper, ni en nada pueda fallar.

La Iglesia es el «lugar» en el que empieza a realizarse aquí abajo esta reunión de todos en la Trinidad. Es «familia de Dios», extensión misteriosa de Dios en el tiempo, en la que se logra alcanzar todas nuestras dimensiones. La Iglesia está llena de la Trinidad. El Padre está en Ella como poder providente que todo lo une y salva; el Hijo, como el medio en el que se realiza, y el Espíritu Santo, como la fuerza que todo lo reúne y por la que todo es uno. Por eso la Iglesia es Madre, seno fecundo en el que se verifica una nueva creación y por el que se nace a la «familia de Dios».

Una vez que hemos entrado en esta familia, no disponemos ya sólo de nuestras propias fuerzas para amar, comprender y servir a Dios; disponemos de las de todos los hijos de la Iglesia, de las de su propio fundador, Cristo, de las de la Virgen María. Como dice Paul Claudel, «desde la Virgen bendita en lo más alto de los cielos hasta el pobre leproso africano que lleva una campanilla en la mano y se sirve de una boca medio podrida para balbucear las respuestas de la misa. Toda la creación visible e invisible, toda la historia, todo el tiempo, toda la naturaleza, todo el tesoro de los santos multiplicados por la Gracia, todo esto está a nuestra disposición... Todos los santos, todos los ángeles nos pertenecen. Podemos servirnos de la inteligencia de Santo Tomás, del brazo de San Miguel y del corazón de Juana de Arco y de Catalina de Siena, y de todos esos recursos latentes que basta que los toquemos para que entren en ebullición. Cuanto se hace de bueno, de grande y de hermoso de un extremo al otro de la tierra, cuanta santidad hay en los hombres, es como si fuera nuestra»².

IGLESIA MADRE, Y MADRE SANTA

La Iglesia tiene la ciencia divina de la verdad y el seno maternal en el que los hombres se convierten en hijos de Dios. El amor es el lazo de unión de la Iglesia. No se trata del sentimiento más o menos duradero de un individuo con respecto a otro, sino del amor de Dios hacia el hombre y que fluye entre todos sus miembros. Porque el amor de Dios es una corriente que viene de Él, circula por los hombres y vuelve a Él. Amar, en este sentido, significa ser Iglesia, formar parte de ella, dejarse penetrar por su corriente de vida y amor, y transmitirla. *Revestíos como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo* (Col 2, 12-15).

Gracias a la Iglesia Madre, de siglo en siglo, el Evangelio es expuesto a todos, a los sabios y a los ignorantes, a los grandes y a los pequeños. Y cuando no

² Citado por H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1958, 231.

produce en nosotros sus frutos de vida, es únicamente por nuestra culpa. Ella nos da alimento sano y vigoroso, por eso cuida de no encubrir el Evangelio, ni de suavizar sus exigencias o lo que nos puede parecer paradoja: *El que quiera perder su vida...; si tu ojo te es ocasión de escándalo...; cuando te hieran en una mejilla...* Es Madre providente que nos coloca en medio de la actividad viva de Dios. Sus cuidados no quitan las esperanzas ni dificultades de la vida, pero tonifica y fortalece nuestro espíritu con su oración, con sus sacramentos, con sus enseñanzas. Ella dispone de lo que los hombres necesitamos para nuestra salvación. Su poder consiste en convertir en inocente lo que ha sido culpable. En su seno se verifica siempre toda conversión y todo el proceso de realización de la persona cristiana. Arrepentirse significa acudir a la Madre Iglesia, porque en Ella nos encontramos con Cristo y con nuestros hermanos.

La Iglesia es Madre Santa que une a todos sus hijos en Cristo. *Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo-, ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa (Gal 3, 27-29). Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor... Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos (Jn 15, 9 y 12).* En la Iglesia se crea Cristo una nueva forma de existir y una nueva forma de continuar amando.

AMAMOS A ESTA MADRE SANTA

Amamos a esta Madre Santa por el Misterio que nos comunica en su doctrina y en su Liturgia, por el perdón que nos garantiza, por los hogares cristianos que suscita y sostiene, por el ministerio de los sacerdotes (su sagrada potestad de ofrecer el sacrificio, de perdonar los pecados, de predicar la palabra de Cristo), por los religiosos, a través de los cuales la Iglesia contempla, anuncia el Reino de Dios, atiende enfermos, educa a los niños, cuida de los ancianos.

Amamos a esta Madre Santa por los deseos y esperanzas que fomenta, por los errores que desenmascara, por las oscuridades que disipa, porque enciende el celo en nuestros corazones y nos sostiene en nuestras dudas, porque defiende al hombre y a la dignidad humana, porque proclama la esencia del amor y sus exigencias naturales con relación a una vida verdaderamente digna y humana. La defensa que la Iglesia hace de la vida y del amor, en la relación interpersonal que constituye el matrimonio, suscita optimismo y esperanza en medio del egoísmo siempre viejo y decadente. La Iglesia aboga por la vida y el amor, porque tiene fe y esperanza en el hombre redimido por Cristo.

Nosotros llamamos Madre nuestra no a una Iglesia irreal o ideal, sino a esta misma Iglesia jerárquica, y no tal como nosotros la podemos soñar, sino tal como existe de hecho hoy mismo. Y por eso nuestra obediencia al Papa tiene que ser una obediencia filial. *El Tu es Petrus* perdura por los siglos. Entre los apóstoles, Simón Pedro ocupa posición especial. El debe ser el primero, el fundamento de la Iglesia, representante de la roca que es Cristo (Mt 16, 18), debe confortar a sus hermanos en la fe (Lc 22, 32) y ser el pastor supremo, vicario de Aquel que

es el Buen Pastor (Jn 10). En esta función suya, el Papa debe ser el centro de la unidad de la Iglesia.

Al católico le gusta llamar «Madre» a la Iglesia, y fomenta sentimientos de piedad y gratitud hacia su Santa Madre Iglesia. Le gusta llamarla con el nombre que brotó ya del corazón de sus primeros hijos, como lo atestiguan tantísimos textos de la antigüedad cristiana. Con San Cipriano y San Agustín proclaman: no puede tener a Dios por padre quien no tenga a la Iglesia por madre. En su regazo maternal lo hemos aprendido todo. Newman descubre la verdadera Iglesia cuando, siendo todavía anglicano, conoce la Iglesia de los Padres, y por una iluminación del Espíritu reconoció en ella a su Madre. «En esta Iglesia de los Padres, en este su celo que triunfa por el misterio de la fe yo reconozco a mi madre espiritual»³. La verdad que nuestra Santa Madre la Iglesia nos da, no una verdad cualquiera, hecha y manejada a nuestra humilde medida humana, es la Verdad que es Camino y Vida. Y el Camino que nos muestra y la Vida con que nos alimenta no los podríamos encontrar por nosotros mismos. Los católicos sabemos que la Iglesia nos manda como madre porque ella primeramente obedece a Dios.

El verdadero hijo de la Iglesia ama la belleza de su Madre, ella le arrebató el corazón, es su patria espiritual, «su madre y sus hermanos». «El hombre de la Iglesia», «el hombre de la comunidad cristiana», «vir ecclesiasticus». Henri de Lubac se pregunta quién devolverá a esta expresión su pleno sentido. «En la misma Iglesia apenas lo usamos sino en un sentido puramente exterior». ¿Quién le devolverá su amplitud y nobleza? ¿Quién nos enseñará a conocer los valores que evocaba antiguamente? En su primera acepción, sin distinción obligada entre clérigo y laico, el «eclesiástico, vir ecclesiasticus», significa hombre de Iglesia... Si la palabra en este sentido no puede ser arrancada del todo al pasado, que al menos perdure su realidad. ¡Que ella reviva en muchos de nosotros!⁴.

«EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA DICEN: ¡VEN!»

Al final del Apocalipsis leemos *El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que oiga, diga: ¡Ven! Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratuitamente agua de vida* (Ap 22, 17). El Espíritu ama a la Iglesia y ella ama por el Espíritu. Es el Espíritu Santo quien obra la transfiguración, la intimidad y la receptividad de la gracia. La Iglesia, transportada de amor, sale gozosa al encuentro de todos los hombres. Ella ha nacido de la sangre redentora y de la resurrección de Cristo. Su capacidad de atracción se manifiesta plenamente el día de Pentecostés a través de la abundante efusión del Espíritu. Como Iglesia peregrina siente una nostalgia infinita de su Señor, y de que, destruida la muerte, sean sometidas a Él todas las cosas. Porque todas las criaturas esperan con ansia la hora de su redención.

La imagen de la Iglesia como «esposa del Cordero» es impresionante. Cuanto más se aproxima el fin tanto mayor es su preparación para esta fiesta de alegría. *Con alegría y regocijo démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante*

³ J. H. NEWMAN, *Apología pro vita sua*, c.5, BAC 394, Madrid 1977.

⁴ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1958, 215.

de *blancura* —el lino son las buenas acciones de los santos—. *Luego me dice: Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero* (Ap 19, 7-9). La Iglesia ya perfecta entra en el reino de Dios y se convierte en comunidad bienaventurada, en la nueva creación que es meta del plan de salvación de Dios en el mundo. Dios lo ha revelado, quiere que gocemos de la hermosura, santidad y bondad de la Iglesia. También tenemos que alegrar nuestro corazón con esas imágenes de la futura y gran realidad: la nueva Jerusalén. No existe sino la única Iglesia en el cielo y en la tierra, que se encamina a su plenitud. «Porque cuando Cristo se manifieste y tenga lugar la resurrección gloriosa de los muertos, la claridad de Dios iluminará la Ciudad celestial y su antorcha será el Cordero. Entonces toda la Iglesia de los santos adorará a Dios en la bienaventuranza suprema del amor y el Cordero que fue degollado, clamando a una voz: *Al que está sentado sobre tu trono y el Cordero: la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos*»⁵.

Necesitamos de esta Iglesia bendita de Cristo. «Es un organismo vivo, animado y dirigido por el Espíritu Santo que contiene vitalmente su ley dentro de sí. No puede ser comprendida desde fuera, por el camino de la investigación científica o de la crítica; no carece de justificaciones históricas o racionales, pero jamás adecuadas a su realidad, la cual no puede comprenderse más que por la misma Iglesia y por cada creyente, en la medida en que éste vive en comunión con ella»⁶. En un tiempo en que la cultura está tan mermada de esperanza, sin sentido de fidelidad y tentada de abandonar la misma fe, hacen falta católicos que canten de verdad con la Iglesia su antifona pascual: «Este es el día que ha hecho el Señor para nosotros; gocémonos y regocijémonos en él.» Y con alegría renovada y con una fe firme, repetir con San Pablo: «Alegraos, de nuevo os digo: alegraos. Porque Cristo ha resucitado verdaderamente y nos ha conquistado una nueva vida que nos da en su Iglesia».

SENTIR CON LA IGLESIA

Ante la realidad de esta Santa Madre Iglesia no cabe otra actitud que sentir con ella. No puede el católico encerrarse en una «torre particular de marfil» y quedarse al margen de los acontecimientos de la vida de la Iglesia. No cabe la dimisión. Ni se puede caer en esa forma tan corriente de la cobardía, que es el respeto humano. Muchos viven esclavos de un estúpido afán de estar al día. Por el mero hecho de que tal autor «diga» o de que tal periódico o revista haga juicios sobre la Iglesia o sobre el Papa, con total falta de respeto y carencia de conocimientos, entra la cobardía, y se prescinde de los criterios de la fe. Lo mismo en la defensa de los preceptos de orden moral: se teme que los dictadores de turno le tilden a uno de retrógrado o integrista. Estamos llegando a extremos en los que de lo que se trata es ya de conservar la fe, la vida moral y un mínimo de claridad de juicio.

Pero sentir con la Iglesia es algo mucho más vital y positivo. Sentir con la Iglesia es hacer realidad toda la doctrina de la Iglesia de la *Lumen gentium*. Adoptar las posturas, actitudes y realizar los hechos que pide la *Gaudium et spes* con

⁵ LG 51.

⁶ Y. M, CONGAR, *Ensayos sobre el misterio de la Iglesia*, Barcelona 1961, 12.

relación a la dignidad de la persona humana, a la dignidad del matrimonio y de la familia, al sano desarrollo del progreso cultural, al fomento de la paz y de la justicia. Sentir con la Iglesia es escuchar al Papa y hacer lo que nos pide a cada uno en nuestra situación concreta. Sentir con la Iglesia es liberarnos de nuestros egoísmos e intereses, de nuestros criterios rastreros, y dejarnos inundar por su luz. Esa luz que es luz de verdad y luz de amor. Recemos con fervor, os diría que todos los días, ese cántico tan extrañamente bello que la liturgia de la Iglesia nos ofrece como secuencia de la Misa de Pentecostés: «Ven Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndidos, luz que penetra las almas». Nuestro corazón cansado de la vida diaria dialoga en él con el Dios consolador, sabiendo que cada palabra es escuchada y encuentra respuesta.

En el capítulo VI San Juan nos relata algo que siempre tiene una tremenda actualidad. Las palabras de Cristo referidas a la Eucaristía incitan a la rebelión a algunos, mientras que es verdad sagrada y divina, plenitud infinita para quien la capta con amor. Muchos de los que acompañaban a Jesús comenzaron a murmurar. Hubieran debido creer en Él, adherirse a Él y dejarse conducir. Hubieran debido sentir una profundidad divina en sus palabras; hubieran debido pedirle que abriera su corazón. Pero en lugar de esto criticaron, juzgaron, y lo dejaron. Cristo pregunta a los suyos, *¿queréis ir vosotros también?* Es Pedro, el primer Papa, el que contesta con una respuesta que tiene que ser la nuestra y la de todo católico. *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios* (Jn 6, 68) Eso es sentir con la Iglesia y afirmar con ella lo que Cristo afirmó.

SECCIÓN SEGUNDA

LA IGLESIA EN CONCILIO

EL ANUNCIO DEL CONCILIO

Exhortación pastoral, de mayo de 1961, a propósito del Concilio Vaticano II, publicada en el *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, 1 de junio de 1961.

Nos acercamos a uno de los acontecimientos de mayor importancia para la vida de la Iglesia de nuestro tiempo. Me refiero a la próxima celebración del Concilio Ecuménico anunciado por S.S. Juan XXIII hace ya más de dos años. Concilio, que, con razón, viene constituyendo uno de los más serios motivos de esperanza para el futuro de la vida cristiana. Por eso, amados diocesanos, y consciente de la transcendencia de esa gran asamblea, me dirijo a vosotros con el vivo deseo de que en vuestro espíritu se encienda la ilusión y vuestro corazón reciba con amor todo cuanto a esta capitalísima empresa de la Iglesia se refiera. Todos somos Iglesia y a todos debe espolearnos la necesidad de estudiar nuestras propias realidades.

Son muchas las razones que apoyan la decisión del Santo Padre al reunir a todos los obispos del mundo en un Concilio. Desde la promulgación del Código de Derecho Canónico, los tiempos han evolucionado rápida y profundamente en todos los órdenes de la vida. Es cierto que la Iglesia, queridos diocesanos, no se identifica con ninguna cultura, ni siquiera con la civilización occidental que con tanta frecuencia se proclama a sí misma como cristiana. Sin embargo, es también verdad que los cristianos nos movemos dentro del área de determinadas culturas, somos partícipes de las mismas y nos vemos forzosamente absorbidos por ellas. Culturas que, por otra parte, nacen, se desarrollan y mueren. Ahora nos encontramos en un momento de radicales transformaciones, ya reales, ya previsibles.

Sí. Por un lado, no es posible ignorar la presencia alarmante del comunismo en el mundo con su sistema de doctrina y de obras en todo opuesto a la fe de Jesucristo. Lo que en un principio no lograra amedrentar a ningún espíritu, se ha constituido en la más grave amenaza del mundo libre. Lo que a los comienzos no fue más que una simple semilla, pudiera ser ya una esperanza de gran cosecha. El comunismo es hoy ingente e infatigable esfuerzo de conquista del mundo. Pero he aquí que en aquellas zonas en que el comunismo ha logrado el control absoluto del poder, la Iglesia sufre, cuando no la abierta persecución, al menos la más fuerte mordaza a sus actividades.

Por eso una nueva corona de Iglesias mártires comienza a rodear la tierra.

¿Olvidará la Iglesia esta amarga experiencia cuando nuevos pueblos puedan encontrarse en circunstancias semejantes en tiempos venideros?

De otro lado, la realidad de un mundo con evidente predominio de la técnica, que ha precipitado una hondísima transformación de las formas más ordinarias de la

vida. La técnica influye profundamente sobre el cuerpo y el espíritu del hombre de hoy. Ha triunfado claramente sobre la materia, pero ha hecho de la persona con frecuencia un nuevo esclavo del siglo XX.

Más. La técnica ha creado una nueva moral, que podemos llamar moral del rendimiento. Nada más laudable para ella que el lucro y la riqueza, nada más atractivo como ideal de vida. Y de este modo, invirtiendo valores, ha convertido en fin lo que en recta interpretación no había conseguido sino categoría de medio.

La técnica ha disparado al hombre hacia una vida vertiginosa, pero no le ha enseñado a conducirse debidamente. No ha otorgado importancia a la reflexión, ni ha significado una invitación para la humilde plegaria. De ahí que lo que se ha logrado en tiempo se haya perdido en profundidad. El hombre del siglo XX es, por ello, frívolo con demasiada frecuencia.

Norma de nuestros días es el temor ante la presencia del sufrimiento, la huida del dolor y de la enfermedad y la repulsa a veces, como inadmisibles, de la misma muerte. Y es que son tantas las comodidades que la técnica ha brindado...

¿No os parece que era necesario tener en cuenta las nuevas coyunturas en que el cristiano inevitablemente ha de moverse?

Por eso, queridos sacerdotes y amados hijos, el futuro Concilio Vaticano II se ha propuesto en primer término como fin primordial una serie y amplia revisión cristiana.

Por los medios de información habituales habréis tenido conocimiento de las diversas Comisiones que abarcan los diferentes aspectos de la vida religiosa, creadas por el Santo Padre para una más segura eficacia en el trabajo. Es sencillamente una fuerte e inaplazable reclamación de nuestro tiempo.

Pero hay una segunda finalidad. La de la unión de todos los cristianos. Si bien es verdad que nadie espera la concordia de los que creen en Jesucristo como consecuencia y fruto inmediato del Concilio, ha de reconocerse, sin embargo, que un viento de simpatía en su favor sopla por toda la cristiandad a partir de este momento. Hay muchos síntomas reveladores de que el deseo de unión y de unidad produzca en el futuro resultados consoladores.

Nos encontramos en un momento excepcional para la cristiandad. Por ello, amados diocesanos, es preciso que nos pongamos en pie de oración y sacrificio para que el Espíritu Santo descienda de nuevo sobre su Iglesia en ocasión tan solemne de la que tantos bienes pueden derivarse para las estructuras cristianas.

Os pido, amados sacerdotes, que habléis al pueblo cristiano sobre el Concilio y que le invitéis a orar por sus altísimos fines. No sólo durante los días de la novena de Pentecostés conforme a los deseos de S.S. Juan XXIII ya hechos públicos, sino también a lo largo de todo el mes de junio, especialmente dedicado a sentir, amar, y sufrir en unión con el Corazón de Jesús. Es el anhelo constante del Corazón de Cristo: la santidad y la unión de los que creen en Él, y no son del mundo.

Más concretamente, aparte de otras iniciativas que pueda sugeriros vuestro celo, disponemos que en los cultos de cada día del mes de junio se rece la oración al Espíritu Santo compuesta por el Santo Padre, publicada en el Boletín Oficial del Obispado, correspondiente al mes de febrero de 1960, página 59.

ANTE EL PRÓXIMO CONCILIO ECUMÉNICO

Carta pastoral, del 30 de abril de 1962, publicada con motivo del anuncio de la fecha de inauguración del Concilio Vaticano II. Texto tomado del *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, 1 de mayo de 1962.

RENOVACIÓN ESPIRITUAL Y CONFIANZA

El próximo Concilio Vaticano II, cuya inauguración ha sido ya anunciada, ha despertado en gran parte del mundo fuertes y nobles esperanzas. Los católicos en general, y muchos de los que pertenecen a las distintas confesiones cristianas, van guardando dentro de su corazón cuanto el Papa Juan XXIII dice o hace con relación al gran acontecimiento. Millones de almas, esparcidas por los más apartados lugares de la tierra, elevan sus plegarias al cielo y colaboran ya, con esta actitud, en el esfuerzo que la Iglesia se dispone a hacer para facilitar los caminos del Señor. Hemos creído un deber, nacido de nuestra pastoral solicitud hacia vosotros, escribiros esta carta para contribuir así también, con nuestra modesta aportación, a lograr en nuestra Diócesis eso que con frase feliz viene llamándose *estado de Concilio*.

LOS HECHOS

El 25 de enero de 1959, sólo cuatro meses después de haber sido elegido Pontífice Supremo de la Iglesia, el Papa Juan XXIII anunciaba al mundo, y éste lo recibía con sorpresa, su propósito de convocar un Concilio Ecuménico. Más tarde, en diversas ocasiones, ha manifestado él mismo que su decisión obedecía a una inspiración divina. Así, por ejemplo, en la alocución al Clero de las tres Venecias: «Para el anuncio del Concilio Ecuménico oímos una inspiración, de cuya espontaneidad sentimos, en la humildad de nuestra alma, como un toque imprevisto e impensado»¹. Y en la sesión de apertura del Sínodo Romano, decía: «Estando en sencilla y humilde oración, sentimos en la intimidad y sencillez de nuestra alma, la invitación divina a celebrar un Concilio Ecuménico»².

Todo creyente recibirá con sagrado respeto una manifestación tan explícita y, humilde él también en el silencio interior de su alma, comprenderá sin grandes dificultades que el Espíritu Santo, que conduce y guía a la Santa Iglesia, ha derramado su luz sobre el Vicario de Cristo en la misma, para moverle a tomar una decisión tan importante.

De hecho, los diversos comentarios que en uno y otro campo van apareciendo, como reacciones de muy distinta índole al sorprendente anuncio, han ido cediendo ante una actitud espiritual que se hace cada vez más común y generalizada: la de la esperanza y la fe en que algo grande va a suceder.

¹ AAS 51, 1959, 379.

² AAS 52, 1960, 183.

El Papa ha sido el primero en dar ejemplo de esta fe humilde y animosa. Sin la más mínima vacilación, desde el día siguiente de la solemne noticia, ha hablado, ha exhortado, ha orado y ha tomado determinaciones concretas. Su vida está entregada al Concilio. En Pentecostés del año 1959 quedaba designada la Comisión Antepreparatoria, presidida por el ya fallecido Cardenal Tardini, la cual se dirigió a todos los obispos del mundo, a los organismos de la Curia Romana, a los Superiores de las Ordenes religiosas, y también a las Facultades de Teología y Derecho Canónico, pidiendo su parecer sobre los temas que podían ser tratados en el futuro Concilio. El material recogido fue tan abundante, que sólo de las respuestas episcopales pudo hacerse un tomo de 780 págs. con los escritos de los obispos de Italia; y otros dos de 810 y 942 págs. con los del resto de los países europeos. Las de los obispos de Asia y África ocuparon otros dos volúmenes de 662 y 580 págs. respectivamente; las del Norte y Centroamérica, otro de 694; y lo correspondiente a Suramérica y Oceanía, un último volumen de 700 págs.

En total, los votos presentados suman 8.972, de los cuales 4.232 se refieren a cuestiones de doctrina, disciplina y pastoral, y 4.740 a sacramentos, preceptos, culto, ejercicio del Magisterio, misiones, movimiento ecuménico, obras sociales y de misericordia, procesos y penas.

En menos de un año, la Comisión logró elaborar y ordenar esta inmensa documentación, y en Pentecostés de 1960, por medio del Motu Proprio *Superno Dei nutu*, el Papa anunciaba la nueva etapa preparatoria y daba por terminada la anterior. Diez comisiones fueron constituidas: la teológica, la de obispos y régimen de las diócesis, la de disciplina del clero y pueblo cristiano, la de religiosos, la de disciplina sacramental, la de liturgia, la de estudios y seminarios, la de las Iglesias orientales, la de las misiones, y la del apostolado de los seglares.

El fin de estas comisiones fue y es deliberar sobre los asuntos previamente seleccionados por el Papa de entre los que antes habían sido presentados. Dos Secretariados fueron también establecidos: el de Fomento de la Unión de los cristianos, semejante a las Comisiones, y el relativo a la información y opinión pública acerca del Concilio. Por último, aparecía la Comisión Central encargada de ir examinando los esquemas que las diversas Comisiones preparatorias presentasen. La prensa ha ido dándonos cuenta de la labor de estos organismos a partir de entonces. Su trabajo es incesante. Más de 800 personajes importantes las integran. Cada una de ellas está presidida por un Cardenal, y en el vértice de la Comisión Central aparece el mismo Papa. A través de las informaciones que autorizadamente han venido haciéndose públicas, conocemos los asuntos de que tratan muchos de los esquemas presentados por las Comisiones preparatorias sobre los cuales ha deliberado ya la Comisión Central. A lo largo del año 1961 el ambiente de la cristiandad entera se hizo cada vez más expectante y todos presentíamos que pronto sería anunciada la fecha de apertura del Concilio.

En efecto, el día de Navidad de ese mismo año aparecía la Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, en que el Papa convocaba el Concilio para el presente año de 1962.

Y más tarde, el dos de febrero de este mismo año, por las Letras Apostólicas *Consilium diu*, fijaba ya definitivamente la fecha de apertura para el próximo día 11 de octubre, fiesta de la Maternidad de la Virgen y aniversario del Concilio de Éfeso. Este es el resumen de los hechos de carácter público e informativo, sucedidos hasta el momento actual.

FINALIDAD DEL CONCILIO

De los discursos, alocuciones y documentos más solemnes de S.S. el Papa debemos deducir cuál es la finalidad del Concilio Vaticano II. En los días inmediatamente siguientes al anuncio del mismo, pudo existir la impresión de que se iba a tratar de la unión de los cristianos, de manera directa e inmediata. Esto no era exacto. Pronto se vio que obedecía más bien al exagerado vuelo que se dio a algunas frases del Papa y a la actitud psicológica de una cristiandad que anhela, sin saber cómo lograrlo, el retorno a la unidad perdida.

En la Encíclica *Ad Petri Cathedram*, de 22 de junio de 1959, puntualizaba así el Sumo Pontífice: «Esta suave esperanza nos llevó y nos movió en gran manera a anunciar públicamente el propósito de reunir un Concilio Ecuménico al que acudirían los obispos de todo el mundo para tratar de asuntos religiosos importantes, sobre todo para conseguir el progreso de la fe católica y la recta renovación moral del pueblo cristiano y para acomodar más la disciplina eclesiástica a las necesidades y a las características de nuestro tiempo. Será, sin duda, un espectáculo maravilloso de verdad, de caridad y de unidad; y un espectáculo, decimos, a la vista del cual, aun los que están separados de esta Sede Apostólica, sentirán, según esperamos, una invitación suave a buscar y encontrar aquella unidad, que Jesucristo pidió a su Padre con oración insistente»³.

En agosto del mismo año, decía a los Presidentes de la Acción Católica Italiana: «El Concilio Ecuménico, a su vez, se presenta como una manifestación de excepcional y vastísima trascendencia y de verdadera catolicidad mundial. Cuanto acaece, confirma que el Señor asiste, con su santa gracia, al saludable proyecto. La idea del Concilio no ha madurado como fruto de prolongadas consideraciones, sino como flor espontánea de inesperada primavera... Con la gracia de Dios, Nos haremos, pues, el Concilio. Y entendemos prepararlo teniendo como mira aquello que es más necesario consolidar y vigorizar en el conjunto de la familia católica, en conformidad con el designio de nuestro Señor. Después, cuando hayamos actuado este poderoso empeño, eliminando aquello que de parte humana podía obstaculizar un más expedito camino, presentaremos la Iglesia en todo su fulgor, *sine macula et sine ruga*, y diremos a todos los otros que están separados: ortodoxos, protestantes, etc.: ésta es la Iglesia de Cristo. Nosotros nos hemos esforzado en serle fieles, pidiendo al Señor la gracia de que ella permanezca siempre como Él la ha querido. Venid, venid. Este es el camino abierto al encuentro, al retorno. Venid a ocupar o a volver a ocupar vuestro puesto, que para muchos de vosotros es el puesto de vuestros antiguos padres. De la paz de la familia cristiana reconstruida, ¡qué

³ AAS 51, 1959, 510.

alegría, qué prosperidad, aun de orden cívico y social, nos es lícito esperar para el mundo entero!»⁴.

Más tarde, en febrero de 1960, casi repetía lo mismo al hablar a la Junta Central de la Acción Católica italiana: «El objetivo primero e inmediato del Concilio es presentar al mundo la Iglesia de Dios en su perenne vigor de vida y de verdad, y con su legislación ajustada a las circunstancias actuales, de manera que responda cada vez más a su divina misión y esté preparada para las necesidades de hoy y de mañana. Después, si los hermanos que se han separado y que están también divididos entre sí quieren concretar el común deseo de unidad, podremos decirles con vivo afecto: “esta es vuestra casa, esta es la casa de todos los que llevan la señal de Cristo”. Si por el contrario, se quisiera empezar con discusiones y debates, nada se conseguiría»⁵.

Y para no citar más documentos, en la Constitución *Humanae Salutis* aparecen estas palabras: «Ante este doble espectáculo, el de un mundo que acusa un grave estado de indigencia espiritual, y la Iglesia de Cristo todavía tan vibrante y tan llena de vitalidad, Nos, desde que subimos al Supremo Pontificado a pesar de nuestra indignidad y por un gesto de la Divina Providencia, sentimos el ingente deber de reunir a nuestros hijos para dar a la Iglesia la posibilidad de contribuir más eficazmente a la solución de los problemas de la edad moderna. Por este motivo, acogiendo como venida de lo alto una voz íntima de nuestro espíritu, hemos creído estar ya maduros los tiempos para ofrecer a la Iglesia católica y al mundo el don de un nuevo Concilio Ecuménico en correspondencia y continuación de los veinte grandes concilios que fueron a lo largo de los siglos un verdadero medio providencial para incremento de gracia y de progreso cristiano. El eco gozoso que suscitó su anuncio seguido de las oraciones de toda la Iglesia y de un fervor en los trabajos preparatorios realmente alentadores, así como el vivo interés, o al menos la atención respetuosa, por parte de los no católicos e incluso de los no cristianos, han demostrado de forma la más elocuente cómo a nadie ha escapado la importancia histórica del acontecimiento».

«Por tanto, el próximo Concilio se va a reunir felizmente y en un momento en que la Iglesia observa más vivo el deseo de fortificar su fe y de contemplarse en su propia admirable unidad; cuando también siente más urgente el deber de dar mayor eficiencia a su sana vitalidad y de promover la santificación de sus miembros, la difusión de la verdad revelada, la consolidación de sus estructuras. Será ésta una demostración de que la Iglesia, siempre viva y siempre joven, percibe el ritmo del tiempo, y en todos los siglos se va adornando con nuevo esplendor, que brilla con nuevas luces, y realiza nuevas conquistas aun permaneciendo siempre idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa sobre su rostro por el Esposo que la ama y protege, Cristo Jesús».

«En un momento, además, de generosos y crecientes esfuerzos que desde diversas partes se realizan a fin de reconstruir aquella unidad visible de todos los cristianos que responda a los deseos del Divino Redentor, es muy natural que el Concilio contenga las premisas de claridad doctrinal y de caridad

⁴ *Ecclesia* 19, 22-8-1959, 204.

⁵ *Ecclesia*, 27-2-1960, 262.

recíproca que harán todavía más vivo en los hermanos separados el deseo del augurado retorno a la unidad y vayan explanando el camino para ella».

«Por último, el próximo Concilio está llamado a ofrecer al mundo descarriado, confuso, ansioso bajo la continua amenaza de nuevos conflictos espantosos, una posibilidad para todos los hombres de buena voluntad de albergar y disponer pensamientos y propósitos de paz; paz que puede y debe venir sobre todo de las realidades espirituales y sobrenaturales, de la inteligencia y de la conciencia humana iluminadas y guiadas por Dios, creador y rector de la humanidad»⁶.

He aquí, pues, la finalidad directa del Concilio: una renovación interna de la Iglesia, una adaptación pastoral de la misma a las exigencias del mundo moderno dentro de su inmutable verdad, una intensificación de todas sus energías santas para que la corriente de vida divina que en ella circula, dé frutos abundantes y visibles de salvación en lo sobrenatural y derrame su orientadora luz incluso sobre las realidades terrestres en que los hombres se mueven. Será un Concilio eminentemente pastoral y también doctrinal. Así lo vamos viendo a través de las noticias que nos llegan. Este doble carácter nace de la exigencia de nuestro tiempo y de la necesidad que toda pastoral auténtica tiene de la doctrina, reafirmada o desarrollada, en que debe apoyarse para conducir al hombre al recinto de las verdades de la salvación.

No se excluye tampoco la finalidad unionística, antes al contrario, viene siendo atendida desde que el Concilio se anunció, con suaves y discretos procedimientos. Demostración continua y elocuente de ello son las dulces y reiteradas apelaciones del Papa en sus discursos; las visitas de cortesía de altos dignatarios de las Iglesias separadas; los contactos de teólogos y eclesiásticos católicos con los que no lo son, y, sobre todo, la creación del Secretariado para el Fomento de la unión de los cristianos, presidido por el Cardenal Bea. Se está formando un clima esperanzador del que, como en el salmo de la Sagrada Escritura, podríamos decir que *fructum suum dabit in tempore suo*⁷. No pueden resolverse en un momento dificultades y prejuicios que los siglos y las pasiones han ido acumulando. El Papa mismo ha dicho que es necesario lograr, primero, una aproximación (*avvicinamento*)\ luego, el contacto o la marcha en *común* (*riaccostamento*); por fin, la perfecta unidad (*unitá perfetta*)⁸.

Lo importante, por encima de todo, es tratar de conseguir que el rostro de la Iglesia sea más hermoso y más santo o, por más santo, más hermoso. Entonces, ese mismo fulgor de divina belleza podrá atraer a los que viven fuera. «Hemos tomado la determinación –decía el Papa el 1 de abril de 1959 a la Federación de Universidades Católicas–, por muchas y muy importantes razones, de celebrar un Concilio Ecuménico. El cual ofrecerá de suyo un admirable espectáculo de concordia, unidad y unión de la Santa Iglesia de Dios, ciudad puesta sobre un monte; será *por su misma naturaleza* una invitación a los hermanos separados, que se honran con el nombre de cristianos, a que vuelvan al rebaño universal, cuya guía y custodia confió Jesucristo a San Pedro con un acto absoluto de su voluntad»⁹.

⁶ *Ecclesia*, 6-1-1962, 6.

⁷ Salmo 1, 3.

⁸ *Discurso al Clero de las tres Venecias*, 23 de abril de 1959.

⁹ *Ecclesia*, 18-4-1959, 450-451.

CONCILIO Y EVANGELIZACIÓN

Señalada así la finalidad directa del Concilio, queremos dedicar el resto de esta Instrucción pastoral a exponer algunos de los pensamientos que nos sugiere el anunciado propósito del mismo, principalmente en relación con el tema de la evangelización del mundo o propagación del Reino de Dios entre los hombres que le desconocen, sin perjuicio de volver, en otra ocasión, sobre el problema de la unión de los cristianos que merece, ciertamente, una atenta y detenida meditación. Creemos, sin embargo, que es un camino más recto, para situarnos dentro de la atmósfera que el Concilio invita a respirar, la reflexión sobre lo que el gran acontecimiento puede significar para ese mundo alejado y pagano que ahora se despierta a la vida y necesita recibir de la Iglesia de Jesucristo la palabra orientadora.

Por el grandioso alcance de su fuerza divina, por su organización y por el anhelo, que siempre la acompaña, de universalidad en su expansión y su tarea salvadora, la Iglesia no incurre en ninguna jactancia cuando dice que quiere inclinar su mirada de amor sobre el mundo entero. Porque ese entero mundo es su campo de operaciones. Tres zonas hay en él muy definidas. Una, la de los países católicos. Otra, la de los pueblos no católicos pero cristianos. Otra, en fin, la de los continentes no cristianos, formada por numerosas naciones que avanzan ya con fuerza incontenible a ocupar su puesto en la historia y a influir sobre el destino futuro de la humanidad. De estos últimos queremos hablaros. Son los países paganos, las tierras de misión, las naciones remotas que en veinte años de hoy cambian más rápida y profundamente que en diez siglos de ayer, y por lo mismo, suscitan en los demás a la vez el temor y la esperanza.

¿Qué puede significar el Concilio para ese mundo que es también, en gran parte, el porvenir de la Iglesia en la tierra? Vale la pena enfrentarnos con este interrogante para que nuestro espíritu no se pierda entre pequeñas preocupaciones, cuando son tan grandes y tan vastas las que la Iglesia siente en su corazón. Un Concilio Ecuménico, y menos el Vaticano II, no se prepara ni se celebra para que cada cristiano contemple en él su propia alma, tantas veces mezquina y egoísta, sino **el alma de la Iglesia que está hecha para amar, sufrir y redimir a escala universal**. Anticipando la respuesta que pasamos enseguida a declarar, creemos firmemente que el próximo Concilio ha de tener una trascendencia incalculable para el llamado mundo de las misiones, ese mundo que es también el de las masas sin número y los recursos inagotables, agitado todo él en sus entrañas por un fuego que ya nadie puede apagar.

1º. La voz que se va a oír

Dice el libro de los *Hechos* que estando en Tróade el Apóstol Pablo tuvo una visión. *Un varón macedonio se le puso delante, y rogándole, le decía: pasa a Macedonia y ayúdanos. Luego que vio la visión, al instante buscaron cómo pasar a Macedonia, seguros de que Dios los llamaba para evangelizarlos* (Act 16, 9-10). Obediente a esta voz, San Pablo se encaminó hacia Europa y desde aquel día esta porción del mundo empezó a ser deudora, para con Pablo y sus compañeros, del más rico tesoro que ella tiene, la fe cristiana. En el Concilio creemos que se va a hacer oír también una voz procedente de África, Asia,

Oceanía, y que como la de aquel hombre de Macedonia, dice a la Iglesia: Ayúdanos.

Datos de situación

Esta voz está representada por los siguientes datos:

A) Conciencia misionera. No han transcurrido en vano los últimos cincuenta años. En el Concilio, alentada por los Padres Conciliares, va a entrar una conciencia misionera como pocas veces ha existido en la Iglesia. Las grandes encíclicas misioneras de los últimos cuatro Papas, incluido el actual, y la incesante labor de las Obras Misionales Pontificias van a dar ahora sus frutos más logrados. ¿Quién podrá ser indiferente al llamamiento tan solemne y patético, por ejemplo, de la *Fidei Donum* de Pío XII? Cada obispo lleva consigo no sólo su propia conciencia, sino la de la comunidad católica que rige y gobierna, y, aunque es cierto que en la masa católica no ha penetrado el afán misionero con la intensidad deseada, ni mucho menos, también lo es que las mejores minorías de sacerdotes, religiosos y seglares de cada diócesis se muestran progresivamente conscientes del gran problema.

B) Presencia física del hecho misionero. Junto al valor innegable del dato anterior, aparece el que se desprende de una realidad viva y palpitante que se va a producir en el Concilio: la presencia física de 120 obispos asiáticos y 50 africanos. Esto es muy digno de tenerse en cuenta. En el Concilio de Trento la inmensa mayoría de los Obispos participantes pertenecía a cuatro naciones europeas: Francia, Italia, España y Portugal. En el Vaticano I, los 700 obispos reunidos representaban ciertamente a todos los continentes, pero ellos eran, con muy raras excepciones, originarios de Europa. Es la época en que Europa domina al universo y se ha constituido en conductora y guía de todos los pueblos. Y tampoco es toda Europa. La mayor parte de los obispos siguen siendo franceses, italianos, españoles y portugueses. Ahora el cambio es radical. En el próximo Concilio se podrán reunir, de pleno derecho, unos 2.800 participantes. Pues bien, los de Europa, que tiene el 47% de católicos del mundo entero, sumarán el 38% del total; los de América del Norte y del Sur, con el 43% de católicos, representarán el 31% de la asamblea; África, con el 3% de católicos, tendrá una representación del 10,5%; y Asia y Oceanía, con el 7%, alcanzarán el 20,5% de la suma de representantes. Es decir, que la Europa que en el primer Concilio Vaticano lo era todo, dada la condición y origen de sus miembros, en el segundo no excederá del 38% de representación, y ello porque sólo los obispos de Italia suman un 15% de ese número.

¿Qué significa esto? Nada y mucho. Nada, en cuanto que esas proporciones numéricas no son corrientes de opinión, a la manera de las que pueden aparecer en un Parlamento democrático, capaces de llevar a la Iglesia hacia donde no debe ser llevada. En el Concilio es el Espíritu Santo el que, invisiblemente, actuará sobre el alma de sus participantes y velará por su Iglesia. Pero significa mucho dentro de la perspectiva que estamos examinando. Dios no suele ir en contra de la historia; la conduce y la guía, lo cual es muy distinto. Y su Iglesia en el mundo, no obstante su condición sobrenatural, se propaga y corre también dentro de las condiciones en que se desenvuelve la historia humana. La presencia en el Concilio de esos representantes asiáticos y africanos, lleva tras

de sí la de un mundo gigantesco al que hay que prestar atención urgentísima. Hoy ya no son los infantiles pueblos de otros tiempos a los que Europa podía mirar con una conciencia de superioridad que parecía que no podría sufrir jamás quebranto alguno. Hoy ni siquiera admiten la palabra «protección». Prefieren hablar de mutuo servicio y de intercambio. Ya no tienen complejo alguno de inferioridad. Se dan cuenta de que ha llegado su hora. Saben muy bien que la civilización técnica de que se enorgullece Europa, puede ser asimilada por ellos, e incluso sobrepasada, como ocurrió en el Japón, en muy pocos decenios. Y por lo que se refiere al orden moral y las costumbres, se preguntan si tienen algo que aprender de estas naciones europeas, en que el erotismo y la sexualidad desenfrenada convierten las calles y los hogares de muchas ciudades de Europa en grandes y pequeños parques zoológicos. Selva por selva, es mejor y más natural la de los bosques que la del cemento y las salas de cine. No lo olvidemos. Entre ser pagano y estar paganizado hay una diferencia: el ser pagano, dentro de las grandes religiones del Oriente, no significa necesariamente un rompimiento con la ley natural; el estar paganizado, dentro de la llamada civilización occidental, equivale a un retroceso y a una decadencia de esclerosis y muerte.

C) Convergencia de fuerzas y presiones internas. Pero no sólo va a estar presente el hecho misionero en el Concilio como consecuencia de la asistencia física al mismo de estos Obispos asiáticos y africanos. Creemos que no es aventurado afirmar que dentro del mismo se van a dar cita un conjunto de diversos factores, todos ellos nutridos más o menos de energía misionera, que podrán influir eficazmente a la hora de tomar determinaciones. Tales son, en el orden doctrinal, las ideas cada vez más clarificadas sobre la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo; en el orden moral, la apelación a las exigencias de justicia y caridad que obligan a pensar en la ayuda al subdesarrollado; en el disciplinar y sacramental, lo que sobre adaptación de la liturgia y los Sacramentos y sobre distribución del clero viene diciéndose. El Concilio, guiado por el Espíritu, llegará a estas o a aquellas conclusiones, lo cual sabremos más tarde. Pero es evidente que se desarrolla en un ambiente marcado por circunstancias que tienen peso específico de carácter misionero. Fijémonos, además, en que el anhelo de unidad cristiana que se respira, invita a pensar espontáneamente en lo que para la evangelización del mundo representaría esa unidad. Apenas son separables las dos ideas –unión de los cristianos y misiones–. Y es lógico que sea así, pues fue un gemido de angustia de un misionero de la India el que por primera vez preguntó en Edimburgo: «¿Por qué estamos desunidos? Mientras esto suceda, nuestros esfuerzos serán inútiles». Y con su pregunta y su queja dio origen a lo que después se ha llamado *Movimiento Ecumenista*.

La idea misionera y evangelizadora, en el más estricto sentido, no puede menos de salir beneficiada de cuanto el Concilio prepare y haga en el camino de la unidad. En este sentido tendrá particular significación, junto a la presencia de esos obispos asiáticos y africanos, padres en la fe de comunidades católicas recientemente nacidas, la de los orientales fieles a Roma, de tan solemne y venerable antigüedad. Como igualmente ha de estar transida de preocupaciones misioneras del más noble afán evangelizador la participación de los que representan al mundo católico de habla inglesa. Los 170 obispos de los Estados Unidos, y con ellos los del Canadá, Inglaterra, Escocia, Australia, Irlanda, traen consigo un catolicismo luchador, optimista, brioso, hecho a la vida de misión y

combate como a una actitud normal, y particularmente apto, incluso por la formación política de su mentalidad y sus estructuras, para la intercomunicación y las posturas espirituales de alcance universal. ¿No significa nada, a este respecto, el hecho de que los católicos americanos sean los que aportan las dos terceras partes de cuantos recursos económicos ofrece hoy el mundo católico a las misiones? Por fin, quedan los obispos de Iberoamérica, con sus grandes y pequeños países convertidos en un volcán, con su miseria y su grandeza, con sus enormes problemas y sus luchas. Estos también, y aún más que otros, van a hacer pensar a los demás –¿cómo no?– en que la evangelización del mundo es la más urgente tarea.

Jamás hubo un Concilio, como no fuese el de los primeros Apóstoles, en que la disposición de sus participantes estuviera tan trabajada por el afán misionero. En menos de cien años, del Vaticano I al actual, la Iglesia de Jesucristo ha recorrido un camino tal que, inalterable en su esencia, le permite presentarse ante el mundo con un rostro nuevo. ¡Qué grandiosa belleza la de ese rostro divino, tal como va a aparecer dentro de unos meses, con sus cicatrices de viejas heridas y con sus brotes de nueva primavera, con su ancianidad majestuosa y con su gallarda juventud, con sus Pastores procedentes de toda la tierra, por primera vez en veinte siglos de existencia! La Iglesia de la que tantas veces se ha dicho que iba a morir, sale ahora a la superficie con más vigor que nunca, con una página del Evangelio de Jesús en su mano que no dice más que estas palabras misioneras: *Euntes docete omnes gentes* (Mt 28, 19).

D) Presión exterior. Permítasenos añadir un cuarto dato que tiene su valor al hacer este cómputo de factores de influencia, capaces de determinar una postura misionera. Es penoso reconocerlo, pero una vez más recordaremos que el Señor no ha plantado el árbol de su Iglesia fuera de este mundo. Está en él y con él avanza. Las persecuciones también le aprovechan. Hacen pensar y meditar.

Hoy existe una fuerza que nos obliga a algo más, a tomar posiciones rápidamente. Es el comunismo, dotado de un poder de expansión vertiginoso; misionero él también, pero al servicio del mal; temiblemente organizado, verdadera anti-Iglesia que también busca, y en parte las domina ya –no sabemos por cuánto tiempo– tierras de Asia, África y Oceanía. Otros Concilios pudieron sentir la presión de una determinada herejía, o de un sistema de herejías con implicaciones político-sociales. Pero el comunismo es más. Es herejía y fuerza, es política y técnica, es mística y dominio, es riqueza y destrucción, todo a la vez. Actúa además en un momento en que las distancias se han borrado, cuando se ensayan aviones que pueden hacer 6.000 kilómetros a la hora, cuando las minorías de los pueblos más remotos viajan y estudian en Liceos y Universidades como pueden hacerlo los hijos de familia de Londres o Madrid, cuando la información y la noticia y la propaganda dan la vuelta a la tierra, en minutos más que en horas. La abierta agresividad del comunismo aprovecha y utiliza todo esto, sin reparar en esfuerzos, para el ataque permanente. En Indonesia, en China, en diversos países africanos, los militantes comunistas aumentan sin cesar. ¿Cómo se podrá permanecer indiferente a todo esto? Y ¿cómo luchar con eficacia a no ser con la implantación y propagación del Reino de Dios? Las planificaciones económicas solas no podrán resistir la fuerza de una ideología tempestuosamente arrolladora.

Programa de Educación Atea

Tomamos de la Revista *Acies Ordinata*, órgano central de las Congregaciones Marianas, que se publica en Roma, la siguiente información; «En su extensa relación del 17 del octubre pasado en la inauguración de los trabajos del XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS, el Jefe del gobierno ruso dice entre otras cosas; “La educación del hombre nuevo es un proceso largo y complicado... Ante todo, hay que preocuparse de descargarlo del peso del pasado... Las sobrevivencias del pasado son una fuerza terrible que actúa como una pesadilla en el espíritu humano... La educación comunista supone la liberación de la conciencia de los prejuicios y supersticiones religiosas... Es menester un sistema ponderado y articulado de educación científica atea que abarque a todas las clases y grupos de la población y que impida la difusión de ideas religiosas, sobre todo entre los niños y los jóvenes... Los intereses del edificio comunista reclaman que los problemas de la educación comunista ocupen el centro de la atención en la acción del partido... Un nivel más alto de la acción ideológica es condición necesaria para el éxito de toda nuestra actividad práctica... El partido, asimismo en el futuro, ha de educar a todos los soviets en un espíritu de intransigencia respecto de toda manifestación de ideología burguesa...”».

Más de un millón de militantes

«Uno de los más importantes instrumentos puestos al servicio de la propaganda de la ideología comunista es la Asociación pansoviética para la difusión de los conocimientos políticos y científicos. Su presidente, N.N. Semjonov, destaca en su discurso pronunciado en el congreso que la Asociación cuenta actualmente con 1.200.000 miembros activos, subdivididos en 75.000 grupos, cuyos dos tercios están en el campo. Los miembros de esta Asociación trabajan con febril actividad, organizan numerosas conferencias. En 1956 pronunciaron dos millones de discursos. En 1960, las conferencias dadas llegaron a diez millones, y de ellas el 89 por 100 enteramente gratuitas. Huelga notar que la parte más importante de estos discursos iba contra la religión».

Prensa de ideología comunista

«Para intensificar y propagar la influencia comunista del partido entre las masas, –dijo también el mismo Jefe del Gobierno– tienen un valor importante las orientaciones políticas, las lecciones, la educación de la masa en materia política y cultural, así como la prensa, la radio, la televisión, el cine, la literatura y las artes. Significa mucho que en estos veinticinco años la circulación diaria de los periódicos ha crecido en veinte millones y la circulación anual de revistas y demás publicaciones periódicas ha aumentado en 417 millones de ejemplares. La Unión Soviética publica más libros que cualquiera otra nación del mundo. Es una exhibición de marca que el partido ha logrado en el desarrollo de la cultura socialista y la propaganda de la ideología comunista»¹⁰.

Los datos impresionan. Pero aún impresionan más las conquistas hechas y logradas. Todo esto ha de estar también presente en el Concilio y va a hacer oír su voz, a través del corazón y el espíritu, no angustiado, ni desesperanzado,

¹⁰ *Ephemerides Congregationum Marianarum*, n.º 1, 1962, 22-23.

pero sí noblemente preocupado e incluso entristecido, del Vicario de Jesucristo y los sucesores de los Apóstoles.

2º. Posibles orientaciones misioneras del Concilio

A esa voz que llama con los gritos que brotan de la conciencia y el hecho misionero presentes en el Concilio, y de las providenciales presiones, internas unas y externas otras, ¿qué respuesta dará el Vaticano II? Grave impertinencia sería tratar de hacer de augures y adivinos, y torpeza intolerable querer señalar lo que el Concilio debe hacer, mandar o prohibir. Lo que la Iglesia pide a sus hijos, en esta hora de colaboración y de plegaria, es confianza serena en sus decisiones que no serán exclusivamente humanas. Tampoco debemos incurrir en el sensacionalismo y las locas aventuras de la información inconsciente. Hasta que las actas del Concilio no estén aprobadas, no sabremos con exactitud las determinaciones que se han de tomar. Lo único que ahora podemos hacer es examinar el ambiente que se va produciendo, valorar la importancia de las noticias autorizadas que nos llegan, calcular prudentemente las consecuencias que en orden a la evangelización del mundo pueden tener las orientaciones que a su trabajo van dando las diversas Comisiones, y finalmente manifestar con humildad y con respeto nuestros propios deseos y esperanzas.

A) Hechos ciertos

Entre las diez comisiones preparatorias sabemos que existe una dedicada a las misiones. Forman parte de ella 22 miembros y 25 consultores. Presidente y Secretario son el Cardenal Agagianian y Monseñor Mathew, antiguo Delegado Apostólico en África y obispo de la India. Figuran entre sus componentes el P. Pío de Mondreganes, Capuchino español, bien conocido por sus publicaciones, perteneciente a la Facultad de Misionología de Propaganda Fide; el P. Legrand de Schent, antiguo misionero en China y director en la actualidad de la revista «Cristo al Mundo», en la cual ha publicado interesantísimos artículos sobre el tema «El Concilio y las Misiones»; Monseñor Paventi, muy conocido en España por sus intervenciones en las Semanas Misionales en Burgos y Bérriz. Al igual que éstos, todos los demás que la componen, son hombres de una experiencia y conocimientos excepcionales en la materia, y podemos estar seguros de que cuanto nosotros pensamos y sufrimos es también meditado y sufrido por ellos mismos dentro de las mayores garantías de exactitud y eficacia en su planteamiento.

Esta Comisión, según *L'Osservatore Romano* del 1 de abril, ya ha presentado a la Comisión Central algunos esquemas, de los cuales han sido examinados tres que versan sobre la disciplina del pueblo cristiano en los países de misión, los estudios eclesiásticos en los mismos y la cooperación misionera. En la referencia que se ha dado se habla insistentemente de adaptación, de visión realista de las condiciones y exigencias de los cristianos en tierras de misión. A esta luz se estudian esos temas y se hacen las oportunas sugerencias. Fundamentalmente –se nos dice– los problemas de la vida cristiana, y por consiguiente de la disciplina de los fieles, son idénticos en los países de vieja tradición católica y en los países de misiones. La Iglesia no busca más que un fin, que es el mismo en todas partes: la santificación de sus hijos. Pero pueden variar las circunstancias por las cuales una ley sea de más fácil actuación en un sitio determinado y otras

lo sean menos. En una palabra, adaptación de los medios en orden al fin. ¿Cómo se hará y en qué ha de consistir esta adaptación? Tenemos que esperar con calma y con prudencia. Seguramente podrán aparecer normas y decisiones menos tímidas que hasta ahora, una vez que la experiencia y la reflexión han permitido formarse juicio exacto sobre la lengua litúrgica y los ritos; sobre las diversas formas de catequesis a niños y adultos; sobre la disciplina de ciertos Sacramentos como la Confirmación, la Penitencia, la Eucaristía, el Matrimonio; sobre el lenguaje pastoral de obispos y sacerdotes; sobre los medios de difusión de la palabra de Dios; sobre la formación de los cristianos y los clérigos en una línea de mayor exigencia apostólica. Acaso veamos que se proyecta definitivamente la luz sobre una cuestión tan debatida hoy como la del diaconado, no como orden de paso para el presbiterado, sino con carácter fijo y permanente y con exención de determinadas obligaciones. Desde luego podemos estar seguros de que el Concilio se esforzará en tomar todas las medidas precisas para hacer ver lo que por otra parte tantas veces ha afirmado la Iglesia, y sobre todo en los últimos tiempos: que su mensaje de salvación no está vinculado a ninguna civilización o cultura determinada, sino que se solidariza y se encarna en todas las formas de vida y progreso en que la historia humana va desarrollándose. El momento, por lo demás, es sumamente propicio. El colonialismo está en la agonía. La Iglesia, es la avanzada en los países de misión, se va a encontrar sola. Ya no podrá ser confundida, como sucedía con frecuencia, a pesar de su esfuerzo en evitarlo, con el color de la bandera de las potencias coloniales de donde también sus hombres precedían. Creemos que esto ha de ser para las misiones sumamente provechoso, como lo fue para la Iglesia en general, aunque la comparación, no sea exacta, la desaparición de los Estados Pontificios.

Presumible es también que se prestará singular atención, dada la hora crucial que los países de misión están viviendo, al propósito de que se haga ver con toda claridad que la predicación del cristianismo y la difusión de la Iglesia no se oponen, antes al contrario, favorecen –como el Papa indica en la *Humanae Salutis*– las nobles conquistas humanas en el orden técnico y social. No podemos olvidar que estas dos ideas –civilización técnica y promoción social– van a jugar un papel decisivo en la mentalidad de los países subdesarrollados en los próximos decenios.

Todos estos aspectos podrán ser considerados dentro de esa línea de prudente adaptación, que se nos anuncia. De que ello es fervorosamente deseado nos da idea la siguiente declaración del Cardenal Gracias, de la India, el cual, presidiendo una reunión de 37 obispos de Asia y África, celebrada hace tres años en Holanda sobre el tema de la Liturgia, dijo: «Estimo que nosotros, miembros de la Iglesia en las misiones, estamos bien situados para decidir con toda humildad en qué medida las reformas y adaptaciones pueden contribuir al crecimiento espiritual de nuestros fieles... Los símbolos, las acciones, las plegarias, que integran la liturgia, deberían adaptarse al genio de cada pueblo. Del mismo modo que durante la primera expansión del cristianismo la liturgia tomó diferentes formas en Siria, en Grecia y en Roma, ¿porqué la nueva expansión de la Iglesia no habrá de desembocar en una liturgia china, india, africana...? Unidad de la Iglesia no significa uniformidad».

En esa misma reunión, un africano dijo textualmente: «La realidad es que millones de negros viven la misa romana... Se trata de saber si la viven renunciando a lo que son, o si encuentran en ella una coronación de sus profundas aspiraciones».

Y como para dar la razón a estas sugerencias, otro de los congresistas hizo notar que el rito etíope, que se remonta a la más alta antigüedad cristiana, y es por sus elementos auténticamente africano (danza, inspiración libre, música ..) podría servir de ejemplo para la adaptación cultural, ya que se da el caso de que es un rito cristiano y, por ser de raíces africanas, es el único que se ha mantenido próspero en medio del proselitismo musulmán, pues existen aún hoy diez millones de cristianos etíopes.

B) Toda la Iglesia, misionera

Pero donde seguramente el Concilio ha de ofrecer una orientación misionera de más profundo alcance, será en la llamada que puede hacer a la consideración seria y al compromiso sagrado, por parte de toda la Iglesia, de situarse en estado de misión, entendiendo por tal no sólo el espíritu de apostolado activo y militante al que nos referimos cuando exhortamos a los fieles de nuestros países católicos a que vivan de acuerdo con las exigencias de su fe en el ambiente en que están, sino a un estado de misión sin restricciones, equivalente a tensión misionera de signo universal, puesto que la Iglesia es una.

Sabemos que el propósito del Concilio, según reiteradas manifestaciones del Papa, es la renovación interna de la Iglesia, mediante la renovación espiritual de sus hijos. «La obra del nuevo Concilio Ecuménico –ha dicho– va toda ella encaminada a hacer que la Iglesia de Jesús resplandezca con las líneas más sencillas y más puras de su natividad, y a presentarla como su Divino Fundador la hizo».

Ahora bien, esta renovación exige que las grandes ideas del amor universal a las almas todas, la preocupación por colaborar a la voluntad salvífica de Dios y el cumplimiento del testamento redentor de Jesucristo, la conciencia de apostolado y de la Iglesia, Cuerpo Místico que tiene que crecer y ayudarse en sus miembros, sin límites en el espacio ni en el tiempo, se instalen definitivamente con carácter de normalidad en el conjunto del pueblo cristiano, viva éste donde quiera que sea. Si ello no se logra, no existirá la renovación que se pretende. Nos quedaremos en la superficie.

Esperemos las decisiones conciliares en este aspecto, que han de ser muchas y muy importantes, y no sólo cuando se trate específicamente del tema de las misiones. A despertar esa conciencia, base indispensable de la necesaria renovación, han de ir encaminadas múltiples medidas, aun procedentes de diversas Comisiones, y si la cristiandad las acepta y asimila, se producirá, como espontáneo resultado, la vigorización de la conciencia misionera de índole universal. Sin poder precisar más, puesto que todo serían conjeturas, nos limitaremos a decir, casi en tono de humilde y encendida plegaria, que esperamos confiados del Señor prepare por medio del Concilio para su Iglesia santa nuevos caminos que a todos nos lleven a pensar con dolor apremiante que la actual situación no puede seguir así... Que tenemos que pensar con amor todos los sacerdotes y los obispos en la Iglesia de Dios más que en la nuestra...

Que en los seminarios y casas religiosas del mundo los alumnos deben ser formados de otro modo, con mucho más afán universalista del que ahora tienen... Que las diócesis y circunscripciones eclesiásticas deberán hacer compatibles las exigencias de su naturaleza jurídica con la visión católica más allá de sus fronteras, ayudando las que hace tiempo existen, a las que empiezan a existir... Que no podemos seguir repitiendo, sin más, que para 500 millones de católicos tenemos 359.000 sacerdotes y sólo 33.000 para 1.900 millones de no cristianos... Que en las catequesis de niños y adultos, y en la formación de la juventud, y en el confesonario, y en el púlpito, se debe dar toda la importancia que tienen a estas ideas substanciales para toda vida cristiana... Que, si no se la damos y trabajamos cuanto sea posible para que se vivan, seguiremos asistiendo al vergonzoso espectáculo de un catolicismo de retaguardia, hedonista e idólatra del confort y del sentido pagano de la vida... Que no es cristiano derrochar el dinero y las fuerzas para satisfacer las pasiones más inmundas, y negar después unos céntimos a la obra de la Propagación de la Fe... Que no tiene explicación convincente dentro del conjunto de las verdades de nuestra fe, que la Iglesia misionera no pueda establecer escuelas, universidades, periódicos, todo aquello que en la vida moderna exigen los medios de difusión del pensamiento, mientras en la retaguardia acaso distribuimos mal los recursos o los gastamos en atenciones superfluas para el culto o los acumulamos en tesoros artísticos y suntuarios que podrían representar la solución de problemas vitales en otras partes de la Iglesia... Que al ritmo de crecimiento actual, los 1.900 millones de no cristianos de hoy pasarán a ser dentro de un siglo cuatro o cinco mil millones, porque el número de paganos aumenta cada año en 30 millones, mientras que el de bautizados en tierra de misión sólo llega, incluidos los adultos, a 800.000... Que Rusia en 44 años de régimen comunista ha impuesto su yugo a mil millones de hombres, un tercio de la humanidad.

Pensemos todo esto y esperemos con reverencia lo que el Concilio determine para cumplirlo después con la generosidad de los que verdaderamente aman a Jesucristo Redentor. De lo que se haga en este sentido depende, humanamente hablando, el porvenir de la evangelización del mundo. El Concilio no puede desconocer, sino, por el contrario, confirmar y urgir hasta sus últimas consecuencias las declaraciones terminantes y las vehementes determinaciones de los últimos Pontífices, que han hablado, con santa y apostólica reiteración, del deber que tienen los obispos, las parroquias, las universidades y colegios, la Acción Católica, los seculares en general, en una palabra, todos los bautizados, de preocuparse vivamente por la extensión del Reino de Dios.

Para lograr este estado colectivo de conciencia misionera, tendrán que cambiar muchas cosas y modificarse muchas actitudes. La situación de ánimo, hoy tan generalizada en la cristiandad, de indiferencia glacial frente al mandato de Cristo de difundir por todo el mundo su fe y su palabra, actúa como un cáncer que destruye los tejidos internos de la comunidad cristiana y la convierte en un cuerpo anémico, haciendo de ella una asociación que está en contradicción consigo misma. Tenemos que reconocerlo con inmenso dolor, pero con humilde sinceridad que nos ponga en el camino del arrepentimiento.

La formación doctrinal de nuestros fieles carece de sólidos fundamentos dogmáticos; su piedad se extravía en múltiples direcciones, que desorientan y

confunden; su generosidad escasa es solicitada para las más diversas atenciones, que les son presentadas siempre como primarias y esenciales aunque tengan un valor secundario. Nosotros, los sacerdotes, estamos frecuentemente divididos y mezquinamente agitados por preocupaciones no siempre apostólicas; nuestras estructuras envejecen muchas veces en un quietismo vergonzoso. ¿Cómo es posible, si esto no se corrige, que se produzca el gran movimiento evangelizador que la Iglesia está pidiendo? Y lo más dramático es que la corrección tiene que hacerse con urgencia apremiante. No hay tiempo que perder.

«No olvidemos que todas estas necesidades deben remediarse rápidamente – decía Pío XII en la *Fidei Donum*– y que ellas reclaman un aumento de energía apostólica en la Iglesia, de modo que se lancen a los campos del Señor innumerables legiones de apóstoles, semejantes a los que hubo en la primitiva Iglesia»¹¹.

Y en la misma encíclica añadía, hablando de ciertas regiones de África: «Con veinte misioneros más, enviados generosamente a dichas zonas, podría lograrse la implantación de la Cruz en lugares en que tal vez mañana sea tarde, porque otros obreros, que no son los del Señor, se adelantaron a cultivar el campo del apostolado»¹².

Razonablemente podemos pensar que el Concilio tendrá presente todo esto, ¿cómo no? Y afirmará una vez más los grandes dogmas misioneros, y pedirá que se forme a los fieles de acuerdo con sus exigencias; de manera mucho más efectiva que hasta aquí se ocupará de la Acción Católica y del apostolado de los seglares en relación con las misiones; dictará normas sobre el problema angustioso del personal misionero para poder llegar a cifras que permitan no sentirse atemorizados ante la perspectiva de su escasez pavorosa; estudiará la organización de los seminarios y centros de formación en países de misiones, el reclutamiento de vocaciones, la unión de fuerzas, la creación de focos de cultura y ciencia profana, el sostenimiento de la Iglesia por los mismos países en donde se establece. La adaptación de las culturas y formas de vida, la aplicación de las normas morales y disciplinares, incluso la posible modificación de ciertos aspectos del Derecho Canónico, serán, quizá, objeto de estudio. Detengámonos con respeto aquí, sin intentar predicciones que no es prudente hacer.

El Concilio conoce y pondera lo que significan las estadísticas aterradoras que se nos ofrecen sobre el crecimiento demográfico, sobre la futura influencia de Asia en el mundo entero, sobre el proselitismo, ahora renacido, del Islam y del Budismo. Todo está lleno de peligros. Pero también todo está lleno de esperanza.

3º. Confiemos en la Iglesia

Sí, ante todo confianza. Una cristiandad descorazonada y temerosa sería el mejor punto de apoyo para el enemigo de Dios y de las almas. Somos discípulos y seguidores de Jesucristo, el cual, poco antes de morir en la cruz, pronunció estas palabras, humanamente desconcertantes. *Confidite, ego vici mundum:*

¹¹ *Ecclesia*, 18-5-1957, 558.

¹² *Ibid.*, 555.

Confiad, yo he vencido al mundo (Jn 16, 33). No dice le venceré, sino he vencido. Y en efecto le venció. De esa victoria vivimos cuantos creemos. Porque nuestra fe es nuestra victoria.

«La Iglesia no tiembla ni tiene miedo –ha dicho Juan XXIII–; está acostumbrada al sufrimiento y a las contradicciones». Ha conocido en su caminar a través de la historia dificultades ingentes de las cuales ha salido triunfante y engrandecida. Esa porción, numerosa ciertamente, de cristianos que a ella pertenecen, carentes de fe viva y de amor a Dios y al prójimo, es la que retarda las nuevas victorias que ahora también puede conseguir.

Pero hijos suyos son al mismo tiempo los muchos, muchísimos creyentes, que se esfuerzan generosamente por ser luz del mundo. Quizá nunca ha habido tantos como hoy en el seno de la comunidad cristiana. Lo único que necesitan es la orientación que va a llegar por medio del Concilio. Esto no quiere decir que tal orientación no haya existido en los postreros tiempos. Ha existido y ha demostrado su eficacia. Los Papas últimos, al hablar concretamente del problema que estamos examinando, se han visto también dulcemente obligados a reconocer, llenos de santa alegría en su espíritu, los éxitos logrados, el trabajo de los misioneros, el avance de la Iglesia.

Pío XI consagraba en 1923 a los primeros obispos del Extremo Oriente; Pío XII designaba en 1939 a los primeros prelados africanos y en 1946 al primer Cardenal chino; Juan XXIII designaba en 1960 al primer Cardenal de África. Los sacerdotes nativos han pasado de 1.100, que eran al comenzar el siglo actual, a 12.932 en nuestros días. Y los obispos, de 28 en 1940, a 229 en la actualidad. Los seminaristas son hoy 32.211. Esto es un triunfo espléndido de la Iglesia evangelizadora.

Cuando hablamos de la nueva orientación que del Concilio se espera, como motivo supremo de nuestra confianza, nos referimos a determinaciones y medidas reclamadas por una situación nueva, no imprevista, pero sí explosivamente manifestada en estos años que estamos viviendo. Esta explosión que se produce en nuestros días, cuyo carácter hemos ya examinado, tumultuosa, rapidísima, simultánea, con su carga tremenda de nacionalismo e independencia política, idolatría de la técnica, odio al blanco, crecimiento incontenible, tendencias comunistas, proselitismo musulmán e hindú, es la que exige un replanteamiento de la gran batalla, la cual se hará siguiendo las líneas ya trazadas por los últimos Pontífices. Lo que se necesita es que toda la Iglesia sea Iglesia misionera. «Que se sitúe en estado de misión» (Card. Suenens). «Sin incurrir en juegos de palabras, las misiones son hoy la misión de la Iglesia» (H. de Lubac). «La actividad misionera constituye el principal deber pastoral y la más importante y más santa de todas las obras católicas», según Pío XII; «la máxima preocupación del Pontificado Romano», según Juan XXIII; «ninguna obra es más elevada, más santa, más universal tanto en su origen como en su fin» (Pío XII); «ninguna más útil ni más urgente» (Juan XXIII). En la aceptación normal, por parte de todos, de estos principios que en el Concilio serán solemnemente declarados y desarrollados, radica la posibilidad de éxito de la gran empresa misionera que tendremos que vivir en este mismo siglo.

No han pasado aún cien años desde que se celebró el Concilio Vaticano I. La obligada interrupción del mismo le impidió llevar a término muchos de sus

propósitos, tanto en el orden doctrinal como en el pastoral. Tal sucedió con lo relativo a las misiones.

Nos resulta grato saber que ya entonces un obispo húngaro, Mons. Roskowsky, pedía que se diese un decreto de apoyo y ayuda a la Obra de la Propagación de la Fe, y en el mismo sentido, con relación a la Obra de la Santa Infancia, se manifestaba un grupo de 35 Vicarios Apostólicos. Aun más notable es el hecho de que 63 Padres Conciliares y Vicarios Apostólicos recordaron que se tratase de África, la cual dicen ellos con más altisonancia de caridad que exactitud de exégesis, «gime bajo la maldición de los hijos de Caín»¹³.

Se designó una Comisión Preparatoria con el nombre de *Pro Ecclesia Orientali et Missionibus*, que elaboró sucesivamente tres esquemas. En el definitivo, distribuido el 26 de julio de 1870, se habla de la necesidad de que el misionero modifique su estilo apostólico y procure a todo trance la adaptación al ambiente para no llevar consigo el modo de vivir europeo; del respeto y la caridad hacia los fieles y los que puedan serlo; de la obediencia a la autoridad civil; de la necesidad de desembocar en la formación de los autóctonos para que lleguen al sacerdocio y al episcopado, en contra de lo que algunos estimaban; del establecimiento de seminarios perfectamente organizados y de la conveniencia de enviar los mejores alumnos a Europa para completar su formación, A noventa años de distancia, estas propuestas y directrices –dice el P. Masson, S.J.– conservan su interés. Son indicaciones prometedoras ya de la gran acción misionera que poco a poco se irá instituyendo, que madurará después entre los años 1919 y 1940 y estallará más tarde con espléndida pujanza entre 1945 y 1960.

Como igualmente emociona saber que once obispos franceses redactaron un proyecto destinado al Concilio, al final del cual incluían un programa de índole misional y también unionista. Entre los firmantes se hallaba la figura excepcional de Mons. Dupanloup, Obispo de Orleans.

El documento, por lo que toca el aspecto misional, se abre con una referencia estadística, que da las siguientes cifras. En aquel entonces se estimaba que la población mundial era de 1.200 millones de hombres. Más de 800 millones de ellos «yacen en las tinieblas de la infidelidad». Entre los cristianos, 70 millones viven «separados del seno de la Iglesia por el cisma griego». Se cuentan 90 millones «repartidos entre diversas sectas de protestantes». Después de afirmar la integridad de la verdad católica, el documento señala que las circunstancias marcan un momento favorable para la difusión del Evangelio en el mundo: la rapidez de los viajes, los intercambios entre los pueblos, etc. Es indudable que buena parte de las ideas de este preámbulo pertenecen directamente a Mons. Dupanloup, que a primeros de noviembre de 1869, un mes antes de la apertura del Concilio, escribía a sus diocesanos estas palabras: «Desde este elevado lugar del Vaticano en el que se encontrarán (los obispos) dirigiendo su mirada sobre la tierra entera, qué serio examen tendrán que hacer sobre el estado del mundo y sobre la acción de la Iglesia en el mundo. Desde hace 18 siglos la verdad ha irradiado sobre el universo; el nivel general de lo verdadero, de lo bello y del bien se ha elevado admirablemente bajo la mano de Jesucristo. Un sol nuevo ilumina el mundo moral en su conjunto. Pero sin embargo, cuántos

¹³ P. MASSON, en *Eglise Vivante*, enero-febrero de 1962, 40.

millones de criaturas hay que convertir al cristianismo... Y la incredulidad y la inmoralidad oprimen pesadamente a 400 millones de hombres, que no ignoran a Jesucristo. Esta es la verdad desnuda... Las distancias no existen ya, los continentes se aproximan, los mares se comunican, los transportes se aceleran bajo nuestros pies. ¡Qué tristeza, qué vergüenza, si este siglo siguiera siendo el siglo de la polémica y del miedo, en lugar de ser el tiempo de la esperanza y del apostolado! ¡Salgamos de Europa y de las pequeñas querellas de Europa! ¡Cambiemos! ¡Ensanchemos nuestros horizontes a la vista de esos 800 millones de hombres que hay que convertir!»

¿Qué diferencia hay entre esas palabras y las que hoy puedan decirse a la vista del gran problema? Por eso mismo, confiemos. Porque si entonces ya se pensaba así, aunque en el Concilio no participaba ningún representante nativo de los países de misión, calcúlese lo que ahora podrán decir, llenos de autoridad y humilde amor, los casi 700 obispos de Asia, África, Oceanía, de los cuales son nativos cerca de 200.

Confiemos, pues. Confiemos también en que algún día, no demasiado lejano, pueda producirse la unión de los cristianos, finalidad a la que el Concilio está llamado a prestar grandes servicios, con lo cual la evangelización del mundo podría dar un paso gigantesco. Confiemos incluso en que, bajo la bárbara presión del materialismo comunista, el soplo espiritual de las religiones del Oriente como el budismo, pueda llegar a aproximarse, lejos de toda hostilidad, como quien busca su mejor defensa, a la religión que Jesús trajo a la tierra. Confiemos, sobre todo, en que ésta es una empresa en que el Señor es el principal artífice. La conversión del mundo no es una cuestión puramente técnica. El problema que se plantea no se resuelve únicamente con el estudio de las estadísticas ni con planes de propaganda, aunque nada de esto debe ser despreciado. Es Dios el que actúa, y nuestro deber es colaborar con Él. Entonces todo puede cambiar.

CONCLUSIÓN

Poco más ya, venerables hermanos y amadísimos hijos. Dentro de unos meses, el Concilio será inaugurado, y otra vez la Iglesia, como en los días mejores de su historia gloriosa, invocará la acción del Espíritu Santo sobre ella para que los pasos que ha de dar sean seguros. Lo serán, ciertamente. Los hombres que se van a reunir en la gran asamblea están puestos por el mismo Espíritu para regirla y gobernarla. No son criterios humanos los que a ellos les guían. Ni les asustará el temor ni les cegará la presunción. Una tranquila seguridad acompañará sus decisiones, propia de quienes todo lo esperan de Dios en cuyas manos está el destino de la humanidad.

Muchos y graves asuntos serán considerados. Por nuestra parte, hemos querido solicitar vuestra atención en favor de aquel que, en realidad, es el más importante de todos: la evangelización del mundo. Todos los demás, por diversos que sean, sólo tienen una justificación para ser tratados: la de su relación, más o menos directa, con esta preocupación fundamental y misión principalísima de la Iglesia: salvar las almas, extender el Reino de Dios, predicar el Evangelio, dar a conocer a Jesucristo Redentor.

Hemos creído que de esta manera, como por elevación, nos sería más fácil persuadirnos de la necesidad de adoptar una actitud consecuente. Esta actitud es doble. Plegaría fervorosa por un lado; dócil disposición de ánimo por otro. Es necesario orar, orar mucho, antes y durante el Concilio, no porque Dios lo necesite, sino porque lo necesitamos nosotros para que el Señor nos oiga y se compadezca del mundo que no ora. Y a la vez, docilidad de espíritu para aceptar las disposiciones que han de venir, y para identificarnos ya desde ahora con lo que es un propósito bien definido del Concilio: renovación de la vida cristiana. Si nuestro espíritu se resiste, aunque Dios nunca fracasa, el Concilio podría fracasar en su intento. No hay que pedir milagros. La renovación deseada exige que todos colaboremos empezando por renovarnos a nosotros mismos y no limitándonos a desear que se renueven los demás.

Cada uno de nosotros, sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas, seglares pertenecientes a la comunidad católica diocesana, tiene mucho que corregir dentro de sí mismo. En la medida en que lo haga, podrá prestar su servicio mejor a la causa de Dios que el Concilio va a examinar.

Mientras pedimos al Señor y esperamos confiados que estas palabras nuestras tengan en vuestros corazones el eco apetecido, con paternal efusión os bendecimos a todos en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo.

Dada en Nuestra Residencia Episcopal de Astorga, el día treinta de abril, festividad de Santo Toribio, Patrono de la Diócesis, del año del Señor, mil novecientos sesenta y dos.

† MARCELO, *Obispo de Astorga*

PARTE DISPOSITIVA

1º. Pedimos a todos los Sacerdotes, Superiores y Superioras de Casas Religiosas, Rectores de nuestros Seminarios y Colegios, Consiliarios y Presidentes de las diversas Asociaciones de Apostolado, que esta Carta Pastoral sea meditada, leída y convenientemente explicada a los fieles, y a cuantos son súbditos suyos o miembros de la Asociación respectiva.

2º. Más que marcar un programa rígido de actos de oración y plegaria, con peligro de mecanicismo y de rutina, preferimos rogar a cuantos tienen cargos de responsabilidad –todos los citados anteriormente–, que discurran por su cuenta las iniciativas que juzguen provechosas para hacer que suban al cielo constantes oraciones por el éxito del Concilio y por la docilidad de espíritu de todos los católicos. Y esto, ya desde el próximo mes de mayo y mientras el Concilio dure.

3º. De manera especial debe procurarse que todos, incluso los niños, reciten con frecuencia y devoción la oración por el Concilio compuesta por su Santidad Juan XXIII.

4º. A los Sacerdotes y Seminaristas les hacemos un encargo y ruego más concreto: que lean y mediten los documentos y discursos del Papa que sobre el tema del Concilio han ido publicándose en el Boletín de estos años. De modo

especial mediten la Exhortación Pontificia *Sacrae Laudis* sobre el rezo del Breviario, y los discursos del Papa sobre la formación de los Seminaristas.

5º. Quisiéramos que en la S.A.I. Catedral de nuestra ciudad de Astorga, desde el mes de mayo y a determinadas horas del día, ardiese un cirio a los pies de Nuestra Señora de la Majestad, ofrecido sucesivamente por diversas Asociaciones y personas, y que durante esas horas apareciesen con frecuencia sacerdotes y seglares para hacer una breve oración ante el Sagrario y una súplica a Ella, la Madre de todos los cristianos. Lo mismo debería hacerse ante la Santísima Virgen de la Encina, en Ponferrada, y en todas las demás ciudades, villas y pueblos de la Diócesis, en que sea posible organizarlo, porque existen parecidas circunstancias de devoción. Encomendamos la realización de este deseo a la Junta Diocesana de Acción Católica, de acuerdo con el Excelentísimo Cabildo Catedral, por lo que se refiere a la ciudad de Astorga. Y en cuanto a Ponferrada, a los Sres. Ecónomos de las diversas Parroquias, previa la deliberación de todos.

AL SALIR PARA EL CONCILIO

Exhortación pastoral, del 17 de septiembre de 1962, con motivo de la inminente inauguración del Concilio Vaticano II. Publicada en el *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, 1 de octubre de 1962.

Cuando este número del Boletín de la Diócesis llegue a manos de muchos de vosotros, seguramente me encontraré ya en Roma y estarán a punto de abrirse, o se habrán abierto ya, las sesiones del Concilio Vaticano II en que, con los demás Padres Conciliares del mundo entero, he de tomar parte.

Para una Diócesis como la de Astorga, de tan venerable antigüedad, no es nuevo el hecho de que su obispo se ponga en camino, obediente a la llamada de la Iglesia, para intervenir en tareas conciliares de carácter ecuménico. Más de una vez hubieron de hacerlo así los Pastores de esta grey asturicense y llevaron la voz y los deseos de esta comunidad diocesana juntamente con su pensamiento y sus votos para unirlos, guiados por la reflexión y el amor y, lo que es más importante, por la luz del Espíritu Santo, a las deliberaciones comunes que hicieron resplandecer y progresar la fe cristiana.

También ahora va vuestro obispo al Concilio. Consciente de su indignidad personal, pero amparado en la autoridad que la Iglesia misma le concede, con humildad y con fe, acude a Roma para cooperar con sus hermanos, en unión y subordinación a la suprema Jerarquía del Vicario de Cristo, en el examen y en las decisiones que allí han de tomarse respecto a tantas cuestiones de gravísima importancia.

Esto es lo primero que pienso deciros. Vuestro Obispo no va solo al Concilio. Vais vosotros con él. Lleva vuestra plegaria, vuestro legítimo interés por los temas que han de tratarse, y también, de algún modo, vuestro pensamiento y vuestros deseos. De manera implícita y explícita, vosotros, los sacerdotes, las comunidades religiosas, y muchos de los fieles de la diócesis, habéis manifestado también vuestro voto de lo que es común aspiración de la cristiandad católica: la renovación de la vida cristiana, finalidad inmediata del Concilio. En este sentido, todas las diócesis del mundo, también la de Astorga, harán oír su voz mediante la voz de sus obispos, no porque éstos sean delegados suyos, sino porque son los maestros y los padres de su fe, de cuya pureza cuidan y de cuyo aliento vital son portadores. A la hora de decir sí o no a las cuestiones concretas que allí se propagan, los Padres Conciliares son los únicos que tienen derecho a manifestar su voto, y es sólo a ellos a quienes la luz del Espíritu ha sido prometida, pero no estará ausente de su deliberación ni de sus decisiones el *sensus communis Ecclesiae* en la medida en que deba hacer acto de presencia.

Por consiguiente, os exhorto a todos a que, con clara conciencia de esta incorporación, cooperéis vivamente a las tareas conciliares en la forma en que tan insistentemente nos lo ha pedido el Vicario de Cristo a todos: con la oración, la penitencia y la docilidad del espíritu.

Esta docilidad de espíritu para seguir con la máxima atención los trabajos del Concilio y para secundar después sus decisiones, nos está reclamada por un doble motivo, de orden sobrenatural uno y, humano otro. El primero consiste en que si tenemos fe, como han de tenerla los hijos de la Iglesia, hemos de pensar que las decisiones que brotan del Concilio tienen la garantía infalible de la asistencia del Espíritu Santo, y por lo mismo deben ser acatadas con íntima y plena obediencia. El segundo, de índole humana, se basa en el hecho de que, tal como ha sido preparado el trabajo conciliar, puede decirse que ni una sola de las nobles aspiraciones que hoy laten en el seno de la Iglesia ha dejado de ser recogida. Incluso los seculares, por medio de las Universidades católicas y de las organizaciones de apostolado, han podido exponer sus votos y opiniones. La selección que después han hecho las Comisiones preparatorias y por último la Comisión Central y el mismo Romano Pontífice no puede menos de ser profundamente acertada, aunque en ese trabajo de selección todavía no pueda decirse que actúa la luz del Espíritu Santo. Sólo una desmedida soberbia o una ligereza de juicio inadmisibles serían capaces de desconfiar de la sabiduría, prudencia, valor y actualidad de pensamiento y de criterio de los hombres que han intervenido hasta el momento.

Es, pues, la hora de la esperanza y de la fe. Vamos a disponernos desde ahora a que el Concilio encuentre en nuestras almas la necesaria docilidad y las humildes disposiciones propias de los buenos hijos de Dios. Oremos, oremos todos mucho, hijos amadísimos. Y para ello, además de lo que vuestro celo y piedad os sugieran, cumplid fielmente lo que a este propósito hemos ordenado, tal como aparece en los números del Boletín de la Diócesis correspondientes a mayo (final de nuestra Carta Pastoral sobre el Concilio) y septiembre.

Por último, y como manifestación práctica de esta identificación de sentimientos y propósitos con lo que ha de ser tónica general del Concilio, os hago una recomendación vehemente en favor de los trabajos de apostolado que tenemos iniciados en nuestra Diócesis: la Cáritas, la participación litúrgica de los fieles en la Santa Misa, y la predicación sagrada. Cumplid, por amor de Dios, lo que sobre estos puntos está ya dispuesto. A lo largo del curso que ahora comienza debe lograrse que en todas las parroquias de la diócesis funcione debidamente organizada la Cáritas parroquial y se viva la liturgia de la Santa Misa. Igualmente debe predicarse, según las normas dadas, de los temas señalados o que se señalen. Precisamente a partir de enero, y pensando en lo que la celebración del Concilio sugiere, el temario de predicación versará sobre la Iglesia y su misterio. Me refiero a estas actuaciones prácticas de apostolado vivo, y de valor universal, porque de poco serviría hablar todos mucho del Concilio y de sus decisiones, si no nos esforzamos por contribuir, con nuestro trabajo personal y nuestro compromiso, a esa renovación práctica de la vida cristiana que vamos buscando.

Se espera una nueva primavera. Pero las primaveras solamente se logran del todo cuando aparecen miles y millones de florecillas en los campos con su sonrisa y su belleza. Estos trabajos pastorales en todas las Parroquias del universo católico, y otros semejantes, serán flores de la nueva primavera de la Iglesia. Os bendecimos a todos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

LA VOCACIÓN A LA SANTIDAD EN LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS

Conferencia pronunciada el 27 de abril de 1964 en el Salón Borja, Madrid, de la Casa Profesa de los PP. de la Compañía de Jesús dentro del ciclo de conferencias sobre el Concilio Vaticano II, organizado por la Unión Nacional del Apostolado Seglar. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, agosto 1964.

Con la humildad que corresponde a ese don Marcelo, a quien Ud. se refería, querido amigo Antonio, y con la sencillez que sobre ese título personal corresponde a un obispo que está aprendiendo en el Vaticano II, yo me presento aquí, ante ustedes, agradeciendo profundamente las palabras de amable cortesía que acaba de pronunciar el Sr. García de Pablos, y gratamente impresionado por esta presencia multitudinaria y suficientemente expresiva, por lo mismo, del interés que han despertado estas conferencias sobre el Concilio felizmente organizadas por la U.N.A.S.

Lo único que yo lamentaría, sería el que no pueda ser digno continuador de quienes hasta ahora os han hablado. Si así fuera, confío en que vuestra benevolencia sabrá dispensarme.

En efecto, voy a hablar de este tema que me han señalado: *La vocación a la santidad en la Iglesia, Pueblo de Dios*.

Es un tema interesantísimo. Podemos decir, sin exageración ninguna, que es el tema central del Concilio Vaticano II y espero que no han de ser muy laboriosos los esfuerzos necesarios para demostrarlo. Basta con que emprendamos juntos una meditación que va a discurrir sobre caminos muy sencillos. Pero permitidme que, como introducción y por vía de contraste, manifieste antes algunos sentimientos que ocupan mi alma y que no solamente me corresponden a mí, sino que son compartidos también por muchos, por muchísimos, creo que por la totalidad de los obispos que participan en el Concilio Vaticano II.

EL PELIGRO DEL CONCILIO

El gran peligro que podría presentarse a este Concilio, creo yo, consistiría en la falta de respuesta por parte de cuantos estamos comprometidos en él –y lo estamos todos, absolutamente todos–, en la falta de respuesta a las exigencias de santidad que la Iglesia está hoy proclamando. Si tal sucediera, el Concilio no conseguiría una modernización fiel y exacta de la Iglesia, el «aggiornamento» que pedía el Papa Juan XXIII, sino a lo sumo un modernismo «snobista» y debilitador.

Si tal sucediera, más que hablar de renovación auténtica, habría que hablar de modernismo complaciente; más que de una asunción de los valores del mundo, en lo que tienen de dignidad y de conquista, para enriquecerlos con las aportaciones de la gracia, habría que hablar de una cobarde concesión a ese mismo mundo.

Y este peligro existe, ciertamente existe, y nace, a mi juicio, de varios factores que concurren a su aparición. Uno de ellos es **la superficialidad del hombre de hoy para pensar en las cosas del espíritu**. No quiero pronunciar ninguna palabra ofensiva, porque no le hago al hombre de hoy culpable de este particular estado de su espíritu. No sé quién tiene la culpa, pero el hecho es así. Vivimos muy de prisa, envueltos continuamente en el vértigo de las preocupaciones y aun de los ambientes de tipo material que nos arrastran y nos dominan. Por todas partes vamos caminando precipitadamente; unas veces es el ansia de confort, otras la preocupación bélica, hoy el crecimiento de la gran ciudad, mañana el turismo, luego la emigración. Por cualquier motivo, parece que al hombre de hoy por todos los caminos le están asaltando fuerzas que impiden la concentración necesaria para que el espíritu, con la serenidad que estos asuntos requieren, haga examen de conciencia y se plantee a sí mismo, con toda libertad y con toda nobleza también, las exigencias de santidad que una espiritualidad cristiana auténtica trae consigo.

Hay otro factor además; y creo que podría ser expresado con estas palabras: **la tentación del confusionismo**.

Tentación la llamo, porque ya el confusionismo no es solamente un hecho que tengamos que lamentar con frecuencia, sino que incluso tiene una fuerza seductora y es como consecuencia de esta apertura lógica, que es un valor del mundo actual, a tantos pensamientos, preocupaciones, valores, inquietudes, afanes que se le presentan al hombre moderno. Parece que en este orden del pensamiento el hombre de hoy tiene entre sí, como podría tenerlo en un gran almacén o en una feria universal en donde todo apareciese conjuntado, todos los ensayos filosóficos, religiosos, científicos, culturales, morales, que pueden producirse y, con una facilidad de que antes carecía, examina sin tiempo para hacerlo con calma, todo ese escaparate o muestrario gigantesco que le ofrece el mundo de hoy. Por esos viajes, ese turismo, esa comunicación continua de unos con otros, esas más fáciles lecturas, esa extensión –cada vez más rápida– de los valores culturales en todos los ambientes, a los hombres de hoy se les presenta ante sus ojos, muy rápidamente, muy deprisa, este conjunto de aspectos y valores que encierra la vida moderna. Y como al hombre le es grato buscar siempre relaciones de armonía, trata de hacer compatibles las cosas más contradictorias que en el orden del espíritu se le van presentando.

Entonces, el confusionismo aparece como un resultado fatal, pero no sólo así, sino como una seductora tentación. Y es éste un fenómeno particular de nuestra época, el que sentimos la tentación de vivir lo grato –¡lo grato!– del confusionismo. Compromete poco y por eso hay muchas personas a quienes se les pasa la vida ensayando sin adoptar líneas de compromiso fijo con una idea que, tratándose de la transformación de la conciencia cristiana, exige la adopción de determinaciones muy definitivas y muy firmes para poder imprimir un rumbo fijo a la existencia.

A este factor se añade otro que tiene también su valor, y es **la esperanza casi mesiánica que muchos hombres han puesto en el hecho conciliar en sí mismo**, sin más, como si pensarán que, por una fuerza mágica de no se sabe qué naturaleza, los Padres conciliares reunidos en Roma, simplemente por ese hecho, iban a ser capaces de transformar el mundo. Cuando después aparecen los resultados y se ve que no es así, estos hombres de la esperanza mesiánica

infundada sufren una defraudación dolorosa en su alma y consideran que el Concilio no ha logrado los fines que ellos esperaban.

A esto se refería precisamente –me vais a permitir que las lea por el valor extraordinario que encierran sus palabras– el entonces Cardenal Montini en el famoso documento que escribió como preparación al Concilio: *Expectaciones arbitrarias*. Decía así: «Nos parece oportuno observar cómo el anuncio del Concilio Ecuménico ha levantado en los ánimos de todos los hombres expectativas, imaginaciones, curiosidad, utopías y veleidades de todo género, fantasías múltiples. También en los fieles la espera del Concilio ha despertado deseos y esperanzas en gran mayoría. Este estado de expectación está justificado y honra a los que lo cultivan. Podemos esperar del Concilio grandes cosas: gracias, luces, energías espirituales y también renovaciones en la disciplina, en la administración de la Iglesia, en sus contactos con el mundo moderno y en el acercamiento de los cristianos separados. Pero es preciso evitar que se alimenten deseos caprichosos estrictamente personales, arbitrarios. No ha de pensarse que el Concilio responderá a nuestros puntos de vista particulares. Somos nosotros los que debemos más bien entrar en las perspectivas generales del Concilio; creer que el Concilio pondrá remedio a la fragilidad humana y traerá súbitamente la perfección a la Iglesia y al mundo es un sueño ingenuo. Creer que remediará tantos inconvenientes prácticos y también tantas imperfecciones teóricas de la vida católica, como cada uno puede encontrar en su experiencia de miembro o de observador de la sociedad eclesial, es pretender demasiado. Asimismo, creer que el Concilio realizará todas las bellas ideas que pueden ocurrírsele a cada cristiano o a grupos religiosos particulares, es también excesiva esperanza»¹.

Son palabras que debieran estar escribiéndose y meditándose constantemente en toda la literatura conciliar que se hace en torno a la gran asamblea.

Estos factores, digo, el de superficialidad en el pensamiento para las cosas del espíritu, el de la tentación del confucionismo y el de una esperanza mesiánica que trata de evitar el esfuerzo personal, evidentemente contribuyen a que se produzca ese peligro a que antes apuntaba.

PROPÓSITO FUNDAMENTAL. UN CONCILIO NACIDO ENTRE DOLORES

La única actitud eficaz para conjugarlo es la de aquel que sabe captar el sentido íntimo del Concilio y en el interior de su alma se dispone a acoger con humildad la invitación ardiente que la Iglesia viene haciendo a la reforma de la conciencia y del corazón.

Porque **éste es el propósito que el Concilio tiene**, no otro; de esto se ocupa, de **la reforma del corazón**, de la reforma de la conciencia de todos cuantos somos Iglesia. El Concilio ha nacido de un dolor inmenso; es el dolor que la Iglesia viene sintiendo al ver y comprobar cómo el mundo moderno, en un

¹ N. del E. Puede leerse el texto íntegro de esta carta pastoral del entonces cardenal arzobispo de Milán en el volumen GIOVANNI BATTISTA MONTINI, *Discorsi e scritti sul Concilio*, Instituto Paolo VI, Brescia 1983, 88-89. Esta carta pastoral lleva la fecha de 22 de febrero de 1962.

desgarrón de sus entrañas, se le ha ido lejos de casa como un hijo pródigo. Y la Iglesia sufre por eso.

Los últimos Pontífices de la época contemporánea han mantenido una actitud espiritual, y algunos de ellos han formulado incluso explícitamente ya el deseo, una actitud espiritual equivalente a la de los Padres conciliares de hoy en el Aula Vaticana. Ya León XIII manifestaba el dolor de la Iglesia, cuando, al hablar de las cuestiones sociales, se refería a la separación y a la pérdida de los hijos de la clase obrera que cada día se alejaban más de aquel hogar en donde tenían que vivir, porque sólo en él hubieran encontrado el amor necesario para soportar las desgracias de la vida.

Y le siguió Pío X, el santo Pío X, con su rostro lleno de lágrimas y de dulzura, partido el corazón por las desgracias que, año tras año, acentuaban esa separación, cada vez más viva, entre el mundo y la Iglesia. Y siguieron los demás Pontífices, Benedicto XV, lacerada su alma, al contemplar los estragos de la guerra europea; y Pío XI, el intrépido y genial, que llegó a pensar en el Concilio, preocupado por el mismo dolor y sentimiento. Y ¿cómo no recordar los gestos patéticos, dolorosos, que en el exterior traducían el alma atormentada por este mismo sufrimiento, de Pío XII? Y después, Juan XXIII, el Pontífice del optimismo, sí, y de la sonrisa continua, pero de la tristeza inseparable. No os extrañe esta frase: Juan XXIII tenía dentro de su alma una honda tristeza como continua compañía. Es la tristeza que tienen los padres buenos cuando ven que su hijo se ha ido lejos de casa. Como son buenos, siguen con dulzura y con bondad esperándoles, pero, como tienen ya experiencia de la vida y saben lo que es y lo que representa esa ausencia, sufren dentro de sí mismos. Y Pablo VI, el intelectual Pablo VI, en su peregrinación a Palestina, en sus intervenciones en el Concilio, en las decisiones que va tomando, en los discursos continuos que pronuncia, se advierte en todo él como un temblor dramático llevado a la máxima expresión de finura y de delicadeza, incluso en su estilo literario, porque hasta esas frases cinceladas que escribe, están indicando la tensión de espíritu en que continuamente vive al ver y comprobar la separación entre el mundo moderno y la Iglesia.

De este dolor ha nacido el Concilio, y la Iglesia viene sufriendo al comprobar esta separación, no precisamente porque no pueda ofrecer al mundo arte, civilización, técnica, valores culturales y humanos, lo cual el mundo lo tiene en abundancia colmada; por lo que sufre la Iglesia, al comprobar esta separación, es porque ve a este mundo huérfano y desprovisto de las riquezas sobrenaturales de la gracia divina, que son las riquezas de que ella es portadora y las que querría comunicar constantemente para que los hombres sientan la alegría de considerarse y verse a sí mismos como hijos de Dios.

Este es el propósito del Concilio, no otro. Por eso, *para que el mundo crea en Aquel que me ha enviado* (Jn 17, 23), es decir, para que se disponga el mundo a aceptar este fulgor de santidad que la Iglesia quiere mostrar, para que el mundo entre por esos caminos. La llamada más vehemente del Concilio es ésta. A todos sus hijos, los hijos de la Iglesia, los que forman el pueblo de Dios, les está llamando a la santidad, a la jerarquía y a los súbditos, obispos, sacerdotes, religiosos y seglares, a todos, con el fin, de que «hermoseado el rostro de la Iglesia», como decía Juan XXIII, pueda ésta presentar la singular belleza de su fisonomía a un mundo que ha perdido el contacto con Dios y, al verla tan

hermosa, sienta el deseo de acercarse a ella para compartir y, vivir de los tesoros que ella guarda.

Es decir, que para que la Iglesia pueda llevar a ese mundo alejado lo que ella tiene que llevar, no otra cosa, la santidad de Dios, ha empezado por proclamar, en un acto de virtud formidable, con una humildad ejemplarísima, sus propios defectos; y de una manera pública, en esa inmensa asamblea conciliar, está diciendo a sus hijos: vamos a reformarnos nosotros, vamos a procurar, ante todo y sobre todo, vivir la santidad que nos corresponde vivir por ser el pueblo de Dios. Sólo entonces es cuando tendremos derecho a exigir al mundo alejado que entre por esos caminos, cuando nosotros podamos decir que estamos recorriéndolos plenamente.

Tan es así que esto es lo que busca la Iglesia, que no estará de más –y precisamente para aquellos que al hablar de Juan XXIII enseguida se fijan en los aspectos exteriores que han acompañado a su figura amabilísima– recordar también algunas palabras de las muchas que pronunció claramente manifestativas de este propósito del Concilio Vaticano II.

Decía así en el documento que publicó la víspera de Pentecostés, en 1960: «La Iglesia se preocupa ante todo del espíritu. Las preocupaciones ordinarias de la vida cotidiana le interesan también y las puede y las quiere santificar. Pero eso lo realiza ella invitando al cristiano a guardarse de ellas en cuanto le pueden distraer de Dios, principio y fin, de Jesús salvador y de todo lo que Jesús representa. El Evangelio, la vida de Cristo en nosotros y la vida nuestra en Él, esto significa, queridos hijos, disponernos al Concilio con un sentido de elevación sobrenatural, según el espíritu de la Santa Iglesia, guardándonos de confundir lo sagrado con lo profano, las intenciones del orden espiritual con los esfuerzos humanos, aunque sean dignos de respeto, dirigidos únicamente a la búsqueda de los placeres, los honores, la riqueza, la gloria y otros bienes de orden material»².

Sentido sobrenatural positivo, declaración clara y rotunda de que lo que la Iglesia puede dar –no tiene otra cosa– es la vida de Dios; afirmación explícita también por parte de la Iglesia de que este mundo de hoy, tan rico en valores humanos, que deben ser asumidos y consagrados, es pobre, inmensamente pobre, en aquello que más necesita, la vida de relación con el Dios creador y redentor.

EL EJE DE LOS ESQUEMAS CONCILIARES

En estas dos afirmaciones viene a resumirse lo más sustancial y fundamental que está buscando la Iglesia en el Concilio de hoy. Si os dais cuenta, el esquema fundamental de todos los que se tratan en el Aula conciliar –recordemos la observación hecha por el Cardenal Montini en la primera sesión del año 1962, cuando decía que faltaba, en aquellos esquemas que se habían presentado, algo que fuera como el eje y fundamento vertebrado de todos los demás que en el Concilio se tratasen–, el fundamental de todos, al cual todos convergen y confluyen, es el que trata de **la Iglesia en sí misma**.

² AAS 52, 1960, 521.

Y dentro de este esquema de la Iglesia, el núcleo más trascendental es el que se refiere a las riquezas interiores de la misma, no los otros, que han podido acaso producir polémicas más ruidosas, que han servido para que, al ser traducidas a la calle, hayan suscitado comentarios más enconados y más vivos. Pero un testigo del Aula conciliar tiene que decir, si quiere ser honrado en su información, que dentro del esquema *de Ecclesia*, las discusiones más jugosas, más profundas y más inspiradoras, fueron las que se referían precisamente a estos aspectos: a los de la Iglesia considerada en sí misma como **Cuerpo Místico de Cristo**, y a los de la **vocación a la santidad** a que todos, absolutamente todos, estamos llamados. Los demás esquemas convergen aquí.

Examinad, por ejemplo, el de la **Liturgia**:

¿Qué se ha pretendido en el esquema de la Liturgia? ¿Creéis que se contenta con ofrecer posibilidades de adaptación de los ritos o fórmulas más sencillas, introducción de lenguas vernáculas y proclamación simple, sin otro fundamento ni motivo ulterior, de la palabra de Dios? ¿Qué se va buscando con todo esto?

Sencillamente, abrir caminos que faciliten al hombre la participación en la vida de Cristo. Y esto es la santidad.

El esquema de los medios modernos de expresión busca también la salvaguardia de las normas del derecho natural y de los principios morales fundamentales, para que la vida humana no se oscurezca y el hombre, utilizando las fuerzas maravillosas que el mundo moderno le ofrece para expresar su pensamiento, no impida la marcha ascensional hacia los valores más altos, que vienen después en el orden sobrenatural.

Y el esquema conmovedor del **Ecumenismo**, en el fondo, busca esto también. Se trata de que los que aman a Cristo no rompan después su amor entre sí, para no incurrir en una especie de traición a Cristo que nos quiere a todos unidos. Y se busca esta unión y esta unidad para que nos ayudemos más, mutuamente, en el conocimiento de Jesús y en la gloria que debemos dar a la Trinidad en su Santa Iglesia. Y esto es santidad.

Y todos los demás esquemas que se han empezado a tratar o que se tratarán, van buscando lo mismo, la facilitación de los caminos –al hombre de hoy– para que pueda adquirir los valores de santificación de su vida que continuamente necesita. El de la presencia de la Iglesia en el mundo moderno, el de los religiosos, el de las misiones, el de los obispos y gobierno de las diócesis, todos tienen un mismo fin. El Sr. García Pablos aludía hace un momento a una intervención del que os habla, sobre un punto concreto. Si me referí allí a la comunicación de bienes de unas diócesis con otras y de unas parroquias con otras no sólo dentro de cada nación, como corresponde a la Iglesia universal, como de hecho se está haciendo ya en bastantes aspectos de la Iglesia entre determinados países, si se hablaba de esto, era porque a nadie mejor que a nosotros, se nos puede pedir la aplicación de los preceptos de la justicia social y la caridad que son también indispensables vehículos para vivir una santidad auténtica.

De manera que por dondequiera que examinemos el hecho conciliar vemos que va buscando esto: la santidad de la Iglesia y de cuantos a la Iglesia pertenecen.

COMPROMETIDOS EN UNA TAREA DE SANTIFICACIÓN

Señoras y señores: tenemos que examinar nuestra conciencia seriamente. Todos, absolutamente todos. No esperar que el hecho conciliar resuelva por sí mismo las cosas; no esperar que los hermanos separados vengan a nosotros; no limitarnos a esperar que los grupos políticos nacionales o internacionales nos den un mundo más fundamentado en la paz y en el orden de la convivencia social. No. No podemos limitarnos a esto. Tenemos que examinar nuestra conciencia los hijos de la Iglesia. **Se nos llama a una auténtica santidad que consiste en una participación de la vida de Cristo**, en la práctica de las virtudes que él predicó, no otras; en la utilización de los medios sobrenaturales que él instituyó; en los matices distintivos de cada estado y situación personal, en que nos encontramos; y en un compromiso, sobre todo en esto, en un compromiso, por parte de todo hijo de la Iglesia de hacer, en lo que a él le corresponde, todo cuanto sea posible para establecer el Reino de Dios en la tierra.

Esta es la característica más viva en que yo insistiría si me preguntasen qué entiendo prácticamente por esta apelación a la santidad que el Concilio viene haciendo. Compromiso serio de cada uno de nosotros mismos con lo que llevamos dentro. Lo hemos dejado al margen, porque nos es muy cómodo llevar el nombre de cristianos, simplemente en nuestra frente y en nuestra conducta exterior, pero no actúa dentro de nuestras almas. Ese cristianismo se paraliza muchas veces a las puertas de nuestra conciencia, se queda ahí, no entra para producir en cada uno de nosotros la gran revolución transformadora de nuestras almas. Y esto nos pasa a eclesiásticos y seculares, a unos y a otros; y por eso, con tantas estructuras como aparecen en la Iglesia, de las que habría derecho a esperar una continua inyección de vida sobrenatural en el mundo, nos encontramos, sin embargo, con manifestaciones pobres, porque falta el espíritu interior, esa conciencia en cada uno de nosotros en virtud de la cual debemos pensar que por el bautismo hemos sido ungidos por el Espíritu Santo y somos ya miembros del linaje santo; y por la confirmación, robustecidos para que defendamos la fe; y por la Eucaristía, vivificados para que no nos apartemos de ese tesoro de vida que es Dios mismo comunicándose a nosotros.

Lo decimos, pero lo creemos poco, y esta es la razón de que, en este mundo de hoy, que quiere obras y consecuencias prácticas, que no confía en las palabras, los grupos cristianos influyan poco para transformar esas estructuras del mundo alejado como un hijo pródigo. No tiene la culpa siempre el mundo, la tenemos nosotros, los cristianos, y unas veces con vehemencia –acaso como yo lo estoy haciendo ahora–, otras con dulzura, pero siempre con humildad, la respuesta verdadera que tenemos que dar a la llamada del Concilio es ésta, ésta: la de la reforma interior que nos han venido pidiendo los Romanos Pontífices que lo han convocado y cuantos obispos manifiestan allí su pensamiento.

Esto es maravillosamente conmovedor. Cuando llegamos a la Basílica de San Pedro cada mañana, después de recorrer largas distancias, el Aula conciliar se ve llena de obispos de todo el mundo. Algunos, muchos, ancianos y enfermos. Pero en todos la misma obsesión y santo deseo: el de que la Iglesia de Dios sea conocida y amada por el mundo de hoy para que los hombres puedan vivir los tesoros de la santidad y de la gracia.

No es únicamente en tal o cual discurso del Sumo Pontífice, que por pronunciarse en circunstancias más solemnes parecería propicio para hacer apelaciones de este género. No es en esta o aquella intervención de un Padre conciliar. Es en la conversación continua dentro y fuera de la Basílica, donde se manifiesta de manera vivísima la preocupación de la Iglesia por reformarse y hacer que sus miembros de hoy vivan más santamente. El historiador futuro tendrá que rendir un homenaje emocionado a esta sinceridad de la Iglesia que, en un mundo en que todo se oculta o en el que se exhiben intimidades inconfesables, reconoce públicamente sus fallos y defectos, inherentes a la condición humana, para corregirlos humildemente y hacer que brille más en su rostro la santidad de Dios.

Lo característico del Concilio, repetiré una vez más, es que a todos, eclesiásticos y seculares, nos llama a participar de la misma y única vida de Cristo, y así lograr la santidad de la que Él es modelo en el Evangelio.

Se trata de vivir todos, absolutamente todos, la vida de Jesús. No hay una santidad para seculares y otra para eclesiásticos. No existe: es la misma. Cambian los matices, se diferencian las expresiones externas, se intensifica en unos un aspecto y en otros se intensifica otro, pero todos, absolutamente todos, somos hijos del mismo Dios, redimidos por el mismo Cristo y participantes de los mismos sacramentos, y todos utilizando estas fuerzas y estos caminos podemos llegar a las mismas metas de perfección cristiana.

En esto está insistiendo el Concilio. Y esto es lo que nosotros tenemos que meditar, si queremos ser fieles a la verdad.

LOS SACERDOTES Y EL LAICADO, ESPECIALMENTE LOS JÓVENES

Permitidme que de manera particular me dirija ahora a vosotros, los jóvenes, y a los sacerdotes que veo en esta sala.

Os están reservadas tareas más fecundas, con tal de que os acompañe siempre una honda fe en lo que piden vuestro espíritu cristiano y vuestra condición sacerdotal.

Hay una ley inviolable en la Iglesia: A mayor libertad, mayor responsabilidad. Y esta ley no puede ser quebrantada so pena de hacer traición a lo que la Iglesia es y significa.

Tenemos que meditar mucho, jóvenes, incluso los escépticos que no creéis en la capacidad de la Iglesia para aportar soluciones a este mundo, que las busca casi con desesperación. Las tiene la Iglesia más que nadie. Es la única capaz de infundir en el hombre de hoy esperanza, sin la cual es imposible vivir. Las tiene la Iglesia y hacéis mal al desentenderos de esta llamada que el Concilio está haciendo.

Esa actitud equivale a una auténtica cobardía. No queréis pensar en la trascendencia de esta solución que da la Iglesia al llamar a la santidad a los hombres, porque exige un compromiso por vuestra parte.

Y por eso viene la evasión, no es otra la causa. Y en mayor o menor medida nos pasa a todos lo mismo. Eclesiásticos, amigos queridos, estamos llenos de esperanza al comprobar los caminos que va a abrir el Concilio. Hemos suspirado por ellos muchas veces y ahora ya se dibujan fórmulas de nuevas estructuras que, concordantes con la doctrina tradicional de siempre en la Iglesia, pueden significar una reforma trascendental en muchos aspectos del trabajo apostólico; de los obispos unos con otros; de los obispos con sus sacerdotes, y del laicado cristiano con sus obispos y con todos los sacerdotes y religiosos. Pueden significar una reforma trascendental.

Las esperamos con gozo y acaso nos prometemos más de lo debido. Pero bien está que el alma se llene de alegría. También para luchar se necesita el entusiasmo, que alienta a quien lo siente y contagia a los demás.

Pues bien, las reformas de las estructuras si se reducen a líneas puramente externas, no conducirán a nada, absolutamente a nada. Presentaríamos un rostro de la Iglesia, si queréis, más grato al mundo moderno, pero no sería la auténtica fisonomía del Señor. La reforma de estructuras puramente exteriores, sin reforma del interior de nuestras conciencias, serviría únicamente para que la Iglesia fuese mejor recibida por los defensores de ese vago humanismo cristiano, que buscan, como la abeja entre las flores, lo mejor que puede tener cada movimiento, cada institución, cada cultura y cada época. Pero entonces la Iglesia se habría diluido en el conjunto, y a lo sumo sería compañera en la marcha con el mundo moderno, dándole el brazo a él, en lugar de buscarle para juntos, la Iglesia y el mundo, ponerse de rodillas ante Dios, que es lo que hay que hacer.

Queridos sacerdotes, queridos seculares cristianos: Invocamos el ejemplo de **Juan XXIII**, el hombre de la apertura de corazón. Ciertamente lo fue. Pero advertid que ese Papa de los gestos audaces y sencillos, que rompía el protocolo, que iba a las cárceles y a los hospitales, que abría los brazos a los hermanos separados, mantuvo siempre el respeto más delicado a los dogmas: salía y entraba, pero se mantenía en una piedad que le hacía rezar las tres partes del rosario; abría su corazón, pero leía continuamente el Kempis; es decir, a mayor libertad, mayor sentido de responsabilidad y mayor santidad, como se revela en el diario de su alma que ahora estamos leyendo.

Y lo mismo **Pablo VI**, el actual Pontífice. Ha seguido rompiendo inmovilismos, pero ya veis qué manera de caminar la suya. Es peregrino, marcha a Palestina y va allí a hacer horas santas, a orar y sufrir, en Belén y en el Huerto de los Olivos. Esta es la santidad del Papa que sigue abriendo caminos. Esos son los ejemplos que nos están dando. Como no aprendamos esta lección, no esperemos consecuencias fundamentalmente transformadoras para la Iglesia derivadas del hecho conciliar.

REFLEXIÓN FINAL

El mundo se rinde ante la santidad. Junto al sepulcro del P. Rubio, en Madrid, o de Sor Ángela de la Cruz, en Sevilla, como en mayores proporciones ante el de San Francisco de Asís, en Italia, ante los sepulcros de los santos, los hombres de hoy y los de ayer buscan la vida. Es porque ahí encuentran el secreto de lo que no tienen. Si la Iglesia no se lo ofrece, en vano se presentará diciendo que

su mensaje puede transformar las actuales estructuras y lograr para todos un mejor orden de convivencia, de paz y de armonía.

No es esta armonía temporal la que le corresponde establecer a la Iglesia; es la armonía propia del Pueblo de Dios, es decir, aquella que empieza y termina en la relación íntima del alma del creyente que sube hasta Dios, que vive de su vida, y que, iluminado con esa gracia y con esa fuerza, camina por el mundo reformando después todas las cosas que trae entre manos, porque tiene dentro la fuerza inextinguible que le da la unión de Dios. Esto es el Concilio; esto es lo que busca: la unión de la Iglesia y de los hombres con Dios, por medio de Jesucristo, y por eso nos llama a todos a una santidad sencilla, auténtica y profunda.

SOBRE LA PRÓXIMA CLAUSURA DEL CONCILIO VATICANO II

Exhortación pastoral, noviembre de 1965, dirigida a la Diócesis de Astorga en vísperas de la conclusión del Concilio Vaticano II. Publicada en el *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, 1 de diciembre de 1965.

Próxima ya la feliz terminación del Concilio Vaticano II, el Santo Padre nos ha pedido a todos los obispos que nos pongamos en comunicación con los fieles de nuestras diócesis para invitarles a unirse a nosotros, los Padres Conciliares, en las últimas jornadas de la gran Asamblea y particularmente en la de la clausura solemnísimas que será el día 8 de diciembre próximo, festividad de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

¿Cómo no hacerlo así? El Concilio ha ido avanzando entre alegrías y dolores, desde el día en que fue iniciado, y ahora, al llegar el momento final, todos los hijos de la Iglesia, que tienen fe en ella y la aman, es lógico que alimenten dentro de su alma determinadas actitudes espirituales a las que voy a referirme brevemente.

1ª. Dar gracias a Dios. Esta es la primera de todas. Porque el Concilio ha sido un bien para la Iglesia y para el mundo. Aún es pronto para conocer el alcance y la trascendencia de las Constituciones y Decretos aprobados. Los años venideros lo irán poniendo de relieve. Pero al menos gozamos ya de los beneficios que representan el esfuerzo nobilísimo hecho por la Iglesia, la sinceridad del examen sobre sí misma, y el descubrimiento de perspectivas nuevas que no se reducirán a una siembra infecunda, porque el sembrador es el mismo Espíritu Santo. Gracias sean dadas a Dios por todos los creyentes.

2ª. Obedecer con gozo. Tanto más necesaria que la primera es esta otra actitud, la de la obediencia rendida y gozosa a las decisiones conciliares que han de ponerse en práctica, una vez terminado el Concilio. Más aún, nuestra gratitud a Dios no sería sincera si no existiera en nosotros el propósito de una humilde y generosa obediencia. Sería un contrasentido dar gracias a Dios por algo que de Él recibimos precisamente para ponerlo en práctica y que, sin embargo, implícitamente rechazábamos al no estar dispuestos a cumplirlo. El Concilio termina ahora, pero es ahora cuando comienza. Nos va a exigir mucho a todos. Pero el esfuerzo de adaptación será grato, suave y fácil, si, como corresponde a los justos, vivimos de la fe (Rm 1, 17). He ahí la clave para lograr el necesario equilibrio.

3ª. Confianza en el futuro. Guiados por la mano de Dios, que no cesa de asistir a la Iglesia, hemos de emprender el nuevo camino con segura confianza. Lo peor que podría suceder sería el escepticismo y la desgana inadmisibles en los que tienen fe en Jesucristo y sus promesas. Las decisiones conciliares –digo las decisiones últimas tal como aparecen en los decretos promulgados– son la voz de Dios. Lo que nace del Concilio lleva la sangre misma de la Iglesia Santa.

No hay por qué temer, sino, por el contrario, confiar mucho en Dios, que ama a los hombres y al mundo de nuestro tiempo con el amor de siempre. En el corazón de muchos hombres, más bien alejados del sentido religioso de la vida, se ha

encendido una luz, como consecuencia del hecho conciliar. Han comprobado que la Iglesia tiene algo que decir, y hay señales de que muchos se disponen a escucharla.

4ª. Unión de todos en el esfuerzo común. Señalo también como actitud espiritual indispensable la de que todos pensemos y aceptemos nuestra responsabilidad propia. Obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, entre todos tenemos que convertir en realidad vivida las decisiones del Concilio.

No es una cosa de unos o de otros. Todos estamos obligados santamente a meditar sus enseñanzas, a asimilar su espíritu, a poner de nuestra parte lo que a cada uno corresponde. Es el primer Concilio de la historia en que a estas cuatro grandes fuerzas de la Iglesia se señalan caminos propios y convergentes a la vez en un mismo término: el desarrollo de la vida cristiana en el mundo, como tarea de todo el Pueblo de Dios. Una nueva época aparece en la Iglesia. Dispongámonos a vivirla con fe y caridad.

Para cumplir, pues, con los deseos del Santo Padre, que en este caso son un mandato, disponemos que, en todas las iglesias, parroquiales o no, de nuestra amadísima diócesis, en los últimos días de la novena de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen se ofrezcan los cultos con estas intenciones, para lo cual es necesario que haya una predicación adecuada, en que se expongan de manera sencilla las actitudes espirituales de que he hablado.

Igualmente recomendamos vivamente que se procure lograr, por los diversos procedimientos posibles, que en la mañana del día 8, a la hora que se celebra en Roma la clausura del Concilio, toda la comunidad diocesana se una espiritualmente con el Papa y los obispos en efusión de amor a nuestra Santa Madre Iglesia.

Roma, noviembre de 1965.

LO QUE EL CONCILIO NOS PIDE

Bajo este título, *Lo que el Concilio nos pide*, se reúnen las alocuciones pronunciadas en Barcelona, en el mes de mayo de 1966, con motivo de la llegada a la Ciudad Condal de don Marcelo González Martín, como obispo coadjutor del arzobispo Dr. Modrego. Las alocuciones fueron dirigidas en días sucesivos a todos los fieles, a los sacerdotes y religiosos, y las religiosas de la archidiócesis. Textos publicados en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, junio de 1966.

1. ALOCUCIÓN A TODOS LOS FIELES

Circunstancias ajenas a mi humilde persona han hecho que mi presentación ante vosotros se vea rodeada de una expectación que yo no hubiera deseado en ningún momento.

Es muy clara y sencilla la significación de mi presencia aquí. Ministro de Dios y de su Iglesia, y, por lo mismo, acostumbrado a obedecer y a servir, vengo aquí, como tantos otros preladados que me han precedido, para trabajar, en unión con vosotros, sacerdotes y fieles del Pueblo de Dios, al servicio del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Saludo con amor y reverencia al venerable Arzobispo de quien voy a ser coadjutor y a su Clero y religiosos; ofrezco el testimonio de mi respeto agradecido a las autoridades de Barcelona, Astorga, León, Valladolid y Villanubla; y abro mi corazón, más que mis labios, para deciros a todos cuantos estáis aquí y a los demás a quienes llegue mi voz: paz, paz, ¡la paz del Señor sea con vosotros!

Cumplido este deber, que en mi caso está dictado por algo mucho más profundo que la simple cortesía, permitidme ahora que os abra mi alma un poco más, tanto por el deseo de no defraudaros demasiado en lo que esperáis oír de mí, como por la necesidad que ya desde ahora experimento de establecer con vosotros una comunicación de intimidad que no quisiera se interrumpiese nunca.

Vengo aquí por obediencia a quien puede confiarme esta misión e incluso mandarme que la acepte, el Santo Padre.

La Iglesia es un misterio de obediencia, como lo es Jesucristo, enviado por el Padre, *hecho obediente por nosotros hasta la muerte y muerte de cruz*. Prolongación de Jesús en el tiempo, siglo tras siglo, la Iglesia obedece también a un designio de salvación que Dios tiene respecto a la humanidad y que realiza a través de ella. Tanto si se la considera en su aspecto jerárquico y visible, como si se atiende a su condición global de Pueblo de Dios, la Iglesia nace porque es llamada a nacer (*No me elegisteis a Mí, sino Yo a vosotros*); se pone en marcha a la voz de un mandato (*Id y enseñad*); gobierna, santifica y adoctrina, porque su Divino Fundador le ordena que lo haga así, para bien de los hombres. Estos, los fieles, juntamente con sus Pastores, forman el Pueblo de Dios, al responder a quien convoca y llama Reunidos todos en la comunión de una misma fe y una

misma obediencia, la vida de la Iglesia, que es la de Cristo, se propaga en los creyentes a través de la acción sacramental, merced a una docilidad interior que permite al hombre ofrecer humildemente los condicionamientos reales que exige la gracia salvadora. Cuando ésta llega al alma, el hombre ha hecho un acto supremo de obediencia, que le trae como compensación gozosa la libertad de los hijos de Dios,

He aquí por qué digo que la Iglesia es un misterio de obediencia, lo mismo en su realidad social externa que en su vida interior. Por ser una obediencia prestada, no a los hombres, sino a Dios, Padre de todos los creyentes; por ser Él quien nos ha elegido, y no nosotros a Él; cuando actuamos y nos movemos dentro del Pueblo de Dios, no edificamos la ciudad terrestre y temporal, sino el Cuerpo de Cristo, dentro del cual, con palabras de San Pablo, *no hay distinción de judío ni griego, de siervo ni de libre, ni tampoco de hombre ni mujer, porque todos somos una cosa en Jesucristo* (Gal 3, 28; Col 3, 11).

Enviado por el Pastor Supremo, yo no me siento extraño ante vosotros

En consecuencia, enviado por el Pastor Supremo de la Iglesia, yo no me siento extraño ante vosotros. Si alguien, a pesar de todo, se siente extraño a mí, yo le abro los brazos con humildad y con amor y le pido que me ayude, petición que, ésta sí, puede hacerse en nombre de lo que nos une, que es mucho más fuerte que lo que nos separa. Lo diré con palabras de San Pablo: *Si alguno se precia de ser de Cristo, considere asimismo para consigo: que, así como él es de Cristo, también lo somos nosotros* (2Cor 10, 7).

El desconocimiento que actualmente tengo de la lengua catalana y de otras particularidades de vuestra vida, en lo que tiene de característica propia, no me incapacita, me estimula. Yo la aprenderé y hablaré y vosotros me ayudaréis a entender mejor vuestras aspiraciones y deseos, cuando comprendáis que precisamente porque os amo, son también los míos. Las manos que administran los sacramentos no tienen huellas dactilares propias; *la palabra de Dios que predica el que de verdad cree en ella, no está nunca encadenada*, decía también San Pablo; la caridad de Cristo, que a todos nos mueve, no es de aquí ni de allí, de hoy ni de ayer, es el don que a todos nos ofrece el Padre para hacemos hijos suyos. Es éste el don que yo os traigo, consciente de que mi misión de servicio a vuestras almas es eso y nada más que eso.

Si siempre ha sido esta la norma de mi vida sacerdotal, inspiradora de mis pensamientos y de mis actos, debo decir que me ha guiado aun con más fuerza en estos últimos cinco años, en que, llamado por la Iglesia a obedecer, he servido al ministerio episcopal en la diócesis de Astorga, a la cual se dirige en este momento el más fervoroso recuerdo de mi alma. De sus sacerdotes y sus fieles, esparcidos por pueblos y aldeas a lo largo de doce mil kilómetros cuadrados de la geografía diocesana, os traigo el saludo de su fe y su piedad, que les invitan a llamaros hermanos en la seguridad de encontrar en vosotros recíprocos sentimientos de amor y fraternidad cristiana. Los pocos que están aquí conmigo lo expresan con su presencia. Los muchos que hubieran querido venir me han hecho el ruego de que así lo manifieste.

No faltarán entre ellos, quienes, a esta misma hora, discurriendo por las naves de la bella catedral asturicense, hayan ido a postrarse en la tumba del obispo que allí me precedió, el venerable doctor Castelltort, antiguo párroco de Tarrasa y Barcelona, cuyos pasos seguí allí, y con cuyo espíritu me encuentro aquí. ¿Cómo no van a sentirse hermanos si Dios ha querido que incluso se cambiaran los padres para lograr una mayor unión en las almas?

Vamos, pues, a trabajar juntos con decisión y con firmeza por el bien de las almas que nos han sido encomendadas. Nos espera un campo de acción inmenso, casi inabarcable. Pienso en todos vosotros, hijos queridos de la Archidiócesis de Barcelona, en vuestras familias y en vuestros hijos; en el mundo de la industria y de las aplicaciones de la técnica, en el de la Universidad y la cultura, en el del comercio y la oficina, en el de la gran ciudad y los pueblos de vida agrícola más tranquila y serena, en el de los trabajadores de toda condición, los nacidos aquí y los que aquí han venido procedentes de tantas regiones de España.

El Concilio ha sido, ante todo, un hecho religioso en su origen

Me pregunto con dolor si entre los pertenecientes a estos mundos no habrá muchos a quienes, por desgracia, pueda resultar indiferente mi presencia, como la de cualquier otro obispo de la Iglesia, sea cual sea el lugar de su nacimiento. Si así sucediera, tendríamos que reconocer que estamos en presencia de una crisis muy grave, frente a la cual la única consideración válida es la necesidad de unir nuestros esfuerzos de humildes colaboradores del Evangelio para facilitar los caminos del Señor. Ello no significaría renunciar a deseos que pueden ser legítimos, sino sencillamente establecer en la manifestación de los mismos e incluso en el apremio de urgencia con que los compartimos, el orden que nos señalan virtudes que están por encima de nuestras aspiraciones personales, a saber, la caridad y la obediencia a la Iglesia, cuando ésta nos pida expresamente que obedezcamos.

Hago estas reflexiones cuando estamos viviendo un momento posconciliar lleno de interés para la Iglesia y para el mundo. Imposible como me es en este instante desarrollar con amplitud pensamientos que han de ser en el futuro objeto de nuestro común examen, basten ahora algunas afirmaciones que no pueden ponerse en tela de juicio porque se amparan en la propia evidencia de los hechos. El Concilio ha sido ante todo un hecho religioso en su origen, como afirmó Juan XXIII; en su autoridad, la del magisterio solemne de la Iglesia; en su inspiración y norma conductora, la acción del Espíritu Santo; en su propósito, la renovación de las conductas y la vida interna de los hombres, sin excluir los de la Iglesia; en su aplicación, porque hay que hacerla de acuerdo con lo que la autoridad de la Iglesia va determinando. Todo lo cual quiere decir que, por ser un hecho religioso no político ni de pura reflexión sociológica, hay que tratarlo con el respeto que se merecen las cosas que hacen relación a Dios.

Concretar el alcance de sus determinaciones, el momento de la aplicación de las mismas, el grado de exigencia práctica que en cada circunstancia ha de acompañarlas, corresponde no al criterio subjetivo y arbitrario de cada uno, sino a quien tiene la suprema autoridad interpretativa como la tuvo para convocarlo, presidirlo y promulgarlo.

En el Concilio hemos obedecido todos, incluso los Padres conciliares, cuando llegó la hora de obedecer, que hizo su aparición junto a los momentos de emitir juicios, opiniones y votos. Y la obediencia se prestó sin resentimiento ni amargura, sino con el gozo de la fe y con la honda paz interior de quien habiendo cumplido antes con el deber que le dictaba su conciencia cumplía ahora con el que le señalaba Dios mismo.

El Concilio no ha sido indiferente a los dolores y angustias del hombre y del mundo contemporáneo. Por eso ha promulgado una Constitución Pastoral «sobre la presencia de la Iglesia en el mundo». Pero no corresponde al Concilio ni a la Iglesia edificar la ciudad terrestre, tarea reservada a las manos de los hombres. Su acción pastoral se inspira en unos principios doctrinales que hay que tener siempre presentes, señalados en la otra Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, a cuya luz hay que interpretar la anterior, no al revés.

En suma, el Concilio es libertad y es ley; es Pueblo de Dios dentro del cual hay jerarquía; es caridad y es disciplina; es renovación sin merma de la tradición sagrada; humanismo sin detrimento de lo sobrenatural; paz y concordia de las almas sin concesiones a la indiferencia; diálogo y autoridad; respeto al hombre y adoración a Dios. Ha brotado del Concilio, como ha dicho el Papa, una nueva psicología, pero no ha nacido ni nacerá nunca una nueva Iglesia, porque ésta la hemos recibido del mismo Jesucristo, y no la podemos cambiar. Todas las renovaciones, necesarias y aun convenientes, caben dentro de ella, porque su propia fecundidad es inagotable. El Concilio nació por amor, porque fue obra de Dios. Un posconcilio en el que faltase el amor sería la negación misma de la obra de Dios.

Lo que pide el mundo de nosotros es la fe y el sostenimiento de la esperanza

Yo espero que no sea así en esta Archidiócesis ilustre de Barcelona. Y llamo a todos a colaborar: a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Particularmente **a los sacerdotes** «próvidos cooperadores del orden episcopal». El mundo no busca entre nosotros sociólogos, filósofos, ni científicos. Todo eso lo tiene en abundancia y no necesita venir a buscarlo a nuestros campos. Lo que pide de nosotros es la fe y el sostenimiento de la esperanza. No nos está prohibido luchar por la justicia, pero con tal de que lo hagamos con amor. Amor a todos, precisamente porque tenemos el deber de predicar sus responsabilidades a todos: a los que ejercen autoridad y a los súbditos, a los padres y a los hijos, a los ricos y a los pobres. Ningún hombre en la tierra puede atreverse a asumir esa terrible misión de señalar deberes a los demás si, siendo él tan miserable como ellos, no se eleva por encima de todos con el único procedimiento que permite alcanzar una categoría superior: amándolos a todos.

Si alguien ha de llevar nuestras preferencias sean los pobres, los sencillos y humildes, los más desamparados. Pobres del alma y del cuerpo. Los niños, los ancianos, los enfermos. Familias de trabajadores de los suburbios de Barcelona, que hasta aquí han llegado de todas las regiones de España, nacidas aquí o venidas de otra parte, llevan sobre la frente el título de hijos de Dios, que es la más honrosa filiación que un hombre puede ostentar para merecer el amor de un cristiano y de un sacerdote. El mío, de obispo de la Iglesia, ya lo tienen desde

el momento en que el lema de mi escudo episcopal es «*Pauperes evangelizantur*». El vuestro también lo han tenido y lo tendrán precisamente porque siendo hijos de la noble región catalana, tenéis un alma demasiado grande para que pueda sentirse satisfecha poniendo fronteras a un amor que no las tiene.

Dígnese, señor Arzobispo, recibir estas manifestaciones que hago con las cuales pongo mi corazón y mi alma en sus manos de padre y maestro de la vida espiritual de Barcelona, para ayudarle cuanto me sea posible en el ejercicio de su misión.

Acepte, excelentísimo señor Nuncio Apostólico, el homenaje de mi obediencia filial a Su Santidad el Papa, que si nos honra cuando ruega, nos dignifica más cuando nos manda.

Quiera el Señor, cuya subida a los cielos hoy conmemoramos, no dejarnos huérfanos de su asistencia en la tierra, particularmente en la peregrinación que hoy comenzamos. Así lo suplico por medio de la Santísima Virgen en su doble advocación de la Merced y Montserrat, que manifiesta su patrocinio sobre esta ciudad de Barcelona y sobre toda Cataluña. Que desde hoy pueda ser acogido como un hijo más de esta tierra el que en el orden espiritual viene a ser padre de los que han nacido en ella.

2. A LOS SACERDOTES Y RELIGIOSOS

Ayer, en ese primer contacto que tuve con toda la Archidiócesis, me animó una intención expresa: la de darme a conocer, en cuanto un hombre puede ofrecer conocimiento de sí mismo, abriendo su alma a los que quieren escucharle. Consideré que era mejor así. Desde el primer instante, hablar con toda sinceridad, exponiendo un modo de sentir y de pensar que nos sirviera como el fundamento inicial para nuestros futuros contactos. Sinceridad por delante y franqueza en la reflexión y en la expresión del pensamiento, son condiciones indispensables para todo diálogo. Yo he querido iniciarlo ayer mismo. Ahora, de manera más particular, con vosotros, queridos sacerdotes y religiosos. Y si ayer yo hablaba con el máximo afán de sinceridad por mi parte, podéis comprender con cuánto apremio siento en este instante la necesidad de hacer lo mismo al iniciar este diálogo con vosotros. Ya no se interrumpirá nunca, al menos por mi parte, en el trabajo que nos espera a todos juntos. Y para que comprendáis con cuánta sinceridad os hablo, me vais a permitir que empiece empleando el lenguaje de las confidencias.

El lenguaje de las confidencias

Me refiero a mi nombramiento para Arzobispo coadjutor de Barcelona. Mucho tiempo antes, yo había recibido alguna insinuación. Cuando llevaba muy poco tiempo en la diócesis de Astorga. Fue el año pasado, estando en Roma, cuando por tres veces se me habló. Y por tres veces yo ofrecí, con toda la humildad con que pueda hacerlo un sacerdote en esos trances, la resistencia que mi alma ofrecía para una misión tan difícil. Volví a España, creyendo que estaba ya libre por completo del temor que entonces se había apoderado de mí. En enero, tuve

nuevas noticias que me hicieron confirmarme ya en la impresión de que todo se había disipado. Entonces, me quedé tranquilo. Se habían atendido mis ruegos de que no me consideraba apto para una misión tan difícil, con respecto a la cual yo veía en mi persona un conjunto de circunstancias que me rodeaban, dificultades que antes que otros las señalaran, yo mismo las advertía. Pasó ese mes de enero, volví de nuevo a Madrid en el mes de febrero a una reunión de obispos; regresé a Valladolid con ánimos de estar allí unos días, para de nuevo volver a Madrid. Y cuando acababa de llegar a la ciudad de Valladolid, recibí un nuevo aviso de que al día siguiente me presentara en la Nunciatura. El Padre Santo expresamente había considerado con todo detenimiento esta cuestión y me pedía con apremio que aceptase. Todavía, siempre dentro de los límites en que un sacerdote puede obrar al tratar de conjugar lo que le dicta su humildad y lo que le dicta su obediencia, dentro, digo, de esos límites, durante un largo rato estuve exponiendo razones, las cuales fueron oídas simplemente por benevolente cortesía del que quería escucharme; pero sobre la base de que existía ya una determinación, a la cual hube de plegarme. Y acepté.

A partir de entonces, empezó esa temporada que ha durado hasta ahora, en la cual, ¿por qué no decirlo, queridos sacerdotes, por qué no decirlo, si he dicho que quería emplear desde el primer instante el lenguaje de la confidencia?, en la cual, repito, he sufrido mucho. Yo era feliz en Astorga, en cuanto puede serlo un obispo que tiene conciencia de sus deberes. Encontraba una valiosa colaboración e iba realizando su misión en una tierra humilde y pobre, con sacerdotes magníficos, con fieles seculares que llevan dentro de sí el peso de una tradición cristiana muy fuerte y que no obstante el ambiente menos desarrollado en el orden económico, les hace sentir, apreciar y vivir con hondas calidades espirituales, manifestativas de una finura que no se improvisa, sino que es fruto de la educación cristiana de muchos siglos.

Tenía muchos proyectos entre manos. Los unos, acabados de realizar, pero que necesitaban consolidarse; otros concebidos con ilusión en este momento posconciliar, anunciada ya una asamblea –así quise llamarla, en lugar de sínodo diocesano, para ser más modestos, incluso en la terminología–; convocada una asamblea, digo, la cual íbamos a empezar a preparar este año con reuniones por grupos de cuarenta sacerdotes, para estudiar durante cinco días seguidos, en régimen de internado, todos los documentos conciliares, con la máxima profundidad que nos fuera posible; habíamos iniciado nuestro plan de reforma de la curia, de provicarios en las diversas zonas de la diócesis, de renovación de estructuras múltiples, de elevación del nivel académico del Seminario, con un grupo de excelentes profesores, que se disponían ya a iniciar la publicación incluso de una revista; con cuatro colegios diocesanos de Enseñanza Media, en manos de sacerdotes, que tienen ya unos dos mil alumnos; con dos Seminarios, Mayor y Menor, y la perspectiva de llegar a tener, a la vuelta de algún tiempo, diez colegios diocesanos de Enseñanza Media, que trataban de cubrir todas las zonas de esa diócesis tan dilatada, para ofrecer a los hijos de aquellas familias la posibilidad de una elevación cultural, tras la cual vienen, por lo general, todas las demás elevaciones. Yo veía que se frustraba todo esto. Frente a ello, un panorama incierto, cuya incertidumbre se me hacía a veces más sombría, al recibir ciertos documentos escritos, e incluso llamadas, a los que yo no podía, ni debía contestar, porque yo no era más que el obispo de Astorga y los temas a que esos escritos se referían no tenían por qué ser recogidos por mí, hombre de

obediencia. Eran otros los destinatarios, aunque a mí se me enviaran. Pero yo procuré que llegasen a quienes tenían que llegar.

Y así fue desenvolviéndose, a lo largo de ese tiempo, un proceso que en lo que se refiere a su culminación externa, terminó ayer. En lo que pueda referirse a las derivaciones internas que tiene marcadas la conducta de los hombres, no sabemos cuándo pueden terminar, en un sentido o en otro. Yo ahora no me refiero a nada concreto. El proceso a que ahora estoy refiriéndome es el de nuestra convivencia. Aquí empezó ayer. Dios quiera bendecirla. Dios quiera darnos a todos, a todos, a mí el primero, serenidad, humildad, caridad, observación real de hechos, personas y casos; obediencia, sentido de colaboración, honda fe, y aceptando también, ¿por qué no?, las cruces que tengan que llegar, porque forman parte de nuestra vida sacerdotal.

Solicito vuestra colaboración en todo

Así es como me presento ante vosotros, solicitando ya de una manera más íntima y particular vuestra colaboración en todo, y dispuesto a ofrecer la mía, en la seguridad de que lo único a que yo aspiro y deseo es caminar juntos como hermanos; porque el reconocimiento de esta fraternidad que nos une no es obstáculo de ningún género para el mantenimiento de otras responsabilidades que nos obligan a todos en el ejercicio de nuestros cargos, a mí el primero en el ejercicio del mismo, sobre la base de una hermandad que se funda en ese sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo, que es el que todos nosotros llevamos. Los demás matices no significan obstáculo para la mutua inteligencia y el amor recíproco. Por el contrario, enriquecen las perspectivas dentro de las cuales nos movemos, para que este sacerdocio desarrolle, por parte de unos y de otros, con la máxima fecundidad, todas las posibilidades que el Señor tiene previstas en los planes que Él ha trazado respecto a cada uno de nosotros.

Estas posibilidades son siempre limitadas. ¡Ay de aquél que quiera considerarse redentor del mundo! No ha habido más que una Redención: la de Jesús. Y nuestra misión es aplicar humildemente esa redención, con la fuerza que Él nos ha dado, para manejar en todo momento, con la delicadeza que hay que hacerlo, valores que no son nuestros, sino que son suyos. Él sabe por qué ha de acompañarnos siempre, a lo largo de nuestra vida, el misterio de la propia limitación en el afán que tenemos de colaboración al Evangelio, cuando quisiéramos tantas veces, no por vacuos triunfalismos, ni por ansias de dominio espiritual que el mismo Evangelio no aprueba, sino sencillamente por un mayor y más puro servicio al Señor, quisiéramos –digo– poder ofrecerlo algún día al mundo entero. Al fin y al cabo, fue el mundo entero al cual miró Dios, al crearme, Jesucristo, al redimirme.

Estas limitaciones con las que hay que contar, nos harán mucho bien, porque pueden movernos en todo momento a una virtud indispensable de los apóstoles del Evangelio: la humildad y el recurso a Dios Nuestro Señor, dejando en sus manos, una vez que hemos hecho nosotros todo cuanto podamos, lo que corresponde a sus designios, casi siempre secretos para nosotros.

La necesidad del Concilio

Con esta humildad, habremos de referimos en nuestro trabajo común a ciertas tensiones que existen hoy, las cuales constituyen tema frecuente de nuestras conversaciones, no ya de ahora, sino de hace tiempo. Precisamente porque estas tensiones existían, ha habido necesidad de convocar un Concilio, en el cual los hombres de la Iglesia hemos trabajado todo cuanto hemos podido, cada uno dentro de nuestra misión, para señalar unos caminos que permitan suavizar, disipar estas tensiones existentes. Porque la tensión en sí no es mala; es señal de vida. Como la fiebre en un organismo es también señal de reacción; pero cuando la fiebre se prolonga demasiado, mata, y cuando la tensión continúa indefinidamente, esteriliza. Y por eso es necesario que dentro de la Iglesia, como dentro de todas las organizaciones sociales, pero mucho más en la nuestra, en cuya vida interna corren constantemente las fuerzas pacificadoras de Dios Nuestro Señor, es necesario que hagamos los esfuerzos precisos para que esas tensiones no continúen, ni demasiado tiempo, ni inútilmente. Sería ello perjuicio para todos. Voy a enumerar ahora algunas. Simplemente, me refiero a ellas con una referencia momentánea y fugaz, en espera de que pueda hacerlo con cariño, con compenetración espiritual, con más detenimiento en fechas posteriores.

Hay en la Iglesia de hoy una tensión entre autoridad y obediencia

Hay, en primer lugar, en la Iglesia de hoy una tensión entre autoridad y obediencia. Es cierto. No conozco ningún sacerdote que niegue la necesidad de una autoridad y que rechace el noble sentido de la obediencia. Lo difícil es acertar a combinar los límites dentro de los cuales tienen que conjugarse una y otra fuerza. Porque las dos son fuerzas necesarias. Todos, probablemente, hemos equivocado nuestros caminos más de una vez, y desde hace tiempo, como consecuencia de fenómenos particulares de la historia y de la vida actual, en nuestra Santa Iglesia se necesita prestar una mayor atención a esa necesaria armonía entre las dos fuerzas indispensables. El hecho es que se han puesto los fundamentos para prestarla, en el Concilio, y ahora se inicia la solución. ¿Cuál es? La del diálogo. Yo no rehuiré nunca jamás el diálogo; lo he buscado siempre con mis sacerdotes, en la forma y dentro del grado que es posible a un obispo cuando tiene que tratar con quinientos o seiscientos sacerdotes, con 400.000 almas o tres millones, aquí. Es necesario; y dentro de ese diálogo aparecen la buena voluntad, el lúcido consejo, el entendimiento sereno y el propósito noble por parte de aquellos que servimos a una causa que está por encima de todos nosotros: la de la Santa Iglesia de Dios.

Siendo así, ¿por qué no vamos a dialogar? Tendremos que examinar juntos los problemas. Y en ese diálogo se expone con sinceridad y leal sentir el propio pensamiento. Esa es la responsabilidad del que dialoga. Alguien al final tiene que decidir, si es que surgen divergencias, porque una sociedad en la que nos pasáramos la vida dialogando, estaría condenada a la ruina desde el momento en que el diálogo se iniciase. El diálogo necesita desembocar forzosamente en la toma de unas decisiones que sirvan para gobernarnos a todos. Ojalá fuéramos los hombres –también los sacerdotes, que somos hombres de pensamiento y de acción, sin dejar de ser ministros de Dios– tan felices, por nuestra cultura, por nuestra experiencia de la vida, por nuestro sentido espiritual, por la serenidad de

nuestro temperamento, de coincidir siempre, después de unos minutos, unas horas o unos días de diálogo, en las decisiones que hay que tomar sobre tal o cual problema. Decidir por encima de ellas y marcar un camino lo impone la vida misma. Y esto tiene que hacerlo la autoridad; señalarlo como responsabilidad y como servicio. Así entiendo yo el diálogo. Hablando antes todos los que tienen que hablar, con sentido de responsabilidad, examinando los problemas hasta el fondo de los mismos, comprometiéndose con lo que uno dice, razonándolo bien, no dejándose llevar de impresiones, ni de sentimientos personales que acaso acaricia uno con excesiva frecuencia. Pero después de hecho este examen, aceptando también, con la lealtad propia de hombres de buena voluntad, con el íntimo sentido que corresponde a un sacerdote de Dios, la decisión que se toma, no por afán de imponerla, sino por necesidad de tomar una, aunque sea a veces desacertada, aunque sea limitada: siempre lo será de algún modo, pero siempre será necesaria para seguir caminando. Y así irá disipándose esta tensión en la cual hoy nos encontramos. Esperar que pueda disiparse del todo sería concebir esperanzas exageradas para este mundo. No es de hoy, sino de ayer y de siempre, el hecho de que aun entre los mismos que acompañan al Señor, los que le acompañaron más de cerca, aparecieran divergencias. Flotan entonces sobre la superficie de nuestras almas las virtudes necesarias para que esas diferencias de criterio se ofrezcan con humildad como pequeños obsequios al Dios a quien servimos.

Fijeza dogmática y adaptación doctrinal

Otra tensión que existe hoy es entre la fijeza dogmática y adaptación doctrinal, del mensaje de la Iglesia. Tampoco es de hoy. Hoy se ha precipitado y se ha puesto como de más vigoroso relieve ante los ojos. Creo yo que una de las causas de este fenómeno, aparte de los motivos internos, que siempre existen, por lo cual hacía alusión a que en todo instante ha habido esta necesidad, desde el momento en que hay que presentar los dogmas a la mente de los hombres; creo, digo, que hay un fenómeno externo a esta motivación, muy particular, de nuestro tiempo. Es un fenómeno interesante, muy enriquecedor, pero dotado también de una gran capacidad de perturbación para el que no tiene las bases de su mentalidad y de su espíritu seria y profundamente organizadas.

Me refiero al fenómeno cultural de la que podríamos llamar, con una palabra poco exacta pero expresiva, **la información**. Quizá de treinta a cuarenta años a esta parte vivimos inmersos en un mundo que respecto a estos asuntos es radicalmente distinto del anterior. Antes, al no existir los medios de información tan poderosos que existen hoy, el hombre, aun en las ciudades grandes, podía caminar más sereno y con su espíritu más templado. Eran minorías las que regían el pensamiento y llegaba, con calma y serenidad, la fuerza de las ideas a la mente receptora de los que eran sus destinatarios normales. Hoy no sucede así. Hoy hay un cruce y entrecruce continuo, masivo, explosivo, tremendamente vital; hermoso, desde luego, pero sumamente peligroso, como todas las fuerzas cuando se desencadenan, de ideas, de pensamientos, de anhelos, de ideologías, distintas en la religión, en la política, en la filosofía, en la cultura, y de continentes. Ya no es sólo Europa, es América, es Asia.

Todo está al alcance de la mano, todo nos llega, todos hablamos y sabemos; todo esto, en un hombre noble, intelectual por vocación, apóstol por esencia,

como es el sacerdote, forzosamente le solivianta, diríamos, y le produce, como consecuencia de esta luz cegadora en muchas ocasiones, un afán vivísimo, que es noble, muy noble, de adaptar los principios de esa doctrina fija y exacta a la mentalidad del hombre que llega hasta el sacerdote, no precisamente bajo tal o cual fisonomía como antes, sino con una fisonomía variadísima, múltiple, procedente y derivada de este hecho sociológico de nuestra vida moderna. Se explica, por consiguiente, el que exista este afán por la adaptación doctrinal, que a veces no acierte del todo a lograr esta síntesis necesaria entre dogma, que tiene que permanecer inmovible, y la expresión del mismo, que precisamente por ser un acto de amor al hombre al que se le ofrece, ya no se atiende fácilmente a la rigurosidad esquemática de un esfuerzo intelectual, porque le envía mucho más allá. Y se produce una nueva tensión. Entonces ¿cómo hay que vencerla? Con mucha reflexión, con mucha prudencia en el que dice y escribe, con mucha serenidad, para no dejarnos perturbar con facilidad por impresiones momentáneas, que acaso después no tienen sólida consistencia.

Será necesario, por consiguiente, que haya en nuestra diócesis grupos de sacerdotes que de cara a ese afán pastoral realicen estudios y divulguen y hagan cuanto sea preciso para hacer conocer a los demás los nobles esfuerzos que otros, de unas y otras partes, vienen haciendo, siempre bajo la luz de un magisterio que no ha sido clausurado: el de la Santa Iglesia de Dios, por fidelidad a la cual y por amor a la misma, nos movemos en esa lucha y en ese esfuerzo.

Tensión entre sacerdotes de distintas edades

Otra tensión, por ejemplo: la que se da entre clero joven y el que ya no lo es tanto. Situado en las fronteras de una edad en que no puede uno llamarse viejo, pero que ha empezado a dejar de tener derecho a ser considerado joven, pienso mucho en este problema. Es penoso observar con qué facilidad se producen tensiones entre nosotros por este motivo y con qué facilidad también se adoptan posturas extremas por parte de unos y por parte de otros, cuando aquí, como en todo, tenemos que esforzarnos por **hacer la síntesis** necesaria. Si la vida entera es síntesis, queridos sacerdotes, ¿por qué vamos a negarla en algo tan delicado y tan complejo como es la acción sacerdotal? Una planta que crece en el campo, una espiga, necesita de la tierra para crecer; dadle solamente tierra, y se seca. También necesita agua; le dais solamente agua, y se ahoga. También necesita luz; le dais solamente luz y se quema. Tiene que producirse una síntesis de fuerzas nutritivas, gracias a las cuales brota una espiga. Y esto es así en todos los fenómenos de la vida, en la vegetal, en la vida animal, en la vida intelectual y en la vida pastoral. Es la síntesis la que tenemos que hacer, siempre con esfuerzo y con amor.

Esfuerzo; he ahí la dificultad. Y por eso, muchas veces se rehúye este esfuerzo necesario, porque es más cómoda una postura extremosa en un sentido o en otro. De los jóvenes, los que no lo somos tanto tenemos que aceptar muchas cosas que ellos traen. Ellos, de los demás, tienen que recibir muchas fuerzas que ya no tienen, porque no están sujetas a ensayos ni a experimentos, porque se sabe que dan un resultado positivo. Cuando se habla sistemáticamente, por ejemplo, de la juventud de hoy –y ahora ya no me refiero solamente al clero joven, no, sino en general a la juventud–, y se dice: esa juventud inconformista tiene derecho a serlo, es una rebeldía contra una vida insincera, y un mundo en

el que se han padecido muchas frustraciones; esto ha producido una necesidad de cambiar estructuras que avanzan los jóvenes, trayéndonos nuevos horizontes; dejémoslos, hay que bendecir ese inconformismo. Cuando se habla así, yo lo aceptaría con tal de que el que hablara confesase a continuación que su lenguaje estaba haciendo concesiones a la retórica. Se podría aceptar, porque no hay necesidad de bendecir el inconformismo; aceptar lo bueno que late dentro de eso, más que inconformismo habría que decir anhelos de una perfección mayor. Sean así los jóvenes en la sociedad de hoy, y entonces estamos todos de acuerdo: anhelosos de una perfección mayor.

Es necesario aceptar con humildad las propias limitaciones

Este lenguaje es más comprometido, porque para hablar de perfección es necesario, empieza por ser necesario, aceptar con humildad las propias limitaciones, y entonces ya lo que tiene el inconformismo de sano y de bueno entra dentro de ese anhelo de perfección. Pero si se emplean las otras palabras, se corre el peligro de pronunciar música grata a nuestros oídos, sin poner la atención en las causas hondas de nuestro malestar. Los mayores, queridos sacerdotes nuestros, tienen –o tenemos si es que a mí me consideráis también mayor que vosotros– defectos, no por ser mayores, sino por ser seres humanos. Es nuestra condición, la de las propias limitaciones; es la secuela de los pecados capitales, empleando un lenguaje que hoy no es grato al mundo moderno, pero que están ahí y tienen una solidez inmovible.

Esos pecados y esas limitaciones se manifiestan en los que no son tan jóvenes como vosotros, bajo cierto aspecto. En vosotros, jóvenes, se manifiestan otros que proceden también de los mismos pecados. ¿Por qué hemos de agrandar la separación, hablando de una diferencia de generaciones, como si cada uno representase un mensaje evangélico distinto? Es el mismo mensaje de Dios el que llevamos. Vosotros empleáis, quizá, en nuestra predicación, unos términos distintos. Los ofrece la literatura religiosa moderna. Esos términos serán viejos dentro de poco, como consecuencia natural del mismo progreso en la doctrina y en la exposición que de ella han de hacer continuamente los que tienen la capacidad de pensar en la Iglesia de Dios, ¿A qué levantar idolatrías, cuando al único que tenemos que adorar es a Dios Nuestro Señor, con ese lenguaje, con esas inquietudes, con ese afán, con todo ese hervor que os agita y que os domina? Cultivadlo, sí, pero llenos de serenidad intelectual.

Lo mismo los mayores. No tienen por qué reprochar –perdón, no tenemos por qué reprochar– sistemáticamente a estos jóvenes los afanes con que vienen queriendo romper un inmovilismo en nuestra práctica pastoral, que nos ha hecho mucho daño. Quizá no acierten ellos del todo a abrir los caminos. Por ello, no nos neguemos a dialogar ni unos ni otros, porque **si falta la caridad, falta todo**. Así puede logarse la síntesis necesaria, entre el esfuerzo de unos y de otros, para servir mejor a la Iglesia, que es lo que el mundo de hoy está esperando de nosotros.

Todos unidos, porque todos vamos en la misma barca, la Iglesia

Así podría seguir enumerando otras tensiones diversas, a las cuales no quiero ya referirme, para que este acto no se prolongue demasiado. Es el primer contacto que tengo con vosotros y, como podéis comprender, las jornadas de estos días han sido demasiado fatigosas y me encuentro cansado. Rogad por mí para que pueda hacer, siempre obediente a las órdenes del señor Arzobispo y unido con vosotros, una labor provechosa para el bien de la diócesis y de la Iglesia. Barcelona, esta diócesis de Barcelona, tiene que dar un ejemplo a todos. Tiene mucha categoría, en su clero y en sus hombres, para que pueda permitirse el lujo de perder energías y fuerzas en pequeñas cosas, que no tienen porqué dividirnos. Esta tradición, la cual invoco, no simplemente por nostalgia del pasado, ni por hacer ahora un saludo grato a vuestros oídos; esta tradición de la Iglesia de Barcelona, tan fuerte y tan digna y con tantas cosas en que habéis dado ejemplo, tiene que actualizarse hoy, yendo todos unidos, tiene que dar ejemplo este clero a Cataluña y a España. Todos unidos, porque vamos todos en la misma barca, y si se hunde, nos hundimos todos. La barca no es más que la Iglesia de Jesucristo Nuestro Señor; en las demás no nos hemos puesto a remar. Nos dejamos guiar únicamente por ésta, la barquilla del Señor, a la cual tenemos que aplicar, todos, nuestras manos.

Yo os invito a todos, sacerdotes del clero secular y del clero religioso, mayores y jóvenes, párrocos y vicarios, cabildo de la Catedral, señores profesores del Seminario, sacerdotes de la Curia, a todos, a caminar de ahora en adelante íntimamente unidos con sinceridad para decirnos las cosas, por el procedimiento de la caridad y el respeto, y con el mejor deseo, por parte de todos, de reflexionar sobre aquello que tenemos que decirnos, para después adoptar todas las medidas. Están ahí esa juventud del mundo del trabajo y de la Universidad, esos inmigrantes de todas las regiones de España, ese problema de la enseñanza religiosa que no acabamos de acertar a orientar debidamente, todo ese conjunto de la predicación de la palabra sagrada, para que no prediquemos más que de Dios, sólo de Dios, pero de tal manera que despertemos en el corazón de los hombres la fe y la esperanza. Tantas y tantas cosas como nos esperan para unirnos, nuestras manos y nuestros brazos en un abrazo común.

A eso se reduce todo nuestro esfuerzo: a iluminar el mundo estando en él, sin contaminarnos por él

Vamos a hacerlo con humildad y sin jactancia, queridos sacerdotes, pero con honda gravedad y con conciencia muy fuerte, muy viva de nuestra misión sacerdotal: esa misión, la que se señalaba allí en esas palabras del Evangelio que nos han sido leídas, y que ya no son de ningún pobre obispo de este mundo, sino de Jesucristo Nuestro Señor, esas palabras en que Jesús ora para preservar del mundo a sus apóstoles, aunque tengan que continuar en el mundo. A eso se reduce todo nuestro esfuerzo, a iluminar el mundo estando en él, sin contaminarnos por él. Y para eso, siempre mirad con elevación, y con la máxima altura posible en nuestro espíritu, unidos con Dios, con Jesucristo, con nuestra devoción sacerdotal, con nuestra piedad honda, con nuestra oración consciente y seria, en la cual ejercitemos todos los días la humillación de nuestra inteligencia para aceptar el ministerio de la fe. Si vamos así día tras día, podremos avanzar,

y el avance no consistirá en reuniones espectaculares. Cuando hagamos reuniones será para sentir el gozo comunitario de la fe, pero no para triunfalismos que no son necesarios buscar.

Yo marcharé pronto, para después volver. Os agradezco a todos vuestra presencia aquí, como agradezco a todos su presencia ayer. No creáis que me alteran las manifestaciones multitudinarias, y que mi espíritu se deja perturbar por una explosión entusiasmada de un día, en el cual era lógico que se produjera. Sé valorarlas, sé captar matices y me doy cuenta de muchas cosas. Dejémoslas estar, dejémoslas estar. Que nuestras almas se conozcan, que trabajemos empezando a amarnos desde el primer día, y Dios Nuestro Señor hará lo demás. Dios os bendiga.

3. A LAS RELIGIOSAS

Estoy poniéndome en contacto con las fuerzas más vivas y poderosas, espiritualmente hablando, de la diócesis de Barcelona, contacto que tuve con todo el Pueblo de Dios, reunido aquí, en la mañana de mi presentación; después, al hablar al clero y religiosos; más tarde, a las asociaciones de apostolado seglar; hoy por la mañana, a los seminaristas. Ahora con vosotras, con quienes estoy en deuda más que con nadie, porque sois las almas más generosas. Creo poder decir que habéis sido, en virtud de esa generosidad, las que habéis ofrecido más oraciones a Dios Nuestro Señor para facilitarme los caminos que en algún momento me parecieron difíciles hasta llegar aquí. Muchas gracias; Dios os bendiga.

Vengo, además, de una diócesis que se distingue entre las de España por el número de vocaciones religiosas. Yo las he cultivado cuanto he podido y abrí mis brazos para recibir a todas las congregaciones que allí quisieran llegar, con la doble finalidad de que hiciesen el bien que les fuese posible sobre las almas que allí vivían, y a la vez para que recibiesen vocaciones que fácilmente encontraban en aquellos pueblos, villas y pequeñas ciudades de la vieja cristiandad astorgana. Según una estadística que hicimos hace tres años, actualmente viven, esparcidas por el mundo, 2.400 religiosas procedentes de aquella diócesis. Yo tenía todo el afán de que en los pueblos, grandes o pequeños, se establecieran obras diversas llevadas por vosotras, con el fin de realizar ese bien que podéis hacer al servicio de Dios y fortalecer cada vez más, en lo que de mi esfuerzo de obispo dependiera, las congregaciones religiosas que allí podrían ir a nutrirse.

Amo tanto estas vocaciones y estas almas entregadas a Dios, pienso que es un servicio tan eminente a la Iglesia el que hacemos los obispos y sacerdotes al facilitar todo cuanto esté de nuestra parte para que haya muchas y muy selectas vocaciones religiosas, que ahora, al encontrarme aquí con vosotras, tantas como sois, con tantos y tan diversos hábitos, ya no pienso en los límites de aquella diócesis que dejé, ni en los de ésta en que ahora me encuentro. Veo en vosotras, gracias a esta diversidad que se aprecia, algo así como la universalidad de la Iglesia; todas dispuestas a hacer el bien y a servir al Señor, por los caminos por los que esta Iglesia vaya abriéndose y marcándoos los diversos oficios en los

cuales podéis realizar la consagración y la dedicación total de vuestra vida. Ya no hay límites, no; no hay más que la universalidad de la Iglesia de Dios.

Para que sirvamos con eficacia a esa universalidad, en este momento en que hago mi presentación ante vosotras, incapaz de daros lecciones más provechosas, que, si está en mi mano darlas, las dejo para otro momento en que pueda encontrarme con más fuerzas, quiero, sin embargo, ofreceros algún pensamiento que os sirva de meditación, si no para hacerla en este instante, para que podáis realizarla en el recogimiento de vuestras propias casas.

La finalidad del Concilio, la mayor santidad de vida

Mirad, queridas religiosas, la finalidad única del Concilio ha sido, como ha dicho repetidamente Su Santidad el Papa, como se ha afirmado en los documentos conciliares, promover una mayor santidad en la vida de los miembros de la Iglesia. Esta ha sido la finalidad última del Concilio. Poner el acento únicamente en cambios externos, significaría cometer un error funesto que nos traería amargas consecuencias.

No se trata de realizar cambios; los que se hagan, se harán en función de esa finalidad, a la cual tiende el Concilio con su afán de renovación de la Iglesia, renovación a base de una santificación más viva de todos sus miembros.

Se ha hablado mucho, por ejemplo, de Juan XXIII, el Papa de la bondad y la sonrisa que convocó el Concilio; se ha comentado muchas veces y se ha repetido, no sin satisfacción, aquel gesto que él tuvo, cuando, antes de que el Concilio se abriera, al preguntarle un Cardenal de la Santa Iglesia qué es lo que se proponía, se levantó de la mesa, se dirigió a la ventana, la abrió y dijo: «Con el Concilio lo que yo pretendo es esto, que entre aire fresco en la Iglesia».

Se ha repetido mucho esto, y aquellos a quienes les gusta pensar resbalando sobre la superficie de las cosas, se han detenido exclusivamente en lo que tenía este gesto de apertura de una ventana y han dicho: que entre aire fresco. Pero a veces lo han dicho con tal afán y tal intención que parece que buscaban –quizá sin darse cuenta, porque si no habría que juzgarles de otra manera–, no aire fresco, sino un aire helado y glacial que sirviera para deshacer muchas de las plantas que había en la Iglesia de Dios. Y eso no lo pretendía Juan XXIII. El mismo que quiso que entrara aire fresco es el Papa que rezaba las tres partes del rosario, que continuamente rezaba jaculatorias como una pequeña colegiala de vuestros colegios; el que hacía meditación continua sobre el misterio de la Iglesia, siempre respirando amor, porque en su alma no cabía más que eso, amor a la Iglesia y a Dios. Y como éste lo tenía tan fuertemente arraigado, su amor a la humanidad no perdía la esencia de su entera espiritualidad, que le guiaba en todo momento como hijo de la Iglesia que era y como Vicario de Cristo, al regirla en la misión que tenía que desempeñar. Era evidente para él que el propósito del Concilio había de ser promover una vida de santificación en la Iglesia.

He visto a Padres conciliares de muy diversas nacionalidades, tendencias, edades, hábitos y costumbres dando ejemplos maravillosos en la Basílica del Vaticano durante estos cuatro años, con constante sacrificio por su parte, movidos exclusivamente por el ideal de demostrar su amor a la Iglesia y su

sacrificio por ella hasta caer, como cayó alguno, muerto en la escalinata cuando se dirigía una mañana a la acostumbrada sesión conciliar; su salud quebrantada no le había impedido llegar hasta allí, simplemente por amor a esa Iglesia de Dios a la cual había servido toda la vida. Los he visto en otras ocasiones, en momentos en que se debatían cuestiones que para algunos de ellos podían parecer desconcertantes, hundir su frente entre las manos y ofrecer la incompreensión momentánea que sufrían como un obsequio espiritual de su alma generosa a Dios Nuestro Señor. Y he visto a otros, que en alguna ocasión solemne en que el Santo Padre quiso reforzar con más vigor doctrinas que el Concilio ciertamente ya había tocado, relativas a María Madre de la Iglesia, pero que él quiso vigorizar en la expresión que le dio y que a ellos les pareció en algún momento que podían ser obstáculo para los propósitos ecumenistas que con celo apostólico les movían, retorcer su voluntad y su juicio, levantar su mirada al cielo y decir: «*Turbati sumus, sed Petrus dixit*», estamos conturbados ante esto, pero lo dice Pedro y obedecemos con gusto.

Todas las constituciones y decretos conciliares, si se analizan profundamente, lo que pretenden es esto: facilitar los caminos de la unión con Dios a través de Jesucristo. Y bajo esta perspectiva general tenemos que examinar todo el esfuerzo y todo el valor de esa documentación preciosa. Aun los documentos aparentemente más extraños a esta finalidad, cuando se examinan atentamente, se ve que es eso lo que buscan. Esos decretos sobre ecumenismo, sobre religiones no cristianas, que han podido parecer en algún momento extraños a una mentalidad que no estaba acostumbrada a mirar de frente horizontes tan amplios, lo que buscan es liberarnos a los cristianos de obstáculos sociales que habían ido naciendo en el decurso de la historia y que si estaban justificados como consecuencia de acontecimientos que tuvieron lugar un día, no lo estaban ya tanto, a medida que las condiciones del mundo eran distintas; y, por lo mismo, había que facilitar algo que sólo con la caridad podía entenderse: el diálogo y el examen, en concordia y con paz y amor, de aspectos de vida doctrinal y de práctica religiosa en que pudiéramos entendernos algún día, empezando ahora por amarnos un poco más los que éramos hermanos separados, lo cual es ya un esfuerzo de santificación.

Y en los documentos sobre la vida sacerdotal, sobre obispos y la vida de la diócesis, ¿qué se respira? Si hasta en el lenguaje de estos documentos del Concilio Vaticano II parece como que se desprende un perfume espiritual y una unción evangélica que no era costumbre encontrar en textos de la teología católica, porque más bien parecían vertebrados con una densidad y un rigorismo doctrinal, más aptos para la reflexión del cerebro que para la vida del corazón, y sin embargo, en estos documentos del Concilio se respira una tierna piedad, y por todas partes se adivina algo así como el efluvio maternal de la Iglesia que busca a sus hijos, en los diversos campos, aspectos y propósitos en que se mueven, para hacerles entender mejor la necesidad de la unión con Jesucristo.

Santificación de las almas: esto es lo que el Concilio ha pretendido. Su Santidad Pablo VI lo ha dicho después repetidas veces. Habrá que examinar atentamente junto a los documentos conciliares, los discursos pontificios de cada sesión, los de apertura, los de clausura, y los que acompañaron y siguieron a cada una de las sesiones en los cuatro años que ha durado el Concilio. Y también las alocuciones pontificias, que el Papa ha ido teniendo, con una constancia

ejemplarísima, a lo largo de este tiempo y a la cual sigue entregado todavía en muchas ocasiones, cuando se pone en contacto con grupos diversos de fieles o con personas más calificadas dentro de la vida de la Iglesia, como podéis ser vosotras mismas, las religiosas, cuando os habla a diversas congregaciones, órdenes religiosas, etc. Él dijo recientemente: «el Concilio no ha pretendido cambiar las doctrinas, lo que ha pretendido ha sido cambiar los ánimos». **Las doctrinas no se cambian**; las que ha promulgado el Concilio pertenecen a la Tradición de la Iglesia; lo que ha hecho ha sido presentarlas de una manera más accesible, extrayendo de ellas toda la jugosa riqueza que contenían, para facilitarlas mejor a la contemplación y al examen meditativo y atento de sus hijos. Lo que el Concilio ha querido cambiar es el alma y el corazón, haciendo que todos cuantos en la Iglesia nos movemos, vayamos respirando un amor más puro y generoso a Dios Nuestro Señor, a Cristo y a la Iglesia.

Las crisis que se presentan en la vida religiosa

Siendo esto así, se comprende que en un primer contacto del arzobispo que viene aquí a ayudar al venerable prelado que dirige los destinos de la diócesis, en su primer contacto con estas almas consagradas a Dios, merecedoras de toda nuestra atención, de nuestra más profunda gratitud, de nuestro estímulo más vivo y generoso para cuidar de todo cuanto hacéis y realizáis, en un primer contacto que es el que yo estoy teniendo con vosotras, lo que trate de deciros esta tarde sea esto precisamente: que **os esforcéis por asegurar los caminos de esa santidad a que estáis llamadas**. Sólo así podréis vencer las crisis que se presentan en vuestra vida. Estas podrían agruparse en tres categorías: crisis de la obediencia, crisis de la afectividad y el sentimiento, crisis de la aparente frustración apostólica de muchos esfuerzos que generosamente realizáis.

En cada una de esas situaciones vuestra alma puede sentir perturbaciones que podrían inquietaros. Solamente unas brevísimas palabras para ofrecéros las, ojalá que como un bálsamo que pueda purificar y aliviar la inquietud que en algún momento podáis sentir, cuando, en vuestra marcha de seres humanos por este camino de sacrificio y abnegación, os encontréis con alguna de esas crisis.

Primera: **Crisis de la obediencia**. ¿A quién no se le presenta? Todos de alguna manera tenemos que obedecer, incluso los que viven en el mundo. Pero —es lógico— particularmente vosotras, las que habéis hecho voto de obediencia, más de una vez no encontráis a vuestro alrededor, sea cual sea la categoría y el estado en que os movéis dentro de la congregación a que pertenecéis, la comprensión necesaria para que esa obediencia resulte más fácil y más llevadera. Podría presentarse esa crisis en el momento más inesperado de vuestra vida. Si acaso no ha hecho ya presencia en ella, estad prevenidas, contad con ella, puede aparecer en el horizonte. Para entonces: ¡Iglesia de Dios!, ¡amor a la Iglesia!, no esperéis nunca que todo sea perfecto a vuestro alrededor, ni las súbditas ni las superiores. ¡No es posible! Y por lo mismo, al ejercitar la obediencia, hay que contar de antemano con incomprendiones que la hacen más difícil sí, pero también más hermosa. Daos cuenta en esos instantes, de que vivís sumergidas en este misterio de la Iglesia al que yo me refería el primer día que hablaba aquí: misterio de obediencia en que aparece Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho obediente por nosotros hasta la muerte y muerte de cruz. Sólo mirando ese horizonte grandioso de la Iglesia de Dios en que todo se justifica, incluso lo

que no comprendemos, puede uno salvarse airoosamente, en sus crisis espirituales, de la tentación que se le presentará en esas horas en que la obediencia se hace más difícil.

Segunda: Crisis de la afectividad. No tiene por qué extrañar a nadie. Aparece para que sea más viva la oblación. Pero ya sabéis las palabras que el documento conciliar os dirige. Al hacer estos votos, el alma consagrada lo que busca es liberarse de impedimentos que podían estorbarla en su adhesión más plena y más pura a Dios; cuando aparecen esos momentos difíciles estáis trabajando para conseguir una mayor libertad; y no hay libertad en la tierra que no cueste muchos esfuerzos. Ser libre es lo más grandioso que puede alcanzar un hombre; serlo en el orden espiritual nos acerca a la santidad; serlo a base de una identificación plena con Dios nos sitúa ya en las perspectivas de un Reino que no es de este mundo. ¿Cómo no va a costar y a exigir esfuerzos, duros muchas veces, el vencimiento de lo que el corazón nos pide? Sed generosas en esos instantes y no os dejéis perturbar por lo que aparece momentáneamente invencible; es la hora, no de la esclavitud, sino de la libertad; vuestro corazón en esos momentos está subiendo hacia los cielos y es algo así como un avión que despega y que tiene que hacer un esfuerzo para que después navegue ya, sobre el océano, con un vuelo tranquilo. Esta es la tarea de la religiosa, dominando sus sentimientos de mujer, para ofrecérselos con más pureza y con más dedicación a Dios Nuestro Señor.

Tercera: Crisis de la aparente frustración de vuestras energías apostólicas. A veces os preguntáis para qué sirve lo que hacéis. Es tanto el campo que se ofrece a vuestro alrededor, tan duro y tan difícil; vemos tantas almas alejadas, tan terrible desconocimiento de Cristo que decimos: yo aquí, en esta clínica, con estos enfermos, con estos niños pequeños, con estos ancianos, con estas niñas en el colegio, ¿qué hago? ¿Es eficaz mi labor? ¿Justifica esta tarea la dedicación plena de mi vida que yo hice a Dios Nuestro Señor? ¿Está justificado este esfuerzo? Formar profesionalmente a las jovencitas, educarlas cuando parece que en el mismo momento y hora en que hemos protegido a una, otras cientos se nos van de las manos... Todo esto, dentro de estas reglas, de estas constituciones, de estas normas, de estas costumbres propias de mi congregación, en la que parece que estoy esclavizada, todo esto ¿merece verdaderamente la pena de que yo, año tras año y día tras día, tan oscuros como son muchos días de nuestra vida, siga realizando esta tarea? ¡Ah, religiosas queridas! Sí, sí, merece la pena que sigáis cada una en vuestro puesto; no hay frustración de ningún esfuerzo apostólico cuando se hace con ese espíritu generoso y con esa dedicación total a Dios Nuestro Señor. Vosotras no le veis muchas veces, como tampoco vemos nosotros el resultado último de nuestros esfuerzos evangelizadores al predicar la palabra de Dios, en los templos, en las calles, o donde sea, pero no hay ningún sacerdote, consciente de su misión y afanoso de cumplirla dignamente, que no se haya encontrado más de una vez en la vida para consuelo suyo, con algún alma desconocida, que si no con palabras, con la mirada de sus ojos, ha sabido decirle, con un lenguaje que solamente entiende el espíritu, que estaba agradecido de aquello que un día le oyó, aun cuando esa persona sea totalmente desconocida e incluso no entre en la Iglesia de Dios. ¡Cuántas almas se salvarán al final de su vida, aunque aparentemente están lejos, merced a la semilla, al esfuerzo, a la caridad espiritual, al ejemplo, al sacrificio de que fuisteis junto a ellas testigos, vosotras,

en vuestra labor abnegada, en los diversos campos en que habéis estado trabajando! No lo dudéis nunca jamás, queridas religiosas.

Para mantenerse incólume en estas crisis es necesario fortalecer vuestros pensamientos, no estar únicamente pendiente de impresiones superficiales. De ahí la conveniencia de que os reunáis en vuestras casas de acuerdo con las normas que os da la propia congregación a que pertenecéis, y luego conjuntamente, unas y otras congregaciones, sobre todo en ciudades tan populosas como ésta, para examinar unidas los esfuerzos que realizáis y acertar con los mejores medios. Porque ciertamente, hay que ser obedientes, ciertamente hay que ofrecer toda la expansión del corazón a Dios Nuestro Señor, ciertamente hay que seguir firmes en el esfuerzo apostólico que hagamos, pero ello no nos dispensa de estudiar e investigar los métodos más adecuados, para que la obediencia, aunque siga siendo difícil, sea cada vez más digna, más luminosa, para que atraiga nuestras almas y despierte en ellas un estímulo y como un deseo de entregarnos a lo que ella exige. Ciertamente tenemos que dominar el corazón, pero tampoco estamos dispensados de realizar el esfuerzo necesario en las congregaciones religiosas, para que los sentimientos nobles tengan la manifestación legítima que pueden tener, trayendo al alma la noble compensación que la humana naturaleza necesita, viviendo unas y otras con santa y pura caridad entre vosotras mismas.

Lo mismo que en la otra crisis, en la de la frustración aparente de los esfuerzos apostólicos, aunque hemos de permanecer firmes, convencidos de la validez sustancial de cuanto antes se hacía, debemos examinar con el mayor detenimiento posible los métodos de nuestro trabajo y abrir nuevas iniciativas para que podamos ser más eficaces servidores de este mundo que nos espera.

Por ejemplo: yo pienso que no está lejos el día en que para ciudades tan grandes como ésta, en las cuales es imposible que la voz del sacerdote llegue a todas partes, haya que ponerse a pensar en la conveniencia, e incluso necesidad, de que centenares y aun miles de almas religiosas, e incluso de seculares bien capacitados, puedan enseñar la palabra de Dios por barrios, calles y hogares, para hacer que de esa manera llegue más fácilmente al corazón de los hombres lo que de otra manera no puede hacer llegar un sacerdote. Habrá que pensar mucho, discurrir procedimientos, capacitarse muy bien –desde luego con todo eso contamos, como condición indispensable–; pero no es posible mantenernos simplemente a la expectativa, cuando vemos tantos peligros como se ciernen hoy sobre las almas. Es necesario discurrir y adelantarnos con una imaginación dotada de vuelo apostólico, para salir al paso de esas dificultades que, cuando se dejan mucho tiempo, hacen que se levanten muros de terrible separación entre el alma del pueblo y nosotros, que queremos servir precisamente a ese pueblo, sirviendo a Dios.

Nada más, queridas religiosas. Sirva este primer contacto, que esta tarde iniciamos y que ojalá ya no se interrumpa nunca, para establecer este anhelo común de que haya muchas vocaciones religiosas, muchas almas consagradas que vivan el ideal de santidad, tal como la Iglesia nos pide que lo vivamos.

El mundo, hoy también, aunque parezca tan frío y tan angustiado, se conmueve cuando asiste al ejemplo de una vida santa. Todas las demás cosas, él las tiene con abundancia; pero esa juventud alocada, a la cual vosotras mismas conocéis,

y en la que no todo es locura, porque sigue habiendo también mucha generosidad; esos hombres que en su vida de familia, padres y madres de familia, matrimonios agobiados continuamente por la urgencia en los quehaceres domésticos o del sacrificio de sacar adelante a sus hijos; ese mundo de los trabajadores, con el cual estáis en contacto algunas de vosotras en obras diversas de colaboración apostólica, todos ellos cuando ven en vosotras un ejemplo vivo de santidad sincera, empiezan a comprender mejor lo que es el rostro de la Iglesia y comienzan a encontrar la paz que parece faltarles. De Jesús se nos dice que empezó a hacer y enseñar. Es la hora de las obras, más aún que la de las palabras. Tenemos que dar testimonio con hechos vivos; esos hechos son luz y este mundo que está tantas veces en tinieblas, no se resiste nunca, cuando se encuentra con la hoguera ardiente del testimonio que pueden ofrecerle vuestras vidas generosamente entregadas.

LUCES Y SOMBRAS EN LA IGLESIA DE HOY

Necesidad de criterios claros y acertados

Las dos conferencias que integran este trabajo fueron pronunciadas por el entonces arzobispo de Barcelona en el Colegio del Arte Mayor de la Seda, de la Ciudad Condal, en diciembre de 1968. Se reproduce el texto publicado por la Editorial Balmes, Barcelona 1969, 47 páginas.

I. LA ÉPOCA INMEDIATAMENTE ANTERIOR AL CONCILIO.

SOMBRAS EN LA IGLESIA DE HOY

Al ofreceros mi saludo cordial y respetuoso, me es muy grato recordar aquella ocasión, ya lejana, en que por primera vez, hace catorce años, me puse en contacto con vosotros.

Fue en la Cuaresma de 1954, cuando, invitado por los directivos de este Colegio del Arte Mayor de la Seda, vine desde Valladolid para pronunciar las conferencias de Moral Profesional y cuestiones de vida cristiana, editadas después por vosotros.

El tiempo ha pasado, y al encontrarme ahora aquí como prelado de la diócesis, obediente a los designios desconcertantes de Dios, sigo recordando con gozo aquel primer encuentro en que me ofrecisteis pruebas de una bondadosa atención, convertida en adhesión sincera más tarde, en momentos difíciles que todos conocéis. Lo he agradecido profundamente, por lo que vuestras personas y familias representan en Barcelona y por lo mucho que significa en la tradición barcelonesa vuestro Colegio del Arte Mayor de la Seda.

Ya entonces nos preocupábamos, si os acordáis, de proyectar la luz de la reflexión cristiana sobre el mundo profesional y social en que se desarrolla vuestra vida. Porque no son de ahora los grupos de seculares católicos que han tratado de vivir la armonía entre su fe y las exigencias de la misma. Siempre han existido. Si ahora hablamos más de ello, debemos agradecerlo al Concilio Vaticano II, que con la riquísima doctrina de sus documentos nos ha impulsado a todos a ser cada vez más consecuentes, en nuestra exigencia práctica, con lo que nuestra fe proclama. Pero la exigencia estaba ahí, en el Evangelio. Está desde siempre. Y nunca han faltado en la Iglesia de Dios voces, esfuerzos y actitudes que han intentado reconocerlo así y vivirlo.

¿Hubiera sido mejor no celebrar el Concilio?

Nos encontramos hoy ante un panorama en la vida de la Iglesia que preocupa hondamente. A veces parece que más bien el horizonte se encuentra dominado por las sombras en lugar de la luz y, sin embargo, yo voy a hablaros de sombras y de luces, porque pienso que un cristiano que tenga fe nunca puede dejarse abatir por el pesimismo y en ningún instante su mirada debe contemplar solamente aspectos negros. Si fuera así, algo esencial fallaría en la vida de la

Iglesia, que es la presencia de Cristo en la misma, del cual brota siempre la luz forzosamente.

Pero hay turbación en el momento actual y la hay precisamente como consecuencia no querida de este fenómeno grandioso, de importancia trascendental en la vida de la Iglesia, que es el Concilio Vaticano II. Hasta tal punto, que muchos se preguntan hoy, comparando la situación actual de la Iglesia con la anterior al Concilio, si no hubiera sido mejor que no se hubiera producido tal hecho, y haber seguido viviendo en aquella paz, real o aparente, que disfrutaban los espíritus.

Mi respuesta es la siguiente: suceda lo que suceda hoy, tenemos que bendecir a Dios por haberse celebrado el Concilio Vaticano II y hemos de llenar nuestro corazón de esperanza, y no limitarnos a lamentaciones estériles e inoperantes, sino hacer todos un esfuerzo de reflexión para explicarnos los hechos que están sucediendo y comprenderlos dentro del misterio de la Iglesia, tomando cada uno las determinaciones que nos corresponda tomar. En este orden de cosas, me parece fuertemente ilustrativo referirles lo que yo mismo oí al Santo Padre, en la audiencia que tuve con él recientemente.

Él, como Pastor Supremo de la Iglesia y como hombre que recoge en su corazón y pensamiento todas las preocupaciones del momento actual, sufre más que nadie, pero, sin embargo, su esperanza no se ha abatido un solo instante. «Yo esperaba –me dijo– que después del Concilio habría en la Iglesia un momento, sí, de mucho trabajo, de un esfuerzo inmenso por parte de todos, pero con paz, con una paz que desde el primer momento haría resplandecer el rostro sereno de la Iglesia que hemos querido descubrir en el Concilio; pero no ha sido así». Citó unas palabras del Evangelio: *Inimicus homo hoc fecit*. Es la parábola del trigo y la cizaña; *ha venido el enemigo y, por la noche, ha sembrado la cizaña entre el trigo*. «Esto es obra del demonio –dijo–, es obra del demonio. Por todas partes aparecen grupos de agitación y actitudes inconcebibles hace nada más que tres años, pero, sin embargo, no debemos nunca desesperar. Nos salvará lo que siempre ha salvado a la Iglesia de Cristo: los santos, la santidad. Hay que hacer una labor de profundidad en los espíritus, por ahí buscar la sana reacción, la cual vendrá únicamente del contacto interior de las almas fieles con Cristo nuestro Señor, que es quien rige a la Iglesia». Y lo decía con lágrimas en los ojos.

Con esto quiero daros a entender que, en efecto, existen motivos de preocupación, pero que no debemos asustarnos ni dejarnos vencer por una cobardía prematura, sino reaccionar con humildad y con propósito de vivir las exigencias de nuestra fe en un intento serio de aspirar a una vida más cristiana y más santa.

Dividiré mi intervención en dos partes. En la primera, la que corresponde a esta noche, intentaré describir la situación actual, pero examinando las causas y raíces de donde ha brotado. En la segunda, mañana, hablaré de los criterios que, a mi juicio, debemos mantener y que yo expongo, como obispo de la diócesis, a un grupo de fieles, los cuales tienen la bondad de venir a escucharme, igual que lo hago en otras partes, a medida que voy disponiendo de tiempo y de facilidad, en medio de las preocupaciones y los trabajos incesantes de mi cargo.

Así, pues, como primer punto de reflexión de esta noche, quiero ofreceros una síntesis de lo que era la época anterior al Concilio; es muy necesario tenerlo en cuenta para empezar a explicarnos los hechos. ¿Qué panorama nos ofrecen el mundo y la Iglesia en los cincuenta años, más o menos, inmediatamente anteriores al Concilio?

La Iglesia afectada por la situación del mundo

He aquí algunos datos que no se pueden olvidar:

1º. Dos guerras mundiales, en esos cincuenta años, que trastornan las bases de la convivencia humana en nuestro tiempo. La guerra del 14 al 18 y, después, la del 39 al 45. En ese cortísimo espacio, dos guerras mundiales que traen como consecuencia, no solamente el drama inmediato de quienes sufren en su carne y en su sangre, sino el cambio de estructuras fundamentales en el orden político y social, en casi todo el mundo.

2º. La cultura, en esos cincuenta años, alejada de Dios. Las grandes universidades y focos culturales de Europa y de América, en la ciencia, el arte, la filosofía, etc., van construyendo una civilización de la que, reconozcámoslo, cada vez está más ausente el sentido de Dios. De cuando en cuando se alzan voces aisladas de un filósofo, de un pensador que siente el vacío angustioso de la sociedad sin Dios y lo proclama así; pero la gran fuerza que construye el edificio de la cultura avanza sin conexión alguna con el hecho religioso.

3º. Los cristianos, por nuestra parte, **divididos** en distintas confesiones: católicos, protestantes y ortodoxos, frente a un mundo que iba borrando fronteras y que en el aspecto técnico y en todas las manifestaciones de la ciencia aplicada y aun del pensamiento especulativo, iba acercándose cada vez más; desgarradoramente divididos y desconociéndose unos a otros.

4º. Los grandes avances tecnológicos que se producen a partir de la guerra mundial última y el acercamiento político de grandes núcleos de pueblos en estructuras supranacionales, etc., hubieran permitido acariciar la idea de una cada vez más estrecha unión de los espíritus. Pero las influencias anteriores y las secuelas de la guerra dejaron mortalmente heridas la fe y la esperanza. Derrotado el nazismo alemán, quedaron también vencidas las almas de tantos y tantos que habían acogido sus concepciones filosóficas, políticas y religiosas, y fuera de pequeños núcleos de católicos y protestantes, en la inmensa mayoría del pueblo germano, un amargo escepticismo invadió las conciencias. Paralelamente el comunismo ruso, triunfador en un área geográfica extensísima, combate despiadadamente el sentido cristiano de la vida, y, con la más tiránica de las persecuciones, deja sin defensas a los pueblos conquistados.

5º. Hicieron su aparición nuevas naciones, sobre todo en África, el «Continente de la esperanza», como había sido llamado por Pío XII; pero, a la vez, con la independencia, brotaron reacciones contra las antiguas potencias colonizadoras y contra el cristianismo, que, a través de ellas, había sido introducido, como si fuera también un vestigio colonial. Recordad, por ejemplo, los sucesos del Congo con respecto a Bélgica. En la India, soberana de sus destinos, la minoría cristiana era y es desconsoladoramente escasa. El arabismo musulmán adquiere tal violencia que, desde Egipto, se convocaba a una cruzada

en las universidades árabes para difundir la religión musulmana por toda África y hacer que desapareciera rápidamente todo vestigio cristiano. Luego, la China comunista, con sus setecientos millones de habitantes y su poderío estremecedor. En el otro continente, junto al gigante norteamericano, el drama de toda Iberoamérica, con sus problemas sociales terriblemente difíciles y explosivos.

6º. Por último, para no alargar demasiado esta enumeración, señalo también como fenómeno inquietante para la vida religiosa y moral de los pueblos «**el cambio que han experimentado las comunidades locales tradicionales**, como la familia patriarcal, el clan, la tribu, la aldea, otros diferentes grupos y las diferentes relaciones de la convivencia social...» (GS 6). Las grandes concentraciones urbanas de las zonas industriales, la irrupción de los medios de comunicación social y el movimiento incontenible de las grandes corrientes migratorias han trastornado violentamente las formas tradicionales de la vida de millones de hombres, dejándoles desprovistos de toda asistencia religiosa eficaz frente a la avalancha opresora de los nuevos condicionamientos a que quedaban sometidos.

Los españoles vivíamos aislados

He aquí, solamente enumerados, algunos rasgos de la situación en que el mundo iba haciéndose, o deshaciéndose durante estos cincuenta años inmediatamente anteriores al Concilio. Era legítima la preocupación de la Iglesia por estar presente en ese mundo que progresaba sin ella o contra ella. Era legítima y justificada, y por eso ya Pío XII había pensado en la celebración de un Concilio Ecuménico; y aun de Pío XI se sabe que había manifestado también su intención sobre lo mismo. Lo que pasa es que nosotros, católicos españoles, sobre todo a partir de la última guerra mundial, hemos vivido, por motivos perfectamente explicables y al alcance de todos, muy reclusos dentro de nuestras fronteras, y, como en nuestro sistema político el sentido religioso católico de la vida no tenía dificultad alguna para manifestarse, no percibíamos bien la gravedad del drama. En nuestras familias, en las escuelas y colegios, en la prensa y las publicaciones, en la legislación que se iba promulgando, todo aparecía inspirado o queriendo inspirarse en un ideal de cristiandad católica. No vivíamos ni en extensión ni en profundidad la gran tragedia espiritual del momento. Por eso nos resultó extraño, cuando llegó el Concilio, que, por boca de obispos de todo el mundo, aparecieran expuestos con tanta gravedad los difíciles problemas que agitaban la conciencia de Europa y de otras naciones de América y del resto de la tierra.

El Concilio era necesario

a) Grandeza y decadencia de Pío XII. Ahora bien, todo esto demuestra que el Concilio era necesario. La Iglesia no podía quedarse a solas con su llanto, de brazos cruzados frente a un mundo que caminaba hacia un porvenir tan incierto. Por otra parte, dentro mismo de la Iglesia se sentía también la necesidad de grandes cambios. Recordemos la gran figura del Papa Pío XII, que sube al trono pontificio en el año 1939. En muchos de nosotros el recuerdo de su persona y su actuación despierta admiraciones sin límites. No se puede olvidar la gran

profundidad interior de aquel hombre, todo corazón y pensamiento, que arrebató a las muchedumbres de todos los países que iban a escucharle en la Basílica de San Pedro; que conmovió al mundo con los mensajes de Navidad y con sus discursos sobre los temas más dispares. Cuando murió, dijo de él el presidente Eisenhower: «Desde hoy, el mundo es más pobre». El magisterio de Pío XII ha sido tan extraordinario que se necesitarán muchos años para ser apreciado suficientemente. Pero, ¿qué ocurrió? A partir de su enfermedad primera, en el año 1953, Pío XII decayó notablemente. Su estilo de actuar y gobernar había sido siempre muy personal y propio, hasta el punto de que en una ocasión llegó a decir que él no quería colaboradores, sino ejecutores. Este modo de actuar, en un hombre cuyas facultades disminuían progresivamente, es muy peligroso. Los asuntos ya no se resolvían con la oportunidad deseada. Tampoco existían los equipos de trabajo necesarios con la suficiente autonomía. Y problemas muy importantes de la vida de la Iglesia, como manifestó más tarde el Cardenal Tardini, se aplazaban indefinidamente, o no eran expuestos al Papa, para no abrumar más a un hombre fatigado, que sucumbía rápidamente. Esto hizo que cundiese el malestar y se hablase de la necesidad de reformar la Curia Romana.

b) La decisión de Juan XXIII. Muere Pío XII en el año 1958 y adviene Juan XXIII, el hombre de corazón sencillo, que no se detiene ante nada. Sus gestos y decisiones, tan suyos, conmueven y despiertan deseos de hacer lo mismo; pero, lo que en él era válido y acertado, podía ser un desatino en los demás. Muchos de los que le recuerdan y tratan de imitarle se olvidan de su piedad profundísima, de su sentido de la obediencia, casi de niño, de su fe ardiente. Lanza la idea del Concilio y es acogida con gozo por el mundo entero: señal de que era necesario.

Empieza la consulta a obispos, universidades, órdenes religiosas; y contestan, unos y otros, con miles de sugerencias sobre los temas que convenía tratar: dogmáticos, doctrinales, disciplinares, morales, litúrgicos. Todas las cuestiones que se han tocado a lo largo de las etapas conciliares están indicadas y señaladas en la consulta hecha: otra señal de que el Concilio era necesario.

c) Dos mil obispos de todas las culturas. Cuando por fin comienza éste en 1962, se producen dos hechos muy significativos. Por una parte, los esquemas de los documentos, que habíamos de examinar, fueron rechazados, porque, a juicio de la mayor parte de los obispos, no respondían bien a los problemas planteados en la Iglesia. Por otra, sin que yo entre ahora a juzgar si fue para bien o para mal, la historia lo dirá, la Curia Romana perdió la dirección del Concilio, que creía tener asegurada.

Por primera vez en la historia, más de 2.000 obispos del universo aparecen allí representando a todas las culturas; esto no se había dado jamás en la vida de la Iglesia. En el Concilio Vaticano I, del siglo pasado, llegaron a reunirse 800 obispos, como máximo; en el de Trento, fueron 300. Ahora era el universo entero el que estaba representado allí y, aunque la fe es la misma, sin embargo, los problemas sobre los cuales esa fe tiene que hacer su iluminación son muy distintos. Piénsese, por ejemplo, en la diferencia de mentalidad, que lógicamente ha de existir, entre un país de fe tradicional y con un sistema político derivado de particulares circunstancias, como España, y otro, como Inglaterra, en que gran parte de los católicos militan en el partido laborista y, por consiguiente, mantienen contactos estrechos con el socialismo.

Este choque de mentalidades, aspiraciones y deseos de iluminar los problemas temporales, que cada obispo vive, según su mundo y su cultura, forzosamente tenía que producir tensiones muy fuertes, con las cuales no se había contado. Y donde hay tensiones, aparecen las luces y las sombras. Siempre ha sido así. Datos, observaciones, contrastes, anhelos, esperanzas y quejas, se acumulaban en el aula conciliar. Se daba también otro hecho singular: la presencia en el Concilio, aunque no como participantes, de los observadores no católicos, protestantes y ortodoxos. Esto era algo que venía a constituir una permanente acusación en el alma noble de ellos y de nosotros. Una vez más se llegaba a la conclusión de que el Concilio era necesario y que había que reformar muchas cosas.

d) Mayor iluminación en la doctrina y en la vida. Es distinto, por ejemplo, pensar en la Iglesia con el concepto a que antes vivíamos acostumbrados, la congregación de fieles católicos cuya cabeza es el Papa, lo cual es verdad, pero no toda la verdad, a vivir esa otra idea más rica y más vital de la Iglesia, pueblo de Dios, sociedad que avanza en el tiempo, cuerpo místico de Cristo, unidos todos los hombres por una misma fe, manteniéndonos con la fuerza de unos mismos sacramentos, con la esperanza del cielo, viviendo de una doctrina de amor, queriendo propagarla para que el mundo se ilumine, dejándonos guiar por las luces del Espíritu Santo y sometidos, a la vez, a la acción de un gobierno pastoral, suave, prudente, lleno de amor, el de la Jerarquía, que Dios ha puesto para cuidar de lo que es su viña santa, su campo labrado, su casa de familia.

Había que insistir en este nuevo concepto de Iglesia, como había que reformar gran parte del Derecho Canónico que se había quedado atrasado, y había que buscar un nuevo sistema de relaciones entre obispos y sacerdotes, para que las curias diocesanas no fuesen oficinas meramente burocráticas, y los sacerdotes, que al fin y al cabo tienen el mismo sacerdocio de Cristo que el obispo, sin merma de la autoridad que a éste le corresponde, participasen más vivamente y colaborasen con su opinión, con su consejo, con su iniciativa, en el gobierno de la Iglesia.

Había que reformar la vida litúrgica; comparemos una misa celebrada hoy, bien celebrada, digo, en lengua vernácula, con moniciones, explicando y entendiendo bien todo el sentido íntimo del Sacrificio, con lo que eran las misas de hace años, en latín, sin posibilidad de ser entendidas por muchos. Del mismo modo había que pensar en la relación entre Iglesia y mundo, establecer normas de más estrecha colaboración entre sacerdotes y religiosos, buscar el puesto que en la Iglesia tiene el laico bautizado, hijo de Dios, para que él también pueda aportar a la Iglesia toda la riqueza que posee. Había, sobre todo, que crear un clima nuevo sobre libertad religiosa y sobre ecumenismo; libertad religiosa, no en el sentido de que cada uno pueda hacer, frente a Dios, lo que le parezca, no, sino que la conciencia del hombre esté inmune de toda coacción de la autoridad civil o del ambiente externo y libremente dé su respuesta a Dios nuestro Señor.

Todas estas cuestiones, y otras muchas, pedían ser tratadas en un Concilio, y lo fueron, porque era necesario estudiarlas, aunque resultara incómodo. El 8 de diciembre de 1965, los obispos nos despedíamos en la plaza de San Pedro con lágrimas de emoción en los ojos, y emprendíamos el retorno a nuestras diócesis con gozo y humildad, creyendo haber prestado, en la medida de nuestras propias fuerzas, según lo que cada uno hubiéramos podido hacer, un servicio a la Iglesia

de Dios y deseando llevar a nuestros fieles, en cada diócesis, la paz y el gozo que habíamos respirado. El Concilio se terminaba con aquellos mensajes a los intelectuales, a los gobernantes, a los padres de familia, a los artistas, a los pobres, tan impregnados de amor y de esperanza. El corazón de la Iglesia parecía latir con un ritmo nuevo que presagiaba un porvenir gozoso.

Las sombras de hoy

Pero han pasado tres años, y la situación no es ésta. ¿Qué ha ocurrido? Enumeraré rápidamente algunos hechos lamentables que han acompañado al hecho del Concilio:

1º. Informacionismo escandaloso. La información sobre el Concilio ha hecho un bien inmenso, pero el informacionismo ha causado, y sigue causando, un daño terrible a la Iglesia. En gran parte de la prensa mundial se trató el tema del Concilio muchas veces buscando el sensacionalismo, tal como podría tratarse ahora la boda de Jacqueline y Onassis. Y cuando en el aula conciliar aparecieron tensiones y discusiones fuertes, lo cual es perfectamente normal, se lanzaban a los cuatro vientos noticias con frecuencia deformadas, que producían escándalo en muchas mentes débiles, y no faltaban quienes, al ver a los obispos enfrentados en la discusión de tal o cual cuestión, sacaban la consecuencia de que a cualquiera le era lícito atacar y combatir lo que le viniera en gana, en el orden doctrinal o moral. Se quería convertir la anécdota ocasional en tesis y norma ordinaria de actuación. Recuerdo, por ejemplo, el día en que el Cardenal Frings, de Colonia, en el aula conciliar, se levantó, en nombre de la Conferencia Episcopal Alemana, para hablar contra ciertos métodos que se seguían en la Congregación del Santo Oficio. Él lo hizo con clara firmeza, en un tono fríamente metálico, con absoluta y pacífica serenidad. El Cardenal Ottaviani, de vehemencia latina, le replicó en el acto, y protestó con viveza contra lo que acababa de oír. Esto era un simple episodio, sin trascendencia, pero para una gran parte de la prensa fue «el escándalo Ottaviani-Frings», «la gran polémica de dos cardenales», etc., con lo cual se desfiguraba el tono y el sentido exacto de las intervenciones de uno y otro, y se fomentaban fuera del aula conciliar las actitudes apasionadas e hirientes, que al amparo de los grupos de presión, que siempre existen, traspasaron con frecuencia los límites de la discusión y del decoro. Porque una cosa es que existan teólogos y pastoralistas de una y otra tendencia, y que defiendan las opiniones que estimen justas, lo cual contribuye al esclarecimiento de la doctrina, y otra muy distinta que aparezcan como parásitos del Concilio grupos y grupitos maniobreros, fanáticamente empeñados en defender sus puntos de vista mediante reuniones, lanzamiento de consignas, documentos firmados o anónimos, todo lo cual caldeaba los ánimos de muchas gentes y llegaba al gran público sembrando la desorientación y el confusionismo.

2º. Irenismo ingenuo. Se daba también el contacto con los hermanos separados. La Iglesia Católica había sido muy cuidadosa a este respecto, pero ahora ellos estaban allí, y empezó a producirse un trato cordial y respetuoso. Todos experimentábamos una sacudida espiritual al comprobar nuestros deseos de unión y de encontrar los caminos para realizarla. ¡Era tan hermoso orar juntos y pedir por la unidad! Pero no faltaron quienes, fuera del Concilio, empezaron a hablar y escribir con ligereza: «lo importante es unirse, sea como sea», «al fin y al cabo las diferencias no son tantas», «todos tenemos nuestras culpas», etc.,

con lo cual se fomentaba un irenismo inadmisible, que ponía en riesgo la doctrina verdadera y engendraba nuevas confusiones para el futuro.

3°. Exageraciones en la defensa. Luego, la resistencia al Concilio por parte de los que se consideraban fieles. Hubo, y sigue habiendo, grupos numerosos que se han opuesto a las doctrinas conciliares y a los propósitos de acercamiento al mundo, de ecumenismo, de reforma litúrgica, etc.; grupos que se consideraban guardianes celosos de la fe y han confundido lo sustancial con lo accidental. Esto ha irritado más a los otros, y ha hecho que aparezcan posturas extremistas de un lado y otro, cuyas consecuencias tenemos que padecer todos.

4°. Nueva psicología sin un nuevo Código. Se añade a todo esto la espera prolongada de las nuevas leyes. Gran parte del Derecho Canónico se considera hoy inactual, pero todavía no se ha publicado un nuevo Código, ni es posible hacerlo tan rápidamente. Nos encontramos como en un período constituyente. El Concilio ha creado una nueva psicología, pero no ha dado ni podía dar las nuevas normas y leyes que han de venir después. Y ha faltado la paciencia en unos y en otros. En unos, para esperar; en otros, para comprender. Hay quienes se lanzan a todos los excesos en la predicación, la liturgia, los consejos de orden moral, con una superficialidad inconcebible. Hay, por el contrario, quienes en seguida quieren que se fulminen anatemas y condenaciones, sin entender que hay situaciones en que sólo la experiencia permite obtener el acierto en las determinaciones que han de tomarse. Sucede con frecuencia que lo que hoy parece que debe prohibirse, viene después autorizado, como consecuencia de los estudios y reflexiones que se están haciendo. Lo que unos y otros deberían hacer es, ni anticiparse a obrar por su cuenta, ni querer condenar, mientras la Iglesia no condene.

5°. Resentimientos y audacias. Han aflorado además a la superficie de la Iglesia muchos resentimientos. Creo que éste es un fenómeno digno de atención por parte de todos. Somos hombres todos, y con muchos defectos. Los momentos de turbación son muy propicios para que la humildad desaparezca. Y todo el que lleva dentro de sí algún motivo de queja o de resentimiento contra sus superiores o las leyes existentes, lo expone, y defiende apasionadamente sus propios criterios. Y entonces, estas actitudes poco nobles, multiplicadas y favorecidas por una situación como la que describo, dan lugar a esa psicosis de semirrebeldía y de protesta, que hoy existe. Se han puesto al descubierto también, y se critican sin piedad, los defectos de la jerarquía y de los superiores. Se nos ataca por todos y por todo. Cualquiera, aun el más inepto, pontifica sobre lo que tenemos que hacer y decir. Se hacen en seguida afirmaciones como éstas: «La jerarquía no permite el diálogo, vive aislada, no está en contacto con el pueblo, es triunfalista». O bien: «Es necesario proyectar la luz del Evangelio sobre los problemas temporales; luego, la jerarquía tiene que hablar sobre los problemas existentes». «Que se comprometan los obispos; si no lo hacen, no cumplen con su deber». Y todos quieren que nos comprometamos según el gusto de cada cual y de cada grupo, no según el Evangelio. Cuando se hace, se agrada a unos y se desagrade a otros, y entonces, de un lado o de otro, viene una crítica continua, que, si se hiciera dignamente, no traería más que bienes, pero que, tal como se está haciendo, contribuye a un desprestigio sistemático, de lo cual sólo consecuencias funestas brotarán después. Defecciones, crisis de

castidad y de obediencia, con publicidad escandalosa, frivolidad y precipitación en el hablar de tantos temas a la vez, tan explosivos y tan difíciles.

Las cuestiones tratadas en los documentos conciliares son de tal densidad teológica y social que requieren mucho tiempo de estudio y de asimilación, pero hoy un estudiante de bachillerato que ha leído un artículo en cualquier revista que comente uno de estos documentos, se considera capacitado para hablar sobre la Iglesia y el mundo actual, sobre la vida política, la economía y el orden social, la familia, etc. Cuestiones tan serias se despachan con cuatro frases que uno afirma, el otro repite, aquél las mutila, éste las corrige, el otro las amplía, los demás las comentan y el resultado es que ya no se sabe qué queda del Concilio de tanto como se manosean los textos conciliares por unos y por otros. Por añadidura, si aparece un documento del episcopado, y aun del Papa, queriendo orientar y dar luz, se le rechaza, se le contesta que cada cual tiene sus carismas, que la Iglesia es como todos, que el laico o el clérigo, o la religiosa, también tiene sus criterios, etc. Y cunde la indisciplina y la confusión, y se extienden las sombras. Ello es explicable por todo lo que vengo diciendo. Todos estos datos, lamentables, que han acompañado al hecho del Concilio y del posconcilio, están produciendo sombras. Por un lado, indisciplina; por otro lado, confusión doctrinal; muchas veces anhelos vivísimos de una religión más purificada, de una Iglesia más desprendida de todo; otras, junto a tales afirmaciones, hay agresividad y ataque, porque más que buscar eso, lo que se quiere es destruir otras instituciones, en relación con las cuales vive la Iglesia. Se oyen muchas voces, y no hay una orquesta bien dirigida, en la cual las voces se conjuntan. Cuando uno quiere hacer un esfuerzo de dirección, muchos prefieren seguir cantando fuera o tocando ellos solos su propio instrumento. Y esto nos pasa hoy a cada obispo en su diócesis, y al Santo Padre con respecto a la Iglesia del mundo entero.

Son las sombras, explicables por toda esta marejada interior que se ha levantado y que tiene causas bien precisas. Pero también hay luces, y hemos de descubrirlas. Es necesario tener criterios claros y dejarnos guiar, aceptando lo que la Iglesia jerárquica puede decirnos, y aportando también nosotros nuestra propia reflexión serena y consciente de miembros del Pueblo de Dios.

II. LUCES Y DATOS POSITIVOS. CRITERIOS DE ORIENTACIÓN PRÁCTICA

Traté de ofreceros ayer una visión sintética y global de la situación actual de la Iglesia, atendidas las causas que motivaron el Concilio, su necesidad y los fenómenos que han acompañado o seguido al hecho conciliar.

Buscar las raíces de los mismos y encontrarles una explicación adecuada, puede contribuir a la serenidad de los espíritus, porque la perspectiva histórica, dentro de la cual han ido desarrollándose estos hechos, es amplia y comprende aspectos muy diversos. Entonces uno saca la consecuencia de que lo que pueda haber hoy de confusión o desconcierto en el ambiente religioso espiritual de la vida de la Iglesia no se debe al hecho cristiano en cuanto tal, sino a ese conjunto de datos y factores que necesariamente ejercen su influencia. Este es el mundo que nos ha tocado vivir; éstas han sido las circunstancias concretas de la época

inmediatamente anterior al Concilio; éstos han sido los modos y los métodos que se han seguido en cuanto a la divulgación del hecho conciliar; éstas han sido las actitudes psicológicas de muchos miembros de la Iglesia; y todo ello ha aflorado a la superficie, y de repente se nos ha venido encima. Unos sienten deseos de avanzar más rápidamente; otros, por el contrario, quieren que se frene a tiempo. Y es que ni unos ni otros han captado toda la magnitud del hecho conciliar. Algo que por su naturaleza y densidad necesita decenios para poder ser asimilado con suficiente madurez intelectual y religiosa, quiere ser aplicado, según los diversos criterios, en un plazo fijo de dos o tres años, como si se tratase de una letra de cambio.

De ahí estas actitudes molestas y recelosas en que algunos caen, para los cuales la ruina de la Iglesia es inminente, o esas otras de los que piensan que todo tiene que cambiar, con lo cual caen en otra ilusión terrible, porque, como después la realidad no es así, viene el desengaño y creen poder tener derecho a esperar del Concilio lo que el Concilio no prometió nunca. Tratemos, pues, ante todo, de lograr la necesaria serenidad. Pienso que ésta es una de las principales obligaciones del obispo en su diócesis. Yo intento facilitársela con estas reflexiones. Si ayer os hablaba de las sombras, hablemos hoy de las luces. También existen.

Luces y datos positivos

1º. Relación Iglesia-mundo. Seríamos injustos si no reconociéramos los avances conseguidos en este aspecto. Señalo los siguientes:

a) Los viajes apostólicos de Pablo VI, inimaginables unos pocos años antes, en contacto con los ambientes más diversos del mundo contemporáneo, yendo de frente al encuentro de toda clase de situaciones religiosas, sociales o políticas. Su primer viaje a Palestina, por ejemplo, en el mundo árabe y judío, acogido con respeto y veneración por todos. Sus gestos conmovieron la conciencia del mundo, y en ese entrecruce de culturas, de religiones y de odios, sus palabras de paz y de fe hallaron eco en el corazón de la humanidad que sufre. Como más tarde en la India, el inmenso país pagano de civilización milenaria, las masas presentían en el desconocido viajero al portador de algo que están esperando desde siempre. Y luego el viaje a la ONU, el mundo político, donde sólo el Papa podía pronunciar aquella frase por nadie rechazada, recibida con un secreto asentimiento a la verdad que encierra: «Estamos en camino desde hace mucho tiempo y traemos con Nos una larga historia: celebramos aquí el epílogo de una laboriosa peregrinación en busca de un coloquio con el mundo entero desde el día en que se nos ordenó: *Id, llevad la buena nueva a todas las naciones*»¹.

Esta relación de la Iglesia con el mundo de hoy, repito, era inimaginable hace unos pocos años, y aunque con ello no se logre todo lo que quisiéramos, podemos estar seguros de que tales esfuerzos del Papa sobre los problemas más vivos y dramáticos del mundo, no se pierden en el vacío. Pienso que cuando en los primeros tiempos del cristianismo, San Pedro, San Pablo y los demás apóstoles, llegaban a las grandes ciudades de Atenas, Corinto, Éfeso, Roma,

¹ Mensaje a la humanidad, en la ONU, 4 de octubre de 1965.

etc., centros de la civilización y la cultura de entonces, sus contactos primeros eran también así, provisionales y momentáneos, pero algo quedaba siempre, la semilla de la fe y el misterio de la Iglesia. Dios juega siempre con fuerzas secretas sobre el corazón de los hombres y sobre el destino de la humanidad.

b) Algo parecido podemos decir respecto al eco que despiertan encíclicas pontificias, como las de Juan XXIII, *Pacem in terris*, *Mater et Magistra*, y las mismas de Pablo VI, aunque éstas, sobre todo la última, haya sido recibida con abierta hostilidad por parte de muchos. Pero, ¿no veis un síntoma, en cierto modo positivo, en el hecho de que una encíclica papal, que toca un tema tan vivo como éste de la *Humanae Vitae* no haya sido acogida con la indiferencia glacial con que en otra época eran recibidos los documentos pontificios? Cuando en el siglo pasado León XIII publicó la *Rerum Novarum* apenas nadie se hizo eco de la encíclica, e incluso dentro de la Iglesia la frialdad fue descorazonadora. La *Humanae Vitae* o la *Populorum Progressio*, en cambio, han despertado polémicas y han sido consideradas en muchos ambientes como inoportunas e inadmisibles. Esto es mejor que el silencio despectivo, porque invita a pensar y abre el camino a reflexiones de las que puede brotar la luz.

c) Otro dato importante es el inicio de la distensión religiosa en el mundo comunista, muy moderada y siempre expuesta a retrocesos, desde luego, pero realmente existente en algunos países europeos que giran dentro de la órbita rusa. No sólo no se ha extinguido la llama de su tradición cristiana, sino que, en algunos de ellos, como consecuencia del clima creado por el Concilio, la práctica religiosa y una cierta relación entre la Iglesia y el poder político han encontrado actitudes de mayor tolerancia que las que antes existían. Incluso a nivel intelectual, se han celebrado reuniones de filósofos marxistas y cristianos, de las que cabe esperar algún progreso, aun cuando nunca sea lícito hacerse vanas ilusiones.

2º. La unión de los cristianos. Es muy notable el avance logrado en este punto. Recientemente ha muerto el Cardenal Bea, este hombre eminente que en el Concilio ganó la admiración y el respeto de todos y logró disipar en poco tiempo los densos nubarrones que cubrían el horizonte de la relación espiritual entre las diversas confesiones cristianas.

Es una ingenuidad creer que esté muy próxima la unión, más bien hay datos que indican lo contrario; pero sería injusto desconocer el progreso alcanzado en los contactos personales y en la disposición al estudio, cada vez más sereno y constructivo, de las distintas posiciones doctrinales. La Biblia nos habla de que, al principio de la creación, el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas. Yo pienso que, en este mundo religioso nuestro que vivimos hoy, está flotando también sobre las aguas removidas el Espíritu de Dios, que abre caminos cada vez más seguros a la unión efectiva de todos los cristianos.

3º. En el interior de la Iglesia. Si ahora examinamos la vida de la Iglesia dentro de sí misma, nos encontramos con datos altamente positivos:

a) *El hecho de la colegialidad episcopal.* Antes del Concilio, los obispos cumplían su misión gobernando sus diócesis, unidos por el vínculo de la jerarquía común en subordinación al Papa. Pero hoy a nivel nacional, con las Conferencias episcopales de cada país; a nivel mundial, con los sínodos, como

el celebrado el año pasado, y que quizá vuelva a celebrarse el próximo; en estrecha unión con el Papa y subordinados a él, se está creando una conciencia muy viva de interrelación, de examen conjunto de los problemas, de comunicación de fuerzas en el orden del pensamiento y de las actitudes pastorales que se hayan de tomar de cara a los problemas del mundo.

Es decir, ya ningún obispo, y por consiguiente tampoco el clero de las diócesis ni los fieles católicos, hijos de la Iglesia, podrán vivir aislados como si les fueran ajenos los problemas de los demás. En el misterio de la vida de la Iglesia esto servirá para que se acentúe más la idea del Cuerpo Místico de Cristo y se aprieten más los lazos de la caridad sacramental y del pensamiento teológico, lo cual permitirá que el testimonio cristiano, de cara a un mundo que pierde la esperanza, pueda ser ofrecido por una Iglesia no ajena a los problemas de los hombres con eficacia mayor que hasta aquí. Se prevé, como consecuencia de esta unión más compacta, una conexión viva entre los episcopados del mundo, y una toma de posiciones, en la afirmación consecuente de la fe, mucho más provechosa a escala mundial frente a los fenómenos que a escala mundial están produciéndose también en el mundo de la política, de la economía, de la técnica, etc. Parece que ha sido providencial en una época en que se borran las fronteras, que Dios haya querido que en el Concilio se acentúe este aspecto teológico un poco oscurecido; el de la colegialidad episcopal, en virtud del cual todos los obispos han de sentirse cada vez más estrechamente unidos para todo, bajo la autoridad suprema del Romano Pontífice y en unión con él.

b) La comunidad sacerdotal diocesana. Las perspectivas de la vida del clero en las diócesis también se han modificado, y sólo bienes brotarán de una más activa y colaborante participación de los sacerdotes en el gobierno y la acción pastoral de cada diócesis. Lo que ocurre es que esto, en la forma que se debe lograr, es algo que está empezando todavía, y hoy nos sentimos incómodos. Pasa lo mismo que cuando nos disponemos a iniciar un viaje en el tren. Hasta que cada cual se sitúa en su puesto, y se coloca el equipaje, y se encuentra sitio para los niños, los ancianos, los mayores, etc., se producen inevitablemente molestias, que poco a poco van desapareciendo. La unión, cada vez más viva y responsable, de obispo y sacerdotes en las tareas comunes, traerá ventajas incalculables para la acción pastoral.

c) Espiritualidad matrimonial. Señalo también, como dato importante, el florecimiento de la espiritualidad matrimonial y familiar, frente al ambiente de erotismo materialista que hoy se propaga. No es que antes no existieran familias cristianas. Dios me libre de caer en una afirmación tan necia. Más bien hemos de reconocer que lo que tenemos hoy de bueno en la Iglesia, aparte la acción de Dios y sus ministros, se debe a nuestras antiguas familias cristianas. En la Iglesia, como en toda institución digna y responsable, hay que atender también a la ley de la continuidad, y el que la rompa, lo que hace es suicidarse él. Sin embargo, aun habiendo existido familias cristianas excelentes, en muchas de ellas no se vivía la espiritualidad del sacramento del matrimonio en toda su riqueza. Es muy importante que esto se promueva para crear en los hogares focos de vida cristiana que, si son cultivados por los sacerdotes con el debido equilibrio, serán como pequeños templos de oración y recogimiento en medio de la agitada vida moderna. Lo que se pierde en la comunicación masiva podrá ganarse con la multiplicación de estos hogares donde se viva el sacramento del

matrimonio, de los que podrán salir cada día más fuerzas renovadoras para esa sociedad materialista que trata de evadirse de sus obligaciones morales.

d) *Conciencia social.* Existe hoy en la Iglesia una conciencia más viva de los deberes sociales, hasta el punto de que ello constituye casi una obsesión en las predicaciones de muchos sacerdotes, y como tal obsesión no es justificable porque manifiesta un desequilibrio. Pero es preferible la preocupación de hoy, eliminados siempre los excesos, al silencio de épocas anteriores frente a un drama tan terrible como ha vivido el mundo contemporáneo en el orden social. El Evangelio tiene una palabra que decir también para este mundo, mientras vivimos en él. No sólo nos pide la contemplación de un Dios trascendente, sino que nos marca las obligaciones de amor y de justicia en la tierra, que es donde construimos los caminos que pueden llevarnos al cielo.

e) *Renacimiento de la cultura católica.* Es éste otro aspecto muy interesante y positivo. En las facultades teológicas y, en general, en los centros de cultura de la Iglesia se están poniendo bases muy firmes que tienden no sólo a que desaparezca la falta de relación que ha existido entre la cultura religiosa y la profana, sino una colaboración mucho más intensa en las tareas de la investigación, en el examen del pensamiento especulativo y en la comunicación personal entre los pensadores de una y otra cultura. Esto tardará en dar sus frutos, pero es evidente que se producirán y brotarán consecuencias provechosas para la Iglesia y el mundo. Como espero que se producirán en Barcelona, si el realismo del clero diocesano y de los jesuitas de Sant Cugat predomina sobre cualquier otro sentimiento, y se logra una efectiva integración de las dos secciones de la Facultad Teológica aquí erigida.

Estas son, pues, luces auténticas que brillan en el horizonte de la Iglesia de hoy, las cuales, junto con otras muchas, nos permiten mirar hacia el porvenir con tranquila serenidad en el espíritu. No hay motivos para asustarse. Un cristiano consciente y responsable no se asusta nunca. Lo importante es dejarse guiar por criterios claros y acertados que ayuden a disipar las sombras y a aumentar las luces. Paso a señalar algunos.

Normas que deben guiarnos

1ª Renovación conciliar. Amar al Concilio y a la Iglesia de hoy, precisamente en lo que tiene de afán de renovación, en todos los campos, en la teología, en la pastoral, en la liturgia, en el ecumenismo, en cuanto el Concilio ha proclamado, sin adoptar jamás actitudes de oposición ni resistencia. Hemos de ser los primeros en decir: amo al Concilio y amo a la Iglesia y amo la renovación que ella va dictando. La que ella va dictando, no la que caprichosamente quiera establecer cualquiera. Que la bandera de la renovación conciliar no esté en manos de atrevidos e insensatos, de los que decía el actual arzobispo de París, hace dos años, que, despreciando el Concilio Vaticano II, han dejado de estimar el tesoro que en él aparece y sólo piensan en un Vaticano III conforme a sus caprichos. Estos no tienen derecho a llamarse agentes de la auténtica renovación, porque no es esto lo que la Iglesia quiere. Ahora bien, facilitamos su postura de insensatez si, con el pretexto de ser fieles a la Iglesia, nos mostramos reticentes o pasivos respecto a las renovaciones verdaderas que la Iglesia ha señalado. Por eso digo, lo primero de todo: manifestemos muy viva y

conscientemente que sí, que somos hijos de la Iglesia de hoy, precisamente porque lo somos de la de siempre. Prestad la máxima atención a cuanto el Papa y los obispos van determinando. Que los documentos del Concilio sean de muy frecuente lectura en vuestros hogares. Os aconsejo también la revista *Ecclesia*, donde semanalmente aparecen las enseñanzas del Santo Padre, Pablo VI. Debéis leer los discursos del Papa siempre. Prestad a ellos la máxima atención.

2ª Aceptación sincera de las decisiones de la jerarquía. Pienso ahora en vuestra condición de seglares, hombres y mujeres que cumplís vuestra misión en el mundo y sois hijos de la Iglesia, dentro de la cual tenéis una misión activa. Dios no quiere miembros inertes; y cuando en un alma ha infundido los gérmenes de la vida cristiana con los sacramentos, esos gérmenes son creadores de vida, no frenos paralizantes. Importa mucho que aportéis vuestras iniciativas en las parroquias, en las asociaciones, en los órganos de la difusión del pensamiento, en los centros docentes, dondequiera que estéis. Ahora bien, si las presentáis movidos por vuestra fe, ésta es la hipótesis, hay que estar dispuestos a aceptar las decisiones últimas de aquellos que en la Iglesia tienen la misión de tomarlas, porque de lo contrario subvertimos el orden y se destruye la Iglesia. Es preferible esperar, antes que, por querer avanzar rápidamente, destruir las bases de apoyo en que tenemos que movernos. Un laicado activo y cooperante será siempre una ayuda preciosa para la jerarquía, pero nunca tratará de convertirse en grupo de presión para hacer triunfar sus propias opiniones, sea como sea, criticando temerariamente a la jerarquía sin suficiente conocimiento de causa.

Con ello se infiere un daño inmenso a la Iglesia y las consecuencias dolorosas las padecemos todos, no sólo aquellos a quienes se quiere atacar tantas veces sin motivo. Ahora, por ejemplo, con motivo de la *Humanae Vitae*, es triste comprobar cómo tratan de convertirse en doctores de la fe los mismos que rechazan el magisterio de quien está puesto por Dios para guiarles.

3ª No fiarse de cualquiera. Criticar a la jerarquía es muy fácil, porque los que lo hacen no tienen la responsabilidad de tomar decisiones que afectan a todos. Es muy cómodo escribir artículos en periódicos y revistas, comentar en las tertulias, redactar escritos o estampar la firma en los mismos, acusando a los obispos de que hablan demasiado, si es que hablan, o de que guardan silencio, si se callan, según el gusto de los firmantes. Y cada cual dice que lo hace en nombre del Evangelio y para difundir sus luces.

Todos hablan de todo: del nuevo sentido de la religión, del profetismo y los carismas, de la desacralización, del valor de los votos y del sacerdocio, de los derechos de la conciencia, etc. Yo os digo que no os fieis de cualquiera. Cuando oigáis doctrinas extrañas, juzgadlas según sea su conformidad con el magisterio del Papa y los obispos. Y cuando os lleguen las críticas despiadadas contra la jerarquía, recordad que no es lo mismo lidiar al toro en la plaza que jugar a las corridas en la plazuela.

4ª Saber esperar. He aquí otro criterio y norma de actuación sumamente provechoso. La jerarquía inglesa, poco tiempo después de terminado el Concilio, se reunió y tomó el acuerdo de nombrar una comisión de obispos y laicos con el encargo de que, durante tres años, con paz y en silencio, estudiaran el problema del apostolado seglar y el del ecumenismo. Ese es un modo serio de trabajar.

Nosotros, en cambio, hemos querido cambiar con rapidez vertiginosa del todo a la nada, o de la nada al todo. La fatigosa y extenuante polémica sobre el apostolado seglar y la Acción Católica, alimentada continuamente de enconos, celos, quejas, irritaciones, etc., ha sido un motivo de profunda tristeza. Ignoro si de todo ello saldrá, en un futuro próximo, un nuevo espíritu que nos permita lograr el laicado que el Concilio quiere. Espero que sí. Pero por el momento, lo único que hemos logrado es sufrir todos innecesariamente. Y ello se debe, en gran parte, a la prisa apasionada con que se ha querido proceder.

La aplicación de las doctrinas del Concilio, vuelvo a repetirlo, exige ante todo una conversión interior de los corazones y un análisis muy serio y profundo de la densa temática que sus documentos encierran, examinando unos a la luz de los otros. Se necesitarán muchos años para que todo su contenido pueda ser aplicado armoniosamente, porque no se puede jugar con los hombres y con las sociedades como se juega con un pliego de papel.

Tenemos mucho que renovar y corregir dentro de la Iglesia, pero empezando por el corazón de cada uno de sus hijos, desde las más altas jerarquías hasta los más humildes y anónimos colaboradores del Reino de Dios. Querer renovar matando la vida de una tradición que ha nacido del espíritu mismo de la Iglesia es destruir el pasado y engendrar muertos para el futuro. Lo que necesitamos, ante todo, es una dosis fuerte de equilibrio en todo, so pena de caer en un fariseísmo acusatorio y egoísta que no busca más que las propias complacencias.

Ahora hay quienes dicen, y aquí mismo, en Barcelona, lo han afirmado algunas revistas que pasan por ser de las más adelantadas y renovadoras: «El Concilio ha sido frenado...», «triumfan los reaccionarios y conservadores», etc. ¡Qué frases tan ligeras! ¡Qué pobre idea tienen de lo que es el Concilio, la Iglesia, los hombres y la vida!

5ª No creer en fórmulas mágicas. Sencillamente, porque no existen. El proceso de transformación de un alma para la conversión verdadera a Dios suele ser muy laborioso y duradero. ¡Cuánto más el de la transformación de una sociedad, para poder vivir la fe con todas sus consecuencias e impregnar el mundo de sentido cristiano!

Lo peor que le puede ocurrir al Concilio es que le salgan, a uno y otro flanco, grupos de guerrilleros que quieran librar batallas por su propia cuenta. Estos son los que enarbolan sus propios banderines de enganche, lanzan frases y slogans, proclaman con vehemencia sus actitudes emocionales propias, en lugar de atenerse al rigor de un análisis serio y ponderado, y hacen creer a los grupos que les siguen, por lo general débiles y apasionados, que la culpa la tienen los demás. Diríase que ellos tienen un talismán en las manos capaz de solucionar los problemas de la noche a la mañana. No es éste el camino.

Pensemos, por ejemplo, en el hecho, tan ardientemente sentido por todos, de la anhelada unión de los cristianos. Para algunos la fórmula mágica consiste en hacer tabla rasa del pasado, en atenuar hasta casi borrarlas las verdades del Credo católico, y en proclamar «muy valientemente» lo que ellos llaman los grandes errores y equivocaciones de la Iglesia. Entonces se facilitarán todos los caminos.

Esto es un error trágico. ¿Qué necesidad tenemos para fomentar el amor y la caridad fraterna, como presupuesto básico, para llegar un día a la unión, de hablar o sentir mal contra la Iglesia Católica, nuestra Madre?

Si, por exigencias de la verdad, tenemos que reconocer que en la historia de las conductas y los acontecimientos se han producido a veces hechos lamentables, lo reconoceremos con lealtad, juzgándolos dentro de la perspectiva histórica en que se dieron, pero sin caer en actitudes de desprecio o reproche injustificado. Si hay una mancha en el rostro de nuestra madre, procuraremos limpiarla con respeto, no extenderla con desamor y sin motivo. Ni el espíritu agresivo de antaño, según el cual el fenómeno de la religión protestante o de la ortodoxia de Oriente se debió exclusivamente a la pasión y la ignorancia, ni un irenismo generador de nieblas y confusiones, con lo cual saldremos todos perdiendo.

Hay muchas dificultades que no se vencerán simplemente con gestos voluntaristas y primarios. Recuerdo la visita del Patriarca Atenágoras a Roma el pasado año, cuando celebrábamos el Sínodo. Era un momento auténticamente estelar en la vida de la Iglesia. El abrazo del Papa y del Patriarca despertó en todos nosotros una auténtica emoción. Después de muchos siglos de separación, parecía abrirse de nuevo el camino de la unión y la concordia. Pues bien, tenía a mi lado un obispo católico oriental y observé que no aplaudía, sino que más bien se mostraba como entristecido y molesto. Le pregunté por qué y me contestó, señalando las dos sillas preparadas para el Papa y el Patriarca en el estrado que habían de ocupar: *Initium bicefaliae*, esto es «el comienzo de las dos cabezas en la Iglesia». Al comprobar mi incómoda extrañeza por su respuesta prosiguió: «Sí, eso es un engaño, lo que pretenden éstos (los ortodoxos) es destruir el Primado del Papa, y ser iguales». Este episodio me enseñó más sobre las dificultades de la unión que todos los artículos y libros que había leído sobre el problema.

Aquel obispo, fiel a Roma, respiraba por la herida de sus recelos y desconfianzas, nacidos en el clima espiritual del Oriente, que a él le tocaba vivir y que conocía bien. No dudaba de la buena voluntad de Atenágoras, pero creía que detrás de él no existía en los demás una actitud sincera, y nos consideraba ingenuos a los que manifestábamos aquel día nuestro entusiasmo y nuestro gozo. El sufría.

Lo que prueba todo esto es la dificultad de las soluciones mágicas, y cómo no hay que perder el corazón ni la cabeza en éste ni en otros problemas que tenemos planteados. El estudio serio, el diálogo sereno y la voluntad humilde y paciente son indispensables, como incansablemente viene repitiendo el Papa. Fue notable también la intervención en el Sínodo, a propósito de todos estos temas, del obispo de Ginebra, el cual dijo: «Llevo cuarenta años en Ginebra, ocupándome de problemas de ecumenismo, mucho antes que el Concilio los hubiera planteado, y tengo que decir aquí que los propios protestantes, calvinistas, con quienes trato en Suiza, han venido a mi residencia episcopal a lamentarse de la ligereza con que algunos católicos hablan hoy de sus propios dogmas; no pueden considerar ellos vía propicia para la unión, el que algunos católicos, con el pretexto de acelerar las etapas unitivas, deformen u oculten sus propias creencias».

6ª Aceptar la paradoja y el misterio de la cruz. Otro criterio importante. Aun cuando se llegue a lograr la unión de los cristianos, aunque la doctrina del Concilio sea bien asimilada, aun cuando las relaciones entre la Iglesia y el mundo avancen por los caminos deseados, no caigamos en vacuos optimismos humanistas. A pesar de lo que hagamos, existe el misterio del bien y el mal, del pecado y la virtud, de la esperanza y la limitación. La Iglesia y el misterio de Cristo que ella predica son un fermento que agita el corazón del hombre, que le hace pensar, amar y sufrir, pero no se logrará nunca la transformación total del mundo. Hoy existen sacerdotes y seglares que pierden esto de vista, y sufren después al comprobar sus fracasos, atribuyéndolo a las estructuras o a los que no piensan como ellos. Temo que estamos dejando a un lado a Dios nuestro Señor.

No se puede hacer que marche el motor de un automóvil sin gasolina, y el motor de la vida cristiana en la sociedad es la fe, alimentada en el trato y la contemplación de Dios, la oración, los sacramentos. De lo contrario, todo se nos difumina, y nos quedará una civilización que contiene vestigios de sentido cristiano, pero que carecerá de la fuerza normativa y reguladora de las conciencias de los hombres. Es hora de exigirse mucho a sí mismo, antes de exigir a los demás. Este sí que es un criterio posconciliar espléndido. Nadie debería atreverse hoy a hablar de reformas de la Iglesia sin preguntarse antes qué hace él en su propia reforma interior, empezando por una humilde obediencia al Papa y los obispos.

7ª Que cada cual se mantenga dentro de su puesto. El seglar como seglar y el sacerdote como sacerdote.

Escuchad esta página hermosa que el académico francés Jean Guittou escribe a los sacerdotes: «No puedo ocultar el temor que siento al hablar con los sacerdotes jóvenes. Como me dijo el Cardenal Saliège, tengo dos oídos, uno para oír lo que me dicen y otro para oír lo que no me dicen. Tengo miedo de que estos sacerdotes de mañana, dentro de su deseo de asemejarse a nosotros, sus hermanos laicos, caigan en la tentación de invadir nuestro terreno. Tengo miedo de que lamenten que no son como nosotros, hombres que tienen un oficio, especialistas, profesionales, técnicos, políticos, sindicalistas, obreros o patronos, células del organismo social, forjadores de la historia familiar, padres de familia. Tengo miedo de que pierdan el tiempo, se fatiguen y se inquieten en hablar nuestro argot, por querer adoptar nuestros métodos y nuestras actitudes, nuestra vida trepidante, nuestras preocupaciones temporales, nuestras angustias de hombres comprometidos en las tareas políticas, en una palabra, nuestro estilo de vida moderna».

«En este terreno todavía los laicos seguiremos siendo más entendidos que ellos, en una dedicación total. Los sacerdotes seguirán siendo nuestros guías, si permanecen dentro de su propio terreno, que es inaccesible y necesario. Temo que no aprecien bastante la dignidad de su estado, que sientan no haber escogido el camino más ancho y más fácil del apostolado laical. Tengo miedo de que, sin decirlo y sin saberlo, se arrepientan y cruce por su espíritu un sentimiento que en nuestra lengua se llama melancolía, palabra acertada y exacta, y entonces, con profunda convicción y con la prolongada experiencia de mi vida, les digo desde aquí: perderéis siempre, si intentáis igualarnos y guiarnos desde nuestro terreno laical; ganaréis siempre, si os situáis con alegría, fuerza y

sencillez, dentro de vuestro terreno propio e inconfundible, el sacerdocio. Os pedimos, ante todo, que nos deis a Dios, especialmente por medio de estos poderes, que sólo vosotros tenéis: absolver y consagrar. Os pedimos que seáis hombres de Dios, portadores de la palabra, distribuidores del pan de vida, representantes del Eterno entre nosotros»².

Veo que prestáis asentimiento a estas palabras escritas por un hombre experimentado, culto, amigo y confidente del Papa Pablo VI, conocedor como pocos de los problemas de la Iglesia y del mundo contemporáneo.

Si yo las traigo aquí, es para deciros que vosotros, los laicos, también tenéis vuestras obligaciones propias, de las que no podéis desertar, no para suscitar en vosotros ningún género de reproche contra actuaciones sacerdotales que no acabáis de comprender. Al sacerdote hay que amarle y ayudarle en su misión siempre difícil. Aun cuando veáis gestos y actitudes extrañas, que chocan con una mentalidad determinada, hay que esforzarse por descubrir los motivos de este estilo y modo de obrar. Ni vosotros, como seglares, ni yo como obispo podemos aprobar el error, la parcialidad o la indisciplina en un sacerdote de Cristo. Pero antes de acusar hay que discernir. Muchas veces, más que de errores o desobediencias formales, se trata de un sufrimiento lacerante en el alma sacerdotal, que nace de su generoso deseo de hacer el bien y de su comprobación tristísima del alejamiento en que los hombres se encuentran respecto a la Iglesia. Nace entonces el afán de establecer puentes y remover obstáculos para el acercamiento, y no siempre guardan el equilibrio debido.

Cuando esto sucede, vosotros tenéis el deber de llegar hasta ellos para advertirles, no para atacarles; para expresarles con amor vuestras preocupaciones y vuestros criterios de hombres que conocen el mundo y la vida; para decirles los peligros a que se exponen, no para despreciarles ni combatirles.

Y, sobre todo, tenéis otro deber aún más vivo y urgente: el de cumplir con las propias obligaciones que os corresponden a vosotros como laicos en la edificación de la ciudad terrestre, de un mundo más justo y fraternal, de un orden económico-social en que no existan tan irritantes diferencias. Para cualquier sacerdote consciente, la desconfianza y el alejamiento en que vive hoy el mundo obrero respecto a la Iglesia se convierte en un tormento que desgarrar su alma. No se cometerían tantas imprudencias en ese terreno, si no existieran tan dolorosas injusticias.

Renovación en Barcelona

Barcelona tiene mucho que hacer en esta época de renovación conciliar. Es necesario que desaparezca la atonía que hoy existe, la división, la fragmentación en grupos que no quieren amarse ni comprenderse unos a otros. Es necesario que desaparezca esto. Hay que levantar la voz, no para dar gritos ostentosos, sino para confesar públicamente nuestra fe, con alegría y con esperanza. Laicos y sacerdotes, en las diversas parroquias de Barcelona, tenéis que reuniros para estudiar los problemas y derramar luz. No esperéis que todo os lo demos hecho. Nosotros, como jerarquía, tenemos obligaciones graves y, en cuanto de mí

² J. GUITTON, *Una mirada al Concilio*, Madrid 1963.

depende, trato de cumplirlas, dotando a la diócesis de la organización que necesita. No rechazo tampoco las voces de quienes quieren ayudarme a corregir mis defectos.

Avancemos todos por este camino, con serenidad, sin miedo alguno a las reformas que haya que introducir, pero procurando hacerlas siempre con amor y con paz, como las hace el que cree en el Evangelio. Vosotros podéis contribuir con vuestro ejemplo, con vuestro testimonio personal y con vuestra colaboración. No perdáis vuestras tradiciones religiosas. En el archivo de esta casa, por las notas que he podido ver, se guardan preciosos recuerdos de la devoción de vuestros antepasados a la Virgen de los Ángeles. Nunca esta tradición piadosa, corporativamente manifestada, ha sido obstáculo para el progreso técnico y profesional del Colegio del Arte Mayor de la Seda, de Barcelona. Habéis tomado parte activa en reuniones internacionales, como en Zúrich o en Lyon o New York; constituís en España un grupo poderoso en la industria textil de la seda; vuestro gremio es conocido y respetado como impulsor de iniciativas constantes en el campo en que os movéis. Continudad así, y dad ejemplo de que pueden ir juntos en un hombre del mundo y en sus actividades la fe y el progreso material. Y que de vuestra fe brote el anhelo de una justicia social cada vez mayor. Será necesario hacer algo más concreto en Barcelona, para lo cual espero contar con vosotros.

Algún día os llamaré, como a otros hombres y mujeres de Barcelona. No podemos permanecer cruzados de brazos frente al confusionismo de esta hora. Sacerdotes, religiosos y religiosas, y seglares, hemos de examinar y perfeccionar nuestros criterios y normas de actuación, y luchar para conseguir una mejor situación en la Iglesia de Barcelona. Nos van a tocar años difíciles, porque es toda la Iglesia la que se siente agitada. Pero con el esfuerzo y el dolor de hoy se está preparando un porvenir mejor. El Concilio tiene que dar sus frutos, no lo dudéis. Pasarán diez, quince, veinte años más o menos laboriosos y molestos. Pero otros recogerán la cosecha que indefectiblemente ha de brotar. No dejéis de ofrecer vuestras manos para la siembra de ahora. Hacedlo, por amor a Dios, a Barcelona, y a vuestro Colegio del Arte Mayor de la Seda.

ALIMENTAR NUESTRA VIDA CON EL CONCILIO

Lección inaugural de la XII Semana de Teología Espiritual. Fue pronunciada en la Catedral Primada de Toledo el 30 de junio de 1986. Texto publicado en el Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo, julio-agosto 1986.

INTRODUCCIÓN

En la Relación final del Sínodo Extraordinario de los obispos, celebrado en Roma durante los meses de noviembre y diciembre del pasado año, se nos ha pedido que reflexionemos de nuevo sobre el Concilio Vaticano II, sobre sus enseñanzas, sobre la riqueza de su contenido. Es lo que vamos a hacer en nuestra *XII Semana de Teología Espiritual*.

La petición del Sínodo está sobradamente justificada. Porque el Concilio ha producido ciertamente muchos bienes, pero con frecuencia ha sido mal estudiado, mal interpretado y mal aplicado. De ahí que hayan aparecido tantas sombras durante el período del tiempo transcurrido desde su celebración hasta nuestros días. Me niego a describirlas. Por motivos pastorales y de defensa del pueblo cristiano lo he hecho muchas veces, de palabra y por escrito, para advertir que no era ese el camino que debíamos seguir; y para ofrecer, en contraste con las desviadas interpretaciones, la enseñanza serena y luminosa del Magisterio de la Iglesia en los documentos conciliares.

Hoy no quiero hablar de sombras, sino de las luces que siguen ahí con su fulgor inextinguible solicitando nuestra atención para que abramos los ojos y veamos. Asistí y participé en el Concilio desde el primero al último día de su celebración. Era uno de los obispos más jóvenes en el Aula conciliar. Me relacioné intensamente y conversé mil veces no sólo con mis Hermanos, los obispos españoles, sino con los miembros de otros episcopados y con los representantes de las diversas confesiones religiosas que estaban en Roma como observadores. Fui al Concilio con el alma llena de anhelos de renovación y aun de reforma, comunes a tantos obispos que así lo habíamos sentido durante nuestro ministerio sacerdotal, en contacto muy estrecho con las necesidades y reclamaciones de nuestro tiempo, no sólo el de la sociedad española de aquellos años. ¡Con cuánto entusiasmo y con qué enorme sinceridad asumimos la tarea tan fatigosa a que fuimos llamados! De los que participamos en todas las sesiones del Concilio solamente quedamos cinco en el ejercicio activo del episcopado en España: otros cinco tomaron parte en algunas sesiones, no en todas, o bien porque eran obispos auxiliares, o porque fueron nombrados durante el Concilio.

Volvimos todos a nuestras diócesis, conscientes de que empezaba una nueva época en la Iglesia en la que todos, obispos, sacerdotes, comunidades religiosas y laicos, disponíamos de una experiencia religiosa, una enseñanza doctrinal y unas orientaciones pastorales que, en conjunto, representaban un riquísimo tesoro para trabajar en el servicio a Dios y al hombre, tal como lo había expresado el Papa Pablo VI en su famoso discurso de clausura del Concilio,

pronunciado en la Basílica de San Pedro el 7 de diciembre de 1965. Podíamos y debíamos, a partir de entonces, «*alimentar nuestra vida con el Concilio*».

I. EL CONCILIO, EL POST-CONCILIO Y EL SÍNODO ÚLTIMO

Precisamente con este título, «*Alimentar la vida con el Concilio*», en lengua latina, el Cardenal Felici, Secretario del Concilio, publicó en 1975 el libro, «*Concilio vitam alere*», que yo recibí de manos de Pablo VI en una de mis visitas al Papa¹.

Es una recopilación, sistemáticamente ordenada, de textos conciliares, agrupados bajo diversos temas generales, que permiten al lector obtener una preciosa visión de conjunto de lo que el Concilio nos enseñó sobre el hombre y su vocación, la voluntad salvífica de Dios y la Iglesia, la misión de los que a ella pertenecen, la santificación, el apostolado, y el ecumenismo. Hago esta referencia nada más que como obsequio, en lo que tiene de noticia menos conocida, a lo que ha sido legítima preocupación de muchos durante estos años, al comprobar la parcialidad y el reduccionismo con que se ha presentado a los fieles la enseñanza conciliar.

Los Papas los primeros, Pablo VI y Juan Pablo II, en sus catequesis ordinarias y en sus intervenciones más solemnes y magisteriales, nos han pedido insistentemente que fuéramos leales y fieles al Concilio en su totalidad. Lo mismo han hecho muchos obispos, y los teólogos más serios y respetuosos con lo que es el misterio de la Iglesia, y los pastoralistas que de verdad tratan de ir a la raíz de los problemas.

Pero sus voces han quedado muchas veces ahogadas por el griterío ensordecedor de una caterva casi infinita de escritores, periodistas, predicadores, ensayistas, conferenciantes, eclesiásticos y seculares, que han entrado a saco en los documentos del Concilio, destruyendo esto y quedándose con aquello según sus preferencias, inutilizando la imagen y el alma del organismo que se nos había presentado, agrediendo con su sarcasmo y sus invectivas a los que no pensaban como ellos, repitiendo invariablemente que el Concilio no era un punto de llegada sino de partida hacia metas que nos esperaban en el horizonte lejano, lo cual es cierto, con tal de que esas metas sean las que el Espíritu Santo, y no ellos, señala a la Iglesia y pide que sean alcanzadas por los caminos de la fidelidad y la renovación interior, para que las reformas externas de las estructuras sean coherentes con la finalidad deseada, y verdaderamente conducentes a embellecer el rostro de la Iglesia. Así no se puede alimentar la vida con el Concilio.

Lo que había hecho el Cardenal Felici con ese pequeño libro, respondía a una inquietud ya generalizada y cada día más sentida: la que nos causaba ver día tras día el apasionamiento con que se actuaba, lleno de arrogancia y autosuficiencia, sin prestar atención a las voces de la sensatez, al equilibrio de los teólogos serios, o a las más solemnes y exigentes de la autoridad pontificia que advertía, con paciencia ilimitada, sobre el daño que se causaba a la Iglesia con tales comportamientos. Los testimonios reveladores de esta inquietud son

¹ El libro fue publicado por la *Librería Editrice Vaticana*.

innumerables y han sido dados con ocasión de las más variadas cuestiones dogmáticas, morales, disciplinares, litúrgicas, sociales... En exhortaciones y ruegos apremiantes a obispos, sacerdotes, órdenes religiosas, familias, grupos apostólicos laicales... En Roma, y en tantos lugares del mundo a los que ha llegado la presencia física del Papa, y en tantas diócesis en las que los obispos no se han dejado arrastrar por el oleaje alborotado de las novedades inconscientes, por el esnobismo pastoral, o por la inclinación antievangélica de un irenismo complaciente que empieza por dudar de la verdad de lo que se tiene, con la falsa esperanza de encontrar unas certezas que no pueden nunca llegar mezclando las dudas y los errores.

Así las cosas, a los veinte años del Concilio, se celebra ese Sínodo Extraordinario que vamos a estudiar, en cuya *Relación final*, después de apelar a los bienes que el Concilio ha producido, se habla de los fallos en que hemos incurrido y se hacen estas precisas indicaciones:

«Estos y otros defectos muestran que se *necesita todavía una recepción más profunda del Concilio*. Ella exige cuatro pasos sucesivos: *conocer* el Concilio más amplia y profundamente, *asimilarlo* internamente, *afirmarlo* con amor y *llevarlo* a la vida. Sólo si se asimilan internamente y se llevan a la vida, será posible que los documentos del Concilio lleguen a ser vivos y vivificantes».

«*La interpretación teológica de la doctrina del Concilio tiene que tener en cuenta todos los documentos en sí mismos y en su conexión entre sí*, para que de este modo sea posible exponer cuidadosamente el sentido *íntegro* de todas las afirmaciones del Concilio, las cuales frecuentemente están muy implicadas entre sí. Atribúyase especial atención a las cuatro constituciones mayores del Concilio, que son la clave de interpretación de los otros decretos y declaraciones. No se puede separar la índole pastoral de la fuerza doctrinal de los documentos, como tampoco es legítimo separar el espíritu y la letra del Concilio. Ulteriormente hay que entender el Concilio en continuidad con la gran Tradición de la Iglesia; a la vez debemos recibir del mismo Concilio luz para la Iglesia actual y para los hombres de nuestro tiempo. La Iglesia es la misma en todos los Concilios».

A este párrafo, la Relación añade las siguientes SUGERENCIAS:

«Se sugiere que en las Iglesias particulares se haga, para los próximos años, una planificación pastoral para un conocimiento y aceptación del Concilio nuevos, más amplios y profundos. Ello se obtendrá, en primer lugar, por una difusión renovada de los mismos documentos, por la edición de estudios que expliquen los documentos y los acerquen a la capacidad de los fieles. En la formación permanente de los sacerdotes y de los que se preparan al sacerdocio, en la formación de los religiosos y las religiosas, así como de todos los fieles cristianos, ofrézcaseles de modo continuo y apto la doctrina conciliar por conferencias y cursos. Sínodos diocesanos, como también otras reuniones eclesiales, pueden ser muy útiles para la aplicación del Concilio. El recurso a los medios de comunicación social (*mass-media*) se recomienda como oportuno. Finalmente, para entender y aplicar correctamente la doctrina del Concilio será muy útil leer y llevar a la práctica las cosas que se encuentran en las varias Exhortaciones Apostólicas, que son como frutos de las varias reuniones del Sínodo ordinario celebradas desde el año 1967».

II. EL VERDADERO CAMINO

1. Alimentar, no iniciar

Este es el verdadero camino para poder alimentar nuestra vida con el Concilio, y, con este propósito, me permito añadir las siguientes reflexiones.

Porque ni la vida cristiana ni la Iglesia han comenzado en el Concilio Vaticano II. Existen desde que Jesucristo consumó su obra redentora. La Iglesia, necesitada de renovación y de reforma, pero siempre sustancialmente idéntica a sí misma, cuenta ya con veinte siglos de existencia. Durante los años del posconcilio, muchos han obrado de tal manera que daban a entender que todo empezaba ahora, como si nada existiera antes, o como si todo tuviera que ser reformado en sus contenidos esenciales, no sólo en su expresión externa. Se produjo una ruptura, en lugar de una fundada y coherente adaptación. El talante democrático de la época y una mal entendida conciencia de la necesidad de una opinión pública y del derecho de todos a ser miembros activos en la Iglesia, así como la innata tendencia a inclinarse siempre por lo más cómodo y agradable a nuestros gustos personales facilitaron que muchos se proclamaran fervorosos partidarios del Vaticano II tal como ellos querían entenderlo, olvidándose no sólo de otros Concilios anteriores, sino de la entera Tradición de la Iglesia que, bajo la guía del Espíritu Santo, se había ido configurando a lo largo de los siglos. A ello se unía el deseo de un acercamiento al mundo contemporáneo, ingenuo y naturalista, que sirvió en la mayor parte de los casos, más que para llevar el mundo a Cristo, como pedían el Concilio y los Papas, para sucumbir a una mundanización de ideas y actitudes contrarias a las enseñanzas de Cristo.

Quizá era ya un error querer esperar todo del Concilio, incluso bien entendido y aplicado, puesto que sigue siendo verdad la frase del Señor: *Sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15, 5), ¡cuánto menos, si además se tergiversaba y mutilaba la doctrina conciliar!

Lo que había que hacer era **iluminar**, con las nuevas reflexiones que el Concilio nos ofrecía, lo ya adquirido y asimilado en la Santa Iglesia de Cristo; **completar** lo que teníamos, puesto que no existía contradicción sino enriquecimiento; y **reformular**, por supuesto, tanto en la **presentación** de la doctrina, como en las aplicaciones pastorales de la misma, lo que necesitaba ser reformado como menos apto para el trabajo de evangelización de hoy, y atender así a los signos de los tiempos, como lo ha hecho siempre la Iglesia con más o menos diligencia, con más o menos torpeza, con más o menos sabiduría y eficacia, ya que en esta labor entran en juego las contingencias históricas y las debilidades de los hombres, que también se dan en la Iglesia, como se dieron en los mismos apóstoles elegidos por el Señor.

2. Fe en la gran síntesis doctrinal y pastoral del Concilio

Mientras no consigamos que el pueblo católico, o al menos sus pastores y miembros más capacitados, tenga una idea clara de lo que ha sido el eje fundamental sobre el que ha girado la reflexión conciliar, correremos el riesgo de estar sometidos a las intemperancias de una interpretación parcial, al

apasionamiento de los secuaces de una idea o un programa, a la actitud ensoberbecida de los afanes particularistas o de grupo, a la tiranía de quienes, poseídos de una conciencia mesiánica y liberadora, miran con desprecio a *todo lo demás*, y a *todos los demás*; a las agitaciones, perturbadoras, del vaivén de los optimismos o los pesimismos, trasladando abusivamente lo que corresponde a la psicología personal al ámbito de los hechos objetivos que se graban y pesan inexorablemente sobre la conciencia de quienes han de padecerlos o ser testigos impotentes para remediarlos.

La acción fundamental del Concilio ha consistido en reflexionar sobre el **Misterio de la Iglesia**, el misterio digo, mucho más que sobre su estructura, aunque también ésta recibiera una iluminación que brotaría lógicamente del misterio contemplado.

¿Qué es la Iglesia? Y se nos contestó con la constitución *Lumen gentium*. ¿Cuáles son sus fuentes de vida? A esto respondieron las constituciones *Dei Verbum* y *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Palabra de Dios y la Divina Revelación, y sobre la Liturgia. ¿En qué mundo vive hoy y cómo puede servirle? A lo cual respondió la *Gaudium et Spes*. Y para completar la fisonomía, el decreto sobre la actividad misionera.

Pero este Cuerpo de la Iglesia tiene sus miembros en la tierra. ¿Cómo han de ser y cuál es su misión? Y se promulgaron los decretos sobre obispos, presbíteros, religiosos, laicos, candidatos al sacerdocio.

Y ha de tener su relación con las otras Iglesias y confesiones religiosas: decreto sobre las *Iglesias Orientales*, *Ecumenismo*; declaraciones sobre *religiones no cristianas* y *libertad religiosa*.

La *Educación cristiana de la juventud* y el decreto sobre los *Medios de comunicación social* aparecieron también como objeto de particular atención por su índole específica dentro del amplio campo de la acción pastoral que pide el mundo de hoy.

Este fue el gran acierto del Concilio, el presentamos esta síntesis, el ofrecernos este panorama, amplio y riquísimo en matices, del organismo vivo de la Iglesia, para que todos, puesto que todos pertenecemos a ella, nos sintiéramos corresponsables, cada uno según su estado y misión, dejándonos penetrar por su savia vivificante tan hermosamente descrita. *Entendido así el Concilio, se comprende que con él podamos alimentar nuestra vida*. Y así tenemos que entenderlo. **Pablo VI**, en el citado discurso de clausura de 7 de diciembre de 1965, pronunció estas palabras:

«Se dirá que el Concilio, más que de las verdades divinas, se ha ocupado principalmente de la Iglesia, de su naturaleza, de su composición, de su vocación ecuménica, de su actividad apostólica y misionera. Esta secular sociedad religiosa que es la Iglesia ha tratado de realizar un acto reflejo sobre sí misma para conocerse mejor, para definirse mejor y disponer, consiguientemente, sus sentimientos y sus preceptos. Es verdad. Pero esta introspección no tema por fin a sí misma, no ha sido acto de puro saber humano ni sólo cultura terrena; la Iglesia se ha recogido en su íntima conciencia espiritual, no para complacerse en eruditos análisis de psicología religiosa o de historia de su experiencia, o para dedicarse a reafirmar sus derechos y a formular sus leyes, sino para hallar en sí

misma, viviente y operante en el Espíritu Santo, la Palabra de Cristo, y sondear más a fondo el misterio, o sea, el designio y la presencia de Dios por encima y dentro de sí, para reavivar en sí la fe, que es el secreto de su seguridad y de su sabiduría, y reavivar el amor que le obliga a cantar sin descanso las alabanzas de Dios: *Cantare amantis est*. Es propio del amante cantar, dice San Agustín (Ser. 336: PL 38, 1472). Los documentos conciliares, principalmente los que tratan de la Divina Revelación, de la Liturgia, de la Iglesia, de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos, permiten ver claramente esta directa y primordial intención religiosa, y demuestran cuán límpida, fresca y rica es la vena espiritual que el vivo contacto con Dios vivo hace saltar en el seno de la Iglesia y correr por su medio sobre los áridos terrones de nuestros campos».

De manera que se trata de la Iglesia, misterio de Dios en la tierra, organismo vivo en que cada uno tenemos una misión, junto a unos derechos y deberes, que hemos de ejercer y cumplir sin romper la armonía orgánica de ese cuerpo místico cuyos miembros están llamados –¡todos!– a la santidad, de la que encontrarán perfecto modelo en la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Esto es lo que nos dice la constitución *Lumen Gentium*. Todos los demás documentos vienen a ser consecuencias, aplicaciones pastorales, o fundamentación de la enseñanza conciliar sobre la Iglesia.

Pero en lugar de verlo así, sectores muy amplios del pueblo de Dios, en todas sus categorías, han quedado turbados y confundidos porque en los comentarios ha predominado la parte sobre el todo; la atención a pequeños aspectos disciplinares, sobre una visión completa del misterio y la coherente acción pastoral; el mal uso de la mayor libertad concedida, sobre la necesidad de una renovación interna para responder a la llamada universal a la perfección cristiana; la precipitación en abrir caminos erróneos, dentro de la opción preferencial por los pobres, cediendo a la presión de ideologías marxistas o afines, con ánimo de bautizarlas después de asumirlas, lo cual es imposible que dé buenos resultados para una evangelización integral y auténtica.

3. Esperanza en el gran don de Dios a su Iglesia con la celebración del Concilio

Cuanto más leo los textos conciliares, más convencido estoy del gran don que ha hecho Dios a su Iglesia con la celebración del Vaticano II. Hay que seguir leyendo y meditando esos documentos, explicándolos bien incesantemente, en los seminarios y casas de estudio de las comunidades religiosas, en las parroquias, en las asociaciones y grupos apostólicos. Los Papas vienen haciéndolo infatigablemente, y es admirable lo mucho que ha conseguido ya Juan Pablo II con su magisterio y sus visitas apostólicas a tantos lugares de la tierra. Él es un ejemplo vivo de cómo hay que asimilar el Concilio y vivirlo; de diálogo con el mundo, y de amor a Dios revelado en Jesucristo; de apertura y fidelidad, de comprensión y firmeza, de humanismo y servicio a la fe; de cómo hay que saber unir, en el pensamiento y en la vida, la teología de la creación y la encarnación y la teología de la cruz, del amor al progreso y bienestar del hombre y aceptación humilde de la voluntad misteriosa de un Dios cuyos caminos no son los nuestros.

Tras el Concilio, han ido creándose y poniéndose en marcha en la Iglesia estructuras y órganos de reflexión y acción que están empezando a desarrollarse. Tengamos para con ellos el obsequio inicial de nuestra paciencia hasta que se perfeccionen. Han aparecido también documentos muy valiosos, exhortaciones apostólicas fruto de diversos Sínodos, o de los Papas; encíclicas, cartas y discursos que derraman luz abundante para interpretar bien el Concilio. Hay que leerlas y explicarlas también. Y se ha promulgado el nuevo Código de Derecho Canónico que ayudará a mantener no sólo eso que se llama «espíritu» del Concilio sino también la letra del mismo, sin la cual el espíritu se evapora y desvanece.

Quedan cuestiones teológicas, morales y sociales, muy serias, sobre las cuales seguirá la discusión y la polémica. Es perfectamente explicable. Siempre ha sucedido así en la Iglesia, y no debemos extrañarnos de que ahora también se dé este fenómeno. Por una razón de índole dogmática y otras de tipo pastoral.

De índole dogmática es el hecho mismo de la Iglesia. Precisamente porque es un misterio, no se acaba nunca de verla del todo en su inagotable riqueza; los ministerios y concretamente el Sacerdocio, los carismas y la autoridad de la Jerarquía, la acción del Espíritu Santo y el mantenimiento de la necesaria unidad, los derechos de los fieles laicos dentro del pueblo de Dios, las Iglesias particulares y la Iglesia universal, el Primado de jurisdicción del Papa, la Eucaristía...

Hay después **razones pastorales prácticas** que obligan a discernir y ponderar con sumo cuidado las afirmaciones que se hagan. Una brota del problema del ecumenismo, que afecta a la Iglesia en partes vitales de la misma y pide ineludiblemente profundísima reflexión bíblica y teológica. Otra nace de la actividad misionera de la Iglesia en relación con el fenómeno de la inculturación, que en África y en Asia está sacando a la luz experiencias, criterios, ideas y comportamientos de una enorme complejidad para la recta transmisión de la fe. Y en un mundo que ha hecho de la noticia y la información un ídolo, todo se comunica y se propaga, provoca reacciones incontrolables, y frustra muchas veces el intento de avanzar por cauces serenos y tranquilos.

Todo esto constituye un obstáculo para la marcha más rápida que desearíamos, pero está bien que salga a la superficie para que esa marcha sea más segura en su avance hacia la unidad. Están igualmente la conciencia exacerbada de los derechos humanos, de la dignidad y la libertad del hombre, de la solidaridad que no repara en métodos para manifestarse y conseguir lo que pretende, el sentimiento de clase, el peso atroz de tantas injusticias, etc... Se comprende que existan dificultades en la aplicación de la doctrina a la vida, y que la Iglesia, amada por unos, rechazada por otros, camine lentamente entre tantos escollos.

Pero estoy convencido de que el Concilio dará muchos frutos y alimentará la vida de las nuevas generaciones de hijos de la Iglesia que están empezando a nacer. Llegará un día en que se formen mejor los aspirantes al Sacerdocio y los miembros de las Comunidades Religiosas. Y tendremos un laicado más responsable y consciente de lo que significa formar parte del Pueblo de Dios. Se volverá a considerar el Magisterio de la Iglesia y el Pontificio como garantía y servicio indispensable a la unidad. Y no surgirán las voces destempladas ni las tergiversaciones contra nobles intentos de reconducir lo que el Concilio nos dijo

por caminos certeros, tal como ha querido hacerlo el Cardenal Ratzinger con lo que se ha llamado su *Informe sobre la fe*, o el Cardenal de Lubac en su *Diálogo sobre el Vaticano II*.

Los veintiún años que han transcurrido desde la clausura del Concilio son suficientes para comprender que ha habido motivos para esperar, sí, y para sufrir también. Pero todavía son pocos para poder asimilar íntegramente, con la serenidad con que la tierra fértil recibe la semilla en ella depositada, no sólo la doctrina y el impulso creador que encierra, sino el dinamismo progresivo a que nos conduce en los campos de la acción pastoral.

Si se me hubiera dicho, al terminar el Concilio, que se iban a necesitar unos cincuenta años para asimilarlo bien, dadas las condiciones del hombre de hoy, no lo hubiera aceptado de inmediato; pero poco tiempo después lo hubiera afirmado igualmente sin vacilación. Esperemos, pero no pasivamente, sino con la firme decisión de ser fieles a lo que nos piden la letra y el espíritu del Concilio.

En cuanto a España, nada nuevo tengo que decir. He tenido presente la situación de nuestra Iglesia española al escribir lo que he escrito. Hemos sufrido mucho, y pienso que, con el pretexto de que había que corregir muchas cosas en el orden político y social y en el estrictamente eclesiástico, se cometieron tantos desafueros respecto a la interpretación y aplicación del Concilio. Ahora estamos ya padeciendo las consecuencias en la desilusión de muchos, en el abandono de tantos, y en la falta de sacerdotes y religiosos, para atender las necesidades pastorales de la Iglesia en tantos campos que esperan la semilla de la Palabra y de la Vida.

Hay que empezar de nuevo y estudiar y aplicar bien las enseñanzas del Concilio, como nos pidió el Papa en su visita del año 1982.

III. LA CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA SOBRE LA IGLESIA

La ***Lumen Gentium***, ha de estar en el corazón y en la cabeza de todo católico. Ha de ser *nuestra sabiduría*, nuestra asignatura fundamental. Jóvenes y menos jóvenes estamos capacitados para leerla y asimilarla. Es la gran reflexión de la Iglesia sobre sí misma. De ella ha de brotar nuestro conocimiento profundo de la Iglesia Cristo es la luz de los pueblos, y la Iglesia, «muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»², su sacramento, que tiene como misión presentar esa LUZ. El Concilio se propuso declarar a todos los hombres su naturaleza y su misión.

1. La Iglesia, misterio de fe y de profunda interioridad

Su riqueza maravillosa y multiforme brota del Costado de Cristo en su Pasión, y se forja en el fuego de Pentecostés. Es una institución jerárquica, pero para comunicar una Vida. Su misma estructura está pregonando la sabiduría de su divino Arquitecto. Un solo Señor, un solo Espíritu, una sola Fe. Un solo Cuerpo. La Iglesia es real, está al servicio de los hombres, de su salvación, y necesita un

² LG 4.

organismo que se pueda ver y tocar. Gracias a los hombres, que nos enseñan y guían con autoridad divina, tenemos algo esencial en un cuerpo único vivo: la solidez indefectible en la fe de Cristo y en la participación de su vida.

Desde los primeros momentos ella tiene conciencia extraordinaria de su ser. No es un simple hecho histórico que se pueda analizar y medir como se quiera. Es el misterio en el que confluyen todos los demás misterios. Esto se manifiesta ya en su misma fundación, porque Jesucristo puso el fundamento de su Iglesia predicando la Buena Nueva. Y la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador, recibía la misión de anunciar y establecer el Reino de Dios y de Cristo en todas las naciones. El misterio de la Iglesia está inscrito en el símbolo de nuestra fe que tan frecuentemente recitamos reunidos ante el altar: «*Creo en una Santa Iglesia Católica*».

Ella cree, ama, espera, y sirve al Señor. **La Iglesia se nutre de los Sacramentos**. La vida de Cristo, su Espíritu, se nos comunica a través de ella. *El Bautismo* nos configura con Cristo, nos hace renacer, nos convierte en hijos y herederos, al lado del Primogénito. *La Eucaristía* nos va transformando en Él, y, participando del Sacrificio Eucarístico fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrecemos a Cristo al Padre y nos ofrecemos con Él. *La Confirmación* nos vincula más estrechamente a la Iglesia y nos enriquece con la fortaleza especial del Espíritu Santo. Por *la Penitencia*, obtenemos la misericordia de Dios, nos reconciliamos con la Iglesia entera, siempre ese sentido de unidad y catolicidad, y vivimos de su fe, esperanza y caridad. Por *la Unción sagrada*, la Iglesia encomienda los enfermos al Señor, y los exhorta a que contribuyan al bien del Pueblo de Dios con la aceptación de su enfermedad y su confianza en el que es dueño de la vida y de la muerte. *El Orden Sagrado* nos da los pastores para apacentarnos con la palabra y la gracia de Dios. Los esposos, por *el Sacramento del Matrimonio*, participan del misterio de unidad y amor fecundo de Cristo y su Iglesia y así constituyen la Iglesia doméstica en la que nacen nuevos hijos de Dios. Esta es la fuente de vigor, de fuerza que el Concilio nos describe. Todos, «fortalecidos por tantos y poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad por la que el mismo Padre es perfecto»³.

Todo en la Iglesia está ordenado a la «nueva criatura». Es artífice y mensajera de la unidad de todos los hombres. Crea y sostiene toda clase de obras en favor de los necesitados. Atenta a toda miseria, tiende los brazos a los que están sentados en las tinieblas. Y a través de nosotros derrama su caridad, que la hace fecunda.

2. Nuestra vocación a la santidad en la Iglesia

Aquí está, nos dice el Concilio, la verdadera dignidad del cristiano. ¿Nuestras metas, nuestras aspiraciones? La voluntad de Dios es nuestra santificación. La santidad de la Iglesia se manifiesta en las vidas de sus hijos. Su doctrina es siempre pura, como es pura la fuente de donde manan sus Sacramentos, su energía es vigorosa y santa, como es el Espíritu que la alienta. Alimentados por su doctrina y sus Sacramentos hemos de dar frutos. La Iglesia es en este mundo

³ LG 11.

y continuará siendo una comunidad compleja, trigo mezclado con cizaña. Por eso nos recuerda el Concilio nuestra condición de peregrinos, aunque siempre fortalecidos y unidos con la Iglesia ya celestial que nos apoya y estimula.

El Concilio dedica un capítulo de su constitución más fundamental, a cuya luz hay que leer todas las demás, a la vocación de todos los hombres a la santidad. Este capítulo complementa los anteriores, Pueblo de Dios, constitución jerárquica de la Iglesia, los laicos, porque «todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya sean apacentados por ella, son llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*»⁴. «Cada uno, según sus propios dones y gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que enciende la esperanza y obra por la caridad»⁵.

Esto es lo que realmente necesita la Iglesia y el mundo: santos, hombres nuevos que sigan las huellas de Cristo y «se consagren con todo su ser a la gloria de Dios, al servicio del prójimo, obedeciendo en todo la voluntad del Padre. Así la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos cada vez más abundantes, como brillantemente se demuestra en la historia de la Iglesia a través de la vida de tantos santos»⁶.

Todos, cada uno en las condiciones de vida en que nos encontramos, en el oficio, profesión, circunstancias favorables o desfavorables, nos podemos santificar si recibimos todo con fe de la mano de Dios, si permanecemos en el amor de Dios y su amor permanece en nosotros, de manera que se derrame en bien de nuestros prójimos. Y no encojamos «nuestros prójimos». *Todo ser humano es nuestro prójimo, sobre todo el que más lo necesita*. Sí, esta es nuestra verdadera vocación: la santidad. Aunque nos suene a algo extraordinario seamos los santos de lo ordinario, de la sencilla vida diaria.

Oí comentar a una religiosa que una chica, a la salida de unos Ejercicios Espirituales, en Toledo –cuyo director seguramente estará aquí–, había contado, como experiencia suya, que ella de pequeña siempre decía que quería ser santa, convencida de que era una verdadera profesión. Pero al ir creciendo se fue dando cuenta de «que no quedaba muy bien cuando lo decía», y lo dejó de decir. Pero que ahora había vuelto a descubrir que realmente nuestra primera y gran llamada era a la santidad, siendo lo que cada uno tuviéramos que ser.

Por eso al hablar del Vaticano II, del traído y llevado Vaticano II, pero no leído, orado y vivido, es urgente y esencial hablar y vivir de la santidad, hablar y vivir de la Iglesia, hablar y vivir en comunión con ella y con el Vicario de Cristo en la tierra, el Papa. Por eso Teresa de Jesús, una mujer tipo para todas las épocas de la Iglesia, muere diciendo: «Gracias, Señor, porque muero hija de la Iglesia». ¿Cómo es posible invocar el Vaticano II sin hablar de la Iglesia y su misión, de su vida interior, de sus medios de santificación, de su llamada a la santidad, y la perfección del amor cristiano? Bien leído y asimilado el Concilio ¿quién puede dudar de sus exigencias?

⁴ LG 39.

⁵ LG 41.

⁶ LG 40.

3. La Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia

El Sacrosanto Sínodo nos exhorta a todos los hijos de la Iglesia a fomentar el culto litúrgico, así como las prácticas y ejercicios de piedad para con Ella, recomendadas en el transcurso de los siglos por el Magisterio. Nos pide que vivamos nuestra relación filial con María, que nace del beneplácito divino y de la sobreabundancia de los méritos de Cristo. Es Dios mismo quien ha querido esta Maternidad de María en la economía de gracia; Ella es invocada como Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Es nuestro modelo en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. María nos ayuda a vivir el año litúrgico. ¿Quién mejor que Ella nos ayudará a sentir internamente el espíritu de Adviento, el tiempo de la Navidad, la Presentación en el templo del Hijo de Dios, la Encarnación, la preparación para la Pascua, la espera en oración de Pentecostés? ¿Cómo no va a ayudarnos en nuestra vida espiritual el rezo de las Horas en las celebraciones marianas de la Iglesia?

El Concilio no nos habla en concreto de las prácticas y ejercicios de piedad recomendados en el transcurso de los siglos por el Magisterio. Pero en el corazón y en la inteligencia de todo hijo fiel de la Iglesia están. Pienso en el Ángelus, en el Rosario, en el rezo o en el canto de la Salve. Al Ángelus y al Rosario le dedica un capítulo Pablo VI en su maravillosa *Marialis cultus*. Leerlo, os hará bien, algo así como una fresca y suave brisa. Son prácticas sencillas, diarias, que saben a pan y calor familiar, pero también a invocación espontánea, a refugio en la Madre, a paseo solitario, a tranquilo atardecer...

4. Las demás Constituciones, Decretos y Declaraciones

Leedlas también, medita sobre su contenido una y mil veces. La *Dei Verbum*, sobre la Divina Revelación, y la *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Liturgia, son igualmente fundamentales. Y las enseñanzas sobre obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, seminaristas, etc., cuando se leen sin prejuicios y sin pasión, son de tal riqueza y capacidad sugeridora que, si se aplicasen bien, cambiarían el rostro de la Iglesia. No puedo comentarlas, ni los decretos sobre Ecumenismo o libertad religiosa. Pero no quisiera terminar sin una referencia a la *Gaudium et Spes*.

IV. LA CONSTITUCIÓN PASTORAL «GAUDIUM ET SPES»

La Iglesia que camina hacia el Señor, con la mirada fija en Él, llena de esperanza y seguridad en Cristo Resucitado que vive junto al Padre, ha profundizado en el depósito de la fe que Él mismo le ha confiado. Su historia es una historia de salvación sin rupturas, y el Espíritu Santo que la asiste, promueve lo que su vida interior y exterior necesita. La constitución *pastoral*, *Gaudium et Spes*, presupone la constitución *dogmática*, *Lumen Gentium*. El diálogo que la Iglesia establece con el mundo sólo es posible sobre la base firme de su identidad. No hay nada auténticamente humano que no halle eco en el corazón de la Iglesia. Está unida íntimamente con la humanidad y su destino. Por eso la Iglesia, en esta constitución pastoral, expone cómo entiende su presencia y su acción en el mundo actual.

La Iglesia no tiene ninguna ambición terrena; sólo quiere continuar la obra de Cristo que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para condenar, para servir y no para ser servido. El Vaticano II no quería ciertamente *cambiar* la fe, sino *re-proponerla* de manera eficaz. Quiero decir que **el diálogo con el mundo es posible únicamente sobre la base de una identidad indiscutida**; que podemos y debemos *abrirnos*, pero sólo cuando estemos verdaderamente seguros de nuestras propias convicciones. *La identidad firme es condición de apertura*. Así lo entendieron los Papas y los Padres conciliares, algunos de los cuales pudo parecer, tal vez, que se dejaron ganar por aquel optimismo un poco ingenuo de aquellos tiempos, un optimismo que en la perspectiva actual nos parece poco crítico y realista. Pero si pensaron poder abrirse con confianza a lo que de positivo hay en el mundo moderno, fue precisamente porque *estaban seguros de su identidad, de su fe*. En contraste con esta actitud, muchos católicos, en estos años, se han abierto, sin filtros ni freno, al mundo y a su cultura, al tiempo que se interrogaban sobre las bases mismas del «*depositum fidei*», que para muchos habían dejado de ser claras⁷.

La *Gaudium et Spes* nos dice lo que la Iglesia siente sobre la situación actual del hombre, lo que siente desde su realidad de sacramento de Cristo. Por eso pretende iluminar la dignidad de la persona humana, las relaciones mutuas entre los hombres, lo que es el bien común, el respeto sin excepción a la persona humana; cómo ve ella el sentido de la actividad humana en el mundo. Ante los problemas de hoy, habla de la dignidad del matrimonio y de la familia; del Verdadero sentido del progreso y de las obligaciones de los cristianos respecto a la vida económico-social, de la comunidad política, de la edificación de los pueblos, de la comunidad internacional, de la paz...

El tiempo ha dado la razón a la preocupación de la Iglesia sobre el aspecto sagrado del amor, la misión de la familia, el cambio que tiene su origen en el progreso científico y en sus aplicaciones técnicas, que está experimentando una aceleración inaudita. *Todo esto tiene que significar para el cristiano la manifestación misma de su vocación*: Dios le ha dado el mundo como tarea. Ahí está su trabajo: la civilización, el progreso, las instituciones tienen que estar al servicio de la vocación auténtica y permanente del hombre. Lo que nos propone el Vaticano II es unir el servicio de la fe y el de construcción de un mundo en paz y bienestar social. La *Gaudium et Spes* presenta al hombre un humanismo abierto, rico y pleno, que le trasciende y le hace captar cada vez más su condición humana en toda su riqueza y valor. La elevada idea del amor, del matrimonio, de las relaciones entre los hombres, del trabajo, que la Iglesia presenta, es la mejor defensa que puede hacer en favor de la humanidad actual. La familia está en el centro de sus preocupaciones; la familia cristiana, que con su testimonio arguye al mundo de pecado e ilumina a los que buscan la verdad. La Iglesia, en esta Constitución Pastoral, se da cita con las aspiraciones profundas del corazón humano que auténticamente busca la verdad, lo que vale, por lo que merece la pena luchar. El cristiano tiene que estar y entrar resueltamente en el progreso, pero con el Mensaje de Cristo; si no, la civilización del mañana no estará de verdad al servicio del hombre, sino que le destruirá y aplastará. Sólo hay *una Luz*, Cristo; *un Camino*, Cristo; *una Verdad*, Cristo.

⁷ Cf. J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, Madrid 1985, 42.

Lo que el Concilio propone del tesoro de la doctrina de la Iglesia es para ayudar a los hombres de nuestro tiempo, crean o no en Dios; para que perciban más claramente su íntegra vocación, y conformen el mundo con la excelencia de la dignidad humana, y, llevados por un esfuerzo generoso y unido de amor, respondan a las más urgentes necesidades de nuestra época⁸. Los cristianos no pueden desear nada más ardientemente que servir a los hombres del mundo actual cada vez más generosa y eficazmente. No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que hacen la voluntad del Señor y ponen manos vigorosas a la obra⁹.

CONCLUSIÓN

Quiero acabar con las palabras del Cardenal Paul Zoungrana cuando en el Concilio, hablando en nombre de 67 obispos africanos dijo: «*Fundamentalmente Cristo es Él mismo la Revelación que nos trae*. Las verdades que hay que creer y los deberes que deben cumplirse deben ser considerados sobre todo en su relación con una persona viva. *Decid al mundo que la Divina Revelación es Cristo*. Es necesario que el hermoso rostro de Cristo resplandezca mejor en la Iglesia. Así renovaréis los prodigios de amor y de fidelidad que brillaban en la Iglesia primitiva»¹⁰.

⁸ GS 91.

⁹ GS 93.

¹⁰ Cf. H. DE LUBAC, *Diálogo sobre el Vaticano II*, Madrid 1985, 56-57.